HEINRICH MANN



NOVELA HISTÓRICA SOBRE LA FRANCIA RENACENTISTA, INTRIGAS DE CORTE Y GUERRAS DE RELIGIÓN. NUEVA TRADUCCIÓN

JUVENTUD DEL REY ENRIQUE IV

Heinrich Mann

JUVENTUD DEL REY ENRIQUE IV

Novela histórica sobre la Francia renacentista, intrigas de corte y guerras de religión. Nueva Traducción

Editorial Recién Traducido, 2026

Contacto: eartnow.info@gmail.com

EAN 4099994088282

ÍNDICE

Los Pirineos
Jeanne
El Louvre
Margot
La escuela de la desgracia
La palidez del pensamiento
Los molinos de la vida
El camino hacia el trono
Los muertos al borde del camino

Los Pirineos

Índice

El origen

Índice

El niño era pequeño, las montañas eran inmensas. De un estrecho sendero a otro trepaba por un paraje salvaje de pinos, que desprendían un aroma soleado o le refrescaban a la sombra cuando se tumbaba bajo ellos. La roca sobresalía y, al otro lado, rugía la cascada, que se precipitaba desde las alturas del cielo. ¡Recorrer con la mirada las montañas completamente boscosas, con ojos agudos, que divisaron en una roca lejana entre los árboles a la pequeña gamuza gris! ¡Perder la vista en la profundidad del cielo azul que flotaba! ¡Gritar hacia arriba con voz clara, lleno de alegría de vivir! ¡Correr, descalzo, siempre en movimiento! ¡Respirar, bañar el cuerpo por dentro y por fuera con aire cálido y ligero! Estas eran las primeras fatigas y alegrías del niño, que se llamaba Henri.

Tenía pequeños amigos, que no solo iban descalzos y con la cabeza descubierta como él, sino también harapientos o semidesnudos. Olían a sudor, hierbas y humo, como él mismo; y aunque no vivía, como ellos, en una cabaña o una cueva, le gustaba oler a los de su clase. Le enseñaron a cazar pájaros y a asarlos. Junto a ellos, cocía su pan entre piedras calientes y se lo comía después de untarlo con ajo. Porque el ajo hacía crecer y mantenía siempre sano. El otro remedio era el vino, que bebían de cualquier recipiente. Todos lo llevaban en la sangre, los pequeños campesinos, sus padres y todo el país. Su madre había confiado a Henri a una pariente y a un tutor para que creciera como el pueblo, aunque él también vivía aquí arriba, en un castillo llamado Coarraze. La región se llamaba Béarn. Las montañas eran los Pirineos.

Aquí se hablaba una lengua rica, con muchas vocales, y la R la hacían rodar en la boca. Cuando a su madre le vinieron las contracciones, siguiendo la voluntad de su abuelo, entonó una canción para pedir ayuda a la Virgen María. Adjudat me a d'aqueste hore. Esa era la lengua del país y era casi como el latín. Por eso al niño no le resultó difícil aprender a hablar latín, solo a hablar. Su abuelo le prohibió que también escribiera; de todos modos, aún había tiempo para eso, pues era muy pequeño.

El viejo Henri d'Albret murió allá abajo, en su castillo de Pau, mientras el joven Henri, en Coarraze, hablaba latín, trepaba por el bosque tras las pequeñas gamuzas, llamadas isards, que permanecían inalcanzables; y el último jadeo del anciano coincidió tal vez con un grito de alegría del joven, mientras se bañaba con niños y niñas en el arroyo, bajo la gran cascada que salpicaba maravillosamente.

Sentía una curiosidad desmesurada por los cuerpos de las muchachas. La forma en que se desnudaban y se movían, su manera de hablar y de mirar, todo las convertía en seres completamente distintos a él mismo, pero sobre todo las formas de sus piernas, caderas y hombros. Una de ellas, cuyo pecho ya se estaba desarrollando, le entusiasmaba; decidió luchar por ella. Esto era necesario, como se dio cuenta; ella no lo elegía por sí misma, prefería a un chico más alto con una cara bonita y tonta. Henri no preguntó por los motivos; quizá esos hermosos seres no tuvieran ninguno, pero él sabía lo que quería.

Por eso, el niño pequeño retó al más grande a ver quién podía llevar a la chica a través del arroyo. Este no era profundo, pero tenía remolinos y piedras lisas que rodaban si se pisaban con torpeza. El

rival resbaló de inmediato; la chica se habría caído con él de no ser porque Henri la sujetó. Él conocía cada paso en esas aguas; la llevó al otro lado con todas sus fuerzas, pues ella pesaba más que él, que no era más que un niño pequeño y delgado. Al llegar al otro lado, la besó en la boca; ella, sorprendida, dejó que sucediera, y él dijo, mientras se echaba hacia delante: «Ahora has sido llevada a través del arroyo por el príncipe de Béarn».

La campesina miró su pequeño y apasionado rostro, y luego se rió; el tono de su risa le dolió en lo más profundo del corazón, pero no lo desanimó. Ella ya se abalanzaba hacia su desdichado admirador, cuando Henri gritó: «¡Aut vincere aut mori!». Era uno de los refranes que le había enseñado su tutor; había depositado muchas esperanzas en él. Otra decepción: a los pequeños campesinos no les importaba ni el príncipe ni su latín. Ganar y morir les resultaban igualmente desconocidos. Así que solo quedaba una cosa. Volvió a meterse en el arroyo y se lanzó a propósito de forma aún más torpe que el otro antes. Imitó también la cara tonta y la cojera del patán, maldiciendo con una voz muy parecida, todo tan bien hecho que tuvieron que reírse del payaso. ¡Incluso había obligado a reírse a la encantadora muchacha!

A continuación, se marchó rápidamente. No era más que un niño de cuatro años, pero ya tenía sentido del efecto. Aunque ahora lo había conseguido, los sentimientos se disputaban en su pecho. La venganza satisfecha no borró el recuerdo. El anhelo angustioso no cedió, a pesar del valor confiado.

Su madre le dejó volver a casa y, al principio, no hablaba más que de la muchacha. Su abuelo había fallecido entretanto; nunca

volvería a verlo. Pero a él le parecía peor que su muchacha estuviera lejos y no pudiera venir.

«Que la traigan, mamá, quiero casarme con ella. Es más alta, no importa, yo creceré».

Solo las siguientes impresiones borraron de repente todo lo que había sentido. Se trataba de una joven dama de la corte de su madre.

En el castillo de Pau había una pequeña corte, poco más que una familia ampliada. El viejo d'Albret había sido un terrateniente. Había tenido un castillo sólido, y en los últimos tiempos se había vuelto también delicado y hermoso. Desde el balcón dominaba un profundo valle lleno de viñedos, olivos y bosques que refrescaban la vista, entre los cuales se vislumbraban los meandros del río, y detrás, los Pirineos.

La cordillera se presentaba como una cadena cerrada, como ninguna otra, cubierta de verdes bosques hasta el cielo, y la vista que la recorría se sentía feliz, especialmente la del propietario. El viejo terrateniente poseía este lado de los Pirineos, junto con los valles y colinas que se extendían ante él, con todo lo que allí crecía: frutos, ganado y personas. En el oeste de Francia poseía el rincón más meridional: Bearn, Albret, Bigorre, Navarra, Armagnac: la antigua Gascuña. Se hacía llamar rey de Navarra y probablemente solo habría sido subordinado del rey de Francia si este hubiera tenido todo su poder. Sin embargo, el reino estaba dividido entre católicos y protestantes en todas sus partes, y así había sido desde hacía mucho tiempo. Esto brindó la mejor oportunidad para que príncipes provinciales como el de Navarra se independizaran y

arrebataran por la fuerza a sus vecinos todo lo que pudieran, aunque solo fuera una colina de viñedos.

Pero en todo el país también se saqueaba y se mataba en nombre de las dos confesiones enemigas. La diferencia de confesiones religiosas se tomaba muy en serio; convertía en enemigos acérrimos a personas a las que, por lo demás, nada separaba. Algunas palabras, especialmente la palabra «Mesías», surtían un efecto tan tremendo que un hermano se volvía incomprensible para el otro y se convertía en sangre ajena. Parecía natural llamar en ayuda a suizos y alemanes. Estos solo tenían que pertenecer a la confesión correcta y, según el caso, ir a misa o no; entonces eran preferibles a los compatriotas de otra opinión y obtenían el derecho a saquear y devastar.

La fe enérgica de toda la población benefició al menos a los líderes. Ya la compartieran realmente o no; en cualquier caso, podían ampliar su territorio de manera depredadora en nombre de la religión o, al menos, llevar una vida gratuita y nada desagradable al frente de sus pequeños ejércitos ilegales. La guerra civil fue una carrera para algunas personas, aunque la mayoría saliera perdiendo. Sin embargo, a estas les quedó su convicción.

El viejo d'Albret había sido un buen católico, pero sin dogmatismos. Siempre había tenido presente que también sus súbditos protestantes tenían hijos, y estos se convertían en trabajadores útiles, labraban los campos, pagaban impuestos, aumentaban la riqueza del país y de su señor. Por eso les dejaba ir tranquilamente a misa, y sus soldados protegían a los pastores como a los capellanes. Probablemente también consideraba que el creciente número de estos protestantes reformados, que se

llamaban a sí mismos hugonotes, beneficiaba más que perjudicaba a su propia independencia, ya que la corte de París era decididamente católica. Él mismo pertenecía simplemente a los señores feudales que siempre habían hecho lo suyo para que el rey de Francia no se hiciera demasiado poderoso. En los últimos tiempos se valían de los hugonotes, esa fe fresca y joven que conocía de cerca al verdadero Dios y que, por ello, no se volvía más apacible.

Eran rebeldes tanto contra el poder secular como contra el espiritual. También en la región de Bearn los campesinos ya habían exigido que se les mostrara dónde se hablaba de impuestos en la Biblia. Si no, ¡no pagaban ninguno! Pues bien, el anciano sabía cómo tratar con ellos, eran de su misma clase. Les gustaba hablar con grandilocuencia, pero mantenían la cabeza fría. Se defendían bien, sin olvidar lo que al fin y al cabo les reportaba.

Llevaba una boina como todos ellos, cuando no tenía que ir con yelmo y armadura, y amaba a su tierra como a sí mismo, nada más que ese radio que podía abarcar con los ojos y todos los demás sentidos. Cuando nació su nieto Henri, se había encargado de que fuera en el castillo de Pau; su hija Jeanne tuvo que interrumpir expresamente un viaje. Tampoco se había conformado con que ella, durante el parto, cantara la canción en lengua vernácula, «adjudat me a d'aqueste hore», para que el nieto no naciera con la cabeza hacia abajo. Apenas había nacido el niño, le hizo oler el vino de la tierra, reconoció en él a su carne y sangre por el hecho de que movía la cabeza, y enseguida le untó los labios con ajo.

Como, tras dos niños que no habían sobrevivido, este último se había conservado, el anciano había legado todas sus posesiones y su título a su hija. Juana era ahora reina de Navarra. Su esposo,

Antonio de Borbón, dirigía las tropas del rey de Francia, como pariente lejano y general suyo. Pasaba la mayor parte del tiempo en el campo de batalla. Juana lo había amado mucho antes de que él empezara a buscar otras mujeres; pero nunca depositó sus esperanzas en él, pues también él moriría pronto. Ella tenía pretensiones mucho mayores de las que él podía permitirse; su madre había sido hermana del propio Francisco I —el rey que había luchado tan infructuosamente en Pavía contra el emperador Carlos V —; pero gracias a él, el dominio interior de la corona de Francia se había ampliado magníficamente.

Jeanne d'Albret era, por tanto, una dama de extraordinaria importancia, y no se sentía satisfecha aún con los territorios de Bearn, Albret y Navarra, que constituían un reino. El rey de Francia que reinaba en aquel momento, de la casa de Valois, tenía cuatro hijos vivos, y no había ninguna probabilidad de que la rama colateral de los Borbones llegara al poder tan pronto. Sin embargo, Jeanne se atrevió a predecir a su hijo Enrique el futuro más grandioso —lo cual se recordaría más tarde con asombro, como si ella hubiera poseído dotes de clarividencia—. Solo era ambiciosa. Esta pasión convirtió a una mujer delicada en un carácter indomable, y su legado pesó más tarde de manera decisiva en el destino de su hijo.

Cuando volvió a tener a su pequeño hijo consigo, le enseñó sobre todo la historia de su casa. No prestaba atención a que él se pegara a la guapa señorita tan a menudo como pudiera o corriera descalzo, como en la montaña, hacia los niños en la calle, lleno de curiosidad por las enigmáticas muchachas. Jeanne no era una observadora de la realidad, tenía la cabeza llena de sueños, como una mujer con los pulmones débiles. Henri, que hubiera preferido

saltar por ahí como un cabritillo, fue abrazado por uno de los brazos maternos, mientras que el otro rodeaba a su hermana aún más pequeña, Catherine. La reina Jeanne inclinó tiernamente su cabeza de rubio pálido entre sus dos hijos. Su rostro era estrecho y de rasgos finos, estaba pálido, las cejas se movían con dolor sobre los ojos oscuros, la frente ya mostraba finas arrugas y las comisuras de los labios comenzaban a caer.

«Pronto viajaremos a París», dijo ella. «Porque nuestro país debe crecer. Quiero anexionar la parte española de Navarra».

El pequeño Enrique preguntó: «¿Por qué no la conquistas tú?». Y se corrigió a sí mismo: «Papá debería conquistarla».

«El rey de París es amigo del rey de España», le explicó la madre. «Incluso permite que los españoles nos invadan».

«¡Yo no!», exclamó Henri de inmediato. «¡España es mi enemiga y lo seguirá siendo! ¡Porque te quiero!», dijo con vehemencia y besó a Jeanne. A ella se le cayeron las lágrimas de los ojos y cayeron sobre su pecho semidesnudo, que su pequeño hijo acariciaba como si la consolara. «¿Acaso mi padre solo obedece al rey de Francia? Yo no lo haré», le aseguró con halagos, porque intuía lo que a ella le gustaba oír.

«¿Puedo ir con vosotros?», suplicó la hermana pequeña.

«La señorita también debe venir», exigió Henri.

«¿Estará nuestro querido padre allí con nosotros?», preguntó Catherine.

«Quizás alguna vez esté con nosotros», murmuró Jeanne, y se levantó de su silla recta para no tener que seguir respondiendo.

Poco después, la reina Juana se convirtió al protestantismo. Fue un acontecimiento trascendental, no solo para su pequeño país, al que se esforzó por convertir al protestantismo. Aumentó el valor y la influencia de la nueva religión en todas partes. Sin embargo, lo había hecho porque su esposo, Antonio, seguía teniendo amantes tanto en la corte como en el campo. Puesto que él había sido reformado y, por debilidad, había vuelto al catolicismo, ella hizo lo contrario. Su cambio de fe se debió tal vez a la piedad, pero sobre todo a un desafío: a su marido infiel, a la corte de París, a todos los que la ofendían o se interponían en su camino. Su hijo debía llegar a ser grande algún día, y solo podría hacerlo al frente de los ejércitos protestantes; la ambición de su madre lo reconoció pronto.

Cuando el viaje a París estaba por fin a punto de comenzar, Jeanne abrazó a su hijo y le dijo: «Nos vamos de viaje, pero no pienses que es por placer. Porque llegaremos a una ciudad donde casi todos están en contra de la religión y en contra nuestra. ¡No lo olvides nunca! Ahora tienes siete años y ya tienes entendimiento. ¿Te acuerdas de que ya fuimos una vez a la corte? Eras muy pequeño y no lo recuerdas. Quizá tu padre lo recordaría si no hubiera olvidado y perdido tantas cosas de lo que fue un día».

Ella se sumió en dolorosos recuerdos. Él la tomó del brazo y le preguntó: «¿Qué había entonces en la corte?»

«El difunto rey aún vivía. Te preguntó si querías ser su hijo. Señalaste a tu padre y respondiste que él era tu señor padre. Entonces el difunto rey te preguntó si querías ser su yerno. Tú respondiste "sí", y desde entonces en la corte te presentan como el

prometido de la princesa real; con eso quieren atraparnos. Te lo digo para que no te creas todo y no confíes en ellos».

«¡Genial!», exclamó Henri. «Tengo una esposa, ¿cómo se llama?»

«Margot. Es una niña como tú, aún no ha podido odiar ni perseguir la religión. Sin embargo, no creo que vayas a casarte con Marguerite de Valois. Su madre, la reina, es una mujer demasiado malvada».

Enrique vio cómo se transformaba el rostro de Juana al mencionar a la reina de Francia. Se asustó y su imaginación recibió un fuerte impulso. En su mente vislumbró una mueca terriblemente inhumana, una garra, un grueso bastón, y preguntó: «¿Es una bruja? ¿Sabe hacer magia?».

«Le encantaría», confirmó Jeanne. «Pero eso no es lo peor».

«¿Escupe fuego? ¿Se come a los niños?».

«Ambas cosas; pero no siempre lo consigue. Porque, para nuestra suerte, Dios ha castigado la maldad con la estupidez. Hijo mío, de todo esto no debes revelar ni una sola palabra a nadie».

«Me lo guardaré todo para mí, querida mamá, y tendré mucho cuidado de que no me devoren». En ese momento estaba completamente absorto en sus fantasías y, por eso, no creía que pudiera olvidar jamás ni a ella ni las palabras de su madre.

«¡Ante todo, aférrate a la verdadera fe que te he enseñado!», dijo Juana con vehemencia y también con tono amenazador; él se asustó de nuevo, y esta vez más profundamente.

Esto fue lo primero que Henri oyó de su madre, Jeanne d'Albret, sobre Catalina de Médicis; y entonces se emprendió realmente el

viaje.

Iba en cabeza un gran carruaje antiguo de cuero, en el que viajaban el tutor del príncipe, llamado La Gaucherie, dos pastores y varios lacayos. A continuación iban seis jinetes armados, todos ellos nobles protestantes, y luego el carruaje de la reina, forrado de terciopelo rojo, en el que viajaban Jeanne con sus dos hijos y tres damas. La cola del cortejo la formaban de nuevo los caballeros «de la religión».

Al comienzo del viaje todo era como en casa: el idioma, los rostros, el paisaje y la comida. Henri y su hermana pequeña, Catherine, charlaban por la ventana con los niños del pueblo, que corrían al trote un trecho junto a ellos. Debido al calor de julio, los carruajes permanecían cerrados. Se pernoctó varias veces más en el propio país, también en Nérac, la segunda residencia; toda la población reformada se reunía allí por la tarde, los pastores predicaban y se cantaban salmos. Durante algún tiempo, el camino discurrió por la Guyena, antiguamente Aquitania, cuya capital era Burdeos, y aquí se consideraba representante del rey de Francia a Antonio de Borbón, el esposo de Juana. Pero entonces comenzó lo desconocido.

Se abrían ante ellos tierras de las que un niño de los Pirineos ni siquiera había soñado jamás. ¡Cómo iba vestida la gente! ¡Cómo se expresaban! Se les entendía, pero no se les podía responder. Los ríos ya no estaban secos, como deberían estarlo en verano. Ya no había olivos; incluso los burritos se hacían escasos. Por la noche, la comitiva se quedó sola entre desconocidos, y los protestantes pusieron guardias ante las puertas; aquí no se podía confiar en los católicos. Ayer los pastores habían intentado predicar, pero fueron

expulsados por la superioridad numérica de los enemigos de la austera casa de oración que se alzaba lejos, a las afueras de la ciudad; también la reina de Navarra, con sus hijos, se había visto obligada a huir apresuradamente. Por eso fue aún mayor la alegría de encontrar en un lugar una mayoría de correligionarios. Entonces se recibió a Juana como a la enviada de la religión; la esperaban, su fama la había precedido, todos querían ver a sus hijos y ella tuvo que mostrárselos al pueblo con los brazos en alto. Los pastores predicaron, se cantaron salmos y comenzó un banquete festivo.

Llevaban ya dieciocho días de camino cuando cruzaron el Loira cerca de Orleans. Evitaron la ciudad; los hugonotes armados dirigieron sus caballos lo más cerca posible de la carroza real, y mucho menos la dejaron pasar cuando aparecieron los mensajeros de la reina de Francia. Eran cortesanos que dieron una cordial bienvenida a Juana, pero traían consigo una escolta de católicos, y estos reclamaron cabalgar más cerca de la carroza que los hugonotes. Estos no pensaban ceder, y se produjo una refriega. El pequeño Enrique se asomó por la ventana y animó a los suyos, en su idioma y en el de ellos, que los demás no entendían. Un aguacero separó a los contendientes; por la fuerza de las circunstancias, se echaron a reír y volvieron a comportarse con educación. El cielo se cernía oscuro sobre los álamos desconocidos, que susurraban al viento. Hacía frío en agosto y se respiraba inquietud.

«¿Qué son esas torres negras, mamá, y por qué arden?»

«El sol se pone detrás del castillo de Saint-Germain, adonde nos dirigimos, hija mía. Allí vive la reina de Francia. Ya sabes todo lo que te dije y lo que me prometiste».

«Lo sé, querida madre».

Primeros encuentros

Índice

Así que al principio se comportó como un gallito, orgulloso y combativo. Sin embargo, al principio solo vio a los sirvientes, que lo separaron de su madre; solo se quedó con su tutor en la habitación, y luego le sirvieron carne, ¡tanta carne! Como al día siguiente tampoco había nada más, pidió con insistencia los melones de su tierra, ya que era la temporada. Lloró, no comió nada y, para consolarlo, lo enviaron al jardín. Por fin había dejado de llover.

«Quiero ver a mi madre. ¿Dónde está?».

Le respondieron: «Con Madame Catherine», y se asustó, porque sabía que se trataba de la reina. No preguntó nada más.

Llevaba su mejor ropa; detrás de él iban dos caballeros, su tutor Gaucherie y Larchant, un noble de Bearn. En un prado se cruzó con otros tres muchachos, también ellos con séquito, pero más numeroso. Enrique se dio cuenta enseguida de que no se comportaban como niños que querían jugar; el mayor, en particular, se contoneaba de caderas y llevaba la cabeza alta, como si fuera un cortesano adulto; en su boina blanca llevaba plumas.

—Señores —preguntó Henri mirando hacia atrás—, ¿quién es ese pájaro?

«¡Atención!», susurraron. «Es el rey de Francia».

Entonces los dos grupos se detuvieron uno frente al otro, y el joven rey se quedó frente al pequeño príncipe de Navarra. Ya no se movía, sino que esperaba a Henri. Este se tomó su tiempo para observarlo. Carlos IX no solo llevaba la boina blanca, sino que iba completamente de blanco. Un volante blanco le rodeaba el cuello,

sobre el que descansaba el rostro; lo mantenía medio apartado, con la mirada de reojo. Astuto y triste, parecía decir: «A ti ya te conozco. Ya es bastante malo que tenga que conoceros a todos».

Henri sintió que se le subían las ganas de reír, por primera vez desde que estaba allí. Se habría reído a carcajadas, pero detrás de él volvieron a murmurar: «¡Atención!». Entonces, el niño de siete años se irguió ante el de doce, primero sacando pecho, luego inclinando el torso hasta los pies y rozando el suelo con la mano derecha en un semicírculo. Repitió este ejercicio a ambos lados del rey y, finalmente, incluso a sus espaldas; varios de los caballeros sonrieron ante ello. No así Larchant, el noble del séquito de Juana; se arrodilló ante Carlos y declaró: «¡Señor! El príncipe de Navarra aún no ha visto a un gran rey».

«Él mismo nunca lo será», dijo Carlos, dejó caer las palabras ante sí y volvió a cerrar inmediatamente la boca con firmeza bajo su nariz carnosa. Entonces Henri se enfureció; sus ojos suaves y amables comenzaron a relucir, y exclamó: «¡No deje que mi madre oiga eso, ni tampoco la suya, que gobierna en su lugar!».

Eran palabras demasiado despectivas como para que un rey las oyera; los señores que estaban detrás de Carlos IX se sobresaltaron. Él solo cerró los ojos; en ese instante, algo quedó grabado en su memoria para siempre.

Henri se había calmado de inmediato y, con naturalidad, se dirigió a los otros dos muchachos. «¿Y vosotros?», preguntó animándolos, pues le parecían extrañamente cohibidos. Esto se debía a que aún no conocía la educación de la alta sociedad.

«Me llaman Monsieur», dijo el primero de los dos pequeños, que tenía la misma edad que Henri. «Es mi título, porque soy el mayor de los hermanos del rey».

«A mí simplemente me llamo Henri».

«¡Ah! Yo también», exclamó Monsieur con el entusiasmo de un niño, y ambos se miraron fijamente.

«¿No tenéis melones?», preguntó Henri, para ir directo al grano. El más joven de los hermanos del rey se rió como si fuera un chiste. Habría que darse cuenta de que aquella pequeña figura rara vez era ruidosa y alegre.

Por encima de los niños colgaba el follaje de un árbol, en el que gritaba un pájaro; los tres alzaron la vista. Entonces se dieron cuenta de que el rey continuaba su camino, con todos los caballeros detrás de él. Los dos acompañantes del príncipe de Navarra estaban conversando con la gente de la corte de Francia; se distrajeron. Henri susurró: «Hay que quitarse los zapatos».

Él ya lo había hecho y comenzó a trepar por el tronco. Al llegar bajo la copa, les explicó a los otros dos: «Enseguida me habré esfumado. ¿No os atrevéis?».

Cuando la copa del árbol lo ocultó por completo, ellos no quisieron quedarse atrás, así que también dejaron sus zapatos entre los matorrales y lo siguieron hasta el árbol. Henri les explicó:

«Aquí no pueden encontrarnos. Nos buscarán por todas partes, mientras tanto, llevadme, ya sé adónde. ¡No! No saquéis el nido. ¿No veis que son pájaros de pico amarillo? Esos anidan frente a mi ventana, en mi casa de Pau».

Varios caballeros regresaron, miraron a su alrededor, deliberaron y tomaron otra dirección. Inmediatamente, los tres muchachos bajaron y, por fin, Henri llegó al lugar acordado: era el huerto. Los frutos tan anhelados yacían sobre la tierra negra; se sentó, hundió las manos y los pies descalzos en ella y exclamó en voz baja:

«¡Qué bonito es esto!».

Porque las hierbas perfumaban el aire, las saboreaba, disfrutaba en los labios de todo: cebolla, lechuga, puerro. «¿Y vosotros?», preguntó.

Ellos estaban de pie y miraban sus pies medio enterrados. «La tierra es suciedad», opinaron. Pero Henri había descubierto a un jardinero. El hombrecillo quiso ponerse a salvo en cuanto reconoció a los príncipes. Henri gritó: «¡Ven aquí o te irá mal!». Entonces el patán se acercó encorvado.

«¡Saca tu cuchillo! ¡Corta el melón más maduro!». Solo después de haberse devorado la mitad, lo declaró aguado y agrio. «¿Eso es lo mejor que tenéis?».

El muchacho se disculpó alegando que había llovido demasiado. Henri dijo: «Te perdono».

A continuación, le hizo preguntas sobre el huerto y las condiciones de vida del jardinero, mientras seguía comiendo. «Puedes venir a Navarra», le dijo entonces, «¡allí te daré melones para comer! ¡No pongas esa cara de tonto! ¿No conoces Navarra? Es una región más grande que Francia. Y los melones también son más grandes».

«¡Y tu barriga!», comentó el segundo Henri, al que llamaban Monsieur. Porque su primo extranjero se había comido toda la fruta

él solo. «¿Y si empiezo con otra?», preguntó incluso.

«Glotón», exclamó Henri de Valois, pero no le sentó bien. Henri de Borbón gritó:

«Te voy a dar una patada en el trasero», y ya estaba levantando el pie del suelo. Antes de que se pusiera de pie, el otro salió corriendo y su hermano pequeño lo siguió llorando. Henri se quedó solo en el campo.

Un conejo pasó corriendo a su lado, él tras él. El conejo se escondió, él lo persiguió, pero no se dejó atrapar. Ya estaba sin aliento por la persecución. «¡Henri!». Allí estaba su hermana pequeña y, junto a ella, otra chica. Era más alta que Catherine y más o menos de su misma edad. Él se imaginaba quién era, pero al principio no dijo nada, sorprendido. Su hermana pequeña explicó: «Hemos venido. Margot tenía curiosidad».

«¿Siempre está tan sucio?», preguntó Marguerite de Valois, la hermana del rey.

«Quería comer melón», respondió él, sintiéndose avergonzado. «Espere, le daré uno a usted también».

«Gracias, no puede ser».

«Lo entiendo. Su bonito vestido podría mancharse».

Ella sonrió, porque pensó: «Y también mi cara. Llevo maquillaje, pero este campesino no lo ve».

¡Qué chica! Nunca había visto a nadie igual. Su pequeña Catherine, a quien tanto amaba, parecía a su lado una pastora de gansos, a pesar de su atuendo de domingo. Marguerite tenía colores como rosas y claveles, y estos aún podían considerarse afortunados. Su vestido blanco le quedaba ceñido hasta las caderas, y luego

comenzaba a desplegarse amplio y rígido, resplandeciente con bordados dorados y piedras de colores. También sus zapatos eran blancos, y tenían algo de tierra pegada. Henri siguió una inspiración; se arrodilló y, con los labios, le quitó la tierra. Luego se levantó y dijo:

«Mis manos no estaban lo suficientemente limpias».

Su tono se volvió desagradable, porque la niña sonrió con altivez. Por eso se llevó a su hermana a un lado y le susurró, aunque seguramente la otra pudo oírlo:

«Ahora le voy a levantar la falda, tengo que averiguar si tiene piernas como todas las chicas». La sonrisa de la pequeña princesa se quedó paralizada. Añadió: «Su nariz es demasiado larga. Kathrin, puedes llevártela de vuelta».

Entonces ella frunció el ceño a punto de llorar. Inmediatamente, Henri se volvió muy cortés. «Señorita, solo soy un chico tonto del campo, y usted es una señorita refinada», dijo con toda amabilidad. Su hermana comentó: «Sabe latín».

Él se dirigió a ella en la lengua antigua y le preguntó si ya estaba prometida con un príncipe. Ella respondió: «No»; así supo que la historia que le había contado su querida madre no era más que un cuento de hadas, y que ella lo había soñado. Sin embargo, pensó: «Lo que no es, aún puede llegar a ser». Por el momento, constató:

«Sus dos hermanos han huido de mí».

«Mis hermanos habrán tenido miedo de su olor. Un príncipe no huele así», dijo Margarita de Valois y frunció su nariz demasiado larga. Enrique de Borbón se sintió ofendido y preguntó con vehemencia:

«¿Sabe lo que significa: Aut vincere aut mori?» Ella respondió: «No. Pero se lo preguntaré a mi madre».

Los dos niños se miraron desafiantes. La pequeña Catherine dijo asustada: «Cuidado, viene alguien».

Era una dama, en cualquier caso de la corte, tal vez incluso la institutriz de la princesa, pues expresó su desaprobación.

«¿Quién es ese niño sucio con el que está hablando, señorita?».

«Parece que es el príncipe de Navarra», respondió Marguerite.

Inmediatamente, la dama hizo una profunda reverencia. «Su padre ha llegado, señor, y quiere verle. Pero primero debe lavarse».

Las enemigas

Índice

Mientras esto sucedía, su madre, Juana de Albret, mantuvo su conversación con Catalina de Médicis. Esta se mostró sumamente amable, dispuesta al entendimiento y reacia a cualquier tema polémico. La protestante, en su fervor, ni siquiera se dio cuenta, o lo consideró una artimaña.

«¡La religión y sus enemigos nunca se pondrán de acuerdo!», afirmó con obstinación. Juró: «Y aunque tuviera en una mano mi reino y en la otra a mi hijo, preferiría hundirlos a ambos en el fondo del mar antes que ceder».

«¿Qué es la religión?», dijo la corpulenta y morena Medici a la delgada y rubia d'Albret. «Ya es hora de que entremos en razón. Con nuestra eterna guerra civil estamos perdiendo Francia, pues tengo que dejar entrar a los españoles para acabar con vosotros, los protestantes. Y eso que no os odio, y si pudiera, os compraría vuestra religión».

«Eres la digna hija de un cambista florentino», replicó Juana con desdén. Lo que ella misma había tenido que escuchar le parecía aún mucho más insultante. Catalina no se dejó disuadir.

«¡Alégrese de que sea italiana! Ninguna católica francesa le ofrecería condiciones de paz tan favorables. Sus correligionarios tendrán toda libertad para practicar su religión, y también les daré refugios seguros y ciudades fortificadas. Solo deben renunciar a incitar contra los católicos y a atacarlos».

«¡Soy un Dios iracundo, dice el Señor!».

Jeanne, profundamente alterada, ya no podía permanecer sentada en la silla. Catalina permaneció tranquilamente sentada, juntando sus manos carnosas, llenas de anillos y hoyuelos.

«Estás airada», dijo ella, «porque eres pobre. La guerra es tu negocio. Yo te ofrezco dinero, así ya no lo necesitarás».

Esa exageración de incomprensión y desprecio llevó a Juana al límite. Habría querido abalanzarse sobre la gorda a puñetazos. Balbuceó: «¿Y cuánto dinero reciben las amantes de mi esposo para que sigan seduciéndolo y luchando contra la religión?».

Catalina se limitó a asentir, como si eso fuera precisamente lo que esperaba y nada más. Por fin había salido a la luz. ¡Una mujer celosa, esa heroína de la fe! No hacía falta respuesta; la rubia de cara de cabra no habría oído nada, pues, por falta de autocontrol, se había tambaleado contra la pared y se había desplomado como desmayada sobre el gran baúl. En ese instante se abrió una puerta pintada, dorada, pero con herrajes de hierro. La guardia clavó sus alabardas en el suelo y entró en la sala el rey de Navarra, de la mano de sus dos hijos.

Antoine de Borbón se balanceaba de caderas como el hombre apuesto y codiciado que era. Lo hacía por si acaso, sin darse cuenta aún de lo que estaba sucediendo allí. Las ventanas se encontraban en profundos nichos, por lo que reinaba la oscuridad para cualquiera que entrara. En la pared del fondo creyó percibir un movimiento e inmediatamente buscó su daga. Entonces la reina Catalina se rió de corazón, aunque solo fuera en silencio.

«¡Adelante, Navarra! Verás que no escondo a ningún asesino, y menos aún para un hombre como tú».

Debería haber percibido en esas palabras el más franco desprecio, pero era demasiado vanidoso para ello. Por eso, desdeñó seguir preocupándose por la pared sospechosa y, en su lugar, se inclinó ante Catalina. Luego dijo con decoro:

«Este es mi hijo Enrique, le pide su favor, señora». No se prestó atención a la hermana menor, quien, avergonzada, bajó la mirada.

Henri observó a la mujer y se olvidó de saludar. Allí, sentada en medio de una gran sala, en el lugar donde caía la mayor parte de la luz, estaba la terrible y malvada Catalina de Médicis, era ella. Entre las vivencias del viaje, los nuevos conocidos en el jardín y, sobre todo, los melones, se había olvidado casi por completo de ella; solo ahora recordaba cómo debía de haber sido. Debía de tener garras, una joroba, una nariz de bruja, y así estaba dispuesto a reconocerla; por desgracia, ella se lo ponía difícil, era tan corriente. Frente al respaldo alto y recto de su sillón parecía pequeña, además era gorda, tenía mejillas blancas y pastosas y ojos como carbones que no ardían. Decepcionó a Henri.

Por eso su mirada vivaz recorrió la sala, ¿y qué encontró? ¡Oh! Veía con más agudeza que su padre, además amaba más. Por eso se precipitó hacia donde Jeanne yacía o se acurrucaba.

«¡Mamá! ¡Mamá!», gritó, y mientras corría pensó: «¡Así que sí! Le ha hecho algo».

«¿Qué te ha hecho la malvada señora Catherine?», preguntó en voz baja y con urgencia, mientras besaba a su madre.

«Nada. Solo me había puesto mal. Ahora nos levantamos los dos y nos portamos muy bien». Y acto seguido hizo lo que había decidido.

Jeanne se acercó con el brazo alrededor de su hijo pequeño, sonrió a su marido y dijo: «Aquí está nuestro hijo», pero no soltó a Henri de sus brazos.

«Te lo he traído para que lo vuelvas a ver, mi querido esposo, pues rara vez vienes a casa. Además, quiero presentárselo a la reina de Francia como su pequeño soldado, que debe servirla igual que su padre».

«Está bien», respondió Catalina con bonhomía. «Pero, si por mí fuera, viviríamos en todo el reino en paz, como una familia».

«¿Entonces tendría que cultivar mi campo?», preguntó el guerrero Antoine, poco satisfecho.

«Deberías ocuparte más de tu mujer. Ella te ama y sufre desmayos porque te echa de menos. Aunque yo podría darle un pequeño remedio».

Jeanne se estremeció; ¡sabía lo suficiente de los pequeños remedios de esa envenenadora! «¡Oh! No es necesario», aseguró rápidamente.

Aún había tenido que hacer un esfuerzo para recomponerse mientras se levantaba del baúl y se acercaba; pero ahora la simulación ya le salía de forma natural, no peor que a Catalina. Esta se mostraba maternal.

«A su esposa, Navarra, le he ofrecido mi amistad, y creo también que ella me tiene tanto cariño como yo a ella».

Jeanne pensó con intensidad y rapidez: «Mi hijo debe crecer, ya me las arreglaré con vosotros. Me las arreglaré con vosotros, mi hijo será grande. Yo, la sobrina de Francisco I, ¡y esta hija de un tendero!».

Su expresión encantada y tierna no cambió en lo más mínimo; sin embargo, el rostro de Catalina, a pesar de lo que pudiera pensar, seguía siendo maternal. Solo en eso se delató la Medici: prácticamente no prestaba atención a los dos niños, ni siquiera a la temerosa niña pequeña. Cuando una mujer se hace la maternal.

«¡Soy su amiga de todo corazón!», exclamó Jeanne, entusiasmada por haberla pillado.

Amor pasado

Índice

Antoine de Borbón se alegró sinceramente por el desarrollo de la conversación. Cuando se quedaron solos en su habitación, abrazó primero a su esposa y luego a su hijo. Le mostró por la ventana un caballito que pasaba por allí. «Es tuyo. Ya puedes montarlo». Henri salió corriendo enseguida. La hermanita lo siguió para admirarlo.

Jeanne adoptó entonces una expresión muy diferente a la encantada que había mostrado ante los Médici. Su esposo, absorto en su gran satisfacción, aún no se había dado cuenta. Mientras tanto, ella lo miró con aire distraído y dijo:

«¿Cómo se llama esa mujer con la que se te ve ahora tan a menudo? ¿La que te acompañó en tu campaña y probablemente también hasta aquí?».

«Te llegan tantas cosas». Él incluso sonrió con aire de suficiencia, lo que ella apenas pudo soportar.

«¿Acaso lo has olvidado todo?», preguntó ella de repente con voz plena y grave. Jeanne sorprendía en ciertos momentos con una voz como la de un órgano, demasiado grande, demasiado sonora para ese pecho frágil. Su esposo la oyó y se conmovió; al instante recordó todo lo que ella quería que recordara. Ya no hacían falta más palabras. Se habían amado mucho y durante mucho tiempo.

Él la había conseguido después de que Jeanne luchara por sí sola para no pertenecer a ningún otro. Antes de conocerlo, la habían casado a la fuerza; la llevaron a rastras a la iglesia, ella afirmaba que no podía caminar; su vestido pesaba realmente demasiado por todas las piedras preciosas. Pero su voluntad pesaba más, aunque por entonces aún fuera una niña. La casaron a la fuerza; da igual, el día

llegó, aunque fuera años después, y Jeanne fue feliz con él, gracias a quien ella quería serlo. La racha de días florecientes llegó a su fin, y también llegó el marchitamiento prematuro, el suyo propio y el de su felicidad. Ahora no le quedaba nada más que su hijo, pero eso significaba más de lo que jamás había poseído. ¡Ojalá Antoine pudiera comprenderlo! ¡Tenían al hijo!

La emoción del hombre ante su voz no podía, por supuesto, durar mucho, y sus recuerdos de los tiempos de pasión no se veían respaldados por la visión de la pobre mujer. Vivía demasiado absorto en las tareas apremiantes del presente: un asedio, una intriga, una joven. Es cierto que, medio minuto después de que ella dijera: «¿Lo has olvidado todo?», él aún quiso abrazarla, pero ya no se trataba de la unión de sus antiguos sentimientos, era solo un gesto de cortesía, por lo que ella lo rechazó.

Antoine le aseguró, no obstante, que estaba extraordinariamente satisfecho con ella y se alegraba de su moderación. Jeanne le explicó que, sobre todo, no tenía ganas de que la envenenaran. Pensaba menos en sí misma que en el interés de la religión. «En el fondo, has hecho bien, querido, en volver a ser católico y entrar al servicio del rey de Francia».

«Me han prometido la Navarra española».

«No te la darán, porque necesitan al rey de España contra nosotros, los protestantes. No alcanzarás tus pequeños objetivos, pero actúas en nombre de otros mucho más grandes, a los que prefieres no nombrar». Ella dijo esto porque le repugnaba saber que él era mediocre y carecía de grandes ambiciones.

Él la escuchó consternado. Le ahorró su respuesta por timidez, por indulgencia; pues ya no la consideraba mentalmente sana. Juana ya no lo encontraba digno de abrazarla, pero debía haber confianza en los asuntos de su casa. Ella dijo:

«No puede ser de otra manera: algún día un príncipe protestante gobernará Francia; nosotros somos los más decididos, porque tenemos la verdadera fe. Allí solo tienen a una anciana de tez pálida y enfermiza que no cree en nada».

«Excepto en la astrología», confirmó él, contento de estar de acuerdo con ella en algo. Añadió: «¡Pero sus tres hijos!».

«Los tuvo tarde, estuvo estéril durante mucho tiempo... ¡y mira a los tres muchachos que están vivos!», afirmó Juana, imperturbable. «El cuarto ya está muerto, falleció a los dieciséis años; fue rey durante diecisiete meses. Su hermano lleva reinando unos meses más, pero también tiene ojos como de cien años».

«Después de él aún quedan dos», comentó él.

«Su madre los dejará morir igual. Es una mujer que ni siquiera mira cuando un niño entra por la puerta. Para ella, el reino solo existe mientras ella esté allí. Si tuviera fe, estaría segura de que la mano del Señor ha bendecido su vientre no solo para hoy y mañana, ¡sino para siempre!».

Jeanne d'Albret pronunció estas contundentes palabras con voz suave y firme. Su esposo se sintió incómodo y la admiró. Para recuperar el equilibrio, dijo:

«Deberías recordarle a Madame Catherine que el difunto rey había prometido a nuestro hijo en matrimonio con su hija».

«Ella me lo recordará», respondió Jeanne, «y yo consideraré si mi hijo no es demasiado bueno para una princesa de esta dinastía en decadencia».

Antoine finalmente se impacientó. «Eres difícil de contentar. El difunto rey gozaba de plena salud y cayó en un torneo. Los Valois no tienen la culpa de que una Medici eduque mal a sus hijos».

«¡Y habla también de las costumbres desvergonzadas que ha traído a esta corte!», exigió Jeanne.

Aunque el hombre presentía que se avecinaba un escándalo, no pudo controlar su expresión. Todo su cuerpo recordaba con un gozo irresistible el favor que había disfrutado con las mujeres de esta corte; eso se le notaba en la cara.

Jeanne, hasta hacía un momento tan refinada y reflexiva, perdió la cabeza y comenzó a despotricar y a sermonear. Según ella, los idólatras católicos solo amaban la carne. Los de la religión eran puros y severos, y sus manos tenían hierro y fuego para erradicar lo corrupto.

¡Oh, Dios, si tan solo te manifestaras!

Índice

Es posible que se la hubiera oído en la antesala; en cualquier caso, se abrió de par en par la puerta, aparecieron por ella algunos caballeros protestantes y anunciaron que el almirante Coligny estaba en la casa, que subía las escaleras, que se acercaba, que ya había llegado. Todos hicieron sitio y el comandante protestante entró, llevándose la mano al pecho en señal de saludo. Incluso el rey de Navarra inclinó la cabeza ante aquel anciano y, con ello, también ante el partido que él lideraba. Mientras que otros solo se servían de ellos para su propio beneficio, este tenía la austeridad desinteresada de un mártir, algo que se reflejaba en su frente vehemente y triste.

Jeanne d'Albret abrazó al almirante. Justo lo necesitaba para dejarse llevar por el entusiasmo. Llamó a toda su gente, a sus dos pastores, a sus hijos. Llevó a su hijo ante el almirante, quien puso la mano derecha sobre la cabeza del niño y no la retiró mientras habló el primero de los pastores. Habló, en palabras que nadie podía malinterpretar, del Reino de Dios, que está a punto de llegar. ¡Nos toca a nosotros! Todos lo oyeron, se dijera o no. Se empujaban unos a otros en la abarrotada sala, cada uno quería pasar al frente, ya hacerse con todo, ya poseer todo el poder, toda la riqueza, ¡y además para gloria de Dios!

El segundo de los pastores entonó un coral. «¡Oh Dios, muéstrate, por favor!». Todos cantaban con urgencia y expectación, con valor a prueba de muerte y ya seguros de su victoria. Porque ¿dónde cantaban tan alto, dónde defendían con tanta audacia su causa? ¡En la propia casa de los reyes de Francia! ¡Podían atreverse, se atrevieron!

Coligny levantó con ambos brazos al príncipe de Navarra por encima de todas las cabezas, y le dejó que respirara allí arriba, por su vida, lo que estaba sucediendo, lo que todos ellos representaban. Se hizo una gran profesión de fe por parte de héroes devotos. Enrique estaba de acuerdo y conmovido, pues veía llorar a su querida madre y lloraba con ella. Su padre, en cambio, por temor a las consecuencias de la hermosa celebración, había mandado cerrar todas las ventanas; eso hacía que el aire de la habitación fuera casi insoportable.

Todo ello constituía traspasos bastante peligrosos de los límites permitidos; Jeanne se dio cuenta de ello por sí misma después, su esposo no tuvo que advertírselo por mucho tiempo. Decidió dar a la reina Catalina toda la satisfacción que quisiera, pues había pocas esperanzas de que Madame Catherine no hubiera sido informada del incidente. Pero cuando las dos buenas amigas se volvieron a ver, resultó que una no sabía nada del comportamiento inapropiado de la otra o prefería hacer la vista gorda. En lugar de mostrar desconfianza hacia Juana, la reina madre le pidió ayuda contra sus enemigos.

El mayor peligro para la casa real eran los Guise, la familia de Lorena que reclamaba el trono. Juana comprendió que, en cambio, la pequeña familia de los Borbón se consideraba inofensiva. Los Guise se mostraban mucho más católicos que la reina, además de ser ricos. Ambas cosas favorecían sus intenciones; habían comenzado a presentarse ante el pueblo de París como los salvadores del reino. Los pobres reyes de Navarra eran desconocidos aquí, y procedían de una provincia lejana, herética y foco de revueltas. Madame Catherine ronroneaba plácidamente como una

gata vieja cada vez que veía a Jeanne d'Albret, y Jeanne se sentía humillada, pero no lo demostraba.

Era inteligente y accedía a todo lo que la gata vieja quería. Esta hizo un agujero en la pared de su estudio, a través del cual veía y oía lo que Antoine de Borbón y el cardenal de Lorena tal vez tramaban contra ella; y Jeanne tenía que espiar y escuchar con ella, aunque uno de los observados fuera su propio marido. Sin embargo, no se trataba de él, a quien apenas temían; precisamente eso era muy humillante, pero Jeanne ponía buena cara. La vieja gata temía al jefe de la casa de Guisa, el rico cardenal, que podía sobornar a todos sus sirvientes, incluso a Navarra. A este, por cierto, solo tenía que prometerle los Pirineos españoles para no entregárselos jamás; eso no le costaba nada.

Catalina y, con ella, Jeanne se enteraron de muchas intrigas, pues el cardenal recibía a otros caballeros en la habitación de Antoine, que le parecía la menos sospechosa. Jeanne se asombraba de la imprudencia de su marido. Probablemente ni siquiera lo entendía todo; a través del agujero en la pared vio que sus pensamientos estaban con una amante. Esa era una razón más para no darle ninguna señal y no delatar a su amiga Catalina ante él. Incluso se propuso no permitir jamás que su amante apareciera en público. Jeanne ejercía ese silencioso autocontrol, pues el bien de su hijo y de la religión exigía que se mantuviera amiga de la vieja gata.

Sin embargo, se produjo el terrible caso de que la dama, una mariscala, se la encontrara e incluso se atreviera a presentarse ante ella, sí, esperara un beso de saludo. Jeanne no lo soportó, por muy sensatas que fueran las resoluciones que había albergado. ¡En esos brazos, sobre ese pecho desnudo, yacía, en unas horas que la hacían

cada vez más vieja y enferma, el único hombre por el que jamás había luchado! Indignada, Jeanne miró fijamente aquel rostro, que era encantador e incluso dulce. Todo el engaño de la vida se le subió a la garganta. Aunque no hubiera querido, le dio la espalda a la dama y la dejó allí.

Pero la mariscala no aceptó ese trato y no se apartó en absoluto. Mientras la reina de Navarra saludaba a los demás, ella permaneció allí, con el rostro ya no tan encantador, y dijo en voz lo suficientemente alta:

«¿Me das la espalda y no quieres besarme? ¡Por San Juan! ¡Pues recibirás menos besos de tu marido; todos me los quedaré yo!».

Jeanne se rodeó estrechamente de sus amigas para poder escapar con buen pie. La otra era una mujer alta y amenazante; un enfrentamiento podría haber acabado mal. Varios caballeros, que se dieron cuenta de lo que pasaba, protegieron a Jeanne en su huida.

Pero solo después pareció que el incidente iba a ser peligroso para ella. Nunca había visto a su marido tan enfadado; hablaba de repudiarla, de encerrarla, y ella sabía que no era solo su amante quien lo incitaba. El agujero en la pared la había convencido de que el cardenal de Lorena hacía con el pobre Antoine lo que le daba la gana, y su objetivo era eliminar a Jeanne; entonces la casa de Guise ya no tendría rivales, y los protestantes perderían a su reina.

Juana comprendió perfectamente que solo podía buscar su salvación en Madame Catalina. A través del agujero, ambas se enteraron de lo que los amigos de Antonio le estaban sugiriendo: que se casara con la joven María Estuardo. Esta era la viuda del difunto hijo mayor de los Médici, uno de sus hijos que se habían

sucedido en el trono mientras ella misma gobernaba. Catalina opinaba lo mismo que Juana: había que impedir esa unión. No necesitaba a un hombre en la casa, por muy bueno que fuera el buen Antoine. En lo que a él se refería, las mujeres se entendían.

Esto llevó incluso a Catalina a recordar otro plan: el compromiso de su hija Margot con el pequeño Enrique de Navarra. Dijo abiertamente que ese sería el verdadero beneficio para el reino: acoger en él a un príncipe de sangre y al pariente más cercano de la casa, y vincularlo a ella. Uno de sus astrólogos le había revelado que sería una de sus acciones más acertadas. Por desgracia, era demasiado pronto, dada la juventud de los niños. La reina madre demostró a Jeanne su sinceridad con un abrazo; pero en los brazos de la vieja gata, Jeanne comenzó a temblar. Se le había ocurrido cierto rumor sobre su buena amiga. Se decía que Madame Catherine había envenenado a un dignatario para quedarse con sus ingresos para otra persona. En ese mismo instante, Catalina dijo y apretó un poco más el abrazo:

«Por mi amiga soy capaz de todo».

Quizá fue una coincidencia. En cualquier caso, estas palabras volvieron a convencer a la madre de Enrique de lo imprescindible que era no perder la amistad de aquella mujer a cualquier precio. Pero en su interior había demasiada rebeldía contra su propio juicio, nunca podía mantenerse sensata por mucho tiempo. Por mucho que Jeanne hubiera guardado su verdadero sentir bajo llave en su corazón, de repente la verdad se liberó y se hizo oír. El tono de la delgada Jeanne adquirió entonces un carácter algo imperioso y altivo, porque hablaba en nombre de la religión. Aún en el

transcurso de esa misma conversación, exigió, olvidando todos los terribles rumores sobre Madame Catherine:

«¡Margot debe convertirse al protestantismo! De lo contrario, mi hijo no podrá casarse con ella».

No tenía ni idea de cómo se lo tomaría la otra; pero esta siguió siendo igual de amable, incluso se mostró más confiada. Confesó que estaba pensando si no debería ella misma, junto con todos sus hijos, pasarse a la nueva religión. Quizá los protestantes fueran, después de todo, los más fuertes y, con ellos, derrotaría a los Guise. No habló en absoluto de la fe y Jeanne se lo reprochó; pero el sermón que le dio no conmovió a su buena amiga Catalina. Ella simplemente respondió que sería mejor no descubrir el juego y que su buena amiga Jeanne debía seguir dejando que los pastores predicaran con las ventanas cerradas.

Al decir esto, abrió una ventana y le pidió a Juana que mirara hacia fuera. En el jardín se divertían Margot y Henri. Él balanceaba a la niña, que hoy no llevaba un traje de gala, sino solo una tela ligera, que revoloteaba a su alrededor con cada balanceo del columpio. Henri se agachó en el suelo, dejó que ella volara por encima de él y gritó: «¡Ahora veo tus piernas!».

«No las ves», gritó Margot desde arriba.

«Como el sol en el cielo», afirmó él.

«Eso no es cierto».

«¡Y son gorditas!».

«¡Para el columpio ya!».

No lo hizo, sino que dejó que el columpio se detuviera por sí solo. Margot se bajó, primero aceptó su ayuda y luego le dio un puñetazo

en la cara con todas sus fuerzas.

«Me lo merezco», dijo él, haciendo una mueca de dolor. A continuación, agarró el dobladillo de su vestido y lo besó.

«¡No empieces otra vez con eso!», le exigió ella. «Siempre has sido educado y amable, y eso no me gusta. Hoy, por primera vez, me has hablado de verdad».

«Porque ahora sé con certeza que tienes piernas como las demás chicas, pero más bonitas».

«No, aún no lo sabes. ¡Espera a que los dos seamos más mayores!».

Entonces ella se calló, se limitó a mirarlo y, al hacerlo, movió la punta rosada de su lengua entre los labios. Su rostro tenía los colores de un melocotón pintado sobre porcelana, no como uno de verdad. El chico nunca distinguió con exactitud si ella lo desafiaba o lo rechazaba. Para que el asunto quedara finalmente claro, se abalanzó sobre ella y la besó con violencia. Margot se quedó sin aliento y rió feliz.

«Lo haces mejor que...»

«¿Que quién?», preguntó él, dando una patada en el suelo.

«Nadie», dijo ella ofendida.

Arriba, Madame Catherine cerró la ventana, impidiendo así que Jeanne gritara desde arriba.

«Nuestros hijos se entienden», comentó la gorda con su bonachona ironía. La delgada estaba pálida como un cadáver, pero aún se controlaba.

El resultado fue que atrajo a su hijo hacia sí con tanta fuerza como si aún estuvieran en casa. Hacía tiempo que no había recibido buenas enseñanzas; ahora su madre volvía a insistirle a diario: no debía perder la sensación de avanzar con ella en territorio enemigo, contra todos, en favor de la religión: su defensa, su promoción, la burla de la misa, de las imágenes sagradas, ¡y todo lo demás! Henri creía en su madre; lo que ella decía cobraba forma ante sus ojos. No le había dicho ni una palabra sobre Margot; probablemente Jeanne se avergonzaba del suceso que había presenciado desde la ventana y le guardaba rencor a Catalina por habérselo mostrado.

Pero él lo comprendió; su mala conciencia le delató lo que su querida madre pensaba, y de repente le explicó a la pequeña Marguerite con una expresión que la asustó: ¡ya no se podría volver a hablar de sus piernas, que arderían en el infierno! Ella dijo que no lo creía, pero en realidad Marguerite tenía miedo y pidió consejo a su madre.

La primera separación

Índice

Madame Catherine se enteró de otras maneras de las travesuras de Jeanne. No le resultó difícil, pues su hijo pequeño no se contenía en absoluto. Si bien la protestante se imponía a sí misma paciencia y discreción, con Henri no lo intentaba, sino todo lo contrario. Confiaba en que la verdad es incuestionable cuando sale de la boca de los niños.

Henri estaba feliz de complacer a su querida madre, sobre todo en cosas que le divertían tanto como burlarse de los católicos. Entretanto, se había convertido en el líder de una pandilla de muchachos, a todos les enseñó que no había nada más ridículo que los obispos y los monjes. Pronto se unió a la pandilla toda la descendencia de la corte; ni siquiera la reina madre conocía el alcance de la conspiración, pues ¿quién se habría atrevido a decirle que sus propios hijos estaban involucrados? En un principio, Enrique había convencido al menor de los tres príncipes para que se sumara a la nueva diversión de disfrazarse de clérigos y sembrar el caos en el palacio con ese atuendo. Irrumpían de la forma más descarada posible en deliberaciones serias y en escenas de amor, y exigían además que se besaran sus cruces. Para ellos era un carnaval realmente divertido, a pesar de la inoportuna estación del otoño.

El príncipe más joven, llamado d'Alençon, era el más intrépido, aunque se escapaba enseguida. Pero era inevitable que también al segundo, Enrique, llamado Monsieur, le entraran ganas de participar, y al final le picó la curiosidad al propio Carlos IX, él, el rey cristiano, la cabeza de todos los católicos. Se vistió como un obispo y azotó a los caballeros y a las damas con su báculo, lo cual ellos permitieron

por respeto. Este muchacho no podía reír; solo se ponía más pálido, su mirada de reojo se volvía más desconfiada y se alteraba hasta sentirse indispuesto. ¿Quién estaba allí y se alegraba con corazón inocente de lo que había provocado? Enrique de Navarra.

La corte llamaba a los conspiradores «los pequeños favoritos» y se hacía pasar como si fueran fáciles de atrapar. Madame Catherine fue engañada hasta que un día se armó un alboroto ante su puerta; por un momento creyó que se había acabado todo para ella. No había nadie con ella salvo un cardenal italiano, y este ya estaba buscando dónde esconderse. Pero entonces se abrió la puerta y entró primero un burro, montado por Enrique de Navarra, vestido de rojo y con todos los distintivos de una alta dignidad eclesiástica. Le seguían muchos jóvenes con gorros puntiagudos, barrigas abultadas y hábitos de monjes de todas las órdenes; espoleaban a sus bestias grises y galopaban por la sala, entonando letanías. Los que no montaban se subían unos a otros a la espalda para que los llevaran, y muchos se caían, arrastrando consigo los muebles; la sala, revestida de madera, resonaba con cantos, gritos de dolor, el crujir de la madera, el repiqueteo de los cascos y las risas.

También la reina madre se rió al principio, sobre todo porque no se trataba de asesinos. Pero cuando al final vio a sus propios hijos, aunque los príncipes hubieran preferido eludir su atención, en el fondo se le acabó la paciencia, aunque no lo dejó entrever. Fingió estar enfadada solo en apariencia y, con severidad maternal, exhortó a todos los muchachos a respetar lo sagrado y a jugar a otra cosa. No se dirigió especialmente a los príncipes. Solo le dio una bofetada benévola al pequeño Navarra.

Sin embargo, Catalina ya había comprendido desde entonces la verdadera actitud de su buena amiga Juana, y eso ocurrió ya en otoño, al mismo tiempo que las dos buenas amigas perforaban el agujero en la pared. Ahora solo importaba lo peligrosa que podía llegar a ser la protestante, y eso se puso de manifiesto por primera vez en enero, cuando se dirigió abiertamente a París para avivar el fervor de sus correligionarios y azuzarlos. Catalina les había permitido predicar en público, e inmediatamente la reina de Navarra abusó de las libertades concedidas. Catalina guardó silencio y mantuvo a Juana como confidente; su costumbre era dejar que las cosas llegaran a su fin por sí solas. Incluso cuando esto pareció alcanzarse, ella no intervino personalmente; más bien, el pobre Antoine transmitió sus órdenes, creyendo que eran las suyas propias. Juana debía abandonar la corte, y lo más duro era: sin su hijo.

El padre retuvo a Enrique para que quedara al margen de la influencia de la madre y se convirtiera en un buen católico. Hacía menos de dos años, ese mismo padre había querido convertirlo en un buen hugonote. Enrique lo recordaba bien; pero si se hubiera atrevido a decirlo, se habría asustado demasiado —por el padre, por sí mismo—. Ya sentía que en la vida debía de haber motivos más poderosos que la simple sinceridad. Cuando su madre, Jeanne, se despidió de él, lloró —¡ay, si ella hubiera sabido de todo lo que le pasaba!—. Le daba pena ella, no tanto como se compadecía de sí mismo. Ella siempre había sido su fe más profunda, primero Jeanne y solo después la religión.

Ahora ella sollozaba, lo besaba, tenía permiso solo para hacerlo esta única vez, y luego tendría que marcharse, adonde sus enemigos

la enviaran, pero él, en contra de su voluntad, iría a una escuela católica. Ella se recompuso para amonestarlo con severidad y tono amenazante, diciéndole que nunca debía ir a misa, pues de lo contrario lo desheredaría. Él se lo prometió, lloró de todo corazón y estaba decidido a hacer todo lo bueno, pero no porque lo considerara lo más seguro: eso ya había pasado aquí. Su querida madre se exiliaba por la verdadera religión. Su padre renegaba de la religión; sin duda, él también hacía lo que debía. Sus padres ya no se amaban, eran enemigos, cada uno luchaba por él, y todo eso no era fácil, él lo sentía. Si Madame Catherine hubiera tenido realmente la joroba y las garras, además de los ojos rojos y la nariz chorreante, entonces todo habría sido comprensible. Pero así, un niño pequeño se encontraba solo ante el mundo incierto e inexplicable, ¡y él mismo pronto pondría un pie en él!

Entró en el «Collegium Navarra», la escuela más distinguida de París, a la que también asistían el hermano del rey, al que llamaban Monsieur, y un Guise de su misma edad. Ambos tenían el mismo nombre de pila que el príncipe de Navarra; juntos eran «los tres Henris».

«Yo tampoco fui a misa», dijo el príncipe de Navarra con orgullo a los otros dos, cuando se encontraron a solas.

«Te habías escondido».

«¿Eso es lo que dicen? Entonces mienten. Les dije en voz alta lo que pensaba y se asustaron de mí».

«¡Genial! Sigue así», le aconsejaron, y él, en su entusiasmo, ni siquiera se dio cuenta de que no hablaban en serio. Propuso:

«Vistámonos de nuevo como entonces, pongámonos mitras y montemos en burros».

Aparentemente aceptaron, pero lo delataron a los maestros eclesiásticos, y la siguiente vez recibió golpes hasta que se dejó llevar a la capilla. La cosa quedó ahí por el momento, pues enfermó, porque así lo había deseado y así quería ser.

Durante ese tiempo, junto a su lecho se sentaba un hombre, el único que su madre había dejado a su lado. Este Beauvois tenía prisa por pasarse al bando de los enemigos de su señora, y Henri se dio cuenta de que los latigazos que recibía no se los debía solo a sus amigos, los jóvenes príncipes; también el espía lo delató.

«¡Váyase, Beauvois, no quiero verle!».

«¿Tampoco quiere leer una carta de su madre, la reina?».

Entonces el muchacho se enteró, para su gran sorpresa, de que su querida madre aseguraba al traidor su agradecimiento y su satisfacción, porque él le contaba todo lo que sucedía allí. «¡Anime a mi hijo en su resistencia y manténgalo en la religión! Hace bien en denunciarlo a veces al rector, para que le den con el látigo. Este sacrificio debe hacerlo él; solo así podrá usted permanecer a su lado, y yo podré, a través de usted, hacer saber a mi querido hijo lo que emprendo».

A esto le siguió mucho más, pero Henri tuvo que fijarse primero en el hombre que estaba junto a su cama; creía no haber visto nunca a nadie parecido, y sin embargo allí solo estaba sentado un señor bastante corpulento, de cara ancha y nariz achatada. También se notaba que bebía mucho; Henri no habría sospechado nada especial de él. Ahora se revelaba lleno de artimañas, un ser

retorcido, aunque de aspecto tan honrado, ¡y sin embargo un fiel servidor!

El señor de Beauvois leyó en el rostro del príncipe de Navarra mejor de lo que este pudo leer en el suyo. Dijo con voz suave, mientras sus ojos apagados cobraban vida:

«No es necesario decirle a todo el mundo quién se es».

«Y eso usted mismo no lo sabe», respondió rápidamente el niño de ocho años.

«Lo único que importa es mantenerse donde uno quiere estar», dijo el anciano.

«Lo tendré en cuenta», comenzó Henri y pensó en continuar diciendo: «Pero nunca más volveré a confiar en usted». Sin embargo, no llegó a hacerlo, pues Beauvois le había arrebatado de repente la carta de su madre —con un movimiento invisible y de una destreza inquietante—; hizo desaparecer el papel. Ya decía, completamente transformado:

«Mañana se levantará e irá voluntariamente a misa. Se lo aconsejo, porque es débil y no soportaría bien el látigo, pero ¿qué otra cosa se merece si no obedece?».

Se expresó de manera tan prolija que Henri oyó por fin los pasos sigilosos junto a la puerta, detrás de su cama. No volvió la cabeza, pero fingió llorar; así dejaron pasar el tiempo hasta que el guardián se marchó. Entonces el confidente le comunicó el resto del contenido de la carta, susurrando y con prisa, antes de que alguien volviera a interrumpirles.

Jeanne d'Albret emprendió ni más ni menos que una guerra civil abierta y generalizada. Ya no perdonaba a su esposo y, por lo tanto,

a nadie más. Necesitaba gente y dinero para su cuñado Condé, un gran señor que confundía su propio poder con la religión, pero eso le daba igual: él debía dirigir el ejército protestante. En el condado de Vendôme, adonde había sido desterrada, mandó saquear iglesias. ¡Incluso recibió dinero procedente de la profanación de tumbas, y eran tumbas de parientes de su marido! Nada la disuadió, nada permaneció en pie, salvo su voluntad.

Todo esto lo oía su hijo con su voz; su boca le hablaba apasionadamente al oído, aunque no fuera más que el susurro apresurado de un extraño. Henri saltó de la cama y se sintió bien. A partir de entonces volvió a soportar todos los sufrimientos, siempre que le libraran de ir a misa. A menudo lo olvidaba todo, se volvía alegre, como era por naturaleza, y se peleaba ruidosamente con los otros niños, ya no veía los altos y oscuros muros del patio del colegio, era libre y era el vencedor. Creía de verdad que pronto sus enemigos se le acercarían y le pedirían humildemente que intercediera ante su querida madre para que les perdonara.

Pero las cosas fueron de otra manera. Juana perdió y tuvo que huir, pero su hijo no esperó a que llegara el final. El 1 de junio cedió; se había mantenido firme desde marzo. Su propio padre lo llevó a misa, Henri le juró permanecer en la fe verdadera, y los caballeros adultos de la Orden lo besaron como a su compañero de lucha, algo de lo que, a pesar de todo, se sentía orgulloso. Pocos días después, su querida madre partió apresuradamente; Beauvois se lo comunicó con tono de reproche, aunque él mismo le había aconsejado que abrazara la fe verdadera antes del colapso de la empresa. Desde una zona al norte del Loira, ella escapó de sus enemigos hacia el sur,

hasta su tierra, siempre en peligro de ser capturada por el general Montluc, a quien Catalina había enviado en su persecución.

¡Con qué angustia la acompañaba el corazón de su hijo en su viaje! Él le había desobedecido y la había traicionado, ¿no provenía de ahí toda su desgracia? No se atrevía a escribirle a ella, pero enviaba cartas a uno de sus señores que eran gritos de confusión y dolor: «¡Larchant, tengo tanto miedo de que le suceda algo malo a la reina, mi madre!».

Eso era durante el día; pero por la noche un niño duerme y sueña con jugar. Incluso entre las horas del día había siempre algunas que le hacían olvidar todo, la desgracia y su propia insignificancia en el mundo. Entonces hacía algo que nadie ni ninguna circunstancia le impedía: ponía la rodilla sobre el pecho de un niño al que había derrotado en el juego. A continuación, se reía de él y lo dejaba marchar. Eso estaba mal, los castigados son menos rencorosos que los indultados; pero eso Henri nunca lo comprendería del todo.

No era precisamente popular entre sus iguales, aunque les inspiraba tanto miedo como risa. Le importaba su respeto y, además, el efecto de sus bromas, sin darse cuenta nunca de que ya no lo respetaban cuando se reían. Les hacía de perro o, según les apeteciera, de suizo o de alemán; pues la guerra civil había llevado a los mercenarios extranjeros a París, y él los había visto. Una vez exclamó: «¡Han asesinado a César!». A Henri Monsieur le dijo: «Tú serás César». A Henri Guise: «Y nosotros, los asesinos». Se arrastró por el suelo para mostrarle a su compañero cómo se acecha a una víctima. Este se vio presa del terror, gritó y huyó, pero los dos perseguidores ya estaban sobre él.

«¿Qué haces?», preguntó de repente el hijo de Jeanne. «Le estás haciendo daño».

«¿Cómo si no voy a asesinarlo?», respondió Guise. Mientras tanto, ese momento de interrupción había bastado para que César se recuperara; golpeaba sin piedad, y Navarra tuvo que impedir que matara al otro.

Prefirió volver a la farsa. Aquellos no comprendían que se pudiera luchar y tomárselo a broma. Se pusieron graves y pesadones y gritaron «¡Matadlo!», mientras él mismo se entusiasmaba con el juego.

Era más bajo que la mayoría de sus compañeros, tenía la piel morena y el pelo rubio oscuro; su rostro y sus ojos eran más expresivos que los de ellos, y sus ideas surgían con mayor rapidez. A veces todos se le acercaban y lo miraban con asombro, como a algo extraño, un oso bailarín o un mono.

A pesar de todo el entusiasmo en el que le sumergía su imaginación, de repente se daba cuenta de la verdad; se miraban entre ellos con cara de interrogación, no habían entendido lo que decía, estaba demasiado teñido de su lengua materna. Los otros dos Henri se dieron cuenta de que le ponía un artículo incorrecto a la palabra «cuchara», pero no se lo dijeron, sino que ellos mismos cometían el error cada vez que él estaba presente. Él intuía que ellos sabían algo que él ignoraba. En aquella época soñaba; ¿pero con qué? Por la mañana ya lo había olvidado. Solo cuando se dio cuenta de que padecía nostalgia, una nostalgia terrible y salvaje, supo también lo que cada sueño le mostraba: los Pirineos.

Cuando murió el padre

Índice

Los veía cubiertos de verdes bosques hasta el cielo, sus pies llevaban al durmiente hacia arriba como el viento, y arriba era tan grande como ellos, tan grande como las montañas. Podía inclinarse hasta el castillo de Pau y besar en los labios a su querida madre. Volvió a enfermar de nostalgia, como antes por culpa de la feria. Al principio se pensó que eran las viruelas, pero no lo eran. Su padre lo había llevado al campo en aquella época, pues Antoine de Borbón partía una vez más al campo de batalla, y su pequeño hijo no debía quedarse solo en París. Henri no temía menos el abandono en el campo, y suplicó a su padre que lo llevara con él al campamento. Antoine no lo hizo, entre otras cosas porque allí tenía una amante.

Cuando partió, Henri lo acompañó un trecho a caballo. No podía separarse de él, amaba como nunca antes a aquel hombre apuesto, con barba y armadura; era su padre, y se quedó con él hasta el cruce de caminos, ¡hasta el arroyo! «Soy más rápido que tú, ¿quieres apostar? Conozco un atajo, ¡detrás del bosque me tendrás de nuevo a tu lado!». Así siguió hasta que el padre, enfadado, lo mandó a casa. Pero apenas habían pasado seis semanas y Antoine había muerto. El follaje de los árboles se secó y un mensajero llegó a su hijo para decirle que el rey de Navarra había caído.

El príncipe, su hijo, quiso gritar, pero de repente contuvo las lágrimas y preguntó:

«¿Es verdad?»

Porque ya daba por sentado que le mentían y le tendían trampas.

«¡Cuéntame cómo sucedió!».

Con escepticismo, escuchó la historia de la trinchera a la que el rey se hacía llevar la comida. El paje que le servía ya había sido herido por un proyectil. Otro alcanzó mortalmente a un capitán que estaba justo al lado, el cual se encontraba al descubierto y hacía sus necesidades. ¡Y el rey se colocó en ese mismo lugar! ¿Cómo iba a ser de otra manera? Otra bala impactó allí, y eso fue justo cuando el rey orinaba.

Aquí, por fin, Henri dejó que las lágrimas corrieran por sus mejillas. Había reconocido la verdad en el valor despreocupado de su padre. Le quemaba el dolor de haber tenido que estar lejos, de no haber podido participar en la batalla y el peligro, como aquel sirviente a quien su padre había querido.

—¡Raphael! —le gritó—. ¿Me quería el rey?

«Cuando sucumbió a su herida, fue en el barco que debía llevarlo a París...»

«¿Quién estaba con él? ¡Quiero saberlo!».

El sirviente no respondió. No reveló quién era la amada en cuyos brazos había muerto Antoine.

—Estaba a solas con él —aseguró—. Cuando mi señor sintió que se acercaba el final, a las nueve de la noche, me agarró de la barba y me dijo: «¡Sirve bien a mi hijo, y que él sirva bien al rey!»

Henri se imaginó la escena, por lo que dejó de llorar y se agarró a su vez la barba. Sintió que no podía haber nada más hermoso que morir tan valientemente como su padre Antoine por el rey de Francia.

El recuerdo de su padre marcó los dos años siguientes de la vida del muchacho. Durante todo ese tiempo no volvió a ver a su madre.

Jeanne se vio constantemente amenazada por el general Montluc; esa fue la presión bajo la cual Madame Catherine logró que se le permitiera vivir. Madame Catherine sabía cómo manejar la situación, pues no tenía la pasión por el odio que caracterizaba a Jeanne d'Albret; simplemente actuaba según las circunstancias. La casa de Guise siguió siendo su enemigo más poderoso, mientras que los protestantes se encontraban temporalmente en desventaja. Esto le permitía servirse de ellos con mayor facilidad, sobre todo de su líder espiritual. Tras meditarlo detenidamente, Madame Catherine tomó la siguiente decisión.

El joven príncipe de Navarra se convirtió, al igual que su padre, en gobernador de la provincia de Guyena, también llegó a ser almirante y recibió cien guardias personales, pero tuvo que permanecer en la corte. Su sustituto allí, en el sur, se llamaba, por supuesto, Montluc, nada menos que aquel de quien Jeanne se quejaba con tanta vehemencia. A cambio, se le permitió educar a su Henri como quisiera, aunque ella misma no estuviera presente. Inmediatamente le devolvió como maestro a su viejo y honrado La Gaucherie; la dirección general del príncipe quedó en manos del astuto Beauvois, y ya no se asistía a misa. Henri era de nuevo protestante, y eso ya no le molestaba.

Se decía a sí mismo: «Nací católico, mi querida madre me convirtió en hugonote, y eso es lo que quiero seguir siendo, aunque mi padre ya me había vuelto a enviar a misa, o más bien fue Madame Catherine, y los caballeros de la orden me besaron. Si ahora estuviera en el campo de batalla con los de la religión, ¿qué me pasaría?‹ —y al muchacho se le aceleró el corazón—, ›entonces

ya no me besarían. Más bien tendría que pedírselo, porque podrían derrotarnos, y entonces volvería a ser católico. Así es el mundo.‹

Su corazón dio un salto aún mayor. «¡No!», pensó. «¡Vencer o morir!». Esa frase, aut vincere aut mori, la escribió también en un papelito, para una lotería, y Madame Catherine le preguntó qué significaba. Entonces él respondió que no conocía el significado de las palabras.

La extraña visita

Índice

En su undécimo año, Enrique fue llevado al gran viaje del rey Carlos IX por Francia. La reina madre Catalina consideraba que todo el reino debía ver por fin a su hijo, y que también el primer príncipe de sangre, que era Enrique de Navarra, debía ser mostrado en todas partes en su séquito, un protestante y, sin embargo, solo un vasallo. ¿Quién frustró una vez más los planes de la astuta gorda? ¿O al menos creyó frustrarlos? Juana de Albret; apareció de repente. En una ciudad donde se encontraba la corte, entró como una princesa independiente, con trescientos jinetes y no menos de ocho pastores.

Inmediatamente se abalanzó sobre Madame Catherine con un sinfín de exigencias insatisfechas y tempestuosas. Solo se tomó el tiempo para rezar con su hijo. Había dejado a su hijo en manos de su buena amiga como garantía de entendimiento; en cambio, Montluc prohibió la predicación en Béarn, y algo aún peor estaba por venir: un encuentro entre Catalina y Felipe II de España, el demonio del sur y archienemigo de la religión. Jeanne exigió la verdad, Jeanne reclamó su derecho.

Nadie podía mostrarse más indiferente ante los tratados que Catalina, en cuanto estos dejaban de reportarle beneficio alguno. Se rió para sus adentros, a su manera. «Mi buena amiga, ahora está usted aquí y la tengo, ¡eso es lo que más me importaba!».

Así era realmente, pues Felipe le había hecho saber que, antes de enviar a sus emisarios al otro lado de los Pirineos, la reina de Navarra debía desaparecer de la zona. Por eso, Juana no consiguió más que algo de dinero para el sustento de sus jinetes y pastores, con lo que tuvo que retirarse de nuevo al condado de Vendôme,

como dos años antes. El viaje de la corte, sin embargo, se dirigía hacia el sur.

Juana no se perdonaba haber caído en una trampa. Una noche, su hijo dormía en el suelo de la posada de un pueblo cuyo castillo había resultado demasiado pequeño para toda la comitiva. De repente, se levantó de un salto. Se había oído un tintineo de cristales y alguien había caído al suelo. Henri se abalanzó con todas sus fuerzas sobre el hombre, mientras aún yacía en el suelo, y gritó pidiendo ayuda. Aparecieron luces y gente, y el hombre quedó malherido. Cuando Henri pudo verlo, lo reconoció y se quedó callado, consternado. De repente comprendió quién lo había enviado y con qué propósito. Pero se guardó mucho de confesar a nadie que su querida madre había querido que lo secuestraran. Tampoco su tutor, Beauvois, se delató jamás. Ambos se miraban a veces con tristeza; el mayor negaba con la cabeza, mientras que el niño bajaba la suya.

Hay un lugar en Provenza llamado Salon, donde vivía por entonces un hombre curioso, y Enrique de Navarra llegó a conocerlo. Era temprano por la mañana; el niño de once años estaba desnudo en la habitación, justo cuando el criado iba a darle la camisa, entró Beauvois y con él ese hombre. «¿Qué quiere Beauvois?», piensa Enrique. «¿Es un médico? No estoy enfermo».

Mientras tanto, el hombre pregunta: «¿Dónde está el príncipe?». Se detiene a cinco pasos de él y no lo ve, ¡aunque está completamente desnudo! Beauvois no responde a la pregunta, sino que espera atento —tímido, se diría, si Beauvois pudiera ser tímido. El criado, por su parte, se retira a un rincón y se lleva la camisa. El muchacho se siente extrañamente solo, desnudo, completamente a

la vista, incluso los defectos, incluso lo malo. Empieza a temer que el suceso vaya a acabar con él recibiendo el látigo. ¡Oh, anciano, tan demacrado, de cabello gris acero y mejillas hundidas, mírame de una vez y luego vete!

Hace tiempo que el hombre lo tiene en el punto de mira, escrutando la figura y el pequeño rostro humano; pero nadie lo sabe, su propia mirada está velada y proviene de más allá de cinco pasos de distancia. Además, se distrae con movimientos sin sentido, da un salto hacia atrás, empuja a Beauvois, murmura disculpas, no deja de murmurar en absoluto, pero demasiado tarde se le ocurre hacer una reverencia. Al hacerlo, agita su gran sombrero y, por torpeza, lo lanza lejos, a los pies del príncipe. Aquí Henri hace algo que no corresponde a su rango. No sabe por qué, pero recoge el sombrero y se lo lleva al hombre, un hombre que como mucho es un médico, pero demasiado torpe para serlo.

Allí están, uno frente al otro; el demacrado mira hacia abajo, el pequeño levanta el rostro con esfuerzo, en vano; la mirada inaprensible de esa aparición extiende un velo sobre sus mejillas y su cuello; lo que queda es un esqueleto sin cabeza, un velo en lugar de la cabeza. El niño tiene miedo, y ya no es por los golpes.

El hombre ha dejado de murmurar, piensa: «¿Qué estoy diciendo?». Siente: «Esto es un niño. Es lo inconcluso, lo ilimitado; por débil que sea, tiene más poder y fuerza que todos los que ya han vivido. Promete vida y por eso es grande. Es lo único grande. ¡Qué rostro tan valiente!», piensa, justo cuando Henri tiene más miedo.

«¡Es él!», dice en voz alta y se vuelve hacia Beauvois, que espera pacientemente. «Si Dios le concede la gracia de vivir tanto tiempo,

tendrá como señor a un rey de Francia y Navarra».

Eso es todo lo que dice en voz alta; no intenta inclinarse de nuevo y ya se dirige hacia la puerta. El señor de Beauvois se la abre.

«Gracias», dijo. «Adiós, señor Nostradamus».

Pero Henri siente: este no es de los que se vuelven a ver. Precisamente por eso guardará el recuerdo de aquella aparición en su memoria.

El encuentro

Índice

Además, en aquellos días le llegaban rumores y presagios; era imposible olvidar lo que estaba sucediendo. Dondequiera que el príncipe de Navarra se presentara con sus acompañantes protestantes, los creyentes le recibían con una intimidad inusual y rostros consternados.

«No siga viajando, señor. Quédese entre nosotros; antes moriremos todos que dejarle en manos de nuestros enemigos». Algo similar oía por todas partes.

Un hugonote de cabellos blancos, al que sus nietos habían ayudado a llegar hasta allí, alzó su mano temblorosa en señal de bendición y dijo con voz profunda y anciana

«Alabo a Dios por haberle visto. Cuando todos hayamos sido exterminados, usted, señor, nos vengará y llevará a la religión a la victoria».

A continuación, desde todos los lados le llovieron las conocidas súplicas para que, por el amor de Dios, renunciara a continuar su viaje.

Después, Beauvois respondió a las preguntas de Enrique:

«¡No se asuste! Que esta gente tema; eso los hará más fervientes en la fe. Prevén lo peor porque la reina madre se reunirá próximamente con los españoles. Pero nosotros conocemos a Madame Catherine. La astucia le es más propia que una gran matanza».

«¿Y si el diablo de España se lo ordena?», comentó Henri, sin esperar siquiera una respuesta, tan seguro estaba de la enemistad

mortal hacia los Habsburgo, y así seguiría siendo siempre.

Beauvois intentó explicarle al muchacho que tal vez Catalina no pretendía más que justificarse ante la potencia católica mundial por no enviar siempre ejércitos contra sus propios protestantes, sino que a veces intentaba capturarlos mediante la complacencia. En el peor de los casos, podría pedir ayuda a Felipe, porque no había otra forma de someter a sus súbditos reformados.

En vano, las reflexiones no llegaban al interior de Henri; su imaginación lo llenaba por completo de imágenes. Se mantenía en movimiento incesante gracias al murmullo que lo rodeaba, a los rostros preocupados y a las voces premonitorias que acompañaban su viaje. Al llegar a su destino, tenía que suceder aquello de lo que estaba lleno. No sabía qué, pero lo desconocido se avecinaba, y aunque no llegara realmente, él estaba dispuesto a verlo y oírlo.

Así llegó, en la comitiva de los mayores, a la ciudad de Bayona, muy cerca de la región de Bearn, su tierra natal. Aquí se había preparado para todo; este era el lugar, precisamente este, en el que había vivido con su padre y su madre desde pequeño. Suave como los sonidos de su nombre, conocidos desde siempre, fluía el río Adour, y lo que se desvanecía en el cielo azul oscuro ante tanta luz, aquellas cumbres eran sus montañas, los Pirineos. Enrique, que había sufrido el anhelo de ellas, no pensó ni una sola vez en huir hacia ellas.

Cuando los españoles llegaron por fin, era una joven, Isabel de Francia, reina de España, la propia hija de Catalina, y el más alto de sus acompañantes, el duque de Alba. Con él, a solas, Madame Catherine mantuvo su conversación más importante.

La sala estaba vigilada desde fuera. La primera en aparecer fue la anciana reina; recorrió el lado de las ventanas y levantó todas las cortinas. Enfrente, en la pared, solo colgaban cuadros. Luego se sentó en un sillón alto y recto, con la mirada puesta en la puerta. Detrás de ella estaba la chimenea. Ramas verdes llenaban su gran abertura; era mediados de junio.

El duque de Alba entró, con la cabeza erguida sobre su rígido gorro. No la inclinó ni se quitó el sombrero. Al caminar, doblaba las rodillas lo menos posible; su rostro no era joven, pero carecía de arrugas. Ninguna experiencia había podido dejar huella en él, era demasiado altivo.

Se detuvo, no por reverencia, sino como un acusador, y sin preámbulos le comunicó a la anciana que su señor, el gran rey Felipe, estaba descontento con ella. Ella lo aceptó sin replicar; el duque tampoco esperaba respuesta, sino que habló en el tono más severo de sus deberes incumplidos para con la Santa Iglesia y su brazo secular, que empuñaba la espada, la Casa de Habsburgo. Ella lo aceptó todo hasta que él terminó.

A continuación, preguntó con su voz grave cuánto dinero le ofrecía el rey de España para que convirtiera todo su reino al catolicismo. Eso sería caro, añadió.

El duque dijo: «Nada en absoluto. O bien acoge a nuestras tropas y reconoce a don Felipe como señor supremo del reino».

Catalina dijo, y esta vez su voz vaciló, que eso no podía ser la voluntad de Dios, pues él le había confiado el reino y le había dado hijos. Pero le prometía al rey Felipe que ya no provocaría su ira tolerando la herejía. Sus intenciones siempre habían sido las

mejores, solo que había tenido que suplir su insuficiente poder con astucia.

«¿Cuánto cuesta aquí una puñalada por la espalda?», preguntó Alba.

Catalina respiró varias veces de forma audible; seguramente intentó sonreír, al menos su tono se volvió burlón.

«Diez mil puñaladas cuestan lo mismo que cañones, ciudades quemadas y una guerra civil».

«¿Qué, diez mil?», dijo Alba con desdén. «Yo hablo de una sola». Por primera vez se dignó acercar su rostro, con esa barba afilada y puntiaguda, al alto y recto sillón. Al hacerlo, replicó: «Diez mil ranas no hacen un salmón».

Ella reflexionó, aunque lo había entendido. Para ganar tiempo, hizo un gesto hacia la puerta y hacia las altas ventanas. Se olvidó de la chimenea que tenía a sus espaldas. Su voz se volvió tan baja que apenas Alba podía distinguir cada palabra. «Con el salmón puede referirse al menos a dos personas».

Él también susurraba ahora. Los susurros de ambos se prolongaron durante un buen rato. Luego separaron las cabezas, el duque dio un paso atrás, rígido y altivo como al principio. La anciana reina se levantó con dificultad, él le tendió las yemas de los dedos y la condujo hacia la puerta; él caminaba con paso largo, ella se balanceaba.

Cuando ambos ya se habían marchado hacía rato, en la sala seguía reinando un silencio absoluto. Afuera, se oía retirarse la guardia. Solo entonces se movieron las ramas verdes en la gran abertura de la chimenea, y de allí salió una pequeña figura. Dio una

vuelta alrededor del sillón en el que había sucedido todo. Miró a los dos malvados, como si aún estuvieran allí. Volvió a oír todo lo que aquellos se habían confiado el uno al otro, incluso lo inaudible, junto con los dos nombres que debían de haber sido mencionados. A posteriori, Henri reconoció el nombre del almirante Coligny, y la sangre le subió al corazón; el nombre de su madre, la reina Juana.

Apretó los puños, los ojos se le llenaron de ira. De repente, giró sobre sí mismo, rió a carcajadas y soltó una alegre maldición. La había aprendido de los ancianos de su tierra natal, de su abuelo d'Albret, palabras sagradas que habían sido desfiguradas hasta quedar irreconocibles. Gritó hasta que resonó.

Moraleja

Índice

Así, el joven Henri conoció, antes de tiempo, la maldad de los hombres. Ya lo sospechaba un poco, tras tantas impresiones turbadoras recibidas en su infancia, que no es más que una sucesión de imprevistos oscuros. Pero al exclamar alegremente *«Ventre-Saint-Gris»* en el mismo momento en que se le reveló todo el espantoso peligro de la vida, le hizo saber al destino que aceptaba el desafío y que conservaría para siempre tanto su valor inicial como su alegría innata.

Fue ese día cuando salió de la infancia.

Jeanne

Índice

La fortaleza junto al océano

Índice

«Lo he visto y oído claramente», le dijo Henri a su querida madre cuando pudieron hablar a solas por primera vez. Eso fue ya en París, aunque Jeanne se había unido a él durante el viaje de regreso de la corte.

«¿Sabes, mamá, qué creo? Alba se ha fijado en mí. Las hojas de la chimenea no estaban lo suficientemente apretadas y, al rozar las ramas, estas se movieron».

«Puede que pensara que era el viento. ¿Acaso no te habría sacado de allí si no?».

—Otro lo habría hecho, pero no este español. Vi su rostro, no era un ser humano; y si le hubiera parecido que valía la pena el esfuerzo, simplemente habría atravesado con su espada esa cosa verde sin preguntar primero quién estaba detrás. Pero era demasiado altivo para eso y, además, estaba seguro de que no lo entenderían, por lo bajo que hablaban. ¡No! —exclamó, cuando Jeanne quiso objetar algo. «No demasiado bajo para mí. Soy tu hijo, por eso comprendí lo que pretendían contigo».

Jeanne le tomó la cabeza y apoyó su mejilla contra la de él. Mirando fijamente al vacío, dijo:

«A los humanos les gusta alardear falsamente, incluso de sus fechorías».

«¡Las personas, pero no los monstruos!», replicó él rápido y apasionadamente. De repente, se apartó de ella. «¡Qué raros eran esos dos!», y para demostrárselo, primero se puso de puntillas como

el duque y luego se balanceó como Madame Catherine. Tenía mucho talento para la farsa, eso lo vio su madre; sin embargo, apenas se rió. De ahí dedujo su hijo que, en realidad, su relato le daba que pensar.

Entonces se las ingenió para poder abandonar la corte con él y huir lejos. Actuó con tanta cautela que ni siquiera Henri sospechó nada; todo comenzó con una visita a una de sus propiedades, de la que regresó sin que pasara nada. Solo el segundo viaje, que Jeanne emprendió con Henri a sus posesiones en varias provincias, terminó con la huida hacia el sur. Era febrero cuando llegaron a Pau, y el príncipe de Navarra tenía catorce años, edad en la que recibió sus primeras lecciones sobre el arte de gobernar y de la guerra, aunque ambas cosas eran lo mismo.

Juana trataba a sus propios súbditos como enemigos, porque, en ausencia de la reina, se habían levantado contra la religión. La delicada Juana se convirtió durante algún tiempo en una gobernante cruel. Envió a su hijo con un gran séquito de nobles y cañones para vengar a uno de los suyos, y a los rebeldes les fue muy mal.

Inmediatamente después, su pariente Condé intentó nada menos que un ataque contra el rey de Francia y su corte. La reina madre opinaba que la huida de su buena amiga Juana había sido la señal para los nuevos disturbios tanto en el norte como en el sur; y, como siempre que las cosas no le iban bien, quiso negociar. Envió a un caballero astuto con un nombre bonito; pero, por mucho que él hablara, Juana sabía que solo pretendían atraerla de nuevo al poder de la corte.

Por eso exigió simplemente para su hijo el virreinato efectivo sobre toda Guyena, la gran provincia con capital en Burdeos; hasta

entonces solo había tenido el título. Como Catalina no quería concederle más ni siquiera ahora, todo quedó claro. Inmediatamente, Coligny y Condé reanudaron juntos su campaña. Por su parte, Jeanne tenía la impresión de que ahora se pasaría a intentar hacerse con el príncipe Enrique por la fuerza. Consideraba que el cardenal de Lorena, en particular, era capaz de todo. Era más peligroso que la casa real, que ya tenía el poder. Los Guise la deseaban, y Jeanne d'Albret sabía por experiencia propia lo que eso significaba.

Por eso decidió partir hacia la región de las posiciones protestantes más sólidas, llamada Saintonge, al norte de Burdeos, a lo largo del océano. Enrique estaba eufórico, a diferencia de su madre, que tenía sus dudas.

«¿Por qué lloras, mamá?»

«Porque no sé qué es lo correcto y qué es lo incorrecto. Satanás siempre se opone al bien, y haga lo que haga, temo que sea él quien me impulsa».

«No. Beauvois me dice que ya soy lo suficientemente mayor para ir a la guerra y luchar».

«¿Y quién es tu Beauvois? ¿Nunca ha hablado Satanás a través de él?»

«Esta vez se sirve de la boca del señor de la Mothe-Fénelon». Ese era el enviado de Catalina. «¡Reconozco perfectamente la voz del mal!», exclamó Henri.

Jeanne guardó silencio. Estaba demasiado feliz de que al menos el muchacho de catorce años aún supiera lo que es correcto. Al mirar su pequeño rostro decidido, despreció a los señores de su

entorno que le desaconsejaban romper con la corte, pues ellos mismos no eran más que gente mundana o corazones débiles. Entonces tampoco temió los susurros de Satanás, y en su interior se alzó con la victoria. Su hijo tenía la edad de portar armas, ¡eso lo decidía todo!

Solo preguntó, para que no quedara ninguna duda:

«¿Por qué, hijo mío, vas a luchar?».

«¿Por qué?», repitió él sorprendido, pues lo había olvidado por completo en su entusiasmo y alegría por poder luchar por fin.

Juana lo dejó estar, pensando: «Ya se le volverá a ocurrir. La malicia de los enemigos, pero sobre todo la del destino, se lo enseñará. Se animará cada vez al pensar que lucha por la verdadera religión. Seguramente también hablará su sangre, pues está más emparentado con su tío Condé que con cualquier príncipe católico. Además, el reino exige ser pacificado mediante nuestra victoria‹ — añadió Juana por el bien del honor. ›Pero lo principal‹, pensó de nuevo al instante, ›sigue siendo el servicio a Dios. Toda la vida de mi querido hijo será una sola pieza, y la fe la une‹.

Cuán equivocada estaba la reina Juana respecto a su alegre gallo de pelea. No quería saber nada de las piernas de la princesa Margot, con las que ella misma lo había visto entretenido cuando su buena amiga Catalina se lo mostró desde la ventana. También olvidó que, al fin y al cabo, en la escuela del convento había renegado de su fe y había asistido a misa. Ciertamente había resistido valientemente durante un tiempo, pero ¿qué puede hacer un niño al que todos le hacen la vida imposible? ¿Qué puede hacer, en cambio, incluso un adulto que quiere tener amigos, disfrutar de la vida y no ser un

mártir? La reina Juana era de esas personas que, en medio de todas las pruebas y de la agitación más intensa, siguen siempre ajenas a todo y sin experiencia. A cambio, incluso al envejecer, aún pueden amar y creer.

Henri conocía a Jeanne mejor de lo que ella a él; por eso rara vez le pedía dinero. Le gustaba jugar, comía a lo grande y se procuraba los medios enviando a la gente pagarés no solicitados a sus casas. O bien el pagaré volvía o bien llegaba el dinero; su madre no debía saber nada de ello. Solo la guerra podía saldar sus deudas, como comprendió el joven. No tenía únicamente motivos nobles o desinteresados para ansiar la guerra civil. En aquel entonces era como otros hugonotes hambrientos. Eso también era bueno para la causa a la que servía, pues así hablaba y actuaba con mayor fervor y convicción.

Jeanne partió con él; pero cuando aún estaban de camino hacia la fortaleza protestante de La Rochelle, se vieron detenidos una vez más por el mismo enviado del rey de Francia. Este preguntó al príncipe de Navarra por qué quería ir a toda costa a ver a su tío Condé en La Rochelle. «Para ahorrar tela para la ropa», respondió Henri de inmediato. «Nosotros, los príncipes de sangre real, debemos morir todos a la vez, así nadie tendrá que llevar luto por el otro».

Aquel mismo señor consideraba a Enrique un necio; de lo contrario, no habría intentado ponerlo en contra de su madre. Sin nombrarla, habló de pirómanos. «¡Un cubo de agua!», exclamó Enrique de inmediato, «¡y el fuego se apagará!».

«¿Por qué?».

«¡Que se lo beba el cardenal de Lorena hasta reventar!». Si aquel señor no lo entendía, era más lento que el muchacho de quince años. Quien se fijaba en sus buenas respuestas era Jeanne. De alegría por su hijo, se demoró demasiado y casi fue capturada por Montluc, que ya le pisaba los talones de nuevo. Pero los dos llegaron felices a la ciudad fortificada junto al océano, y fue una gran y maravillosa alegría ver por fin solo amigos a su alrededor. Por eso les brillaban los ojos, tanto si reían como si lloraban. Coligny, Condé y todos los que ya estaban allí y se habían preocupado por ellos celebraron el reencuentro con corazones no menos conmovidos.

¡Es mucho, una ciudad de benevolencia y seguridad, cuando a nuestras espaldas queda todo un país de odio y persecuciones! De repente, la desconfianza se desvanece, la cautela se abandona, y al fugitivo le basta, por el momento, con el simple hecho de ser libre y respirar. Poder decir todo lo que te había atormentado y amargado, y que los demás te miren y hablen desde el mismo corazón. Estar juntos y rodearse solo de personas a las que no hay que despreciar. ¡Líbranos de ese mal! ¡Guía a través de todos los peligros a aquellos a quienes amo! Y ahora están aquí.

Se encontraba a la orilla del mar. Incluso en la oscuridad de la noche podía ir al puerto y al baluarte sin temor a ser asaltado. Las olas rodaban con fuerza, chocaban, se rompían, y su rugido era la voz de una inmensidad que no lo conocía, pero en el viento saboreaba otro mundo. Su querida madre habría pensado que, si su corazón latía con demasiada fuerza, era Dios. Su hijo Henri se embriagaba con la idea de que aquellas grandes aguas no dejaran de rodar y rugir hasta chocar allá, contra la costa desconocida del nuevo continente, América. Debía de ser desolada, solitaria y libre:

él pensaba que libre del mal, del odio, de la obligación de creer en esto o aquello y, según el caso, de tener que sufrir por ello o de tener el poder. Sí, por la noche, rodeado por el mar y sobre las rocas salpicadas por la espuma, el joven se volvía igual que su querida madre, y lo que él llamaba América era, en realidad, el reino de Dios. —Las estrellas brillaban por instantes entre las nubes que se precipitaban, irreconocibles, y así también el alma nebulosa de un quinceañero deja pasar la luz por instantes. Más tarde ya no podrá hacerlo; la tierra bajo sus pies se volverá cada vez más real y densa, y a ella se aferrará con sus sentidos y sus pensamientos.

El precio de las luchas

Índice

El príncipe de Navarra instó a los ancianos a que, de una vez por todas, pasaran a la acción. No quería ni deliberaciones ni discursos. A los representantes de la ciudad les había respondido a su saludo:

«No sé hablar tan bien, pero haré algo mejor: ¡haré algo!».

¡Por fin ver al enemigo, por fin vengarse y hacerse valer, por fin disfrutar!

«Esto clama al cielo, querida madre: el rey de Francia te quita todas tus posesiones y sus tropas someten nuestro país. ¡Quiero luchar! ¿Aún preguntas por quién? ¡Por ti!».

«La carta al tribunal de Burdeos la ideó mi buena amiga Catalina; pretende declararme desposeída de todas mis propiedades. Afirma que me mantienen aquí prisionera, ¡como si ella misma no tuviera esa intención conmigo! No, esto es un refugio y no una mazmorra, aunque no pueda salir de la ciudad y tenga que renunciar al disfrute de todos mis bienes. ¡Que el sacrificio sea ofrecido a Dios! ¡Sí! ¡Ve y derrota a sus enemigos! ¡Lucha por él!«

Al decir esto, le tomó el rostro entre sus dos manos demacradas. Tenía formas y rasgos semejantes a los de ella; sus cejas altas y estrechas, sus ojos suaves, su frente despejada, el cabello rubio oscuro, la boca pequeña y firme, toda esa delgada juventud imitaba, desde el otro lado de la vida, su propio deterioro. Pero él estaba sano y bien formado, sus hombros y su pecho se desarrollaban, aunque no parecía que fuera a crecer mucho más. Su nariz era demasiado larga; por el momento, la punta solo se inclinaba ligeramente.

«Te dejo marchar alegremente», declaró Jeanne con esa voz grave y resonante que le salía cuando se superaba a sí misma. Solo cuando él se hubo ido, se había ido del todo, se permitió llorar en secreto, con sollozos como los de un niño.

No fueron muchos los que lloraron en público en la ciudad de La Rochelle cuando el ejército de los hugonotes salió por la puerta. Se alegraban porque la hora de Dios y de su victoria estaba cerca. La mayoría de los hombres tenían a sus seres queridos lejos, les habían sido arrebatados y esperaban firmemente recuperarlos. Es una redención partir a una guerra así.

Pero sucedió que fueron derrotados por la religión. El ejército católico les infligió dos graves derrotas, y esto a pesar de que no eran menos numerosos; había treinta mil en cada bando. Los protestantes recibieron refuerzos tanto del norte como del sur de Francia. Además, podían poner sus esperanzas en los príncipes de Orange y Nassau y en el duque de Zweibrücken. La fe no conocía fronteras de país ni de lengua, y quien está a favor de la verdad es mi hermano y mi amigo. A pesar de ello, fueron derrotados dos veces de forma contundente.

Esto sucedió porque Coligny fue demasiado lento. Habría tenido que avanzar con mucha más fuerza contra sus aliados extranjeros para llevar la guerra al interior de Francia. En lugar de eso, se dejó sorprender por el enemigo cuando aún no había avanzado mucho, pidió ayuda a Condé y sacrificó al príncipe de Geblüt para que al menos el ejército pudiera escapar. En Jarnac, por un disparo desde una emboscada, cayó Condé. La alegría fue grande en el ejército del duque de Anjou; el cadáver fue paseado sobre una burra para que todos los soldados lo vieran y consideraran inminente la

exterminación de todos los protestantes. Henri de Navarra, el sobrino del difunto, comprendió mejor lo que Dios tenía previsto. Ahora le tocaba a él, se convirtió en líder.

Hasta entonces solo había montado a caballo, nada más, pero era mucho. Cabalgar contra el enemigo, completamente inocente, puro y nuevo, mientras que aquel está lleno de pecados y debe ser castigado. Esa es su cosa, peor para él; nosotros estamos todo el día, quince horas, en movimiento, sin desmontar, magníficos, incansables, y no sentimos el cuerpo. El viento lo elevó, volaba, los ojos se le volvían cada vez más claros y agudos, veía más lejos que nunca, porque ahora tenía un enemigo. Pero de repente este ya no estaba solo en el viento y en la lejanía. Se anunció, una bala vino volando. El eco del disparo es débil, pero la bala yace realmente en el suelo, pesada y de piedra.

Al comienzo de cada combate, Henri sentía miedo, tenía que resignarse a ello. «Si no conociéramos el miedo», le dijo un pastor, «tampoco podríamos vencerlo para gloria de Dios». Henri controló su agitación y se colocó en el mismo lugar donde había caído el primero. Eso mismo había hecho su padre Antoine y había resultado herido. A él no le alcanzó ninguna bala, su miedo había desaparecido y cabalgó con los suyos para rodear la artillería enemiga. Cuando lo conseguían, ¡menudas hazañas!

Ahora su tío Condé ya no estaba allí, y al muchacho despreocupado le recayeron de repente la seriedad y la responsabilidad. Su madre, Jeanne, acudió apresuradamente y ella misma lo presentó a las tropas como líder, primero a la caballería y luego a la infantería. Henri juró por su alma, su honor y su vida que nunca abandonaría la buena causa, y fue aclamado. A cambio, en

lugar de limitarse a cabalgar al viento, también tuvo que formar parte del consejo. Eso habría sido agotador si no hubiera sido por las buenas bromas. Una carta al duque de Anjou le causó gran regocijo. Así se llamaba ahora el segundo hijo aún vivo de Catalina, antes llamado simplemente Monsieur, también un Henri, uno de los tres Henri de la época escolar en París. Ahora se enfrentaban en el campo de batalla.

Este Enrique le había escrito con altivez y tono moralizante sobre su deber y obligación para con el reino. Eso aún habría pasado, pero el tono rebuscado —o bien un secretario, que debe de ser un forastero, lo ha estilizado laboriosamente, o bien Enrique Monsieur, si es él mismo, ya no sabe comportarse ante tanta afectación y refinamiento, ¡como su hermana Margot! El príncipe de Navarra se burló en su respuesta de toda la refinada familia. El escribano se habría expresado como un extranjero, no conocía la lengua coloquial del hombre común. ¡Pues claro, y lo bueno está, naturalmente, donde se habla correctamente francés!

Henri se remitió a la lengua y al estilo. Con ello delató algo de lo que no era consciente: él mismo procedía de otra parte, y sus primeros balbuceos no habían sido exactamente esos. Entretanto había aprendido la forma de hablar de la corte, de la escuela, pero finalmente la de los soldados y del pueblo, y esa era la que más le gustaba. «El francés es la lengua de mi elección», exclamaría más tarde, cuando ya volviera a saber cuál era su situación. Ahora, en cambio, quería creer que había sido su primera y única lengua. Dormía con su gente en el heno, cuando se daba el caso, ni siquiera se quitaba la ropa, no se lavaba mucho más a menudo que ellos, olía y maldecía como ellos. Seguía pronunciando cierta vocal de

forma diferente a ellos, pero no quería darse cuenta de ello; además, había olvidado cómo, en aquel entonces, en el patio del colegio, los otros dos Henri se daban codazos y se burlaban de él porque le ponía un artículo incorrecto a la palabra «cuchara». Seguía usando el incorrecto.

A veces reconocía claramente los errores que cometía Coligny en la guerra. Eso ocurría cuando las ganas de vivir y de cabalgar no se llevaban por completo al muchacho. Por lo general, le parecía más importante luchar que ganar la batalla, pues la vida era larga y alegre. Ante el almirante, un anciano, había que sentir respeto, pues él había aprendido la guerra; y solo las derrotas, las victorias y los años, todo ello junto, conforman el saber. Henri no confiaba ninguna duda al dios de la guerra en persona, con la máscara de un monumento trágico, solo las comentaba con su primo Condé, el hijo del príncipe de sangre caída que Coligny había sacrificado.

Estaban de acuerdo en el único punto que une a la juventud: el viejo ya tuvo su momento. Ya no le sale nada bien —y ya que lo comentamos: ¿qué le ha salido bien, en el fondo? ¡No pequemos! Él salvó a Francia, como todos los viejos recuerdan, en su día en Flandes —¿cómo se llamaba la ciudad? Los Guise habían querido entonces la guerra contra Felipe de España, nuestro enemigo tradicional. Son viejas historias, sucedidas antes de nuestro tiempo, ¿quién las recuerda ya con exactitud? El señor almirante había desaconsejado la campaña; en el último momento evitó la derrota, se encerró personalmente en la ciudad sin fortificar; pero ¿a quién se recompensa? No él, sino los Guise, los culpables de la guerra. Eso es aún peor que si hubiera preferido entregar aquel lugar —¡ah!

Saint-Quentin se llamaba aquel antro— directamente a los españoles. Quien no tiene éxito...

Lo que es cierto, que quede así: en su día arrebató Boulogne a los ingleses. Eso todavía se sabe. Estuvo al mando de una flota francesa, y cuando desde las piedras de La Rochelle miré hacia el Nuevo Mundo, no pude evitar pensar que, de entre todos los franceses, el almirante Coligny fue el primero en intentar fundar una colonia francesa. Catorce emigrantes con dos pastores zarparon hacia Brasil y, por supuesto, no salió nada de ello. Le pasó lo mismo que a la mayoría de los demás: hizo lo mejor que pudo y perdió. Quien no tiene éxito...

Aunque a menudo salió victorioso, sí; pero fueron victorias contra el rey de Francia, a quien siempre quiso reconciliar con sus súbditos protestantes y solo quería liberar de las manos de los Guise. Por eso, el señor almirante tuvo que firmar cada vez tratados poco satisfactorios, y la guerra volvía a empezar. Su moderación pretendía demostrar que, al fin y al cabo, no era un rebelde contra el rey; y, sin embargo, llegó incluso a querer capturar a Carlos IX, quien nunca le perdonará haber tenido que huir. O bien, en nombre de Dios, uno es un rebelde contra el rey, o bien no lleva ejércitos a París —¡y no se deja engañar, en lugar de tomar la capital del reino, saquearla y arrasar por completo con toda la corte! En cambio, cada vez que la corte se encuentra en una mala situación, aparece un edicto real que garantiza la libertad de culto a los protestantes, pero al día siguiente ya se incumple. Y aunque se respetara, ¿qué han ganado nuestros hermanos en la fe? Un hugonote tiene que cabalgar o caminar veinte millas si quiere asistir al culto: tan pocas

casas de oración se les permiten. No me gusta que alguien gane en vano.

Por supuesto, es un excelente comandante y un héroe de la fe. Nosotros, los de la religión, somos una minoría, y si a pesar de ello les tememos, ellos temen al señor almirante, y cuando nos envían negociadores, estos nos preguntan: «¿Sabéis acaso que no tendríais importancia alguna para la corte, si no fuera por el señor almirante?». Pero fíjate ahora en él, ¿qué le queda a él mismo en cuanto a ganancias tras una vida de esfuerzos bienintencionados? Hasta su antigua victoria de Saint-Quentin, que le salió tan mal a él y tan bien a sus enemigos, los Guise, se dice que fue un poderoso favorito. El difunto rey vivía, amaba a Coligny, lo hizo rico, Madame Catherine aún no tenía voz ni voto, y su hijo Carlos era un niño. Esos fueron sus días de gloria, nosotros no estábamos allí. Ahora también estamos nosotros, pero ¿qué está sucediendo, justo ahora, mientras hablamos? Están subastando por lotes sus muebles, que se han llevado de su castillo de Châtillon, y al que ellos mismos han incendiado. Lo han condenado, como rebelde y conspirador contra el rey y su Estado, a ser ahorcado y estrangulado en la plaza de la Grève. Sus bienes han sido confiscados, sus hijos han sido declarados plebeyos y deshonrados, y quien lo entregue, vivo o muerto, recibirá cincuenta mil táleros. Nosotros, los jóvenes, debemos tener muy presente que el señor almirante ha elegido todo esto por amor a la verdadera fe y se ha humillado para la gloria de Dios. ¡Porque de lo contrario sería imperdonable!

«Asesinó al viejo duque de Guisa. Al menos eso lo hizo por sí mismo, y en realidad es lo que más me gusta de él. Hay que vengarse», opinó el joven Condé.

Su primo Henri respondió: «No me gustan los asesinos, y el señor almirante tampoco lo es. Simplemente no impidió que los asesinos actuaran».

«¿Qué dice su conciencia al respecto?».

«Que hay diferencias», respondió el primo Henri. «Cometer un asesinato es abominable. Enviar a asesinos está prohibido. No impedirlos, tal vez sea posible —aunque no me gustaría verme obligado a comportarme así—. El cardenal de Lorena debería, no obstante, tragarse un barril de agua. Solo él y su casa son los causantes de todos los males de Francia. Traicionan el reino a favor de Felipe de España para que los ponga en el trono. Ellos solos hacen que el rey y el pueblo nos odien a los protestantes. También querían matar a Coligny, ellos mismos lo empezaron, y él solo se les adelantó. Quizá no debería negarlo. Por mi parte, creo que Dios le da la razón».

Condé le contradijo, pues no solo pensaba en el asesinato del duque de Guisa, sino también en su padre, caído en Jarnac, sacrificado por Coligny. «Al señor almirante no le caía bien mi padre, que tenía demasiadas aventuras amorosas. De no ser así, no habría tenido que caer. Pero el señor almirante sabe conciliar su conciencia, y eso es algo que seguramente aprendes de él», dijo el muchacho con tono desafiante.

«La muerte de tu padre fue necesaria para la victoria de la religión», le explicó Henri con compasión.

«¡Y la tuya también! Desde entonces eres el primero de nosotros, los príncipes».

«Ya lo era antes por nacimiento», dijo Henri rápidamente y, de repente, con dureza. «Por desgracia, eso no sirve de nada si no se tiene dinero ni enemigos poderosos; si se lucha como un fugitivo al que quieren capturar. ¿Qué hacemos para cambiar todo esto? ¿Atacamos? ¡Sí, yo! El veinticinco de junio, eso no lo olvido, fue mi día y mi primera victoria. Pero ¿puedo reprocharle al viejo mi primera victoria?».

«Además, la escaramuza fue insignificante. El almirante te respondería que, aunque te lo pasaste bien en La Roche-Abeille, tuvimos que refugiarnos en posiciones fortificadas y esperar a los alemanes. Pero cuando por fin llegaron los jinetes...»

Condé alzó la voz y se enfadó.

«Entonces nos apresuramos a enviar tantas tropas como pudimos a la reina de Navarra para limpiar su país del enemigo. Ahora lo estamos pagando».

«Tú no pagas nada. Cada día tienes una chica diferente».

«Tú también».

Ambos jóvenes soltaron las riendas de sus caballos y se adelantaron para mirarse fijamente a los ojos. Condé incluso mostró un puño cerrado. Henri lo ignoró; más bien, de repente rodeó con ambos brazos el cuello de su primo y lo besó. Mientras lo hacía, pensó: «Un poco envidioso, un poco débil, pero mi amigo al fin y al cabo, y si no lo es, ¡tendrá que llegar a serlo!».

Condé también abrazó a su primo. Cuando se separaron, él tenía los ojos secos, pero Henri los tenía húmedos.

El envío de tropas a Béarn valió la pena, pues allí obtuvieron la victoria. Eso debía dar que pensar a los señores de París, opinó el

hijo de Jeanne; y también a la señora Catalina debía de estarle dando calor en su vieja grasa. ¡Estamos con la mayor parte del ejército en Poitou, a medio camino de la capital del reino, vamos a ir a por ella, dondequiera que esté! ¡Ahora mismo!

Ambos pidieron ser recibidos, y Coligny los recibió, aunque le resultaba difícil mostrarles un rostro firme y una fe inquebrantable en Dios: demasiados golpes del Señor le habían alcanzado justo en ese momento. Pero el protestante se mostró fuerte ante la adversidad, consciente de las pruebas que debía superar. A nadie le importaba la angustia que le invadía cuando se quedaba solo, en algunas horas de la noche, en las que ni siquiera el Altísimo era ya reconocible. Escuchó con serenidad a los jóvenes exaltados.

El primo era más impetuoso que Henri. Sin miramientos, exigió a Coligny la marcha sobre París. Lo tachó de vacilante, porque no buscaba una decisión, sino que se encontraba frente a la ciudad de Poitiers y no podía tomarla. Mientras tanto, el enemigo reunía sus fuerzas.

El almirante observó a los dos, al que se mostraba tan impetuoso y al que callaba y esperaba. El hombre experimentado sabía perfectamente de quién procedían realmente la voluntad y el pensamiento que se expresaban allí; por eso no dirigió su respuesta a Condé, sino a Navarra. Le explicó que el enemigo le cerraba el paso con posiciones demasiado sólidas, que él mismo no podía buscar otra cosa que la unión con sus tropas enviadas al sur y —aquí levantó el dedo— que debía encargarse de que los jinetes extranjeros recibieran su soldada. De lo contrario, se le escaparían. Él mismo ya había sacrificado las joyas de su familia antes de permitir que los jinetes fueran a buscarse su paga por su cuenta.

Esto lo ocultó. Un cristiano no se jacta de su sacrificio, y tampoco un hombre orgulloso. Por eso Coligny dejó que el joven príncipe Enrique hablara y le hiciera injusticia.

«Usted permite que se saquee el país. Señor almirante, aún soy joven, no conozco la guerra desde hace tanto tiempo como usted. No me la imaginaba así: que los extranjeros, en lugar de librar batallas con nosotros, incendien nuestros pueblos y torturen a nuestros campesinos hasta que entreguen hasta su última moneda. Los rezagados de su ejército son aniquilados por la gente del campo como si fueran animales dañinos; nosotros, en cambio, nos vengamos cada vez más terriblemente de las personas que hablan nuestra lengua.

«Pero ellos no profesan nuestra fe», respondió el protestante con el ceño fruncido. Henri apretó los dientes; de no hacerlo, se le habrían escapado las palabras; solo con horror las oyó resonar en su interior, pues iban en contra de la religión.

«Todo esto no puede ser la voluntad de Dios», dijo.

Coligny sentenció: «Lo que fue la voluntad de Dios, mi príncipe, lo sabrá al final de la campaña. En cualquier caso, el Señor aún me ha reservado para la acción, pues la guardia acaba de detener a un asesino que los Guise me habían enviado».

Desde entonces, él mismo se había propuesto mantener a este joven crítico lo más lejos posible. Antes de la batalla de Moncontour, que volvería a perder, envió a ambos príncipes a la retaguardia por su seguridad, aunque uno de ellos se enfurecía y el otro derramaba lágrimas amargas. Después volvió a aparecer Jeanne d'Albret y se deliberó. El ejército protestante, tras la nueva derrota, se había visto

mermado en tres mil hombres; no le quedó más remedio que retirarse hacia el sur, en lugar de que su parte más pequeña se uniera a él en el norte.

Juana trajo, como siempre, a sus pastores. Mantuvo conversaciones secretas con Coligny, en las que el hombre, ya desanimado, volvió a convertirse en vencedor. Porque la victoria que llevamos dentro es la primera, y la verdadera victoria le siguió de cerca; Juana confiaba en ello. Entonces sus pastores entonaron los salmos, y tanto el ejército como su comandante se sintieron piadosos y fuertes.

Lo siguiente fue una marcha forzada que unió de hecho las dos partes del ejército, muy separadas entre sí. A continuación, sin embargo, los protestantes atravesaron el país hasta llegar al condado de Nevers. Desde ese momento amenazaron París. Inmediatamente se movió la corte. Mientras el ejército aún avanzaba, las damas Catalina y Juana ya estaban discutiendo. El ejército seguía en marcha cuando se firmó la paz, y el ejército se detuvo. Este tratado garantizaba la libertad de conciencia.

Enrique se alegró con su madre, porque la veía feliz. Él mismo lo estaba, siempre que no reflexionara. Sin embargo, durante el avance había tenido que quedarse enfermo en una ciudad; entonces había tenido tiempo de recordar todas las atrocidades de esta guerra, de grabarlas para siempre en su memoria. Quizás también se había enfermado a causa de las atrocidades del ejército protestante, al igual que antes parecía haber contraído la viruela solo porque había tenido que convertirse al catolicismo.

No ocultó su conflicto interior ante el almirante. Dijo: «Señor almirante, ¿cree usted realmente que la libertad de conciencia puede

simplemente imponerse mediante tratados y decretos? Usted es un gran comandante, ha escapado del enemigo y ha amenazado al rey de Francia en su capital. A pesar de ello, el pueblo de las provincias que hemos asolado seguirá hablando de los rebeldes llamados hugonotes y no nos dejará rezar en paz en ningún lugar donde hayamos matado y saqueado».

El vencedor Coligny respondió: «Príncipe, aún es usted muy joven y, además, estaba enfermo mientras nosotros nos abríamos paso. La gente lo olvida todo rápidamente, y solo Dios sabrá lo que tuvimos que hacer por su causa».

Enrique no lo creía —o peor aún, pensó—, si incluso Dios, como él mismo, tenía ante sus ojos esas imágenes: ¡gente desdichada a la que se colgaba en el aire hasta que delataban su dinero, y bajo sus pies se encendía un fuego! Para no decir demasiado, se inclinó y se despidió del vencedor.

Escena familiar

Índice

Siguió entonces un breve periodo durante el cual parecía casi como si Jeanne y Henri vivieran en un mundo pacífico, sin malicia ni odio. Ella administraba su pequeño reino y él, la gran provincia de Guyena. Ella ya no tenía que castigar, pues sus súbditos volvían a ser buenos protestantes. Él, por su parte, representaba de buena fe al rey de Francia. Realmente no entendía por qué, por naturaleza, debería haber sido enemigo de la casa real; las enseñanzas de su madre no estaban tan arraigadas en él. Un joven también debe ser capaz de olvidar la ambición. A los dieciocho años, durante unos pocos meses, dijo: «¡Ya he hecho suficiente en la vida! Las mujeres son tan bellas, y ocuparse de ellas es más provechoso que la guerra, la fe y el camino hacia el trono».

Se refería a las mujeres jóvenes y a ese estado en el que casi no son seres humanos, sino más bien diosas, tan magníficos son sus cuerpos. Por mucho que las reconociera y se convenciera de que eran de carne y hueso, seguían perteneciendo a otro mundo, pues su imaginación y su deseo las transformaban de nuevo al instante. Además, siempre eran otras; en aquel entonces no tenían tiempo para decepcionarlo; él no las retenía el tiempo suficiente. Por eso aún no sabía que, en lugar de sus propios sentimientos elevados, en sus admirados cuerpos habitaban sobre todo el cálculo y los celos. Mientras una lo odiaba, él cabalgaba diez horas para ir a buscar a otra la recompensa de sus esfuerzos. Ella lo esperaba con los ojos brillantes y el rostro del amor eterno. Él caía a sus pies, a los de cualquiera, y besaba el dobladillo de su vestido, habiendo llegado a

la meta tras un viaje tan largo y agitado. Se le llenaban los ojos de lágrimas y, vista a través de ellas, la mujer se volvía más bella.

Sin embargo, mientras Henri vivía para las jóvenes, varias damas maduras se ocupaban de él sin que él lo supiera. La primera fue Madame Catherine. Una mañana recibió en el Louvre, en su dormitorio, la visita real de su hijo, Carlos IX. Aún iba en camisón, tal era la prisa con la que se había apresurado aquel hombre corpulento. Gritó, incluso antes de haber cerrado la puerta:

«¡Mamá, ya está!».

«¿Tu hermana le ha dejado entrar?».

—Margot se acuesta con Guise —confirmó Carlos enfadado.

«¿Qué te dije? Es una cerda», exclamó Madame Catherine con toda la claridad que la ocasión exigía.

«Esa es la gratitud por su buena educación», refunfuñó Karl. «Sabe latín, es tan culta que incluso lee mientras come. Baila la pavana, se deja cantarle por los poetas». Se le ocurrían cada vez más cosas. «Los caballos de su carruaje dorado llevan en la cabeza plumas tan gruesas como mi trasero. Pero sé lo que hace, la he visto. Esa mujerzuela empezó ya a los once años».

«Tú sostenías el candelabro», intervino Madame Catherine. Pero él aún no se dejó interrumpir. Conocía a todos los amantes de su hermana y los enumeró maldiciendo. Entonces, de repente, se cansó de su propia ira, que lo excitaba demasiado para su estado físico. Con la frente de un rojo oscuro y jadeando, se dejó caer sobre la cama de su madre, haciendo que los cojines se levantaran; solo murmuró:

«¿Y qué me importa a mí? Ella seguirá siendo lo que es y seguirá con Guise o con otro. Me da igual».

Su madre lo miró y pensó: «Hace solo unos años tenía un aspecto tan noble como un cuadro colgado en la pared. Ahora no le falta mucho para ser un criado de carnicero en lugar de un rey. ¿Qué he hecho? Pero eso no soy yo, son los Valois. ¡La sangre de esos caballeros bárbaros sale una y otra vez de las tumbas y vuelve a dar forma a una de las antiguas figuras!».

Así pensaba la hija de los Médici, porque sus pocos antepasados conocidos habían vivido en habitaciones cómodas, en lugar de en establos y campamentos.

Dijo con su voz pausada: «Tal y como se comporta tu hermana, pronto no me quedará más remedio que tomar a Henri Guise como yerno. ¿Quién será entonces más fuerte, mi pobre muchacho, tú o él?».

«¡Yo!», gritó Carlos. «¡Yo soy el rey!».

«¿Por la gracia de Dios?», preguntó ella. «Ya deberías haber aprendido que todo rey debe echarse una mano a sí mismo con la gracia de Dios, o no seguirá siéndolo. Hoy eres rey, hijo mío, porque yo, tu madre, también sigo aquí».

Lo dijo en un tono que él conocía de siempre y ante el cual solía levantarse. Se levantó de su asiento en la cama y se quedó de pie, en camisa, con el pecho y el vientre abombados, ante la anciana, dispuesto a escuchar su voluntad.

«Quiero —decidió ella— que Margot no se case con Guise, pues su casa es demasiado poderosa para mí. Según mi voluntad, se casará con un joven sencillo que nos sirva».

«¿Quién es?».

«Su familia debe de ser buena, pero sin influencia y desconocida en París. Sobre todo, quiero tenerlo bajo mi control. Quien está al alcance de la mano se vuelve inofensivo. A los enemigos hay que tenerlos en casa propia».

«No querrás decir que...»

«Estoy negociando con su madre para que me lo envíe y así poder tenerlo bajo mi control».

«¡Es un hereje! ¡Mi hermana y un hereje, esa unión nunca se tomó en serio!».

«¿Y si tu hermano d'Anjou se casara con la reina de Inglaterra? También Isabel es una hereje, y además una gran reina, por su propia gracia».

«Ella está matando a sus católicos», dijo Carlos, más tímido que indignado. Su madre era demasiado inteligente para él. Ni siquiera la religión lograba detener su ingenio. Pero, a pesar de sus palabras más atroces, ella seguía siendo la serenidad personificada.

«Que los católicos ingleses se las arreglen solos —y, por cierto, también los franceses», añadió.

Carlos bajó la mirada y gruñó; no se atrevió a decir nada más. «El rey de España también sigue ahí», gruñó.

«Mi hija, la reina de España, ha muerto», declaró Catalina sin ningún tipo de pesar. «Desde entonces, lo único que temo de don Felipe es que se aproveche de mis apuros. Por eso necesito a mis protestantes». En su interior, añadió: «Pero cuando ya no los

necesite, haré con ellos lo mismo que la reina de Inglaterra con sus católicos».

¿Para qué iba a revelarle eso a su hijo sin talento? Ahora llegaba a lo que esperaba de él.

«Hay que hacer entrar en razón a tu hermana de una vez por todas».

«¡Es verdad! Lo de Guise...»

«Que te quitará la corona», añadió ella rápidamente. Entonces él gritó:

«¡Traedme a mi hermana! ¡Le enseñaré a destronarme!».

Ya se estaba precipitando hacia ella, pero su madre logró agarrarlo por la camisa justo a tiempo.

«¡Quédate aquí! Guise puede estar con ella, y va armado».

Eso lo detuvo de inmediato.

«Y si ella te ve, seguro que no vendrá aquí. Pero yo quiero que esto no se haga en ningún otro sitio que no sea mi casa».

Aplaudió y, dirigiéndose a una de sus damas que acababa de entrar, le dijo:

«Pídele a la princesa, mi hija, que venga a verme para que pueda darle una noticia muy importante. Asegúrale que es algo bueno».

A continuación, ambos esperaron: Catalina impasible, con las manos juntas, pero su robusto hijo corría por la habitación impaciente, con la bata de dormir ondeando, y ya jadeaba de antemano mientras gruñía.

Por fin, la puerta se abrió de par en par para dar paso a una aparición que cualquiera habría admirado, salvo estos dos. Margarita

de Valois, a pesar de la temprana hora, ya lucía un vestido de seda blanca con abundantes adornos brillantes. Llevaba zapatos rojos y también su peluca era rojiza, pero su gran experiencia en el maquillaje le confería al rostro exactamente el tono que convenía a una rubia como ella.

Su entrada se ajustaba por completo a la belleza que había elegido: altiva, aunque desenfadada. Así podría haber entrado también en un salón de fiestas. Pero una mirada a su madre y otra a su hermano le bastaron para intuir lo que se le tenía preparado. Su expresión refinada se volvió rígida, la sonrisa orgullosa se transformó en terror y dio un paso precipitado hacia atrás. Demasiado tarde, Catalina ya había hecho una señal y la puerta se había cerrado de un portazo desde fuera.

«¿Qué queréis de mí?», preguntó la pobre, en lo alto, mientras se le cortaba la respiración. Carlos IX miró a su madre y, como ella no quería darse cuenta, estaba seguro de que todo le estaba permitido. Gritando, se abalanzó sobre su hermana. Con el primer tirón le arrancó el cabello rubio de la cabeza; el negro le cayó desordenado sobre la frente; a partir de ese momento ya no habría podido mantener una actitud digna, aunque hubiera tenido tiempo. Pero su hermano real ya le estaba abofeteando la cara, a izquierda y derecha, con insistencia, por mucho que ella intentara esquivarlo.

«¡Acostarse con Guise!», gritó. «¡Destronarme!», jadeó.

Su maquillaje se le quedó pegado a las manos; en cambio, ella tenía rayas rojas en las mejillas. Como se retorcía y se apartaba, sus puños le golpeaban los hombros redondeados.

«¡Gorda Margot!».

Al decir esto, se rió salvajemente y le arrancó el vestido. Al entrar en contacto con su cuerpo, le invadió el intenso deseo de manosearla por todas partes. La muchacha gritó por fin; el horror la había dejado muda, e intentó huir, corriendo a los brazos de su madre.

«Ahí estás», dijo Madame Catherine, y sujetó a la princesa hasta que Carlos IX volvió a recuperarla.

«¡Ponla sobre tus rodillas!», aconsejó Madame Catherine, y él lo hizo, a pesar de toda la resistencia de la víctima. Su brazo permaneció firmemente sujeto a ella, mientras su otra mano golpeaba su parte del cuerpo desnuda y voluptuosa. Madame Catherine no lo consideró suficiente, ella misma ayudó con todas sus fuerzas, pero, por desgracia, sus manitas carnosas no podían hacer gran cosa. Por eso se inclinó sobre el hermoso trasero y le dio un mordisco.

Marguerite gritó como un animal. Su hermano, agotado, la soltó, la dejó caer sin más, mientras permanecía allí de pie con la mirada perdida, como un borracho. Madame Catherine también estaba sin aliento, y sus ojos negros y apagados brillaban. Mientras tanto, volvió a juntar los dedos frente al estómago y dijo con su habitual calma:

«Levántate, hija mía, ¡pero qué aspecto tienes!».

Le hizo una señal a Karl para que le tendiera la mano a su hermana y la ayudara. Luego se dispuso ella misma a arreglar la ropa de su hija. Cuando la princesa Margot vio que el peligro había pasado, recuperó inmediatamente su expresión autoritaria.

«Todo está hecho trizas. ¡Tonto!», le gritó a su hermano. «¡Ve a buscar a mi doncella!».

«No», decidió su madre. «Es mejor que esto quede entre nosotros».

Ella misma cosió los agujeros del vestido de seda blanca, lo alisó y no dejó que nadie le impidiera volver a maquillarse, ya que las lágrimas y las bofetadas le habían borrado el maquillaje. Karl, siguiendo las órdenes de Catalina, fue a buscar la peluca que le había arrancado a su hermana de la cabeza, la sacó de debajo de la cama, le quitó el polvo y se la colocó. ¡Ahí estaba de nuevo la joven orgullosa y elegante que había entrado en la habitación hacía un rato!

—Vete ya y lee tus libros de latín —gruñó Carlos IX. Catalina de Médicis añadió:

«¡Pero no olvides lo que acabo de decirte para tu aprendizaje!».

Inglaterra

Índice

Una segunda mujer poderosa se preocupaba por el joven Enrique, mientras que él solo pensaba principalmente en su propio placer. Isabel de Inglaterra recibió en su palacio de Londres a su embajador de París.

«Llegas un día tarde, Walsington».

«El mar estaba agitado. Probablemente, Su Majestad solo habría visto a un embajador muerto. Me temo que este no habría informado de todo lo que hay que informar».

«Walsington, eso te habría venido bien. La muerte en el mar es menos vergonzosa que la del cadalso. Estás más cerca del bloque y del hacha de lo que crees».

«Morir por una majestad tan grande es siempre lo máximo que un hombre puede desear, sobre todo cuando ha cumplido con su deber».

«¿Tu deber? Sí, tu deber. ¿Y qué es lo que un hombre desea, cerdo?». Le dio una bofetada en la cara.

Él vio venir el golpe, pero tendió la cabeza, aunque sabía que su delgada mano era muy dura. La reina era alta, de piel blanca, de edad indeterminada; se mantenía erguida como una armadura, y el pelo rojizo que Margot de Valois lucía con algunos vestidos, Elisabeth lo tenía de verdad.

«La corte de Francia se acerca cada día más al rey de España, pero tú no me dices nada. Corro el mayor peligro de perder mi país y mi trono por esta alianza, ¡y tú te quedas mirando!».

«Lamento tener que acusarme aún más. Yo misma he difundido el rumor, pero es falso».

«¿Difundes rumores falsos en mi contra?».

«Hice que entraran a la embajada española y, supuestamente, allí se encontraron las cartas que lo demuestran. Pero nada de eso es cierto. Y todo ello se hizo en beneficio de Su Majestad».

«Eres un católico clandestino, Walsington. ¡Guardia! ¡Detengan a este hombre! Hace tiempo que te tengo en el punto de mira. Veré con placer cómo cae tu cabeza».

«Le hubiera encantado contarle otra historia divertida», dijo el embajador entre los dos hombres armados. «Porque he prometido la mano de Su Majestad a un príncipe al que usted ni siquiera conoce».

«Creo que se trata de d'Anjou, el hijo de Catalina». Hizo una señal a los hombres armados para que soltaran al embajador. Planes de matrimonio... tenía que escucharlos primero.

«Me temo que d'Anjou sería un error. Sé que, con razón, no tiene en gran estima a los Valois. No, hay un pequeño protestante del sur al que los Valois quieren hacerse cuñado, y eso no sería una mala idea. Él podría sacarlos de allí».

«¡Pero entonces invadirán Flandes! El matrimonio de la princesa de Valois con un príncipe protestante —¡ya sé a quién me refiero, por supuesto!—, eso significa la guerra de Francia contra España y la invasión de Flandes. Una Francia unida, eso no lo quiero. En Francia debe seguir habiendo guerra civil. Y en Flandes prefiero mil veces a los españoles, que de todos modos se están yendo a pique cada vez más por su papismo, que a una Francia unida bajo un protestante».

Para escucharse mejor a sí misma, Isabel recorrió la sala con sus largas piernas y a zancadas. Había despachado con impaciencia a los guardias, y Walsington se retiró al lado opuesto para dejar espacio a su reina. De repente, se detuvo ante él.

«Y tú dices que debo casarme con el joven de Navarra. ¿Qué aspecto tiene?».

«No está mal. Si solo fuera eso. Aunque es más bajo que usted».

«No tengo nada en contra de los hombres bajitos».

«A menudo son incluso más competentes como hombres».

«¡Lo que tú digas, Walsington! No tengo ninguna experiencia en eso. ¿Y su rostro?».

«Tiene un tono moreno como el de las aceitunas y un rostro ovalado y lleno».

«¡Oh!»

«Solo la nariz... es demasiado larga».

«Eso es prácticamente una ventaja».

«Sí, la longitud. Pero no la forma. Porque se inclina hacia abajo. Me temo que seguirá inclinándose con el tiempo».

«Qué pena. Bueno, da igual. De todos modos, no voy a casarme con un joven tan insignificante. ¿Y él? Muy joven, ¿no?», preguntó la mujer de edad indeterminada. «¿Le has dado esperanzas conmigo? Por supuesto que se entusiasmó».

«Le entusiasma la belleza. Ha cubierto el retrato de Su Majestad con besos y lágrimas», mintió el embajador.

«Me lo creo. ¿Y le has quitado las ganas de casarse con los Valois?».

«Porque sé que a usted no le gustaría».

«Al fin y al cabo, quizá no seas tan tonto. ¡Ojalá no seas un traidor!».

Su tono era severo, pero clemente. El embajador comprendió que el peligro de ser ejecutado había disminuido y se inclinó profundamente.

«Señor embajador», comenzó Isabel y finalmente se dejó caer en su sillón, «sigo esperando a que me hable de las negociaciones entre las dos reinas. ¡Míreme! Me refiero a las reinas Juana y Catalina. Sé que una tiene tanto poder de decisión como la otra sobre lo que debe ser de Francia».

«Mi admiración por su agudeza mental raya en el terror».

«Lo comprendo. Seguramente nunca se ha dicho a sí mismo que, para mis embajadores, que son mis espías, tengo a su vez otros espías que los vigilan a ellos mismos».

Walsington tomó nota de ello con todos los signos de asombro, por mucho que ya lo supiera.

«Confieso», respondió con sencillez, «que al principio solo hablé del pequeño príncipe de Navarra, pero no de su madre, porque mi señora es una joven y bella reina. Si tuviera como señor a un rey anciano, le hablaría exclusivamente de la madre del príncipe. Porque la peligrosa es solo la reina Juana».

Vio en su rostro que había ganado a medias; por eso su voz se mantuvo especialmente devota y conmovedora.

«Debo contarle a Su Majestad una triste historia, de la que se desprende que los hombres son terriblemente falsos y astutos. Y así

fue como la pobre reina Juana fue engañada por un inglés». Él mismo parecía consternado y lo rechazó con un gesto de la mano.

«No fui yo. Porque debemos comportarnos siempre correctamente. Solo fue uno de mis enviados, y la idea se le ocurrió a él mismo. Le dejé hacer, y así se dirigió a La Rochelle, donde sin falta se encuentran todos los amigos de la reina Juana, incluido el conde Luis de Nassau. Mi agente hizo que este alemán se acostara y fingiera estar enfermo hasta que Juana lo visitara en su lecho de dolor…»

El embajador prosiguió con su relato, que se desarrollaba como una farsa de Shakespeare; él, sin embargo, se mantenía cada vez más serio, lo que aumentaba el deleite de su reina. Cuando ella ya se había reído mucho, afirmó:

«Quien es ingenuo, como Nassau, no debería hacerse el listillo. ¡Dile a Juana que renuncie al matrimonio francés, lo único que podría ayudar a los protestantes alemanes, al igual que a los franceses! ¿Acaso se lo ha creído todo de verdad? ¿Que yo me casaré con su hijo? ¿Que su hija se convertirá en reina de Escocia?».

«Las perspectivas demasiado deslumbrantes siempre se toman por ciertas, precisamente porque no se ve nada», aseguró el embajador. Isabel dijo con franca admiración:

«¡Así fue, pues, cuando me comprometiste con el pequeño Navarra! ¿Por qué no lo dijiste desde el principio? ¿Tengo que mandarte ejecutar primero, Walsington, para que me digas algo agradable?».

«No le habría divertido tanto como ahora, y solo pienso en complacer a Su Majestad, incluso a riesgo de acabar en el patíbulo».

«¡No le olvidaré esta buena broma!».

«Se le ocurrió por completo a mi agente, un tal Beel».

«No le creo. Intenta aumentar su mérito con modestia. Páguele al menos una recompensa a su Beel. ¡Pero que sea moderada!», añadió inmediatamente Isabel, que sabía hacer cuentas.

Trampas, artimañas y un corazón puro

Índice

Jeanne, su madre, era la tercera de las mujeres maduras que influían en el destino de Enrique, y ella era la única que lo hacía por su bien. Por eso solo confiaba en sí misma, y en absoluto en la sinceridad de las otras dos reinas. Sin embargo, acudió a visitar al conde de Nassau en su lecho de dolor, porque llevaba días oyendo hablar de lo mucho que gemía su buen amigo. Lo encontró acalorado y enrojecido entre las almohadas, pero más por el vino que por la fiebre, así le pareció. No obstante, primero se dejó contar todo lo que su compinche, el inglés Beel, le había enseñado de bueno para ella: el asalto a la embajada española, las pruebas encontradas de que la corte de Francia jugaba a dos bandas. Le ofrecieron a la princesa como nuera, pero entretanto se había hecho las paces con Felipe de España. ¿Cómo podría Catalina entonces cumplir la condición de Jeanne y liberar Flandes española junto con el ejército protestante?

Jeanne reflexionó: «¿De quién podría saber todo esto, si no es de los ingleses, que organizaron el asalto?». Mientras tanto, palpó al corpulento Ludovicus detrás de las orejas y en la frente, y comprobó que gozaba de perfecta salud. En consecuencia, hizo entrar a su cirujano y le hizo dar al paciente algunos medicamentos, que este tuvo que tragar, quisiera o no. No tardó mucho en que el pobre sudara profusamente; se produjeron otros efectos que hicieron que Jeanne deseara salir de la habitación un rato. Cuando regresó, su víctima ya estaba más abatida y confesó sin rodeos que toda su sabiduría procedía únicamente del señor Beel, quien era, efectivamente, un agente de Walsington.

«Pero es mi amigo», dijo el confiado Nassau, «y por mi bien, puede creerle todo, señora. A mí no me mentiría».

«Querido primo, el mundo es malo, excepto usted», comentó Jeanne con compasión. Ante esto, el alemán protestante le imploró con verdadera preocupación que no se comprometiera con el matrimonio francés. Su hijo caería en el catolicismo con ese matrimonio, los protestantes perderían a su líder, mientras que el príncipe no ganaría nada para sí mismo, aunque hubiera traicionado la religión. ¿Qué sería él como esposo de la princesa de Valois? Ni mucho menos rey de Francia. «Pero en otro lugar» —aquí Nassau hizo una pausa solemne— «puede llegar a ser rey. Un gran rey. Su hermana, su hija Catalina —señora, ella también se convertirá en reina. Todo esto beneficia tanto a la religión que, solo por eso, tiene que ser cierto», añadió el buen hombre, «y creo firmemente que la misión de revelárselo me viene de Dios». Juana vio que se había olvidado de su Beel.

Había hablado con fervor, cayó sobre su almohada en un repentino desmayo, y la reina Juana lo dejó, no sin antes encomendarlo a los cuidados de su médico. Lamentaba haber tenido que tratarlo así para que le revelara la verdad aquel hombre honrado. Porque la mentira, por desgracia, no es solo cosa de los deshonestos.

Con su último aliento antes de desmayarse, Luis de Nassau le había confirmado expresamente quiénes ofrecerían el matrimonio y el trono a sus dos hijos: eran Isabel de Inglaterra y el rey de Escocia —demasiada suerte de golpe a los ojos de cualquier otra madre. A Juana de Albret le pareció del todo natural, pensando en su propio linaje, en los éxitos del ejército protestante y en la alta dignidad de

la religión. No se le ocurrió sospechar que Isabel pudiera hacerle una oferta engañosa, con rodeos y sin compromiso, para disuadirla de la alianza con la corte de Francia. La reina Juana era demasiado orgullosa para creer que alguien quisiera utilizarla contra Francia, para que esta permaneciera dividida y débil.

Al día siguiente le dijo a Coligny: «He pasado toda la noche tratando de averiguar de Dios cuál es en verdad su voluntad: si mi hijo debe ser rey en Inglaterra o en Francia. ¿Qué opina usted, señor almirante?».

«Que no podemos saberlo», respondió él. «Lo único seguro es el descontento de los hugonotes más fervientes, sus mejores seguidores, si el príncipe, su hijo, se alía con los enemigos acérrimos de la religión. Pero Dios… de él no afirmo que esté en contra», concluyó Coligny con cautela.

«Él no se opone», declaró Juana con toda firmeza. «Me ha dado a entender que debo tratar este asunto de manera totalmente mundana, únicamente en función del honor y el beneficio de mi casa, que Él considera también la suya —me hizo saber Dios».

Coligny fingió que ella lo había convencido. En realidad, él mismo desconfiaba de las intenciones inglesas, pues juzgaba como soldado. La inglesa protestante debería haberle ayudado a liberar Flandes de los españoles, pero precisamente eso era lo que ella no quería, mientras que la corte católica de Francia se lo prometía de buen grado. Por eso estaba a favor del matrimonio del príncipe de Navarra con Margarita de Valois, y si planteaba objeciones al respecto, eran solo aquellas que no hacían sino reforzar la postura de Juana. Juana alegó que los ingleses habían sido desde siempre enemigos de este país. Coligny quiso saber si eso había dejado de ser así, como si no

bastara con que un príncipe que se casara con una inglesa perdiera precisamente por ello todo: su popularidad y sus perspectivas al trono francés.

Juana dijo que Isabel era demasiado mayor, que ya no tendría hijos, y que su esposo no podía esperar participar personalmente en los asuntos de la corona. Coligny alegó que entonces quedaría su hermana, la princesa Catalina, que sin duda tendría hijos del rey de Escocia. Pero este era el heredero legítimo del trono de Inglaterra, en caso de que Isabel muriera sin descendencia. Eso era lo último que debería haberle dicho en serio a la madre de Enrique; lo vio claramente en su rostro. ¡Su Enrique ignorado y sacrificado, su alegre Enrique había vivido en vano, como un prisionero abatido, al lado de una vieja reina! Solo entonces se dio cuenta de todas las consecuencias que habría tenido si hubiera elegido la decisión equivocada de entre las dos.

La delicada Juana se levantó bruscamente de su asiento y también ella comenzó a correr por la habitación, como Isabel de Inglaterra cuando se emocionó tanto ante su enviado por su propio interés. Pero esta reina era diferente: solo se alteró porque se decidía la suerte de su hijo. Así que ordenó con su voz de campana, que rara vez se oía: «¡Ni una palabra más, Coligny! ¡Llame ahora a mi hijo!».

Él transmitió la orden en la puerta. Pero mientras esperaban, el anciano se arrodilló ante la mujer y confesó: «Solo he expuesto todo esto para que usted lo refutara».

«Levántese», respondió Juana. «Seguramente habrá pensado que la reina Catalina le promete el mando supremo en Flandes. Pero ¿quién soy yo para reprocharle su interés propio? Si mi hijo se fuera

a Inglaterra y mi hija a Escocia, yo quedaría sola, incapaz de soportar la carga de los asuntos de Estado, y no podría esperar ni el respeto ni la obediencia de la nobleza de Francia. Si esa fue mi verdadera razón, que Dios me juzgue».

«Amén», dijo él, y ambos permanecieron inmóviles, con la frente inclinada, hasta que el joven Enrique entró en la habitación. Entró muy rápido, algo sin aliento, con los ojos brillantes; probablemente había ido tras una muchacha. En cualquier caso, no se sentía obligado a responder ante Dios por los actos y pensamientos de la última hora, como los dos mayores. Sin embargo, se contagió de inmediato de su grave estado de ánimo.

La reina Juana se sentó y pidió al príncipe y al almirante que hicieran lo mismo; aún buscaba sus primeras palabras. Coligny, sin embargo, le hizo una señal, en parte sumisa y en parte instructiva. Significaba, en esencia, que él sabía mejor cómo empezar. Como ella le hizo un gesto de asentimiento, él comenzó de verdad.

El Consejo de los Tres

Índice

—Príncipe —dijo Coligny—, en este consejo se trata del futuro de la religión, lo cual es lo mismo que el futuro del reino. Aquí y ahora debe tomarse una gran decisión, y precisamente por usted. La voluntad de Dios se manifestará a través de su voto. Escuche bien lo que le dicta. Por mi parte, estoy dispuesto a inclinarme.

Jeanne quiso hablar. El anciano le indicó con firmeza, aunque con reverencia, que aún no había terminado.

«Dos poderosas cortes compiten por usted, el príncipe de Navarra, y mucho, infinitamente mucho, depende para el tiempo y la eternidad de a cuál elija». La pausa que Coligny hizo aquí no tenía por objeto que otro dijera algo; no, sino que a sus dos oyentes se les cortara la respiración. Jeanne también estaba profundamente consternada. Henri vio bien el angustioso cambio en su rostro; al instante, sus ojos se llenaron de lágrimas. El sollozo surgió en el centro del cuerpo, subió rápido como un pensamiento hasta la garganta, allí se extinguió, y solo quedaron los ojos húmedos.

Con la mirada empañada, imagen de la conmoción, Henri pensaba para sí mismo: «¡Viejo charlatán! ¿No puede decirlo de forma más sencilla? Hace tiempo que sé que debo casarme o bien con mi gorda Margot o bien con la vieja inglesa. ¡Como si Nassau no me hubiera causado ya suficientes problemas! Pero ¿qué hago yo en Inglaterra? En cambio, Margot… ella siempre me prometió que llegaría a conocer sus piernas».

Coligny se inclinó hacia Jeanne para susurrarle: «¡Démosle tiempo! Está esperando la inspiración». En ese momento, Henri se dio cuenta de toda la tensión que sentía su querida madre. Su

propio ánimo se elevó de inmediato. Con una severidad que a él mismo le sorprendió en secreto, Henri declaró:

«Quiero servir a Francia. Elijo la religión y, por eso, a Francia».

Tan pronto como pronunció estas palabras, el protestante Coligny se levantó de su asiento. Extendió los brazos como si recibiera al Señor en persona. Pero Henri lo abrazó. Luego besó las lágrimas del rostro de su querida madre.

El consejo no se mantuvo en absoluto tan solemne. Los tres coincidieron en que todas las ventajas para ellos estaban en París, en lugar de en Londres. Enrique incluso preguntó si la oferta inglesa se había hecho en serio. Quizás servía más bien para frustrar el matrimonio francés. Jeanne tuvo que hacer un gran esfuerzo para superar su orgullo antes de admitir esa idea. La sensatez y la sensatez de su joven hijo fueron un consuelo para su orgullo. Henri opinaba que, de todo corazón, cedería con mucho gusto la brillante posición de esposo de la reina de Inglaterra a su primo d'Anjou. «¡Uno menos!», añadió de repente; pero ellos lo entendieron perfectamente. Jeanne confirmó que no se debía desafiar a Madame Catherine, ya que, al fin y al cabo, tenía la intención de casar a su segundo hijo con Inglaterra. A continuación, repitió: «¡Uno menos!». Habló con franqueza en la sala: «Eran cuatro. Quedarán dos después de Carlos. Carlos ha pasado de ser un muchacho demasiado distinguido a convertirse en un hombre gordo y mezquino, aunque se llame rey. Pero a veces sangra».

Al oír estas palabras, tanto su joven oyente como el mayor asomaron la cabeza. Jeanne, sin embargo, no los miró: asintió con la cabeza como una mujer que sabe de lo que habla cuando se trata del cuerpo y sus funciones. «Sangran», dijo Jeanne. «Su sangre no

fluye, sino que se extiende lentamente por la piel. Los cuatro hijos del viejo rey lo padecen, y el primero ya ha muerto a causa de ello».

«¿Tendrán que morir también los demás?», preguntó Henri, con una punzada de frío.

Coligny respondió con dureza: «Los Valois persiguen la religión. Ese es su castigo».

«No lo tienen por ser Valois», dijo Jeanne. «Lo tienen por su madre, pues ella fue estéril durante mucho tiempo».

Los dos hombres retiraron las cabezas que habían asomado: ya no entendían nada. Jeanne solo había descubierto la relación porque ella misma había pasado tantas noches despierta con dificultad para respirar y ese cosquilleo inquietante bajo el cráneo, alrededor de la cabeza. Como ningún médico supo explicarle la razón, tuvo que deducir que los destinos humanos se cumplen en los cuerpos según la voluntad de Dios, antes de que se manifiesten de forma visible. Jeanne debía sufrir y morir prematuramente, tras haber dado a luz a un hijo elegido. Su enemiga Catalina, en cambio, merecía envejecer y ver cómo todos sus hijos, concebidos tardíamente, partían de este mundo. Jeanne calculaba esto con la conciencia tranquila y sin piedad.

«Así que esta vez le daré a entender a su enviado que no me opondré a la alianza con su casa si me cumple ciertas condiciones».

«Condiciones estrictas e inalienables», exigió Coligny. «La corte debe declararse contra España. Sus tropas deben entrar en Flandes, y yo las lideraré».

«La princesa de Valois debe convertirse al protestantismo», decidió Juana, y esto sorprendió tanto a Enrique que gritó. ¡Margot y

la religión! ¡La religión y la enamorada Margot! No sabía qué hacer con él mismo y con su abrumadora risa. Finalmente, desapareció en un profundo hueco de la ventana, dejó caer la cortina sobre sí y jadeó con las manos en la boca. Su madre dijo con solemnidad:

«Mi hijo da gracias a Dios porque su futura esposa va a ser salvada». Coligny consideró que eso era pedirle demasiado a Dios. Estuvo a punto de decirlo: la princesa llevaba una vida reprochable. Mantenía relaciones bien conocidas con el duque de Guisa. Como cristiano, debería haber hablado, pero como hombre de mundo guardó silencio, y así esperaron ambos hasta que Enrique se sentó de nuevo con ellos. Entonces, Jeanne le instruyó, sin embargo, más a fondo que antes sobre los peligros de la empresa.

«No olvides nunca que, ante todo, quieren asegurarse de ti. Siempre ha sido el principio de Madame Catherine tener a sus enemigos en casa; y después de sus hijos, que sangran con tanta facilidad, tú eres el siguiente en la línea de sucesión a la corona de Francia. Sé bien que, con tu ayuda, también quiere deshacerse de Guise, pues su familia le parece más amenazante que la nuestra», dijo con tono de desprecio. «Pero lo más importante para la reina es atraerte a su corte. Sin embargo, yo lo impediré; iré yo misma en tu lugar, y entonces ya veremos si puede hacerme frente».

Coligny asintió con severidad.

«Y yo seguiré de cerca a Su Majestad. Todas nuestras exigencias deben ser concedidas, o el ejército protestante, con el príncipe de Navarra a la cabeza, se pondrá en marcha contra París. ¡Entonces no habrá más piedad!».

Al joven Enrique le parecía que tampoco antes se había mostrado mucha clemencia. Ante sus ojos, los campesinos se retorcían colgados de las vigas, con fuego encendido bajo sus pies. ¿Qué se podía objetar, si incluso su querida madre sabía por experiencia que esa era la ley del mundo y que la verdadera lucha por la religión y el reino no era diferente? ¿Qué merecían Madame Catherine y sus católicos, si ni siquiera su querida madre estaba a salvo de ellos?

«¡Mamá!», gritó él. «¡No debes ir allí! ¡Te harán algo!». Lo gritó como un niño asustado. Jeanne lo atrajo hacia sí, con la cabeza de él en su regazo, y así habló —a él, a sí misma y a su corazón—: «Una mujer sola está más a salvo. Dios debe ayudarla, ya que nadie lo hace. Pero ¿qué soy yo ante Dios, ahora? Antes: muchísimo, el recipiente. Ahora está vacío y puede romperse».

Creía estar diciéndolo, pero en realidad solo lo había pensado; pero con estas palabras, Juana de Albret había ofrecido el sacrificio de su vida.

También la reunión había llegado a su fin. Su hijo y el almirante se despidieron de ella.

Afuera, Enrique se encontró con su primo Condé y con el joven La Rochefoucauld, otro ante quien se dejó llevar. Les dijo:

«¡Pues bien! Me voy a casar con la hermana del rey de Francia. Es el único puesto que queda libre en la corte. Ya tienen canciller, secretario, tesorero y bufón. Solo les falta un cornudo, ¡y ese seré yo!».

Se rió y saltó en el aire, de una forma tan encantadoramente divertida que ambos le siguieron a pesar de su extrañeza interior.

Jeanne regresó a su tierra, el Bearn; era otoño; el enviado de Catalina volvió a visitarla; se llamaba Biron, y ella ya no le dijo que no; solo puso condiciones, las primeras y provisionales. Había que reparar varias injusticias cometidas contra los protestantes, desalojar una ciudad en el sur, retirar una cruz blasfema en París. Declaró sin rodeos que no quería que la engañaran, como a tantas otras que habían viajado a la corte de buena fe.

Era otoño, pero se hizo invierno antes de que ella se pusiera realmente en marcha. Había contraído fiebre, su hijo había sufrido una caída; cabía creer que Jeanne se veía advertida por estos percances de no viajar. Sin embargo, al fin llegó el momento en que madre e hijo se separaron; la ciudad se llamaba Agen, el día era el trece de enero, había amanecido el año setenta y dos. Al ver el cielo azul y el camino soleado, nadie habría pensado que aquella despedida fuera definitiva. Los caballos echaron a andar, la carroza de cuero ya rodaba, y Jeanne, pálida, y su hija Kathrin seguían saludando y sonriendo. El hijo estaba junto a su montura, y su mirada iba de una a otra. Las ojeras de la madre se habían

extendido últimamente, hasta llegar a sus mejillas. Su sonrisa se había vuelto rígida; por eso supo que ya no distinguía bien su rostro, seguramente por la distancia creciente y también porque se le llenaban los ojos de lágrimas.

Los hermanos, con sus ojos más despiertos, se comunicaron entre sí un rato más; Henri le indicó a su hermana: «¡Recuérdalo siempre!». Ella respondió: «Lo sé». Él dijo: «¡A la primera señal de peligro, envía inmediatamente un mensajero urgente!». Ella le suplicó con vehemencia: «¡Ojalá estuvieras ya de vuelta con nosotros!». Su mirada le gritó rápidamente: ¡Cuida de nuestra querida madre, cuídala! Entonces el carruaje tomó una curva y todo se desvaneció. Del último de los nobles a caballo aún colgaba el polvo a la luz del sol, pero también este se disipó.

Durante seis meses, Henri recibió cartas de Jeanne, las más queridas de su vida; pues por muchas mujeres a las que adore, por muchas a las que aún deba dedicar la fuerza de su vida, en el fondo siempre sentirá que solo una luchó por él con toda sinceridad y respiró solo por él hasta el último aliento.

En Tours, en febrero, le hubiera gustado decidirse a dar media vuelta, pero ya no era posible. Por los discursos de los señores que Catalina había enviado a recibirla, se dio cuenta enseguida de que realmente la iban a traicionar. La anciana reina y su hijo, el rey, se encontraban en Blois, pero salieron a su encuentro un trecho. Entonces Juana de Albret se cuidó mucho de perder aún más de su precioso tiempo: exigió de inmediato que la novia de su hijo se convirtiera al protestantismo. Lo peligroso era que la anciana reina no se limitó a decir que no; fingió no creer en absoluto que fuera en serio. Una idea en la mente nublada de una mujer alterada, a la que

había que tranquilizar con un buen humor constante, y Catalina no dejó que faltara. Aquella terrible anciana se mantuvo siempre dispuesta a bromear y burlarse, durante todo el invierno y hasta mayo: tanto tiempo duraron las negociaciones en el castillo de Blois. Jeanne, sin embargo, que sentía cómo le fallaban las fuerzas, tuvo que dosificarlas; nunca debía perder los estribos, eso le habría costado más días.

La anciana reina bromeó: «¡Pero, querida amiga! ¿Qué le importa a su valiente gallo qué fe profesa mi bonita gallina, si él la…». Alto y claro, hasta otros lo oyeron y estallaron en carcajadas. Aunque Juana hubiera querido enfadarse, la risa no habría podido acallarla. Por eso frunció el ceño, lo que se convirtió en una sonrisa desdeñosa, algo extraño en medio de la alegría compartida de los demás. Pero Jeanne mantuvo, lo mejor que pudo, la superioridad de quien goza de buena salud. ¡No revelar ninguna enfermedad! Entonces habrían hecho con ella lo que quisieran.

Katharina mentía en broma, y era difícil rebatirla. Simplemente afirmó que el tutor del príncipe de Navarra había comunicado que el príncipe estaba totalmente dispuesto a casarse por la iglesia católica —incluso por poder, mientras aún estuviera allí abajo—; no veía la hora de que llegara el momento.

Jeanne respondió secamente: «¡Qué extraño que yo no conozca los deseos de mi hijo, mientras que usted, señora, sí está al tanto de ellos!».

«A usted también quería decírselo, pero seguramente se le ha olvidado entre sus galantes aventuras», bromeó Catalina,

balanceando sus anchas caderas como si estuviera a punto de ponerse a bailar con sus piernas cortas.

Pero después, cuando Jeanne se había retirado agotada, la terrible anciana le contó a su corte todo al revés. ¡Era Jeanne misma quien había pedido que aceptaran a su hijo en cualquier caso, fuera católico o no, pero sin demora! Todos le sacaron el tema: los señores protestantes le hicieron fuertes reproches, mientras que las innumerables damas de honor de Katharina le cantaban las alabanzas del príncipe maravilloso, al que esperaban con ilusión como si fueran niñas. Esas damas de honor ya no tenían honor que ofrecer, sino solo placer, y lo hacían a la menor señal de su deshonrosa señora. Sin duda, cumplían la orden de mostrar abiertamente la libertinaje de esta corte a la sensible Juana, para desgastarla más rápidamente. Por la noche, o incluso antes, aquí se vivía como en una casa de citas. Solo Margot, la novia, se mantenía al margen.

Una alfombra florentina

Índice

La madre de Enrique no podía negar que la princesa de Valois se comportaba con elegancia y que tenía una figura impecable, aunque demasiado oprimida por el corsé. Tenía un rostro completamente blanco, sereno y alegre como el cielo, según lo describió un cortesano llamado Brantôme; pero Juana, naturalmente, veía más allá de toda esa afectación y distinguía lo que era maquillaje. Aquí se exageraba tanto como solo en España. Estos cortesanos también exageraban, como auténticos idólatras. Juana observaba desde una distancia prudencial una de esas procesiones impías, en la que el protagonista no era ni un clérigo ni el obispo. Margot, resplandeciente de perlas y piedras preciosas, con la cabeza cubierta de ellas hasta la coronilla, era objeto de toda la veneración de la nobleza y el pueblo. Los plebeyos se arrodillaban a lo largo del camino. Quien formaba parte del cortejo se sentía elevado. Un murmullo como de oraciones se elevaba de entre la multitud. Probablemente se trataba de blasfemias.

Cuando Margot regresó al castillo, Jeanne la hizo pasar a su habitación, y ella acudió de inmediato, aún con su vestido de gala y todas las joyas puestas. Jeanne no pudo evitar observar que aquella belleza tan exitosa tenía, sin embargo, las mejillas caídas, o al menos se preveía que las mejillas se le caerían si la muchacha fuera solo un poco mayor, y entonces se iría formando poco a poco la imagen de la anciana Catalina.

—Querida hija —dijo Jeanne, con más ternura de la que había pretendido—. Eres hermosa y buena. Mi único deseo es que sigas así. Tu marido será verdaderamente feliz.

«Solo puedo esperar, querida madre, que tenga razón en cuanto a mi aspecto. En cuanto a mis méritos morales, sin embargo, debo confesarle que pesan aún menos que los físicos. No he recibido educación, o solo una muy irregular».

«Hablas tan bien», dijo Jeanne, dejando ya de tutear a su nuera. Mientras tanto, la elocuente Margot pensaba en los azotes disciplinarios que había recibido de su madre y su hermano por acostarse con Guise. ¡Ay! ¿Cuándo volvería a tener ese placer? Madame Catherine lo había mandado marchar en cuanto se acercó la suegra. Iba a casarse, ¡su amorcito se había perdido! Las lágrimas amenazaban con brotar de los ojos de la pobre. A tiempo, pensó en sus párpados pintados, de los que se habría desvanecido el color, y en su rostro liso, que pronto habría adquirido arrugas por el agua salada que le resbalaba. No hay que empezar.

Jeanne continuó diciendo: «Mi hijo es un muchacho del campo y, sin embargo, un príncipe. Es soldado, por lo que posee tanto el sentido del honor como la nobleza discreta que caracterizan al auténtico soldado».

«La bondad y el honor son lo mismo. He leído en Plutarco...»

«A mi hijo también le hice leer a Plutarco; sabe muy bien encontrar sus modelos entre los grandes hombres. No carece de ingenio, aunque yo dijera que es sencillo. ¡Su ingenio proviene de un corazón vivo, no de una vanidad pedante ni de una tumba blanqueada!».

Margot continuó inmediatamente con la descripción del carácter: «Tiene sangre real, pero muy sana, y su espíritu apenas es consciente de su refinamiento». Esto era justo lo contrario de su

propia situación, por lo que podía imaginárselo. Jeanne, en cambio, creyó erróneamente que su hijo, a quien tanto había alabado, se había conmovido ahora. Descuidada, prosiguió con sus revelaciones.

«¡Oh! Cuánto desearía, querida hija, que los dos os retiraseis de esta corte tras vuestro matrimonio. Porque aquí solo hay corrupción. Llega tan lejos que aquí son las mujeres las que invitan a los hombres».

«¿También lo ha notado?», suspiró Margot. «Sí, es terrible».

«¡Que viváis ambos en paz y armonía lejos de aquí! Tengo propiedades en Vendôme, allí serías el señor, en lugar de tener que desplegar en la corte de Francia un esplendor vacío e inútil, como hoy en la procesión. ¡He visto a señores: cien mil táleros no bastan para las joyas que uno llevaba! Pero Dios quiere ser honrado de otra manera, y nos ordena que no presumamos de él, sino que luchemos. ¡Querida hija! Todos somos falibles, pero los protestantes no se aferran únicamente al reino de este mundo: eso nos justifica, sabemos lo que es ser pobres, vivir amenazados y esperar mucho tiempo —por el bien de la libertad, y esa está en Dios».

La reina Juana hizo por fin una pausa, mantuvo su mirada insistente fija en el rostro pálido de la princesa Margot, cuyos ojos se habían cerrado por completo. Margot pensó: «¡Peligrosos! Mi madre tiene toda la razón, son un gran peligro. Habrá que emprender algo decisivo contra ellos; sea lo que sea lo que mamá tenga pensado, al menos eso es lo que sospecho firmemente. Solo lo está posponiendo hasta que también tenga a mi Henri a buen recaudo, al muchacho del campo, honesto soldado, con su corazón vivaz y otro objeto más que me importa personalmente». Esto reflexionaba Margot, mientras

Juana le rodeaba una rodilla con la mano. Era como una toma de posesión, pero al mismo tiempo tenía algo de suplicante.

«¡Ven con nosotros!». Era su rara voz de campana. «¡Adopta la verdadera fe! Serás más feliz de lo que jamás habrías imaginado. Este país conocerá la unidad y la paz».

«¿A costa de quién?», preguntó la hermana de Carlos IX tras sus párpados aún cerrados. —«Por supuesto que eso no es posible», decidió para sí misma. Al mismo tiempo, sin embargo, se dio cuenta de que aquella extraña mujer estaba a punto de comportarse de manera inaceptable. «Su mano, que descansa sobre mi rodilla, hace un esfuerzo: sin duda, se está apoyando, y su propia pierna empieza a resbalar. Si no intervengo, caerá a mis pies». Rápidamente, Jeanne la agarró por la muñeca.

«Señora, me tiene en demasiada alta estima. Quizá no sea más que lo que usted llamaría una tumba blanqueada. En cualquier caso, mi hermano es el rey de Francia. Mi padre era lo mismo; ambos eran católicos, y esa es también mi fe. No podemos cambiarlo, aunque yo quisiera. Yo, la hija de todos esos reyes católicos, no me veo asistiendo a tu sermón. Pero por eso no tiene por qué ir tu hijo a misa: seré indulgente».

«¿Quieres quedarte con él en esta corte de costumbres libertinas?», dijo Juana con tono sobrio y frío, y esta vez omitió el «tú» por puro desprecio. Reprimió el odio que le invadía en aras de sus fines superiores e inalienables. ¿Quién era esa muchacha que olía tan intensamente a almizcle? ¿Qué podría detener o cambiar su malicia?

«¡Oh!», suspiró Margot, llena de indulgencia e incluso de compasión por aquella desdichada mujer. «Su hijo seguramente aprenderá pronto a moverse en la corte. Estoy totalmente dispuesta a protegerlo. Es cierto que no puedo convertirme en protestante, pero me llevaré bien con un protestante sencillo y rudo, eso lo siento». Siguió hablando, pues la princesa de Valoi dominaba la conversación. Cada una de sus palabras era desafortunada y enardecía a la madre de Enrique en su contra; ella no podía saberlo. En cambio, una vez que se puso en marcha, se le ocurrió incluso la hermana pequeña de su prometido, esa niña insignificante en la que por lo general nunca pensaba. Sin embargo, también se acordó de ella porque la puerta de la habitación contigua, o más bien la cortina tejida que cubría la puerta, se movió ligeramente. Margot dijo en voz alta:

«Si no considerara a su hijo como un amigo y un señor, señora, sin duda su encantadora hija me ganaría para él. No tenemos aquí a ninguna muchacha así; es la primera vez que me encuentro con un ser como ella, y perdóneme la erudita referencia, pero ante mis ojos aparece una de las pastoras reales de la Antigüedad en la delicada figura de su Catherine».

Tras lo cual Catherine entró, puntual y de verdad. Su madre, Jeanne, que no había prestado atención a la alfombra florentina ni a su balanceo, se sobresaltó; es más, por un instante creyó en las maravillosas habilidades de su nuera, sobre todo porque Catherine caminaba descalza y su cabello suelto caía sobre una camisola blanca. Rubia como era y de rostro inocente, las pastoras invocadas por Margot no podían tener otro aspecto. Margot, por su parte, se mostró sorprendida, aunque con buen gusto y sin exageración. Solo

se levantó y abrió un poco los brazos para recibirla, porque aquella niña era tan encantadora.

La reina Juana reconoció una tumba blanqueada y apartó la mirada indignada, porque casi había permitido que se llevara a cabo el engaño, mientras su hija se confiaba con la admirada Margot. «Tengo un poco de tos, hoy tengo que quedarme en la cama y beber leche de burra. Madame, si viera a mi hermano de leche, el burrito, ¡qué adorable es!».

«¡Y tú también, pequeña mía!», exclamó Madame, abrazó a su cuñada y le dedicó muchas palabras inofensivas, adecuadas para ella. Quizás Catherine se alegró. Jeanne, en cualquier caso, ya no prestaba atención, sino que recorría con la mirada aquella habitación extraña e indiferente. ¡Exactamente así era todo! Los mismos revestimientos de pared repletos de cuadros, cofres tallados, techos que oprimían pesadamente, y la cama oscurecida por el dosel y las cortinas, y las ventanas al borde de profundos nichos: todo secreto, lleno de escondites, bajo el fastuosidad y la ornamentación, amenazador, si se miraba bien una sola vez —¡y así eran las personas! Así eran las personas, sintió Jeanne, estremeciéndose, sin saber por qué.

La princesa Margot sabía más que ella. Había oído muchas cosas en la corte y las había comparado con los rostros de su madre y de su hermano el rey cuando ambos cuchicheaban entre sí. Mientras abrazaba ahora a la inocente Catherine, sintió, de forma maravillosa, que algo se removía en su interior; podía ser su conciencia. Quizá, por el contrario, era un orgullo y una altivez que no quería saber nada de malicia. Catherine cantaba con su vocecita vacilante, con esas últimas sílabas agudas y asustadas: «Es usted tan hermosa,

señora, hoy mi hermano debería verla. ¿Le tendrá usted también buena voluntad?».

«Sí, sí», respondió Margot, pero al mismo tiempo pensaba con creciente indignación: «Esto no puede ser. Tengo que decirles la verdad».

«¿Dónde tiene a su perrito, señora? Es el perrito más bonito que conozco».

«Te lo regalo». Margot soltó a la muchacha. «¡Tengo que advertirle!».

«Quiero darle un consejo». Margot se inclinó hacia delante para mirar a Jeanne con insistencia a los ojos. Por primera vez, en su extraordinario propósito, abandonó la desenvoltura y la calma. Empezó en vano, su respiración se hizo audible, incluso la nariz parecía más larga. «¡Pero no le diga a nadie que fui yo!».

Secreto y amenazador bajo la ornamentación, sintió Jeanne. Ella dijo: «¡Ya sé que me están dando largas y que quieren engañarme!».

«¡Ojalá fuera solo eso! ¡Váyase, señora!», gritó Margot; ya chillaba, ya no era la grandeza de alma que había querido mostrar, sino solo puro horror. De repente, sin voz: «¿Nadie nos oye? ¡Llévese a esta dulce criatura, huya al sur, si aún puede! Para conseguir algo para usted, no debe estar aquí —¡y mucho menos su hijo!».

La obstinación y la incredulidad eran todo lo que Margot encontró en Jeanne en su momento más sincero. Jeanne había decidido no creer en las amenazas. Ese rostro envejecido no podía conmover a Margot, por lo que buscó con manos vacilantes a la otra joven para que la ayudara. Su mirada abandonó a Jeanne, se dirigió a

Catherine, pero seguía destinada a Jeanne. Esta debía ver cómo Margot, con la intensidad de sus ojos negros, provocaba algo en los claros de la muchacha: era reconocimiento. ¡Ahora también era espanto!

Sin embargo, Jeanne se mantuvo firme en su rechazo y se enfureció por completo al ver que su hija se había puesto pálida y se tambaleaba. «¡Basta!», ordenó. «¡Vuelve a tu cama, hija mía!». Solo después, cuando la puerta se hubo cerrado tras Catherine y la alfombra florentina ya no se movía, Jeanne respondió al consejo y a la advertencia de la princesa de Valois.

«Señora, lo he entendido todo. Quieren hacerme tambalear y asustarme; la orden viene de la reina, su madre. ¡Informe a ella si me ha encontrado abatida! Por mi parte, quiero informarle de que el señor almirante ha conseguido ante el rey todo lo que nosotros, los protestantes, queríamos. Usted misma no necesita tomar ninguna decisión definitiva con respecto a su confesión de fe antes de haber visto que esta corte declara la guerra a España. ¡Ya lo verá! Mi hijo, en cualquier caso, su prometido, no llegará aquí hasta que nuestro partido se haya consolidado por completo».

«Por supuesto, señora», dijo Margot. El pobre pecho de la reina de Navarra temblaba y se agitaba ante sus orgullosas palabras; pero la hermana de Carlos IX, tan fría como siempre, ya no encontraba motivo alguno, ni para remordimientos de conciencia ni para nobleza de espíritu. Pensaba, como al principio de esta conversación: «¡Peligrosas! Usted es un gran peligro; mi madre tiene razón, hay que tomar medidas decisivas contra usted. Pero se están destruyendo a sí mismos: ¡aquí está el destino en el sentido antiguo!», pensó la erudita.

«Ciertamente, señora», dijo Margot. «Reflexionaré sobre sus palabras». Profunda reverencia. «Y una vez que me haya convencido de que usted era la más sensata, entonces su religión tendrá que convertirse también en la mía. Espero que el señor almirante traiga consigo al príncipe, mi prometido, para que aquí estén todos reunidos». Profunda reverencia —y la fragancia flotante del almizcle —; Madame Marguerite ya se había marchado.

Jeanne se dirigió hacia su hija, que la miraba con los ojos azules muy abiertos. Cuando Jeanne estuvo lo suficientemente cerca de la cama, la muchacha le echó los dos brazos al cuello.

«¡Miedo, mamá! ¡Tengo miedo!».

Las cartas

Índice

Más tarde, ambas escribían a Pau, a Henri. Las cartas se escribían normalmente en diferentes habitaciones del castillo de Blois, y Catalina le entregaba la suya en secreto al mensajero que Jeanne enviaba. Juana escribió una vez: «¡Ve a misa a menudo y reza todos los días! Recógete el pelo hacia arriba, ¡pero no como se llevaba antes! La impresión que debes causar aquí de inmediato es: gracia y descaro. ¡Pero no te alejes de Béarn hasta que te vuelva a escribir!».

Catherine, por su parte, informó a su hermano: «Madame me ha regalado un precioso perrito, y también he comido de maravilla en su casa. Le caigo bien. Si ahora te digo, querido hermano, que tengo miedo, sé muy bien que no puedes entenderme. Me has ordenado: ¡un mensajero urgente ante el primer indicio de peligro! No veo ningún indicio, y sin embargo te envío al mensajero urgente. ¡Ten cuidado! Así me lo hiciste saber con un guiño de ojos cuando partí, ¡cuida de nuestra querida madre! Nuestra querida madre viajará pronto con toda la corte a París, donde tenemos muchos enemigos. Estaré atenta, ¡pero ojalá ya estuvieras de nuevo con nosotros!«

Jeanne d'Albret escribió lo siguiente a su hijo Henri en mayo desde París, donde residía en la casa del príncipe de Condé. Lo escribió por la tarde con la ventana abierta, mientras su lámpara parpadeaba en el aire cálido.

«Te he conseguido aquí el retrato de Madame y te lo envío. ¡Ojalá te alegre! Aquí, aparte de la apariencia de Madame, que es realmente hermosa, me gusta muy poco. La reina de Francia me trata con la horca, y tu Margot sigue siendo papista; todos mis esfuerzos han sido en vano. Solo tuve la satisfacción de poder

informar a Isabel, en Inglaterra, de que tu matrimonio ya está irrevocablemente decidido. Hijo mío, no sé si siempre estaré aquí para protegerte de las tentaciones de esta corte. ¡No te dejes seducir, ni en la vida, ni en la fe!».

En otra habitación de la casa, la hermana garabateaba en secreto: «¡Rápidamente unas palabras sobre algo que nos ha pasado hoy! Vamos aquí a las tiendas, donde mamá hace las compras para tu boda. Hoy estuvimos con el artesano que hace retratos de Madame y queríamos elegir el más bonito, cuando se congregó mucha gente fuera y murmuraba contra nosotros. Se hicieron cada vez más ruidosos y amenazantes, hasta que nuestra guardia los ahuyentó. Mamá dijo que solo eran curiosos exaltados, como es inevitable en París; pero yo estoy segura de que se referían a tu matrimonio. Este pueblo no lo quiere, y por todas partes busca pelea con los protestantes. Varios de nuestros señores me lo han confesado, porque los obligué. Porque yo no soy una niña como se cree. Las damas de honor de la malvada y vieja reina forman todo un regimiento; tienen muchos amigos por todas partes y los incitan contra nosotros, pero especialmente contra el señor almirante. Este llegó aquí con cincuenta jinetes. Madame Catherine está furiosa con el señor almirante porque defiende nuestra causa con firmeza. No puedo decir: «con imprudencia», pues no soy más que una muchacha. Tenía que escribirte todo esto muy deprisa, pues bajo mi ventana, en el patio, espera el mensajero a caballo a que le lance la carta; además, se me apaga la luz y aún tengo que sellarla».

Mientras Catherine aplicaba la cera sobre el papel, la luz volvió a parpadear desde el pico de la lámpara y luego se apagó. La lámpara de Jeanne seguía encendida; ella escribía: «Coligny está más

decidido que nunca, eso me reconforta. Exige la guerra en Flandes, y la reina no puede resistirse a él, aunque objete falsamente que nadie irá con nosotros, ni Inglaterra ni los príncipes protestantes alemanes. Al fin y al cabo, ella no es más que una anciana; su hijo, el rey, teme al señor almirante y por eso lo ama, lo llama su padre. En su primer reencuentro, Coligny se arrodilló, pero en sus pensamientos y designios se humilló ante Dios —y en absoluto ante Carlos IX, quien, por el contrario, le complace en todo, lo colma de honores y ya no decide nada sin él. El rey ha regalado al señor almirante cien mil libras para que pueda reconstruir su castillo de Châtillon, que fue incendiado. Allí se encuentra el señor almirante. El rey, sin embargo, se ha quedado en Blois por culpa de una amante. El señor almirante tiene razón: esto nos da la oportunidad de apartar a Madame Catherine del poder. ¡Ahora, hijo mío, ponte en marcha y viaja!«

Esto escribió Juana, y el mensajero, un noble de Bearne, lo puso a buen recaudo para partir con ello al amanecer. Al menos creía poder llevar las dos cartas, la de la reina y la de su hija, a buen recaudo sobre su propio cuerpo. Sin embargo, antes de llegar a la casa donde vivía con sus compañeros, se topó con unos borrachos; a pesar de la oscuridad, reconoció que pertenecían a la guardia personal de la reina de Francia. Se defendió de ellos, pero recibió un golpe que lo derribó. Cuando pudo levantarse, sus agresores se habían marchado y, con ellos, las cartas que le habían confiado.

Estas cayeron sin demora en manos de Catalina de Médicis y fueron abiertas ante ella sin que rompiera los sellos. A solas en su dormitorio, leyó lo que su enemiga y la otra le revelaban, para bien o para mal, y Madame Catherine se alegró. Se alegró porque las

conspiraciones desenmascaradas solían animarla. Cada maldad de la vida y de los hombres confirmaba su propia naturaleza y temperamento, y la animaba a una acción decisiva. Estaba sentada en su sillón de madera, recto y sin comodidades, sin prestar atención a lo escrito, pues se lo sabía de memoria, y dos de las velas blancas de cera, de las seis que habían ardido en su habitación, aún la iluminaban: las demás habían sido apagadas por sus deditos. El resplandor de la luz bordeaba las masas amarillentas y caídas de la barbilla y las mejillas; la parte superior del rostro yacía bajo una sombra, en la que, sin embargo, los ojos, por lo demás de un negro apagado, brillaban como carbones encendidos. Fuera de lo que esos ojos pudieran ver en el interior de la vieja reina, en el exterior de la habitación, liberados de la oscuridad, solo veían ciertos detalles de los paneles pintados: una boca abierta en un grito, un cuchillo curvado. Pero la llama de la vela fue desviada por una corriente de aire hacia el otro lado, y entonces apareció la sonrisa carnal de una ninfa y la mano que se extendía hacia ella.

Madame Catherine pensó que, según las palabras expresas de su enemiga, debía ser apartada del poder. ¡Ya se imaginaba esa imprudente que era la señora, mientras que Madame Catherine estaría sola y abandonada, y su hijo, el rey, no sería más que la herramienta de un rebelde a quien su tribunal había condenado a ser ahorcado en la plaza de la Grève! «¡La sentencia no ha sido revocada, mi buena amiga! ¿Acaso no sabe si a mi hijo Carlos no le asalta a veces el arrepentimiento? Y aunque no fuera así, tiene miedo de su hermano de Anjou, que es mi favorito porque no le gustan las mujeres. Yo amenazo al mayor con el menor. Él sabe lo rápido que se muere aquí. No, buena amiga, por mucho que se lo

imagine, no enfureceré al rey de España y no apoyaré en absoluto a los guesen holandeses contra él. De lo contrario, Felipe entregaría mi trono a los Guise, y yo estaría verdaderamente perdida. Con los Guise, esos católicos acérrimos, debo acabar tan a fondo como con ustedes, los herejes. Vengan uno tras otro. ¡Déme solo un poco más de tiempo, buena amiga! Va a ser testigo de grandes y excepcionales noticias. ¿He dicho «será testigo»?

Madame Catherine pensaba, sin siquiera darse cuenta de que pensaba. Su espíritu vivía maravillosamente en ese momento, porque se extendía más allá del miedo hasta la audacia desmedida. Entonces uno va más lejos en sus pensamientos de lo que la acción probablemente jamás le llevará: y, sin embargo, le lleva hasta allí.

Mientras tanto, ella no estaba en absoluto abstraída del presente, sino que percibía perfectamente todo lo que ocurría en su palacio a esa hora. Su palacio, el Louvre, se cerró y se atrancó a las once; poco antes se había producido un gran revuelo de cortesanos que querían salir a tiempo: hubo que llamar por tercera vez, y entonces se cerraron las puertas. Los arqueros del rey aún marchaban pesadamente por todos los pasillos para despejarlos de los rezagados. Pero, una vez que habían pasado, se negociaba en secreto en las puertas que solo estaban entreabiertas, y las mujeres dejaban entrar a los hombres. Madame Catherine lo sabía bien y lo permitía. El jefe de la guardia personal del rey entró en su presencia y le preguntó por la contraseña de esa noche. «Amor», le respondió Madame Catherine.

Le dio otras órdenes a este capitán, pero al hacerlo le hizo acercarse a su sillón y le habló en voz baja. En consecuencia, en su antesala se apagaron las seis velas de cera, y esa noche ninguna de

las grandes linternas de lino derramó su luz tamizada sobre las escaleras. Habían dado las doce cuando, acompañada por un portador de antorcha, una figura encapuchada subió al dormitorio de la anciana reina, entró, pero no cerró la puerta hasta que el oficial se hubo alejado. Entonces Carlos IX se desabrochó el abrigo. Su madre permanecía sentada en el mismo lugar desde hacía horas; le volvió hacia él su gran rostro anciano, sobre el que la luz parpadeaba oblicuamente, y su hijo se sobresaltó.

«Te he llamado a tiempo, hijo mío, y era necesario que llegaras de noche. Ha llegado el momento de actuar. ¡Lee estas cartas!». Se las tendió. Carlos las leyó letra por letra y, de inmediato, golpeó la mesa con el puño. Sin embargo, su rostro no solo mostraba ira, sino aún más miedo. La mirada desconfiada se le cruzó, como siempre. Catalina pensó: «Un joven malcriado. ¡Menos mal que aún tengo otros dos hijos! El siguiente adora a los niños: seré la única mujer que lo domine. El último es un testarudo, tendré que vigilarlo para que no haga nada en mi contra».

«Siempre pienso en tu bienestar, hijo mío», dijo la anciana. «Has abusado demasiado de las bondades de tu amiga en Blois: ahora necesitas urgentemente la probada fuerza de tu madre para que podamos salvar tu trono».

«¡Mátala! ¡Mátala!», jadeó Carlos, cuyas venas se hinchaban de forma siniestra. Su rostro estaba menos gordo que hinchado, y lo cubría una barba recortada y rala. Sobre el labio superior colgaba en mechones rojizos, pero el labio inferior, que de por sí solía estar apretado con desdén hacia el mundo, ahora caía hacia abajo, porque el pobre hombre sufría un gran miedo. Al gritar «¡Mátala!», sacó la

cabeza sin control de la gorguera almidonada, haciendo que las dos gruesas perlas se balancearan y brillaran en sus grandes orejas.

La anciana dijo: «El señor almirante, a quien llamas padre... Pero llámalo así, eso lo engaña. El rebelde me amenaza abiertamente, y su miserable reina de las cabras me ha dicho a la cara que no me teme. "Sé que usted no se come a los niños pequeños", así se expresó. Pero te aseguro que la cabra de los Pirineos no lo sabe en absoluto. Por ejemplo, ella misma tiene hijos, y a esos sí que pienso devorarlos. La niña ha escrito esta conmovedora carta, y el muchacho debe recibirla sin falta. Su sentido de la caballería y su valor lo llevarán allí con toda seguridad, pero entonces me servirá de cebo para todos esos peligrosos hugonotes. París ya está plagada de ellos, pero en el séquito de sus alegres príncipes vendrán muchos más aquí».

Había bajado completamente la voz, ya solo susurraba. «Entonces los tendremos. Todos los vociferantes gascones juntos no tendrán más que un solo cuello, que es fácil de cortar. ¡Silencio!», le ordenó ella, pues Karl quería volver a arremeter: ¡Mátalos! Se le notaba en la cara. Sin embargo, también Madame Catherine se encontraba mentalmente al borde de un abismo, sin saber si el acto llegaría a seguir al pensamiento. Recordó, lentamente y palabra por palabra:

«El duque de Alba me dijo una vez: "Diez mil ranas no hacen un salmón", y yo le respondí: "Con el salmón puede referirse a dos personas"».

Lo miró larga y atentamente, aunque solo se topó con su mirada de reojo. «Sin embargo, nosotros también somos solo dos», dijo de repente, haciendo oír de nuevo su voz grave y pausada. Esto lo

asustó tanto que, con la intención de agarrar una silla inexistente, se sentó en el suelo frente a ella. «¡Quédate sentado!», dijo su madre, y a partir de ese momento le habló directamente al oído, durante tanto tiempo que la mañana de mayo ya amanecía tras las cortinas cuando el rey se marchó de casa de Madame Catherine.

Para no parecer ya tan pálido

Índice

El oficial con la antorcha apareció en la esquina; había estado esperando allí toda la noche —a menos que hubiera estado haciendo guardia en la puerta—. Karl lo siguió lleno de odio y miedo. El capitán lo llevó a su dormitorio; despertó al guardia de la antesala con un grito agudo, hasta que los hombres se levantaron de un salto de los bancos y clavaron sus alabardas en el suelo. Karl examinó con el rabillo del ojo todas las caras, una tras otra, a medida que la luz de la antorcha las revelaba. Luego se acostó.

Pero no podía conciliar el sueño: imágenes aparecían tras sus párpados —enemigos, enemigos, y entre ellos los últimos que había visto, sus propios guardaespaldas—. En un momento creyó ver que la puerta se abría —con una lentitud angustiosa—, hasta que se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. Entonces entreabrió los párpados con cautela: nada, salvo el débil parpadeo de una mecha que flotaba en el aceite. Karl ya no pudo soportar más aquella noche, abandonó su lecho, con movimientos tímidos se escurrió por una salida lateral, llegó dando rodeos a su propia antesala, vestido con su bata de noche. Sus guardias dormían a su alrededor en los bancos, pero en el centro se encontraba de pie el capitán con los brazos cruzados, y el inesperado Karl lo sorprendió con una mirada demasiado profunda. ¡Solo los conspiradores tienen eso! El hombre adoptó de inmediato una expresión totalmente vacía al verse descubierto; cada vez se hacía más sospechoso ante su rey. Este se quedó a medio camino en el umbral y, primero, miró a su alrededor, como si hubiera ayuda cerca. Luego susurró entre las manos ahuecadas:

«Amaury, confío en ti, eres mi amigo. Pero cuando la luz de tu antorcha iluminó a tu teniente, reconocí a un traidor. ¡Pelea con él, y que no lo vuelva a ver jamás! ¡Ve delante al patio! Te lo enviaré».

El capitán obedeció; ahora Carlos susurraba al teniente, que acababa de despertar. Le recomendó que no esperara a que se iniciara la pelea. «¡Ataca de inmediato! ¡Pero después grita como si él te hubiera atacado a ti!».

A continuación, se escabulló de vuelta a su dormitorio y no volvió a salir hasta que los soldados empezaron a gritar entremezclados. «¡¿Qué está pasando aquí?! ¡Hagan paso!», ordenó con tono extremadamente autoritario, aunque vestido con ropa de dormir. La gente detrás de él guardó silencio; Karl se inclinó, temblando por el viento matutino y sus emociones, sobre la sinuosa escalera. En un trozo de día gris yacía un cuerpo tendido allá abajo. Junto a él, alguien gesticulaba y gritaba a voz en cuello. Detrás de Karl, la voz serena de su madre dijo: «Que ese hombre se calle y suba». Karl se dio cuenta solo entonces de que ella ya había echado a los soldados. Hizo una señal al asesino que estaba allá abajo. Mientras tanto, Madame Catherine averiguó, mediante varias preguntas breves, lo que había hecho su torpe pero rebelde hijo.

«Ligneroles», le dijo a la joven cuando su cabeza asomó por la escalera, «le ha prestado un buen servicio al rey».

«Ha sido un placer, señora», respondió el joven con alegría. Enseguida se mostró locuaz. «El capitán Amaury era un hugonote en secreto, ¿no lo sabía, señora? Había adivinado sus planes contra su partido, estaba muy alterado hace un rato, y gracias a él yo también

sé, desde esta noche, lo que se avecina. ¡Me apunto! ¡Con mucho gusto! ¡Menuda carnicería tan alegre va a ser!».

Carlos IX, al oír esto, tembló en su camisa. Tuvo que apoyarse. Menos mal que el joven Ligneroles estaba delante de él y que Madame Catherine los vigilaba a ambos con atención. Ella habló con aplomo y emfásis: «Hoy ha demostrado su valía y se merece un refrigerio, ¡venga, jovencito!». Con paso vacilante, lo condujo a su dormitorio, abrió un armario bajo y ancho, reforzado por fuera con grandes conos angulosos, y le sirvió vino.

«Ahora vete a dormir», le dijo cuando Ligneroles se hubo bebido la copa y de repente parecía completamente exhausto. «Hoy tiene el día libre», comentó ella amablemente, pero él ya no la entendió, y salió tambaleándose. Ella lo siguió con la mirada hasta la escalera, por la que él cayó de repente, rígido y de cabeza. Entonces Catalina de Médicis cerró la puerta, satisfecha.

«Se ha roto el cuello», explicó con tranquilidad. «Era necesario para que recuperaras tus mejillas sonrosadas, hijo mío. Ya ha pasado. Sin duda, solo la grisácea mañana hace que los dos parezcamos pálidos».

La misma hora de la mañana

Índice

La misma hora matutina se tiñó de rosa, con matices de naranja, en el jardín de Nérac, donde ella sorprendió a Enrique de Navarra, pues aún no podía separarse de Fleurette, la hija de diecisiete años del jardinero.

«Tienes que irte, mi amor. Mi padre ya se ha levantado: si te ve aquí, ¿qué pensará?».

«Nada malo, mi amor. Un fiel servidor de mi madre no puede creer que quiera ofenderlo».

«Y tampoco le ofenderás si me amas. Solo me ofenderás mucho a mí con tu partida».

«Pero un príncipe siempre debe cabalgar por el país, una vez a la batalla y otra vez...»

«¿A dónde la otra vez?»

«No necesitas saberlo, Fleurette. No te haría más feliz, y los dos debemos ser felices juntos, hasta que ya no debamos estar juntos».

«¿Es verdad? ¿Eres feliz conmigo?»

«¡Nunca lo he sido tanto! ¿Acaso he visto amanecer un día como este? Es tan hermoso como tus mejillas. Nunca lo olvidaré. Ni una sola de todas estas flores se borrará jamás de mi memoria».

«La mañana es corta, y pronto se marchitarán también las flores. Me quedaré aquí y esperaré. Por muy lejos que cabalges y por muchas cosas que te sucedan, acuérdate de mí, y de la pequeña habitación en la que el jardín desprendía su aroma mientras nos amábamos, y de mi boca, que tú...»

«¡Fleurette!».

«... has besado por última vez. ¡Y vete, o te alejarán de mí, pero no quiero que otros vean tu mirada de despedida!».

«Entonces hundamos nuestra última mirada en el pozo. ¡Ven, Fleurette! ¡Pon tu brazo alrededor de mi cuello! ¡Y yo el mío alrededor de tu cintura! Ahora miremos juntos hacia el espejo del agua, donde se encuentran nuestros ojos. Tienes diecisiete años, Fleurette».

«Tú tienes dieciocho, querido muchacho.»

«Pero cuando seamos muy viejos, este pozo seguirá recordándonos, incluso más allá de nuestra muerte».

«Henri, ya no puedo ver tu rostro».

«El tuyo también se nubla ahí abajo, Fleurette».

«Pero oí caer una gota. Era una lágrima. ¿Será tuya o mía?».

«Nuestra lágrima», dijo su voz, ya alejada de ella; aún se secaba el rostro. «¡Fleurette!», fue su último grito; entonces desapareció por completo, y ella sintió bien que él ya no se refería realmente a ella misma; solo enviaba el nombre de una hora pasada a la venidera, que le seguía siendo desconocida y en la que el débil nombre pronto se perdería.

Henri montó a caballo. El viento de mayo refrescaba agradablemente su amplia frente, sus sienes ligeramente hundidas, y ondulaba sus rizos rubios oscuros. En la habitación de la muchacha no había podido peinarle el cabello, así que este se dispuso según su naturaleza. Sus ojos apacibles conservaron aún a cien metros de distancia las huellas de la despedida, luego la cabalgata los había

iluminado. Sus labios abarcaban una flor: seguía siendo Fleurette. Cuando se reunió con sus acompañantes, se le cayó la flor.

Allí atrás, Fleurette, hija de un jardinero y de diecisiete años, se dedicaba a su trabajo diario. Lo hizo durante veinte años más, hasta que murió: para entonces, su amado era un gran rey. Ella nunca lo había vuelto a ver, o solo como el noble señor que una vez había regresado, tras oscuros avatares del destino, a su ciudad natal, Nérac, para volver a ser feliz allí, pero esta vez con otras personas. ¿Cómo es que, sin embargo, todos decían que ella había muerto por su culpa? Con el tiempo, incluso retrasaron su muerte al día en que él la había abandonado, y contaban que entonces ella se había arrojado al pozo: el mismo pozo sobre el que ambos, de diecisiete y dieciocho años, se habían inclinado en su día. ¿De dónde venía ese rumor? Al fin y al cabo, nadie los había visto.

Henri aún cabalgaba por el país, como debe hacer un príncipe, hacia las batallas o porque debía casarse. Enrique de Navarra debía casarse con Margarita de Valois y tenía que cabalgar desde su Gascuña hasta París, pero tenía las piernas duras. Pasaban catorce horas o más en la silla de montar cuando era necesario, y también cuidaban de la salud de su caballo, ya que no siempre tenían dinero para otro: a menos que lo hubieran cogido de un prado.

En cabeza, pero siempre rodeado de otros, cabalgaba Enrique, y luego le seguían muchos. Nunca estaba solo. Nunca se estaba solo, se vivía entre el trote y el vapor de los animales, así como en el olor de los propios cuerpos, que llevaban cuero calentado y tela húmeda. No solo el caballo gris trotaba con él, sino que toda la compacta manada de aventureros afines, piadosos y temerarios, llevaba al jinete más rápido de lo que cabría suponer; sí, como un carruaje encantado, la manada a caballo lo transportaba de pueblo en pueblo. Los árboles florecían en blanco y rojo, del cielo azul soplaba un aire suave, ¡los jóvenes aventureros reían, cantaban, discutían! A veces se bajaban de los caballos, devoraban mucho pan, el vino tinto se precipitaba por sus gargantas, tan familiar para ellos como el aire y la tierra. Las muchachas de piel dorada se acercaban por su cuenta y se sentaban en las rodillas de los muchachos de mejillas morenas. Los muchachos hacían que las muchachas chillaran o se sonrojaran, unos con un rápido gesto, otros con versos de su propia cosecha, y estos eran igualmente descarados. Entre ellos, mientras cabalgaban, hablaban a menudo de religión.

Todos los que rodeaban a Enrique tenían poco más o poco menos de veinte años, todos eran rebeldes, llenos de contradicción contra las instituciones del mundo y contra los poderosos. Estos, según ellos, se habían alejado de Dios. Dios pensaba todo lo contrario que ellos, tenía la misma mentalidad que esos veinteañeros. Por eso todos estaban completamente seguros de su causa y no temían ni al diablo, y mucho menos a la corte de Francia. Durante el camino, mientras aún estaban en el sur, viejos hugonotes se les cruzaron, alzaron ambas manos y conjuraron al príncipe de Navarra que tuviera cuidado. Él ya lo sabía desde hacía tiempo; ellos eran recelosos por numerosas experiencias. «Pero, queridos amigos, ahora todo será muy diferente. Me voy a casar con la hermana del rey. Tendréis libertad de culto, ¡os lo prometo!».

«¡Nosotros restableceremos la libertad!», gritaron los jinetes a su alrededor y detrás.

«¡La soberanía del pueblo!».

«¡El derecho! ¡El derecho!».

«Yo digo: ¡la libertad!».

Estas fueron las palabras más contundentes que pronunció. Armados y equipados con ellas, cabalgaron en tropel hacia el norte. Muchos, quizá la mayoría, lo entendieron simplemente como que querían sustituir en el poder y los placeres a todos aquellos que, en su opinión, eran ahora libres. Henri los comprendía perfectamente, reconocía a este tipo de personas entre la multitud y las quería bastante; era fácil convivir con ellas. Sus amigos, sin embargo, no eran ellos. Los amigos son seres más difíciles, el trato con ellos es a la vez más tenso e incierto, y obliga una y otra vez a rendir cuentas.

«En resumen», dijo Agrippa d'Aubigné mientras cabalgaban en grupo: «No eres más, príncipe, que lo que el buen pueblo ha hecho de ti. Por eso, sin embargo, puedes ser superior, pues lo creado es a veces superior al artista; ¡pero ay de ti si te convirtieras en tirano! Contra un tirano manifiesto, incluso los funcionarios de menor rango tienen todo el derecho de Dios».

«Agrippa», respondió Henri, «si tienes razón, solicitaré un puesto de funcionario de bajo rango. Pero todo esto son sutilezas de pastores, y un rey sigue siendo un rey:»

«¡Alégrate de ser solo el príncipe de Navarra!».

D'Aubigné era bajito, ni siquiera sobresalía tanto por encima de la cabeza del caballo como Henri. Al hablar, gesticulaba con vehemencia con la mano, que tenía dedos largos y un pulgar curvado. Su boca era grande y burlona, sus ojos curiosos: un ser mundano, pero ya a los trece años se había mantenido firme cuando quisieron quitarle su fe protestante, y a los quince había luchado por la religión bajo el mando de Condé. Enrique tenía dieciocho años, Agripa veinte, y hacía tiempo que eran viejos compañeros, se habían peleado cien veces y se habían reconciliado otras tantas.

Eso fue a la derecha de Henri. A la izquierda, sin embargo, se alzó una voz clara y severa:

«Vosotros, reyes, siervos de vuestra vanidad,
Habéis cubierto a menudo los campos de sangre,
Para que los límites de vuestro plan
Se extiendan un pelo más.
Vosotros, jueces, que en lugares sagrados
Vended el bien público,

¿Acaso vuestro hijo debe apreciar una herencia,
Por la que os peleáis como ladrones?»

«Amigo Du Bartas», dijo Henri, «¿cómo es posible que un hombre de tu bondad pronuncie palabras tan amargas? ¡Las muchachas huirán de ti!».

«Tampoco se las dirijo a ellas. Te las dirijo a ti, querido príncipe».

«Y a los jueces. ¡Du Bartas, no te olvides de los jueces! Si no, solo te quedarán tus malvados reyes».

«Malvados por ceguera sois vosotros y lo somos todos los hombres. Hay que empezar a mejorar. Las muchachas aún no, eso todavía no puedo, pero de los versos galantes quiero deshabituarme por completo. En el futuro solo escribiré versos espirituales».

«¿Acaso ya quieres morir?», preguntó el joven Enrique.

«Quiero caer algún día en batalla por ti, Navarra, y por el reino de Dios».

Enrique guardó silencio ante estas palabras. Por ellas, también conservó en la mente el poema: «Reyes, siervos de vuestra vanidad», y en silencio decidió que nunca más los hombres yacerían muertos en los campos para pagarle su territorio ampliado.

«Tú, Bartas», exigió de repente, «¡enderezate todo lo que puedas!». El alto noble lo hizo, y su príncipe lo miró, irónico, pero también con admiración.

«¿Ves ya desde ahí arriba a la querida Madame Catherine con su gran casa de citas? Sus hermosas damas de honor os esperan».

«¿A ti no?», preguntó Agrippa d'Aubigné y parpadeó con picardía. «Ah, no, tú eres un novio honrado. Pero tal y como te

conocemos...» Todos se rieron. Henri, más que nadie.

Desde atrás, alguien gritó: «¡Cuidado, señores! El amor en la corte de Francia ya le ha costado a más de uno algo que sintió hasta su dichoso final».

Esto provocó aún más risas. Pero alguien metió su caballo entre los demás y el animal del príncipe. Este no prestó atención a que se rebelaran, dispuestos de inmediato a empezar una pelea. De todos, él era el que tenía el rostro más conmovido, aunque parecía pequeño, ya que la alta frente lo oprimía. Sus ojos habían leído mucho; ya estaban tristes a los veinticuatro años de edad del señor Philippe Du Plessis-Mornay, y viviría setenta y cuatro.

«¡Acabo de recibir una orden de Dios!», anunció al príncipe. «Un discurso mío convencerá a Carlos IX de que establezca la libertad de culto y defienda la causa de los Países Bajos contra España».

«¡Entrega tu discurso al señor almirante!», le gritó Henri. «Él se hará oír. Todavía no nos temen. Pero espero que pronto lo consigamos».

Pudieron negociar esto en confianza, porque todo su entorno estaba plenamente ocupado en enumerar los placeres que les esperaban en la corte. También se mencionaron en voz alta los peligros y se citaron ejemplos. Se mencionó el nombre de la temida enfermedad: entonces, en Philippe Mornay se produjo una repentina agitación de todo su ser; exclamó:

«¡Que me dé a mí! ¡Pero Carlos IX debe conceder la libertad de culto!».

«¡Tendrás un aspecto horrible!».

«A veces somos horribles: ¿qué importa eso ante la eternidad? ¿Acaso no lo es también Jesús, un hombre horrible, un Dios crucificado, y en él creemos? ¡Creemos en sus discípulos, la escoria de la humanidad, incluso de los judíos! ¿Qué dejó él sino una mujer miserable, un recuerdo despreciable, y fue llamado necio en su propio pueblo? Si los emperadores lucharon contra su doctrina con la espada y la ley, ¡cuánto más lucha cada uno en su interior contra sí mismo! ¡La carne contra el espíritu! Sin embargo, los pueblos se han sometido a la palabra de unos pocos hombres, y los reinos adoran a un Jesús crucificado. ¡Jesús!», exclamó Mornay con tal fuerza que todos prestaron atención y miraron a su alrededor para ver de qué lado aparecería el llamado. Porque ninguno de ellos dudaba de que él pudiera aparecer y unirse a ellos cuando llegara su hora.

Para todos ellos, sus heridas estaban frescas y aún sangraban; las lágrimas de María fluían inagotables. El Gólgota: lo divisaban desde allí con sus propios ojos, una colina desnuda y pálida, con nubes negruzcas detrás. Se movían entre sus propios olivos e higueras; por cierto, habían estado sentados con él en las bodas de Caná. Su historia se fundía con su presente; ellos fueron los primeros en experimentarlo como a sí mismos. Era uno de ellos, solo que los superaba en santidad y también, como Du Plessis-Mornay se había atrevido a decir, en abominación. Supongamos que el Hijo del Hombre doblara la siguiente curva de las rocas para situarse a la cabeza de ellos; entonces su montura no sería un ridículo asno, sino un caballo de guerra; él mismo llevaría yelmo y armadura, y ellos lo habrían rodeado y le habrían gritado: ¡Señor! La última vez fue derrotado por sus enemigos y tuvo que dejarse crucificar. Esta vez, con nosotros, vencerá. ¡Matadlos! ¡Matadlos!

Así habrían gritado los hombres comunes y sencillos entre esos hugonotes ante la aparición física de Jesús. En lugar de los antiguos judíos o soldados, habrían puesto a sus contemporáneos papistas y, sobre todo, habrían pensado en enriquecerse a costa de ellos. Sin embargo, no fue tan fácil para el príncipe Enrique, ni tampoco para sus amigos más cercanos. Estos se vieron acosados por las dudas ante la posibilidad de la aparición del Señor. Du Bartas preguntó a los demás si, en caso de que Jesús regresara y su historia comenzara de nuevo, se le podría aconsejar que eludiera la crucifixión, ya que esta le estaba destinada y era la salvación del mundo. Encogió su alta estatura, pues nadie le respondió. Du Plessis describió aún con mayor crudeza que antes lo que él llamaba la monstruosidad del Crucificado, y que precisamente en eso consistían su poder y su gloria. Du Plessis-Mornay era un espíritu que tendía a los extremos, a pesar de su rostro socrático, y se sentía tan a gusto así que llegó a los setenta y cuatro años. Al pobre Du Bartas le afligían la ceguera y la maldad de los hombres, así como la imposibilidad de mejorar algo, de saber siquiera algo; y así fue como falleció prematuramente, aunque fuera en medio del estruendo de una batalla. En cuanto a Agrippa d'Aubigné, una actividad interior precipitada se había apoderado de él, y esto en el momento en que Du Plessis había llamado con tanta fuerza a Jesús. Desde ese momento, Agrippa compuso un poema y ya estaba prácticamente listo para dar la bienvenida a Jesús en verso tan pronto como se hiciera visible. Todo lo que Agrippa componía nacía de la hora y de la pasión. Le hacía profundamente feliz, y por eso le gustaba a su príncipe. Por otro lado, Henri se sentía atraído por Du Bartas y su

alma afligida por la fe. Du Plessis, con su inclinación por lo extremo, le atraía.

En su interior, Henri sabía mejor que nadie que la verdadera compañía del Señor Jesús era prácticamente impensable para él y los suyos. En su opinión, no tenían más posibilidades de obtener tal distinción que si hubieran sido católicos. No tenía pruebas de que el Señor los prefiriera, aunque probablemente ellos lo amaran más. Independientemente de esta forma de pensar, que era solo suya, compartía todos los sentimientos de la multitud a caballo. Desde la invocación a Jesús que acababa de tener lugar, Henri tenía los ojos llenos de lágrimas. Sin embargo, no era seguro que realmente fueran dirigidos al Señor. Mientras le subían por el pecho: quizá sí. Cuando le llegaban a los párpados: ya no. Allí, la imagen de Jesús había sido desplazada por la visión de la reina Juana, y Henri lloraba porque su madre se le aparecía en su ojo interior más pálida que nunca. Desde hacía mucho tiempo había viajado por el país con sus pastores, que predicaban, sin tener dónde reclinar la cabeza; como Jesús, había sido odiada y despreciada como él; había soportado la lucha, los vaivenes de la suerte en la guerra, la inquietud y la huida: ella, una mujer, su querida madre. ¡Qué duro camino había recorrido por la religión! Quizás ahora lo había llevado al Gólgota. Porque, en definitiva, se encontraba en manos de Catalina, ya que el señor almirante había enviado a casa al ejército protestante y solo amenazaba a la anciana reina. Hasta que la siguiente campaña la pusiera de nuevo en peligro, Catalina mandaba. Incluso el viaje a su boda lo hizo Henri, en el fondo, por orden suya: no se engañaba al respecto. Este joven solía aferrarse a los hechos; no le desviaba ni la fe, como a Coligny, ni la obstinación, como a su madre Jeanne.

Su nueva vida

Índice

Bajo su jubón llevaba las cartas y deseaba mucho volver a leerlas todas, incluidas las de su hermana pequeña. Pero vivía plenamente en aquella tropa a caballo; los días se le pasaban bajo el sol, las noches bajo las estrellas, y nunca estaba solo. Cabalgaron durante semanas; el paisaje había cambiado hacia el norte, pero a Henri ya no le importaba. Bajo los cascos de su caballo se movía todo el reino a lo largo de su vida, pues no permanecía inmóvil mientras él cabalgaba: vivía, corría, lo llevaba consigo. Tenía la sensación de un movimiento sin principio ni fin, y no siempre lo consideraba solo suyo: era el curso del reino, en cuyo destino aún oscuro él mismo debía entrar. Así, también allá lejos, en el camino, la noche se posaba bajo las copas de los árboles y lo esperaba.

«Agrippa, ¿qué nos espera realmente en la corte de Francia?».

«¿En realidad?», repitió d'Aubigné. «Por cierto, tu boda, que sin duda será una hermosa fiesta. Pero en realidad, si es que quieres saberlo: todas las penurias de los santos».

«¿Dices "todas" porque no sabrías decir cuáles?».

«Así es, Henri. Tú también sientes algo, ahora que en esta hora los murciélagos y las luciérnagas revolotean alrededor de nuestras cabezas. A la luz del día, desaparece».

Lo susurraron, no estaba destinado a nadie más.

«¿Dormiremos esta noche en un pueblo?».

«Chaunay, mi príncipe».

«Chaunay, en Poitou. Bien. Allí tomaré una decisión».

«¿Sobre qué?»

«Si sigo viajando. Necesito reflexionar en silencio y releer sin que me molesten las cartas de mi madre, la reina. ¡Asegúrate de que por fin tenga una habitación para mí solo, Agrippa!».

Pero cuando, tras haber cenado durante dos horas en largas mesas frente a la posada de Chaunay, el príncipe de Navarra ya no tenía ganas de soledad, sino que había hecho una señal a una muchacha de miembros sumamente tentadores para que le precediera al subir las escaleras, o más bien una escalera de mano. Al subir por esa escalera, oyó a medida que se acercaba un gran alboroto, provocado principalmente por la voz grave de una mujer corpulenta: esta arrastraba a otra, que gemía en tonos agudos, fuera de la habitación y hacia abajo. Alguien estaba abajo iluminándolas con un trozo de vela; era Agrippa d'Aubigné. La situación revelaba que había llamado a la madre de la muchacha y traicionado a su amigo Henri; pero, en lugar de avergonzarse, se echó a reír. Henri se lanzó inmediatamente a la carga. «¡Tú también!», exclamó lleno de ira.

¿Qué hace el poeta Agrippa? Arranca un peldaño de la escalera, como si fuera a servirle de arma. La escalera se tambalea con las dos mujeres, que saltan aullando al vacío y caen sobre los dos hombres que yacen en el suelo. Aquí todas las demás preocupaciones desaparecen ante la única de salir de la refriega. Una vez logrado esto, Henri se encuentra abandonado en la más profunda oscuridad. ¿Qué ha sido de los demás?, ¿dónde ha ido a parar incluso la escalera? Tenía que alegrarse de poder tantear el camino hacia la salida. En un matorral, a través del cual brillaban las estrellas, se quedó dormido.

Despertó; era la madrugada de un día de junio, el trece, que nunca olvidaría. Justo en ese momento, una alondra se elevó cantando desde el campo hacia el azul aún pálido del cielo. A su alrededor olía a lila, no muy lejos murmuraba un arroyo y una hilera de álamos temblorosos le ocultaba el pueblo. La frescura del amanecer lo llenaba de despreocupación; caminó con pasos rápidos y ligeros junto a los álamos, dos o tres veces, solo para respirar y alegrarse. Entonces, sin embargo, recordó las cartas que había querido leer y meditar. Se detuvo, las sacó y las dejó deslizarse entre sus dedos como una baraja. ¿Para qué leer? Todo se reducía a que debía casarse con la gorda Margot, «Madame», como la llamaba su hermana pequeña. En eso, las dos damas, Katharina y Jeanne, coincidían por una vez, y todo lo demás tenía que resolverse: si el señor almirante se las arreglaría con la vieja envenenadora, si mi amada seguiría siendo papista y acabaría en el infierno. «Muy dudoso», pensó. «Yo mismo fui católico varias veces y ya estaba listo para el fuego del infierno. Puede pasar, nunca se sabe. Una cosa es segura: mi estricta madre hugonota nunca mantendría una corte tan agradable, donde las mujeres invitan a bailar a los hombres. Ella lo escribe así, me sé esa frase de memoria».

Y justo entonces sucedió: la vio ante sí —de una forma muy diferente a como suele ver el ojo interior—, con incomparable precisión contempló el rostro de la reina Juana en una estancia que, sin embargo, no era el aire crepuscular. Mucho más brillante, terriblemente deslumbrante, surgió en su interior una luz en la que reconoció a su madre como alguien ya inmortalizada. Ya no eran los rasgos captados por última vez en vida, cuando el gran carruaje de cuero se alejaba y el hijo se quedaba atrás junto a su caballo de

montar. Mejillas demacradas —y sombras, desgarradoras como la nostalgia de todo lo perdido, las envolvían, transparentes, como si cubrieran una nada. ¡Oh, grandes ojos, ya no orgullosos, irritables ni amorosos, todo lo que una vez fueron! —¿Acaso ya no me reconocéis? —aunque sabéis demasiado de lo que aquí aún no sabemos!

El hijo se dejó caer sobre un montículo de hierba, hasta hacía un momento despreocupado, de repente muerto de miedo: no solo por ese nuevo rostro de la madre, sino sobre todo porque ya se le había aparecido en sueños, según recordaba ahora. Debían de haber pasado cuatro noches; contó, reflexionó angustiado, sentado en el montículo y revolviendo las cartas. Pero cuando, por casualidad, miró más de cerca, se dio cuenta de que dos de ellas habían sido abiertas en secreto antes de que él mismo rompiera el sello. ¿Hace cuatro noches? El corte alrededor del sello era un trabajo delicado, y después la cera derramada sobre él, que reparaba el daño. —¿Por qué hace cuatro noches —y de nuevo justo ahora?

La última frase de la última carta de su madre decía: «¡Ahora, hijo mío, ponte en marcha y viaja!». Comprendió: la reina Juana quería apartar a Madame Catherine del poder, pero esta había leído su carta. «¡Mi querida madre corre peligro de muerte!», comprendió, ya estaba de pie, saltando entre los álamos. «¡D'Armagnac!», gritó. Porque descubrió a su criado antes de que este lo viera a él. «¡D'Armagnac, a la silla de montar inmediatamente! No hay tiempo que perder».

«¡Pero, señor!», se atrevió a responder el criado. «Aún no se ha sacado el heno y el pan está por hornearse».

Los hechos tangibles tenían el don de tranquilizar a Henri de inmediato. Admitió: «De todos modos, aún nos quedan cinco días hasta París. Quiero bañarme en el arroyo, D'Armagnac, ¡tráeme una camisa limpia!».

«Justo hoy quería lavarlas. Pensé que aquí haríamos un descanso». El noble, en su papel de sirviente, le guiñó un ojo a su señor. «Sobre todo por la escalera que se ha caído. Deberíamos volver a levantarla y ponernos al día con lo que hemos dejado pendiente».

«¡Sinvergüenza!», exclamó Henri sinceramente indignado. «Ya me revuelco bastante en la paja». Ordenó bruscamente: «Que toda la comitiva tenga los caballos ensillados para cuando vuelva del baño». Dicho esto, echó a correr y ya se estaba quitando la ropa. Partieron poco después; pero apenas había pasado un cuarto de hora cuando un mensajero salió a su encuentro a toda velocidad, se tiró del caballo, se tambaleó tanto que alguien tuvo que sostenerle la espalda, y, jadeando, logró articular: «Desde París: cuatro días a caballo en lugar de cinco». Tenía el rostro pálido y salpicado de rojo, la lengua le colgaba y, como señal aún más extraña, de sus ojos abiertos y perturbados caían grandes lágrimas. Se oía cómo golpeaban su capote, tal era el silencio que se había hecho a su alrededor.

Enrique extendió la mano desde el caballo, tomó la carta que le ofrecían, pero ni se le ocurrió abrirla; más bien bajó el brazo, inclinó también la cabeza y, en el gran silencio de la vasta tierra y del grupito de personas perdido en ella, dijo en voz baja: «Mi querida madre ha muerto. Hace cuatro días». Eso fue solo para sí mismo, como bien intuyeron los demás. No querían haberlo oído hasta que

él se lo dijera en voz alta: incluso los más rudos recordaban esa delicadeza. Cuando el nuevo rey de Navarra hubo leído el mensaje, se quitó el sombrero; todos lo imitaron de inmediato; y les dijo: «La reina, mi madre, ha fallecido».

Algunos se miraron entre sí, pero no se atrevieron a hacer nada más. El acontecimiento no les parecía como otros que se aceptan; cambiaba lo imprevisible y hacía de ellos mismos, aún no sabían qué. Jeanne d'Albret había sido demasiado como para que pudiera morir. Ella los había guiado y sostenido, les había ayudado a conseguir el pan que crece en los campos y el pan de la vida eterna. ¡Nuestras libertades, Jeanne d'Albret las ha conseguido para nosotros! ¡Nuestras fortalezas, La Rochelle junto al mar, ella nos las ha ganado! ¡Nuestras capillas en las afueras de las ciudades, ella las ha arrancado! La paz de nuestras provincias, nuestras mujeres labrando el campo bajo la protección de Dios, mientras nosotros cabalgamos y luchamos por la religión: todo eso era Jeanne d'Albret, ¡y qué será ahora de ello!

Aquí sus pensamientos se tornaron en horror, se transformaron en indignación y se aferraron con furia a la sospecha de una culpa y un crimen. Porque una desgracia tan grande no puede ocurrir por sí sola. Esa muerta había sido un obstáculo para los poderosos, sin duda, para quién. La multitud desorientada se entendía sin palabras, solo a través de pensamientos y sentimientos. Los sonidos incoherentes que él emitía como un sonámbulo se hicieron primero más fuertes poco a poco, tuvieron que crecer hasta convertirse en un rugido y una amenaza; entonces, por fin, la palabra consciente salió de su boca, como si alguien la hubiera anunciado, un segundo mensajero, este invisible: «¡La reina ha sido envenenada!».

Todos la repitieron al unísono, cada uno por separado repitiendo tras el mensajero invisible: «¡Envenenada! ¡La reina ha sido envenenada!». El hijo de la difunta se unió a ellos; se lo habían comunicado, como a todos.

De repente ocurrió algo nuevo: se dieron la mano unos a otros. Aquello fue, sin haberlo acordado, un juramento de vengar a Juana de Albret. Su hijo tomó la mano de sus amigos, Du Bartas, Mornay y d'Aubigné. Con Agrippa se entendió mediante una presión especial de los dedos, que significaba: ayer la escalera derribada, el tumulto entre las mujeres, pero hoy esto. ¿Qué habría entre nosotros que reprocharnos, de lo que arrepentirnos? ¡Así es la vida, y la pasamos cogidos de la mano! Henri también tomó de la mano a su sirviente d'Armagnac, a quien antes había tratado con dureza. Entonces se alzó una voz:

«¡Oh, Dios, muéstrate!».

Así cantaba, al principio completamente solo, Philipp Du Plessis-Mornay, pues de todos ellos era él el más propenso a los extremos: en él residía la virtud más inquieta. Pero cuando repitió la primera línea, se le unieron varias voces más, y en la segunda ya eran todos. Se habían bajado de sus monturas, habían juntado las manos y cantaban, una multitud a la que nadie miraba salvo quizá Dios, elevándose hacia Él: cantaban como si anunciaran una tormenta, ¡hacia arriba!

«Oh Dios, muéstrate,
Y de pronto no quedará ni rastro
Del enemigo.
Si él rompe su campamento,

Perecerán ante tu rostro
Todos los que nos odian».

Siguieron cantando hasta el final, pero entonces esperaban una palabra de su joven líder. Se había convertido en rey de Navarra aquí, en este camino extraño, y debía decirles adónde ir y qué hacer. Du Bartas se inclinó hacia Henri y le dijo en voz baja: «Su madre fue solo la primera. El segundo será usted mismo. ¡Dé la vuelta!».

«¡Reúna a los suyos!», aconsejó Mornay. «Los de la religión acudirán en masa desde todo el reino. Como una fuerza irresistible, marcharemos contra esta corte criminal».

D'Aubigné dijo con mucha más calma: «No tiene nada que temer por usted, señor, mientras otro siga vivo». Los demás lo miraron, y él continuó: «Él ha sacrificado su vida, lo sé, he oído lo que le dijo por la noche a su esposa, la almirante». Y comenzó a relatar lo que Coligny y su esposa habían hablado.

Como Agrippa era poeta, pudo relatar la conversación nocturna de los dos cónyuges como si hubiera estado presente. «Si crees que nada puede hacerte vacilar —le había advertido el almirante a la almirante—, pon la mano sobre tu pecho y examínate a ti misma para ver si seguirás firme incluso cuando todos se aparten y tengas que huir al exilio bajo el oprobio que siempre recae sobre la causa fallida. ¡Mira! Incluso el rey de Navarra se aparta y se casa con la propia hija de nuestra enemiga.

Eso fue demasiado: Henri se enfureció. «¡Eso no lo ha dicho! Agrippa, si has oído eso, entonces tienes una musa que miente. Yo me mantengo firme en la religión, ¡y ahora sigamos cabalgando!».

Justo eso era lo que Agrippa había querido, pues para él no existía la prudencia, y cuanto más le mostraba su visión interior los

peligros de la vida, con tanta más determinación cabalgaba este poeta hacia adelante.

La comitiva se puso de nuevo en marcha bajo las nubes, solo que no tardó mucho en que se les cruzaran personas con las manos en alto. Todos decían lo mismo: «La reina Juana ha sido envenenada», sin que pudieran explicar de dónde lo habían sacado. Al final, ya nadie les preguntaba quiénes eran ni de qué pueblo venían. Bastaba con que estuvieran en camino, sin saber por cuánto tiempo, para ver al nuevo rey de Navarra y confiarle lo que sabían. El cansancio del camino ya había disipado la ira de algunos, que ahora solo balbuceaban con tono suplicante y angustiado.

Incluso un grupo de aventureros despreocupados acaba recibiendo esa impresión de tales encuentros. Entonces ocurrió uno último y decisivo. En un claro del bosque, de improviso, se topaban con un señor protestante a quien todos conocían, La Rochefoucauld, un amigo de su rey. Él también se encontraba en un estado similar al de alguien que ha recorrido un trayecto de cinco días a caballo en cuatro. Solo le dirigió unas pocas palabras al joven rey, pero este apretó inmediatamente las riendas y dio media vuelta con su caballo. Entonces, todo el grupo dio media vuelta y, sin preguntar, sin hablar ni conversar, regresaron a Chaunay.

Ante todo, Enrique buscó con el señor de La Rochefoucauld un lugar apartado y sombreado, lo encontró entre los álamos, y pidió al enviado de su madre que le repitiera todo con detalle. La moribunda Juana había confiado a su hijo sus últimos pensamientos terrenales antes de que su alma se elevara hacia Dios. No quería que él renunciara a su viaje por miedo: de eso nunca se había hablado con

ella. Pero su opinión seguía siendo que él no debía ir a París en absoluto, o que fuera como el más fuerte.

Así se lo recomendó a raíz de sus propias experiencias de los últimos cuatro meses, que habían sido duros y amargos. Había pensado —y, para expresarlo, había recuperado una vez más su rara voz de campana— que la boda de su amado hijo sería el comienzo de grandes acontecimientos, pero grandes solo para él… o para sus enemigos. Sus últimos pensamientos se habían centrado valientemente en todos los peligros de la vida y en su superación. Había conocido tiempos, o creía haberlos conocido, en los que el vicio se ocultaba. Hoy lo llevaba con la cabeza alta, le hizo decir a su Henri, y se sentía superior a la virtud. Ante esto, moribunda, había enviado a Dios las palabras de un salmo. ¿De qué salmo?

«¡Oh Dios, muéstrate, por favor!»

Su enviado sacó su testamento y se lo entregó al rey, tras haberlo besado con los labios. En él, sin embargo, no había nada de sus preocupaciones más secretas; al final, ya no había confiado ni siquiera en el papel. Solo una cosa: le encomendaba a su pobre hermanita. Entonces, Henri rompió a llorar. Aún no había llorado.

Una y otra vez exclamaba: «¡Pobre hermanita! Así lo decía nuestra madre». Y pensaba: «¡Debería estar aquí! ¿A quién tenemos? El hermano y la hermana no tienen nada ni a nadie en este mundo, salvo el uno al otro. Lo demás es engaño de los ojos y del corazón. Todas esas mujeres, y esa euforia que provocan, y el miedo a no perder a ninguna! En realidad, siempre me pierdo a una sola, pero es siempre a ella. Con ella nunca tuve que pedir amor ni buscar comprensión. Somos de un mismo cuerpo y no tenemos secretos el uno para el otro. Ella ríe como yo, eso se dice. En este

momento derrama las mismas lágrimas, pero ni siquiera estas, las que llora por nuestra madre, caen sobre mis manos. Está lejos, como siempre está lejos de mí, ¡y nos perdemos nuestro mejor dolor, ella el mío, yo el suyo!‹

Entonces se enteró por el enviado de que su hermana Catherine había deseado viajar con ellos. Todo estaba preparado: el caballo en el patio, el carruaje a las afueras de la ciudad. Sin embargo, la habían retenido, no por la fuerza, solo con pretextos insustanciales, hasta que La Rochefoucauld se marchó, y a él tampoco lo habían dejado ir por voluntad propia: había sido necesario actuar con firmeza.

«¿La tienen retenida?», preguntó el hermano, con los ojos secos y maliciosos, mientras su boca se torcía. Pero no era así. Estaban preocupados por ella, especialmente Margot, la novia, y también la anciana Catalina. La fiesta de bodas, que la corte esperaba con evidente alegría, ya ensombrecida por la muerte de la reina de Navarra, no debía quedar expuesta a más imprevistos. Lo último que faltaba era que le pasara algo a la hermana del novio, una joven delicada, que tal vez incluso hubiera heredado algo de la debilidad pulmonar de su madre.

Henri se inclinó mucho hacia delante y preguntó tembloroso: «¿Solo eran los pulmones?».

La respuesta se hizo esperar mucho tiempo y, al fin, consistió en un encogimiento de hombros.

«¿Quién cree en el veneno?», preguntó Henri. «¿Solo nuestros amigos?».

«Mucho más los demás. Porque ellos saben de lo que son capaces».

Henri dijo: «Prefiero no saberlo. Porque tendría que odiar y perseguir con toda mi alma. Pero demasiado odio te deja impotente».

Este era su sentimiento natural: que vivir es más importante que vengarse y que quien actúa mira hacia adelante, no hacia atrás, hacia los seres queridos fallecidos. Sin embargo, sus obligaciones como hijo seguían vigentes; por ellas se contuvo durante días en Chaunay, por mucho que le apeteciera partir, y esperó refuerzos. Sus hugonotes a caballo llegaban aquí desde todas partes, o él enviaba gente a su encuentro para ponerlos en camino. Quería estar fuerte a su llegada, tal y como había exigido la reina Juana. Mientras tanto, también transmitió sus últimas disposiciones a su gobernador en su reino de Bearn. Cuando terminó la carta, Enrique se dio cuenta de que no había hecho ningún hincapié en sus encargos espirituales, ¡y esos eran los más queridos para su madre! Se sorprendió de cómo había podido olvidarse por completo de la religión y redactó una posdata.

El mensajero que le comunicó la muerte y el fallecimiento sumamente sospechoso de la reina había tardado cuatro veces veinticuatro horas en llegar. Enrique viajó desde Chaunay, en Poitou, durante tres semanas. El mensajero, al encontrarse con el nuevo rey, se había derrumbado. Enrique se detuvo, entró en una posada, recibió a la gente que acudía a él, bebió y rió. Él también se rió. Los jinetes agotados se sorprendían al encontrarse con él: agitaba los brazos en señal de saludo y bromeaba en su lengua meridional. En la hora en que el mensajero emprendió el camino con su terrible

noticia, el hijo había visto en sueños a la madre con un rostro nuevo, el de la eternidad, y se había detenido a contemplar ese rostro, poco antes de que llegara el mensajero. Ya no lo veía, y nunca volvió a aparecer. En cambio, más tarde recordó a la mujer aún en la flor de la vida que había presidido sus años de infancia con su voluntad y su inteligencia, y en realidad tuvo que recurrir a una imagen de ella para ello, ya que las imágenes son duraderas.

Moraleja

Índice

Mirad a este joven príncipe, ya enfrentado a los peligros de la vida, que consisten en ser asesinado o traicionado, pero que también se esconden bajo nuestros deseos e incluso entre nuestros sueños generosos. Es cierto que atraviesa todas estas amenazas con alegría, según el privilegio de su edad. Enamorado a cada paso, aún no sabe que solo el amor le hará perder una libertad que el odio le disputa en vano. Porque para protegerlo de las conspiraciones de los hombres y de las trampas que le tendía su propia naturaleza, había entonces una persona que lo amaba hasta la muerte, y era aquella a quien él llamaba «*la reina, mi madre*».

El Louvre

Índice

Las calles vacías

Índice

El hijo de la difunta, de camino a su boda, miraba a su alrededor con alegría, disfrutando del paseo. El viento ya le traía un atisbo de los aromas del patio, la comida, la gente perfumada, las mujeres que no se dejan pedir, sino al contrario, son ellas las que nos piden. Decidió triunfar con ellas; para ello era más audaz que los demás y, tanto en lo intelectual como en lo físico, se sentía seguro de sí mismo con el sexo opuesto. Margot también debía de estar satisfecha con él: se le ocurrían las cosas más ingeniosas para ella. No se podía admitir ante los amigos, pero la mala fama de la novia no tenía nada de repulsivo, al contrario, prometía más. En ese estado, el joven viajero encontraba a las curiosas muchachas del pueblo casi siempre deseables, se bajaba del caballo varias veces por ellas y las besaba. Después de haber huido, aún se sorprendían de lo bien que besaba un príncipe hugonote.

En la multitud de jinetes que se había ido agrandando, se hablaba de forma diferente en la retaguardia que en la vanguardia, y los últimos en llegar aún estaban llenos de ira por el asesinato de su reina. No cabalgaban hacia ninguna fiesta, sino solo hacia el regocijo de su venganza: querían desafiar a todos en la corte. Su estado de ánimo se propagaba a veces hacia delante, y también Henri y sus amigos se vieron contagiados por él. Mornay anunció entonces los peligros más extremos que les esperaban en la corte. Du Bartas cayó en la desesperación ante la naturaleza humana, y Agrippa d'Aubigné comprendió los designios de Dios al darnos enemigos.

Henri le respondió con la boca torcida, los ojos confusos por el horror y la ira:

«No le pedí a Dios a esa vieja envenenadora. ¡No me debía eso a Dios!».

Sí, en momentos en que el odio de toda la turba se concentraba en él mismo, no pudo evitar preguntarse de repente: «¿Acaso estoy loco? ¡Voy a mi boda con la hija de la asesina, y quizá el ataúd de mi madre aún no haya sido enterrado! Pero ¿quién será la próxima víctima? Espoleo a mi caballo y tengo prisa, no solo por sacrificar mi honor, sino incluso mi vida. El veneno en mi cuerpo debe de ser terrible‹, pensó Henri y ya sentía de antemano un frío y una parálisis desconocidos.

Su miedo y su odio le hicieron prestar atención a las voces que venían de atrás, que se indignaban ante este tranquilo viaje. La paz se habría roto. Habría que reunir al ejército y traer de vuelta al almirante. París, que ya había temblado ante ellos, debía conocerlos esta vez, ¡y no como queridos huéspedes! Por eso se detuvieron, deliberaron y dudaron. Por eso pasaron las semanas. Pero cuando por fin todos, incluso Agripa, comenzaron a vacilar, el rey de Navarra ordenó: «¡A caballo! ¡Adelante!», y mientras cabalgaba cantaba, como el niño que debe atravesar el bosque oscuro.

Así llegó a un lugar donde ya era demasiado tarde para dar media vuelta, pues allí le esperaban los primeros que debían recibir solemnemente al prometido de la princesa de Valois; entre ellos, su tío, el cardenal de Borbón. A partir de ese momento, toda la tropa de hugonotes rebeldes quedó prisionera de un cardenal que cabalgaba con un manto rojo junto a su rey. Al día siguiente, el 9 de julio, llegaron al suburbio de Saint-Jacques: allí estallaron en júbilo,

aunque un júbilo amargo, pues a la cabeza de los señores protestantes que esperaban a su Enrique se encontraba el único que quedaba, Coligny, héroe de sus guerras. Su rostro envejecido era lo único que quedaba de sus luchas religiosas tras la partida de la reina Juana. Gracias a estos dos, Juana y el señor almirante, ya no eran más que creyentes perseguidos, sino que se erigían como una fuerza, ¡y debían entrar! De repente se entusiasmaron salvajemente, agitaron los sombreros, las barbas les temblaban en sus rostros morenos y aclamaron a sus grandes favoritos, que se abrazaban. Gritaban: «¡Señor Almirante!» y vociferaban: «¡Nuestro Enrique!». «Noust Henric» era su grito, el latín rural que nadie conocía aquí.

Lo curioso era que, a pesar de su ruidosa llegada a las calles, se quedaron completamente solos. Antes de que su tropa se diera cuenta, el propio Henri vio los escaparates vacíos y las tiendas cerradas. Se había hecho ilusiones de que en la puerta de la ciudad lo recibirían los concejales, más o menos con la cabeza descubierta, y si no todos, al menos unos cuantos. No, ni rastro de concejales, ni tampoco de ningún otro ciudadano. Un gato cruzó rápidamente la calle ante las pezuñas de los caballos. Una sensación de inquietud se apoderó del grupo de jinetes, que se quedó en silencio.

Las calles eran estrechas, la mayoría de las casas, angostas. Tenían frontones, vigas de madera sostenían la piedra y, a menudo, unas escaleras conducían hacia arriba por el exterior. La madera estaba pintada de colores, cada casa tenía su santo, y solo este miraba desde las vigas de las puertas a los hugonotes. Varias veces oyeron gritar «¡Brigantes!» y casi creyeron que había sido el santo.

Algunas iglesias y palacios destacaban con un esplendor novedoso, un resplandor que ya no era piedra, sino magia y poesía:

traído de otros mundos. A varios de los jinetes se les abrió el corazón, y saludaron con alegría en sus corazones a los dioses paganos de los tejados y portales, e incluso a las figuras de los mártires de esos templos, pues tales santos se asemejaban a griegas desnudas. A la mayoría de los rudos defensores de la fe, sin embargo, les permaneció el sentido firmemente cerrado. Solo habrían deseado derribar las imágenes de los ídolos, borrar el engaño. Pues se atrevía a oscurecer al Señor.

El joven rey de Navarra, entre el cardenal y el almirante, observaba con atención París, una ciudad ajena; nunca la había contemplado bien, pues de niño había estado recluido en un colegio monástico. No se le escapaban los gritos hostiles, y también sorprendía a la gente que intentaba abrir una trampilla en sus ventanas opacas. Sirvientas curiosas o prostitutas, eso era todo lo que pudo ver en ese primer paseo, y eso solo en la sombra incierta. De dos en dos se asomaban desde sus escondites, un par de ojos claros brillaban, el cabello rojizo centelleaba y las zonas de piel desnuda se difuminaban en un tono blanquecino. Parecían ser el mismísimo secreto de aquella ciudad hostil, y Henri se inclinó hacia ellas, como ellas hacia él. Blancas y rosadas, salid, salid, carne y sangre, prometedoras de felicidad, más cálidas que las diosas paganas, y bañadas en colores ligeros y atrevidos, ¡que solo florecen aquí! Los jinetes giran inesperadamente a la vuelta de la esquina, allí está ella, en plena realidad y bajo el sol, sorprendida, quiere huir, pero se encuentra con la mirada del rey de los bandidos —y se queda allí, de puntillas, inmóvil, paralizada en pleno vuelo. Parece esbelta y flexible como una caña de arroz brotada de la tierra, los dedos largos y extendidos se curvan hacia atrás, el cuello es alto y

ondulado. También parece tensamente elegante como una mujer que teme y anhela ser abrazada de inmediato. Cuando Henri se encontró con sus ojos, estos se habían reído burlonamente. Cuando finalmente tuvo que soltarla, eran ojos de entrega, nublados y sin mirada. Él también tuvo que recordar primero. «¡A esta la tengo!», pensó. «¡A los demás también! ¡París, te tengo!».

Por aquel entonces tenía dieciocho años. A los cuarenta, con la barba ya canosa, sabio y astuto, por fin lo habría conseguido.

En ese momento, su primo Condé dijo: «Hemos llegado». La guardia de la casa principesca ya rodeaba los caballos y los conducía por el patio delantero. Henri subió la amplia escalera junto a su primo, pero Condé le dejó pasar delante, o quizá Henri se le adelantó, pues arriba le esperaba una figura. ¡Tú! ¡Solo tú! Su corazón latía con fuerza, y no podía hablar. Se abrazaron, y él besó dos veces las mejillas de su hermana, que estaban mojadas por las lágrimas, como las suyas. Los hermanos guardaron silencio sobre su querida madre. Cada vez que uno reconocía por completo el rostro del otro, besaba ese rostro de antaño y de siempre. Permanecieron en silencio, y desde todas las puertas circundantes los observaban sirvientes armados.

De una de las habitaciones salió la anciana princesa de Condé, abrazó a Enrique y rezó una oración. A continuación, se dio cuenta de que estaba cubierto de polvo y cansado, y mandó traer vino. Él no quería entretenerse, tenía prisa por llegar al Louvre y presentarse ante la reina, pero su primo le informó de que el cardenal, su tío, y los demás señores que lo habían recibido en las afueras ya no esperaban. Se habían dispersado con su séquito. Antes habían insistido en que la numerosa multitud de hugonotes se disolviera. Al rey de Navarra se le habían concedido cincuenta nobles armados, pero en su lugar llegó con ochocientos. Condé dijo:

«Eso habría bastado para ocupar París. Por miedo, han cerrado sus casas. Por un momento, la corte ha temblado ante ti. ¿En qué pensabas?».

Enrique respondió: «En eso no. Pero si hubiera sido correcto hacerlo, también se me habría ocurrido. ¡En otra cosa! Estoy deseando ver a la reina de Francia».

Su querida hermana le suplicó en voz baja y con valentía: «¡Llévame contigo! Yo te pertenezco, y a ambos nos espera el mismo destino».

«¡Por supuesto!», exclamó él. Se mostró alegre y confiado ante la inocente Catalina. «Y lo que sucederá es que los dos nos casaremos. ¡Tu hermano Henri te buscará un buen marido, hermanita!». La abrazó y salió corriendo.

El castillo del rey

Índice

Abajo, a pesar de la reducción de sus tropas, más de un centenar de hombres llenaban el patio y la calle. Dejó a treinta de ellos atrás como guardia para su hermana. Con el resto cabalgó hacia el castillo. Al final, un puente sobre el río, el «Handwerkerbrücke»; aquí aún se divisa un rico y nuevo castillo real. Pero entonces, al final de la calle llamada «Austria», la imagen de ese mismo edificio se transforma en un lugar inquietante, una fortaleza o una prisión, por lo que se puede apreciar de un vistazo entre los muros negros, las torres achaparradas, los tejados cónicos y los fosos anchos y profundos llenos de agua salobre que apesta. Querer entrar allí le acelera el corazón y le cuesta aún más esfuerzo cuando uno viene de tierras lejanas y de un cielo alto. Pero él quiere hacerlo y, en realidad, pase lo que pase, la aventura le alegra. Su espíritu libre le dice que es inmune a los hechizos. La vieja bruja con la que ya soñaba de niño sigue acurrucada en su telaraña. Su pobre madre ha quedado atrapada en ella. ¡Con más razón no le va a pasar a él!

Los cascos resuenan sobre el puente de acceso. Henri tiene justo el tiempo suficiente para recordar el río que ha dejado atrás, la última alegría del mundo, nubes claras, el agua brillando entre barcazas cargadas de heno, en la orilla, las cargas son arrastradas por pesados carros entre los gritos y las risas de la gente común, que no sabe nada. Pero mi madre fue asesinada aquí: ¡asesinada, aquí! Está a punto de ser presa de la furia. Esta se eleva en su interior, lo ciega. Alguien le toca el hombro, seguramente uno de los amigos; lo oye decir: «Han cerrado la puerta detrás de nosotros».

Al instante recuperó la calma y la lucidez. Se dio cuenta de que, efectivamente, la gente del Louvre había bloqueado rápidamente el acceso al puente antes de que su escolta armada hubiera cruzado. Los suyos armaban jaleo fuera. Mandó silencio, reprendió a los guardias de la puerta y, naturalmente, tuvo que aceptar excusas. No había sitio suficiente para tantos señores protestantes. «¡Pues hacedlo!». «¡No se preocupe, señor rey de Navarra! Habrá sitio en el Louvre para todos los hugonotes que quieran acudir. ¡Cuantos más, mejor!». Y los arqueros o arcabuceros se colocaron con las piernas abiertas a los lados del puente, con sus armas firmemente sujetas en los brazos.

Enrique observó a sus pocos compañeros; luego se colocó a la cabeza de ellos y cabalgó exactamente veinte pies más, según calculó; ahora los cascos resonaban sobre madera, era el puente levadizo. Una puerta: la puerta del Louvre, oscura y maciza entre dos antiguas torres. Por fin una bóveda, tan baja que los jinetes desmontaron y condujeron a sus caballos. La otra mano se cerró instintivamente sobre la empuñadura de las pistolas. Henri contó otros veinte pies, completamente tenso. Al poco rato llegó a un patio.

Allí era estrecho, pero aparentemente tranquilo, aunque estaba abarrotado de gente. Solo se veían hombres, con y sin armas, de todos los estamentos, dedicados a diversas ocupaciones. Los cortesanos jugaban a los dados o discutían; los burgueses entraban y salían de las oficinas situadas en la planta baja del edificio más antiguo. También los cocineros y los sirvientes abandonaban su trabajo en el calor para estirarse al aire libre. Allí todo el mundo tiritaba, incluso en julio. Hacia el centro aún se distinguían los

cimientos de una torre: la más gruesa de todas, que había pesado allí desde tiempos inmemoriales y oscurecido el aire. Solo el rey Francisco, tío abuelo de Enrique, la había derribado. Sin embargo, la luz se perdía en ese patio como en el fondo de un pozo: también se le llamaba el pozo del Louvre.

Pasaban desapercibidos entre la variopinta multitud. Henri y sus acompañantes no encontraron por casualidad ni un solo conocido entre los nobles. En cambio, los guardias del rey los detuvieron cuando intentaban atravesar con sus caballos. «¡Atrás, señores! ¡Por supuesto! Debéis dar media vuelta y volver a cruzar el puente; las caballerizas están fuera, y para los gasconos, que ni siquiera llevan sirvientes consigo, no se hará ninguna excepción».

Así fue la bienvenida. Henri no dijo quién era, incluso impidió que los demás lo hicieran y se limitó a burlarse del joven oficial de la guardia real. Esto duró hasta que el señor se enfureció: entonces el alto Du Bartas lo desarmó y gritó algo demasiado alto: «¡Este es el rey de Navarra!».

A raíz de ello se produjo un tumulto, gritos a favor y en contra, y tuvieron que arrastrar al teniente, porque no quería rendirse ante su adversario bajo ningún concepto. «¡Si él es el rey de Navarra, yo soy el rey de Polonia!». Al final, sin embargo, una multitud de sirvientes que miraban boquiabiertos fue dispersada a la fuerza, y Henri se percató de quién lo había hecho: su propio d'Armagnac, a quien ya conocían. Este los convenció de la verdad, aunque solo fuera con su mayor perorata. Las garantías de la gente común tranquilizaron entonces a los señores, y se formó un tímido círculo alrededor del futuro cuñado del rey de Francia. D'Armagnac lo acompañó, mientras que a su otro lado permaneció el joven oficial, preocupado

por las consecuencias. Al pie de una escalera, dijo para justificar su celo: «No hace ni un mes que mi capitán yacía aquí con la garganta atravesada. Pero mi predecesor, un señor de Ligneroles, se precipitó por esta escalera hasta morir, y nadie sabe por qué».

Para hacer caer en el olvido, si fuera posible, sus graves faltas, delató y susurró: «Justo encima vive la reina, Madame Catherine». Asustado por sus propias palabras, se detuvo y no se atrevió a dar un paso más.

D'Armagnac condujo a Henri a su habitación. El noble, en calidad de sirviente, se había adelantado a su señor y ya lo tenía todo preparado, incluso una tina medio llena de agua, tan grande que un rey que no fuera un gigante podría sentarse en ella. Pero había trajes extendidos por todas partes, y el joven provinciano nunca había llevado nada semejante. Seda con bordados relucientes, el más bello completamente blanco: ese era su traje de boda. Comprendió que los ojos de su madre aún velaban por ello, y de inmediato los suyos se llenaron de lágrimas de nuevo.

La reina Juana no le había mandado confeccionar un traje de luto: esto le demostraba a su hijo que ella no había esperado su muerte, sino que más bien la había sufrido de forma repentina. No había sido una enfermedad, sino veneno: la certeza le parecía definitiva, y en ese momento también le resultaba bienvenida. ¡Iba a presentarse ante la asesina de su madre!

Se había anunciado ante la anciana reina y, cuando estuvo listo, dos nobles vinieron a recogerlo. Recorrió con ellos un largo trecho por el palacio sin que hablaran, y comprendió que guardaban silencio por precaución. Él, que en otras circunstancias les habría hecho muchas preguntas, estaba absorto en su único pensamiento, y ese pensamiento se llamaba odio. Al fin le abrieron la sala de recepción de la reina, se inclinaron respetuosamente y lo dejaron solo. Junto a cada una de las puertas vigilaban dos guardias suizos con las piernas abiertas, pero los dos que estaban frente a la puerta interior mantenían sus alabardas cruzadas. Los cuatro parecían de piedra, y sus ojos claros miraban al vacío. No veían al forastero, ni lo entendían. Él podría haber gritado: «¡A mi madre le han dado veneno!».

Como tenía que esperar, se le ocurrió esconderse detrás de una cortina de la ventana. Cuando entrara la envenenadora, no debía saber que él estaba allí, y se propuso sorprenderla con su expresión. Pero ahora el sol del mediodía se posaba en la ventana, y más allá de un jardín bien cuidado se le apareció el río luminoso con todo aquello de lo que ya se había despedido allá afuera: la gente ruidosa e inconsciente, el heno que se balanceaba, las carretas y barcazas que gemían. También le llamó la atención la larga fachada soleada que terminaba en aquella habitación: era magnífica, y había que decir que era una maravilla. Aquella construcción parecía elevada de mundos anhelados por arte de magia. El honorable París contenía en algunos lugares algo que no se parecía a sus ciudadanos. Esto superaba a la corte de Francia, lo sacaba del pozo del Louvre, donde

el resto de una torre se pudría sobre siglos enterrados. Basta decir que aquí se encontraba la brillante fachada frente a unas antigüedades muy sombrías. Al contemplarlo, Enrique de Navarra comprendió que la señora del palacio era sin duda la antigua envenenadora, pero al mismo tiempo un hada. Sin embargo, hay que guardarse de las trampas del mal, y algo así también puede ser una hermosa fachada. «¡Engaño de los sentidos!», pensó el joven protestante, o quizá lo pensó una muerta a través del cerebro vivo de su hijo. La reina Juana había estado familiarizada con esta sala; aquí había negociado los asuntos de la religión y de su hijo, había luchado, se había agotado y quizá aquí le habían servido un vaso de agua en el que la mano de la vieja hada había mezclado algo.

Henri se dio la vuelta. No había oído nada dentro; mientras tanto, Catalina de Médicis había entrado tambaleándose hasta el centro. Solo distinguía su silueta, ya que la luz lo deslumbraba; ella, en cambio, había encontrado al joven y lo observaba. ¿Sus manos se ocultaban entre los pliegues del vestido? Iba vestida de negro y comenzó a hablarle con su voz gastada. «¡Pero ella está viva!», pensó el amargado hijo de la difunta. Con odio la oyó afirmar su gran dolor por su buena amiga Jeanne y que se alegraba de tenerlo por fin allí. Se lo creyó, pero se propuso que eso le saliera mal. Mientras tanto, sus ojos se habían acostumbrado a la luz más tenue. ¡De verdad, estaba ocultando sus manos! Y además, se le ocurrió mencionar la mano de Dios en su discurso. El hijo de la difunta se mordió la lengua con fuerza; de lo contrario, habría exigido: «¡Déjeme ver sus manos, señora!». ¡Pero ella lo hizo! Sacó de su falda los pequeños y regordetes miembros que él quería ver y los posó sobre la mesa, detrás de la cual se sentó.

Henri dio unos pasos enfurecido, rápidos e irreflexivos. La anciana reina tenía ante sí la mesa ancha y maciza, y detrás de ella a cuatro robustos suizos con largas picas. Le resultaba fácil mantener la calma y hablar con serenidad.

«¡Cuánto me da pena, joven! Dieciocho años, ¿verdad?, y ya huérfano de padre y madre. En mí encontrará una segunda madre que guíe sus pasos, pues los pasos de la juventud suelen ser precipitados. Sé que me lo agradecerá, joven, su carácter es vivaz y natural. Ambos merecemos entendernos».

Era espantoso. Sobre la mesa se intuía, invisible, un vaso envenenado; los deditos de la anciana se deslizaban hacia él, mientras de ella brotaba el abismo. ¡Era un hechizo, había que romperlo! Ciertas palabras y gestos probablemente habrían hecho que aquel rostro de color plomo, con las mejillas caídas, estallara y se desvaneciera en el aire. Henri, sin embargo, encontró en ese momento llevado al extremo algo distinto de tales artificios: descubrió en su interior que la asesina de su madre era digna de lástima —como en el pozo del Louvre, el resto de la torre que queda de los siglos enterrados. No obstante, pronto será retirado. Quizá sea ella misma quien lo haga al final. Ella o su linaje ya tuvieron que erigir la hermosa fachada del castillo bajo el sol del mediodía. Ella, en lo que a su persona se refiere, sigue allí como el pasado malvado y absurdo. Lo malo, pero también lo anticuado, es finalmente motivo de risa, aunque siga asesinando. A pesar de sus fechorías tardías, ¡nos compadecemos de su impotencia, de su decadencia!

Alegre y confiado, el joven Enrique exclamó: «¡Qué razón tiene, señora! Algún día se lo agradeceré, eso es seguro. ¡Ojalá mis actos

muestren siempre la misma naturalidad que los suyos! Mi esfuerzo será complacer a una reina tan grande».

Ella tenía que notar sin falta esa ironía exagerada: él se lo jugaba. Sus ojos negros y apagados, ahora agudos, buscaban en su rostro, que no revelaba más que el valor de la juventud. Enrique prosiguió bajo su mirada escrutadora: «De usted, señora, espero saber algo más sobre el final de la reina, mi pobre madre, de lo que otros puedan contarme. Ella tuvo la suerte de estar cerca de usted, y en todas sus cartas mi pobre madre se deshacía en elogios hacia usted, señora».

«Lo creo», respondió Catalina. Pensó en la última de las cartas, en la que Juana de Albret se había jactado de haberla desplazado a ella misma del poder, y que había abierto y vuelto a cerrar con sus propias manos. Henri también pensaba en esa misma carta.

La anciana Catalina se volvió aún más sencilla y francamente amable. «Hija mía», dijo entonces.

«Hija mía, no estamos aquí a solas por casualidad. Ha sido bueno y acertado que usted me buscara primero a mí, pues de lo contrario la habría llamado con la intención preconcebida de darle explicaciones sobre la muerte de su madre, mi buena amiga. Quien no está al tanto, convierte fácilmente los acontecimientos naturales en un misterio que le amarga».

«Bien hecho», pensó él, y respondió: «Muy cierto, señora, yo mismo lo he comprobado. Nadie que hubiera visto recientemente a la reina, mi madre, quería creer que su vida corría peligro».

«¿Y usted, hijo mío?», preguntó ella sin rodeos, con la misma ternura maternal que solo la anciana más recta podría mostrar. ¡Este

era el momento! Sintió que estaba allí precisamente por esas palabras. Ahora tenía que gritar: ¡Asesina! Así había sido en su mente el ajuste de cuentas con Madame Catherine antes de que llegara el momento. En cambio, se detuvo; su odio decidido se topó con un obstáculo que aún no conocía. «Espero sus explicaciones», se oyó decir para su sorpresa.

Ella asintió satisfecha. Luego hizo un pequeño gesto con el hombro hacia los dos suizos que montaban guardia ante la entrada interior. Los soldados separaron sus picas y empujaron las hojas de la puerta: al instante entraron dos hombres vestidos de negro, de estatura desigual, ambos sin sombrero, desarmados, pero con rostros que se distinguían por una especie de triste seguridad en sí mismos. Se inclinaron con toda corrección, primero ante la reina de Francia, luego ante el rey de Navarra, esperaron la señal que la reina debía darles y, cuando esta bajó la mano en señal de permiso, los hombres comenzaron ya, dirigiéndose a Enrique: «Soy Caillard, antiguo médico personal de Su Majestad la reina de Navarra». Esto lo dijo el más alto, y lo hizo sin duda de la forma más solemne posible.

«Me llamo Desneux y soy cirujano». Ese era otro caso, que hubiera preferido despojarse de su tristeza oficial.

«Por orden de Su Majestad, yo, Caillard, miembro de la facultad, me presenté el cuatro de junio, que era martes, en la casa del señor príncipe de Condé, donde encontré a la reina aquejada de fiebre y postrada en cama».

«Discursos preparados de antemano, y van a durar mucho», pensó Henri; se sentó. «¿Y usted qué hizo entonces?», preguntó al segundo hombre vestido de negro. «¿Un enema?».

«Eso no es asunto mío», dijo el cirujano, «de eso se encarga este», y le dio un codazo en el costado al otro.

El médico palideció de ira, pero con aplomo continuó: «Yo, Caillard, miembro de la facultad, determiné de inmediato mediante

exámenes que el pulmón derecho de la reina estaba muy afectado. También observé un endurecimiento extraordinario y sospeché de un úlcera que podría extenderse por el cuerpo y causar la muerte. En consecuencia, anoté en mi libro: "A la reina de Navarra le quedan entre cuatro y seis días de vida". Eso fue el día cuatro, un martes. Pero el domingo, día nueve, se produjo la muerte». Y le entregó el libro mencionado.

Henri echó un vistazo a los garabatos. La expresión del segundo hombre vestido de negro le aconsejó que no diera ningún valor a las declaraciones del primero, salvo, como mucho, el de lo cómico. El segundo debió de considerarse invitado a hablar, pues simplemente comenzó.

«No soy más que el cirujano Desneux, un hombre sin fama; Su Majestad nunca ha oído mi nombre. En cambio, sin duda conoce al ilustre señor Caillard, un orgullo de la facultad. Él ha dedicado su vida a la ciencia, mientras que yo no soy más que un pobre artesano que trabaja con la sierra. Él predice a la gente la hora exacta de su muerte, si es necesario consultando los astros. Por mi parte, los abro en canal después de que hayan muerto, y al hacerlo encuentro, sin duda, algunas cosas que se pueden ver, palpar y que no se pueden negar. Pero todo eso ya figuraba de antemano en el libro sibilino del gran Caillard, por lo que no soy más que su humilde ayudante». Se inclinó ante el médico.

Este aceptó el homenaje como merecido. «Así es», respondió. «Cuando la reina falleció, cumplí su propia voluntad, que me había transmitido en vida, y pedí al cirujano Desneux, aquí presente, que le practicara la autopsia».

El hijo de la difunta se levantó de un salto. «¿Eso es lo que habéis hecho? ¡Os habéis permitido eso!».

Caillard permaneció serio y seguro de sí mismo. «No solo hice que se abriera el cuerpo de Su Majestad por orden suya: también su cabeza. Porque la reina padecía un intenso cosquilleo en la cabeza y temía una enfermedad que pudiera haber heredado a sus hijos. Insistió en ello, aunque yo le hice ver que, sin la voluntad de Dios, no habría herencia alguna».

«¡Pruebas!», exclamó Henri, dando una patada en el suelo. «De lo contrario, no creeré ni una palabra de todo esto».

Entonces el hombre sacó efectivamente un rollo, se lo entregó al hijo, y Henri leyó el nombre de su madre, escrito por ella misma; no podía dudar. Encima figuraba, de otra letra, su testamento, tal y como lo había relatado el médico.

«¿Qué habéis encontrado? ¡Rápido, quiero saberlo!».

Esta vez volvió a hablar el cirujano. «En el cuerpo, todo lo que el señor Caillard había previsto. El engrosamiento en el pulmón afectado y el úlcera que, al reventar, se había convertido en la causa de la muerte. Pero en la cabeza, esto».

Como un prestidigitador, con una media sonrisa por su acertado truco, señaló la mesa, donde yacía una gran hoja cubierta de líneas. Poco antes, allí había estado la bandeja vacía. Henri miró más de cerca y se sobresaltó: en el papel aparecía una calavera, la calavera de su madre. El cirujano informó: «Después de haber seccionado la cabeza de la reina...»

«En mi presencia», intervino rápidamente el médico.

«De lo contrario, el cráneo tampoco se habría abierto. Una vez abierto, encontré bajo la bóveda craneal ciertas ampollas, llenas de un líquido acuoso, que, cuando la dueña del cráneo aún vivía, debió de haberse derramado sobre la membrana interna».

«De ahí el cosquilleo, que de otro modo sería inexplicable», comentó el médico. El cirujano le dio un codazo en el costado y chilló: «Él lo ha explicado. Yo no podría hacerlo. Solo el dibujo es mío. ¿Ve dónde tengo el dedo?».

Pero el hombre alto y solemne simplemente apartó el dedo del bajito, que se puso morado de rabia.

Mientras el médico interpretaba a continuación las líneas y los puntos con detalle y con la más sincera convicción, Henri le seguía atentamente, pero al mismo tiempo observaba a Madame Catherine. Ella también se inclinó al principio con atención sobre la hoja, aunque sin duda no era la primera vez que la veía. Sin embargo, cuanto más evidente se hacía la enfermedad de su buena amiga, más se apartaba Madame Catherine, hasta que volvió a sentarse erguida en su sillón.

«Un caso tan raro», comentó el médico, «sí, de un carácter tan sospechoso que incluso mi maestro y predecesor habría hablado de brujería. Yo me atengo a la naturaleza y a la voluntad de Dios».

Ante esto, Madame Catherine asintió y miró al hijo de su buena amiga: ese es el rostro de una mujer bondadosa y sencilla, experimentada y astuta, si se quiere, pero aquí falla su consejo, y está sinceramente preocupada por la oscura adversidad de las cosas. «Ojalá pudiera sumergirme en esa mirada», piensa el hijo de la envenenada Jeanne —que, sin embargo, no tiene por qué estar

envenenada—. «Todo resulta demasiado natural. No cabe dudar de la sinceridad del médico, aunque tampoco de las limitaciones de su conocimiento. Esas ampollas de agua bajo el cráneo de mi querida madre, ¿cómo se han formado? ¿Por veneno? ¡Oh, si pudiera descender a esa mirada negra y tocar con las manos lo que hay debajo! ¡Certeza!».

Su lucha interior no pasó desapercibida para la astuta anciana, pero ella no le dio importancia. Actuó como si lo único que debiera hacer fuera proteger al hijo del dolor. Primero hizo una señal a los dos hombres de la consulta, tras lo cual estos se inclinaron como antes y se retiraron con la misma expresión de triste seguridad en sí mismos con la que habían llegado. A continuación, le dejó tiempo —demasiado tiempo, incluso: su odio, que ya se había desordenado, regresó concentrado. El hijo recordó las dos cartas abiertas: ¡tras su partida había fallecido su madre! Sin darse cuenta, se apresuró de un lado a otro de la habitación a zancadas. Madame Catherine lo siguió tranquilamente con la mirada, lo que lo desconcertó de nuevo cuando se dio cuenta. Se detuvo bruscamente y se plantó ante ella, con los brazos cruzados, en una postura inapropiada. La palabra «asesina» debía salir de todos modos, nunca había estado tan cerca. Ella se adelantó al arrebato. Habló muy despacio y con serenidad.

«Querido hijo, me tranquiliza que ahora sepa tanto como yo misma. Me ha hecho bien ver cómo se convencía. Ahora podemos cerrar nuestro dolor y volvernos hacia el futuro».

«¡Pero el cráneo!», dijo Henri amenazadoramente a su rostro, que era pesado y gris como el plomo. Luego buscó sobre la mesa: la hoja con el dibujo había desaparecido; por la sorpresa, se le cayeron los brazos. Por primera vez, Madame Catherine esbozó una sonrisa, aunque no era halagadora. Decía: «Ni siquiera ha prestado atención a eso, querido niño».

Curiosamente, su fracaso lo tranquilizó; Henri recuperó inmediatamente la serenidad. «No puedo hacer nada. Ella tiene

ventaja. ¡Entendámonos!». Y ya se deshacía del odio y la desconfianza, como si se los guardara en el bolsillo. A su naturaleza no le costaba ningún esfuerzo. Aliviado, se sentó frente a la anciana, y ella asintió con la cabeza. «Tengo muchos buenos planes para usted», dijo ella.

Henri esperó y ella continuó hablando. «Ahora que somos amigos, puedo decirle abiertamente por qué quiero entregarle a mi hija. Lo hago por el duque de Guise, que podría suponer un peligro para mi casa. Era su compañero de colegio; ¿sabe usted que, entretanto, Henri Guise se ha preocupado por ganarse la simpatía del pueblo parisino? Se muestra más cristiano que yo, ¡y eso que yo defiendo realmente a la Santa Iglesia!».

En ese momento, sus impenetrables ojos brillaron levemente: Henri olvidó que había intentado en vano descifrarla y se rió en silencio con ella, pues al menos ella confesaba su incredulidad, y eso le gustaba. En el desprecio por el fanatismo hipócrita, se encontró con Catalina de Médicis. Por cierto, ella volvió a ponerse seria de inmediato.

«Pero ha conseguido que el Papa y España le ayuden. Ese pequeño lorenés podría enviar un gran ejército contra mí con su dinero. Es más, si sigue así mucho tiempo, puede alborotar París. Es más, puede pagar a asesinos. ¿Qué conseguiría al final? Que Francia se convirtiera en una provincia española».

No se percató de que un joven insignificante la estaba escuchando por casualidad. Catalina se entregaba a su lujuria favorita: hacer que la mente se asomara al abismo.

«Yo también», dijo en voz baja, «podría satisfacer al rey de España. Él me reprocha que perdone a mis protestantes». Una larga reflexión: su boca cerrada se movía mientras tanto. Esa imagen llamó la atención de Enrique, más que sus palabras. Pagar a asesinos, había dicho. ¡Ella también podría hacerlo! Pero no lo necesitaba, ya que su propia mano, pequeña y regordeta, sabía mezclar una bebida de manera tan excelente. Él la observaba con atención, y no tardó mucho en darse cuenta.

«Mis protestantes me son tan cercanos como todos los demás franceses», afirmó ella, de nuevo con total serenidad, y con silenciosa firmeza: «¡Soy una reina de Francia!».

«Su hijo es el rey», la corrigió él sin pensar, y en realidad solo porque recordaba la historia que le había contado su madre, Juana, sobre el rey que sangraba. También los dos hermanos aún vivos de Carlos IX estaban destinados a contraer la misma enfermedad, y el mayor ya había sucumbido a ella. «¿Quién es en realidad —piensa Henri— esta anciana solitaria a la que los hijos le van muriendo uno tras otro? Los demás franceses le resultan, en realidad, tan lejanos como lo somos nosotros, los protestantes». En voz alta dijo: «Madame, ¡qué hermoso castillo es el Louvre! Pero todo lo que le da esplendor proviene de su patria. La arquitectura es italiana» —como la preparación de venenos, le hubiera gustado añadir. Ella se encogió de hombros, pues de las dos artes a las que él se refería, la primera le resultaba ajena. Tampoco amaba en absoluto su antigua Florencia, pues en su juventud había tenido allí desgracias y había sido expulsada. Madame Catherine no representaba más que a sí misma, y esa era su fuerza, mientras aguantara.

Ahora miraba al joven con recelo. «Usted habla del rey. ¿Acaso lo ha visto antes que yo?».

Él negó enérgicamente. Ella bajó aún más la voz: ni siquiera los guardias suizos debían oírlo, aunque no lo hubieran entendido. «El rey a veces no está en sus cabales», susurró la enigmática anciana. «No se lo diré a nadie, pero tiene ataques de ira, y entonces incluso farfulla sobre asesinatos, sobre algún gran asesinato. Es enfermizo», murmuró con urgencia.

Henri solo constató que entraba a formar parte de una bonita familia, pero eso no era nada nuevo. La madre de los hijos sangrantes ya se había calmado de nuevo. «Mis otros dos son unos chicos de bien, especialmente d'Anjou. ¡Sea su amigo, querido muchacho! ¡Y sobre todo, manténgase siempre de nuestro lado contra los Lorena! También debe dirigir nuestro ejército, pues es capaz de hacerlo, y no será menos útil de lo que lo fue su padre. A cambio, tendrá a mi hija. Pero tenga cuidado con ella y con el duque de Guise: a las mujeres les parece guapo».

Henri piensa: «Y se acuestan con él. ¡No se haga ilusiones, señora! Nos conocemos, y sé qué tipo de chica voy a tomar por esposa. ¡Solo mi querida madre no lo sabía!». Así se lo aseguraba su tierno corazón.

Desafiante, dijo: «Por eso ha enviado a Guise lejos, señora, antes de que yo llegara aquí».

La anciana, aún más tranquila: «Volverá para su boda. A veces es deseable que una joven no tenga ante sus ojos a un hombre demasiado popular. Una anciana como yo, en cambio, debe vigilarlo constantemente. Quiero tener a todos mis enemigos bien juntos en

el Louvre». Él mismo formaba parte de ellos, como era inconfundible.

Su franqueza podría haberle ofendido, a pesar de sus propias y tempranas dudas sobre la naturaleza humana. Con ella, la vida se volvía demasiado cruda. Por otro lado, prevalecía el sentimiento de confianza que poco a poco se había apoderado de él a lo largo de sus palabras. Si se le profesa una confianza tan halagadora, al fin y al cabo un joven de dieciocho años ya no podrá rechazarla. «Al menos yo no tengo nada que temer de esa famosa bruja, ¡y tampoco se lo ha dicho a mi querida madre!». En ese momento se habría bebido el vaso de un trago si hubiera habido uno sobre la mesa.

En lugar de eso, Madame Catherine hizo una señal, los guardias abrieron inmediatamente la puerta exterior y, en el umbral, aparecieron los dos nobles que habían traído a Henri. Ligeramente sorprendido, se despidió y se dejó llevar de vuelta.

Esta vez habló con sus acompañantes. Uno de ellos era el primer noble del rey, de Miossens, un hombre sumamente prudente, que ni siquiera revelaba que era protestante. Henri se lo dijo a la cara, pues tenía ciertos indicios infalibles con los que reconocía a los de esa religión. Le preguntó riendo: «¿Teme a los parisinos? ¿Acaso el pueblo no nos aprecia aquí?».

«Si solo fuera el pueblo», respondió el señor de Miossens enigmáticamente.

«¡Qué vergüenza! Usted, un primer noble del rey, debería estar más orgulloso».

Con eso dejó allí a los dos caballeros y se alejó a zancadas, pues allí atrás, en un jardín bien cuidado, divisó al propio Carlos IX; estaba solo y se divertía con una jauría de perros que ladraban. Desde lejos, Henri lo llamó. Como no lo oía, se percató de otra cosa: se encontraba por debajo de la habitación de la que había salido. Aquella era la fachada soleada en todo su encanto inverosímil, una tentación del mal, por así decirlo, pero en cualquier caso un engaño de los sentidos. A esto le siguió de repente la constatación de que Madame Catherine, en realidad, lo había despedido demasiado a tiempo: cuando por fin se convenció de que ella no había envenenado a su madre. Justo cuando él la creyó, ella lo había despedido. Ella lo calaba a la perfección, pero él había intentado en vano traspasar sus ojos impenetrables. Entonces se asustó: revivió su propio estado inicial, cuando había entrado en la habitación de arriba: un juez y un vengador. «¡Asesina!». Se había mordido la lengua dos veces, y no solo por precaución, como un cortesano, sino

porque la anciana realmente lo había vuelto confiado y tonto. ¡La juventud no sirve para estos casos, al menos a mí me ha condenado a la impotencia!

Allí buscó rápidamente la ventana conocida. Sí, había visto bien antes. El rostro ya se había desvanecido antes de que pudiera captarlo del todo; sin embargo, sintió sin lugar a dudas que había sido observado. Lo vigilaban para ver si su confianza infantil aún perduraba. «¡No del todo, señora Catherine! No lo sé todo, y ni siquiera sé con certeza cómo murió la reina, mi madre. Pero nunca volveré a olvidar que, de las dos ciencias de sus compatriotas, el veneno y los hermosos edificios, ustedes solo dominan una. Hada malvada, si es que es un hada. Se supone que debo aprender a temerles, pero no puedo evitar reírme. Me ha dicho de su hijo gordo que está loco».

Mucho más despacio esta vez, se acercó a Carlos IX. Este aún no lo veía. Más bien, volvió a apartar su mirada oblicua y se quedó como si solo le preocupara su jauría. Dos de los perros se habían enzarzado en una pelea: él los animaba a gritos para que no se soltaran. De repente, gritó en medio de los ladridos:

«No me gustan esos dos. Entonces hay que dejar que se maten entre ellos».

A raíz de esta bienvenida, que le pareció más ridícula que indecorosa, Henri dio media vuelta para marcharse. Entonces Carlos dejó de lado su ocupación y lo siguió. «¡Navarra! ¿Qué le ha dicho la reina, mi madre?». Esto con una mirada de reojo. Henri tuvo la impresión: «¡Este me ha estado esperando aquí abajo con gran inquietud!».

«Hablamos sobre todo de calaveras, y una vez también, no sé de qué asesinato. Fue divertido, y Madame Catherine me gusta, y yo a ella también, por cierto».

Carlos, sin embargo, se sobresaltó, tembló y se tambaleó.

«¡Por el amor de Dios, Navarra, no quiero saber nada más de asesinatos! No hace mucho, dos de mi guardia personal se mataron entre sí, como estos perros malvados. La reina, mi madre, siempre tiene la cabeza llena de cosas terribles».

«Lo mismo dice ella de usted», espetó Enrique; al instante, el rey de Francia cerró la boca, sí, su figura se encogió. Si estaba loco, como lo llamaba su madre, su miedo superaba incluso a su ira. Se puso pálido, casi amarillento, en medio de toda la seda blanca con la que estaba vestido. Solo ante esa visión le surgieron dudas al hijo de la difunta Juana. La mala conciencia de Carlos era demasiado evidente. Él y su madre, que se declaraban mutuamente locos, ¿qué secretos temía cada uno que el otro delatara? Las palabras de sus amigos volvieron a la mente del joven Enrique: «Usted será el segundo. ¡Reúna a los de la religión! Por supuesto, sería aconsejable dejar atrás este antro de asesinos mientras aún haya tiempo. ¡Recoger a mi hermana y marcharse en medio de la multitud a caballo! Sin embargo, eso no se hace, porque, por el contrario, se ha venido aquí para aprender a temer; y, además, se acercan dos muchachas, guiadas por pavos reales de plumaje resplandeciente que las preceden, como si fueran conducidas por las riendas. Una de ellas es Margot, la hija biológica de la envenenadora: esto es lo primero que se le pasa por la cabeza a Henri. Pero su otro pensamiento alcanza al primero de inmediato: «¡Margot se ha vuelto hermosa!».

Sus primeros pasos estaban llenos de alegría: «¡Ah! ¡Querida Margot!», exclamó en voz alta. Carlos IX se volvió sorprendido; luego pareció volver con los perros. La princesa de Valois no habló hasta que Henri ya estaba frente a ella, y entonces dijo: «Espero que haya tenido un buen viaje».

«Con su imagen ante los ojos», aseguró él de inmediato. «Pero no se compara con la realidad. ¿Quién es su guapa amiga?».

«¡Madame de Sauves!», ordenó Margot en lugar de responderle. «¡Lleve de vuelta a los pájaros!». La dama de honor aplaudió entonces, y efectivamente los pavos reales se pusieron en marcha ante ella. Aún había tenido tiempo de juzgar al joven del campo. Una mirada burlona bajo sus cejas arqueadas le bastó. ¡Era una presa fácil e inofensiva para las mujeres! «En manos de la princesa como en las mías», pensó, y se alejó, muy esbelta y elegante.

«Su nariz es demasiado larga», dijo Henri cuando ella se hubo marchado.

«¿Y la mía?», respondió Margot con desdén, pues la nariz de la otra no era más larga, solo más recta que la suya. Él se dio cuenta de que se le había escapado algo.

«Una cosa es segura», dijo él, «Mathilde tiene los labios finos».

«Charlotte».

«Vea, ahora me ha revelado el nombre». Estaba feliz por su victoria, pues sentía claramente la resistencia que Margot le oponía. «Me encantan las bocas suaves, y los dientes deben de ser más grandes y brillantes». Mientras observaba los de ella, de repente la

miró a los ojos —no con descaro, pensó ella para sus adentros: no con el descaro suficiente. Su mirada era suavemente lujuriosa, intentó abrazarla con la mirada, pero con toda cortesía y veneración, no como a una encantadora ramera en una esquina. ¡La Margot de piernas gruesas se había convertido en una dama algo intimidante! Por eso no la conquistó de un plumazo, y de ninguna manera consiguió que ella le dirigiera una mirada de entrega, turbia y sin expresión. «¡La hija de la asesina!», recordó, intimidado. «¡Se ha vuelto hermosa durante los crímenes de su madre!».

Ella pensó: «¡Seguro que me mira las piernas!». Porque sabía, tan bien como él, desde la infancia, lo que le había prometido en el columpio, y ya entonces él había querido tomárselo. ¿Qué se interponía ahora entre ellos para que él tuviera miedo? Mientras tanto, su rostro completamente pálido permanecía sereno como el cielo. Henri, a diferencia de su querida madre, no distinguía entre lo que era adorno y lo que era maquillaje. Por lo demás, Jeanne había encontrado a la muchacha de figura impecable, y su hijo opinaba lo mismo; ni siquiera le molestaba que la princesa Marguerite llevara el corsé demasiado apretado. Tampoco el hijo se dio cuenta de antemano de que sus mejillas acabarían cayendo. Aunque hacía tiempo que ya no brillaba tanto con perlas y piedras preciosas como en una procesión, para él seguía siendo de la mayor magnificencia y una promesa inmensa para todos sus sentidos.

Pensó: «¡Pon tu cara de princesa! Pronto estaremos juntos en la cama».

Detrás de su altiva frente, ella pensaba: «¿Volveré a acostarme con Guise? No lo creo, porque este me gusta. Un chico del campo y, sin embargo, un príncipe, según ha dicho su madre».

Él pensó: «Margot, Margot, ya no volverás a acostarte con Guise, porque yo te mantendré muy ocupada».

Mientras tanto, ella hacía tiempo que había empezado a hacerle un frío cumplido en latín sobre sus campañas y hazañas bélicas. Él le aseguró, en la misma lengua, su admiración por su erudición y cultura, unidas a un porte majestuoso. Cada uno se esforzaba por construir las frases más perfectas, pero ambos pensaban en el otro.

De repente, ella cambió de tema.

«Ha tenido una reunión con mi madre».

Él se sobresaltó, como si lo hubieran pillado, pues su pensamiento, independientemente de lo que dijera o pensara, seguía siendo en realidad: «¡Hija de la asesina!».

«A puerta cerrada», dijo ella. «Sobre un asunto doloroso, creo. Estoy llena de compasión». Sus párpados pintados de azul se cerraron varias veces, hasta que finalmente brotó una lágrima. Inmediatamente él le tomó la mano y le susurró: «¡Vámonos de aquí!». Porque detrás de ellos intuía la mirada de reojo de su hermano Karl. Con delicadeza la condujo por el camino abierto del jardín, pero apenas llegaron detrás de un seto, le preguntó con vehemencia: «¿Ha visto usted a mi madre por última vez? ¿De qué ha muerto? ¡Oh, hable, por favor!». Porque, naturalmente, ella guardaba silencio.

«Pero ¿sabe lo que se dice?», la presionó él. «¡Confiese, por favor, qué opina usted de todo esto! ¿No quiere? ¡Oh, Margot! Eso es terrible».

En lugar de responder, ella se adentró en el pasillo entre los altos setos, aunque era un laberinto y no estaba iluminado ni siquiera a la

luz del sol. Pero su intuición le aconsejaba que él no la viera bien en ese momento, y ella a él tampoco. Él se mantenía pegado a su hombro mientras caminaban, la tocaba a cada paso, y ella sentía su aliento en el cuello.

«Estoy en una situación terrible. Ando a tientas en la oscuridad y no encuentro la salida». Así, vagaban por allí a través de los estrechos recovecos. «¡Siempre, siempre he pensado en ti!», dijo de repente con un temblor tan profundo que ella se detuvo y lo miró: tenía lágrimas en los ojos. Sin duda eran auténticas, pero con la misma certeza esperaba que ella se conmoviera por fin y confesara la verdad.

«Yo no puedo afirmar nada», comenzó ella, respirando agitada y se interrumpió.

«¿Pero tiene motivos para sospecharlo? ¿Alguna pista?».

«¡No! ¡No!». El tono le instaba a callar. Eso no le sirvió de nada.

«Vamos a casarnos. ¿Entiende por qué no le beso su hermoso rostro y no le levanto la falda? Usted me oculta un secreto, y eso es más fuerte que cualquier otra cosa».

La muchacha solo gimió. Él no cejó en su empeño.

«Mi pasión por usted nunca antes fue lo que es hoy. ¡Solo podré amar a una más!», exclamó, y lo creía. «¡Margot! ¡Margot! Quizás sea usted la hija de la mujer que mató a mi madre».

Silencio y profundo espanto ante el eco de esas palabras. Al fin, la muchacha rompió a sollozar. Había comprendido el nuevo y terrible valor que había adquirido para el hijo de la pobre reina Juana. Se había convertido en una figura quién sabe cuán fatídica, el engendro de la tragedia, cuando en realidad, ante sí misma, era una

muchacha bastante bondadosa. No podía resistirse a sus deseos, y seguramente alguna vez recibió una paliza por ello. No sabía otra cosa que en aquella corte se mataba a la gente y que cualquiera que molestara a su madre debía desaparecer. Ella misma vivía despreocupada en medio de todo aquello, y a menudo se enamoraba, mientras al lado se cometían asesinatos.

«Quizá sea la hija de esa mujer», repitió él, solo para sí mismo, para el horror que sentía en su interior y que le advertía de esa pasión que estaba a punto de estallar.

«Quizás», respondió ella, en un tono lo más indefinido posible. En realidad, aunque no tuviera pruebas, estaba completamente convencida de que aquel acto habría ocurrido igual que todos los demás. No compartía sus dudas, y por eso le daba pena, aún más pena que si él hubiera tenido certeza y le hubiera lanzado su acusación a la cara. Él estaba indefenso, tenía ojos tiernos, su madre había sido asesinada por la suya propia, y él estaba a punto de olvidarlo por culpa de ella. Todo eso, pero sobre todo su inocencia, le llegó al corazón, que latía con fuerza, y ella esperaba a que él por fin se decidiera y se abalanzara sobre ella.

De hecho, él estaba a punto de lanzarse, con los brazos medio levantados. En el último momento gritó de terror, y ella gritó con él, solo porque, entretanto, sus sentimientos se habían hecho completamente suyos. Ella aún no había visto, ni mucho menos, lo que él veía. Su mirada se había desviado por casualidad hacia uno de los escondites en penumbra; de allí le pareció que surgía una figura que quería interponerse entre ambos. El joven de dieciocho años perdió la cabeza y gritó: «¡Mamá!».

Nunca supo cuánto tiempo duró el engaño. Pero de repente llevaba a Margot, su ansiada y entregada carga, sobre el pecho; ella misma se había arrojado contra él y, entre sollozos y risas, exclamó: «Ahí solo hay un espejo, para que uno se pierda aún más en estos pasillos, y tú no has visto venir a nadie más que a mí, tu Margot. ¡Ahora estoy aquí, porque ahora te amo!».

Ella pensó: «Ya se me han escapado dos lágrimas por la cara, ya veremos si el maquillaje aguanta».

Él pensó: «Ya no necesitará al Guise», y comenzó a fruncir su amplia falda extendida. Porque, en sus momentos de mayor emoción, las personas no olvidan en absoluto sus instintos más vulgares.

Pero esos pensamientos impíos no eran más que barcas indefensas a la deriva en un mar embravecido, y eso era la pasión. Vida oscura, actos silenciosos por todas partes, solo ellos dos habían salido a una tormenta embriagadora. ¡Saltemos a este mar, y nunca más se sabrá de nosotros! Así permanecieron abrazados: el mejor momento, el único e inolvidable. Incluso cuando, ya mayores, se encontraban de vez en cuando, y cada uno había sonreído o odiado al otro muchas veces entretanto: de repente, aquel volvía a ser el hombre del laberinto y aquella, la muchacha de los pasillos de olor sordo y pesado.

Margot fue la primera en soltarse. Estaba sencillamente agotada. No conocía tanto sentimiento. Henri tampoco sabía muy bien qué le estaba pasando. Curiosamente, en ese momento le pareció vergonzoso lo ocurrido, estuvo a punto de burlarse de ambos. A la gran euforia le siguió la vergüenza, y así siguieron deambulando

juntos por los estrechos recovecos; Margot tampoco encontraba ya la salida. Cuando esta apareció por casualidad ante ellos, ella detuvo a Henri y le dijo: «Por desgracia, no puede ser. No me casaré contigo».

Por primera vez desde la infancia, ella le tuteó, y solo para decir que no.

«Margot, debemos casarnos. Así es», confirmó él en el tono más sensato. Ella, en cambio: «¿No viste a alguien que quería interponerse entre nosotros?».

«Mi madre fue quien impulsó nuestro matrimonio», respondió él rápidamente, para evitar cualquier indagación más. Ella, agotada, respiraba con dificultad y dijo: «No lo aguantaremos».

Pero lo que quería decir era: ¡Una pasión con tantos antecedentes, con culpa, sospecha y enredos, mientras esa muerta interpone su pobre rostro entre nuestros besos! Margot habría podido, si hubiera querido, expresarlo en frases latinas: pero su sentimiento carecía de vanidad, por lo que no lo expresó. Se humilló a sí misma, algo que por lo general no ocurría en la princesa de Valois, de pensamiento libre. El deber cristiano despertó en ella, al mismo tiempo que la dignidad humana. En este laberinto sucedían sin duda demasiadas cosas especiales con Margot; era imposible que aquello pudiera seguir así por mucho tiempo. Sin embargo, ella dijo: «Deberías marcharte, querido tesoro».

«¿Oírme llamar así de tus labios y abandonarte?».

«Esta es una corte desmoralizada. Me dedico a las ciencias para no tener que ver nada. Mi madre solo cree en sus astrólogos, y estos le han predicho la muerte de la reina Juana; probablemente

recibieron el encargo de otros. ¿Pero qué más le habrán susurrado sobre el futuro?».

Margot debía de tener sospechas sobre algunas cosas que podían estar por venir. En lugar de sospechar de su madre, echó la culpa a los astrólogos. «¡Pártete pronto!».

«¡Eso sería como si tuviera miedo!». Su indignación aumentaba. «Me pondré el abrigo hasta cubrirme la cabeza, y París me silbará mientras huyo».

«Demuestra usted una arrogancia bastante ridícula, señor».

«Usted, señora, tiene en mente algo muy distinto de lo que finge. ¿No será el duque de Guisa?».

Tan malinterpretada en su más puro impulso, la princesa Margarita fulminó con la mirada a aquel descarado y, antes de que él pudiera reaccionar, salió corriendo por la puerta.

El saludo danzado

Índice

Afuera, al principio aún cegada por la luz del día, Henri se dio cuenta de que no había llegado muy lejos. Su hermano, el rey, la había atrapado y le sujetaba el brazo con tanta fuerza que ella frunció el ceño. Mientras tanto, le hablaba con un resoplido sumamente malicioso: no se le entendía. Sin embargo, estaba claro que había escuchado la última discusión. De todo lo que había sucedido antes, él no podía saber nada. El joven Henri se sobresaltó al recordarlo; le subía por el pecho, ardiente como un manantial en la roca profunda. ¡Esto, precisamente esto es lo que ella también siente! ¡En vano intenta defenderse!

Pero, en realidad, Margot logró zafarse. Orgullosa y furiosa, se irguió ante su hermano.

«No me obligará, señor, a casarme con un hugonote. Nunca estuve de acuerdo con sus intrigas. Se sabía muy bien cuál era mi religión, y quiero conservarla».

Al principio, Carlos IX se sorprendió ante tanta obstinación por parte de su querida hermana. ¡Se atrevía a llamar «intrigas» a los planes de su madre, Madame Catherine! Entonces cambió de actitud; por cierto, entretanto se había fijado en Henri. En voz alta dijo: «¡Por eso no temas nada, mi querida Margot! Seguirás siendo católica junto a tu hugonote». En voz baja añadió algo que probablemente era una amenaza, tal vez el nombre de su madre, pues la mirada de la princesa se desvió brevemente y con timidez hacia la ventana de arriba. En consecuencia, el hermano consideró que su resistencia había terminado, la tomó de la mano y la condujo con paso mesurado hacia el señor y amo que le habían destinado.

«Ahí tienes a mi gordita Margot», le dijo Carlos IX a Enrique de Navarra.

No dejó que surgiera la incomodidad. «Navarra, no nos hemos saludado, pues estaba ocupado con los perros. Recuperemos el momento como es debido».

Inmediatamente se alejó veinte pasos, dio una palmada —y seguramente había dado sus órdenes de antemano, de manera minuciosa incluso; las dos en su laberinto le habían dado el tiempo que necesitaba. Otra habría podido prepararlo todo con aún más antelación—.

Desde ambos lados de la hermosa fachada ajardinada del Palacio del Louvre se movían dos filas de caballeros festivos, una en dirección al rey de Francia y la otra hasta situarse detrás del rey de Navarra. A lo largo del edificio, los soldados ocupaban sus posiciones: la Guardia Suiza a la izquierda y la Guardia Francesa a la derecha. Juntos tocaron un redoble de tambores hasta que todos los caballeros ocuparon sus puestos. Inmediatamente después, desde la sala más adelantada resonó la música más solemne y encantadora de violines y flautas.

Entretanto, la puerta central se había abierto. De ella salieron las damas, muchas bellas doncellas, pero todas ellas solo acompañaban, al igual que las perlas rodean a los grandes diamantes, a las dos preciosas princesas, quienes, conscientes de su preciosidad, se tomaban del brazo con dos dedos en forma de rosa en alto y ponían los pies como si pudieran romperse. Eran Margarita de Valois y Catalina de Borbón, y por muy ensayada que fuera su marcha, sus movimientos seguían siendo rápidos y caprichosos. Al compás de la

música, se abrieron paso entre las dos filas de caballeros. El sol hacía brillar y resplandecer a las princesas de arriba abajo: sus telas doradas, sus peinados adornados con estrellas, su piel fina y exquisita, cuando se detuvieron y se volvieron hacia la ceremonia principal y de Estado que estaba a punto de comenzar. En ella, ellas no eran más que personajes secundarios y adornos decorativos, como bien sabían en su espíritu burlón. Tanto la exigente Valois como la infantil Borbón se sintieron divertidas y se lo comunicaron con un ligero toque de los dedos.

También los hermanos Enrique y Catalina se miraron. Lo que se dijeron fue más o menos: «¡Nuestro pequeño castillo en Pau, el huerto y, allá lejos, las montañas salvajes! ¡Se pueden hacer tantas ceremonias como estas! Fíjate, hay que aprenderlo. ¿De dónde has sacado ese bonito vestido? ¿Y tú? ¡De quién si no, sino de nuestra querida madre!».

Esta conversación muda duró apenas un instante. Carlos IX ya daba comienzo a su gran ceremonia. Henri oyó decir a sus espaldas, ya fuera d'Aubigné o Condé, La Rochefoucauld, si no era el joven de Léran: «¡Señor!», susurró uno. «¡Imite al rey de Francia en todo con exactitud!».

«Es realmente la primera vez», respondió él, aunque se dio cuenta de que Carlos dominaba este asunto a la perfección. Carlos, con su seda blanca, su boina de plumas, los pantalones bombachos cortos y las medias largas, dio un solo paso; era la señal para que sus dos hermanos, d'Anjou y d'Alençon, se mantuvieran muy cerca, justo detrás de sus hombros; pero ahí estaba todo: yo y mi casa — tanto orgullo y majestad que el Valois, antes vulgarizado, parecía de repente, de nuevo, un joven de refinamiento exquisito. Al mismo

tiempo, la música se intensificó con los instrumentos de viento de madera. Su sonido había sido melodioso, se volvió majestuoso — hasta un nuevo redoble de tambor.

Ahora, sobre este rey, su palacio de cuento de hadas y su séquito envuelto en esplendor, se extendía un cielo alto, claro y luminoso. Todos los sonidos se propagaban a lo lejos, especialmente sobre las aguas del Sena, que solo estaban separadas del muro del elegante jardín por un tramo de orilla áspero y descuidado. Esta ya había sido escalada por algunos peatones; los más fuertes intentaban incluso asaltar el muro. La guardia los empujaba sin más hacia abajo con las astas de sus alabardas; por eso se alegraban todos los que podían vislumbrar algo del espectáculo de los grandes, e incluso quien no veía nada, hacía un bullicio popular animado.

Pero una ventana allá arriba, en la fachada del jardín del Louvre, tintineó suavemente; nadie lo oyó, y por la rendija que se abrió asomó, entre pliegues, un rostro viejo y plomizo. Este observaba con ojos como carbones lo que, ideado e inspirado por él mismo, estaba sucediendo allá abajo: la solemne bienvenida del rey católico al rey hugonote, la llegada de los dos hermanos reales, la presencia de tantos nobles imponentes. «¡Esto debe causar al pequeño bearnés y a su gente mal vestida la impresión de que ellos mismos son quién sabe qué, y debe reforzar mucho su confianza!». Esto pensó el rostro color plomo y frunció sus pesadas mejillas.

Desde su asiento, solo Margot podía verlo y, sin saber muy bien por qué, se sintió mareada. «¡Qué estoy haciendo! Eso es precisamente lo que no quería, y tampoco va a salir bien. Presiento algo terrible si dejo que esto vaya más lejos. Ahora mismo debería volver a aceptar a Guise, aunque ya he terminado con él desde hoy,

¡para que, a pesar de todo, no haya realmente boda con mi Henri, a quien amo como a mi vida!».

Margot se quedó completamente sola con sus presentimientos, con su conciencia. Todos, incluso su amado Henri, estaban totalmente absortos en lo que sucedía a su alrededor. Por cierto, este volvió a reclamar la atención de Margot al poco tiempo y, como de costumbre, los acontecimientos externos resultaron ser más fuertes que su voz interior. Su Henri, por su parte, tenía los ojos en todas partes. Excepto el rostro en la ventana, nada se le escapaba, ni la disposición verdaderamente real, ni los rostros, ni siquiera el pueblo, que participaba a su manera en el ballet. Así es como él mismo denominaba la gran ceremonia, pues, aunque carecía de una vaga intuición, conservaba a cambio su ingenio crítico, al que ningún acontecimiento externo intimidaba. Por eso se veía frente a una multitud de rostros que reconocía como encargados —encargados, entregados y pagados—.

Mientras tanto, imitaba los movimientos individuales del Valois, colocaba el pie de la misma manera, lo dejaba igualmente en el aire, lo retiraba, para que el paso fuera más largo y expresivo. Tenía a su lado, o más bien medio detrás de él, a su primo Condé: eso era todo lo que tenía a mano de la sangre de su casa. Cada vez que, al otro lado, el rey de Francia y sus hermanos extendían una mano abierta en señal de invitación, se la llevaban al pecho o se quitaban el sombrero, Henri y su primo se apresuraban a hacer lo mismo —ambos, por cierto, con el esplendor de vestimenta que se requería, con lo que eran casi los únicos de su bando en hacerlo—. Los dos grupos avanzaban al son de la música y una especie de danza espiritual, en consonancia con el carácter elegido y sagrado de la

realeza. Se acercaban unos a otros y, sin embargo, ya no formaban un conjunto armonioso, sino que llamaban la atención los detalles, y estos, naturalmente, decepcionaban tras cada conjunto logrado. En particular, cada vez resultaban más cuestionables los rostros, los rostros contratados.

«De Nançay no es, ni mucho menos, mi amigo. ¡Tengamos cuidado! Es capitán de la guardia personal. Preveo que podría volver a reconocer su rostro cuando ya no sonría con reverencia por encargo. Lo principal sigue siendo inculcarles tanto respeto que ya no necesiten un ballet para ello. Son todos rostros que no nos han olvidado y a los que nosotros tampoco. ¿No pertenece esa otra sonrisa a un tal de Maurevert?‹

«Primo, ¿ese se llama de Maurevert?»

«A eso también se le llama sonrisa; pero lo cierto es que preferiría matar antes que bailar. Me quedo con ese de Maurevert».

Sin embargo, incluso los conocimientos más fiables pueden borrarse y caer provisionalmente en el olvido si, por casualidad, se interpone un malestar personal, por ejemplo, la sensación de la propia ridiculidad. Pero esto ocurrió cuando Henri finalmente percibió, desde una distancia reducida, la burla en los rostros que allí atrás se creían bien protegidos. Henri supo de inmediato qué era lo que confería superioridad a los cortesanos: la miseria de su séquito. En secreto, había temido ese descubrimiento todo el tiempo y por eso había reunido a su alrededor a los mejor vestidos de los suyos. No eran muchos y, al acercarse al otro grupo, ya no pudieron ocultar lo que venía detrás: la comitiva de cascos gastados y zapatos polvorientos. Estaban allí, tal y como se les había permitido entrar por fin en el odiado Louvre tras una larga espera ante la puerta del

puente de acceso —por supuesto, solo la más mínima parte de ellos. No ponían caras de cortesía: sus rostros estaban curtidos, a diferencia de los lisos, y frente a los corteses se mantenían duros y piadosos. Allá, todo era vanidad, esplendor y formalidad; aquí, la pobreza sin disimulo, que había venido a reclamar. Estos hacen la guerra para vivir, pero algunos lo hacen en nombre de una vida superior; a veces lo llaman «religión» y otras, «libertad».

Henri sintió que se le subían las ganas de reír, por primera vez desde que estaba allí. Se habría reído a carcajadas, probablemente con más derecho que los cortesanos que esbozaban sonrisas. En lugar de eso, se arrojó ante Carlos IX primero contra su pecho, luego inclinó el torso hasta los pies y rozó el suelo con la mano derecha en un semicírculo. Repitió este gesto a ambos lados del rey de Francia y lo habría hecho incluso a sus espaldas, pero Carlos atrajo al bromista hacia sus brazos y le dio el beso fraternal en ambas mejillas, mientras le daba un puñetazo disimulado en las costillas. Uno sabía tan bien como el otro lo que eso significaba: la misma parodia de reverencia que en su día había representado el niño de siete años con el de doce.

«Sigues siendo un tonto», dijo Carlos de tal manera que nadie más que Enrique lo oyó. Luego pasó a la solemne presentación de sus hermanos, como si Enrique no hubiera compartido los bancos de la escuela con uno de ellos y más tarde se hubiera enfrentado a él en el campo de batalla. Pero a ambos les había gastado bromas tontas. Mientras tanto, en la fachada del Louvre, una ventana tintineó al cerrarse, pues el propósito del evento se había cumplido y la travesura se había llevado a cabo. «El joven del campo debía de haber quedado ahora con la impresión de una familia algo peculiar,

pero por lo demás no mala»: así pensaba una anciana que, a su manera, también tenía sentido del humor.

En la orquesta, todos los demás instrumentos se hicieron ahora a un lado detrás de las arpas; era la señal para las damas. Para que no se les pasara por alto, el primer noble, de Miossens, les hizo un gesto especial con la mano. Y ellas se pusieron en marcha con elegancia, encabezadas por las dos princesas con los dedos en forma de rosa en alto, que apenas se tocaban entre sí, y cuyos pies también parecían flotar. Al llegar ante los dos reyes con su séquito de jóvenes damiselas, las preciosas princesas se arrodillaron lentamente —o casi se arrodillaron, pues todo era solo un gesto, incluso el beso de la mano al rey de Francia, cuya noble postura parecía aquí totalmente inimitable. Hizo como si levantara a su hermana hacia él y luego la condujo hacia su señor, el rey de Navarra. En absoluto dijo esta vez: «Aquí tienes a mi gordita Margot».

El propio Carlos tomó a su lado a la joven Catalina de Borbón. Con ella encabezó la comitiva, que avanzaba al compás de una solemne música de baile por el jardín hasta la pajarera. Allí se podían ver las exóticas plumas «de las islas»; el sol las hacía brillar y resplandecer, igual que a las propias princesas. La pajarera era sumamente extraña y había que mostrársela a los invitados. Realmente causó gran impresión. «¡Té!», exclamó un hugonote. «Me gustaría llevarme al pájaro que habla, pero solo si también sabe leer la misa». Sus compañeros se rieron a carcajadas. Los demás no se rieron.

Esos pájaros «de las islas» no solo tenían el don de la palabra: algunos, sobre todo los más pequeños y coloridos, podían gorjear

tan fuerte que no se oía nada más que a ellos, ni siquiera el animado bullicio de la gente. Poco a poco, la gente del río había tomado la muralla; muchos se agazapaban en lo alto y se regocijaban en voz alta ante el espectáculo de los grandes. Los señores, las damas y los pájaros, sin embargo, se encontraban cerca de la muralla, por lo que la guardia se volvió más feroz en su defensa. Un muchacho, al que se le notaba que quería saltar al jardín, fue empujado hacia atrás, esta vez no con el asta de la alabarda, sino con su afilada punta. Entre débiles gemidos de dolor, cayó de espaldas y desapareció: pocos lo vieron y lo oyeron. Henri y Margot se habían dado cuenta.

«¡La primera sangre!», le dijo Henri a Margot.

Ella se había puesto más pálida que su maquillaje.

«¡Un buen presagio!», susurró ella, perturbada.

En voz alta, Henri exclamó: «¡Todas estas aves me recuerdan a los pollos asados y a que algunos de nosotros llevamos mucho tiempo sin comer!».

Esto fue aplaudido por su hambriento séquito. Los cortesanos, por su parte, esperaron resignados a que se le ocurriera a su rey partir.

Esto sucedió de tal manera que la comitiva se dividió inmediatamente al bajar. Los reyes, las princesas, los príncipes, entre ellos Condé, y la dama de honor Charlotte de Sauves utilizaron una pequeña escalera, la famosa escalera de los visitantes secretos, de los indultos y de las detenciones. El séquito subió por la gran escalera general.

La mesa real

Índice

En los salones de la planta superior se habían dispuesto mesas separadas: una en el salón de gala para los reyes y varias en la antesala para sus señores. Las bellas damiselas del séquito de las princesas habían desaparecido; esto apenas se notó mientras aún no se había comido. Solo más tarde, cuando reinaba un ambiente festivo, volverían en gran número.

El rey de Navarra vertió una copa llena de vino en el plato de sopa, lo que extrañó al rey de Francia y a la princesa de Valois. A continuación, comió rápido y en abundancia; no le importaban las conversaciones mientras realizaba esta actividad. Solo hubiera deseado poder oír lo que hablaban fuera, su propia gente con la de la corte. La música sonaba demasiado alta.

Un tal señor de Maurevert, allá afuera en la otra sala, mostraba un respeto muy especial por la gastada chaqueta de su vecino, que era el alto Du Bartas. El cortesano se interesó respetuosamente por cuántas campañas había sobrevivido ya aquella prenda deshilachada. El protestante, poco acostumbrado tanto a la ironía como a las cortesías vacías, aprovechó inmediatamente la ocasión para ponerse serio y melancólico.

«Hemos pasado mucho tiempo a caballo. Pero aunque el hombre cabalgara alrededor del mundo, cabalgaría hacia la muerte. Nosotros dos no cabalgamos juntos, Maurevert, pero moriremos juntos». Acto seguido, bebió y obligó también al otro a vaciar su copa.

Du Plessis-Mornay no necesitaba vino para que a su interlocutor, de Nançay, se le subiera a la cabeza. «Podríamos haber conquistado

París», exclamó Mornay. «Pero somos tan buenos que nos casamos con ella».

El capitán de Nançay perdió los estribos, puso la mano en la espada, pero fue retenido por los señores de Miossens y d'Aubigné.

«Y aunque me hubiera apuñalado», gritó Mornay por encima de la mesa, «¡mi religión es la verdadera!». Tras lo cual empezó por fin a comer a fondo. Porque Mornay, en su ardiente intrepidez, era sin embargo aquel cuyo sacrificio no es aceptado por el Señor. Era la virtud que tiene suerte; eso se veía en él cuando su rostro socrático se iluminaba y se abría al disfrute de los placeres de la mesa. El primer noble, de Miossens, señaló en su propia defensa al héroe de la fe que comía, cuando Agrippa d'Aubigné le recriminó su tibieza y su doblez. «Sobre nuestras cabezas pesa el yugo de los injustos, y nos juzgan los enemigos de Dios. Pero usted, uno de los nuestros, les sirve, Miossens. ¿Acaso se puede hacer un pacto con la propia conciencia?», preguntó el poeta por encima del furioso de Nançay, que no escuchaba. El primer noble se limitó a encogerse de hombros. No podía expresar ante oídos indiscretos lo que sentía. Protestante, pero primer noble del rey católico, ayudaba a sus correligionarios en la corte tanto como podía. No esperaba otra cosa que no fuera que lo atacaran.

Agrippa expresó claramente su opinión. «Hay algunos que traicionan a Dios y nos venden. Perdemos nuestros bienes e incluso la libertad de conciencia. Lo que nos queda es nuestra perfecta unidad con Cristo y los ángeles. ¡Pero eso es lo único que significa alegría, libertad, vida y honor!».

Esto fue demasiado incluso para el comedido cortesano. ¿Qué le conmovía más, la acusación de traición o el triunfo celestial del que

se jactaba Agrippa? De Miossens cambió de asiento con De Nançay y se sentó junto a Agrippa.

«Los hugonotes no saben hacer otra cosa que predicar», espetó el furioso de Nançay a un tal señor de Maurevert. Este respondió: «¡Tranquilo, tranquilo! También saben derramar sangre». Tenía una nariz que se alzaba puntiaguda hacia el aire y los ojos muy juntos.

En ese rincón solo quedaban sentados caballeros de la corte. Las filas mezcladas se habían reorganizado por sí solas en dos bandos a lo largo del banquete. En el extremo inferior de la mesa, los de la religión se mantenían unidos. Se había creado un espacio vacío entre ellos y los católicos. De Miossens se vio de repente en medio de sus viejos amigos, pero separado de sus nuevos. Palideció, pero luego prevaleció su sentido del honor; se quedó y dijo: «Quien permanece aquí mucho tiempo vacila y acaba dudando de que solo nosotros seamos justos ante Dios. Alégrese», dijo rápidamente, para que Agripa no le interrumpiera, «a usted no le sucederá, pero quizá a su joven rey, que me parece que ama la vida de otra manera que no sea la unidad con Cristo y los ángeles».

«No debemos temer a la muerte». Agripa no dejó que le quitaran esas palabras. «Es nuestro refugio frente a las tormentas, y aunque pereciéramos entre las llamas, ¡estas nos llevarían ante el ansiado trono del Eterno!».

Era hermoso, pero no provenía en absoluto del deseo de morir, sino más bien de la profunda certeza de Agripa de que aún le quedaba mucho tiempo de vida. Precisamente de eso no estaba seguro el callado Miossens. Miró a Agripa con seriedad hasta que

este se dio cuenta de que ya no se trataba de una conversación de sobremesa, ni tampoco de una edificante.

«¿Qué diría usted, d'Aubigné, si las llamas que deben volar delante de nosotros hacia la eternidad no estallaran dentro de veinte años, sino mañana, y no en un lugar desconocido de la Tierra, sino en el Palacio del Louvre?»

Ya nadie le interrumpió; pudo seguir hablando en silencio en medio de los gritos, del estruendo de los címbalos y del tintineo de las copas.

«Sé demasiado. Los hechos son más difíciles de soportar que la fe. Aquí se está casi decidido, pero aún no del todo. ¿Para qué? Eso ni siquiera se lo confío a mi alma. En cualquier caso, primero debe celebrarse la boda. Vuestro rey y nuestra princesa son unos jóvenes tan encantadores que la visión de su amor debería hacer recapacitar incluso a los malhechores. Decid a vuestra gente que no desafíen a nadie más, ni a la corte ni al pueblo. Es el último momento, es la hora final. De lo contrario, algunos de nosotros volaremos pronto hacia el ansiado trono del Eterno».

Se levantó y concluyó con una postura encorvada. «Casi digo demasiado».

Solo tenía canas en las sienes; pero sus hombros se arqueaban más de lo que parecía permitido a su edad, mientras regresaba ahora junto a los señores del rey de Francia, de quien era primer noble. Le recibió un tal señor de Maurevert, de nariz afilada y ojos muy juntos, que le miró fijamente antes de decir: «¡Así que al final, Miossens, se ha pasado al bando de los hugonotes y ya ha hablado de más!».

Los dos caballeros estaban de pie, sí, erguidos a plena luz frente al pequeño pasillo que unía la antesala con el salón de gala. Allí cenaba la comitiva, aquí los reyes, y Henri estaba sentado justo enfrente del pequeño pasillo: así vio a los dos. Contempló a De Miossens de perfil, con su cabello canoso y los hombros encorvados, pero al otro lo vio de frente, y eso lo dejó pensativo. Incluso se interrumpió, en medio de la frase que dirigía al rey de Francia. En consecuencia, Carlos siguió la mirada y, al darse cuenta de a quién se refería, frunció el ceño.

—Primo Henri —dijo rápidamente—, tiene a su lado algo más hermoso de lo que puede ver allí al otro lado.

Era la pura verdad, pues junto a Enrique estaba sentada Margot, y aunque no fuera por su encantadora apariencia, ella lo cautivaba con una voz grave y melodiosa que pronunciaba palabras cultas, pero a la vez sugerentes. Ella y Henri estaban a la altura el uno del otro en todo, y lo que se decía entre ellos, con formas clásicas, una dama tan orgullosa y refinada como ella difícilmente habría podido pronunciar con sus labios de rosa sin un gran esfuerzo: sin embargo, todo fluía con naturalidad. Incluso ocurría con suficiente claridad como para que, a veces, algún comensal pudiera intervenir y subrayar el sentido. Madame Charlotte de Sauves mostraba mucha audacia y gracia, una nariz descarada, ojos ingeniosos bajo cejas arqueadas y estrechas, la frente demasiado alta, los miembros frágiles: pero esto último era solo apariencia. Su naturaleza prometía que aguantaba mucho en el amor, y sobre esto ella y Henri ya se habían puesto de acuerdo con y sin palabras.

¡Oh! Amaba a Marguerite de Valois. Al oír el sonido de su voz, que era grave y, cuando ella quería, un poco lenta, una emoción

surgía del centro de su cuerpo, se apoderaba de su pecho y su cuello, y le humedecía los ojos. A menudo veía al objeto de su amor solo a través de un velo, como la felicidad, que hasta ahora se encuentra aún en estado de promesa. Varias veces estuvo a punto de deslizarse de su asiento y arrodillarse ante ella: habría sido un gran alivio para sus sentimientos. Sin embargo, la timidez le detuvo. Porque Carlos IX estaba ebrio y se puso a burlarse de «su gorda Margot», mientras que sus hermanos de Anjou y de Alençon, tras la larga comida, se enzarzaron en una disputa. Enrique comenzó a dar respuestas vivaces al rey de Francia. Su primo Condé le dio un codazo en la espalda y le advirtió. Por cierto, la discrepancia entre los dos príncipes reales degeneró en agresiones físicas: hubo que separarlos.

D'Anjou sangraba por la cara, se retiró al otro lado de la mesa y le dijo a su primo Navarra: «Al menos tú fuiste un adversario honesto en nuestras batallas, y la mayoría de las veces te derroté».

«Eso solo se debía a tus cartas, d'Anjou. Tenían un lenguaje rebuscado, como el de un español. Tu estilo me repugnaba. Es más, me daba fiebre y no podía luchar. Pero si realmente me hubieras derrotado, no estaría aquí, no junto a tu hermana».

Entonces el otro se volvió más apagado e incluso temeroso, aunque el vino aún hablaba por él. «Navarra, mira, me sangran las mejillas. Pero eso no es nada. Mi hermano d'Alençon solo me odia como alguien que llega mucho más tarde. Más terrible es cómo me odia mi hermano real, su sucesor más cercano. Nuestra madre quiere verme en el trono, y Carlos sabe que es peligroso interponerse en su camino. El miedo lo vuelve loco. ¡Bebe conmigo, Navarra! Nos hemos enfrentado con la espada con honestidad; a ti

te confío secretos de familia. Cuando ayer entré en la habitación de mi hermano real, él corría por ella como un animal salvaje con una daga reluciente en la mano. Me miró de reojo, ya sabes cómo. Estoy perdido, todos los santos lo tienen claro. Apenas me dio la espalda, salí por la puerta, silencioso como un ratón, y mi reverencia al salir fue menos profunda que al entrar, puedes creerlo.

«Lo creo todo», dijo Henri, incluyendo el envenenamiento de su madre.

Añadió: «Sois una familia de cuyos encantos hay que guardarse. Yo no he podido». Dicho esto, se volvió; el corazón se le subió de repente hasta la garganta, tanto le deslumbraba aquel rostro —y, sin embargo, pertenecía a la hija de una casa siniestra.

Por lo demás, ella había seguido conversando de forma insinuante y erudita, sin importarle con quién. A él le invadió el calor, ya estaba a punto de llamar la atención a Condé y a d'Alençon: entonces se fijó en los colores de su casa en el vestido de ella. Se había puesto de acuerdo con su amiga para llevar en sus faldas, sin que llamara mucho la atención, bordados con los colores de su casa: azul, blanco y rojo. «La casa de Borbón, ella ha pensado en ello, me ha estado esperando desde hace tiempo, igual que yo a ella, lleva mis colores, y cuando se negó a casarse conmigo, fue en realidad una artimaña para que la amara aún más. ¡Porque Margot me ama!».

Esta certeza lo volvió loco, exclamó: «¡Venga!», y quiso llevársela para estar a solas con ella. Ella se hizo la tonta, como si no hubiera oído nada. Pero su hermana Catherine se inclinó hacia él y le dijo: «¡Piensa que estamos en el Louvre!».

Inmediatamente se dio cuenta de ello y miró rápidamente a su alrededor: «El salón de gala, el techo tallado tan rico en oro que todos lo llaman: la sala dorada. Tiene ventanas en dos lados. Desde el sur y desde el paisaje fluvial ya se adentra el amplio crepúsculo, violeta y gris: tanto tiempo llevamos sentados a la mesa. En cambio, la ventana occidental envía el rayo dorado del día que se inclina hacia la sala dorada, salpica y brilla alrededor de un rey ebrio y del enamorado que soy yo. ¡Atención a Kathrin! Mi hermana me muestra su carita sensata; no es de nuestra querida madre, pero me habla como solo la de ella lo hacía. Tienes razón, hermana, este es el Palacio del Louvre, en él no tenemos ningún amigo y estamos solos los dos.

Marguerite de Valois le obsequió de nuevo con su voz y habría vuelto a conmover su corazón, sin importar si sus palabras eran recatadas. Por desgracia, de repente le resultó imposible ignorar la disputa en la antesala. Ya llevaban mucho tiempo gritando y amenazándose allá fuera, ahogando el sonido de los címbalos y los timbales, y la batalla podía comenzar en cualquier momento. Henri lo comprendió de repente; Marguerite de Valois ya no lo aislaba de ello, ni con su voz, ni con su rostro deslumbrante, ni con su intenso aroma. Todo aquello adquirió de pronto el sentido de la tentación y la apariencia, mientras que fuera la realidad lo llamaba para que cumpliera con su deber. Su madre había sido envenenada: ¡oh, pensamiento ante el cual se detiene el corazón! Pero detrás de sus espaldas y más allá de la pared de la habitación dorada comenzaban pronto las estancias de su asesina. En medio, entre la que acechaba dentro y los enemigos de fuera, que podían abalanzarse en cualquier

momento sobre los suyos, él amaba: amaba a Marguerite de Valois, y la vieja reina observaba a través de un agujero en la pared.

«¡Hermana, mira con claridad y seriedad! Yo me mantendré completamente sensato, aunque esté envuelto en el asunto de borrachos y asesinos. Es cierto: nuestra situación no puede hacer nada contra mi pasión por Madame Marguerite, que sigue siendo tan noble a la vista como su imagen, y lo que ella piensa en su interior lo descubriré más tarde en sus brazos, ¡o quizá nunca! ¿Sabes, hermana, que no quiero abandonar esta corte? Por Margot, la amo también a ella, con toda su audacia y peligro. Nuestra madre la calificó de corrupta, más aún de lo que ella hubiera pensado, y deseaba que yo viviera con mi esposa lejos de aquí, en la paz del campo. Eso no debe ser, como bien siento. «En esta corte, las mujeres desafían a los hombres», dijo la reina Juana. «Es cierto que Charlotte de Sauves no ha perdido el tiempo, y ¿por qué iba yo a mostrarme fría? Sin embargo, daría mi vida solo por Madame Marguerite de Valois. ¡Hermana! ¿Quieres recordarme una vez más a nuestra madre? Se me para el corazón».

Como si hubiera pronunciado estas palabras, Catalina de Borbón se inclinó hacia su hermano y le dijo: «¡Piensa en nuestra madre!».

El joven de dieciocho años, sacudido de golpe por todas las tormentas de la vida, respondió sin embargo con profunda convicción: «Pienso en ella».

Mientras tanto, su primo Condé regresó de la antesala: «He despedido a los nuestros en tu nombre», explicó. Enrique se levantó de un salto.

«¡No puedes hacer eso! ¡El campo debe quedarnos a nosotros!».

«Entonces ordínales que maten a los señores de la corte, sin olvidarse de ninguno. Ordénalo de inmediato, aún hay tiempo».

Se oían pasos pesados: los que se retiraban, pero amenazaban en voz alta, daban media vuelta y, aunque debían marcharse por orden de su señor, primero se plantaban con las piernas abiertas.

Condé se vio invadido por la ira. «Por mí está bien: una masacre, ¡yo participo! ¿Y bien? ¿Hablas?».

Henri guardó silencio. Era plenamente consciente de lo que el otro olvidaba en su arrebato: habrían tenido que empezar por asesinar a Carlos IX y a sus hermanos. No debían dejar vivo en el Louvre a nadie que no se rindiera, y luego les tocaría a París. ¡Qué espantosa locura!: fue la habitación dorada la que la gestó, ¡pero más aún la vieja asesina detrás del agujero en la pared! Carlos IX miraba con expresión embotada, como un animal. Sus hermanos estaban en la puerta y seguían incitando a los contendientes. Henri se abrió paso entre ellos, apareció en la antesala y llamó a los suyos. Por un instante vaciló el ánimo, hasta que bastantes de ellos recobraron la cordura. Se callaron, por mucho que les costara, y se retiraron, cruzando el gran salón de fiestas, donde ya se hacía de noche: allí se callaron por completo.

Sin embargo, ya llegaban los sirvientes con antorchas y, tras ellos, hermosas damiselas: ya no solo las pocas que antes habían aparecido en el jardín, no, sino todo un regimiento. Ni siquiera eso abarcaba la totalidad de las damas de honor, de las que Madame Catherine disponía como de tropas ligeras. Rápidamente se lanzaron a cualquier punto amenazado, y también a los salvajes hugonotes querían domesticarlos. ¡Encended las velas, sirvientes! Cuatro filas

de cinco candelabros cada una, pues las muchachas están maquilladas precisamente para esta luz. Los bandidos a los que se llama hugonotes les revelarán todo lo que piensan o planean, y Madame Catherine se enterará puntualmente.

«¡Cuidado!», dijo Henri con brusquedad a Agrippa d'Aubigné, quien se lo transmitió.

«¡Muy bien, amigos, señores!», exclamó el rey de Navarra, de repente lleno de despreocupación y alegría, dirigiéndose a los cortesanos, pues estos ocupaban la antesala como si esperaran un ataque. «En presencia de las damas, mis rudos caprichos se vuelven tan suaves como la seda». Lo dijo como si se burlara de sus propios fieles, y con ello agradó tanto a los cortesanos que un tal señor de Maurevert le besó la mano. Henri no la retiró en absoluto antes de tiempo, aunque un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Cuando regresó, Carlos IX acababa de ser llevado por los sirvientes a su dormitorio, el primero de los aposentos reales. En el último de ellos, Henri había discutido con la anciana Catalina si su madre había sido envenenada por ella. Allí había desaparecido Madame Marguerite: ¡a quién podía sorprenderle, siendo hija de Catalina! También sus hermanos y la señora de Sauves se habían marchado. Junto a la mesa bastante devastada y la silla volcada del rey, solo esperaban a Henri su hermana y su primo.

Ella miró a su hermano, guardó silencio hasta que se cerró la puerta. Incluso entonces solo susurró. Él reflexionó, no dijo nada, pero movió rápidamente los párpados. Entonces ella tomó del brazo a su primo. Ambos se adelantaron a Henri, entraron en la antesala,

giraron a la derecha y bajaron por la pequeña escalera oculta que daba al patio.

La posada común

Índice

Allí se hicieron invisibles de inmediato. El «pozo de la fuente del Louvre» estaba sumido en una profunda oscuridad. Detrás de varias ventanas situadas a diferentes alturas en las paredes parpadeaba débilmente un resplandor rojizo, y solo así se percibía lo densa que era la oscuridad que se extendía entre ellas. Henri permaneció inmóvil hasta que oyó a alguien susurrar: «¡Por aquí!». Siguió la voz, pasando por detrás de unos salientes y atravesando un pasillo a oscuras, mientras la voz repetía: «¡Por aquí!». Finalmente, el rey de Navarra y su primer camarejo, d'Armagnac, se colaron en una sala donde, a la luz de una única lámpara, las sombras se precipitaban unas sobre otras.

El noble, en su calidad de sirviente, cerró con llave la pesada puerta y comenzó uno de sus discursos. «Las paredes aquí tienen tres pies de grosor, la abertura de la ventana está a diez pies de altura. La gente que habita en esta cueva está en la taberna, por lo que no cabe la más mínima duda de que nadie nos está escuchando».

«¡Ilumina los rincones de todos modos!»

¡Y he aquí que se encontró a una hermosa señorita! No estaba bailando en el salón de fiestas bajo las veinte lámparas de araña adornadas con velas de cera: había seguido al rey de los hugonotes, quería saber adónde iba esta noche y dar cuenta de ello a Madame Catherine, quien siempre acogía con benevolencia este tipo de cosas. No quedó más remedio que sacar a la hermosa damisela y encerrarla en algún lugar en completa oscuridad.

«La dejaré libre más tarde», prometió d'Armagnac. «Ahora se trata de que Su Majestad salga del castillo sin ser reconocida».

«Eso ya ha fracasado, la vieja reina lo sabe todo».

«Demasiado tarde para ella. Quien tenga que temerle a usted, Sire, esta noche, deberá ver con sus propios ojos cómo le disfrazo. Después, nadie se dará cuenta». Y con eso se puso manos a la obra. Al final, su señor se parecía al más pobre de sus hombres, con una barba postiza colgando de su rostro ennegrecido.

«Le he hecho arrugas», dijo el primer camario. Inmediatamente, Henri adoptó la postura de un hombre mayor. También le dieron un saco para que lo llevara. «Leña. ¿Por qué leña?».

«Porque es la carga más ligera. Se llama Gilles y tiene una hermana en París».

«¿Le llevo leña?».

«No, sino el jamón que hay debajo. Si te registran en la puerta del Louvre y encuentran el jamón escondido…»

«Entonces estaré acreditado como Gilles. ¡Qué buena idea! ¿Me dices la contraseña?».

«Jamón».

Se rieron juntos de esto tras los muros de un metro de grosor hasta que se cansaron. Entonces Henri se puso en marcha, pasó sin problemas por el arco donde la guardia jugaba a las cartas: solo tuvo que gritar «jamón». En el puente fueron más minuciosos, le hicieron vaciar el saco y se quedaron con el jamón.

«¡Ahora lárgate, viejo hereje, a la taberna donde tu supuesta hermana trabaja de criada!».

Afuera, el joven Henri cojeaba encorvado, como si llevara ladrillos, y como en la calle de Austria nadie quería cruzarse con él, tomó, cojeando siempre por puro arte, varios rincones oscuros, hasta que en uno de los callejones sin luz apareció una planta baja débilmente iluminada. Las sombras humanas y el canto anunciaban la taberna desde lejos. Tanto la puerta de la casa como la de la sala de comedores estaban entreabiertas, debido al humo de la chimenea, en la que se asaba un pincho de pollos; una de las muchachas se encargaba de ello, mientras que las otras dos servían de beber o se sentaban de rodillas ante los huéspedes y cantaban con ellos. El posadero marcaba el ritmo de la canción. Parecía un campesino; en su ropa colgaba paja. Los huéspedes iban armados, incluso uno muy pequeño que graznaba. Era una cancioncilla alegre sobre una criada imprudente que había cedido a un hugonote por su bonita perilla, pero ¿qué salió de ello? Un niño que no pudo ser bautizado, pues nació con una pata de caballo, y al poco tiempo le torció el cuello a su propia madre, ¡hasta que le quedó la cara al revés!

Los leños ardientes de abajo eran la única iluminación; la luz parpadeaba alrededor de las bocas ruidosas, pero una franja de oscuridad se extendía a lo largo de las frentes. Henri, que observaba desde fuera, tuvo la clara impresión de estar ante unas caras de animales y una cueva de la estupidez. Le invadió el rechazo hacia su papel de hombrecillo. Por otro lado, resultaba tentador presentarse solo y sin armas ante esos seis tipos bien contados. Entonces fue empujado sin miramientos a un lado por una figura muy alta, que entró inmediatamente y deseó en voz alta buenas noches. Reconoció la voz grave y, más aún, la silueta: al buen Du Bartas no le sirvió de

nada darle la espalda a Henri. Dijo: «Vengo a escuchar mejor vuestra hermosa canción».

Eran seis, pero solo el más pequeño respondió algo, desde detrás de la pesada mesa de roble.

«¡Eres lo suficientemente alto como para pasarme una salchicha del techo!».

Du Bartas realmente se estiró. «Solo si vuelves a cantar tú solo, con tu voz ronca, la canción del niño hugonote».

El pequeño se mostró receloso, pero una de las criadas se colgó del brazo del gran hugonote y le aseguró: «La canción no se refiere a ti. Al fin y al cabo, ¿se puede cantar o está prohibido? Si por casualidad me dieras un hijo, no temería que tuviera un pie zambo». Y ante esto, las tres mujeres se echaron a chillar. Los hombres permanecían sombríos detrás de la mesa, sin inmutar el ceño ante lo que hacía el posadero. Este patán de campesino se escabulló a espaldas de Du Bartas hacia el fuego, agarró un palo al rojo vivo y solo calculaba dónde golpearía con mayor seguridad al hereje. Ese fue el momento para Henri: salió rápidamente, agarró al tipo por la muñeca y acercó unas ramitas de su saco al leño del traidor posadero, tras lo cual las agitó en llamas ante su malvada cara hasta que el asustado volvió a arrojar su leña al fuego. Entonces Henri dejó caer las ramitas al suelo.

«¡Corre, muchacho, llévale tu vino al señor, y a ser posible que no sea agrio! Se me ha acabado el dinero, ¿o es que aceptas más leña como pago?».

«Bebe conmigo», dijo Du Bartas como a un viejo camarada. Se sentaron en el extremo libre de la mesa, junto a la puerta, y entre

ellos y los demás comensales de la humilde posada se extendía el mismo espacio hostil que antes en la mesa del rey, en su castillo del Louvre.

El posadero dejó la jarra sobre la mesa y murmuró, sin mirar a nadie: «En mi pueblo metían los pies de la gente en el fuego de la estufa».

No dijo quiénes; pero los dos hugonotes se entendieron en silencio. «¡Sabemos que a menudo no fuimos mejores que los bandidos!». Du Bartas adoptó la expresión decepcionada y desesperanzada con la que le gustaba hablar y componer poemas sobre la ceguera y la maldad de los hombres. El joven Henri estuvo a punto de exclamar: «¡Eso se lo he reprochado al almirante hace tiempo! Pero ellos no tienen nuestra fe: esa era toda su justificación cuando saqueábamos y torturábamos. ¡En estas personas se ve adónde se llega con la disputa por la religión!

Sin embargo, en primer lugar, eso era una blasfemia, incluso solo como pensamiento, y aterrorizó profundamente al hijo de la reina Juana. Además, esperaba que Du Bartas realmente no lo hubiera reconocido y que solo estuviera allí por casualidad. Por eso se mordió la lengua y guardó silencio. Por cierto, el posadero les tenía preparadas aún más atenciones.

—Mañana por la mañana tengo que ir a confesarme —gruñó, sin mirarla. «El párroco me había prohibido dar de comer y beber a los bandidos. Desde que tantos de ellos se han extendido por París, atacan a los cristianos y acosan a las muchachas. Por cierto, ninguno de ellos ha mostrado aún su dinero. Ahí está el primero que no es

un moroso», dijo en un tono a medio camino entre la adulación y la burla. Henri se levantó de un salto del banco, indignado.

«¡Siéntate!», le espetó Du Bartas. Qué improbable era, después de todo, que lo hubiera reconocido. «Pobre hombrecillo», pensó Henri, como si fuera verdad. Rostro ennegrecido, arrugas y barba canosa: además, se puso la voz adecuada. «¡Cuidado, señor! El tipo pelirrojo detrás de los demás está sacando a escondidas su cuchillo».

«Lo veo», respondió Du Bartas.

El tipo pelirrojo intentó, al amparo de los demás, salir de la esquina. El enano, que apenas asomaba por encima de la mesa, desvió la atención de él y graznó: «¡El hijo de la tendera ha desaparecido!».

«Los hugonotes matan a niños», le explicaron los demás, aparentemente indiferentes ante los forasteros. «Es sabido que cometen asesinatos rituales».

Esto difícilmente habría salido bien, pero llegaron nuevos clientes: hugonotes, entre ellos dos de su grupo a caballo. Henri conocía sus nombres y sus hazañas bélicas. Sus dos acompañantes tenían un aspecto temerario: se les habría llamado «pistoleros» si no hubieran sido por la religión. Con ello, las fuerzas de ambos bandos quedaron equilibradas en la mesa de la posada, por lo que el tipo pelirrojo abandonó su sospechoso plan y todas las armas del otro bando desaparecieron.

Los dos jinetes explicaron a Du Bartas que, siendo forasteros en París, se habían topado en la oscuridad con dos correligionarios. De no ser así, nunca habrían encontrado una taberna. Su aspecto

parecía demostrar, por el contrario, que ya se habían pasado por varias, y que allí no se habían comportado con modales, pues tenían un aspecto desaliñado. De repente, Henri se olvidó del hombrecillo al que estaba presentando y se puso a reprender a los jinetes. «¡Recoged las armas! ¡Buscad las disputas! ¡Sois la vergüenza de nuestro partido!».

Se rieron a carcajadas, y Du Bartas le dio un fuerte codazo en las costillas a Henri, lo que le hizo darse cuenta de que, en comparación con su aspecto, se estaba comportando de forma bastante ridícula. Por eso se calló y los dejó hacer. Sin embargo, hacían sonar el dinero en sus bolsillos, dejaron algo por adelantado sobre la mesa y pidieron a cambio las gallinas, que parecían haber estado asándose el tiempo suficiente, tan bonitas y doradas brillaban. Invitaron generosamente a comer al señor Du Bartas y también al divertido viejecito, pero luego se lo comieron con una rapidez extraña, prestando atención entretanto a los ruidos lejanos. No tenían tiempo en absoluto para las atenciones de las criadas. Apenas saciados, se marcharon, jinetes y cazadores. Al principio se les oyó llegar en silencio; un poco más tarde se oyó un trote como de gente corriendo.

Du Bartas dijo en todo caso: «No volverás a decir, posadero, que los hugonotes se quedan con algo de deuda». Le respondió el silencio, mientras se acercaban pasos en marcha y el resplandor de las antorchas: la guardia de la calle. El oficial y un hombre aparecieron en la puerta: «¿Dónde están los hugonotes?».

«¡Ahí!», gritó el posadero, señalando con el dedo al alto y al anciano bajito. «Se comen las gallinas, y su dinero no me pareció católico desde el principio». El tipo pelirrojo, el lisiado y los otros tres

huéspedes, junto con las mujeres, lo confirmaron sin que se les preguntara. Solo ante las preguntas insistentes del oficial se admitió que había habido más gente allí. ¡Pero el dinero era de esos dos! «Seguro que han asaltado y robado a alguien: eso es lo que pensábamos». Entonces se los llevaron también.

Du Bartas no se preocupó más por Henri, sino que se adelantó con el oficial. Era de suponer lo que le reveló, pues tuvo como consecuencia que la guardia cambiara de rumbo. Pronto llegaron a una casa que Henri reconoció: el Palacio Condé; habría ido allí desde el principio si un aventurero disfrazado no lo hubiera seducido y retenido. Ya lo esperaban desde hacía tiempo. Los sirvientes con linternas se apresuraron a acercarse, y hasta estaban al tanto del extraño aspecto del rey de Navarra, pues se inclinaron ante él hasta el suelo.

Entonces, de repente, Du Bartas hizo lo mismo.

La última hora

Índice

En primer lugar, llevaron a Enrique a una habitación donde se aseó y se cambió de ropa, pero luego lo condujeron a otra: allí se encontraba el almirante Coligny. Este quiso levantarse, pero Enrique se le adelantó y le instó a permanecer en el sillón. También estaba presente la princesa de Borbón, quien se arrodilló ante su hermano. «Puesto que soy su servidora devota, hermano, permítame, por favor, escuchar lo que usted y el señor almirante decidan en esta última hora».

Lo dijo con la misma insistencia con la que, en la mesa, le había dicho «¡Piensa en nuestra madre!». Tanto la seriedad como la formalidad tenían por objeto atraer por completo la atención del hermano hacia ella. Catalina sabía muy bien a quién tenía él en mente y todo lo que era capaz de olvidar por ello. Aún era una niña, su voz temblaba; pero había hablado. Ahora se retiró de la luz.

Henri dijo: «Señor almirante, su deseo de verme en secreto coincidió con el mío, no me he resistido».

«¿La reina de Francia no sospecha nada?», preguntó Coligny.

«Estoy seguro de ello», dijo Henri, por poco que lo estuviera.

Coligny dijo: «Debe saber lo que usted mismo aún no puede saber: no nos quieren en París. Su matrimonio no cambia nada; nos odian porque odian la religión».

«Y quizá porque ha permitido que saqueen con demasiada frecuencia», añadió Henri para sí mismo, recordando aquella sórdida taberna. ¡Qué exceso de odio debía de haberse acumulado en las personas de su propio pueblo —no contra la religión, sino contra sus

practicantes— si un campesino era capaz de arrancar del hogar un leño ardiente con intenciones asesinas, solo porque su huésped era un hugonote!

«Nunca debería haber llegado a eso», dijo. «Todos somos franceses».

Coligny respondió: «Pero unos se ganan el cielo y otros la condenación. Eso debe seguir siendo así, tan cierto como que la reina, su madre, vivió y murió en esta fe».

El hijo de la reina Juana frunció el ceño. No había nada que replicar, una vez que el gran compañero de lucha de su madre la esgrimía como argumento. Los dos, el anciano y la difunta, se alzaban juntos contra él; eran contemporáneos y compartían la misma inquebrantable firmeza de opiniones. Por eso se habían mostrado hasta el final en la corte tan vehementes e irreconciliables, que era inevitable que ocurriera una desgracia. «Pero entonces, ¿cómo? ¿Acaso mi querida madre sería la culpable de su propio asesinato? ¡No, no! Prefiero creer que fue su pulmón, y que Madame Catherine no le echó veneno».

En ese instante, su hermana colocó el candelabro de mano entre él y el señor almirante: debían de verse bien las caras, dependía mucho de que se entendieran. Pero entonces el joven Enrique vio a un anciano, en lugar del dios de la guerra que había conocido.

El almirante Coligny era incuestionable y, para el joven Henri, parecía haber sido forjado de una sola pieza de metal. No es que siempre hubiera vencido, eso no era así; pero era la guerra personificada, y de la más alta de las guerras, la guerra de religiones, había llevado la máscara, una configuración de rasgos

más que humana, que solo encontraba su igual en las figuras del exterior de las catedrales. Así era para el niño Enrique, a lo largo de todos los años, incluso cuando se permitía criticar al comandante. Todo eso se esfumó de un golpe, y en lugar de toda esa piedad y fuerza monumentales, se reveló aquí, al descubierto, el fracaso definitivo de la vida, que se llama vejez. Aún se mantenía firme, pero los ojos apenas brillaban, las mejillas parecían desgastadas, incluso la barba era desigual, y solo resistían esas arrugas, que ascendían desde la raíz de la nariz hasta la frente abombada. Ya hubiera o no esperanza de victoria, el héroe permanecía dispuesto como siempre a ofrecer la vida en sacrificio por Dios.

Un anciano desconocido, pero que había sido compañero de su querida madre y había sido duramente golpeado por su muerte —en verdad, más duramente que su propio hijo, que sobrevivió a ella y no terminó con ella—.

«¿Murió en paz?», preguntó con modestia.

«En Dios, como espero morir yo». El tono denotaba una especie de rechazo. Yo —dio a entender Coligny—, pronto estaré con ella. Tú, joven, te quedas atrás y te alejas de nosotros.

Henri lo intuyó y se opuso.

«Señor almirante, usted no compartía la misma voluntad que la reina, mi madre. Lo sé, ella me lo escribió. Ha intentado en vano obligar a la corte de Francia a entrar en guerra contra España. Mi madre me casó primero».

«Aún no ha sucedido».

«Y usted no lo desea».

«Se ha llegado demasiado lejos como para que podamos dar marcha atrás. Solo nos queda una opción, y por eso le he convocado aquí esta noche. El intento de volver a mandar como el comandante al que incluso un joven príncipe obedece».

«Le escucho».

«Exija garantías, antes de la boda. Por Dios, debe protegerse a sí mismo y a la religión antes de que los demás lo hayan conseguido todo y ya no nos necesiten. ¿Cuándo está prevista su boda?».

«¡Dentro de ocho días!», exclamó Henri, sin ver ya al anciano. Detrás de las velas, sus sentidos le mostraban a Margot.

Coligny dijo: «Debería llamarle la atención esa prisa. Quieren separarle de los suyos. Quieren que renuncie a la religión».

«No es cierto. Ella no lo exige».

«¿Quién? La princesa no significa nada. ¿Pero su madre? Escuche mi predicción: lo encarcelarán».

«¡Qué idea! Me quieren».

«Como se nos ama a los hugonotes».

Henri se quedó de repente en silencio, y Coligny pudo continuar hablando.

«En medio de todos los honores y diversiones que pueda desear, seguirá siendo, sin embargo, prisionero de esta gente y nunca más podrá actuar según sus propias decisiones. La Casa de Francia lo acoge, única y exclusivamente para que la religión pierda al hijo de la reina Juana como su líder».

Eso sonaba terriblemente cercano; la misteriosa esencia de la vejez conmovió al joven, al menos en ese momento. No se podía

distinguir: ¿qué había detrás de todo aquello? Quizás un conocimiento oculto emanaba de ancianos supervivientes, a modo de una luz que los extraños han dejado en una casa abandonada.

«Exija garantías, ¡antes de la boda! Su escolta personal debe estar compuesta íntegramente por su gente, la mitad de los guardias del Louvre deben ser de los nuestros, y en París debemos obtener refugios».

«Todo eso es fácil de pedir, señor almirante, pero difícil de conseguir. Quiero proponerle algo mejor: sin muchas preguntas, damos un golpe de mano, capturamos al rey de Francia, desarmamos a sus soldados y ocupamos París».

«Estaría bien que lo dijera en serio», dijo Coligny con severidad, pues este era el momento decisivo, el destino que se pronunciaría de boca del muchacho. ¡Pero la boca se le tuerce y el muchacho se burla!

«¿También correrá sangre?», preguntó Henri.

«Un poco, en lugar de mucha», respondió con enigmas ese conocimiento reservado, que, sin embargo, no era más que palabrería de viejo.

Henri mantuvo el rostro a la luz para que Coligny viera que era intrépido, y no solo burlón por debilidad. En aquel entonces tenía todo el perfil del soldado gascón, encorvado, moreno, cortante; por el momento solo ese perfil militar universal, aún sin el sello del dolor y el conocimiento, y dijo: «No debería haber venido a París, o al menos no como el más fuerte; ese fue el último pensamiento de la reina, mi madre. Pero usted ha enviado a casa al ejército protestante, señor almirante, y tenía que hacerlo; pues ¿quién acude

a su propia boda con tropas de asalto? ¡Aquí estoy! Incluso sin cañones soy el más fuerte, tal y como la reina quiso, pues no tengo miedo y les muestro mi dignidad. ¡Pregunte a Madame Catherine y a Carlos IX, a quienes obligué a que me rindieran todos los honores, o pregunte al señor de Maurevert, que me besa la mano!».

Este fue el discurso del soldado gascón de dieciocho años, y se intensificó aún más a raíz del lúgubre silencio de un anciano.

«Pregunten a todos mis compañeros de edad si les apetece enzarzarse en luchas partidistas en nombre de la religión o si no prefieren más bien una victoria común sobre España. Nuestra tarea será unir a este país contra su enemigo: en eso pensamos todos igual, ¡nosotros, la juventud!», exclamó, pues una palabra como «la juventud» era aquí el ataque más seguro y la ventaja más indiscutible. «La juventud»: no eran los rostros traicioneros del baile de bienvenida en el jardín, ni los belicosos de la mesa real. Era una comunidad que tenía vida propia, pero a un anciano no le concedían ninguna.

Además, Enrique de Navarra, más tarde de Francia y Navarra, anticipó aquí, durante un momento de exageración, lo que era su causa, solo suya, y lo trasladó con vehemencia a una comunidad, «la juventud», que no existe. En realidad, sus propios amigos jóvenes no estaban en absoluto de acuerdo con su matrimonio con la princesa de Valois: ni d'Aubigné, ni Du Bartas ni Mornay, ni la tropa a caballo con la que había llegado, ni los de la religión en el país. Todo eso lo olvidó aquí, en su elevada defensa de su propia vocación. Con el curso de los acontecimientos, se quedaría solo innumerables veces a pesar del bullicio a su alrededor, sería traicionado y parecería inseguro a pesar de su firmeza interior. Él no sabía nada de eso, sino

que opuso al superviviente de la época anterior el rostro audaz, pero aún sin definir, del futuro.

Entre ambos no habría quedado nada que decir; había llegado el momento de que la hermana de Enrique saliera a la luz.

«¡Querido hermano!», comenzó con su conmovedora voz, que habría vacilado, pero le dio énfasis, incluso a las últimas sílabas agudas y asustadas. «Querido hermano, usted será un gran rey, yo me inclinaré ante su lecho». Una fórmula extraña, pero aquí hablaba una fe que avergonzaba a la suya propia. Esa pequeña frente empinada y abombada albergaba la obstinada fe de la madre. Su hermana poseía incluso algo más: la visión precisa de su antigua grandeza y del gesto que a ella misma le estaba reservado, una genuflexión ante su lecho de gala. Pero, mientras tanto, debía traer noticias ciertas de su madre.

«No llegó a aceptar hasta el final que te casaras con Madame Marguerite. ¡No, hermano! Porque nuestra madre sabía que estaba envenenada».

¡Oh! De nuevo, ese susto se apoderó de él con violencia. Henri se tambaleó primero hacia atrás, luego se dejó caer hacia delante, apoyando la frente en el hombro de su hermana. «¿Cuáles fueron sus palabras?».

«No dijo nada más de lo que el señor La Rochefoucauld le transmitió. Pero yo le digo sinceramente que nuestra madre sabía la verdad y que, por eso, dejó escrito que usted no debía venir en absoluto o que viniera como el más fuerte».

Era indudable, si se expresaba en ese tono tan tenso y mientras durara su espanto.

«¿Quería lo mismo que el señor almirante?», preguntó resignado.

«Ella quería más». La hermana se irguió, y también su pequeña voz. Apartó al hermano de sí hasta tal punto que sus manos extendidas descansaban sobre los brazos de él. Mirándole a los ojos, le dijo: «¡Fuera de París, hermano mío! Antes del amanecer, saca a todos los nuestros de sus cuarteles y marcha, aunque sea necesario recurrir a la fuerza. ¡Mensajeros a caballo por todo el país! ¡La reina Juana! ¡La reina ha sido envenenada! El pueblo se levanta, el ejército se levanta incluso de los campos de batalla, hermano mío, y así se dirige usted a su boda. Así lo quiere nuestra madre. ¡Eso y nada más es su mensaje y su orden!».

Entonces Kathrin lo soltó y dio un paso atrás, como un mensajero que ha cumplido su misión y ahora guarda silencio. También a él le había desbordado su fuerza: respiraba con dificultad. En el interior reinaba un gran bochorno; al mismo tiempo, Henri se dio cuenta de que algo inusual estaba sucediendo. Esa conversación había llevado a los tres, en aquella habitación cerrada, a perder el aliento y a alejarse de la realidad. El señor almirante estaba de pie detrás de su sillón, con las manos levantadas y entrecruzadas; también su mirada estaba dirigida hacia arriba, y solo para aquel que estaba en las alturas recitaba palabras del salmo.

«Ordena, oh Dios, que todos huyan,
Tú también disipas el humo,
Que se arrastraba por el campo.
La cera no resiste al fuego,
A los malvados, la mano de Dios
Les quebranta toda su fuerza».

Henri abrió una ventana a la noche negra. Los relámpagos surcaban el cielo lejano y un viento cálido traía volando las nubes ardientes. Henri no quería saber nada de que los enemigos se acecharan a su alrededor como el humo. Se negaba a invocar a Dios contra los malvados. Se lanzaba con todas sus fuerzas hacia la aventura que se llamaba Margot; pero también se llamaba: el Louvre, y la pasión de sus sentidos era la misma con la que ansiaba el destino.

Se volvió y dijo: «No quiero creerte, hermana. Nuestra madre no sabía si estaba envenenada, y no puede haber sido su voluntad que yo huyera para atreverme a acercarme de nuevo solo con el ejército. De su voz intrépida nunca habría oído tal mandato».

«Te engañas a ti mismo, hermano mío, te lo digo de verdad. Tú y yo somos de la misma sangre entre todos los hombres, y lo que yo tengo por cierto, también tú debes considerarlo seguro en tu corazón».

Él se resistió. «Si realmente lo hubiera dicho en el pánico de su última hora, nuestra valiente madre no lo repetiría... ¡si volviera!».

«¡Ojalá volviera!», exclamó la hermana mirando hacia la puerta; y el hermano: «Si es como dices, ¡volverá!».

Ambos, uno al lado del otro, mirando hacia la entrada, exigían desde lo más profundo de su alma que se abriera y que aquella figura inconfundible la atravesara. Una ráfaga de viento ardiente les golpeó la nuca, la tormenta se acercaba, los relámpagos se entrecruzaban con destellos azulados y dejaban tras de sí la oscuridad, un escalofrío recorrió el cuerpo humano. Coligny, detrás de los hermanos, ya no rezaba, permanecía de pie como ellos y

esperaba: entonces se abrió la puerta. Los tres contemplaron a la que regresaba, ella misma, en el resplandor titilante de una luz que venía de atrás. Los corazones allí dentro se apagaron de repente, y al estruendo tremendo del trueno, ella entró.

«Mi reina Juana», dijo el almirante Coligny, y se llevó la mano al pecho, como para saludar a una persona viva. Los hermanos dieron un paso juntos hacia ella; se oyó un pequeño grito de júbilo de la hija de la que regresaba, y su hijo abrió la boca para exclamar en voz alta: «¡Ahí está usted, mi querida madre!».

Pero no llegó a hacerlo, porque la dama que había aparecido hizo una señal a sus acompañantes y personas con linternas se colocaron a su lado. De repente, se la veía como la princesa de Valois, Madame Marguerite, Margot.

Los allí reunidos no le creyeron de inmediato. La llegada de la reina Juana había sido mucho más segura que la de la otra dama, y esta aún podía volver a transformarse. Sin embargo, no lo hizo, conservó el rostro bello y refinado de la hermana de Carlos IX, y también habló con su voz, grave y dorada.

—Señor —le dijo a Enrique de Navarra—. —La buscamos en el palacio y no la encontramos. Una de las damas de honor de mi madre nos contó extrañas historias de salas oscuras. El guardia de la puerta exterior del Louvre había dejado salir a un hombre que quizá se había disfrazado para salir en busca de aventuras. Aunque su amigo Du Bartas lo siguió de cerca, temíamos por la seguridad del hombre en el París nocturno.

Enrique la interrumpió. —¿Quién temía, Margot?

—Yo —dijo ella con claridad y belleza—. Se lo conté todo a mi madre y le pedí que me dejara ir yo misma a buscarlo, protegida por mis soldados.

«¡Margot! ¿No será más bien que Madame Catherine la ha enviado para volver a ponerme bajo su control?».

«Estoy muy sorprendida», dijo Madame Marguerite con voz pura. «Desde aquel día, que ya queda lejos, usted me conoce como yo le conozco a usted» —y le tendió la mano.

Una mano como las que esculpen los grandes maestros en mármol ceroso, con el dorso lleno, los dedos finamente articulados, curvados hacia arriba en las puntas, las uñas pintadas de un óvalo impecable. Sin anillos ni joyas: la mano desnuda.

Henri la tomó, la llevó a sus labios y se marchó con Margot sin volverse atrás.

Moraleja

Índice

Hubieras hecho mucho mejor, Enrique, en dar media vuelta mientras aún estabas a tiempo. Te lo dice tu hermana, ella que es tan sensata, pero que tampoco lo será siempre. Es demasiado evidente que esta corte, donde reina un hada malvada, no se contentará con haberte matado a la reina, tu madre, sino que tendrás que pagar aún más por tu obstinación en quedarte aquí y por tu gusto por el riesgo. Es cierto que, a cambio, esta estancia te hace conocer el lado más ambiguo de la existencia, que ya solo transcurre al borde de un abismo abierto. El encanto de la vida se ve realzado y tu pasión por Margot, a quien el recuerdo de Jeanne te impide amar, adquiere un sabor terrible.

Margot

Índice

Representado libremente sobre un alto andamio

Índice

Hoy, lunes 18 de agosto, es un gran día de fiesta: la hermana del rey se casa; se dice que el novio es un príncipe de tierras lejanas, bello como la luz del día y rico como el mismísimo Plutón, pues en sus montañas crece el oro. Ha llegado cargado de oro; sus jinetes resplandecen de oro, al igual que sus caballos. El rumor había llegado a oídos del príncipe allá lejos, de que nuestra princesa es tan hermosa y culta como ninguna otra hija de rey. Un famoso astrólogo se la había mostrado en el espejo mágico; ella sonreía, hablaba, y he aquí que él no pudo resistirse a su voz, a su mirada: emprendió el largo camino.

No se deberían haber cerrado las ventanas ni bajado las contraventanas la semana pasada, cuando el príncipe y su innumerable séquito entraron en París. Al menos habríamos visto con nuestros propios ojos lo que es verdad. Se oyen cosas diversas. Recientemente se han lamentado asaltos a ciudadanos honrados; a algunos les han desabrochado los bolsillos los ladrones, a quienes llaman hugonotes. Por precaución, ya no salimos a la calle cuando oscurece, nunca se sabe. Hay muchas otras cosas que violan el orden y la ley. Nuestro rey casa hoy a su hermana con aquel señor extranjero, que se dice que es uno de los herejes e incluso su rey. ¿Lo permite Dios? Nuestro párroco escupe veneno y bilis contra ello. Pero el Papa ha dado su consentimiento, según dicen. ¿Es eso posible? Algo no cuadra. Los hugonotes habrán amenazado y obligado a nuestro rey, y habrán falsificado la carta del Santo Padre. Sus artimañas y actos de violencia son bien conocidos. Desde

tiempos inmemoriales, ya cuando éramos niños, libran guerra contra los católicos, saquean y queman el país, incluso han amenazado al rey, pero de repente hay boda. ¡Esto tiene que acabar mal! ¡Hay presagios!

Esta noche cerraré mi casa aún más a fondo. Anoche, al parecer, los grandes del reino cenaron y bailaron en el castillo de nuestro rey en honor al compromiso. Se ha visto el Louvre iluminado como por el mismo fuego del infierno. Pero la novia ha desaparecido, según se dice, como si se la hubiera llevado el diablo. No hay que creerlo todo. Es mucho más probable que haya dormido en el palacio episcopal, frente a la catedral, donde hoy se casará y asistirá a la misa. La corte hará gala de un esplendor sin precedentes, y el vestido de novia cuesta tanto como dos casas en París. Hay que verlo. Mucha gente y toda la gente respetable está en camino. Brilla el sol. ¡Vamos nosotros también!

Esto pensaban y decían tanto el pueblo como la gente respetable, mientras, tras una comida anticipada, se dirigían desde todos los rincones de la ciudad hacia la iglesia de Notre-Dame. No es que unos pensaran y dijeran lo contrario de lo que pensaban los otros, sino que, a lo largo del camino, cada uno decía de todo y se contradecía algunas veces. Pero eso se debía a que estaban llenos de curiosidad y expectación y esperaban de todo a la vez: cosas edificantes, terribles, esplendor, desgracia. La multitud trasladaba a los acontecimientos venideros su inquietud habitual, de la que cada uno protege su propia casa, pero a la que, en la calle, tanto el pueblo como la gente respetable se rinden sin resistencia.

En primer lugar, ya es una violación de la ley de la multitud que se la detenga. Por sí misma, solo quiere seguir adelante, pase lo que

pase. Sin miramientos, derribaría las festivas construcciones de madera de la plaza frente a la catedral. Previendo esto, la guardia suiza está allí; con las alabardas en posición transversal, empuja a la multitud hacia las bocas de las calles. Ni las súplicas ni las maldiciones conmueven a estos extranjeros, porque no entienden nada. Son corpulentos, sus mangas en forma de maza los hacen aún más anchos, y sus barbas incoloras descansan sobre jubones especialmente coloridos. Caminan como osos; quien sea rápido y ágil puede burlarlos. Muchos logran pasar, aunque sea arrastrándose bajo las puntas de las lanzas. Al final, siempre se nos hace retroceder, pero antes se ve, se abren bien los ojos, y de inmediato se discute, se sabe más, se sabe mucho en general y se desata la boca.

«Nosotros, del gremio de los carpinteros, somos, por supuesto, los primeros en estar al tanto. Hemos construido el gran andamio frente al portal principal de la catedral, en el que nuestra princesa Margot se casará públicamente con el rey de Navarra, oficiada por el propio Papa».

«No el Papa, sino un monje descalzo que conozco se jacta de que él los casará. Lo ha predicho todo. ¡Si pudiera hablar!».

«Lo mismo puede saberlo de mí. Yo profetizo que el rey de Navarra será un cornudo. ¿Cómo? ¿Está prohibido decirlo? ¡Entonces usted mismo es el cornudo, pregúntele a la gente!».

«De mí no obtendrá la respuesta que se merece, pues soy pacífico; pero sí del señor hugonote que está a su lado. ¡Prepárese para recibir una paliza!».

«¡Buenos cristianos! Podéis comprobar vosotros mismos que aquí, como en todo París, hay demasiados herejes. Incluso se les da preferencia, la guardia les deja pasar.»

«Porque también el novio es uno de ellos. Eso significa, buenos cristianos, que caéis en manos de los infieles. ¡Ay de vosotros!».

«¡Buenos cristianos! Los extranjeros, que han aparecido en París como una plaga de langostas, ya han abatido, robado, violado, quemado y ahorcado a algunos de vosotros. ¡Eviten lo peor y no permitan la boda!».

«¡Hola, y quiénes sois vosotros, caras negras! ¡Escondéos en vuestras capuchas! Monjes españoles que queréis incitarnos. ¡Seguramente deberíamos asaltar la tribuna cuando nuestro rey case a su hermana! Eso le vendría muy bien a vuestro Felipe español. ¿Dónde os habéis metido de repente? ¡Ajá! Reconocidos y ya a escondidas».

«Aun así, todos esos bandidos llamados hugonotes arderán en el infierno y, por derecho, deberían hacerlo ya aquí mismo».

«Aun así, el Papa vendrá en persona a oficiar la boda: de eso no me haré disuadir. Al fin y al cabo, nosotros, los carpinteros, hemos construido la galería de madera desde el palacio episcopal hasta la catedral. ¿Quién más podría pasar por allí, si le ha costado tanto dinero a la corte?».

«Vosotros, los carpinteros, ganáis bien hoy».

«Por desgracia, no tanto como los comerciantes de telas. Han cubierto la galería con tela blanca, de modo que ya no se ve nuestro hermoso trabajo».

«A quienes mejor les va con todo esto son los posaderos».

«No, a los sastres, por los trajes de gala para la corte».

«No, a las muchachas, porque han llegado muchos forasteros».

«Con los hugonotes ya se ajustarán cuentas más adelante. Por ahora, están animando el negocio».

«¡Fuera de aquí! Hablan con aire presuntuoso de los negocios y nos tapan la vista de los apuestos caballeros. Vienen del palacio episcopal y cada vez son más. Tienen la gracia de pasar ante nuestros ojos por toda una larga galería. Hay que hablar de gracia, porque así es como se ve mientras caminan, aunque ni uno solo parece siquiera intuir que brilla como un pavo real al sol y que todo París lo observa. Eso es verdadera nobleza, no saber nada. Pero, ¡oh! Pero, ¡ah! ¡Las damas! Frente a ellas, los caballeros palidecen como la ceniza. Ahora es cuando amanece de verdad. ¡Si pensamos que sastres, joyeros y peluqueros han creado este milagro! Nosotros, los comerciantes, podríamos estar orgullosos».

Por cierto, a los espectadores experimentados no se les escapó que, al llegar a la catedral, la comitiva se atascó. Exactamente como si fueran gente común, algunos de los distinguidos invitados intentaron abrirse paso para llegar más rápido a la elevada tribuna y a los asientos. También estalló una disputa, y los oficiales de la Guardia francesa tuvieron que hacer las paces entre los grandes del reino.

Finalmente, sin embargo, se restableció el orden adecuado. El rey, el cardenal, el novio y la novia, la reina, los príncipes, las princesas, el séquito de nobles y damas, así como los sacerdotes que rodeaban al cardenal: todos ocupaban su lugar, cada uno según

su rango, y este ya venía marcado por los colores de sus vestimentas.

Sobre un alto andamio abierto se exhibía libremente la flor y nata del reino, bajo la brisa veraniega, bajo un cielo azul salpicado de blanco. Las miradas de las casas se dirigían hacia allí en un amplio arco, todas las ventanas abiertas con tapices colgados y los habitantes ataviados de gala. Abajo, a lo largo de los muros y en las entradas de las calles, se hizo el silencio. Se se quitaron los sombreros, se juntaron las manos y se doblaron las rodillas. Cerca, detrás del andamio con la flor del reino, se erigía la catedral como monumento a todas las generaciones que ya habían pasado. Sus campanas enviaban hacia lo alto sonidos destinados a la eternidad. Así, y de ninguna otra manera, el cardenal de Borbón celebró la boda del rey de Navarra con la princesa de Valois.

Una vez concluida la ceremonia, hubo que bajar de nuevo del andamio, y las espadas se enredaron en las colas de los vestidos. Los espectadores no se percataron de nada, ya que todos los señores desaparecieron inmediatamente en el interior de la iglesia. Por supuesto, allí se encontraban reunidos desde hacía horas todos los titulares de los escaños, ya fueran nobles o miembros de la rica burguesía funcionarial, y de estos entendidos no cabía esperar que se dejaran impresionar por actitudes ensayadas. Se arrodillaron, es cierto, tan pronto como apareció Carlos IX, pero ahí quedó toda su reverencia: solo así descubrieron con mayor seguridad los errores.

El cardenal de Borbón había envejecido; Carlos IX parecía un carnicero que, con la mirada torcida, elige el ternero para degollarlo. Su esposa, Isabel de Austria, se había vestido aún más lujosamente que la novia. Tampoco podía hacer nada más, pues no sabía ni

andar ni hablar —quizá español o alemán, pero en ningún caso francés—. Demasiado imponente ya a los veinte años, estaba destinada a ser simplemente ignorada en las ocasiones más íntimas, mientras que en las públicas solo servía como adorno, engañada por Carlos, por cierto, a cada paso. Hasta aquí lo de Isabel de Austria. Fueron sobre todo las mujeres más atentas quienes hicieron estas observaciones. ¡Pasemos a los recién casados! No se puede decir nada en su contra: un muchacho guapo y vivaz, de caderas firmes, hombros anchos para su estatura, pues a pesar de los tacones altos apenas supera en altura a la buena Margot —que, por supuesto, está arreglada a la perfección, como siempre.

Los hombres comentaban al unísono: ¡Cómo se adelanta Navarra con ella! La distancia debida entre ellos y Carlos IX se reduce de manera indecorosa. Este Henri, tan ignorante, no puede esperar su destino. Además, es el único que no lo conoce. Todos estamos al corriente de su querida esposa. Bajo la capa de su vestido lleva bolsillos, y en cada uno está el corazón de un amante asesinado. Muerto de amor, si quiere. Pero: sucede, y si usted no lo cree, lo creerá el siguiente. Por otra parte, ¿por qué no habría aprendido de su inteligente madre a preparar pociones? ¡Más bajo, por favor! Madame Catherine es la única que no está aquí, pero precisamente ella lo oye todo.

Entre tanto, vuelven las mujeres: ¡el duque de Guisa! Así que al fin ha regresado a tiempo para la boda. Entonces podemos volver a empezar. ¡Pero no! ¿Es que no lo saben? Ahora está enamorada del apuesto La Mole. Ahí viene. ¿Cuál es el enésimo con el que se ha liado? Al primero lo tuvo a los once años. Siempre se lo echo en cara a mi marido, para que se dé cuenta de que hay otras peores que yo.

Los hombres volvieron a reprender la violación de la distancia debida. Navarra va a arrollar al rey y al cardenal, de él cabe esperar de todo. ¿Cuánto se le podría prestar, en realidad, con la conciencia tranquila, sobre su poderoso reino? ¡Un saco tan alto como él mismo! Querido mío, es usted malicioso. ¡Si el saco no fuera más alto que el rey! Y además es protestante.

Las damas de la corte susurran en sus asientos: ¿Ha tenido la Casa de Francia la necesidad de traer a un hugonote? Juzgue usted misma, querida, si la prisa con la que se ha hecho parece decente, o siquiera libre de sospecha. El permiso del Papa ha llegado de forma sorprendentemente repentina, después de que siempre se hubiera oído que Su Santidad prohibía el matrimonio. Si de verdad lo desea, le confío que nadie ha visto con sus propios ojos la breve papal. Solo ha llegado una carta del embajador desde Roma —suponiendo que realmente se haya escrito en Roma y no haya sido redactada bajo la supervisión de Madame Catherine.

Los caballeros de la corte murmuraron al respecto: no se puede evitar la impresión de que detrás de todo esto está la reina madre. Sus planes aún son oscuros, pero tal vez su significado se revele antes de lo que pensamos —y sea también más terrible. Carlos IX ha puesto al protestante De la Noue al frente de las tropas que deben arrebatar a los españoles la fortaleza de Mons. De la Noue se llevará consigo a los más aptos para la guerra de entre los suyos, y el almirante de París los echará en falta. Están sucediendo cosas opacas. No se debe revelar nada. Ni saber nada. Las festividades nupciales prometen ser grandiosas.

En esto las damas estaban igualmente de acuerdo, pero tanto a las damas como a los caballeros de todos los estamentos

representados se les cortó la palabra al darse cuenta de lo que ocurría allí atrás, en el coro de la iglesia. En lugar de asistir a la misa, el rey de Navarra se alejó, dejó plantada a su joven reina y buscó una puerta trasera, y con él sus señores protestantes. Aunque era de esperar, causó escándalo. Todo el mundo sabe que, a la primera palabra de la misa, el diablo se da a la fuga, pero ¿no podría haber mantenido las apariencias y quedarse? Menos mal que se ha tomado nota de todos y cada uno de ellos. Estos desafíos no durarán mucho más.

Henri regresó al palacio episcopal por la parte trasera. Solo le acompañaban clérigos, entre ellos algunos a los que no había visto en mucho tiempo, pero que en ese gran día le rodeaban. Se había presentado su antiguo tutor, Beauvois, quien en su día había sido un ayudante tan astuto de Henri en el Colegio de Navarra, cuando el muchacho tenía que luchar para no ir a misa.

—Beauvois —dijo Henri, rebosante de alegría—. ¿Hemos progresado los dos? Ahora usted vive en una bonita casa en París, yo llevo a la princesa a casa y ya nadie habla de la misa.

El anciano corpulento respondió: «Señor, me he vuelto perezoso y no me gusta viajar. Así que paso mis últimos días en una casa a puerta cerrada, en cuya puerta la gente pinta nombres desagradables».

Parpadeó. Le hubiera gustado recordar a su pupilo muchas cosas que, en el ambiente de la victoria, se habían olvidado y no encajaban. Varios pidieron vino. Henri ya estaba lo suficientemente embriagado con el pensamiento de Margot. Uno es impaciente, cree serlo, y, sin embargo, el tiempo vuela con las alas de la felicidad, el viejo Cronos rueda sobre la ligera bola de la Fortuna. A las cuatro se anunció que en la catedral ya casi habían terminado. El recién casado fue a buscar a su esposa. En presencia del rey de Francia la besó: el hugonote del sur a la princesa de Valois. Esta imagen, sin embargo, cerró la boca a más de uno. Toda la corte regresó por la galería festiva al palacio episcopal; todos los espectadores, tanto el pueblo como la gente honorable, seguían deleitándose con el comportamiento de los nobles. Se cenó allí mismo, pero por la noche

la fiesta se trasladó al Palacio del Louvre, donde se celebró un baile ininterrumpido, interrumpido por un desfile de rocas plateadas. A lo largo de la gran sala, bajo la bóveda de las veinte lámparas de araña, se movían, impulsadas por fuerzas invisibles, diez poderosas máquinas teatrales con forma de rocas resplandecientes, en cuya primera se sentaba el propio Carlos IX, casi desnudo como el dios Neptuno, pues le gustaba mostrar su físico. Le seguían sus dos hermanos, así como otros dioses y monstruos marinos, todos ellos nobles disfrazados. Las máquinas traqueteaban y la cubierta de lino de las rocas formaba pliegues. Sin embargo, uno no podía dejar de admirar tanto arte, sobre todo porque los músicos cantaban versos franceses al respecto, y estos procedían de excelentes poetas.

Se hizo tarde hasta la hora de la cena, y cuando se sentaron a la mesa, algunas parejas ya habían acordado casarse siguiendo el ejemplo del rey de Navarra, quien, aunque no amaba la misa, amaba con creces a la princesa. Las bellas damiselas de la anciana reina conquistaron hoy a tantos hugonotes como quisieron. Lo tuvieron fácil con Agrippa d'Aubigné, quien, de ánimo ardiente, prometía a cada una lo que ella quisiera. Du Bartas se mostraba reacio en espíritu, solo su carne cedía. El tercer amigo del recién casado, Philipp Du Plessis-Mornay, tenía la mente en otra parte. Era de una naturaleza que, rodeado de una orgía, permanecía ausente y excesivamente puro. Pero precisamente por eso llega hasta el extremo: los demás en el vicio, él en la virtud. Con el rostro socrático transfigurado por la ira, exclamó en medio de la orgía: «¡Niños que somos, quisiéramos cambiar nuestra condición por la de un payaso que interpreta al rey en la tragedia! Arrastra el paño dorado hasta un andamio, y dos horas después debe devolvérselo al

prestamista con el dinero del préstamo. No pensamos en cuántos harapos deshilachados, parásitos y suciedad esconde debajo, cuántas veces debe rascarse como una majestad, y cuando alardea, ¡cuántas veces le pica!».

Sonidos de revuelta: la pregunta era quién los oía. El hermano más cercano de Carlos IX y su sucesor, si algún día se desangraba: fue el propio d'Anjou quien, encantado, le dio una palmada en el hombro a Felipe. «Ese patán es mi hermano», le susurró al oído. «Ante mí no tiene por qué ocultar su opinión, pues la comparto. Me inclino por ustedes, los protestantes, por su franqueza, que presupone una gran confianza en Dios».

El acercamiento del príncipe de sangre a los soldados de la religión, de aspecto poco agraciado, fue imitado: ¿o era solo uno más entre todas las demás fraternizaciones? Católicos y protestantes se abrazaban, como el señor de Léran al capitán de Nançay. El joven de Levis, vizconde de Léran, era entre los suyos el paje, tan hermoso, esbelto y ágil. El fornido de Nançay lo apretó contra sí, casi le habría aplastado el pecho de tanto amor; en cambio, el muchacho se le escapó como el aceite y, de repente, le había mordido la oreja al gordo. Breve duda sobre lo que vendría, pero luego la risa más cordial. Así fue esa noche.

Llevaba el rostro de la dama Venus: pocos desconfiados como Du Bartas lo reconocieron aún sin velos. Sin embargo, incluso a ellos se les escapó que todo era obra de Madame Catherine. Ella misma había enviado a su cuerpo volador con sus órdenes, y sus damas de honor hicieron lo que nadie más podía hacer, para que ya no existiera diferencia alguna por la fe. Dios nunca había echado en falta a esta estirpe: así que esta noche se encargó de ello, a su

manera, la dama Venus. Esta, entre las damas paganas, se podría decir, por un lado, que es la más libre de engaños y malicia, y lo que promete, lo cumple sin demora. En esta corte, al menos, que estaba organizada según los designios de Madame Catherine, los compromisos se cumplían de inmediato. Por eso, siempre había una parte de la sociedad en las habitaciones de las damas de honor, en un revuelo de placeres, con las puertas abiertas, mientras los recién llegados buscaban sitio y quienes estaban «en el trabajo» eran animados por los demás con tonos de celosa simpatía. Después volvían al baile.

A veces, el gran salón ni siquiera estaba medio lleno, y la música en su galería resonaba en un eco desolado. Quedaban los bebedores, quedaban los filósofos. Inclinado tiernamente hacia Margot, se quedó Henri.

Estaban sentados bajo una carpa de banderas de colores, las banderas de las provincias del reino, las banderas de batallas pasadas y del mundo lejano. Pero ellos estaban completamente solos consigo mismos. Henri le dijo que siempre, siempre la había amado. Margot respondió por sí misma y por su corazón, y era lo mismo. Ella también le creía, y él a ella, aunque ambos sabían que no era así. Por eso sintieron, sin embargo: ahora se ha hecho realidad. Este es mi único amado. ¡No he conocido a nadie más que a él, con él comienza mi vida! Él es mi primavera, ¡sin él me habría hecho vieja pronto!

«¡Henri! Tu figura tiene exactamente las proporciones que se ajustan a las normas de la Antigüedad. Mereces, por mi honor, ser recompensado por ello».

«¡Margot! Estoy encantado de compartir la recompensa contigo: tantas veces como quieras y puedas soportarlo».

«La prueba no admite demora», dijo su voz sonora y su noble rostro, y él ya se había levantado de un salto de sus rodillas, y siguieron el camino que también habían recorrido los demás. Ese es sin duda el camino de la carne, pero hay carnes que se entusiasman. Una vez fuera de la gran sala, Henri la llevó en brazos. Llevaba a Margot delante de él; los soldados formaban una fila y pisoteaban el suelo con todas sus fuerzas. Los borrachos que se habían caído intentaban seguirles con la mirada.

El apasionado proyecto se vio dificultado por el vestido de novia; se le ajustaba a modo de cuadrado alrededor de las caderas, y Margot estaba encerrada en él como en una caja. Aquí el joven amante demostró tanto prudencia como pericia. Sin tocar con rudeza la brillante concha, la abrió en un instante. «No hay comparación», pensó Margot en ese instante, «¡con Guise, que es más alto y por fuera parece más un noble!». Ya estaba abierta la concha, revelando la perla. En lugar de mostrarse primero durante largo rato en toda su preciosidad, ordenó a sus rodillas que cedieran un poco, pareció hundirse, se dejó atrapar y luego arrojarse, donde ella había querido, sobre su famosa cama de seda negra. «¡Cuanto más ama a las mujeres, menos las conoce! A este me lo quedo», quiso afirmar Margot al final: ya se le estaban nublando la vista y el oído, para gran beneficio del resto de sus sentidos.

Henri regresó solo al gran salón. Lo encontró más concurrido que antes, pues allí se encontraba la pareja real. Carlos IX se había cubierto entretanto sus partes íntimas, pero a cambio estaba borracho. «¡Ahí viene el de mi gorda Margot!», gritó a Henri. Todos demostraron con su comportamiento que, al igual que el rey de Francia, estaban al tanto de todo y habían estado esperando el regreso del afortunado. Solo la reina no se rió; como de costumbre, no dejó entrever ningún movimiento del espíritu o del ánimo. Nadie recordaba su voz. Isabel de Austria se sentaba elevada y erguida, impasible, en una sección especial del gran salón; a su alrededor se mantenía el vacío por sí solo, ningún guardia tenía que ahuyentar a los intrusos. Se alzaba con su vestido dorado, rígida e invulnerable como una imagen de santa, con el rostro también deshumanizado a causa del espeso maquillaje. Detrás de su amplia falda se ocultaban dos sacerdotes españoles, pero ella lo veía todo.

Carlos IX se aferró al brazo de su cuñado. Al oído de este, pero sin bajar la voz por ello, le dijo algunas obscenidades que afectaban a su propia hermana. Enrique pensó con repugnancia: «Si tropieza, ¡lo dejaré tirado! ¿Le pongo una zancadilla?». No lo hizo, sino que poco a poco llegó al lugar al que Carlos lo arrastraba con todo su peso: el círculo vacío de la reina.

«Ahí está erguida», tartamudeó Carlos, «¡y derríbala si puedes! Aunque ya estuviera muerta, seguiría en pie como un cadáver con todo su oro. La casa de Austria es una pesadilla imperecedera, y esta mujer, con la que me he acostado, me aparece sin embargo en sueños con los rasgos de Medusa, de modo que se me hiela la

sangre. La hija del emperador romano... ¿puede un hombre casarse con ella, Navarra? Mi abuelo Francisco I yacía encadenado en Madrid, y para que le dejaran marchar, Su Majestad el emperador Carlos V exigió a su propio hijo como rehén. Maltrataron a mi padre, y sobre mí pesan a través de la hija del emperador Maximiliano. Tienen a toda Europa bajo sus talones. Su oro, su astucia, sus ejércitos y sus sacerdotes dividen a mi pueblo y devastan mi tierra. ¡Navarra!», susurró Carlos IX, acosado, «¡vengame! Por eso te entrego a mi hermana. ¡Vengame a mí y a mi reino! A mí me está prohibido; soy un prisionero al que ni siquiera le permitieron luchar, y partiré en la desesperación. ¡Acuérdate de mí, Navarra! Y ten cuidado... Esto solo salió de su boca hacia el oído, como un gemido, apenas inteligible. «¡Ten cuidado con mi madre y mi hermano de Anjou! Pero pase lo que pase en el futuro: no me culpes a mí, Navarra, pues solo tenía miedo. Tenía el miedo más espantoso de todos los vivos».

De repente, sintió un silbido en la garganta: era el terror; detrás de la reina se había topado con dos pares de ojos penetrantes, tan fugazmente que parecía irreal. Carlos se tambaleó, se aferró a su cuñado; no tenía a nadie más que a él en aquel lugar a la vista de todos. Su cuñado hugonote se burló para sus adentros, y así venció el horror que le invadía. El rey Carlos se había quedado en silencio, y toda su corte calló en la gran sala, lo que equivalía a una atención predominantemente hostil. Henri lo percibió claramente, y su aguda inteligencia se lo confirmó. Todos esos enemigos fanáticos de su religión veían con recelo que gozara de la confianza del rey, su señor. Su matrimonio era para ellos, en verdad, una molestia; él nunca lo había dudado, y ellos tenían que manifestarlo, aunque

fuera sin querer. Hoy, la dama Venus ordenaba mezclarse, fuera quien fuera. Sin embargo, ahora se producía un empujón y un forcejeo entre la multitud; los católicos acorralaban a los protestantes hacia los bordes de la sala. Pero en la frontera invisible que rodeaba a la reina, ellos mismos se agolpaban en un grupo que parecía muy vigilante.

Henri lo vio rápidamente: solo hombres armados, aunque por el momento más curiosos que agresivos. Por lo demás, no se habrían apoderado de él fácilmente: detrás, sus protestantes cerraban filas, listos para avanzar. En cuanto a las damiselas, se habían dispersado; observaban desde lejos, gorjeando, porque se avecinaba una tormenta.

Carlos, aunque fuera de sí, sintió el vacío a su alrededor, y la sofocante atmósfera que se había creado lo volvió loco.

«¡Vino!», gritó. «Quiero beber con la reina hasta que se caiga. Todos vosotros debéis mirar. A pesar del oro en el que está metida, ¡ella se caerá y no yo!».

Ella, que apenas lo había entendido, permaneció como una imagen inmóvil. Él mismo, de repente, probablemente a causa de su blasfemia, se volvió tan pesado que su cuñado hugonote ya no pudo sujetarlo, y ambos habrían caído. Alguien que acudió rápidamente logró atrapar a Carlos justo a tiempo. Enrique miró el rostro inesperado de un tal señor de Maurevert: el odio lo desfiguraba. Al instante siguiente, otro lo apartó a la fuerza, el duque de Guisa. «¿Qué se le ocurre, de Maurevert?», dijo apresuradamente. «¡Lárguese, alguien como usted!». Apoyó a Carlos. «¡Ayúdanos, Navarra! Se nos ha confiado el trono para estar a su lado».

«Para eso hemos cabalgado hasta aquí con nuestros nobles de Lorena y de Bearn», prosiguió Enrique en su lugar, con el mismo lenguaje exagerado, y se irguió como el otro joven, que era alto y rubio. Se miraron a los ojos por encima del rey ebrio, pero a veces tenían que sujetarlo cuando este se tambaleaba.

«Ponedme junto a la Habsburgo», suplicó Carlos IX entre un torrente de lágrimas. «Yo también soy un pequeño santo, más que vosotros. Porque ambos le habéis levantado la falda a mi gorda Margot. Tú primero, pero ella te ha abandonado». Con eso se desplomó contra Enrique de Guisa, quien lo empujó hacia Enrique de Navarra. «A ti te conserva», sollozó contra el pecho de su cuñado. «Ella te ama, yo te amo, nuestra madre, Madame Catherine, te ama mucho».

«¡El diablo!», gritó de repente, pues los dos sacerdotes españoles lo asustaron de nuevo: se había olvidado de ellos. Pero cuando distinguió bien las figuras negras y sus miradas, le pareció que se volvía completamente inquietante. «Ya sé lo que queréis de mí», balbuceó en su dirección, aunque se habían vuelto invisibles de nuevo al instante. «Ya lo sé. Que se haga a su debido tiempo. Vosotros lo habréis querido. Yo me lavo las manos».

Por un momento se sintió desilusionado y pudo mantenerse en pie por sí solo; Lorena y Navarra lo soltaron. Henri, que recuperó la libertad de sus manos, miró a su alrededor. Encontró que la multitud en la frontera invisible había cambiado, ya no estaba solo curiosa o alerta. Amenazante, la multitud de católicos se agolpaba ahora a su alrededor, balanceándose de un lado a otro, porque por detrás los protestantes se enzarzaban con ellos para abrirse paso hacia delante. Algunos de sus líderes se habían subido a sillas; solo Du

Bartas los dirigía desde su altura natural. De repente, todos gritaron al unísono; ninguna presencia real les impedía romper el acuerdo humano, y su aliento, en una mezcla salvaje, anunciaba la ruptura de las últimas ataduras. Sin duda, la sangre iba a correr.

Justo en el momento en que todo estaba listo, los dos sacerdotes españoles se movieron detrás de Isabel de Austria. Se sumergieron por completo, sin que se viera a los autores, y el asiento elevado de la reina comenzó a alejarse con ella. Avanzaba a trompicones y empujones, como una máquina teatral; tampoco las rocas plateadas al comienzo de la fiesta se habían movido de otra manera bajo el rey desnudo y todos los demás dioses del mar. Pero avanzaba, y felizmente, con un último espasmo, el trono de la casa de Habsburgo abandonó allí atrás el umbral. Antes de que la puerta pudiera cerrarse de golpe, se vio cómo se apartaba la alfombra que la cubría, y cómo los dos sacerdotes españoles, con la lengua colgando del cuello, salían a duras penas a rastras y se levantaban.

El de Navarra se rió a carcajadas, una risa que nadie en la sala podía tomársela a mal en serio, pues era alegre hasta la médula. Refutaba todo lo malo y, por un momento, liberó a todos de su belicosidad.

Esto lo comprendió, con imperturbable presencia de ánimo, un hombrecillo que se encontraba de pie en una silla al fondo; algunos conocían su nombre: Agrippa d'Aubigné. Este entonó con los tonos más agudos y melodiosos:

«La reina de Navarra derrama lágrimas de expectación sobre su famoso lecho de seda negra. ¿Quién conoce el día siguiente? ¡Por eso, levantémonos y acompañemos al novio!».

Recibió aplausos, pero para lograr un mayor efecto pasó a recitar versos:

«No está lejos de nosotros la muerte. Solo entonces se nos concede
Una vida sin muerte, ya no una vida falsa.
La vida está salvada, la muerte, ha sido vencida.
¿Quién no quiere ir seguro, quién querría fracasar siempre?
¿A quién le apetece aún prolongar el duro viaje,
¿Quién no se alegra cuando por fin llega al puerto?»

A primera vista, esto no parecía tener ninguna relación con el asunto en sí, o como mucho una relación cómica: por eso el cantante hizo reír a todos y se ganó su simpatía. Carlos IX anunció en voz alta que quería acompañar con toda su corte a su cuñado Navarra al lecho nupcial con su hermana. Tomó al joven esposo de la mano. Al otro lado de Navarra se situó Lorena; ese era el detalle más emocionante: el antiguo amante acompañando al nuevo esposo al lecho nupcial. A continuación, las filas se ordenaron, sin distinción de religión. Quienes hasta hacía un momento se habían resistido a dar el paso, se concedieron un plazo de gracia, y la comitiva se puso en marcha. Por el camino se unió a ella la multitud de damas de honor. Por donde pasaba, se abrían las puertas; las damas de alto rango creían que no podían faltar. Los señores mayores, que ya dormían, se despertaron con el ruido y se unieron tal y como estaban. De Miossens, primer noble, avanzó dignamente en camisa y chaqueta de piel, con las piernas al descubierto. Guardias con antorchas iban por delante y arrojaban luz a los antiguos pasillos de piedra; casi nadie se quedaba donde estaba, se recorrían los caminos varias veces y se cantaba:

«¿Quién no quiere ir seguro, quién desea fracasar siempre?
¿A quién le apetece alargar el duro viaje?
¿Quién no se alegra cuando por fin llega al puerto?»

«¡Hemos llegado!», declaró Carlos IX, pero se trataba de una puerta equivocada. Toda la corte tuvo que retorcerse en el estrecho pasillo como un gusano hasta llegar a la puerta correcta. Allí, Carlos pronunció el último discurso dirigido al afortunado. «Eres afortunado, Navarra, pues una princesa, la primera y más noble de Occidente, ha reservado su inocencia para ti hasta que tú se la arrebates, te ha esperado fielmente, y he aquí que ahora llamas a su puerta», tras lo cual él mismo golpeó con el puño la madera de roble. Besó a su cuñado en ambas mejillas y las lágrimas le corrían por las mejillas.

La novia no abrió, aunque el estruendo era imposible de ignorar, incluso durmiendo. Se produjo una pausa en la que todos aguzaron el oído, pero el duque de Guisa la aprovechó para decir en voz alta:

«¡Por todos los santos y especialmente por San Bartolomé! Si fuera yo, la puerta se abriría sola, porque me conoce».

Con ello, todos los que aún no lo habían pensado se dieron cuenta de que Guisa estaba ofendido y enfadado. Al rey de Navarra no le costó encontrar la respuesta.

«Ya lo ve, la puerta permanece cerrada solo por su culpa, para que no se produzca ningún error».

Guise, por su parte, replicó: «Solo por su causa, porque está acostumbrada a algo mejor».

Carlos IX ordenó: «¡Una cosa tras otra! Ahora no es momento de un duelo, sino de la boda».

Pero eso no impidió que, ante la puerta de la princesa Margot, sus dos caballeros se enfrentaran en una postura que exigía una decisión: el pie adelantado, el torso lo más erguido posible y con una expresión extremadamente salvaje. Hacia el final del cortejo se hizo el silencio, y las mujeres se dejaron levantar para poder ver también a Navarra, vestido de seda blanca, y a Guise, de azul, mientras se lanzaban miradas furiosas. Si no hubiera sido el pretendiente rechazado, Guise habría tenido muchas ventajas: la alta estatura, una flexibilidad peligrosa y unos rasgos malvados y claros, tanto más aterradores cuanto más encantadores se mostraban por lo demás. Sin embargo, Navarra hace frente a todo ello simplemente imitándolo. Con su complexión más pequeña, se convierte sin embargo en un gran depredador: es capaz de ello. Pero al mismo tiempo ridiculiza a ese mismo depredador —de pasada y, sin embargo, sobre todo. Se estira, se inclina, se dispone a saltar e incluso se vuelve rubio platino, cabría pensar, le crecen mechones rubios al viento en la barbilla, tan fielmente imita la delicada pronunciación nórdica de Lothringen.

«Empecé con las chicas de pueblo y ahora solo me gusta la princesa. La princesa se conformó con Lorena hasta que reclamó Navarra».

Ni siquiera Guise puede hablar de forma más exagerada, y su rival se le adelanta en su actuación más grandiosa: eso lo deja fuera de combate, sin contar las risas de la gente. Intentan estallar, se reprimen aquí, se sueltan allá; pero de repente se abre la puerta de roble y la princesa se ríe. Ella misma se ríe, y entonces toda la corte se ríe sin control.

«¿Quién no se alegra cuando por fin llega a puerto?», grazna Carlos IX con voz deliberadamente ronca. Risas, la princesa introduce a su esposo, la puerta se cierra: risas.

Una cicatriz

Índice

Se detuvieron y se miraron, mientras en los pasillos, ya más lejos, la corte que se retiraba armaba jaleo. Finalmente, él se dirigió hacia el ala opuesta, la luz de las antorchas saltaba de una ventana a otra; pero al mismo tiempo amanecía. La gente de ahí fuera no podía evitarlo, al levantarse a esa misma hora en las barcas del río junto a las casas de la orilla, tenía que pensar: «El Palacio del Louvre arde una vez más en un fuego infernal. Quién sabe lo que nos espera».

Se miraron el uno al otro; entonces, Madame Marguerite describió con su mano de perfecta educación un movimiento de arriba abajo que significaba: Desvístase, señor. Ella misma no se quitó la bata hasta llegar al borde de la cama; conocía los defectos de su figura y sabía que se notaban más de pie que tumbada. Sobre todo, estaba dispuesta a sondear con calma el aspecto y la forma de este nuevo hombre. Porque Madame Marguerite era una experta en lo bien proporcionado, ya se tratara de cuerpos masculinos o de versos latinos. Su nuevo marido se afanaba con su gorguera; el traje de gala de seda blanca era difícil de desabrochar. Estaba pensado para ensancharle los hombros mediante mangas abullonadas, pero estrecho en el centro. Las caderas parecían fuertes y firmes, y las piernas, delgadas y juveniles, aún más largas. Hasta cierto punto era posible crear esa impresión artificialmente: la mujer culta contemplaba el resultado con cierta inquietud. Pero he aquí que era incluso mejor de lo que prometía la apariencia. Madame Marguerite hizo comparaciones y, en un primer momento, encontró en este caso realmente cumplidos todos los requisitos de la Antigüedad, que casi habría considerado fabulosos, hasta tal punto que su rostro conservó

por el momento su curiosidad erudita y su solemnidad. Solo la sangre que vio hincharse bajo su piel excitó también la suya; y la experta se perdió en cuanto tocó sus miembros ásperos.

Ambos se mostraron esta vez, como nunca antes, incansables en el goce; y esto se debía precisamente a la rivalidad de sus naturalezas, que estaban a la altura la una de la otra. Cuando Henri, más tarde y completamente cohibido por otras mujeres, quiso negar que hubiera amado jamás a Margot, necesitó para el estado de aquella noche y de todas las siguientes una palabra que también es familiar a los bajos y débiles, para sus intentos de darse importancia. Sin embargo, habría podido atestiguar que algunas veces en la vida la carne se entusiasma hasta la muerte. Quizá entonces esté realmente más cerca de lo que les parece a los que rebosan de vida, y solo hayan olvidado iluminar los rincones. «La muerte no está lejos de nosotros»: estas palabras espirituales, Henri debía de haberlas oído hacía un rato, y coincidían con sus presentimientos más íntimos. Estas palabras espirituales flotaban como últimas en su cerebro cansado de amor.

Se produjo un breve descanso, pues hasta en el sueño le acosaba la preocupación por el placer: ¡nunca es suficiente, nunca es suficiente! De ello se despertó pronto, besó, con los ojos aún cerrados, el otro cuerpo y topó con los labios con una cicatriz. Inmediatamente la miró, la palpó: entendía de cicatrices. Procedían de golpes, disparos, mordiscos, y se habían adquirido tanto en los campos de batalla como en los lechos de los amantes. Su valoración dependía en gran medida de la parte del cuerpo en la que se encontraran. Si un soldado la tenía donde la tenía Margot, entonces, fuera cuando fuera, se había desentonado y había huido al galope.

No hay por qué ser un cobarde por ello; es más, un rey de Francia y Navarra, llamado Enrique y conocido por su valor, se haría una vez una cicatriz en ese mismo lugar. Pero aquí se trata de una de las partes más bellas del cuerpo de la mujer que es mía, solo mía —y si alguien la ha mordido, ¡que no sea verdad! Por eso la sacudió, y como ella no le siguió de inmediato, la giró hasta tener su parte delantera frente a él, y le preguntó con vehemencia a su rostro apenas despierto: «¿Quién te ha mordido el trasero?».

«Nadie», dijo ella, y eso era justo lo que él quería oír. Furioso, gritó: «¡Mientes!».

«Digo la verdad», aseguró ella, incorporándose y enfrentándose a su ira con la más noble serenidad, tanto en el rostro como en el tono de voz, mientras pensaba en secreto: «Ay, lo ha notado demasiado pronto. Dentro de ocho días habría tenido poco más que decir». Así pensaba Madame Marguerite por experiencia.

«¡Solo parecen dientes!», respondió ella, y cuanto más inverosímil era la respuesta, más creíble resultaba su tono.

«¡Pero son dientes! Son los dientes de Guise».

Dejó que lo repitiera tantas veces como quisiera. Algún día se cansará de ello y, con mi pecho, que le voy acercando lentamente hasta que lo tome en sus manos, se olvidará de mi trasero.

De vez en cuando se dignaba levantar sus frondosos hombros y soltar una palabra. «Ni de Guise ni de ningún otro». Eso solo le enfurecía aún más. «¡Pero qué difícil y casi imposible es defenderse de una acusación falsa! En tantos aspectos podría acusarme con razón, ¡pero precisamente elige este injusto! ¿Acaso tengo que contarle cómo me trataron mi madre y mi hermano, el rey, aquella

mañana en que me mandaron llamar para que renunciara a Guise y me casara con Navarra? ¡Debería reconocer los viejos dientes torcidos de Madame Catherine!‹

«¡Dilo! ¡Dilo!», gimió él, sujetándola con fuerza.

«Un celoso. ¿Y si se lo dijera? ¿De qué sería capaz? ¿Me creerá que me han golpeado y mordido solo por él, para que me case con él? No se lo creerá: además tendré que admitir que venía directamente de casa de Guise. ¡Qué emocionante!».

De repente, la soltó y golpeó las almohadas. En lugar de a ella, golpeó con los puños su cama de seda negra, tan famosa porque se decía que muchas cosas habían sucedido en ella. «¡Pero se refiere a mí misma!». Ya se había alejado mucho, dispuesta a saltar fuera. «Ahora me toca a mí. ¡Está pegando!». Y Margot lo respetaba mucho y lo amaba por encima de todo. Por eso decidió definitivamente no confesar nada, mientras él se desquitaba con agonía. «¡Confiesa! ¡Confiesa!».

De repente, él cambió por completo el tono. «Nunca dirás la verdad. ¿Cómo podría hacerlo la hija de la mujer que a mi madre...»

Ahí estaba la palabra, ahí estaba el pensamiento. Hasta ese momento ella había permanecido tumbada y él la había mirado desde arriba. Tras ese pensamiento y esa palabra, ella también se incorporó; ambos escucharon el eco y se miraron profundamente asustados. Su siguiente movimiento fue cubrirse la desnudez; el siguiente de él se produjo cuando abandonó la cama. Mientras él se vestía apresuradamente, sus miradas se buscaban en secreto: él, para comprender bien quién era en realidad la mujer que había sido capaz de hundirlo tan profundamente. Ella, por su parte, quería

saber si realmente lo había perdido, y descubrió: «No, volverá y me pertenecerá con mayor seguridad, ya que desde esta noche estamos unidos por la culpa. Mientras él siga llamándolo culpa, no conocerá el hastío. «Queridísimo Henricus», pensó ella en latín. «Te amo con locura».

Él estaba allí, listo, con su seda blanca, jugueteando con la gorguera y dijo con brevedad militar: «Hoy mismo cabalgaré hacia el ejército en Flandes».

«Quiero darte un santo para que te proteja», dijo ella, inclinándose hacia un baúl de libros, sus compañeros cuando no había ningún hombre presente; sacó uno, arrancó una página y se la entregó. Su mano era hermosa y el gesto sobrio. Oyó perfectamente su sollozo, que le costó mucho contener, y, sin embargo, no volvió a mirarlo; se había recostado de nuevo y, cuando él cerró la puerta tras de sí, Margot se estaba quedando dormida. «Porque, agotada por el amor», pensó justo en ese momento, «uno es un personaje trágico frustrado».

Pero tuvo un sueño.

La advertencia

Índice

Henri había abandonado el dormitorio demasiado pronto. Tras la orgía que acababa de tener lugar, el castillo del Louvre aún estaba lejos de volver a estar en condiciones de urdir el mal, como era su costumbre: al menos, esa era la impresión que daba. Henri se deslizó por los pasillos y salones, pasando junto a personas dormidas que parecían más paralizadas que dormidas. Se habían desplomado en el mismo lugar donde había tenido lugar su última actividad, ya fuera un acto sexual, un trago o incluso un golpe. Por una ventana abierta colgaban ramas de rosas en flor; debajo yacían personas revolcadas que habían manchado sus coloridas vestimentas a causa de una glotonería desmesurada, y el sol brillante las iluminaba. Las miradas del solitario transeúnte también se dirigían a habitaciones secretas que se habían dejado abiertas, mientras se dedicaban a mezclarse en todas las variantes imaginables. Contra la pared exterior se recostaban guardias dormidos, con la alabarda en el brazo. Los perros parpadeaban, intentaban ladrar y posponían su despertar.

La diversidad del lugar y de sus fenómenos desconcertaba al caminante. Por la amplitud de los nuevos edificios, así como en los laberínticos antiguos, perdió el rumbo, si es que alguna vez lo tuvo. Inclinado sobre una barandilla de piedra calada, un hombre corpulento había caído en el sueño, mientras su alta gorra blanca permanecía pegada a su rostro sudoroso: por ello, Henri dedujo la proximidad de las cocinas. También el servicio se había desahogado hasta el último, pero la visión de la carne exhausta resulta aún más repulsiva cuando se encuentra en medio de basura y utensilios

sucios. El de Navarra se escabulló vestido de seda blanca; al final llegó a unas estancias semioscuras, llenas de telarañas y con puertas con herrajes de hierro, como una prisión: creía haber visto ya algo así aquí, en las partes bajas de la antigua corte.

Mientras permanecía inmóvil para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, oyó un susurro: «¡Shhh!», y de allí salió una señorita. Él la llevó bajo la trampilla elevada. «¡No a la luz!», le rogó ella. «Ni siquiera me he maquillado. ¡Qué fea debo de estar!».

«¿Y qué haces aquí? Me parece que... Sí, claro, eres tú. Mi d'Armagnac te encerró entonces porque me seguías. ¿Lo estás haciendo otra vez?».

«Trabajo para usted, señor. Porque soy su sierva y no quiero ser leal y devota a nadie más que a mi señor, y ese es usted».

Él le inclinó el rostro hacia la nuca, de modo que la luz le iluminara. Era una joven bonita y muy fresca; ni siquiera el maquillaje un poco corrido podía desfigurarla. La besó en la boca, con lo que se aseguró: «Este ser me pertenece, por mucho que se estremeciera. ¡Qué inciertas son y qué impredecibles! Quizás, si no hubiera descubierto y neutralizado a esa espía en su momento...»

«¿Así te gusto ahora? Me alegro, porque te encuentro encantador», dijo él con encanto. Fuera cierto o no, las palabras que salían de sus labios le iluminaban el rostro. A él, sin embargo, se le alegró el corazón, como siempre con ellas. También esta señorita tuvo su momento, en el que era feliz gracias a él con todo derecho.

«¿Y qué quieres hacer por mí?», preguntó él sin importarle eso. Ella tuvo que calmar primero su respiración.

«Dar mi vida, señor. La perderé, eso es seguro. Madame Catherine sabrá que he estado aquí. A ella también se la sirve bien».

«¿Qué le importa eso a ella?».

«¡En voz baja! No está lejos. La sorprendí hace poco, cuando salía a hurtadillas de sus aposentos. Yo estaba tumbada sobre una alfombra, como si estuviera durmiendo. Estaba sola, estaba sola», afirmó ella. «Había encontrado mi habitación llena de extraños. Pero ella se escabulle, abre en silencio la puerta de su hijo d'Anjou y se lo lleva. No se ha llevado a su hijo, el rey. En su camino, rasca en varias puertas más, y varias personas la siguen una a una, pero yo soy la última. ¡Oh, cielo, un juego del escondite a vida o muerte!». Sus dientes castañeteaban de forma audible.

«Debe verlo todo, señor». Le tomó de la mano y lo condujo hacia la oscuridad total. ¡Señorita! «¿Pero tal vez sea la amada de un enemigo, y este acecha aquí? No. Sino que d'Armagnac la ha encerrado precisamente en esta sala; ella conoce cada paso aquí. ¿Qué es eso, señorita? Se palpa hacia arriba, hacia arriba. ¡Ah! Peldaños... ¿y debo subir por la escalera? Señorita, sujétemela, resbala. Se sube muy alto, pero se empieza a vislumbrar algo. Se puede arrastrarse hasta la bóveda del techo, tumbarse boca abajo en un saliente, y este llega, a través de una estrecha abertura, hasta otra habitación. Ni siquiera un niño podría pasar por ahí. Sin embargo, veo una habitación —una especie de habitación. Madame Catherine no está acostumbrada a este tipo de lugares, pero allí está sentada. Su sillón, con el respaldo alto, está colocado contra la pared del otro lado; la luz le incide desde arriba y la hace parecer pálida. ¿O qué otra cosa le da un color como el plomo? Lleva su luto de viuda, como siempre, pero los demás acaban de levantarse. Ahí

están los Guise, ahí está d'Anjou.‹ «¡Señorita! ¿Conoce a un tal señor de Maurevert?» «No es él, ¿qué haría él aquí?‹ «Cállese, la reina está hablando.»

«No, la reunión tiene lugar demasiado abajo, las palabras se pierden como en una grieta de roca. Creo que trama algo contra su hijo, el rey; si no, ¿por qué habría venido aquí a escondidas sin él? Él negocia con Inglaterra y los príncipes protestantes. Llama a Coligny su padre. Ella odia a Carlos. Su verdadero hijo es d'Anjou, basta con mirarlo: fíjate en sus orejas deformadas. Tiene los labios gruesos, y todo en él es sombrío, incluso los espíritus que lo rodean. No se queda en su sitio, no puede esperar a que suceda lo que tiene que suceder. Ahora, el dedo en la boca. ¡Calla, amor mío! Tampoco falta el amor mío.‹ »Señorita, ¿conoces a un amor mío que parezca un profesor de baile? ¿Se llama Du Guast?«

«Ella no responde, y nosotros también debemos tener cuidado. Aquí alguien está tramando acabar con la vida de alguien. Si no es Karl, soy yo. Pero que se atrevan: ¡París está lleno de hugonotes! Allí, en el sótano, se han escondido nuestros enemigos, traman planes de asesinato y tienen un aspecto pálido, especialmente el cardenal de Lorena. ¡Empújate el ala del sombrero hacia la frente para que no se vea tu piel manchada, viejo cabrón! ¡Lo que habrá hecho anoche! Se va al rincón con Guise y hablan entre ellos. Guise es un hombre apuesto. Tiene la estatura adecuada para caer de bruces. Guise, mi Guise, yo soy el siguiente príncipe de sangre, después de los sangrantes Valois, y no tú, sino yo tengo a su hermana.

Pero él se pone a gritar, no hay quien lo pare, al fin se oye. En la corte hay que matar al otro. ¿A quién? ¿A Carlos? ¿A mí? Imposible,

el señor almirante: se va con el ejército a Flandes. D'Anjou pone ojos codiciosos: entonces es Carlos, su odiado hermano. No, Madame Catherine no quiere eso, ordena silencio, la muerte de su hijo le sigue pareciendo demasiado pronto. Ella susurra: todos deben inclinarse ante ella, pero especialmente este —¿cómo se llama, el que tiene los ojos tan juntos, y antes me preguntaba qué hace aquí? Es una tontería, no pueden hacer nada. Pero Guise lo lleva aparte especialmente —ya lo sé: un señor de Maurevert.

¿Qué es eso? D'Anjou tiene un ataque, ¿le pasa a menudo? No quiere esperar más a la muerte del hombre que ha convertido a su hermano en su peor enemigo. ¿A quién se refiere? ¿A Coligny, de nuevo? Más bien son solo habladurías, ya que no tiene fuerzas suficientes para lo que están discutiendo. Por cierto, su madre se muestra implacable y quiere marcharse. Ya es hora de que yo también... Guise sale de la habitación, él asegurará el camino de vuelta a los demás. ¡Qué gracioso sería si nos encontráramos los dos! Solo hay que bajar rápido por la escalera.‹ «¿Señorita? ¿Dónde estás, señorita?» «Me ha dejado sola, tengo que buscar mi camino yo misma».

Y así lo hizo, corriendo de vuelta a través de las habitaciones del servicio, donde se despertaban y lo miraban boquiabiertos; y el lugar por donde salió al antiguo patio era opuesto al escenario anterior, detrás de la famosa escalera de los favoritos y conspiradores a quienes se permite el acceso a las habitaciones del rey. Al otro lado de la rampa apareció al mismo tiempo Guise. Henri se adelantó rápidamente y se colocó en el primer escalón: allí lo vio Lorena. «¿De dónde vienes tan temprano, Navarra?».

«¿Es temprano, Guise? Ya lo ves, mi querida suegra me recibe a cualquier hora».

«¿Has estado con Madame Catherine? ¿Arriba?»

«¿Dónde si no?». Henri se hinchó el pecho, fingiendo ser alguien que se jacta de un honor que ni siquiera ha disfrutado. Esto sumió al gran Lothringen en un estado de maravillosa superioridad. Uno sale de una reunión secreta con la propia reina y se encuentra con un pequeño mentiroso vanidoso que pretende haber sido recibido a la misma hora. Con el rostro radiante, la mano en la cadera, Guise dijo: «Entonces lo has oído de ella misma; sin embargo, lo repito expresamente: la victoria es tuya, Navarra. La corte de Francia decide la guerra contra España, pues, según escribe tu almirante en un memorándum: "Los franceses necesitan una guerra exterior que sea justa, pero también fácil de llevar a cabo y lucrativa. De lo contrario, se saquean y roban unos a otros". Él nos conoce, tu héroe y tu maestro».

«Eso lo ha escrito Mornay, que siempre lleva las ideas hasta el extremo».

«Y eso es precisamente lo que hay que saber. Así pensáis vosotros, navarros».

«¿Vosotros no?».

«Nosotros solo nos defendemos. Vosotros, los protestantes, tenéis en mente una gran matanza entre nosotros: eso es lo que dicen las palabras de vuestro Coligny o Mornay. Por nuestro bien, elegimos la guerra contra el rey Felipe, junto a vosotros. ¡Nos vemos en Flandes... o nunca!».

No fue más que una salida en falso. El gran rubio se volvió de inmediato.

«¡Navarra! Juega limpio, como yo. Es cierto que había reunido tropas en París cuando tú llegaste con todos tus nobles».

«Yo tengo aún más». El más bajo le miró a la altura de los ojos, porque estaba de pie en un escalón.

«Las mías parten hoy hacia Flandes. ¡Haz lo mismo que yo, Navarra!».

«Juego tu juego, por inclinación y costumbre. ¿Aún recuerdas nuestros días de colegio, Henri Guise?».

»Tú entregaste la partida, Henri de Navarra. César fue asesinado. Nos sumió en la locura.«

«A ti y a d'Anjou. Estabais decididos a matarme de verdad. Son recuerdos para toda la vida, amigo mío».

«Una amistad forjada en la juventud es lo único que no muere antes que nosotros mismos. No me avergüenzo de mis lágrimas», dijo Guise con elevada dignidad, y derramó algunas, o al menos lo intentó. «Yo lo haría mejor», se dijo el otro en el escalón. Sin embargo, el de Navarra sentía más vergüenza que satisfacción. Aquél era su enemigo mortal, y si tan solo hubiera tenido que serlo por no haber conseguido a la princesa. Pero ambos dejaron que sus voces temblaran de emoción, mientras se mentían descaradamente el uno al otro. ¡Ojalá no hubieran sido realmente amigos de la infancia! Por vergüenza… ¿de qué? Por vergüenza de la vida tal y como es, el que estaba en el escalón se encogió un poco, apartando la mirada del otro, que estaba abajo. Al encogerse, algo crujió en su pecho; no supo de inmediato qué era y se llevó la mano. El

movimiento aún no había terminado cuando ya oyó: «¡Alto!». Levantó la vista y se encontró frente a un hombre completamente transformado, con el rostro salvajemente enfurecido, nada ya de recuerdos edulcorados: el presente desnudo, y en el puño la daga al descubierto. Entonces Henri se rió a carcajadas, como si precisamente las revelaciones más terribles fueran las más divertidas.

«Pero también podría llorar, más sinceramente que tú antes».

«Como tienes valor, te dejaré vivir».

«O también porque te iría mal no hacerlo». Al decir esto, lanzó una breve mirada de reojo. Con un movimiento tan brusco como el de un animal, Guise se giró: allí estaba un hugonote, con la espada fuera de la vaina.

«Mi señor y maestro dice la pura verdad», dijo el hombre de chaqueta de cuero arrugada y rostro curtido de soldado con barba en el mentón. «El señor duque de Guise solo tenía que levantar el brazo: antes de que alcanzara a mi rey, un noble gascón llamado d'Armagnac habría tenido el honor de partir al señor duque de Lorena en dos mitades iguales».

Aquella voz resonante del sur fue la primera en romper hoy el silencio sepulcral del patio, llamado «pozo del Louvre». Los guardias acudieron corriendo desde el arco que conducía al puente. Las puertas de alrededor se abrieron y dejaron salir a la gente. Antes de que nadie pudiera comprender la situación, Guise había desaparecido. D'Armagnac, que hacía tiempo que había vuelto a guardar el arma, preguntó por todas partes con insistencia qué había sucedido realmente. «Esos dos comerciantes de allí se han

enzarzado en una pelea por las tasas que deben pagar a la administración».

Así se lo explicó en voz alta a su señor mientras se alejaban, a quien susurró en secreto: «¡Fuera de aquí!». Porque el noble, en su papel de sirviente, podía alardear con grandilocuencia y burlar el peligro, cada cosa a su debido tiempo.

También conocía un camino poco conocido por el que podrían llegar discretamente a la habitación de su señor. «¡Su hermoso vestido de novia blanco, señor! Está cubierto de polvo y lleno de telarañas. Eso lo ve un camarero. Un duque no lo ve; de lo contrario, habría sospechado antes, quizá demasiado pronto, ya que yo aún no estaba del todo preparado».

«¿Me estás cuidando?».

«Como una nodriza. ¡No se caiga!».

En esa curva cerrada del pasillo yacía en el suelo un bulto pequeño, no del todo de la altura de una persona. Lo curioso era que la arpillera dejaba al descubierto un par de pies con zapatos pequeños. Pero era un ser humano. Qué pequeños parecen cuando... El señor y el criado intercambiaron una mirada. La del criado aconsejaba precaución. A pesar de ello, el señor levantó la lona de arpillera en el lugar donde creía ver un rostro desconocido; los muertos siempre son desconocidos, y nunca se está preparado para ellos. Retrocedió y gritó con rudeza. El sirviente le tapó la boca sin pensárselo dos veces. «¡Silencio, señor! ¡Rápido, entremos antes de que nos sorprendan aquí!». Arrastró a su señor fuera de allí, abrió una puerta de un tirón y la cerró en silencio tras ellos.

«¡Ahora grite! Sé que ahí fuera no se oye nada. El acto es atroz, tal y como están las cosas aquí», explicó el protestante con plena convicción. Como su señor no gritaba, sino que permanecía inmóvil, él mismo siguió hablando. «Nosotros no haríamos eso. Una señorita tan hermosa, amable, dispuesta a hacer el bien. Conozco a un pastor que le enseñaba la religión en secreto. Se habría convertido a la verdadera fe».

«¿Sabes cómo se llamaba?».

«No. Quizás Kathrin, quizás Fleurette. Una pobre señorita noble, como yo soy un pobre noble».

«No supe su nombre y ya no puedo preguntarlo. Llora tu ira y tu dolor en tu interior, nada debe fluir hacia el exterior. Ella murió por mí y murió por amor. ¿Qué le prometí esta mañana a la reina de Navarra, mi esposa? Ir a Flandes con el ejército: ya lo había olvidado».

En voz alta dijo: «Partiremos hoy mismo hacia Flandes».

«Palabra de honor, señor. En una batalla puedo atacar y también huir. Aquí no. Aquí, donde el camino se vuelve peligroso, hay un trozo de arpillera a sus pies; debe pasar por encima y guardar silencio».

D'Armagnac siguió hablando mientras preparaba el cubo de madera en el que Henri debía bañarse. Cuando este se desnudó, cayó al suelo un papel enrollado. Eso era lo que había crujido. Se lo había dado Margot: un santo patrón, a ver cuál.

Era el cuerpo humano abierto, una lámina del atlas anatómico. A cada órgano le correspondía en el margen su nombre en latín, escrito con la letra de la erudita princesa, y junto a él, también

colocada por ella, la imagen de una pequeña daga —con la punta apuntando hacia el cuerpo abierto, con la precisión de quien conoce el lugar exacto y su nombre en latín.

Tal era la opinión de la princesa de Valois, y esta era su advertencia: «Si ya la hubiera conocido, ¿qué habría pasado entonces? ¿Habría desenvainado la daga antes de que lo hiciera Guise?».

«No», dijo Henri en voz alta. El criado levantó la vista, sorprendido.

Un sueño

Índice

Pero ella tuvo un sueño.

En su sueño, Margot era la propia dama Venus y, convertida en estatua de mármol, custodiaba un laberinto de altos setos que le daban sombra a su espalda blanca: lo sentía con toda claridad. La piedra estaba dotada de sensibilidad y en ella habitaba la conciencia. Detrás de ella, a derecha e izquierda de la glorieta, sabía que había dos guerreros que, por ganarse su favor, estaban dispuestos a matarse entre sí, aunque ninguno de ellos levantara ni un centímetro su espada desnuda. Porque ambos eran figuras, iguales a ella, encerradas en duras envolturas y cautivas en pedestales, como ella misma. Sin embargo, su pensamiento habría bastado, y aquel a quien ella hubiera elegido habría caído y se habría hecho añicos.

Contemplaba con sus ojos vacíos un paisaje en el que todo brillaba solo para ella: el río plateado, las orillas resplandecientes, los palacios y las estatuas que solo miraban a la dama Venus. Estatuas en lugar de personas se alzaban dispersas por todas partes, y hablaban sin que se oyera ningún sonido. De ti depende lo que haya de suceder. Decídete antes de que caiga la noche. Aún el sol divino te ilumina desde las alturas, calienta tus caderas lisas y te penetra hasta hacer latir tu corazón. Con el enfriamiento del día, tú también perderás tu calor, tu fuerza. La oscuridad dará vida a las fuerzas malignas y estas llevarán a cabo lo terrible que tú no habías querido. Solo fuiste vanidosa y tibia, señora Venus, pues tu sentimiento es débil y tu conciencia frágil. ¡Decídete! ¡Decídete! —gritaron todas las estatuas a la vez, ya no sin sonido, sino gorjeando como pájaros, sí, con los sonidos ásperos de los pajarillos «de las islas». Hasta que

todo calló de repente y se hizo el vacío tanto en lo creado como en lo pensado.

A través de la paralización total y terrible del universo resonó una voz inaudita, poderosa, pero que se desvanecía debido a la abrumadora inmensidad del espacio. La soñadora tuvo que reunir todas sus fuerzas y pensar con más agudeza que jamás lo había hecho la despierta: entonces reconoció por fin el rostro del acontecimiento. Era una logia en medio de un gran palacio, en la que se encontraba Dios. Esperaba, sin dejarse oír por el momento, permitiéndole recuperar el aliento para que no muriera al contemplarlo. Tenía la forma de una estatua, la túnica le caía con pliegues precisos y antiguos, soplaba un gran viento y no la movía.

La logia se encontraba en la fachada del Louvre, donde hasta entonces no se había visto ninguna. Al mismo tiempo, el edificio conocido se superponía al arquetipo del palacio que llevamos toda la vida en nuestro interior con un sentido enigmático; lo recordamos como de nuestro viaje más temprano y hermoso, nunca más lo veremos con los ojos, y, por lo demás, no lo volveríamos a encontrar en ninguna parte. Aquí, sin embargo, resurgía resplandeciente de gloria imperecedera y de las obras de los maestros, y se llamaba Sinaí. Así era su nombre. Dios en su centro se alzaba pétreo, no más alto que de estatura media; pero cuando levanta los párpados, me estremezco de felicidad, y de inmediato quiero gritar: «¡Sí, Señor!», sin siquiera haber oído su voluntad. Porque la conozco por mí mismo. *No matarás. Ahora* se mueve su barba corta, rizada y completamente negra. La sangre fluye hacia sus labios, de modo que se tiñen de un rojo oscuro, y él me llama. ¡Princesa de Valois!, exclama el Señor. Me sobresalto, no puedo responder por el susto,

porque me había permitido soñar que era la dama Venus. Eso no era más que una ilusión. Esto es lo único real, es la santa verdad. Madame Marguerite, exclama el Señor. ¡Sí, Señor!

Así se había presentado. Es cierto que no disponía de su tono grave y sonoro: ese había pasado a Dios, quien hablaba con su propia voz, muy amplificada. Ella misma solo balbuceaba ante Dios. Pero Dios la escuchó y la aceptó. Él le habló, para que ella lo entendiera perfectamente, en griego. Habló en griego: «¡No matarás!».

Enseguida se despertó, se cubrió y ya se dirigía hacia su madre. La reina de Navarra había llevado consigo una guardia para forzar la entrada, si fuera necesario. Sin embargo, la dejaron pasar sin más y comprendió bien por qué. Su hermano Carlos IX se encontraba con Madame Catherine, y estaba furioso. Juraba y maldecía, diciendo que solo él era el rey y daría las órdenes, pero no los conspiradores que se reunían en escondites subterráneos.

Sus gritos molestaban a Madame Catherine, que tenía cosas en las que pensar. Además, temía por su seguridad: su hija, si nadie más, era capaz de percibirlo en su rostro impasible. La madre saludó de buen grado a la querida muchacha y le indicó el taburete de siempre. Por cierto, Margot seguía siendo una niña muy apegada a su madre y prefería sentarse cerca de la falda de la anciana, con ambas manos enredadas en el pelo, para leer grandes volúmenes de cuero, varios de los cuales le presionaban las rodillas. Siguiendo su costumbre, cogía los libros de la mesa y los hojeaba con los dedos, aunque sus ojos los sobrepasaban y pasaban de uno a otro.

Mientras tanto, Carlos IX se vio afectado por la sombría realidad de que su ruido inconexo no surtía efecto alguno contra la anciana, que se limitaba a observarlo. Decidió ser más terrible y preciso. Estiró mucho el cuello, su bigote rojizo colgaba hacia abajo, y también dejó que sus manos se balancearan, pero eran puños. Así, con el rabillo del ojo, evaluó hasta qué punto su madre aún podía ser peligrosa para él.

«¿Has dormido bien, madre?»

«Tu fiesta fue ruidosa, hijo mío».

«A pesar de ello, te levantaste temprano y con ti venían otros, especialmente mi hermano d'Anjou. Estoy al tanto. Vuestros planes van en mi contra, son una amenaza para el Estado; de lo contrario, su escenario no sería un lugar al que se mira desde arriba como si fuera el inframundo».

«Solo lo parece, hijo mío, cuando uno está subido a una escalera».

«No lo niegas, madre, y haces bien; pues la persona que os sorprendió estaría dispuesta a contarlo todo de nuevo en tu presencia.»

«No lo creo».

El hijo oyó: «Eres un necio». La hija comprendió: «Ya no vive». Por un instante, Margot se inclinó sobre su libro, mientras Carlos sufría un ataque. «Haré que arresten a mi hermano d'Anjou», gritó. Su propia madre atentaba contra su vida y quería entronizar al otro. «¡Pero yo pediré ayuda a mis protestantes! ¡Solo gobernaré con el señor almirante Coligny!», exclamó con aire infantil, horrorizado por tanta audacia. El efecto correspondió a los peores temores: su madre lloraba. Madame Catherine recurrió a la exageración. Primero agitó sus cortos brazos a su alrededor. Poco a poco, su rostro grande y pesado se transformó en el inocente de una niña pequeña y desesperada. A continuación, se lo cubrió con sus deditos, entre los que, sin embargo, se asomaba, y al mismo tiempo gemía. Gimió cada vez más alto y agudo, sin que ni una sola gota de agua resbalara por sus deditos. Madame Catherine podía hacer todo de forma muy expresiva, menos llorar. Karl se dio cuenta de lo que ella lograba. Margot vio lo demás.

Entre sollozos, la anciana dijo:

«¡Permítame, señor, que me retire a mi patria! Hace tiempo que temo por mi vida. Su confianza está en manos de mis enemigos jurados».

Ella esperaba que esto lo asustara, y así fue. Él solo quería saber qué se había decidido esa mañana, balbuceó desamparado.

«La salvación de su reino», dijo ella; lo dijo con voz completamente seca y con una máscara tan firme como nunca. Cabría dudar de que la escena del llanto hubiera tenido lugar. Su discurso se elevó con tono reprensivo.

«Y eso tuvo que decidirse sin ti. Porque exige acciones, inmensas, dignas de un gran gobernante, pero que no te corresponden, mi pobre hijo» —esto con tono reprensivo, como un giro violento tras la escena de humildad. Madame Catherine estaba allí sentada, revestida de una autoridad superior, como si nunca hubiera pedido permiso para partir hacia Florencia —de donde una vez la habían expulsado.

Carlos miró sus pies, mientras en su cabeza demasiadas cosas se agitaban, divagaban y se entrecruzaban a la vez: todas las insinuaciones de su madre de días que aún no habían sido, ni mucho menos, los más extremos; entonces había admitido los sangrientos propósitos como si fueran solo una pesadilla. Incluso su madre, al principio, no se había entregado a ellos más que como un ejercicio de tensión de su espíritu sobre abismos. Sin embargo, Karl recordaba muy bien los nombres de Amaury y Ligneroles, dos víctimas de su miedo —ya ante un peligro menor—. Entretanto, como prueba de su independencia, se había aliado con el hugonote

Coligny, lo había llamado padre y había seguido sus consejos en todo. Por eso se encontraba al borde de la guerra con España. La Casa de Austria estrechaba sus largos tentáculos alrededor de él y de su país aislado; tenía el sur, tenía el centro del Viejo Mundo; disponía del Nuevo y de su oro, dominaba a la Iglesia y, a través de ella, a todos los pueblos, incluso al suyo; y se había instalado en su propio castillo y en su lecho bajo el nombre de una archiduquesa, tan rígida de oro y poder que no podía caer.

«¿Y ahora qué?», pensó Carlos IX desesperado, mientras se miraba los pies. «Se dedican a matar, todos piensan solo en matar, pero los Guise y también mi madre quieren asesinar a los franceses, quieren exterminar a mis súbditos. El señor almirante quiere matar a los españoles: eso me gusta más. Si luego regresa victorioso, sin embargo, también tendré que temerle a él, se habrá convertido en el más fuerte. Hasta ahora, los Guise son más fuertes que él y que yo. Mi madre está a favor de que primero los Guise se abalancen sobre los de la religión. Mientras tanto, yo debo permanecer en silencio en el Louvre y esperar. Mis tropas frescas se abalanzarán sobre el bando que quede y enviarán a los líderes al más allá aún calientes.‹

Levantó la vista, preguntándose qué pensar de todo aquello. Su madre le hizo un gesto de ánimo con la cabeza. Ella le había instruido a menudo y él la entendía —hasta cierto punto: a partir de ahí, ya no. A partir de ahí, ella se volvía enigmática y él débil. Quizá la habría adivinado: el primer punto decisivo de su plan —si algo no lo hubiera detenido, una resistencia de su pensamiento. «Esta mañana, en el sótano», se dio cuenta Karl, «es donde han decidido lo más atroz. Yo no estaba allí y no consigo averiguarlo. Me da escalofríos y se me revuelve el estómago; ¿quién me ayuda?».

Apenas lo pensó, su hermana dio un paso al frente e intervino.

«Prohíbo que se cometa un asesinato», dijo con voz firme.

Madame Catherine se quedó un rato con la boca abierta. ¿Qué le pasaba a la niña? «¿Tú? ¿Prohibes?», preguntó Madame Catherine, pronunciando cada palabra por separado. Incluso Karl soltó una palabra, asombrado. «¿Tú?».

«¡Yo!», confirmó Margot, imperturbable. «Y por mi culpa, otro». Era Dios, la estatua de mármol de labios rojos.

«¡Navarra amenaza!», pensó Madame Catherine. «Debo actuar con mayor rapidez».

«¿Quién podría prohibirle algo al rey de Francia?», dijo ella, muy desconcertada.

La princesa no respondió, solo puso cara de niña mimada.

Carlos preguntó: «Yo también quiero saber quién manda aquí». Era una pregunta equivocada, contraria a su propio interés, pero su curiosidad prevaleció. Al fin y al cabo, su madre seguía creyendo que no había oído bien. «¡Esa chica tan buena! Se pasa el día encogida con los libros o tumbada con los chicos. Aunque ya tuvimos problemas por lo de Guise. ¿Necesitará al final otra paliza?».

«Si no te explicas» —Madame Catherine se mantuvo indulgente por el momento—, «¿cómo vamos a entenderte?».

«Tú me entiendes. ¡No es un asesinato!».

«¿Quién habla de asesinato? Las partes, lamentablemente tenemos que esperar a diario que se lancen unas contra otras: los católicos de tu Guise, los hugonotes de tu Navarra. Lo siento, hijita,

por ti, ya que sin duda te has convencido de que cada uno de ellos tiene sus virtudes. ¡Dime solo cómo vamos a evitarlo!».

A esta terrible bondad, Margot volvió a oponer su orden, la recibida en sueños: ¡Nada de asesinatos! Tenía los ojos muy abiertos y miraba a través de su pálida madre hacia el rostro de Dios, de cuyos labios manaba sangre de un rojo intenso.

«No debemos cometer ningún asesinato: entonces las partes tampoco se enfrentarán. Solo nosotros daremos la señal».

«Nosotros», repitió Madame Catherine, pero esta vez con enfado, y por dentro se sintió sofocada. Esa erudita con el gran consumo de ropa de cama había prestado más atención de lo que cabía suponer cuando se aferraba inofensivamente a las faldas de su madre. Para colmo, ella misma lo confirmó.

«No soy tonta, madre. Oigo algunas palabras que solo cobrarán su verdadero sentido en el futuro. A mi hermano, el rey, le dice usted cosas que él mismo aún no comprende. Pero yo había aprendido: sé el lenguaje de los pájaros», añadió, como por inspiración. Pero era un recuerdo de las innumerables estatuas de su sueño, que le habían hablado con claridad, aunque solo chillaran como los pajaritos «de las islas».

«¿Qué opinas, hijo mío? ¿No deberíamos volver a intentar con la pequeña lección que tan bien le sentó a tu hermana? Ella recuerda, señor, aquella mañana en que su gorda Margot había dormido demasiado con el Guise». Los ojos apagados tras la máscara intentaron un destello secreto.

No le apetecía azotar a su gorda Margot. Mientras tanto, en su mente se habían encajado las piezas; la resistencia de su

pensamiento fue cediendo. Exclamó:

«¡Tiene razón al prohibir que se cometa un asesinato! ¡Yo también lo prohíbo!».

«¡Fuera!». Fría y dura, Madame Catherine les indicó a ambos la puerta, ante la cual hoy ni siquiera había guardias. Por eso tenía que temer lo peor, y su calma bien guardada era sumamente meritoria. Este descendiente de caballeros bárbaros podía simplemente encarcelarla; su hijo d'Anjou, y mucho más su propio hijo, ya no la apoyaban, pues lo hecho, hecho está. Pero en aquella muchacha demasiado curiosa vio primero peligros. Se mantuvo serena.

«Marchaos». Pero, por desgracia, no se marcharon.

«¡Que el almirante Coligny siga con vida!».

«¡Que el rey de Navarra siga con vida!».

Lo gritaron al unísono, los dos nombres chocaron entre sí, cada uno ahogando al otro. La anciana se encogió entonces de hombros.

«Ya lo veis: no os ponéis de acuerdo».

«Yo quiero lo mismo que mi gorda Margot».

«Mi hermano, el rey, me ayudará».

Por lo tanto, se enfrentaba a aliados. Pero en cuanto Madame Catherine dejaba de ser la más fuerte, solía recurrir a la astucia.

«Hagamos un pacto, queridos hijos. Habéis nombrado a dos personas. A ninguna de las dos le deseo nada malo. No moveré un dedo para que caiga ninguna de ellas. Pero si, a pesar de todo, una de las dos personas cayera, entonces, queridos hijos, no podréis exigirme que siga protegiendo a la otra. Estaría más allá de mis posibilidades», añadió, con tono más bien lastimero, pues su hija

estaba creciendo. La reina de Navarra se estaba haciendo grande en estatura, en sabiduría y en voluntad.

«Entiendo el lenguaje de los pájaros», dijo ella, mirando a la pobre anciana. «La lengua ambigua de Su Majestad da a entender que primero quiere hacer matar al señor almirante, pero luego también al rey de Navarra, mi marido».

«¡Cómo se puede hablar así!».

«¡Lo ha descubierto!», exclamó Carlos, iluminado. «Mi gorda Margot es lista y lo sabe todo. Pero el señor almirante debe seguir con vida. Así lo ordeno. Es mi padre».

«¡Cómo se puede hablar así!», repitió la anciana, dejando atrás a su hijo, que cojeaba con dificultad, y siguiéndose a su hija, mucho más ágil.

«Piensa tú mismo si alguien aquí podría aún mandar sobre el odio de los partidos, sobre la pasión de los hombres por matarse unos a otros».

«¡Ni el rey, ni mi marido!».

«Yo podría tan poco como tú. Quieren sangre. Nadie sabe de antemano con qué empezará».

«Tú lo sabes».

«¡Tú lo sabes!», gritó Karl.

La anciana se estremeció; ahora se entristeció, con una tristeza noble, sin lamentos desordenados, con la actitud de quienes llevan sobre sus hombros el peso de muchas cosas de las que deben responder.

«Detrás de mi frente», comenzó ella, clavándose el dedo índice en la sien, «se yergue la Casa de Valois. No detrás de la vuestra. Sois jóvenes y seguís vuestros deseos. Yo sola sostengo con mi cerebro la gran carga; de lo contrario, se derrumbaría, todos vosotros y la Casa».

Fue su momento más sincero; y no falló. Esta vez, la anciana no sabía muy bien por qué los dos aliados se quedaron en silencio ante esto. Eso la desconcertó un poco y, como consecuencia de un cálculo erróneo, cometió un error inmediatamente después.

«Te has enamorado, pero eres mi hija. Sabemos bien lo que queda al final de nuestras tormentas: nosotras mismas. El pequeño Navarra, como todos tus hombrecitos, hace lo que puede. Una mañana ya no dejará huella en tu lecho. La primera vez preguntarás: ¿Dónde está el chico? La segunda vez preguntarás. Pero la tercera ya no preguntarás y no querrás saber con tanto detalle cómo se fue». Había hablado en vano.

Margot, con la voz de Dios:

«¡No matarás!»

«Eso sería lo más nuevo», murmuró Madame Catherine, mirando hacia arriba.

«O me haré protestante».

«O ella se hace protestante», gritó Karl, y la atribulada madre tuvo que constatar que sus hijos se habían cogido de las manos.

«Exijo la vida del rey de Navarra».

«Exijo la vida del almirante Coligny».

«Quédate tú con tu viejo y terco gallo de pelea, que está arruinando el reino, pero a quien tú llamas padre». Decidió echar a uno de ellos de casa haciendo las paces con la otra.

«Bien. Viaja con tu navarro a Inglaterra. La ayuda de los ingleses es escasa; pero necesitamos a Isabel y su dinero, ya que tu hermano Carlos, con su padre Coligny, nos está echando encima a la Casa de Austria. ¡Viajad cuando queráis!».

Solo hizo un gesto de despedida; las palabras le fallaron, ya fuera por fingimiento o porque realmente se había agotado.

Inmediatamente, la hija volvió a su subordinación de toda la vida, inclinó el cuello y una rodilla, y se retiró obediente.

Carlos IX la siguió. Al ver que había ganado el otro asunto de forma totalmente inesperada, se olvidó del suyo propio —en el momento decisivo para este.

Señal

Índice

Margot fue a ver a Henri. Renunció a la ventaja que le daba su amor propio y dio ella misma el paso, a pesar de que él la había abandonado por la mañana enfadado. Podía disculparlo, porque, como hombre, era de todos modos el menos inteligente, y además admitía con sinceridad que él tenía motivos para quejarse, tanto de sus anteriores relaciones amorosas, por muy olvidadas que estuvieran, como de lo otro. Lo otro era peor, y aún peor para ella que para él, pues él no creía tan firmemente como ella que su madre hubiera sido envenenada por la de ella. Sin embargo, ella ya había reparado la fechoría y el siniestro obstáculo que se interponía una y otra vez entre ellos había sido eliminado: le había salvado la vida. Margot había luchado por Henri, llamada por un sueño de lo alto; había vencido y se apresuraba, impulsada por el éxtasis, a recoger su recompensa.

Él se había bañado, se había vestido con ropa limpia, y tanto él como su habitación desprendían aromas. Cuando ella entró, él la miró con el mismo deseo con el que ella lo miraba a él. A ambos se les subió la sangre a la cabeza, un vértigo se apoderó de sus cuerpos y se habrían lanzado a los brazos el uno del otro. Por desgracia, había un tercero presente, el poeta de baja estatura pero alegre, su amigo Agrippa.

—Honrado Agrippa —dijo la reina de Navarra—. Permítame confiarle al rey, mi señor, un importante secreto de Estado.

D'Aubigné sonrió complacido, pero antes de retirarse, en lugar de hacer dos reverencias, hizo tres: la primera ante el rey, la segunda

ante la reina y otra más ante el lecho. Esto hizo reír de corazón a la joven pareja, y Enrique dijo:

«¡Amada reina! Estoy aún más ansioso por conocer el gran secreto de Estado de lo que usted puede imaginar» —mirando hacia el lecho—. «No obstante, Agrippa debería terminar su informe. Él sabe de extraños presagios».

«No son presagios, señor, eso no lo he dicho. Son incidentes, o simplemente pequeñas cosas llamativas de la vida cotidiana».

«¿De verdad forma eso parte de la vida cotidiana en París, Agrippa? Dígalo usted misma, querida reina, si aquí es habitual que el pueblo se agolpe para escuchar a sus sacerdotes hablar contra los de la religión. El clérigo se sube al bordillo o a unos escalones y predica ahorcamientos y estrangulamientos. De repente, todos se abalanzan porque han descubierto a un hugonote solitario. El desdichado quiere huir, la multitud se abalanza sobre él. ¿Pequeños detalles de la vida cotidiana?».

Se había puesto mortalmente pálida. «Esto es más de lo que había imaginado. Margot, se acerca la hora, la puerta se cerrará en cualquier momento. ¡Rápido, Margot! ¡Llevadnos a él y a mí!». Por eso no prestó atención a quién más estaba presente. «¡Henri, mi amado señor, escuche bien! Los dos partiremos esta misma noche, cuando las calles estén vacías, hacia Inglaterra». Un gesto de su hermosa mano se adelantó a sus respuestas.

«¡Henri, mi amado señor! Comprenda bien cómo todo depende de todo: la paz en París de la victoria en Flandes, y esta del oro inglés. La victoria del señor almirante será una victoria protestante, pero bajo su mando lucharán vuestras y nuestras tropas. Ese será el

fin de la enemistad entre nosotros y vosotros. Después de eso, ya nadie podrá predicar sobre los adoquines. Por eso: los dos debemos cruzar a Inglaterra en el barco más rápido».

«Te doy las gracias. Pero...»

«¡No debemos huir, tú! ¡Déjame terminar, Henri, mi amado señor! No huimos, cumplimos la misión más importante. El propio Coligny lo exige, en beneficio de la causa».

Esa fue su idea en la adversidad. El tercero de los presentes quiso emitir un sonido ahogado, casi un silbido; ella se limitó a reprenderlo con una mirada imperiosa. Él obedeció y guardó silencio. Pero su rey le preguntó: «¿Qué piensas, Agrippa?».

A lo que él respondió: «Pienso que el amor de una bella princesa es el bien supremo».

El honor es superior, oye Henri inmediatamente que le dice su bien entrenado interior. También la religión es superior.

Rápidamente decide: «El almirante tiene que dar la orden, él mismo me repetirá su encargo».

«Que así sea», confirma la bella princesa, pero para sí misma está firmemente decidida a frustrar, en la medida de sus fuerzas, la conversación con el viejo hereje; conoce el arte de retener a su amado señor hasta que ambos se alejen en la carroza y todo lo demás quede atrás. Agrippa d'Aubigné obedece por fin su señal y se marcha. Inmediatamente, ambos abren los brazos con expectación contenida.

Llegaron tarde al banquete de hoy; sin embargo, deberían haber estado allí puntuales a las tres, e incluso antes que sus invitados, a quienes en realidad debían recibir. Porque esta comida la ofrecía el

rey de Navarra, en el palacio de Anjou. En cambio, se unieron a una compañía que parecía animada, solo que de repente se quedó en silencio. Durante tres o cuatro horas se comió y se bebió sin cesar, carne de todo tipo de animales, vino de todas las cosechas, pero todo siguió como al principio: las conversaciones eran ruidosas mientras se entregaban a las tonterías; solo las inteligentes o reflexivas no soportaban ni un susurro ni una mirada, y enseguida se interrumpían. Además, los presentes se contaban entre sí: era una de esas cosas que se hacían en secreto. El primer noble, de Miossens, estaba en cama y se decía que tenía cólicos. A varios otros señores protestantes ya no se les encontraba por ninguna parte; al parecer, habían abandonado París a toda prisa.

«Son señales», dijo Du Bartas a Du Plessis-Mornay en uno de los extremos de la mesa. «Pero lo más llamativo es la gran paciencia y la indulgencia de los que aún quedan. Esta es la tercera noche que dura ya la boda, y me parece como si todos estos desdichados hubieran perdido ya la fuerza para levantarse de sus asientos, agruparse en dos bandos y amenazarse en voz alta. A veces, incluso el odio duerme en los espíritus, o yace agazapado en lo más profundo, listo para saltar».

Mornay respondió: «Todos dudamos aún un instante en convertir este país y este reino en un cadáver sangrante del que se alimentarán todas las bestias de la tierra; los godos tomarán lo que los hunos desprecian, y los vándalos, los restos del festín de los godos».

Así fueron las palabras del virtuoso Mornay, y conmovieron, como tantas otras veces, hasta lo más profundo. A su alrededor, sin embargo, se contaban unos a otros. Faltaban también católicos,

entre ellos el capitán de Nançay. Se le necesitaba en el Louvre, según se oía; se desconocía, o más bien no se decía, para qué. No se veía al señor de Maurevert. Algunos recordaban su nariz especialmente puntiaguda y sus ojos sin espacio entre ellos. «¡El perro!», exclamó el duque de Guise con altivez y nobleza. «¡No se había escondido bajo mi cama! Quería pedirme clemencia, según fingía; pero la daga que llevaba consigo no parecía indicar clemencia alguna».

Guise relató esto en voz muy alta, indignado; incluso Carlos IX y el rey de Navarra, que estaban sentados uno frente al otro, pudieron oírlo dada la escasa distancia que los separaba.

Carlos, por su parte, armaba mucho jaleo; su ventaja sobre Madame Catherine, o lo que posteriormente se atribuyó como una victoria ganada por sí mismo, le animaba. «¡Navarra! No hablemos de eso aquí, pero tú y tu amada me debéis una buena suma para mi uso. Sin mí, tu vida se podría comprar a bajo precio. Soy tu amigo, Navarra».

Su hermana le hizo servir una copa para que callara. De lo contrario, les habría contado a todos que ella y su marido partían esa noche hacia Inglaterra. En cambio, la copa de vino le llevó a hablar de su gran amor y admiración por su padre Coligny, el más leal de sus súbditos, el mejor de sus servidores. A juzgar por las palabras del rey de Francia, la paz entre las partes estaba firmada y el pasado olvidado.

Du Bartas, sentado a su lado, dijo: «El señor almirante piensa lo mismo, a pesar de las advertencias recibidas. Pero él y Carlos IX son los únicos que lo creen. Eso me preocupa. Quien de repente y sin

motivo aparente deja de considerar a la gente ciega y malvada, corre él mismo grandes peligros: más bien, ya se ha rendido».

Du Plessis-Mornay le respondió: «Amigo mío, si en este momento entrara aquí Jesús, ¿con qué bando se sentaría? No lo sabría, pues unos están tan empeñados en el mal como los otros y ya no guardan en su corazón ni la más mínima chispa de amor, ni ellos ni nosotros. Yo, para ser sincero, me temo a mí mismo; pues me apetece una masacre».

«Te conocemos, Philipp. Solo tu espíritu ama lo extremo».

«Está en el mundo antes de estar en mi espíritu. ¿Crees, Du Bartas, que aquí se puede conservar la cordura por mucho tiempo? Por mi parte, me expondré a los vientos del mar, y si me ahogo, que así sea, pues en el castillo del Louvre se avecina algo mucho peor».

«¿Te vas en barco?»

«A Inglaterra, a sacar dinero de Isabel». Los rasgos de su rostro socrático se fruncieron aún más bajo la alta frente, por desprecio al dinero o también a su suerte. El autoengaño no era lo suyo, y comprendió que, sin quererlo, la suerte lo había elegido para sacarlo de aquí.

«Madame Catherine me ha mandado llamar. Debo viajar en lugar de mi señor, que debe quedarse aquí. Lo que él necesita no es un barco que se balancea, sino un dormitorio firme. Pero, en realidad, solo él puede calmar a los espíritus antes de que estallen. Mi propio espíritu, oh amigo, ya no puede refrescarse más que en las profundidades de la marea, ¡y solo me queda esperar que tenga que hundirme en ella!», exclamó con devoción; pero viviría aún

cincuenta y un años, y algunos de los que le rodeaban aquí, ni siquiera cinco días más.

Sus palabras, a las que no atribuía el valor de un secreto, fueron escuchadas y comprendidas en varias ocasiones, incluso por la joven Charlotte de Sauves. La amiga aprovechó la primera oportunidad, cuando el rey de Navarra había abandonado su lugar junto a la reina, para informar a Margot. Sus ojos brillaban al hacerlo. Se encontraba en esa época en la que algunas devuelven la sonrisa de la vida con especial gracia. Su carita, destinada por los años a volverse puntiaguda, adquirió en ese momento un encanto ingenioso gracias a la noticia que transmitía. «Señora, Majestad y Margot», dijo alternativamente, sin poder dejar de insistir en lo valiente y hábil que se había comportado el rey de Navarra al quedarse allí y al mentir a su reina para poder quedarse. Así lo presentó la amiga, en todos los tonos de la alabanza. ¡El honor de un hombre exigía que sacrificara incluso su amor al servicio! Charlotte pensó entonces: «Ahora pasan todo el día juntos, pero algún día me tocará a mí, tengo curiosidad. Si la buena Margot sabe que él ya le miente, ella le engañará antes, y él a ella conmigo».

Margot pensó, mientras escuchaba: «Está celosa. Mi felicidad lo supera todo; es una pena que se me note tanto. Habría sido prudente ocultar mi felicidad en un viaje, aunque fuera largo y peligroso. Quizá se podría traer de vuelta sana y salva, pero aquí... No sé qué tiene mi madre entre manos, pero ella sí lo sabe. Por eso aún puede jugar una carta contra mí. Si es cierto lo que balbucea Sauves, entonces Madame Catherine le ha metido en la cabeza a mi amado hugonote que su Mornay puede mendigar dinero mejor que un rey en Inglaterra. ¡No! ¡De otra manera! Ahora me doy cuenta de

que la excusa de Henri es solo una invención suya. Pero se dio cuenta porque su amiga se la había insinuado de manera imperceptible. Él envía a alguien para que podamos quedarnos aquí. ¡Porque es demasiado valiente para ponerse a salvo, y me ama tanto que no debemos abandonar nuestra habitación por mucho tiempo!«

Esto pensaba Margot, conmovida en su carne y en su alma. Se propuso vagamente volver a interceder ante la anciana reina; en lugar de eso, se quedó sentada, sintió cómo pasaba el tiempo y, en realidad, en ese momento ya había renunciado a todo lo que no fuera la noche y su alegría.

«Mi querido corazón y mi hermoso amor», pensó Henri en esos términos que solo se hacían realidad para ella y en los momentos más excepcionales. Mientras tanto, hablaba en privado con su primo Condé sobre su hermana: por eso se había separado de su reina, por un rato, según él. Iba a ser una separación bien meditada. Su primo le dijo que él mismo había desaconsejado a la joven Catherine que abandonara la casa. «París está inquieta. El pueblo espera, a su manera, acontecimientos con los que espera agitarse. Yo, en la medida de mis posibilidades, lo castigaría, no cuando ya se haya desatado, sino mientras aún vacila lujuriosamente».

«Por suerte, a ti no te preguntan. Queremos atacar al imperio español, así que París no debe estar tranquilo. De la agitación de un pueblo se puede sacar todo, incluso lo bueno y lo útil. Para eso somos príncipes. Mi hermana debería haber venido, al fin y al cabo, cuando se celebra mi boda».

El hermano insistió, porque distinguía muy bien por qué ella, en realidad, se mantenía alejada. No había querido actuar según lo que, en su opinión, había sido el último encargo de su madre: no había

abandonado París, ni había llevado a los religiosos contra la corte. En cambio, había dedicado sus fuerzas y su destino a amar a la princesa de Valois: eso no se lo perdonaba su hermana. La había decepcionado como rey y como hermano. En la joven Catalina, la difunta Juana se sentía herida y menospreciada. Pero, por su parte, la hermana pequeña estaba celosa del hermano mayor, que besaba a otra. Como él conocía a Catalina como a su propia sangre, nada de esto le quedaba realmente oculto; solo pensaba negarlo ante Condé, no ante sí mismo. Así que dijo: «Te equivocas, primo, y cuando me haya marchado, ¡déjaselo claro! No obstante, me voy de París, tal y como era su opinión y el encargo de nuestra madre. Es cierto que no marcharé con el ejército, pero sí con oro de Inglaterra».

«¿Tú? ¿Cargando sacos como un burro?», preguntó el primo con escepticismo, y fue un bien que dudara, pues así, al menos, no se percibía el desdén. Justo en ese momento, Philipp Mornay se unió a ellos.

«Yo mismo haré de burro, en lugar de usted, señor». Estiró el cuello y relinchó. «El burro de oro, un ser mágico, pero una carga demasiado preciosa tienta al cielo; este hace que las tablas se abran y el burro se hunda en el mar: los presagios me dicen cómo acabará. Su vida, señor, es mucho más valiosa; se paga un alto precio por ella. Ya sabe usted quién», susurró, señalando a través de la pared, hasta un lugar donde todo, y también esta cosa, era dirigido.

«Entonces me quedo», decidió Henri de inmediato. «Es incluso mejor quedarse. Así seré más dueño de mis decisiones. El señor almirante y yo somos más fuertes cuando estamos unidos».

«En cualquier caso, tienes a Margot», añadió Condé y se dio la vuelta. Justo eso era lo que Henri tenía en mente, se sobresaltó y guardó silencio.

Philipp Mornay hizo una reverencia más formal de lo que solía ser habitual entre ellos. «Señor, le ruego que me conceda ahora un permiso. Pero como quien se marcha se asemeja a un moribundo, ¡apruebe mi testamento! A usted lo retendrán aquí para que los demás no sospechen a tiempo y todos a la vez, en una multitud demasiado numerosa, salgan de la ciudad. Solo así salvarían vida y miembro, de otro modo ya no, y también tienen su protección interior tan buena como la de la bestia que huye ante el matadero. Preste atención a las conversaciones a su alrededor, no oirá ninguna en la que no se prefiera estar lejos y solo se aguante porque usted deja que suceda lo que ha de suceder, señor».

«Felipe, en nombre del señor almirante has redactado un brillante memorándum para el rey de Francia, en el que afirmas que sus súbditos, por naturaleza, no necesitan nada tanto como robar y matar, si no a los extranjeros, entonces entre ellos. De nuevo hablas con tanta tensión exagerada. Coligny cuenta con la amistad del rey. Él desconfía aún menos que yo, ¿por qué se quedaría si no?

«Se queda porque le espera la tumba. A ti, en cambio, te espera la cama».

Una oleada de invitados ebrios los separó. Cuando Henri buscó a su amigo, ya no lo encontró.

Y maravillas

Índice

Todo se había desarrollado hacía ya tiempo entre el ruido creciente y el bullicio del comienzo de la salida. Desde el Palacio de Anjou, la comitiva se trasladó al Palacio del Louvre, donde debía continuar el baile interrumpido por la mañana.

Hoy no se había discutido en voz alta; en cambio, reinaba entre los que se agolpaban una falta de atención que de otro modo habría pasado desapercibida. No sabían a quién empujaban fuera de su camino o enredaban en su maraña. Apenas mostraban ya respeto por el círculo más cercano al rey de Francia. Henri, sin embargo, se había alejado demasiado; ya no veía a Margot, solo murallas que se movían y ninguna perspectiva; todo sucedía como en un sueño. Por eso gritó inconscientemente: «¡Margot!».

Alguien respondió: «Se ha marchado en la carroza con sus damas. ¡Venga aquí, señor, a mí!».

Enrique no vio a quien gritaba. Había reconocido la voz de Agripa: ya no la oía. «¡Dejadme pasar!», ordenó. «Quiero ir con la reina». Entonces, una voz afectada detrás de él, no muy lejos de su oído, se permitió bromas extrañamente descaradas. ¿A cuál de las reinas se refería? Isabel de Austria difícilmente lo habría llamado, pero con Madame Catherine aún tendría que lidiar muy pronto. Enrique miró a su alrededor: el joven tonto se había escondido entre la multitud y fingía no haber sido él. Pero era Du Guast, el favorito de Anjou, y lo que balbuceaba lo había oído de su señor; podía ser útil saberlo. Henri se rió y le hizo señas para que el muchacho saliera. Este ya se había lanzado, estirándose todo lo que podía, en un arco por encima de algunas cabezas, un espectáculo asombroso,

y chillaba en el aire. Esto sucedió porque Lévis de Léran, el apuesto paje entre los nobles protestantes, lo había lanzado allí de repente con un empujón de su rodilla en las populares nalgas. Aquellos sobre cuyas cabezas cayó el favorito se apartaron y se abalanzaron sobre otros. El movimiento amenazaba con arrastrar a todos a un peligroso desorden. Un caballero de la corte de Francia, d'Elbeuf era su nombre, tomó sin más al rey de Navarra del brazo, levantó una cortina de la pared: de repente, ambos respiraron aire fresco y se quedaron completamente solos en la oscuridad.

Todo sucedió rápido, sin palabras, fue sorprendente, parecía ambiguo —y lo que Enrique no había hecho cuando se enfrentó solo y sin ayuda a Guise, lo hizo allí: desenvainó la daga. D'Elbeuf dijo con entusiasmo juvenil: «Si no quiere considerarme su amigo, señor, aquí tiene mi pecho». Y se lo descubrió.

Henri se inclinó hacia delante, no pudo reconocer el rostro, pero también antes, a la luz, había confundido la amistad. Incluso siguió comportándose con cautela. «¡Adelante! Quiero ir al Louvre. ¡Ni un paso fuera del camino!».

Cuando llegaron, la puerta del puente estaba abierta, pero no lo suficiente, y tampoco se podía abrir del todo ni cerrar por completo, porque unos se esforzaban por salir, mientras que otros la apretaban entre las hojas. Un rugido salvaje acompañaba los esfuerzos. La luz de antorchas aisladas se reflejaba en rostros desfigurados. Henri vio barbas desgreñadas y cabellos enmarañados: los suyos, querían marcharse. No habían comido en la mesa de los reyes; los más pobres de los nobles y plebeyos se habían mantenido imperturbables ante las seducciones de esta corte; habían desabrochado las bolsas de algunos ciudadanos de esta ciudad extraña y tal vez los habían

matado, pero ahora no querían que los mataran a ellos. Para ellos era sencillo. Maldecían y golpeaban sin piedad porque la guardia del Louvre no los dejaba salir.

Su rey los llamó. Lo reconocieron, y su aglomeración se detuvo de repente. Se entendió lo que uno dijo: «¡Asesinato, señor! ¡Venga con nosotros!». Enrique miró a su alrededor: su acompañante, d'Elbeuf, seguía con él. «Haga lo que su gente quiera», respondió con la mirada.

Detrás de la puerta se ordenó: «El de Navarra está fuera, ¡traedlo dentro!».

«¡Dejadme entrar!», dijo Henri a los suyos. Pero ellos lo sujetaron con fuerza. «¡No nos vamos sin ti, Henric! Tenemos caballos en los establos; contigo nos abriremos paso, contigo volveremos mil veces». Lo rodearon y se atrevieron a tocarlo con urgencia; incluso lo habrían arrastrado en su movimiento, que estaba hecho de toda su confianza en la naturaleza; se aferraban a él como a una colina de viñas natal que los protegía y a la que no renunciaban, ni ante ninguna fuerza superior.

Él mismo solo habría tenido que quererlo. «¡Dejadme hablar con el capitán!», exigió en su lugar, ya que ahora podía ver quién mandaba en el puente. El capitán de Nançay había hecho abrir de par en par la puerta; todos los hugonotes podían retirarse, él tenía en el punto de mira a su rey. Los Knebelbart y los Koller se abrieron paso y pasaron trotando junto a los que ya no rodeaban en gran número a Henri. El muro de cuerpos a su alrededor se desmoronó y se redujo. Alguien que aún estaba allí murmuró: «¡El último minuto!». La tímida voz de un amigo que había aparecido justo a tiempo para el último minuto, demasiado tarde para tener derecho a

intervenir. Sin embargo, echó mano de Henri y le obligó a forcejear por cada paso que le alejaba de la puerta. Lucharon absortos hasta que los separaron; se habían infligido magulladuras y se habían rasgado la ropa.

La voz del capitán gritó: «¡Qué se le ocurre, d'Elbeuf! No se mata al rey de Navarra. Se le acompaña con reverencia de vuelta al castillo».

Henri, que ya veía con claridad, no encontró a ninguno de los suyos, y el capitán de Nançay, con quien se quedó a solas, adoptó un tono insoportable. «Señor, ya a su llegada tuve el honor de asegurarle: cuantos más hugonotes haya en el Louvre, mejor. Por desgracia, algunos acaban de escapársenos. Gracias a San Bartolomé, a usted todavía lo tenemos». A lo que Enrique, con la rapidez de sus dieciocho años, le dio una bofetada al hombre y siguió su camino. Aún vio el rostro consternado del agredido. Pero cuando unos hombres armados lo persiguieron, oyó al capitán gritar «¡Alto!». De Nançay primero crujió los dientes y luego gimió: «Eso es para más tarde».

Desde la casa resonaba con fuerza la música de baile, las ventanas estaban abiertas, bajo una luz difusa las siluetas se movían unas hacia otras, solo para separarse luego de sus filas. Henri estaba abajo y la buscaba, era hora de volver a encontrarla. Una sucesión de acontecimientos confusos lo mantenían alejado de ella, sin que ella misma le dejara ninguna pista ni le dejara ningún mensaje. Miró hacia arriba desde la oscuridad hacia lo desconocido, y el corazón le latía con fuerza. «Bajo la luz amarilla y difusa, el suave murmullo de la música, seguramente ella estaba ahora realizando sus movimientos elegidos y preciosos, dando a sus pies y manos la

apariencia de flotar, sonriendo como una máscara de belleza perfecta. «¡No somos ni perfectos ni nobles, Margot, cuando estamos desnudos!». Agarró con ambas manos las rosas que trepaban hacia la ventana abierta. El pinchazo de las espinas le producía placer: «¡Este es el dolor que me regalas!». Habría trepado por el enrejado, pero, por desgracia, desde la sala de abajo salieron tambaleándose unos patanes borrachos, suizos que querían hacer sus necesidades fuera, y nada mejor que las rosas y el enamorado. Este huyó a la sala, y fuera ellos rugían de risa mientras hacían sus necesidades.

Era la sala de cera, iluminada de forma desigual por antorchas aisladas, y no había nadie dentro, salvo cuatro figuras de piedra que sostenían una tribuna. Tres escalones conducen a la sala contigua, separada de esta; uno tropieza con ellos y no sabe adónde va a parar. Una alta bóveda, del baile de allá arriba apenas queda el recuerdo de un sollozo de violín, y ya no hay luz. «¡Eh! ¿No hay nadie aquí?».

«Claro que hay alguien aquí», respondieron dos a la vez, y Henri, alerta y despierto, reconoció las voces; distinguió sus movimientos blanquecinos sobre el fondo negro.

«¡D'Anjou y Guise!», les gritó. «¡Los más animados de mi boda!».

«¿Tú, Navarra?», dijo d'Anjou con su habitual sequedad. «Lo tuyo sería bailar o estar en la cama. Lo nuestro son preocupaciones. ¡Eh! ¡Luz!», dijo, no más alto que el anterior, y tampoco lo oyó nadie.

«Tengo curiosidad por conocer vuestras preocupaciones. Porque os conozco como amigos, a quienes quiero, sin miedo, sin falsedad».

«Así es», dijo Guise. «Por eso nos esforzamos con tanta sinceridad para que no estalle la revuelta en París a causa de tu boda».

«Es que aquí no aman a ningún hereje. Eh, luz», murmuró d'Anjou.

Henri dijo: «Por eso vosotros, y especialmente tú, Guise, hacéis entrar cada vez más tropas, pero difundís por la ciudad el rumor de que aquí pulula de soldados del señor almirante».

«Eh, Luz. Eso no significa nada; Coligny y Guise se han reconciliado. Mi hermano el rey los ha reconciliado».

Esta vez apareció Licht: era Condé, el primo de Henri. Iba acompañado de numerosos sirvientes con candelabros. «Estaba preocupado por ti, primo. Menos mal que te encuentro en tan buena compañía».

«Se han reconciliado, ¿ya lo sabías, primo Condé? Guise y Coligny han hecho las paces por obediencia al rey». Las velas iluminaban los rostros de todos. Enrique sintió un nuevo y peculiar deseo de sacar también las cosas a la luz con descaro. «Ya tu padre, Guise, y todos los tuyos, querían hacer matar al señor almirante; pero antes de que lo lograran, él mismo mandó matar a tu padre. Desde entonces, os aviváis mutuamente vuestra sed de venganza, cada nuevo Guise contra el que ya estaba allí».

«Eh, luz», dijo d'Anjou consternado, aunque estaba bien iluminado.

Guise repitió imperturbable: «Me he reconciliado con Coligny. A pesar de todo, ha llamado a su regimiento de la Guardia, pero confío en él».

«Él nunca mandó matar a tu padre. Lo jura», aseguró Condé.

«Tan ciertas son también mis juras», respondió Guise.

«Juguemos a las cartas», propuso d'Anjou.

«Tú quieres que lo maten», declaró Henri, sin sentarse con ellos. Trajeron las cartas y las barajaron; nadie parecía haber oído nada. De repente, Condé dio un golpe en la mesa.

«Él se lo cree todo porque Carlos le llama padre. Su mujer se ha marchado a su castillo de Châtillon. Él mismo debería estar a salvo desde hace tiempo».

«¿Por qué no te sientas, Navarra?», preguntó d'Anjou con voz algo ininteligible, pues le temblaba el labio grueso. Tenía miedo.

«Porque voy a subir a ver a la reina».

«¡Ve! Tu matrimonio mantiene la paz. Que la boda dure para siempre».

«También quiero ver cuántos faltan de nuevo: de los míos y de los tuyos. Tu capitán de Nançay, ahora sé qué servicio le retenía. ¿Dónde está el hombre al que sorprendiste bajo tu cama, Guise? ¿No era un tal señor de Maurevert?».

«No lo conozco y nunca lo he visto», gritó Guise sin ningún tipo de noble cortesía. D'Anjou dijo con miedo, dirigiéndose a Navarra:

«¡Siéntate o vete!».

El primo detuvo a Henri. «¿No sabes en qué estado te encuentras, primo? Tienes la ropa hecha jirones y la cara ennegrecida. ¿De dónde vienes?».

Henri le susurró rápidamente:

«Están reteniendo a nuestra gente por la fuerza».

«¡Vamos, abrámonos paso!», susurró Condé.

«No». Henri le dijo en voz alta a un mayordomo: «Quiero saberlo en cuanto la reina de Navarra se retire a sus aposentos». Dicho esto, se sentó y comenzaron a jugar.

Su mesa estaba bajo la gran chimenea, pero en lo alto de la repisa descansaban los candelabros. La luz de las velas se extendía tenue sobre los jugadores. En una orgullosa sombra de piedra permanecían Marte y Ceres, dos figuras que sostenían esta chimenea desde que un maestro llamado Goujon las había colocado allí. Porque las figuras legadas por maestros del pasado siguen presentes, perdurantes y sustentadoras, mientras que las pasiones de los vivos se consumen como velas y no dejan nada. Un joven de dieciocho años no lo reconoce en el espejo, y tampoco lo descubre con el paso de sus propios minutos. Pero Henri tenía frente a sí mismo a d'Anjou, con el labio tembloroso, el vello incipiente y descuidado en la barbilla; y este se arrugaba en un rizo tan delicadamente enrollado, mientras el heredero al trono clavaba sus ojos como tornillos en las cartas. Su partida iba mal, a juzgar por las cejas angustiadamente fruncidas. Orejas deformadas, el pelo tan mal colocado que las sienes y las mejillas adquirían a medias un contorno simiesco: en eso se adivinaba, y también en la nariz vulgar, que alguien quiere matar y que él mismo teme a la muerte. En su gorra brillaban las joyas, pero a su rostro no le llegaba ninguna luz interior. Era lamentable, porque solo lo rodeaban espíritus negruzcos. ¡Madame Catherine!, vio el de Navarra. Su verdadero temor: eso es lo que su genio de las tinieblas habría querido darle. Desafortunado, me da pena, porque solo bajo la protección de sus

faldas matará con suerte, tal vez, pero solo, sin la anciana, pierde la partida.

«¡Triunfo!», gritó Navarra y dejó caer su carta sobre un montón de otras. La luz de las velas se extendía desde arriba, oscilando suavemente. D'Anjou se inclinó, tocó la última carta lanzada, retiró rápidamente la mano y la examinó. A continuación, Condé hizo lo mismo, pero con más vehemencia. Los otros dos resistieron el impulso; no tuvieron que tocarla, ya la habían reconocido. «¡Sangre!», dijo Guise con desagrado. «¿Quién sangra aquí?».

Navarra extendió las manos: tenían rasgaduras como las que dejan las uñas de un adversario con el que se lucha, o como las de las espinas. Pero por ninguna parte brotaba sangre. Entonces, d'Anjou se miró las propias manos; no podía mantenerlas quietas; su rostro, en lugar de palidecer, se cubrió como de ceniza. Condé y Guise solo echaron un vistazo a sus manos; a ambos se les ocurrió al mismo tiempo remover las cartas amontonadas. De repente, todos sus dedos estaban rojos. No era solo una carta, todas las cartas estaban pegadas, yacían en un charco, ¡manchas de sangre sobre la mesa! Se interrogó a los sirvientes, se limpió la mesa y el mayordomo trajo nuevas cartas.

Esta vez la sangre se vio primero, cuando Guise dejó caer una mano, pero ya no pensó en sus manos, y ninguno de ellos en las suyas o en las de otras personas. De entre las cartas, lentamente, inevitablemente, corría, se filtraba, se juntaba, se extendía. Tenían que quedarse paralizados ante ello, no podían hacer nada más que hacerse pequeños y dejar pasar esa sensación de frío que les llegaba desde el más allá, el reino de lo desconocido. Guise fue el primero en sacudirse el escalofrío, se levantó de un salto y maldijo.

Estaba tan pálido como el paño con el que el mayordomo ya volvía a cubrir la mesa; Henri, sin embargo, notó manchas marcadas en su mejilla izquierda. ¡Confusión! Parecían ser sus propios dedos los que habían dejado esa marca, ¡y sin embargo se la había impreso de un bofetón a otro, al capitán de la puerta! Guise ya había tenido suficiente, salió ruidosamente de la habitación. Condé agarró de repente al mayordomo, que se sobresaltó.

«Tú haces eso con tu paño. Tienes la sangre en el paño. Maldito prestidigitador, ¿de dónde vienes?».

«Del monasterio de Saint-Germain», dijo el hombre, sorprendentemente, y se asustó aún más, como si nunca hubiera debido confesarlo. Condé no preguntó más; en su ira, empujó al hombre al suelo y lo pisoteó con ambos pies. Henri miró a su alrededor: ya no encontró rastro alguno de d'Anjou. Pero el joven Lévis, vizconde de Léran, el apuesto paje entre los protestantes, salió radiante de la oscuridad y anunció:

«La reina de Navarra le espera, señor».

Acechar

Índice

Tu preocupación es bailar y estar en la cama, le había dicho alguien, pero eso era demasiado para él; solo la cama ya lo llevaba allí, por completo, y podría haber temido que fuera para siempre. Margot le daba alegrías que eran más que alegrías; eran un refugio, el único que le quedaba, y compensaban los peligros, resarcían la humillación, avergonzaban sus propios pensamientos. «Margot, tu madre solo mató a mi madre, pero tú me entregas a ellos a mí mismo, como Dalila a Sansón. Margot, no me adviertas, recita versos en latín con tu oscura voz de dormida, mientras hacemos el amor. Margot, en un instante puedo salir de esta habitación preparado y acabar con todos los tuyos. Ya tengo suficientes de los míos aquí en el Palacio del Louvre, solo me esperan; llegaríamos antes a casa de Madame Catherine que sus espías más rápidas. Soy el señor, para hacer lo que quiera, ¡pero te beso, pues eres insaciable! Margot, ser superior, pues eso eres, ¡y por eso nunca serás realmente nuestra! Margot, tienes poco alma, comparada con mi exaltación. ¡Tu cuerpo, Margot, antes de que envejezca! ¡Qué será un día de mis belles amours! Te abandonaré, eso es previsible, y tú me traicionarás. ¡Un animal peligroso, una mujer malvada! Margot, perdona: eres más, mucho más que yo, la tierra misma sobre la que yago, cabalgo y vuelo hasta el cielo mismo!‹

Todo esto sentía él, entusiasmado y desesperado a la vez. Porque nada está más cerca de la desesperación que el entusiasmo, que de ella recibe lo mejor. Así es en la juventud. La edad adulta se aleja de las fuentes y las olvida. Quien permanezca siempre cerca de ellas,

vivirá y será un hombre como Enrique de Navarra, más tarde de Francia y Navarra.

Uno se despierta, y efectivamente, ha vuelto un día. ¡Ojalá ya hubiera pasado! ¿Con qué se le va a pasar? ¿Qué inventan los demás, aquellos para quienes la noche no es la parte principal de la vida? Pero ellos están activos, y sus diversas obras y trabajos no resultan menos ingeniosos que los del amor y llegan tan a lo profundo como el sueño. Así, el duque de Guisa se dirige al monasterio de Saint-Germain-l'Auxerrois, situado entre el castillo del Louvre y la calle del Árbol Seco. En esa calle vive el almirante Coligny; a menudo se dirige al castillo, y se puede pasar por el monasterio. Detrás de una ventana enrejada espera alguien, desde ayer mismo, acechando incansablemente tras los barrotes.

Carlos IX dice: «Mi padre Coligny», y hoy lo espera en vano. Es día veinte. Alguien acecha tras los barrotes. Guise juega a la pelota con Carlos; tras su rostro claro y sereno, piensa en la palabra «acechar». Piensa que ya ayer el mayordomo, que está a su servicio, colocó a alguien en el convento. Junto al hombre hay un rifle apoyado, y él acecha.

Madame Catherine permanece invisible; hay guardias ante sus puertas, fuera y dentro, y ella se desplaza con un bastón, pero sin hacer ruido, de una a otra. A todos los mira de abajo arriba, y el soldado mira más allá de ella, al vacío. «Acecha», piensa Guise. Piensa que, tras la ventana enrejada, la vivienda del canónigo, su antiguo maestro, está lista para la acción. Un pariente proporciona al mayordomo, otro el rifle, y el hombre que acecha allí tiene permiso de la horca. Acecha.

Este día veinte también hubo teatro, con la participación del rey de Francia, ante la corte reunida. A la derecha, el Paraíso; a la izquierda, el Infierno, como es justo y verdadero. La entrada del Paraíso la defendían tres caballeros, que eran Carlos IX y sus dos hermanos; nunca antes se les había visto tan unidos. En el Infierno, demonios grandes y pequeños se comportaban de manera grosera y ridícula. El fondo, sin embargo, lo formaban los Campos Elíseos, poblados por doce ninfas. Todo habría estado en orden, pero lo dramático es más bien que el mundo se desordena, y así, una multitud de caballeros errantes se dispuso a asaltar el Paraíso. Estos fueron, sin embargo, derrotados por Carlos y sus dos hermanos y perseguidos hasta el infierno. Por cierto, llevaban barbas y capuchas ásperas.

«¡Margot! ¿No podríamos alejarnos de aquí, pues ya es hora de que te desnude, ¡tu carne arde!».

Guise piensa: «Acechan. Ese pájaro de horca de Maurevert acecha. Mi canónigo, que odia al gran protestante, y mi mayordomo, a quien Condé ha pisoteado con ambos pies, acechan».

«Soy el rey de Francia y defiendo el paraíso», piensa Carlos. «Barbas y peludos, ¡al infierno con vosotros! De vuestra religión es, sin embargo, también mi cuñado, incluso mi padre. Esto no tiene más sentido que el de que yo esté representando una obra de teatro. El contorno de mi pecho hace envidiar a Júpiter, y solo a Hércules se pueden comparar mis muslos».

Sucedió entonces que Mercurio y Cupido descendieron del cielo, sobre un arcoíris de aspecto natural que recibía su luz de las nubes. Estos dioses no aparecieron solo por el extraño arte de las

máquinas, sino especialmente para que pudiera comenzar el ballet. A petición suya, los tres caballeros del Paraíso llevaron a las ninfas al frente, hasta el centro de la sala. Las actuaciones de estos seres inmortales, que no eran más que actrices, duraron más de una hora: durante ese tiempo, las barbas y los cuernos ásperos permanecieron en el infierno, expuestos a las ridículas obscenidades de los demonios rojos que se arremolinaban.

«¡Margot! ¡Ojalá pudiéramos marcharnos de aquí inmediatamente, pues ya es hora de que te desnude, tu carne arde!»

Acecha tras los barrotes, acecha tras los guardias.

«¡Margot! ¡Ojalá pudiéramos!»

Acecha.

«Yo, el rey, soy el más fuerte. Al final levantaremos a las ninfas en el aire, y a la más pesada la levantaré yo mismo».

Acecha. Que pase otro día más y que se disfracen ante las damas en nuevas fiestas y juegos, a ver quién es más espléndido o incluso más extraño: Navarra como turco, Guise incluso como amazona. Por eso, por fin llega el día veintidós, es viernes, y ya desde el diecinueve, en la vivienda del canónigo, entre el árbol seco y el Louvre...

se está gestando.

Viernes

Índice

El almirante Coligny, Gaspard, señor de Châtillon, era un hombre de tal poder y prestigio que nunca salía solo. Durante toda su vida había estado rodeado de ejércitos a los que comandaba y había formado parte del Consejo, si no como favorito de los reyes, sí como rebelde contra ellos.

Ahora que Carlos IX lo llamaba «padre», unos lo odiaban fervientemente y otros temían por él y por su vida, aunque con menos vehemencia. En su camino hacia el Louvre, a primera hora de la mañana de ese viernes, sus cuerpos lo rodearon como un muro. El señor almirante habló en sesión secreta con el rey sobre dinero: la paga que aún se les debía a los mercenarios alemanes de la guerra anterior, y que ambos habían librado el uno contra el otro.

Tras la reunión, el señor almirante acompañó al rey de Francia al partido de pelota. Vio al rey comenzar la partida con el propio yerno del señor almirante y un tercero, que era Guise, antes su enemigo, ahora reconciliado por voluntad real. Luego, el señor almirante se despidió para regresar a la calle Dürrer Baum, y por el camino leyó cartas. Así fue como sus nobles, para no molestarlo, le dejaron algo de espacio libre. Sin protección, cruzó la plaza junto al monasterio de Saint Germain. Se oyó un disparo, y luego otro. El primero, con una bala de cobre, le destrozó el dedo índice al señor almirante; el segundo lo hirió en el brazo izquierdo.

El señor almirante no se dejó llevar por una excitación especial. A sus atónitos acompañantes les señaló la ventana, en cuya reja aún flotaba una nube de humo. Dos caballeros corrieron hacia allí, mientras que detrás de la casa ya resonaban los cascos de un

caballo al galope. El señor almirante envió a un tercero al rey para que le informara. El juego de pelota aún no había terminado, pero Carlos IX se retiró de inmediato. Estaba indignado y sentía miedo. «¡Que el asesino pague por ello!», dijo, y «¿Es que nunca voy a tener paz?», intentó decir, pero se le cerraron los dientes, aunque el duque de Guisa y varios de sus seguidores le aseguraron que se trataba de la acción de un loco.

Los dos nobles que habían salido corriendo regresaron junto al señor almirante; este los había esperado en el mismo lugar. Jadeaban, diciendo que el miserable se les había escapado en el laberinto de callejuelas y que ya estaría lejos. Pero ellos lo habían reconocido: era un tal señor de...

«¡Alto!», ordenó el señor almirante. «No su nombre. Me siento gravemente herido, tal vez muera. No quiero conocer a aquel a quien, en mi última hora, podría odiar por debilidad humana».

Unos lo sostenían mientras seguían caminando, pues estaba pálido y sangraba profusamente. Los que venían detrás cuchicheaban entre sí sobre los hechos aún poco claros. «Estaba debajo de la cama de Guise y quería matarlo. ¿Por qué entonces, al mismo tiempo, a su mayor enemigo? ¡Ay de nosotros si detrás de esto está Guise... y él está detrás!».

«Como Dios quiera», dijo el señor almirante en su casa de la calle Dürrer Baum ante sus hombres, quienes, al verlo, cayeron de rodillas, mortalmente asustados.

Ambroise Paré era un cirujano hábil y hombre de fe. Puso todo su arte al servicio de la causa, tras haberse fortalecido a sí mismo y a su paciente en la confianza en Dios. Fue necesario cortar tres

veces, y entonces cayó el dedo destrozado. Inevitablemente, el señor almirante sufrió terribles dolores. Estos provocaron, a pesar de toda su paciencia y serenidad, un colapso de la naturaleza. Cuando el rey de Navarra y el príncipe de Condé se acercaron a su lecho, al principio no pudo hablar. Así que dejó que los visitantes le contaran lo que sabían, pues todos en la corte y en la ciudad lo sabían. Porque la cruda verdad había brotado por sí sola de un pozo y recorría las callejuelas a un galope más veloz incluso que el del asesino sobre su alazán. El asesino había sido contratado por Guise.

Coligny dijo por fin: «¿Es esta la hermosa reconciliación por la que el rey había respondido?».

Visiblemente invocó a Dios como testigo, pues, asomando la nuca por encima del borde de sus altos cojines, giró los globos oculares hacia arriba y aún más, hasta que de ellos solo quedó un estrecho arco fuera de los párpados. Las mejillas hundidas y la vieja boca dura separaron los labios, como si ya no quisiera dar órdenes, sino que permaneciera abierta a la espera de que estas descendieran. Sienes doloridas, pero en la frente, iluminada con luz cegadora, las arrugas se alzaban abruptas a través de las nubes. ¡Mejor el martirio que renegar de mí mismo y perderte a ti, oh Dios mío! Así lo afirmaba ese rostro, que parecía a la vez abatido y altivo.

Navarra y Condé pensaron, naturalmente, que, a pesar de todo, la muerte del viejo Guise se le achacaría al señor almirante: al menos eso se decía. Les parecía comprensible que él mismo no lo admitiera. Les resultaba igualmente evidente que el hijo del asesinado nunca había renunciado realmente a su venganza. Pero ahora ya tiene suficiente, pensó Henri para sí mismo: un dedo basta. No puedo castigar la muerte de mi pobre madre con un dedo

cortado. La visión del anciano, así como la comparación con su propio caso, hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas. Su primo Condé, menos sensible y no especialmente delicado, dijo lo que pensaba: «Señor almirante, ni siquiera el rey podía garantizar su reconciliación con Guise. Usted mismo debía tener cuidado con un hombre cuyo padre había sido asesinado».

«¡No por mi culpa!», afirmó Coligny con firmeza. Los miró, quiso incorporarse: al moverse, casi gritó, tal era el dolor que le causaba en el brazo. Su criado y su capellán acudieron en su ayuda. Condé calló, consternado.

«Yo», dijo Coligny solemnemente, «no quise ni preveí la muerte de Lorena. Él mismo tramó el plan para matarme y, a través de la mano de su hijo, finalmente lo llevó a cabo. Pero yo no tenía nada en contra de él. Eso es cierto. Que Dios me ayude». Le escucharon, y se podía tener la impresión de que también Dios le escuchaba. Navarra y Condé saludaron y se retiraron, no solo porque así lo exigía el cirujano. Condé estaba intimidado; ante su primo, retiró expresamente la acusación que había formulado. Navarra guardó silencio; en su interior, no creía ni una palabra de lo que decía el señor almirante. Más bien le parecía cierto que Guise había tenido motivos comprensibles para su antiguo odio hacia Coligny. Había enviado a un asesino contra aquel que en su día había deseado la muerte de su padre. Mucho menos, o nada en absoluto, había enviado al asesino contra el líder de los protestantes. «No se refiere a él, y por eso los demás no tenemos nada que temer. ¡Margot!», gritó en su interior, aunque sus pensamientos iban más allá. «El anciano tampoco morirá. Solo está acostumbrado a tomarse a sí mismo muy en serio e incluso, en casos dudosos, a poner a Dios de

su parte. ¡Margot!», gritó su corazón con vehemencia, y aceleró el paso.

Ambroise Paré preparó sus instrumentos para amputar también el brazo acribillado. Cornaton, el fiel sirviente del señor almirante, y su capellán Merlin lloraban, mientras su intérprete alemán, llamado Nikolaus Müß, contemplaba absorto a la gran figura del sufrimiento, pues la amaba y la veneraba. «También esta vez es un viernes, a imagen de nuestro Señor». Así susurró en la silenciosa habitación.

Mientras tanto, el de Navarra hizo lo que le dictaba su dignidad. Junto con Condé y el joven La Rochefoucauld, acudió a Carlos IX y se quejó del ataque que, en la persona del señor almirante, se había perpetrado contra él y contra todos los de la religión. El propio Carlos apenas podía hablar: en realidad, estaba aún más afectado que Navarra. Solo balbuceaba que esa era su propia herida: su dedo, su brazo. Sacudió esos miembros ante sus ojos como prueba de que vengaría la atrocidad. Pero su madre no le dejó terminar, pues ella estaba presente. Madame Catherine había abierto la puerta en cuanto se enteró de la llegada de los señores protestantes. «¡Toda Francia está herida!», exclamó. «¡Ya no tardarán mucho en atentar contra el rey en su lecho!». Al decir esto, dejó entrever un gran temor y realmente asustó a su pobre hijo. Porque él aún no quería creer seriamente que su madre pudiera conspirar contra él con otros. Navarra, que lo sabía perfectamente, se sintió sin embargo vacilar; Madame Catherine casi lo convenció, porque era sincera a su manera. El intento de asesinato del almirante le había llegado demasiado pronto; Guise había actuado por su cuenta.

Navarra no volvió a pedir que Carlos les dejara marchar a él y a los suyos, ya que París ya no era un lugar seguro para ellos. Aceptó

de buen grado la promesa de que el propio rey visitaría al señor almirante. «Y yo también», dijo rápidamente la anciana reina. ¡Lo que le faltaba era que su pobre hijo se pusiera de acuerdo con su supuesto padre sin ella!

El herido, sin embargo, soportó dos incisiones en el brazo, que hubo que practicar para extraer la bala. Quien aparta la vista de su carne martirizada y ofrece al Señor el dolor vencido, conserva mejor el valor que quien permanece junto a él y se ve obligado a no tener ante los ojos más que un miembro devastado y sangrante del cuerpo perecedero. El señor almirante consoló a los demás hasta que el pastor Merlin recordó cuál era su deber. Dirigió a Dios una ferviente oración, y llegó a tiempo, pues el enfermo había perdido tanta sangre hasta que le vendaron que sus fuerzas disminuían de forma preocupante. El cirujano estaba muy serio; él también rezaba en su corazón mientras ponía el oído en el pecho del paciente.

Cuando el señor almirante volvió por fin a abrir los ojos, lo primero que hizo fue dar gracias al Señor, tan alto como pudo, por estas heridas de las que se había visto dignificado. Si Dios le hubiera tratado según sus méritos, ¡cuánto más habría tenido que sufrir! El pastor se dio cuenta de lo que al moribundo le quedaba oculto: con tales confesiones quería, en realidad, poner en evidencia a sus asesinos. Eso estaba prohibido, y Merlín le advirtió. Inmediatamente, el señor almirante declaró que les perdonaba. Con toda la humildad de la que era capaz hasta ese momento, se confesó ante el Señor y se encomendó a su misericordia.

«¡Oh, Señor! ¿Qué sería de nosotros si miraras nuestros pecados? ¡Toma en cuenta con misericordia que he rechazado a

todos los dioses inventados y que no adoro a nadie más que a Ti, el Padre eterno de Jesucristo!».

Con los dioses inventados se refería a los santos, pero también a Marte y Ceres, cuya descarada belleza corporal se exhibía en una chimenea en medio del palacio real, así como a Plutón o Júpiter, encarnados en las fiestas de máscaras por el rey semidesnudo. Coligny no amaba el mundo, por mucho que hubiera luchado por él; no creía en lo material, y para él la verdad consistía en lo que no se ve. Le dijo a Dios, a quien conocía: «Si tengo que morir, Tú me acogerás al instante en Tu reino, para descansar junto a los bienaventurados». El almirante Coligny había tenido que luchar por un mundo despreciable: la paz no le habría venido mal.

Sin embargo, había algo que le oprimía, y quería convencer de ello al Señor, quien tal vez lo veía de otra manera. Mientras pronunciaba sus anteriores palabras, dirigidas a él, esto le acompañaba en silencio; de repente, lo dijo en voz alta. «No soy culpable de la muerte de Guise. ¡Señor! Yo no lo hice».

Ahora había hablado, las palabras habían llegado a su fin; solo quedaba la duda de si realmente habían llegado hasta arriba y habían sido aceptadas. La mirada angustiada las seguía. Entonces entró en la habitación el rey de Francia.

Había almorzado, eran las dos, y le acompañaban su madre, su hermano d'Anjou y numerosos caballeros, entre ellos Navarra y otros de la religión. Carlos IX se acercó al lecho del herido y dijo: «Padre mío, usted tiene la herida, pero yo el dolor. Juro una venganza tan terrible que nunca se borrará de la memoria de los hombres».

En ese momento, Madame Catherine y su hijo d'Anjou comenzaron a sentirse un poco incómodos. Todas las miradas se dirigieron espontáneamente hacia ellos. Además, se dieron cuenta de que la mayoría de los presentes eran protestantes. Pero sabían que, fuera, el duque de Guise había tomado sus medidas. Mientras tanto, tuvieron que escuchar cómo el viejo rebelde se recomendaba al rey como su único amigo. ¡Qué preocupaciones tenía un hombre que, sin embargo, iba a morir! Coligny dijo: «¿No es una vergüenza, Sire, que en su consejo secreto no se pueda tratar ningún asunto sin que el duque de Alba se entere inmediatamente de todo?». Catalina de Médicis pensó entonces que solo lo contrario habría sido reprochable. Para una pequeña princesa italiana, el poder sobre todo era solo Habsburgo. ¿El reino? Ella lo mantenía en pie y, en esa hora de apuro, se juró a sí misma defenderlo con extrema crueldad contra sus destructores herejes. Lo hacía por sí misma, solo por su anciana y frágil persona, pero la fuerza para ello la obtenía de su sumisión a la potencia mundial.

Cuando Coligny terminó su discurso, que no era más que una queja y un abuso descarado de su posición privilegiada como moribundo, exigió además al avergonzado y solícito Carlos una conversación a puerta cerrada. El rey pidió realmente a su madre y a su hermano que se alejaran de la cama. Retrocedieron hasta el centro de la habitación. A su alrededor no había en ese momento más que protestantes; un gran número de caballeros protestantes mantenían a la anciana reina y a su hijo predilecto bajo su dominio físico. «Solo tenéis que agarraros; en este momento sois los más fuertes. ¡Menos mal que no sois como yo! Creéis en la ley: ahí es donde fracasáis. «Por muchas veces que haya infringido mis edictos

y me haya burlado de vuestra libertad de conciencia, siempre me habéis creído, y ahora vais a confiar en la palabra de mi pobre y débil hijo. No hay remedio para vosotros, os merecéis vuestro destino. Ciertamente no os atreveréis a atacarme mientras podáis; pero pronto habréis perdido también vuestra última oportunidad».

Esto pensó Madame Catherine, ahuyentando así su miedo, y a veces parpadeaba rápida y astutamente mirando a su alrededor, mientras su rostro pesado y pálido permanecía la seriedad y la dignidad mismas. Además, sin embargo, escuchaba hacia la cama y, por desgracia, no entendía nada. Con toda tranquilidad, decidió poner fin a aquella conversación ingrata, se limitó a volver junto a la cama —a esos protestantes también los dejaría pasar, ella era Madame Catherine— y aconsejó a su hijo que no cansara más al herido. Karl protestó: él era el señor —y cosas por el estilo—, a lo que ella, de todos modos, ya estaba preparada. Por supuesto, el moribundo exigente la había difamado. Cuando, al otro lado de la habitación, se había desquitado lo suficiente con su pobre hijo, salió a la luz. «Lo que dice el almirante es cierto: en Francia se reconoce a los reyes por el hecho de que pueden hacer el bien y el mal a sus súbditos. Pero ese poder ha pasado a usted con la gestión de los asuntos, señora». Karl lo gritó en voz alta, de modo que todos lo oyeran. Si antes no lo era, con esto la muerte del almirante se convirtió en un hecho consumado. Lo mejor para él era aún: su Dios le dejaba morir por sí mismo.

La ira real no podía apaciguarse mientras el rey estuviera rodeado de aquella habitación, de la cama y de su padre asesinado, del cirujano que le mostraba la bala de cobre, del pastor junto al cual los reunidos se arrodillaban para rezar en voz baja, y de otro

más, da igual quién, que murmuraba para sí mismo: «Esta vez también es viernes».

Carlos le ofreció a su padre refugio en el Louvre; sinceramente, no podía hacer más. Se dirigió a Navarra y lo tomó del hombro para estar más cerca de él: «¡A tu lado, querido hermano! La habitación que se ha acondicionado para tu hermana, para que pueda ir a veros a los dos, a ti y a Margot, a través de la puerta abierta... si tú quieres, le cedo esa habitación a él, a mi padre».

Henri le dio las gracias: las palabras de Carlos le aliviaron mucho. La escena de aquí dentro le había inquietado; solo durante esa hora el atentado había penetrado con toda su crudeza en su conciencia. ¡Pero ahora Carlos ofrece el Louvre y la habitación de mi hermana, con la puerta abierta hacia mí! La vieja está derrotada, ya lo veo. Le da la espalda y sale contoneándose.

Cuando el rey, su madre y todo su séquito se hubieron marchado, tuvo lugar abajo, en la casa, una reunión de los príncipes y nobles protestantes. Varios exigieron que el señor almirante fuera llevado de inmediato fuera de París y conducido a su castillo de Châtillon. Estos habían tenido arriba, por casualidad, un lugar desde donde podían ver a la cara a la reina que se marchaba; y solo esa cara, que Madame Catherine ya no había podido controlar al final, llevó a los señores a su obstinada opinión. Téligny, el yerno del señor almirante, se opuso a ello: no quería ofender al soberano con desconfianza. Navarra decidió: «El señor almirante residirá en el Louvre, junto a mi propia habitación, con la puerta abierta. Mis nobles velarán su lecho día y noche». Mientras lo decía, le latía con fuerza el corazón. Sin embargo, terminó de hablar y, ya fuera porque esperaba o temía su respuesta, la mayoría le dio la razón.

Entonces todos subieron de nuevo. Al herido le vendaron de nuevo; la carne destrozada atraía todas las miradas. Alguien comunicó el resultado de la deliberación y Coligny, con el rostro alzado, mostrando su dolor, respondió simplemente: «Sí».

En un rincón había una persona que murmuraba para sí misma, en otro idioma, unas pocas palabras, las mismas varias veces.

La víspera

Índice

¡Qué alegre está una ciudad emocionada! Aquí sigue habiendo boda, y cada vez se ofrece algo más intenso, no solo a la corte, sino también al pueblo y a la gente honrada. ¡Sorpresas, sucesos asombrosos, que son como un teatro gratuito! Casi cada hora se cumple un deseo para todos, pues ¿quién no habría planeado siempre la desgracia, aunque fuera temblando? Pero ahora llega por sí sola, y él mismo queda al margen: solo disfruta del escalofrío. ¡Más escalofrío! ¡Siempre más!

El rey de los bandidos se ha casado con nuestra princesa, y se ha disparado contra el otro hereje. Una cosa es igual que la otra. ¡Todo es un caos, así sin más! Ahora se está montando una fuerte guardia alrededor de su casa. Ve a ver si es cierto lo de los cincuenta arcabuceros. ¡Hoho! ¡No apuñales, no dispares! Somos pueblo y gente honrada. Mira tú mismo, es como dije. El viejo hereje se ha asustado desde ayer y ha pedido protección al rey. ¡Protégete tú mismo, rey, cuando lleguen los Guise! ¡Ahí está, nuestro hermoso duque! Se muestra al pueblo y especialmente a las mujeres. ¡Viva Guise! ¿Pero cómo es eso? ¿Tú, héroe de nuestros sueños, huyes de los hugonotes?

Así fue. Ese día veintitrés, al principio las cosas no pintaban bien para el popular Guise. La bala de cobre de la arcabuz acabó por alcanzarle a él mismo, así se desarrollaron los hechos. Él mismo, su hermano y el cardenal de Lorena eran sospechosos y, hasta ese momento, solo estaban en libertad. Sus gente estaban detenidos en el monasterio de Saint-Germain, la justicia seguía su curso y el rey juró que también sabría encontrarlos a ellos mismos si eran

culpables. Por el momento se alejaron de la corte, abandonaron París con gran pompa, pero todo era apariencia y engaño. En todo momento permanecían localizables si Madame Catherine los llamaba.

Madame Catherine se encontraba en desventaja aquel día, si solo se tenían en cuenta los hechos externos. Madame Catherine se mostraba superior a los hechos gracias a su serenidad y su confianza en sí misma; y esta consistía por completo en la certeza de que la vida era malvada y de que ella misma iba a la par con la vida, mientras que los demás, por el contrario, no. Por lo demás, su astrólogo le había informado de cómo sucedería todo.

Mientras aún era de día, ella lo vio todo: la fuerte guardia en la calle Dürrer Baum, y no solo eso. Su pobre hijo había ocupado todas las casas de los alrededores con señores hugonotes. Sin cesar se informaba del estado del enfermo. Su madre también participaba en ello, y de ninguna manera por pura hipocresía. Era de gran importancia saber si el almirante Coligny mejoraba. Ella oyó: «Sí», y pensó para sí misma que eso sería malo para él. Precisamente por sus pensamientos secretos, hizo que su hija, la joven reina de Navarra, fuera a visitarlo.

Margot no solo había aprendido de los libros: también había comprendido ya lo esencial de las personas, sobre todo en los últimos tiempos. Entretanto sabía que los hugonotes, por muy rebeldes que se mostraran, eran sin embargo inocentes e indefensos como corderos. Así los había hecho Dios, porque les había dado conciencia, y esta era, para su desgracia, su mayor esfuerzo. Margot obedeció lo que le ordenó su terrible madre. Madame Catherine le había parecido antes una mujer corriente, aunque dueña de una

vida cotidiana que podía parecer algo peligrosa. Desde que Margot amaba, su madre había adquirido otros rasgos, y una voz, la voz de su amor, intentaba preguntarle si aún veía con buenos ojos a Madame Catherine. La voz no obtuvo respuesta. «¡Eso sería hugonote!», pensó Margot. «Pero iremos a la casa del señor almirante, veremos cómo se encuentra y luego le diremos a mamá que se está muriendo: se lo diremos en cualquier caso. Eso será lo más seguro».

Al llegar, encontraron al enfermo en plena recuperación. Incluso quería levantarse para recibir a la reina de Navarra. Ella no se lo permitió, pero cuando el clérigo entonó un salmo de acción de gracias y las pocas personas modestas que había en aquella habitación austera y sin adornos se arrodillaron para cantar con él, ella también se arrodilló y se unió al canto. El corazón le latía con fuerza. Pero, en primer lugar, su séquito se había quedado abajo, las ventanas y puertas estaban cerradas; y además, ¡con estos corderitos aquí! No se irían y la delatarían.

D'Anjou también recibió un encargo de su madre; en consecuencia, dispuso que la guardia de Coligny quedara bajo el mando de su enemigo particular, un tal de Caussens. El rey de Navarra no tuvo más que dificultades a partir de ese momento y tuvo que intervenir durante todo el día. Por cada arma que querían introducir en la casa, los nobles del almirante se enzarzaban en una disputa con De Caussens. Su actitud fue el motivo por el que se volvió a exigir la expulsión del señor almirante. Votaron en contra los mismos que en la primera deliberación: él mismo y su yerno, Condé y Enrique de Navarra. Seguían confiando en Carlos, mientras que, entretanto, se desarrollaban acontecimientos insospechados.

Al principio no se notó nada; el rey se acostó en presencia de muchos señores; también Navarra se quedó, aunque cansado de sus múltiples esfuerzos por la seguridad del señor almirante. Inmediatamente después se retiró a su propio aposento. Sus nobles lo acompañaron. Su reina aún no estaba allí; pronto supo que debía estar rezando en su estudio. Eso debería haber llamado la atención de todos, pero especialmente la suya: Margot, rezando a solas, bajo la gran mirada de Dios. Su ánimo era pesado y fatídico. Había pasado la tarde con su madre, sentada en un baúl e intentando leer como de costumbre.

Su madre había recibido visita, primero a su hermano d'Anjou, y más tarde aparecieron varios más: solo uno era francés, un señor de Tavannes. Los otros tres procedían de Italia; y la princesa de Valois comprendió que aquella reunión debía de ser un presagio de acontecimientos inusuales. De repente recordó observaciones similares que había hecho anteriormente y que simplemente había dejado pasar. Ahora ya no podía hacerlo. Aguzó el oído junto a su baúl, al otro extremo de la habitación, y, aunque fingía estar absorta en sus folios, escuchó sin embargo algunas palabras susurradas en italiano. No presagiaban nada bueno. El almirante Coligny iba a morir, y todos los que estaban allí, con su madre a la cabeza, querían convencer a su hermano, el rey, de que lo permitiera.

La pobre Margot se sintió tan desconcertada que, en lugar de apartar la mirada, buscó la de su madre. Pero apenas se cruzaron las miradas, Madame Catherine la reprendió con dureza. Ella, que por lo general nunca alzaba la voz e incluso podía golpear sin alterarse visiblemente, insultó a su hija en italiano, le gritó una palabra que significaba «ramera» y le ordenó que se largara. De ahí

la conversación desesperada de la pobre con Dios. Sabía demasiado, y solo se lo podía contar al Omnisciente. Cuando su querido señor la mandó llamar para preguntarle qué tardaba tanto, acudió de inmediato a su llamada y lo encontró en la cama, rodeado de unos cuarenta hugonotes. A la mayoría ni siquiera los conocía, tan poco tiempo llevaba casada. Todos hablaban al unísono sobre la desgracia del señor almirante. Una y otra vez se decidía: tan pronto como amaneciera, el rey les concedería su derecho contra el señor de Guise; de lo contrario, ¡se lo tomarían ellos mismos! Así pasó el tiempo, y nadie pegó ojo.

Entonces entraron en la alcoba de Carlos. Ningún guardia los detuvo, pues se trataba de Madame Catherine con su hijo d'Anjou y los cuatro que aún la acompañaban. Carlos IX se sobresaltó y pensó que iban a asesinarlo. Luego reconoció a su madre, que le pidió que se levantara. Cuando fue capaz de escucharla, ella lo asustó primero diciéndole que estaba perdido. Estaban en juego su trono y su vida. Dejaría los detalles a los demás. Estos le demostraron con muchos pormenores que el almirante había llamado a alemanes y suizos: no estaría a su altura. «¡Sigue llamándole padre!», intervino su madre con voz fría. Por su parte, los católicos estaban decididos a actuar por fin contra los protestantes, pero ya no con él. «Tu debilidad te ha dejado en la estacada entre las partes, y ambas ven en ti a su enemigo», dijo su hermano d'Anjou, que nunca antes había hablado así. Al menos a él lo entendía Carlos, y además de él, también entendía al señor de Tavannes. Las conversaciones de los tres italianos le resultaban cada vez más confusas, cuanto más alto y descaradamente le hablaban en francés. Aquí, de repente, todos se expresaban de una manera diferente a la que un rey podía esperar. Solo por eso, toda su existencia adquiría ya un aspecto extraño. Un rey es inaccesible como en su retrato, y mantiene a la gente alejada por su forma de estar de pie, de caminar y de mirar desde el rabillo de los ojos.

Carlos IX se enderezó todo lo que pudo en su bata de dormir, que se le había enredado. Sangraba por los ojos y ordenó a los intrusos: que la justicia siguiera su curso. «La culpa de los Guise ha quedado demostrada. Los castigaré. Esa es mi voluntad».

Madame Catherine: «No es la tuya. Es la voluntad de tus hugonotes, y tú eres su instrumento, mi pobre hijo. Pero si interrogas a los Guise, te dirán que solo han cumplido las órdenes de tu madre y de tu hermano; pues solo nosotros hemos ordenado disparar al almirante para salvarte a ti».

Ella también expuso esta atrocidad sin levantar la voz, e incluso se encogió de hombros al hacerlo. Con ello consiguió que, en un primer momento, él no comprendiera en absoluto lo que ella había hecho realmente. Con relativa calma, dijo: «¿Tú lo ordenaste? Madre, eso no puede ser».

Ella estaba sentada frente a él, miraba hacia arriba y no le quitaba ojo. Los tres italianos ya estaban a punto de volver a la carga. D'Anjou les mandó callar; con dificultad, se dominó para no temblar. Este era el momento peligroso: en vano había desaconsejado el hijo predilecto de la anciana reina que ella revelara la verdad.

Ella consideraba que la verdad era dura como un palo y, por lo tanto, útil para su pobre Carlos. «Yo lo ordené», confirmó ella, sentada allí, mirándolo y siguiendo uno a uno los cambios que se producían en él, mientras palidecía, se sonrojaba, hacía un movimiento brusco hacia la puerta y lo retiraba de nuevo. Durante más de un segundo, estuvo decidido que llamaría a la guardia y detendría a todos los que estaban allí, incluida su madre.

No sucedió. La sangre le subió con fuerza a la cara y se tambaleó. «Debes sentarte, hijo mío», le aconsejó ella, y le indicó a su favorito que dejara de temblar sin motivo. «El Carnicero no se atreve», pensó ella de Carlos IX. «Actúo de tal manera que

Habsburgo puede estar satisfecho, y también los astros lo han querido. Todo está en orden para mí».

Él se apoyó en una silla y espetó con rencor entre dientes: «Debería retirarse a un convento, señora, después de haberme convertido en el asesino de mi mejor amigo y de haberme ganado la maldición de mis contemporáneos y de la posteridad».

Madame Catherine no perdió por ello la calma, que rayaba en la insensibilidad y que, a la larga, no podía sino paralizar a cualquiera. Se mantuvo implacable en sus intenciones. «Ya que tienes la maldición, ¡salva al menos la vida y el trono! Bastaría con un solo golpe de espada».

Él comprendió contra quién. Como si le hubieran alcanzado a él mismo, se desplomó en la silla. Fue su error más grave; a partir de ese momento, todos, al unísono o por separado, podrían insistirle todo el tiempo que quisieran. «Un solo golpe de espada: ordene usted, Sire, y evitará una gran desgracia y la matanza de miles de personas».

Sacudió violentamente la cabeza y cerró los ojos. «Los barrios de París se están armando», exclamó d'Anjou con renovado valor y un golpe sobre la mesa. Es cierto que los barrios lo hacían, pero solo a raíz de los rumores que él mismo había difundido, de que innumerables hugonotes estaban en marcha. Carlos abrió un ojo cansado para mirarlo, en el que se leía mucho desprecio. Aunque desanimado y abatido, opuso resistencia a su manera: se encerró en sí mismo y despreció. Entonces, todos los conspiradores redoblaron sus esfuerzos contra aquel único hombre. «Ya no puedes dar marcha atrás. —Ya no pueden dar marcha atrás. —¡Señor, no puede!». Las voces se entremezclaban, cada una reforzaba a la anterior, cada una

se abría paso por separado: abajo, el tono sordo de los ancianos; arriba, dos resonantes voces italianas junto a otra que chillaba como un loro. D'Anjou y de Tavannes intercalaron un grito de guerra de ánimo: «¡Muerte al almirante!».

Carlos sufrió esa tortura durante una hora. A veces decía, sin que nadie le oyera ni nada por el estilo: «No permitiré que se toque al almirante». También decía: «No puedo romper mi palabra real». Se la había dado a un noble francés, y aquí olvidaba a quién se dirigía. Era como si no lo hubiera dicho.

De repente, gimió, se sacudió el letargo, estiró la cabeza y ambas manos amenazadoramente hacia la salida. «¿Aún la guardia?», pensó su madre con una punzada de inquietud. Pero él hizo algo mucho más extraño. Preguntó: «¿Dónde está mi hermano?».

A continuación, se hizo un silencio total: todos lo miraban a él y se miraban entre sí. ¿Qué quería decir y de quién hablaba? Su madre dijo: «Tu hermano está aquí, hijo mío». Como su indicación no alteró en lo más mínimo su actitud, ya no entendía nada. Madame Catherine era justa en todos los hechos; solo ante los sentimientos fallaba y se quedaba sin palabras. Por cierto, ella no había estado presente cuando su pobre hijo borracho, una noche, había dejado escapar este murmullo agitado al oído de su nuevo cuñado: «¡Navarra! ¡Vengame! Por eso te entrego a mi hermana. ¡Vengame a mí y a mi reino!».

Fue una casualidad que el joven Enrique estuviera acostado a la misma hora, rodeado de cuarenta de sus protestantes. También podría haberse levantado. Tenían suficientes reclamaciones contra el rey; ¿por qué posponerlo hasta la mañana siguiente? En ese mismo instante todos podían ponerse en marcha y asaltar la antesala real

con su superioridad numérica. La puerta se abre de golpe: ¡hermano mío! Vienes a liberarme.

La puerta permaneció inmóvil, su hermano lo había abandonado, el desdichado sentía que se acercaba el final. Madame Catherine también lo vio en su rostro, en eso era experta. Ahora sabía que estaba abandonado y a merced de los demás. ¡Rápido, el golpe de gracia! Se levantó del asiento apoyándose en el bastón, tomó de la mano a su hijo d'Anjou y gritó, más fuerte que nunca: «Vete de esta corte, para que nos salvemos de la ruina y no tengamos que presenciar la catástrofe. ¡Qué fácil habría sido evitarla! A tu hermano solo le falta valor, ¡es un cobarde!».

Al oír esto, Carlos también se puso en pie. ¡Cobarde! Un latigazo le azotó la cara. El abismo se abrió bajo sus pies, pues su madre lo había abandonado. En su cabeza se agolpaban las contradicciones. El honor, el miedo, la ira y la conciencia de lo que era mejor lo convertían en un ser con el rostro crispado. Podría haberse puesto de rodillas. También podría haber apuñalado a cualquiera de ellos. Pero eligió una tercera opción: enloqueció. Su arrebato de furia le salvó en el último momento de hundirse en la desesperación. Empezó a correr de un lado a otro y a rugir, animándose a sí mismo. Su actuación tuvo tanto peso como la naturaleza estremecida. Se abrió paso a empujones y lanzó contra la pared a quien se interponía en su camino. Madame Catherine casi se echó a correr; se agachó detrás de un armario que parecía una fortaleza y calculó hasta dónde llegaría su locura. También en este sentido albergaba dudas sobre el talento de su pobre hijo.

Ahora Karl se detuvo —en medio de la habitación, como la única figura aterradora que se alzaba allí, tal y como él quería—. Reinaba

un silencio sepulcral; sin embargo, gritó: «¡Silencio!». Aún para animarse a sí mismo, profirió blasfemias contra la Virgen María. Entonces llegó el fruto de su locura. «Queréis matar al almirante: yo también. ¡Yo también!», gritó, hasta el punto de que se le mareó la cabeza. «Pero todos los demás hugonotes de toda Francia» —pestañeando y gritando— «tendrán que pagar por ello. No debe quedar ni uno solo, ni uno solo que luego pueda venir a reprocharme algo. No lo quiero, eso no. ¡Adelante, dad las órdenes!». Pateando el suelo y gritando: «¿Ya está? ¿O...?»

Pero ya no había ningún «o», y el desdichado lo sabía. Se apresuraron, se empujaban unos a otros, porque cada uno quería salir antes que el otro. La última fue su madre; aún en el umbral se volvió hacia él y le hizo un gesto de asentimiento con un reconocimiento inusual. Significaba: lo has hecho mejor de lo que esperaba de ti. Detrás de la puerta cerrada, ella escuchó brevemente cómo se comportaba él ahora. Demasiado silencioso. ¿Un desmayo? No se le había oído caer. Difícil de imaginar. Inconcebible, pensó Madame Catherine, y se apresuró a seguir a los demás. Porque había mucho que decidir y que hacer de inmediato.

Cuando antes extendía su mente sobre un abismo, no había creído del todo en serio que llegaría alguna vez a la orilla del más allá. Ahora estaba al otro lado, gracias a su paciencia, audacia y previsión. Por ello, solo a ella le correspondía la dirección suprema de todo lo que se avecinaba. Su hijo d'Anjou debía mantenerse al margen de la ejecución. El futuro rey no debe destacar personalmente en una obra que, aunque útil y acertada, tal vez deje huellas desagradables en los protagonistas. Las doce. ¿Qué noche es esta? La de San Bartolomé. Por muy adecuadas que sean nuestras

empresas para los acontecimientos mundiales, siempre corren el peligro de ser malinterpretadas, y el agradecimiento es incierto.

La confesión

Índice

Entonces irrumpieron en el patio de su casa. El almirante Coligny oyó cómo abajo golpeaban la puerta con culatas o palos. Alguien daba órdenes: aquella voz aguda e irritada le resultaba familiar, era Guise. Enseguida supo también lo que le esperaba: la muerte. Y se levantó de la cama para recibirlo de pie.

Su criado Cornaton le ayudó a ponerse la bata. El cirujano Ambroise Paré preguntó qué estaba pasando, y Cornaton respondió, mirando al señor almirante: «Es Dios. Nos llama a su lado. Están irrumpiendo en la casa. No es posible oponer resistencia».

Los golpes cesaron, pues Guise dirigía un discurso a sus tropas. Eran soldados en gran número, entre ellos la guardia que el rey de Navarra había apostado en los locales de enfrente para proteger al almirante: seguramente no creía que su líder fuera a traicionarlo por mero odio. Mantenían ocupada la calle Dürrer Baum y todas sus salidas: también las casas en las que se alojaban los señores protestantes. Estos nunca llegarían al señor almirante, cuya vida les era tan querida, pues antes perderían la suya propia.

La campana de Saint-Germain-l'Auxerrois dio la señal. Por toda la ciudad salió la milicia ciudadana. Se reconocían entre sí por el brazalete blanco y la cruz blanca en el sombrero. Todo estaba previsto y a cada uno le correspondía su tarea, tanto a los de abajo como a los de arriba. El señor de Montpensier se había hecho cargo del Louvre, con la preocupación de que ningún protestante escapara de él. La calle Dürrer Baum le había sido asignada al señor de Guise, pues él mismo había solicitado el honor de acabar con el almirante, que aún no estaba muerto, sino solo herido e indefenso. Al son del

sordo zumbido de la campana, gritó con voz clara a sus tropas: «¡En ninguna guerra habéis obtenido tanta gloria como la que podéis alcanzar hoy!».

Ellos también lo comprendieron y avanzaron valientemente.

«¡Qué grito tan terrible fue ese!», dijo el pastor Merlin en la habitación de arriba. Aún resonaba en los oídos de todos. El criado Cornaton lo sabía: era la criada, la habían matado. «Están en la escalera», dijo el capitán Yolet. «Pero arriba hemos levantado una barricada y venderemos cara nuestra vida». Dicho esto, salió a reunirse con sus suizos.

En la habitación de Coligny permanecían aún un médico, su capellán y su criado —sin contar a un modesto cuarto, que intentaba en vano eludir la mirada del señor almirante—: las antorchas de los soldados proyectaban una luz en el interior, como si hubiera un incendio. El señor almirante les mostró un rostro sereno; lo que contemplaron fue paz interior y serenidad ante la muerte; y él también quería que no vieran nada más, no el asunto entre él y Dios, que aún estaba en el aire y quedaba pendiente. La gente debía marcharse, lo antes posible. Se despidió de ellos y les instó a que se pusieran a salvo. «Los suizos aún controlan la escalera. Subid al tejado y escapad. Por mi parte, hace tiempo que estoy preparado y, de todos modos, no podríais ayudarme. Encomiendo mi alma a la misericordia de Dios, de la que estoy seguro».

Con esto se apartó de ellos, irrevocablemente: solo podían alejarse a hurtadillas de él. Cuando se creyó completamente solo, repitió en voz alta: «Tu misericordia, de la que también estoy seguro» —y aguzó el oído para ver si llegaba la confirmación. Mientras tanto, los suizos seguían defendiendo la escalera. Coligny

aguzó el oído, pero la confirmación no llegó. Peldaño a peldaño, su rostro se fue transformando hasta sumirse en el terror. Paz y serenidad ante la muerte, ¿dónde estáis? El hombre aterrorizado y desorientado se refleja visiblemente en sus rasgos. Su Dios lo ha rechazado. Los suizos bloquean la escalera. «Antes de que cedan, debo haberte conquistado, Dios mío. ¡Confírmame que no soy culpable de la muerte del viejo Lothringen! No ordené su muerte, tú lo sabes. No la quise, tú puedes dar fe de ello. ¿Acaso debía detener a sus asesinos, cuando Guise había decidido matarme a mí mismo? Tú no exiges eso, oh Señor, y no me declaras culpable. ¿Cómo? No te oigo. ¡Responde, oh Señor! Solo me queda este breve tiempo, mientras los suizos aún controlan la escalera». A su alrededor había un estruendo, procedente de la calle y del interior de la casa; pero él luchaba y se resistía, agitando las manos juntas contra un implacable adversario, hacia el cual alzaba su viejo rostro de guerrero. De repente oyó la voz que tanto le importaba. Ella dijo con voz grandiosa: «Lo has hecho». Entonces el cristiano se estremeció ante el primer escalofrío de la redención —de su orgullo terrenal y su rigidez espiritual—. Conmovido por un presentimiento de bienaventuranza, gritó hacia arriba: «Lo he hecho. ¡Perdóname!».

Los suizos ya no aguantaban la escalera: los cinco estaban muertos. Una ruidosa horda subió furiosa; querían derribar la puerta, pero vieron que no cedía de inmediato. Cuando estuvieron dentro, vieron el obstáculo: un hombre que se había tumbado en el umbral, con la cara contra el suelo. Le golpearon y creyeron haberlo matado. Sin embargo, había muerto antes, abrumado por la emoción insoportable que le había causado la visión del cristiano luchador y redimido. Nadie lo conocía; no era más que el intérprete

alemán Nikolaus Müß. La veneración y el amor por el señor almirante le habían impulsado a la audacia de ser el único en la habitación en morir junto a él.

Un hombre llamado Bême se adelantó, un suizo, pero al servicio de d'Anjou. Delante de la chimenea se encontraba un señor distinguido, de esos a los que un Bême se acerca con servilismo. Allí exclamó en voz alta y amenazante: «¿No eres tú el almirante?». Con ello, contra todo pronóstico, no logró la familiaridad que un asesino necesita con su víctima, por lo que de repente se dirige a él en segundo nombre. No, el distinguido caballero mantuvo la distancia, y a Bême le resultó incómodo dar los dos últimos pasos.

«Soy yo», fue la respuesta. «Y no acortarás mi vida».

Una respuesta extraña, comprensible solo si se hubiera visto cómo este ya se había entregado a Dios y estaba libre de la mano del hombre. A Bême le invadió la perplejidad; miró sin comprender su arma, porque el señor la observaba con desdén. Pero era un largo trozo de madera puntiagudo por delante, algo con lo que se pueden derribar puertas. Eso era lo que quería clavar en el cuerpo del almirante Coligny —y como el almirante apartó la cara, lo hizo de verdad. El almirante cayó. Uno de los otros suizos que llenaban la habitación aún vio su rostro y se sorprendió por la expresión de una superioridad desdeñosa que, en el futuro, cuando lo contara, llamaría serenidad. El herido murmuró algo más, pero todos estaban demasiado alterados para entenderlo; decía: «Ni siquiera un hombre, solo la chusma». Su última expresión fue de impaciencia con los hombres.

Una vez que el almirante cayó al suelo, los demás valientes mercenarios también se ganaron su paga. Martin Koch lo golpeó con

su hacha de combate. El tercer golpe lo asestó uno llamado Konrad, pero Coligny no murió hasta el séptimo. Los señores que estaban abajo, en el patio, no podían esperar. El duque de Guise gritó: «Bême, ¿has terminado?».

«Ya está hecho, mi señor», respondió Bême, y qué alegría le producía poder volver a decir «mi señor», en lugar de tener que empujar a uno de ellos con leños puntiagudos.

«¡Tíralo por la ventana! El caballero de Angulema no lo creerá hasta que lo vea con sus propios ojos».

Así se hizo de buen grado, y el cuerpo del almirante cayó a los pies de los señores. Guise recogió un trapo y limpió la sangre del rostro del muerto. «Es él, lo reconozco. ¡Y ahora los demás!». Le dio una patada en la cara al cadáver y concluyó: «¡Ánimo, compañeros! Ya hemos superado lo más difícil».

Apenas amanecía.

El grito de muerte

Índice

Al amanecer, el joven rey de Navarra dijo a su esposa, que yacía a su lado, y a sus cuarenta nobles, que rodeaban el lecho: «Ya no vale la pena dormir. Quiero jugar a la pelota hasta que el rey Carlos se levante: entonces le recordaré con insistencia sus promesas». Esto le pareció muy bien a la reina Margarita, pues estaba agotada y esperaba poder dormir por fin cuando todos los hombres estuvieran fuera.

Al amanecer, en realidad aún durante la noche de verano que se iluminaba temprano, se encontraban en una sala del Louvre, que daba a la plaza y a las callejuelas, Carlos IX, su madre, Madame Catherine, y su hermano de Anjou. No hablaban, pues estaban a la espera de que sonara el disparo. Entonces sabrían lo que había sucedido y querrían ver qué más ocurría. Se oyó el disparo; de repente, nada les parecía tan urgente como enviar un mensajero a la calle Dürrer Baum con la orden para el señor de Guise de que se fuera a casa y no emprendiera nada contra el señor almirante. Por supuesto, sabían que era demasiado tarde, y enviaron al noble únicamente para poder alegarlo después ante los príncipes alemanes y la reina de Inglaterra, a fin de mitigar su culpa. Sin embargo, llevaron a cabo sus inútiles preparativos con un celo sincero, como si aún quedara algo que esperar. Madame Catherine y su hijo d'Anjou cayeron más bien en un pánico tardío: ¡aún nos puede salir mal! Solo Carlos esperaba con desesperación el mensaje: no debía haber pasado nada, lo había soñado todo.

Llegó la respuesta previsible, y entonces Carlos huyó de repente de vuelta a su locura voluntaria. Con un rugido que dejaba claro a

todos su estado, se dirigió a su propia habitación y ordenó furiosamente que le trajeran a Navarra y a Condé —¡que los trajeran aquí inmediatamente! Lo cual era innecesario, pues ya estaban de camino por su cuenta.

En su camino oyeron a través de una ventana abierta una campana que tocaba a alarma. Se detuvieron, y ninguno de ellos se atrevió a decir lo que pensaba hasta que el propio Enrique lo pronunció. «En la trampa». Añadió: «Pero aún podemos morder». Porque delante y detrás de él tenía a sus nobles; el pasillo entre las habitaciones estaba lleno de ellos. Pero apenas les había infundido ánimos, cuando se abrieron todas las puertas delante, detrás y a ambos lados, y escupieron a hombres armados. Los primeros en caer fueron Téligny, yerno del almirante Coligny, y el señor de Pardaillan. Henri no vio más que eso, fue empujado hacia adelante. Alguien lo agarró del brazo y lo atrajo hacia dentro. Condé lo acompañó, pues en el tumulto se habían mantenido hombro con hombro, para defenderse. Cuando los tuvo dentro, el propio Carlos cerró la puerta con llave. Estaban con él, en su dormitorio.

Los tres, tras esa puerta, escuchaban los ruidos del exterior, los gritos de muerte, el choque de las armas, la caída de los cuerpos, los jadeos y los gritos de muerte. Cuando todos los muertos de las cercanías habían exhalado su último suspiro, el grito se prolongó. Su significado era: «¡Viva Jesús!». Su significado era también: «¡Muerte! ¡Muerte! ¡Matad a todos!» —y, aullando, se alejaba hacia la lejanía—. «¡Muerte! ¡Muerte!» —un sonido aullante. Recorría los pasillos y las salas de un lado a otro, en todas direcciones, con intensidad variable. Quien lo escuchaba creía que el castillo del Louvre estaba ocupado por doquier de espíritus malignos, en lugar

de por nobles y sus tropas. La obra humana que aquí se estaba llevando a cabo parecía una broma macabra. Uno se sentía tentado a asomarse por esa puerta: probablemente, en realidad no estaba pasando nada. Solo se extendía el amanecer de una mañana de agosto, y el único ruido real eran las respiraciones de los durmientes.

Pero nadie miró hacia fuera. Todos, tanto Karl como sus dos prisioneros, castañeteaban los dientes y se ocultaban el rostro unos a otros. Uno lo escondía entre las manos, otro lo volvía hacia la pared, el tercero se inclinaba profundamente. «¿A vosotros también os parece que no puede ser verdad?», dijo Karl en un momento dado. Ya no estaba en absoluto loco, desde que ellos lo estaban demasiado fuera. «Pero es verdad», explicó un rato después, y al mismo tiempo se le ocurrió algo que debía decir. «Vosotros mismos tenéis la culpa de todo. Tuvimos que adelantarnos a vosotros, ya que habíais urdido una conspiración contra mí y contra toda mi casa». Allí lo había soltado por primera vez, tal y como se lo había ensayado su madre, Madame Catherine, y se quedaron en esa explicación. Condé replicó con vehemencia: «Te habría podido matar hace tiempo si hubiera querido, y los ochenta nobles protestantes que estábamos en el Louvre no necesitábamos una gran conspiración para acabar con todos vosotros».

Henri dijo: «Mis conspiraciones suelen tener lugar en la cama, con tu hermana». Se encogió de hombros, como si le costara hablar de aquella imposición. Incluso frunció los labios: en aquella situación habría sido útil, habría sido casi una especie de salida, si Carlos también los hubiera fruncido ahora. Karl, sin embargo, prefirió enfadarse, ya solo por las nuevas revelaciones que tenía que hacer a

su cuñado Henri. ¡Este ni siquiera sabía aún del final del almirante! Por eso, Karl alzó la voz y afirmó que Pardaillan, el noble de Navarra que yacía muerto ahí fuera, había delatado el plan antes de tiempo. Habría gritado en voz alta: por el brazo del almirante se cortarían cuarenta mil.

A continuación, Karl se exaltó aún más, para que, a ser posible, sonara como el discurso de un irresponsable, y así fue como se enteraron del final del almirante Coligny. Ambos, helados, se miraron el uno al otro y ya no a Karl, que tuvo que seguir gritando solo hasta que se le acabaron las fuerzas. Insultó al almirante tildándolo de estafador y traidor, preocupado únicamente por la ruina del reino y merecedor de la venganza más terrible en grado sumo. Con las palabras que brotaban profusamente, llegó inevitablemente también la buena fe. Carlos se sumió en el odio y el miedo. Al final, sostenía en sus manos temblorosas una daga reluciente. Pero los dos no se dieron cuenta de ello, pues ante sus ojos aparecieron otras imágenes.

Vieron al comandante salir de su tienda, al ejército a su alrededor, y ellos mismos ya sujetaban las riendas de sus caballos. Inmediatamente se lanzaron a la batalla y cabalgaron contra el enemigo, quince horas sin desmontar, magníficos, incansables, sin sentir el cuerpo. El viento nos eleva, volamos, los ojos se vuelven cada vez más claros y agudos, vemos más lejos que nunca, porque ahora tenemos un enemigo. ¡Cabalgando contra el enemigo, completamente inocentes, puros y renovados, mientras que aquel está lleno de pecados y debe ser castigado! Eso y nada más era para ellos el almirante Coligny en la hora en que se enteraron de su muerte. Henri pensó en que su madre, Jeanne, había confiado en el

señor almirante, pero ahora ni él ni ella vivían. Entonces Henri dejó que el loco Karl se desatara hasta que se le quebró la voz, mientras él se sentaba en un baúl.

Carlos se quedó ronco; como antes, penetró en la habitación el aullido de los gritos asesinos. Cuando Carlos finalmente tuvo que hacerse entender con su voz habitual, les ordenó que renegaran de su fe: solo así podrían salvar la vida. Condé exclamó de inmediato que eso ni se le pasaba por la cabeza, y que la fe valía más que la vida. Henri le hizo un gesto impaciente y tranquilizó a Carlos: eso se podía discutir. El primo, sin embargo, quería recuperar a toda costa la resistencia que hasta entonces había descuidado. Abrió de par en par la ventana para que entrara el estruendo de la tormenta y, desde allí, juró que, aunque se acabara el mundo, él seguiría siendo fiel a la religión.

Henri volvió a cerrar la ventana; desde allí se dirigió hacia Karl, que estaba de pie ante un armario fortificado con su daga en la mano: travesaños, balas de cañón de madera negra y herrajes de hierro. Henri se acercó al loco con calma, pero con firmeza, y le dijo al oído: «Loco es aquel, con su religión. Vos, señor, no estáis loco en absoluto». Carlos levantó la daga, pero Henri le apartó el brazo. «¡Déjalo estar, mi señor hermano!». ¿Cómo se le ocurrió precisamente esa palabra? Carlos la oyó y perdió la daga, que cayó y rebotó. Con los brazos alrededor del cuello de su amigo, primo, cuñado o hermano, el pobre sollozó: «Yo no lo he querido».

«Me lo imagino», dijo Henri. «Pero ¿quién lo ha querido entonces?». Solo respondió, desde una distancia indeterminada, el aullido de la grita de asesinato. Carlos, en medio de su llanto convulsivo, hizo sin embargo un movimiento hacia una de las

paredes, como si tuvieran oídos. Así estaban las cosas, y también esta vez su madre, Madame Catherine, podría haber taladrado un pequeño agujero, como solía hacer, para espiar por allí. Pero probablemente estaba escuchando el grito de asesinato, pues no se podía hacer otra cosa; ni siquiera una asesina curtida era una excepción. Se tambaleaba y deambulaba por sus habitaciones, su bastón tanteaba el suelo con más inseguridad de lo habitual. Comprobó la solidez de las puertas, miró de reojo a sus anchos e inquebrantables guardias, preguntándose cuánto tiempo la protegerían. Hugonotes desesperados, y aunque fueran los últimos, tal vez se les ocurriera irrumpir y arrebatarle rápidamente su costosa y antigua vida, antes de que ellos también tuvieran que bajar. El rostro grande y pálido permaneció inexpresivo, los ojos sin brillo. En un momento dado, se acercó a un armario y se aseguró de que los polvos y los frascos estuvieran en orden. La astucia seguía ahí, y hasta la gente que irrumpía para matar se dejaba convencer al final de aceptar antes un refrigerio.

Henri se rió, se rió por lo bajo: era imparable, como los sollozos de Karl. Lo cómico se vuelve aún más cómico por el horror. En los oídos resuena el aullido de la muerte, pero ante el espíritu aparecen los culpables con sus fealdades y sus defectos. Es un gran alivio, pues uno se ahogaría en el odio si no pudiera reír. Henri aprendió a odiar en ese momento, y le sirvió de ayuda burlarse de lo que odiaba. Al sombrío primo Condé le gritó: «¡Eh! Imagínate a d'Anjou. ¡Llora, Tue! Y mientras tanto, arrástrate debajo de la mesa». Lo cual dejó al primo tan sombrío como antes, pero no a Carlos; este preguntó ansioso: «¿Es verdad? ¿Mi hermano d'Anjou se arrastra debajo de la mesa?».

Eso era lo que Henri había querido; había contado con los sentimientos de Carlos hacia el heredero al trono. Era bueno desviar su atención hacia el hermano no querido, para que olvidara que allí tenía a sus parientes hugonotes bajo su poder y que estaba loco. Lo cómico es bueno especialmente contra los peligros acuciantes: la representación de cosas ridículas puede, al menos, disminuir los peligros. Enrique, que en ese momento aprendía lo que era el odio, comprendió al mismo tiempo todo el valor de la hipocresía. Así que exclamó con franqueza y sinceridad: «Sé muy bien, hermano mío, que en el fondo ninguno de vosotros tiene malas intenciones. Queréis pasar el rato como en un torneo o en una feria. ¡Tú! ¡Tú!», imitó, y gritó de tal manera que a cualquiera se le quitaban las ganas.

«¿Esa es tu opinión?», dijo Carlos de repente, muy aliviado. «Entonces te lo confesaré: no estoy loco. Es solo que no me dejan otra salida. Ten en cuenta que mi nodriza es hugonota y que conozco vuestras enseñanzas desde la infancia. «¡D'Anjou quiere matarme!», chilló, poniendo los ojos en blanco, de repente de nuevo sospechosamente cerca de su locura, fuera esta real o fingida. «¡Pero si muero, vengame, Navarra! ¡Vengame a mí y a mi reino!».

«Haremos causa común», le confirmó Henri con énfasis. «Tú estarás loco si tienes que estarlo, y yo seré un bufón, porque realmente lo soy. ¿Quieres que te enseñe ahora mismo un truco? ¿Un bonito truco?», repitió vacilante, debido a su secreta duda de si esto saldría bien. A espaldas de Carlos, el armario fortificado —con travesaños, balas de cañón de madera negra y herrajes de hierro— se había abierto imperceptiblemente: solo Henri lo vio, y en ese momento reconoció los dos rostros que se asomaban. Les indicó con

la mirada que esperaran. Mientras tanto, hacía gestos mágicos con las manos ante Carlos, como los estafadores en las ferias. «Tú crees, por supuesto», dijo con el tono fanfarrón de esa gente, «que quien está muerto, está muerto. Pero nosotros, los hugonotes, no: con nosotros no es tan grave. ¡Tranquilo, hermano! Me habéis matado a ochenta nobles en total en el Louvre, pero los dos primeros ya han vuelto a la vida».

Movió las manos, serpenteando los diez dedos, de arriba abajo sobre el armario, y lo hizo desde cierta distancia, para no estar demasiado cerca del hechizo que iba a tener lugar. También Karl retrocedió, con el rostro lleno de desconfianza y temor. «¡Adelante!», gritó Henri; el armario se abrió de par en par y, en un instante, d'Aubigné y Du Bartas yacían ante Karl, de rodillas. Todo sucedió muy rápido; el primer grito de un nuevo ataque no pudo salir tan deprisa de la garganta de Karl; por eso guardó silencio y los miró, con el ceño fruncido. Estaban de rodillas, el torso de uno sobresalía medio metro por encima del del otro, pero ambos mantenían las manos extendidas contra el pecho, como corresponde a pobres desterrados que se atreven a regresar de lugares de donde no está permitido hacerlo. Con voces apagadas, ambos hablaron a la vez: «¡Perdónenos, señor, por haber abandonado el reino de Plutón! ¡Sea también indulgente con el nigromante que nos incitó a ello!».

Carlos desistió, por el momento, de su propósito de enloquecer. Se sentó y dijo: «Justo lo que me faltaba. Levantaos, por mí, pero ¿qué voy a hacer con vosotros? Es espantoso». Este fue su momento más sensato; todo lo ocurrido y lo que aún estaba por venir le repugnaba y le resultaba vergonzoso, como le habría resultado en su cuadro. Un rey de linaje agotado, seda blanca, la

mirada de reojo llena de recelo y hastío, pero el pie se coloca como en el ballet. Carlos IX gira la mano a medias, con la palma hacia arriba: con ello concedió libertad a todos.

Inmediatamente hicieron uso de ella. Du Bartas se dirigió a la puerta y la abrió. D'Aubigné señaló una de las ventanas, por donde ahora entraba la luz del día. «Qué suerte que estuviera abierta durante la noche y que no hubiera nadie aquí».

Du Bartas regresó rápidamente de la puerta: había mirado hacia fuera. Entonces ella se movió.

El reencuentro

Índice

La puerta se movió, se abrió y entró la reina de Navarra, Madame Marguerite de Valois, Margot.

Su hermano Carlos dijo: «Ahí estás, mi gordita Margot». Enrique exclamó: «¡Margot!». En ambos, la primera emoción espontánea fue solo alegría. Ahí estaba ella, no se había perdido, a pesar de que tantas emboscadas y trampas mortales se habían abierto, y aún conservaba su belleza ennoblecida junto con el esplendor al que la vida parecía aspirar hasta esa noche. Ambos, Carlos y Enrique, se sobresaltaron en medio de su alegría: «¡No estuve con ella en el peligro! ¿Cómo es que no se le nota nada?».

Pero esto se debía a que Margot se había lavado mucha sangre y muchas lágrimas del rostro y del cuerpo antes de poder volver a mostrarse, vestida de gris paloma y rojo rosa como la nueva mañana, con las perlas brillando sobre la delicada piel floreciente. ¡Eso le había costado mucho esfuerzo! Porque sobre ella se había aferrado, en pánico mortal, alguien ya medio asesinado. Otros le habían suplicado y rezado como si fuera su única salvación, mientras, en su gran desesperación, le rasgaban la camisa e incluso no perdonaban sus hermosas manos con sus uñas, afiladas por el miedo. Un loco, por su parte, había planeado matarla él mismo, y ello únicamente porque odiaba terriblemente a su querido señor. «¡Navarra me ha abofeteado, por eso mataré a su ser más querido!», había jadeado el capitán de Nançay, cerca, muy cerca de ella; ya cerraba la garra extendida y creía haber agarrado a su víctima. Ella aún oía muy bien, si quería, su voz áspera, olía su aliento voraz y, en verdad, ya no sabía: ¿Cómo he logrado escapar

de él, en mi habitación llena de gente? Porque hasta detrás de la cama yacían, se revolcaban, se enfurecían o ya estaban rígidos y mudos. Todo eso lo llevaba consigo en su interior y, al mismo tiempo, le parecía claro como la nueva mañana: así lo exigían la decencia y su autoafirmación. ¡Mi señor debe amarme!

Intentó mirar a Henri, directamente a los ojos, lo que le resultó extrañamente difícil. En contra de su voluntad, apartó la mirada antes de que sus miradas se encontraran. Por cierto, él mismo evitó la suya y miró más allá de ella, igual que ella lo hacía con él. ¿Qué es esto, por el amor de Dios? No puede ser así. «¡Mi Henri!» y «¡Mi Margot!», dijeron ambos al unísono y se dirigieron el uno hacia el otro. «¿Cuándo nos separamos? ¿Ha pasado tanto tiempo?».

«Yo», dijo Margot, «me quedé en la cama pensando en dormir, tú te levantaste».

«Me levanté y salí con mis cuarenta nobles, que rodeaban nuestra cama. Pensaba jugar una partida de bola con el rey Carlos».

«Yo, mi querido señor, pensaba dormir. Pero ha sucedido que me he cubierto de sangre y lágrimas, mi camisa y mi rostro. Incluso el sudor del miedo de la gente cayó sobre ellas. Por desgracia, todo eso lo hicieron los míos. Han matado a todos los tuyos, y como nadie te pertenece tanto como yo, habría sido mejor que muriera. Pero he venido a ti pasando por encima de los muertos en el camino, y este es nuestro reencuentro».

«Este es nuestro reencuentro», dijo él también, muy triste, y por una vez ni siquiera intentó burlarse. Ella casi lo había esperado de él: un chico como él se ríe especialmente de lo horrible. No, recordó ella: porque aquí soy yo misma la horrible. «Yo, tu pobre reina», le

susurró al oído. Él asintió y murmuró: «Tú, mi pobre reina, eres la hija de la mujer que mató a mi madre».

«Y tú me amabas demasiado, demasiado».

«Ahora me los ha matado a todos».

«Y ya no me quieres, ya no me quieres en absoluto».

En ese momento él habría abierto de par en par los brazos para Margot, embelesado solo por su voz, pues no la miraba, mantenía los párpados bajos. El movimiento ya se había producido en su interior; solo faltaba un suspiro más de ella… pero este no llegó. ¿Lo sintió ella? «No puedo, no debo», o bien: «No durará». ¿Lo he perdido? Se alejó de él y, tras pasarse la mano por la frente, dijo en voz alta para que todos la oyeran: «Vengo a ver a mi señor hermano, sire, le ruego por la vida de varios desdichados». Dicho esto, se arrodilló ante Carlos IX, no sin ceremonias: la pasión de una suplicante, pero disfrazada de la solemnidad que los reyes deben encontrar en todas partes. «¡Señor! Concededme la vida del señor de Léran, que irrumpió sangrando por varias puñaladas en mi habitación cuando yo aún estaba acostada, y que, temiendo a sus asesinos, se aferró a mí hasta que caímos detrás de la cama. ¡Conceda también la vida a su primer noble, de Miossens, un hombre tan digno, y al señor de Armagnac, que es primer camareño del rey de Navarra!».

Terminó de hablar con toda solemnidad, aunque Karl la interrumpió de inmediato. ¿Acaso no se había alegrado de su rescate? Sí, y luego se había extendido de nuevo en él, imparable, el máximo grado de hastío. No sentía ni percibía otra cosa mientras Henri y Margot celebraban su reencuentro. Al hacerlo, ellos

habitaban un mundo propio y Karl el suyo. De repente se da cuenta de que alguien quiere algo de él: su hermana; y ella lo observa, lo espía y luego le cuenta a su madre lo que él ha dicho, ¡qué expresión tenía! Por eso cambia de rostro, lo deja al rojo vivo, eso se puede hacer; las venas de la frente se le hinchan, los ojos dan vueltas en un círculo tan amplio como sea posible. Le sobrevienen espasmos en las extremidades y la cabeza, así como un rechinar de dientes, y, una vez hechos todos los preparativos, se pone a gritar. «¡Ni una palabra más de todo esto mientras quede un solo hereje con vida! ¡Convertíos!», grita a los presentes; pues tiene consigo en la habitación a cuatro hugonotes supervivientes, a quienes deben que sigan en este mundo, y su madre se enterará.

Henri intenta retener rápidamente a su primo Condé: en vano, este se juega su honor en alzar la voz al igual que Carlos. Por su fe no debe rendir cuentas a nadie más que a Dios, ¡y no reniega de la verdad ni siquiera ante las amenazas! Ante lo cual Carlos, completamente fuera de sí, se abalanza físicamente sobre él. Du Bartas y d'Aubigné le sujetan las piernas de rodillas, y él grita: «¡Sedicioso! ¡Rebelde e hijo de rebelde! Si dentro de tres días no cambias de discurso, haré que te estrangulen». Le dio un plazo de tres días, lo que podría llamarse prudencia, teniendo en cuenta tanta locura. Navarra, mucho más sensato que su primo a pesar de todas las protestas, hizo sin embargo lo mismo que la primera vez: manso como un cordero, prometió su conversión, e incluso después de la matanza ya consumada. Pero tampoco pensaba cumplir su palabra cuando se la prometió a Carlos, y Carlos lo sabía bien. Se hicieron una pequeña señal con los ojos.

«¡Quiero deleitarme con la vista de mis víctimas!», proclamó el desquiciado gobernante de la noche del asesinato, sin escatimar en gestos. Quienquiera que estuviera cerca —guardias, nobles, curiosos de la corte o sirvientes—, todos debían poder atestiguar que Carlos IX se mantenía firme en sus actos y que ahora contemplaba a sus víctimas. Mientras tanto, aún en el umbral, su mano rozó, como por casualidad, la de su cuñado Navarra, y este fue el único que oyó a Carlos susurrar: «Horrible, horrible. ¡Mantengámonos unidos, hermano!». Entonces se convirtió definitivamente en quien debía ser: el cruel Carlos de la Noche de San Bartolomé, y se deleitó con sus muertos, los primeros que habían sido abatidos justo detrás de su puerta, así como con todos los demás a lo largo del camino. Apartó con el pie sus miembros, ya desprovistos de sensibilidad, y pisoteó sus cabezas, aliviadas de toda resistencia, de todo odio. Al hacerlo, profirió suficientes maldiciones y amenazas; no era culpa suya que nadie las oyera, salvo sus pocos y mudos acompañantes. No se dejó ver ningún vivo, pues el oficio de matar cansa mucho; después duermen o beben. Los muertos estaban entre ellos.

Parecían innumerables, como nunca lo son los vivos. Estos se dispersarán tras cada reunión. Los muertos perseveran; suya es la tierra y todo lo que de ella brota en forma y destino, un futuro tan inconmensurable que se llama eterno. Agrippa d'Aubigné comenzó a hablar.

> «La muerte no está lejos de nosotros. Solo entonces se nos concede
> Una vida sin muerte, ya no una vida falsa.
> La vida está salvada, la muerte, ha sido vencida.
> ¿Quién no quiere caminar seguro, quién desea fracasar

siempre?
¿A quién le apetece aún prolongar el duro viaje,
¿Quién no se alegra cuando por fin atraca en el puerto?»

Hablaba en voz baja, en el espíritu de los muertos, cuya vida se extiende a lo largo de todos los tiempos, por lo que se ralentiza y resulta precisamente muy apagada. Son ruidosas las maldiciones de un loco. Henri conocía los versos: Agripa los había pronunciado por primera vez en su noche de bodas, antes de que se formara la larga comitiva y Carlos IX, con toda su corte, lo acompañara al lecho nupcial. Esta era una comitiva diferente, aunque debía conducir a la misma habitación. Henri no miró atrás en busca de Margot.

Ella caminaba entre los demás hombres, que no se preocupaban por ella, y en realidad iba la última. Nunca en su vida de princesa había sido Madame Marguerite tan consciente de su insignificancia como aquí, en el pasillo de un loco y varios derrotados entre las filas de los muertos. Qué expresión incomprensible tenían algunos: asombrados, incluso avergonzados por tanta felicidad. Pero otros, en cambio, estaban completamente desalmados y se habían ido al infierno de una vez por todas: Madame Marguerite distinguía eso, y una vez lo notó en uno de sus antiguos amantes, y se sintió débil. Du Bartas la cogió en sus brazos y, medio sostenida por él, siguió avanzando.

Junto a una chimenea, dos se sostenían mutuamente —se habían apuñalado— y aún se abrazaban. A veces los protestantes no habían sido sorprendidos desprevenidos, y entonces se habían llevado consigo a tantos de sus atacantes como habían podido. Una mujer yacía, privada de vida, sobre un hombre al que seguramente había querido salvar. «Ella tampoco pudo hacer nada», piensa Margot,

medio sostenida, arrastrando los pies. No pudo hacer nada. «Yo no pude hacer nada», piensa. Pero sobre una barandilla colgaba un cocinero corpulento; su gorro blanco se le había deslizado de la cabeza y había rodado por las escaleras. Exactamente en esa postura había sorprendido Henri a este hombre, o a otro, la vez anterior: entonces estaba borracho, ahora está muerto. Por cierto, eso hace dos orgías: la de la noche de bodas y luego esta. Esta llega más tarde, seis veces veinticuatro horas después; ahora es también más exhaustiva y deja restos e historia; exteriormente parecen a menudo iguales, pero su significado es diferente.

Henri se deslizó sobre la sangre derramada, se despertó de sus sueños y miró el rostro apagado del joven La Rochefoucauld, el último enviado de su madre. No aguantó más, rompió a llorar. Con las manos delante de la boca, como un niño, sollozó: «¡Mamá!». Sus amigos no parecían oírlo. Karl se hacía el furioso, y tal vez se había vuelto realmente así en ese viaje por los infiernos. Margot dijo en voz baja, solo para Henri: «Ya no pude salvarlo. Casi lo tenía en nuestra puerta, cuando me lo arrebataron y lo mataron». Esperó: no hubo respuesta. Henri había recorrido un camino demasiado largo hasta la puerta a la que ahora había llegado, lo había recorrido sin Margot, y tampoco volvería a recorrer ningún camino de la vida con ella como antes. Ante esa puerta, marcada por el cadáver del joven La Rochefoucauld, llegó un Henri diferente al que había salido de allí a paso ligero.

Este lo sabía. Este había oído aullar por todo el palacio del Louvre el grito de asesinato durante toda una noche. Este había mirado los rostros de sus amigos muertos, se había despedido de ellos y de la convivencia amistosa de los hombres —de la vida libre y

abierta. Un pequeño grupo de jinetes, apretujados caballo contra caballo, acompañados de un canto sacro, mientras las muchachas guapas acudían corriendo desde el campo: tan alegres y fugaces se apresuraban bajo las nubes que se precipitaban. Pero con el paso del vencido, del prisionero, entrará en esta habitación. Se someterá, será un hombre transformado bajo la apariencia engañosa del antiguo Henri, que reía a carcajadas, amaba siempre y no podía odiar a nadie, no se guardaba de nadie. «¡A quién veo ahí, para mi alegría, con plena salud! De Nançay, buen amigo, ¡qué suerte que al menos a usted no le haya pasado nada! Algunos se resistieron, ¿sabe?, cuando la buena gente iba a pasar a mejor vida. No les sirvió de nada, y bien les está. ¿Quién cae tan estúpidamente en la trampa? Solo los hugonotes son capaces de eso. Yo no, yo he sido católico más veces que usted, de Nançay, y ahora volveré a serlo. ¿Recuerda aún cómo mi gente quiso arrastrarme fuera de la puerta del puente? Pero yo quería entrar a ver a mi reina y a su admirable madre, dondequiera que encajara. A usted, amigo de Nançay, tuve que darle un golpe para que me dejara entrar; por eso ahora le abrazo».

Y así lo hizo, antes de que el capitán se diera cuenta de aquella muestra de afecto. De nada sirvieron sus forcejeos; también recibió el beso en ambas mejillas, aunque con un fuerte rechinar de dientes. Aún no había recuperado del todo la compostura, cuando aquel pícaro ya se había escabullido a otra parte.

Henri se encontraba en la habitación que Margot había abierto. Karl bloqueaba la puerta, tan ancha como era. Karl no dejaba entrar a nadie, mientras que, por el contrario, gritaba que vinieran a acabar con el protestante que aún se encontraba allí retenido. De Miossens,

primer noble, yacía ante el furioso de rodillas rígidas, no como alguien que va a morir, sino más bien con la expresión de un viejo funcionario al que amenaza la jubilación prematura. D'Armagnac, un noble que hacía las veces de camarero, no se dignaba inclinarse. Había adelantado un pie, mantenía la cabeza echada hacia atrás y se apretaba la mano contra el pecho. Pero en la cama yacía un bulto blanco manchado de sangre, del que asomaban un par de ojos jóvenes y húmedos. «¿Quién es ese?», preguntó Carlos, olvidándose de gritar.

El ayuda de cámara respondió: «El señor Gabriel de Lévis, vizconde de Léran. Me he tomado la libertad de vendarlo. Aunque ya había manchado de sangre toda la cama. Al otro, señor, ya no le servía de nada ningún vendaje». Con un gesto que denotaba dolor y, sin embargo, desprecio por la muerte, señaló varios cadáveres.

Carlos los miró fijamente, y entonces encontró lo que necesitaba. «Esos perros infieles», gritó, «han abusado de la habitación de la princesa de Valois, mi hermana, para dejarse asesinar en ella. ¡Llevadlos al patíbulo! ¡De Nançay, adelante!». Ante lo cual al capitán no le quedó más remedio que sacar a los muertos con sus hombres. Mientras tanto, Karl cubrió con todo su ser a los supervivientes. Tan pronto como los soldados doblaron la esquina, resopló a de Miossens y d'Armagnac y puso los ojos en blanco de forma espantosa: «¡Id al diablo!». Se lo tomaron como una orden: también tú, Bartas, y d'Aubigné aprovecharon la oportunidad. El propio Karl cerró la puerta tras todos ellos.

Dijo: «Confío en los gascones: ellos se llevarán al buen de Miossens, para que no les ocurra ningún percance por el camino. Margot, si querías contarle a nuestra madre que yo perdono a los

hugonotes, entonces sé aún más de ti. Allí hay uno tumbado en tu propia cama». Más para sí mismo, añadió: «Junto a él aún hay sitio. ¿Por qué no iba a hacerlo? No estoy en mejor situación que él». Y se acostó junto al bulto blanco sobre la manta manchada de sangre. Al instante, su rostro y su respiración se asemejaron a los de alguien dormido. Sin embargo, Henri y Margot vieron cómo las lágrimas brotaban de bajo sus párpados. También de los ojos del joven de Léran caían aún lágrimas, cuando ya los había cerrado. Así yacían juntos y descansaban dos víctimas de aquella noche.

El final

Índice

Margot se acercó a la ventana y miró a través de los cristales. No captaba nada con su conciencia: solo esperaba a que llegara Henri. Me dirá al oído que solo hemos soñado. Se burlará de todo lo demás, como de costumbre, y en realidad solo le importará nuestro amor. «Nos belles amours», pensó con sus palabras. Pero con las suyas propias tuvo que pensar: «Nuestra cama está llena de sangre. Hemos venido aquí entre sus amigos asesinados. Mi madre me ha convertido en su enemiga. Él me odia. Mi madre lo ha convertido en un prisionero. No puedo respetarlo. Así será el final». Pero mientras reflexionaba sobre el final, su irresistible esperanza simplemente volvía a empezar: «Me susurrará al oído que solo hemos soñado. ¡No!», decidió. «¿Cómo podría hacerlo, siendo el hombre que es y con el orgullo infantil que tienen? Seguramente está sentado detrás de mí, dándome la espalda y esperando a que lo bese de improviso. Al fin y al cabo, soy más culta y experimentada que él, y además soy una mujer. Me deja a mí el curso de los acontecimientos, ¡y seguramente lograré hacerle creer a un muchacho que todo lo que es verdad no es verdad! Voy a empezar ahora mismo.

En lugar de eso, antes de que pudiera volverse, se percató del estruendo tremendo. Todas las campanas de París se pusieron en marcha; solo una, que antes había retumbado profunda y sorda, permanecía ahora en silencio; se contentaba con haber sido la primera y, una vez consumada la acción, guardaba silencio. Pero por muy tempestuoso que fuera el repique de las campanas, a través de él se oían los gritos de asesinato. «¡Por Dios! ¡Mátalos a todos! ¡Hazlo! ¡Hazlo!», aullaba fuera el grito de asesinato. Margot: una

mirada a la plaza y a las callejuelas, y se tambalea hacia atrás. Erudita y experimentada, solo en eso no había pensado. ¿Qué se puede hacer —hija mía, mi hija dolorida?

Se volvió hacia la habitación: él no estaba allí. Los dos que yacían en la cama gemían en su sueño, ambos soñaban con su propia ejecución, que se llevaba a cabo entre el estruendo de todas las campanas y el aullido del grito asesino. De repente, los ruidos se trasladaron al centro de la habitación, taladrando la cabeza con tornillos. Parecía que uno se encontrara en medio de una tormenta, se tambaleaba y se veía invadido por el horror. Todo se debía a que en la habitación contigua se había abierto la ventana. Henri había entrado por allí. ¡No oír y ver todo esto junto a Margot, sino sola! Había cruzado por la puerta abierta hacia la habitación que se había preparado para su hermana y donde el almirante debería haber sido puesto a salvo de sus asesinos. Margot bajó los hombros, impotente: «Cruzar ese umbral, por desgracia, no. Ir con él, ya no».

Él oía y veía. La plaza de abajo bullía de gente que se agolpaba desde las callejuelas; todos activos, ninguno como espectador ocioso. Su ocupación era la misma en todas partes: matar y morir; y sucedía con la mayor diligencia, comparable al impulso de las campanas y adaptada al compás de los gritos de muerte. Un trabajo puntual, y sin embargo, ¡cuánta variedad y singularidad! Un soldado arrastraba por el suelo a un anciano, bien atado con una cuerda, para arrojarlo al río. Un ciudadano mataba a otro con esmero y precisión, luego se lo cargaba a hombros y lo llevaba a un montón donde todos estaban ya desnudos. El pueblo desnudaba a los muertos: eso era cosa del pueblo, no de la gente respetable. A cada uno lo suyo. La gente respetable se alejaba apresuradamente con

pesados sacos de dinero; sabían en las casas de los vecinos de otra fe dónde se guardaba algo. Algunos llevaban cofres enteros, para lo cual volvían a necesitar los hombros del pueblo. Un perro lamía la herida de su dueña apuñalada; el conmovido asesino tuvo que acariciarlo antes de pasar al siguiente. Porque ellos también tienen corazón. Quizá asesinen solo un día en la vida, pero los perros perdonan todos los días.

Al final de un callejón se divisaba una colina, sobre la que giraban las aspas de un molino de viento, ahora y siempre. El puente sobre el río conduciría al aire libre, si tan solo se pudiera huir. Una multitud de fugitivos cayó en el puente bajo los golpes de la guardia. Porque la guardia estaba allí, al mando de jinetes, y velaba por el mantenimiento de la seguridad. La infantería y los jinetes se movían cómodamente en los espacios que cada asesino dejaba entre él y el siguiente. Se necesita espacio, como también lo necesita la abeja para su laboriosidad. Si no hubiera sido por toda esa sangre y algunas otras cosas, sobre todo el ruido infernal: desde cierta distancia se podría haber pensado que esas buenas personas estaban ocupadas en un prado recogiendo flores. En cualquier caso, el cielo se extendía sobre ellos con la más soleada serenidad.

«Son muy precisos», pensó Henri. «¿Por qué distinguen tan minuciosamente entre los que llevan insignias blancas y los demás, si ya se quiere matar? ¿Hay que ser blanco para tener el privilegio de matar? Pero no matan por sí mismos, sino por otros, por encargo, por la causa: eso les da la conciencia tranquila. A pesar de toda su ferocidad, que parece una ferocidad ordenada, se mantienen ordenados y con ganas de trabajar. Allí algunos están levantando una horca. La habrán terminado cuando ya todos estén muertos, y

solo podrán colgar cadáveres en ella. Eso no les molesta, pues no lo hacen por sí mismos. Nunca actúan por sí mismos: eso me lo voy a recordar. ¡Qué fácil es llevarlos a hacer el mal y el daño! Más difícil será conseguir algo bueno de ellos. Gente honorable y pueblo: juntos forman, cuando la ocasión es propicia, la chusma más vil — pensó Henri, y esa misma palabra había sido la última en el cerebro del moribundo Coligny.

De vez en cuando, la locura más descabellada se manifestaba en público. Se pavoneaba por la plaza sin aportar nada a los asuntos generales: solo su voz chillaba inconfundible. «¡Haced sangrías! ¡Haced sangrías sin cesar! Los médicos dicen que una sangría en agosto es tan buena como en mayo». Así gritaba a todos los que trabajaban un tal señor de Tavannes, que él mismo no hacía nada. En cambio, había formado parte del Consejo junto a Madame Catherine cuando se decidió esta empresa, y había sido incluso el único francés en el Consejo.

Pero ahora, desde el callejón, un guardia blanco que trabaja en solitario, gritando para sí mismo con sentido del deber: «¡Hazlo! ¡Hazlo!», conduce a alguien hasta allí. Henri quiere gritar, pero el sonido no sale. Quiere hacer un movimiento, coger un arma y disparar hacia abajo. Ay, en vano, en la tierra hay víctimas y verdugos. El anciano y corpulento hombre, mi maestro Beauvois, no se ha dejado arrastrar ni empujar, ha seguido con dignidad al que grita. Es un filósofo y considera que la vida solo es deseable en la medida en que alcanza la razón. «Señor de Beauvois, ¿qué hace? Arrodillarse con su túnica plisada, sereno y lleno de sabiduría. Juntar las palmas de las manos y esperar pacientemente a que el verdugo haya afilado la espada. ¡Señor de Beauvois, mi buen maestro!».

Henri se dejó caer al suelo, escondió el rostro entre los brazos y, por eso, no vio con qué facilidad le cortaban la cabeza al anciano y corpulento hombre. Tampoco se enteró de que una mujer salió corriendo de la casa de al lado con un recipiente: en él recogió la sangre que brotaba y la bebió.

Cuando Henri volvió en sí, encontró la puerta de la habitación conyugal cerrada. Margot la había cerrado.

Moraleja

Índice

Demasiado tarde, estáis hechizado. Las advertencias que llegan de todas partes ya no sirven de nada. Las confidencias del rey, vuestro cuñado, caen en saco roto y las inquietudes de vuestra amada no logran alarmaros. Os abandonáis a vuestro amor, mientras que los propios asesinos no ven, temblando de miedo y de odio, sino la llegada de la sangrienta noche. Por fin la conoces, esa noche, como lo habrías hecho con una bella desconocida: y, sin embargo, el almirante ya había sucumbido, casi ante tus propios ojos. ¿No es cierto que lo sabías todo, y desde hacía mucho tiempo, pero que nunca quisiste escuchar a tu conciencia? Su ceguera se asemejaba en cierto modo a esa nueva demencia, digna de recelo, de Carlos IX. Él la eligió como refugio. Por su parte, usted se había negado a aceptar lo evidente para establecer su coartada de antemano. ¿De qué servía, si entonces tenía que caer en picado y le tocará expiar con mayor dureza el haber querido ser feliz sin mirar atrás?

No conocía el infierno

Índice

El pensamiento con el que había caído fue lo primero que le vino a la mente al despertar. «Mi buen maestro», dijo Henri, como si se dirigiera a alguien aún vivo que debería haberle ayudado. Oyó la respuesta, que decía: «Vivo en una casa bien cerrada, en cuya puerta la gente pinta nombres hostiles para mí».

Esas palabras, pronunciadas en su día de verdad, resonaron en su mente con tal precisión que se miró a su alrededor. Estaba solo, la habitación conyugal cerrada, y el silencio lo envolvía todo. Las campanas callaban, los gritos de los asesinados se habían retirado de la plaza de abajo, junto con la luz del sol, y había terminado la anterior actividad febril. Nada se movía, salvo los ahorcados en la horca ya terminada; estos se balanceaban ligeramente. El alto montón de los desnudos permanecía completamente inmóvil. Solo los perros se acercaban a él y lamían las heridas. Las personas, en la medida en que seguían vivas, se habían hecho invisibles, ellas, que antes habían demostrado con énfasis y satisfacción lo que eran capaces de hacer. Incluso habían bajado todas las contraventanas de las entradas de sus casas.

Lo segundo que pensó Henri al despertar fue: «Mi pobre madre ha muerto, y ella también me había advertido». Se dirigió al rincón más recóndito de la habitación y la oyó hablar, como antes a su maestro. Ella decía: «La corte desmoralizada, la malvada reina» —y la voz de la madre, su tono, se dirigían a un niño, al niño aún ignorante, mucho antes de los acontecimientos. Precisamente por

eso era desgarrador aquel suave sonido del pasado, porque en realidad ahora todo había sucedido, con más horror y espanto de lo que la pobre Jeanne jamás hubiera podido soñar en vida. «Has muerto envenenada, mi querida madre. ¿Lo sabes? El señor almirante ha sido asesinado desde entonces; ¿te has enterado? Han asesinado a La Rochefoucauld, a quien me enviaste como tu último emisario. Muchos de los que te servían están muertos, y nuestros nobles yacen tendidos. Caímos en la trampa, aunque tú me habías advertido, madre. Pero no te hice caso ni a ti, ni al viejo y astuto Beauvois, ni a...», «¡Dios mío, cuántos!», exclamó en voz alta. Porque todas las advertencias ignoradas se abalanzaron sobre él al unísono, tan numerosas, tan rápidas, que no pudo distinguirlas y se llevó las manos a la cabeza. «Margot, también Margot: ¡su advertencia a través de la imagen anatómica! La pobre señorita: ¡un saco de arpillera cubría su pequeño cadáver! D'Elbeuf: en la puerta, cuando me apartó de la multitud, ¡aún había tiempo para huir! El propio Carlos IX: ¡Navarra, véngame! Mornay: Coligny se queda porque le espera la tumba, ¡pero a ti te espera la cama! Maurevert: ¡sudor de asesinato! d'Anjou: ¡rodeado de espíritus negruzcos! Guise: ¡su daga desenvainada, su rostro repentinamente al descubierto! Madame Catherine: ¡alrededor de ella flotaba, con ella iba, desde siempre y por todas partes, el secreto gestante de esta noche! Pero yo pensaba ser más feliz —feliz bajo sus miradas. Porque yo no conocía el infierno.‹

Este fue el veredicto que se abatió sobre él y lo derribó una vez más. «No conocía el infierno». Con ello cayó, sin emitir un solo sonido, de costado sobre la cama, apoyando el pecho y la frente en ella, y se rindió al veredicto que se había dictado en su frente, en su

pecho. «Celebraba mi boda, y mientras tanto todos gemían de una contenida sed de sangre. Se retiraron en grupos separados hacia las paredes, para no lanzarse aún unos contra otros. Me dejé llevar al lecho nupcial. La reina, mi madre, había sido la primera víctima. Todos estábamos destinados a seguirla, así lo anunciaban los presagios, los milagros sangrientos. Me dejé llevar al lecho nupcial y lo celebré hasta bien entrada la noche del asesinato. Porque yo no conocía el infierno. Todos los demás lo recuerdan constantemente, solo yo no, esa es mi debilidad. Esa es mi gran culpa. Actué como si los hombres estuvieran refrenados por la decencia, la burla y la benevolencia frívola. Pero así soy solo yo y yo no conocía el infierno.‹

Mientras esto sucedía en su mente, su cuerpo se estremeció varias veces, como si quisiera levantarse de un salto y, sin embargo, no se atreviera. La primera vez que esto ocurrió fue cuando le vinieron a la mente las palabras y las expresiones de su hermana. «¡Querido hermano! Nuestra madre conocía la verdad, se lo digo de verdad. Antes de morir envenenada, dejó dicho: que usted no viniera en absoluto, o que viniera como el más fuerte. ¡Fuera de París, hermano mío! ¡Mensajeros a caballo por todo el país! ¡Con tu ejército te dirigirás a tu boda!». Lo oyó en su interior con la conmovedora voz de Kathrin, con sus agudas y aterradas sílabas finales. En realidad era su propia voz, y esta advertencia no se parecía a ninguna otra. Todas las demás solo le habían conmovido desde fuera, ¡pero esta la había confirmado desde su propio y profundo conocimiento!

Entonces el arrepentimiento lo sacudió hasta lo más profundo, tuvo que aferrarse a la cama con puños y dientes. «No conocía el

infierno. ¡Dónde estaba mi seriedad! ¿En mi pasión por Margot? Tampoco allí. De lo contrario, la habría secuestrado y llevado lejos de esta corte. Pero no quise abandonarla, por su audacia y peligro, por curiosidad ante el miedo —¡y porque jugaba como un niño, en lugar de fijar la mirada en el infierno!‹ De nuevo, un gran estremecimiento del alma, y de ello tembló también la cama.

Sí, su tremendo fracaso le llevó a maldecir su juventud. «¡Yo, que quería dar lecciones al señor almirante! Le reprochaba que librara una guerra inútil. Pero Coligny tenía la fe que libera —de España o de las pasiones perniciosas—. Conocía el infierno, contra él luchaba. Yo... ¡corrí hacia él!». Demasiado. Aquí se sintió abrumado. Sus pensamientos se convirtieron en un éxtasis, igual que el entusiasmo se apodera de un joven. Así, en el viento marino de La Rochelle, su corazón había latido hacia un mundo nuevo —y ahora, de nuevo, hacia otro. Solo que esta vez no es uno amplio y libre, comparable al Reino de Dios. Este está lleno de dolor y vergüenza. Lanza llamas de azufre, ya arden cerca, enseguida lo envolverán. En el éxtasis de su desesperación, se levanta de un salto y corre con la cabeza contra la pared. Otro embate con la frente adelantada, otro más. Ya no piensa en nada más que en ese movimiento y no encuentra por sí mismo el modo de detenerse. Pero lo detienen.

Dos manos lo empujaron hacia un asiento.

«¡Tranquilidad, señor! La serenidad, la razón y la ecuanimidad del alma son virtudes cristianas, así como preceptos de los antiguos filósofos. Quien las olvida, se enfurece contra sí mismo, aunque yo le sorprendí a tiempo, mi querido joven señor. Pero no esperaba eso de usted —no, no eso de usted—, sino más bien que tomara la Noche de San Bartolomé con demasiada indulgencia y, cómo decirlo, con un desprecio risueño. Cuando eché un primer vistazo por la puerta, usted yacía, es cierto, sobre el suelo desnudo, pero dormía, y su respiración era tan apacible que me dije: «¡No lo moleste, señor de Armagnac! Es su rey, y esta noche ha sido dura. Cuando despierte, lo habrá superado todo y, tal y como usted lo conoce, hará una broma».

Este largo discurso, pronunciado con audacia y altivez, y con un tono que variaba artísticamente, le dio al desesperado joven de dieciocho años tiempo más que suficiente para recuperarse, o al menos para parecerse al conocido Enrique. «¿Va a hacer una broma?», concluyó el noble en su papel de sirviente; pero su señor añadió sin pausa: «¿Sigue la corte tan animada como anoche? Entonces, para cerrar la fiesta, necesitaré dos pastores y los cantos fúnebres. Por mí, incluso Madame Catherine cantará». La risa se le atragantó en la garganta.

«Todavía no es del todo como debería ser», dijo d'Armagnac con tono evaluador. «Suficiente para empezar; pero no debe parecer amargado cuando le vuelvan a ver. ¡Sea alegre! ¡Sea libre!». Él mismo se dio cuenta de que eso era pedir mucho en ese momento.

Sin decir palabra, le puso al señor un paño húmedo en la frente, que estaba algo abollada por el golpe contra la pared. Luego, como era su costumbre, trajo la palangana para el baño. «De camino a por agua», comentó mientras la llenaba, «no me he encontrado con nadie. Solo se cerró una puerta con cuidado. Mientras dormía, incluso estuve en la calle, impulsado por el hambre, pues en las cocinas no hay nada; allí ha corrido últimamente más sangre humana que de pollo, y quien debía sacrificar ha sido sacrificado a su vez. La calle está vacía; desde lejos venían dos hombres con insignias blancas, eso llama la atención, uno se ha vuelto sensible a eso. Ya estaba buscando un refugio, pero entonces sucedió que los dos dieron media vuelta y se alejaron. Si no me engaña la vista, huían, pues mostraban toda la planta de los pies, de lo alto que levantaban las piernas. Dígame, señor, qué significa eso».

Henri lo pensó detenidamente. «No creo», declaró, «que puedan tener miedo de nosotros, a quienes casi todos han matado».

«¿Cree usted en la conciencia?», preguntó d'Armagnac, con ambos brazos en alto, cortando cada movimiento. Henri lo miró con seriedad, como una estatua piadosa. «Tus dos blancos deben de haberte confundido», sentenció. A continuación, se metió en la bañera.

«Ya está oscureciendo», comentó mientras tanto. «Qué extraño, hoy no ha sido un día».

«Ha sido un día de sombras», corrigió d'Armagnac. «Transcurrió silencioso y sin fuerza tras una pérdida excesiva de sangre. Hasta la noche, todos se mantuvieron tras sus puertas, no comieron nada, sus voces se redujeron a susurros; solo en uno de ellos quizá aún se

confirmaran las capacidades de los vivos. Porque de las trescientas damas de honor de la reina madre, ninguna yacía sola en su lecho».

«D'Armagnac», ordenó Enrique, «necesito comer algo».

«Entiendo, señor. No lo dice solo por una necesidad física. La profunda visión del alma le inspira el deseo de alimentarse. Con el estómago bien lleno podrá mostrarse con dignidad ante los que padecen hambre y estará en ventaja frente a la mayoría. ¿Le parece bien?». Con lo cual el primer camero extendió el manto en toda su anchura; solo entonces pudo el rey, ya seco, descubrir la mesa, que estaba cubierta de carne y pan.

Henri se abalanzó sobre ella. Cortó, partió, devoró y bebió mientras aún quedaba algo; mientras tanto, sin embargo, dos lágrimas escaparon de los párpados de su sirviente. D'Armagnac reflexionó que comemos ante la muerte —bajo su mano siempre alzada, que hoy bien podría posponer aún el golpe. Así cabalgamos por el país, así comemos, así ponemos el pie en los salones del Palacio del Louvre. Somos siervos y, sin embargo, nobles; pero uno es rey, y este, tan cercano a d'Armagnac, devora con realeza. Precisamente a raíz de sus pensamientos solemnes, d'Armagnac comenzó a cantar alegremente.

«En silencio, muy suavemente, como un viejo ratón, Madame Catherine espía entre todos los asesinatos y atrocidades. Se siente como en casa detrás de su ojo de cerradura».

«¿Y qué hace allí?», preguntó Henri a su pesar. Desde que se había quedado sin nada que comer, le apetecía más preguntar por Margot. Quería preguntar: «¿Ha abandonado ya sus aposentos la reina, mi esposa?». El primer camero debería haber respondido: «La

reina de Navarra ha preguntado con urgencia por su bienestar, señor». D'Armagnac incluso debería haber añadido: «Madame Marguerite espera la visita de su amado señor lo antes posible», aunque d'Armagnac no era hombre para expresarse de tal manera. Además, Margot no le habría encargado esa misión. Por su parte, Henri no debería haber aceptado la invitación. Para ambos, todo había terminado —y él suspiró. D'Armagnac comprendió por qué. No era el hombre adecuado para transmitir encargos delicados, porque se le adelantaba con su agudo ingenio.

«Madame Catherine tiene aquí a la reina de Navarra», dijo con el tono más natural, aunque eficaz; hizo que su señor levantara la vista sorprendido, hizo una pausa perceptible; pero cuando la expectación fue lo suficientemente grande, habló con mayor fluidez. «He visto a la reina. Salió a mi encuentro, pues un sirviente le susurró en la habitación de su madre que yo estaba ante la puerta. Tengo relación con los sirvientes de la reina madre. Esta llevaba tinta. Pregunté: "¿Para qué?" —"Quiere escribir", respondió él. "¿Y Madame Marguerite?", pregunté, sin saber realmente si estaría dentro. "Está sentada en el baúl", me delató de inmediato el tonto. «No se atreve a alejarse de la anciana». Le propuse: «¡Apostemos una jarra de vino a que ella sale a verme!». Sediento como estaba, aceptó, y luego tuvo que abrir él mismo la puerta a Madame Marguerite: le costó su dinero.

«¡Deja ahora a los sirvientes y pasa a los cocheros!», exigió el impaciente oyente. «Lo tenía pensado, señor», dijo d'Armagnac. «Sin embargo, la reina de Navarra me encargó una serie de cosas; las transmito tartamudeando y con la débil inteligencia del hombre común. La reina de Francia escribe cartas de su puño y letra a

Inglaterra, España y Roma. Las redacta varias veces, pues el mensaje es difícil, ya que debe presentar los acontecimientos de la noche anterior de forma diferente cada vez, para la reina Isabel, para don Felipe y para el Papa. En su perplejidad, Madame Catherine, muy en contra de su costumbre, ha pedido consejo a su erudita hija, y con un conocimiento seguro de lo que está sucediendo, la reina se lo hace saber a través de mi boca, demasiado locuaz».

D'Armagnac hizo una reverencia; había terminado. A partir de ese momento, se dedicó por completo a la vestimenta de su señor, la extendió y se la colocó, todo sin palabras, para que su rey pudiera pensar. Enrique pensó: «Margot me revela los secretos de su terrible madre. Es como si me hiciera saber que me espera, como antaño en nuestro dormitorio. No, es más. Su mensaje significa: «Queridísimo Henricus» —por un instante pensó en latín y la oyó a ella misma pronunciarlo con su hermosa voz—: «No vengas, queridísimo Henricus; por desgracia, nos está prohibido —todo el placer y todo el dolor de nuestro amor asesinado.

Aquello que anhelaron lo oprimen con fuerza, y causan dolor
al cuerpo -

Apresuran salvajemente a quien desean y hieren el cuerpo. Recuerdos ardientes se agolpaban, de abrazos furiosos y del mordisco de los dientes en los labios besados. ¡Basta ya de eso! Ahora la cosa está así: mi amada me entrega su espíritu y su conciencia, como antes su cuerpo —pero tampoco esto sin ira y mordiscos. Faciuntque dolorem animae. Heridas del alma. Si pudiéramos estar ahora unidos, ambos lloraríamos, porque estamos destinados a ser enemigos y a causarnos dolor mutuamente. Sería

más conveniente descubrir juntos qué se proponen los suyos y cómo podríamos escapar de aquí. Sea cual sea su intención, debo poner cien millas de distancia entre mí y esta corte lo antes posible, y para ello contaré con Margot, la enemiga que, sin embargo, me delata a su madre.‹

Aquí se detuvo el pensamiento. En la mente del pensador cayeron una a una las palabras: «Faciuntque dolorem». En voz alta, sin quererlo, dijo Henri: «Ni ella ni nadie es de fiar. Debo valerme por mí mismo».

Pero a mí me han

Índice

Miró a su alrededor. Solo estaba presente d'Armagnac, que no había oído nada o fingía no haberlo hecho. El primer camero tenía la mano en el pomo de la puerta, sin girarlo. Esto no ocurrió hasta que un señor regresó indudablemente a la sala. En la antesala abierta había dos nobles; estaban en el umbral, listos para llevarse al rey de Navarra, no adonde él ordenara, sino adonde se les había ordenado. En esa postura esperaban el señor de Nançay, a quien Enrique había abofeteado, y el señor de Caussens, uno de los asesinos del almirante. Enrique se acercó a ellos sin esfuerzo aparente, incluso sin ser plenamente consciente de la situación, pues dejó escapar una risa inocente. Inmediatamente se disculpó por ello con un tono piadoso y avergonzado. «¿Nos dirigimos desde aquí directamente a la misa?», preguntó, colocándose por iniciativa propia en el centro. «La hora es propicia, ya que todos estamos más sobrios que nunca. ¿O acaso los señores han comido algo desde ayer? Yo ni siquiera una hoja de lechuga, y eso me resulta más difícil que todas las demás exigencias a mi naturaleza». —Hasta su llegada al gran salón del Louvre, pronunció aún varios discursos irresponsables, entre los que dejó en vano pausas para una respuesta. Mientras tanto, se afanaba seriamente por averiguar por qué guardaban silencio. ¿Solo porque en este camino ellos eran sus guardianes, pero él su prisionero? Tenían otras razones, y él debía distinguirlas. En el conocimiento de estas personas estaba su salvación.

Al principio solo se veían espaldas. De todas las ventanas se asomaban personas, y otras intentaban empujarlas para poder mirar también hacia fuera. De repente, el cielo parecía estar en plena

noche, y entre la gente reinaba una agitación que también se apoderó de inmediato de Enrique y sus acompañantes. Estos lo dejaron allí. Él mismo se encontró a su lado a d'Alençon, el hermano menor del rey. El hombre de las dos narices, como se le llamaba a causa de un excrecimiento, asintió con significación. Su primo Navarra tuvo que preguntarle expresamente qué estaba pasando fuera. A lo que el primo respondió con una sola palabra —y rápidamente desvió la mirada—. «Los cuervos», había dicho.

Entonces Enrique comprendió la causa del repentino oscurecimiento: ¡una gran bandada de aves negras se posaba sobre el Louvre! Un olor que les resultaba agradable las había atraído desde lejos, cuando aún el calor del sol lo intensificaba; pero habían esperado su momento. El hombre de las dos narices comentó: «Aquí se les ha atendido», lo soltó sin más, cambió de posición y regresó en círculo junto a su primo, no sin movimientos de cabeza vigilantes, por si alguien estaba prestando atención. «Para nadie más», dejó caer y desapareció por un rato tras los que se agolpaban. Un hombre apuesto, Bussy, murmuró como para sí mismo: «¡No le hagáis caso! Está un poco loco. Todos lo estamos». Tras lo cual, él también volvió a desaparecer.

Poco a poco, muchos regresaron al interior por las puertas acristaladas. La mayoría de los rostros estaban pálidos y presentaban heridas o golpes; la hinchazón en la frente de Navarra no era la única. Algunos ojos delataban un estremecimiento interior, una extrañeza de las personas consigo mismas; y ciertas manos parecían buscar avergonzadas un escondite. Se unían de forma algo espasmódica por encima del centro del cuerpo, pero sin motivo aparente una de las manos abandonaba a la otra y se dirigía hacia el

lugar donde se encontraba la daga. Henri se limitó a reírse de varios de los perturbados. «Ya he visto antes a gente así», explicó. «Sin algo así, no hay campo de batalla».

Alguien que cruzaba la sala en solitario dijo: «Un campo de batalla no es lo mismo que el antiguo patio o el pozo del Louvre». Era Du Bartas; no se volvió a mirar a su señor y amigo. Henri le gritó: «Nosotros dos no yacemos en el pozo. De eso depende todo, de no yacer allí». Al decir esto se rió, aparentemente por ignorancia infantil de las circunstancias reales; ¿o puede la bonhomía llegar tan lejos? Los que estaban cerca se apartaron para no mostrar lo que pensaban. Solo Du Guast, un favorito del heredero al trono d'Anjou, se destacó con descaro. «¡Qué fácil, señor, podría haberle pasado lo mismo a usted!». Pero luego también él se apresuró a cruzar y salir por una de las salidas. Nadie permaneció mucho tiempo en el lugar, todos se movían, pero casi nunca juntos. Quien acababa de hablar con alguien, interrumpía la conversación, se cerraba en banda y se alejaba solo. Los dos asesinos, de Nançay y de Caussens, tenían ahora el rostro transformado; en él se reflejaba una sombría perplejidad; y de repente, ellos también se separaron.

A lo largo de toda la gran sala, atravesándola por el centro bajo las veinte lámparas de araña, avanzaba el duque de Guise en todo su esplendor y con un numeroso séquito. Sorprendentemente, Henri de Navarra se interpuso en el camino del orgulloso Henri de Guise, lo miró fijamente a los ojos y le hizo un gesto con la mano: quien lo vio, contuvo la respiración. Sin embargo, sucedió que Guise le devolvió el saludo e incluso se apartó. A posteriori, se repuso y exclamó en tono triunfal: «¡Saludos del almirante!». Al oír esto,

todos huyeron. Lorena se hizo notar con fuerza, pero sus pasos se perdieron en el vacío.

Henri, al igual que los demás, se hizo menos visible, hasta que tal vez se volviera a reunir una multitud. Era inevitable, dada la curiosidad general, la desconfianza y la incertidumbre. Por el momento, todos se pegaban a las paredes, y su primo Condé se acercó sigilosamente a Henri. «¿Sabes?», le preguntó.

«Estoy prisionero, ¿y qué más? Es difícil de adivinar, aunque miré a Guise a la cara».

«Guise le dio una patada en la cara al señor almirante cuando ya estaba muerto. Lo veo en tu cara: no lo sabías. Para nosotros, temo lo peor».

«Entonces nos lo habríamos merecido. Nadie puede ser tan estúpido como nosotros. ¿Dónde está mi hermana?».

«En mi casa».

«Dile que tenía razón, pero que voy a escapar».

«No puedo decirle nada, porque yo tampoco puedo salir del Louvre. Han reforzado la guardia, no escaparemos».

«¿Entonces no nos queda más remedio que ir a misa?», preguntó el primo Navarra. El primo Condé, que la noche anterior se había enfurecido cada vez que oía esas palabras, ahora inclinó la cabeza y suspiró. Sin embargo, le horrorizó la imprudencia del primo Navarra, pues este exclamó: «Lo importante es estar vivo».

Y así se quedó, mientras se acercaba más gente. Dijo: «¡Señor de Miossens, está vivo! ¿No es esta la mayor sorpresa de su vida?». Pero también exclamó: «¡Señor de Goyon, está vivo!», y este no estaba vivo en absoluto, no se encontraba allí en la gran sala, yacía

en la fuente del Louvre como presa de los cuervos. Quienes oían a Navarra hablar de manera tan extraña se apartaban con expresiones dispares: unos expresaban preocupación, culpa o compasión; otros, solo desprecio. A Henri, sin embargo, se le ocurrió dirigir su eterno «¡Usted vive!» incluso al heredero al trono de Anjou. Entonces se comprendió definitivamente que, incluso después de la Noche de San Bartolomé, había seguido siendo un bromista imprudente. Se lo reconocieron con una risa de alivio, aunque, de paso, era una risa de desaprobación. Él distinguía todo, se fijaba en cada uno, mientras ellos creían que solo pensaba en bromas.

D'Anjou acababa de llegar, y de muy buen humor: gracias a ello, el ambiente se volvió menos sofocante en el castillo, que de repente se alzaba más alto en aquella tarde de agosto. D'Anjou, por fin, se comportaba como un vencedor, alegre y benévolo: «¡Si vivo! Por primera vez vivo de verdad; pues mi casa y mi país han escapado de la mayor de las desgracias. Navarra, el almirante era nuestro enemigo y te engañó. Su intención era destruir la paz en Francia y en el resto del mundo. Planeaba la guerra con Inglaterra y difundió el rumor de que la reina Isabel quería quitarnos Calais. En verdad, el almirante tenía que morir. Todo lo demás es la lamentable consecuencia de ello, una cadena de desgracias, el efecto de viejos malentendidos y enemistades totalmente inútiles, que queremos enterrar y dejar entre los muertos».

Las últimas palabras, mal elegidas, provocaron cierto malestar al más sensible de los oyentes. Por lo demás, sin embargo, el discurso resultó excelente por su intención de apaciguar y encubrir de forma benéfica. Era precisamente esto lo que se había anhelado con urgencia. Por otra parte, el discurso había sido largo; d'Anjou sentía

sed, y también se languidece de prestar demasiada atención. Pero cuando se iba a traer vino, resultó que el Louvre tampoco tenía ni una gota. Las provisiones solo se compraban día a día. Las de ayer se habían agotado por completo tras el asunto del asesinato, ¿y hoy? Hoy no había sido un día. Nadie había pensado en el vino, tan poco como en la carne, y ni siquiera las tabernas más humildes se atrevían a permanecer abiertas. El heredero al trono y la corte tuvieron que soportar la sed. «Pero por eso no tenemos por qué andar a tientas en la oscuridad como sombras», comentó d'Anjou y ordenó que se encendieran las veinte lámparas de araña. Curiosamente, tampoco se le había ocurrido a nadie.

Los mayordomos enviaron a los sirvientes, que se alejaban corriendo y regresaban al paso, casi siempre con las manos vacías. Solo se encontraron velas sueltas, tras la noche anterior, en la que todas se habían consumido al son de los gritos de los asesinados. Durante un tiempo, la sala se fue oscureciendo aún más. También los movimientos de las personas se fueron apagando, y las voces se apagaron. Cada uno permanecía solo, distinguía solo con la vista aguda quién era su vecino y esperaba sin saber qué. Una dama gritó con fuerza. La sacaron de allí, pero desde entonces quedó claro que el discurso bien construido del hermano del rey, en el fondo, no había cambiado nada. Enrique, que se deslizaba entre ellos, oyó susurrar: «Hemos hecho demasiado o demasiado poco esta noche».

También oyó responder: «A él ya lo llaman rey. Si nos hubiéramos llevado también a él, tendríamos que enfrentarnos a todos los reyes de la tierra». A partir de entonces, el rey de Navarra comprendió algo más de su destino. Mejor que otros, que solo murmuraban, captó en el discurso que acababa de escuchar de su

primo d'Anjou el sentido profundo y el origen real. D'Anjou, cuando llegó aquí, venía de ver a su madre, ¡ese era el secreto! Madame Catherine estaba sentada en la habitación custodiada, ante su escritorio, trazando con su propia mano regordeta letras tan desordenadas como ella misma parecía estar; y se las escribía a la protestante en Inglaterra, y entonces era precisamente esto: «El almirante la ha engañado, querida hermana, solo yo soy su amiga». —«Echarle la culpa a un muerto: así es como uno elude la responsabilidad de las atrocidades; y el mundo, que no quiere ser corresponsable de las atrocidades, puede tranquilizarse, lo que prefiere. «Todo eso es asunto de los muertos. ¡Y mío!», pensó Henri. Protegido por la noche y la oscuridad, dejó por fin que su rostro adoptara sus verdaderos rasgos. Su boca se torció y sus ojos chispeaban odio.

Inmediatamente después, reprimió todo, no solo la expresión, sino también el sentimiento: pues se hizo la luz. Los sirvientes, subidos a unas escaleras, encendieron por fin unas velas; estas proyectaban un tenue resplandor en el centro del salón. La multitud de cortesanos exclamó: «¡Ah!», como lo ha hecho siempre cualquier multitud tras una espera en la oscuridad. El primo de Enrique de Navarra, d'Alençon, se acercó a él. «Enrique», comenzó. «Así no puede ser. Tenemos que hablar».

«¿Eso lo dices ahora que empieza a amanecer?», le respondió Henri.

«Veo que me entiendes», le confirmó el hombre de las dos narices. Quería dejar muy claro que no era tonto. «¡Sigue fingiendo!», le exigió expresamente. «Yo también debo hacer de buen hijo y católico, pero en secreto pronto me convertiré a tu

religión. Aún no se intuye cuántos lo harán después de todo lo que ha pasado».

«Probablemente sea el mejor católico de todo el Louvre», respondió Henri.

«Mi hermano d'Anjou se pavonea: ¡es casi insoportable! Héroe del día, ha alcanzado su objetivo, está alegre y benévolo».

«Los espíritus sombríos ya no lo rodean», añadió Henri.

«El favorito de nuestra excelente madre, ahora tiene el camino libre. Solo falta que muera nuestro loco hermano Carlos. ¿Te apetece, Navarra, presenciarlo —rechinando los dientes, impotente? A mí no. ¡Huyamos y llamemos a la nación! ¡Sin perder tiempo!».

«Sin embargo, ya he fallado una vez al intentar apuñalar a Guise», se le escapó al primo Navarra antes de poder refrenar su furia desatada. Inmediatamente se repuso y se recompuso. «No se podía confiar mucho en el hombre de las dos narices. Si no era falso, al menos era tan disperso como las letras de su madre», pensó Henri. «No hay que hacer planes con él», pensó. «¡Que no me delate!». —«Pero doy gracias a Dios por ese descuido», concluyó la frase que había empezado sobre el apuñalamiento de Guise.

D'Alençon ya ni siquiera se fijaba en que su primo careciera de franqueza. Por su parte, lo soltó todo: «No te lo vas a creer, pero esta noche esperan a los embajadores extranjeros. Se espera que vengan el legado papal y el representante de Don Felipe de España para expresarles su gran satisfacción por el éxito de la Noche de San Bartolomé. Los criminales felices siempre olvidan por completo el motivo de su felicidad, que, sin embargo, resulta repulsivo. Madame Catherine está vestida y despierta. ¡Ah! Sigamos un poco más. Por

aquí la pared tiene un eco artificial, se oye en la habitación de mi querida madre. Nuestra conversación podría inquietarla».

«No he dicho nada», afirmó Henri.

«Odio a d'Anjou», fue la respuesta del hermano.

«¿Qué quieres de él, Franz? Que me deje vivir, eso es todo». Henri evitó deliberadamente mirar hacia allí; sin embargo, no se le escapó que bajo la única lámpara encendida se había colocado una mesa de juego. D'Anjou ya gritaba: «¡Mi hermano d'Alençon! ¡Mi primo Navarra!».

«¡Un momento, mi señor hermano!», le respondió Franz de Alençon. «Los dos nos estamos contando algo importante». ¡Lo que se dice tan abiertamente no puede ser una conspiración! Los primos se alejaron un poco más de su entorno. D'Alençon acompañaba sus palabras con ciertos gestos bruscos y sin sentido. En un momento pareció apuntar con un rifle. En otro, se agachó hacia el suelo, tal vez para soltar a una jauría imaginaria del corral. «D'Anjou está loco», dijo. «Todos están locos. No solo esperan al legado, y tampoco les basta con los elogios que les va a dedicar don Felipe. Sueñan con nada menos que la visita del inglés Walsington. Quien ha actuado sin miramientos contra un más débil, curiosamente siempre cree que Inglaterra debe quererlo por ello».

Henri dijo: «Primo d'Alençon, si ves tan claro tantas cosas, ¿por qué pasas por alto siempre a la casa de Lorena? Quiere destronar a los Valois. Soy vuestro buen pariente y quiero advertiros. Si la Noche de San Bartolomé ha de ser un acto cristiano y mantener unido al reino mediante el terror, no olvidéis que París ya había visto antes en Lorena al católico más ferviente. ¡Como ahora mismo, cuando ha

pisoteado el rostro del difunto señor almirante!». Así habló Henri, casi inaudiblemente, para no gritar por descuido o que se le quebrara la voz.

D'Alençon repitió: «Guise ha pisoteado el rostro del almirante muerto, y eso le ha dejado marcado. A él no le temo. ¡Ese hombre apuesto a quien París lleva en volandas! Qué pronto se desfigura un rostro así, incluso el suyo. Esperemos que sea por la peste».

Todo esto iba acompañado de gestos bruscos y sin sentido.

«Por cierto», dijo el primo d'Alençon, «estamos fuera del círculo de luz, y a quien no se ve bien, nadie le escucha —salvo los espías designados por mi madre. Pero ella está inusualmente ocupada esta noche y hasta se ha olvidado de enviarnos a sus damas de honor».

Henri concluyó: «Solo me permití lanzar una advertencia a la casa de Valois. Lo hice con buena intención, y mi respeto por la reina madre es ilimitado».

El primo se rió de ello, como si fuera el último chiste de una conversación agradable. «No te has delatado ni un solo instante, querido primo: te lo garantizo. Me he puesto en tus manos y tú no en las mías. Sin embargo, ahora nos conocemos, ¡y quién sabe qué más habrás aprendido esta noche!».

Eso también era cierto. Entretanto, aquel asombroso duende de Franz había desaparecido de al lado de su primo, arrastrado por una oleada de cortesanos que se abalanzaban hacia la antesala. Allí se alzaba la luz vacilante de las antorchas, grandes sombras se precipitaban sobre el camino, y muy pronto se oyó en voz muy alta la voz de la majestad de Carlos IX que se acercaba. Gritaba y parecía estar bastante ebrio. Navarra, abandonado a su suerte,

reflexionó: «También a él tendré que mentirle, y sin embargo me ha salvado la vida. La próxima vez ni siquiera él podrá hacerlo. Sé lo que me espera: he mirado a Guise a la cara. También conozco la expresión de la vieja asesina, que no se deja ver hasta que los embajadores extranjeros se presentan —y no se presentan—. La Noche de San Bartolomé fue un fracaso, pero a mí me tienen. Esto puede ponerse interesante. ¡Qué, Madame Catherine y Guise! A todos, a todos los he estudiado esta noche, hasta que me da vueltas la cabeza como por leer demasiados libros».

Se movió de su sitio, se dirigió hacia el rey de Francia a la luz de las antorchas que se proyectaba, y puso a tiempo su expresión agradablemente despreocupada. Temblando en secreto de miedo y odio, pensó: «Mi salvación está en conocer a estas personas».

Un fracaso

Índice

Carlos IX no se anduvo con rodeos: mandó fijar todas las antorchas a las lámparas de araña y derramar brea sobre los hombros blancos de las damas. Cualquier cosa antes que la oscuridad: incluso esta luz roja y parpadeante del inframundo. Carlos y su corte se habían hundido sin duda en el infierno; a todos se les pasó por la cabeza esa idea, y miraron hacia las ventanas para ver si aún volaban los cuervos. Eso habría sido una señal de que se encontraban arriba, en la Tierra.

En medio de todo ello, Karl se erigía como un demonio. Él mismo, en persona, ¡hoy había disparado, desde el balcón de su casa, contra los hugonotes que huían! Les había fallado a propósito, de lo cual no se jactaba. «¡Ja! He visitado la horca, y ahí se balancea el señor almirante. ¡Mi padre!», gritó, como ríe el infierno. Por un instante recobró la cordura y se calló. «El almirante no huele bien», dijo; se distanció de todo lo que huele mal en el mundo y adoptó esa elegante mirada de reojo, como en sus cuadros. Así contempló también a Navarra y a Condé.

«Vosotros, los protestantes, habíais conspirado. A nosotros solo nos quedaba defendernos de vosotros: así se lo he explicado hoy todo a mi Parlamento —el tribunal sangriento que tuve que celebrar en mi reino—; y esto, y nada más, es lo que mis historiadores deben transmitir a la posteridad, lo crea o no».

A continuación pidió beber, pues había tenido un día agotador; y cuando oyó que no había vino, volcó la mesa de juego. El nuevo ataque duró hasta que, sin embargo, se trajo de un rincón de las habitaciones del servicio una especie de vinagre. Carlos lo sorbió de

la copa de oro repujado; en ella se veía a Diana como cazadora con su séquito, pero las dos asas formaban con sus arcos el cuerpo de encantadoras sirenas. Tragando con amargura, el loco miró a sus primos protestantes. Lo agrio alegra. «Ahí estáis», exclamó. «¡Dos futuras luminarias de la Iglesia! ¡Por mi palabra, llegaréis a cardenales!». La perspectiva le proporcionaba un placer incontenible. Esta vez toda su corte se rió con él, dispuesta en un amplio círculo alrededor de la mesa de juego aislada, sobre la que ardían antorchas. Carlos se sentó con holgura detrás; su hermano d'Anjou temía sus ataques, por lo que se contentó con el borde de la silla. En cuanto a los dos herejes, permanecían de pie, con la cabeza gacha, soportando las risas.

El quinto jugador exigió: «Empecemos». Era Lotringa. «Sentaos», ordenó a las dos víctimas. Luego repartió cartas, cuatro a cada uno; el juego se llamaba Prime. Los cinco examinaron sus manos, y también la corte, en el amplio círculo, intentó echar un vistazo. La corte era seda de todos los colores, a rayas, bordada con escudos. Había figuras bajas con barrigas relucientes, y otras altas que parecían estar de pie sobre sillas, tanto sobresalían del fondo. Las piernas eran delgadas en la parte inferior y en la superior parecían barriles; también las mangas se hinchaban alrededor de los hombros, y sobre las gorgueras extendidas descansaban cabezas de todo tipo, entre el buitre y el cerdo. Sus jorobas o excrecencias estaban iluminadas de forma caprichosa. Pero todos ellos miraban fijamente, con intensidad, el juego real.

«Navarra, ¿dónde está mi gorda Margot?», preguntó Carlos mientras terminaba la jugada. «¿Y por qué no se deja ver mi madre, ahora que os ha capturado a vosotros, los hugonotes, con varas de

cola? Sí, ¿y todas las damas de la corte?». De repente se había dado cuenta de que había muy poca presencia femenina entre su público.

Su hermano d'Anjou le susurró algo al oído. Carlos, por su parte, se negó rotundamente a bajar la voz. «La reina, mi madre, está recibiendo en estos momentos a los embajadores extranjeros. Han aparecido en su gabinete, todos a la vez. Así es. Los señores se olvidaron de anunciarse ante mí. Por lo demás, no nos hemos percatado de su llegada. Han entrado muy silenciosamente; los embajadores de las grandes potencias también conocen el gran secreto de hacerse invisibles». Con serenidad, tiró su segunda carta; su actitud parecía de silencioso desdén, como si dijera: Sé lo que se juega, y solo participo desde la distancia.

Lorena repartió cuatro cartas. El juego se llamaba Prime, y ganaba quien tuviera una mano de cada uno de los cuatro palos. Navarra descubrió su mano y mostró las cuatro manos diferentes. «Henri», dijo de repente el otro Henri de la casa de Guisa. «Esto te interesará saber. La cosa está así: para mí, los enviados no son invisibles. Han expresado su asombro porque precisamente a ti te hemos dejado con vida». Un desafío vacío, ya que este Guise era el último con quien un enviado se habría dejado ver hoy. Enrique de Navarra respondió dando la vuelta a sus cartas una vez más: una mano de cada uno de los cuatro palos.

Cuando lo hizo por tercera vez acto seguido, alguien perdió los estribos: d'Anjou. Se permitió dar un puñetazo sobre la mesa a pesar de su temor a los ataques de Carlos; ahora él mismo tenía uno. Ahí se esfumaron la alegría y la gracia del vencedor. Los enviados nunca llegaron. En realidad, Madame Catherine estaba consumida por la impaciencia tras sus felicitaciones. Sin el reconocimiento de los

demás, no se atrevía a salir y tampoco dejaba que lo hiciera Margot. Guise, por su parte, mostraba el rostro descarado del favorito del pueblo y desconcertaba a la gente con la postura de sus robustos miembros aún más que con sus fanfarronadas. Carlos IX, sin embargo, lejos de darle una lección al muchacho, se alegraba. «El hugonote secreto», pensó su hermano lleno de odio. D'Anjou sintió que la corte comenzaba a comprender la situación. Eran rostros preocupados: ¿hacia dónde volverse, a qué aferrarse? Rostros de traidores. ¡Pensar que también la ciudad estaba intimidada y renegaba a medias de la Noche de San Bartolomé, al igual que la corte! La maravillosa sensación de ser el hijo predilecto se transformó en tal amargura que se echó a llorar. Esta era ahora la recompensa de las acciones enérgicas. Por ello se había querido sacar a la gente de condiciones miserables para llevarla a otras más elevadas, se había renunciado tanto a la conciencia como a la humanidad en aras de ese propósito elevador. Se había liberado a sí mismo de los deberes del cristiano y de los mandamientos de la verdad. Eso era lo que había hecho; él, d'Anjou, educado por sacerdotes y humanistas en el Collegium Navarra, se conocía perfectamente a sí mismo. «No soy Guise, que no se reconoce a sí mismo por el orgullo de sus miembros. ¡Me he convertido en el hombre de la Noche de San Bartolomé!». Esto solo es perdonable en caso de éxito. Pero esto se convierte cada hora más en un fracaso.

Las antorchas se habían consumido y derramado; asediados por la oscuridad, solo la partida real permanecía en una luz incierta. D'Anjou quería golpear la mesa por segunda vez, quería volcarla, igual que su hermano cuando tenía sus ataques. Mientras tanto, Lorena repartía cartas, y el puño del heredero al trono quedó

suspendido en el aire: Navarra mostraba imperturbable sus cuatro manos diferentes. «Brujería», gruñó Carlos. La corte emitió un murmullo prolongado, en el que se distinguían tanto el agrado como la aflicción. Es emocionante presenciar un acontecimiento asombroso. Pero determinar lo que significa puede ser peligroso.

La corte se vio liberada de esa preocupación. La partida real quedó de repente en el olvido, cualquier otro acontecimiento se detuvo ante uno nuevo. En la antesala aparecieron pajes con candelabros llenos de velas encendidas —cada vez más portadores de candelabros con todos los adornos—, y de pronto las luces de cera eran innumerables en el castillo, que hasta hacía poco no había querido entregar ni una sola. La corte, aliviada, se abalanzó hacia la salida, donde los guardias empujaron a los nobles; mientras tanto, el acontecimiento crecía a ojos vista y se extendía cada vez más. Detrás de la antesala se veía también el salón de gala del rey ocupado por filas de muchachos. Sus cabellos a media altura brillaban con las llamas que sostenían ante sí, y relucía la tela plateada sobre su pecho. Sí, la puerta del otro lado del salón de gala se llenaba igualmente de luminosidad. A la vuelta de la esquina se encontraban las habitaciones de la reina, no pasaban desapercibidas; y un resplandor desconocido que se acercaba, infinitamente intensificado, como el del paraíso y de las promesas incomprensibles —provoca palpitaciones, uno lo expresa en voz alta cuando se encuentra tan apretujado como la corte, con el parpadeo agonizante de la gran sala a sus espaldas. «Señor caballero, me late el corazón». —«A mí también, señora. ¿Qué está pasando ahí?».

Justo eso era lo que quería Madame Catherine: lo había calculado de antemano. Porque Madame Catherine se encontraba,

en efecto, en la inquietud que también su hijo d'Anjou suponía en ella, a causa de la ausencia de los enviados. Él podía saber, sin embargo, que las decepciones no confundían en absoluto a su madre ni la privaban de sus recursos. A diferencia de la mayoría, en los momentos de espera vana no se alteraba, sino que se mantenía tranquila hasta el punto de parecer apática, y los fracasos temporales solo la enriquecían con nuevas ideas.

Madame Catherine, en realidad Catalina de Médicis, había sentido en varias ocasiones un temor considerable durante su Noche de San Bartolomé: era algo explicable por la naturaleza humana. Aunque planificadas desde hacía tiempo y cuidadosamente organizadas, empresas tan especiales pueden, sin embargo, acabar siempre de otra manera. Basta decir que Madame Catherine, en realidad Catalina de Médicis, había alzado la vista, aunque arrastrándose con la bastón, hacia sus fornidos guardaespaldas para calcular cuánto tiempo podrían estos suizos y alemanes defender su habitación y proteger su preciado y anciano cuerpo contra los hugonotes invasores. Pero en su armario había estado manipulando no solo pensando en sus enemigos, sino también en sus guardias. ¿No sería más saludable para ella misma que los vigorosos hombres yacieran inmóviles en el suelo tras un trago generoso? Entonces, con unas cuantas puñaladas y cortes hábiles, se podría simular una masacre, y todos habrían creído que la reina había sido secuestrada y eliminada. Mientras tanto, ella habría esperado su momento en un escondite que solo ella conocía; y ese momento no podía dejar de llegar.

Todos los errores de los hombres, al igual que los de la historia, se debían a que se había olvidado para qué estaban destinados el

mundo y también este país: a ser dominados, de forma inevitable e irrefutable, por Roma y por la Casa de Habsburgo. La florentina lo sabía de una vez por todas. En situaciones en las que incluso sus hijos se le resistían, amenazaba con regresar a su ciudad. Sin embargo, ella nunca pensaba en ello, sino que se consideraba una herramienta importante del poder mundial, enviada para someter también a Francia, por su propio bien, naturalmente, y sobre todo, por el bien de la dinastía reinante. Los protestantes franceses consideraban a esta mujer, ya en la madurez, una criminal infernal. Sin embargo, ella actuó incluso durante la Noche de San Bartolomé con la conciencia tranquila, a diferencia de su hijo d'Anjou, que primero tuvo que acabar en su corazón con los humanistas del Colegio de Navarra.

Su madre sabía que iba por el camino correcto: ese es el camino del éxito. Pasaría aún mucho tiempo antes de que ella misma se convenciera de que la Noche de San Bartolomé había sido un fracaso. Allí yacían sus hijos en la fosa, el reino ardía, sangraba, se desmoronaba; pero en marcha hacia el trono estaba el salvador, un pequeño príncipe del sur. En su día ella lo había capturado; su hija Margot había sido el señuelo.

¡Ahí está, mirad! Privado de sus amigos, de sus soldados, impotente y convertido en objeto de burla. Incluso sus correligionarios lo despreciarán cuando haya renegado de su fe, ¡y eso no tardará en suceder! Ya no es digno de ser yerno de la reina de Francia, el pobre tonto. Que la corte se ría de él —decide la mujer astuta en su madurez—. Es más sensato que matarlo. La reina de Inglaterra prefiere oír que es ridículo a que está muerto. Se lo he contado, de forma bastante convincente: se tragará la Noche de San

Bartolomé como si fuera un accidente de tráfico —¡si es que la hereje no es capaz de reconocer qué acto purificador es ese! Al diablo con los embajadores que hoy no se presentan. Ya se disculparán por su vacilación. Mientras tanto, sin embargo, no hay que dejar que surjan dudas. Los grandes éxitos pueden verse afectados por contratiempos al principio. ¡Rápido, contramedidas! ¡Poner a la corte de buen humor para que siga hablando del esplendor que nuestra gran victoria arroja sobre el Palacio del Louvre!

De inmediato, Madame Catherine cobra vida y da órdenes. Sobre todo, manda llamar a su nuera, la archiduquesa —una pieza de ajuar que rara vez se exhibe y que, por lo general, solo se guarda en un ala tranquila de la planta baja—; en realidad, serían las habitaciones de la reina madre, pero esta habita las más majestuosas aquí arriba. Ella misma se ocupa del atuendo de su hija Margot. Todas las perlas, la peluca rubia y la diadema, las coronas y los lirios de diamantes —frío cementerio del amor, por donde debe pasear la belleza representada a lo grande. ¡No, no el vestido de tela dorada! El oro está destinado a otro símbolo. Como la hija insiste en su pieza estrella, la mano de la madre le da un golpe firme y certero en la cara; hay que volver a maquillar la mejilla. Entonces, la anciana pide que le traigan un látigo de caza —¡oh! no para la princesa, que ya se ha calmado—. Se necesita aún una criatura especial y hay que adiestrarla. Sin perder tiempo, las dos filas de pajes con sus candelabros ya se han adelantado hasta el gran salón. Pero un rayo solemne de Su Majestad Suprema alcanza a la corte desde lugares desconocidos y la asusta. Sus nobles más ancianos están preparados

para acontecimientos supersticiosos como niños del campo. Este es el momento. ¡Música!

El odio

Índice

¡Oh, sonidos de la majestuosidad y la omnipotencia entronizada! La corte se abre paso, incluso la partida de cartas, con el rey incluido, se retira hacia la pared, y el amplio centro queda delimitado por muchachos que son los más bien formados de todo el reino. Sus dos filas irradian luz; otros muchachos, que pasan entre ellas, contribuyen a la armonía. Su interacción resuena, se eleva y alaba. Pero ahora aparecen las damas, solo las más espléndidas de las nobles y las más encantadoras de las damiselas de honor. Las fragancias flotan en el aire y, en lo alto, se balancea un dosel sostenido por cuatro enanos, vestidos de rojo y con barbas de lino colgadas. Debajo se mueve en persona la pieza de decorado que rara vez se exhibe, la preciosa garantía del poder mundial en la corte de Francia: Isabel, archiduquesa, hija del propio emperador romano.

Nunca se le había visto el rostro tan de cerca, aunque incluso ahora, debido a la luz demasiado centelleante y confusa, no se veía con demasiada claridad. Además, solo los hombres podían contemplarla; el género femenino, más perspicaz y audaz, debía, prudentemente, presentar algo por sí mismo en el desfile. La casa de Habsburgo estaba representada aquí por una joven de diecinueve años, pero ¿a quién se le ocurría pensar en su edad ante la visión de esa máscara sin edad, rígida como el oro, en la que ella se movía? Esta vez no la llevaban en andas sacerdotes españoles que habían sudado bajo las alfombras. Ella misma ponía los pies, y estos eran grandes. Podría tener piernas largas y fuertes, si a alguien se le ocurriera una suposición tan temeraria. Es muy posible que más de uno traspasara la coraza de su nombre y su reputación hasta llegar a

sus piernas y evaluara, no sin ironía, el peso de esas piezas tan singulares. Ella misma también estaba absorta en la actividad de caminar. Cada uno de sus pasos era una caída apenas contenida, y tambaleándose atravesaba las salas, que parecían infinitas, tan lejos atrás comenzaba la oscuridad —cargaba tambaleándose la masa de oro, el peso de la corona, las piedras, las cadenas, los broches y los anillos, el zapato de oro macizo—; el oro alrededor de la cabeza, del pecho, de los pies; tambaleándose, llevaba su peso y su masa hacia la lejanía de la oscuridad.

¿Era eso lo que anhelaba? Su espalda aún brillaba, y la luz caía sobre el suelo desde su paso metálico. Poco a poco, solo destellaban las joyas. El último destello fue el de la corona. Noche. Telón. Todo eso se había desvanecido y no volvería —lo cual podía interpretarse simbólicamente como casi toda la representación. Pero la organizadora, allá atrás, invisible y astuta en su silenciosa habitación, cuenta debidamente con el efecto impecable de la gloria que acaba de desfilar. ¿A quién le recordaba su oscurecimiento también su caída y su fin? A un espíritu culposamente amargado como Du Bartas, que había sobrevivido a la Noche de San Bartolomé y desde entonces conservaba aún menos indulgencia hacia la presunción de los hombres de que podían igualar a Dios. Du Bartas rechazó, en la medida de sus posibilidades, la entrada de la archiduquesa; murmuró en voz alta:

> «Por encima de todo, por encima del tiempo, la materia, la forma y el lugar
> Dios era todo en uno, lo llevaba todo en sí:
> Irreconocible e infinito, con semblante impasible,
> Todo espíritu, todo luz, inmortal, a nadie se había mostrado

jamás,
Puro, sabio, justo y bueno —»

Basta, aquí un cristiano provocó indignación, por lo que fue empujado bruscamente por todos lados y enviado a descansar. Casi el único de su clase tras la gran limpieza, quiso atreverse aún a hacer comparaciones inadmisibles con su Dios, que, sin embargo, no caminaba con zapatos de oro. La corte de Francia, por el contrario, vio su victoria encarnada en un ídolo, vio la victoria transformarse en esplendor, fragancia y melodía, y desde entonces se dispuso a proclamarla por toda la ciudad y el país, tanto como Catalina pudiera desear.

¿Quién dudaba, sin embargo, seriamente de la victoria? Además de los cristianos, están los sensibles. El joven d'Elbeuf estaba hecho para actuar según el momento o para dejarse llevar por un sentimiento. Había comprendido que Isabel tenía diecinueve años, pero que parecían noventa. Contempla a Carlos IX mientras este mira a su esposa con la expresión que todos mostraban: sumisión, y en ella cierta superstición con un toque de ironía. Isabel había sido presentada ante el rey y su corte en dos ocasiones: en el umbral de la matanza y justo después. Y cuando Isabel volvió a bajar por las oscuras escaleras hacia sus tristes aposentos; «¿Quién la abraza?», pensó d'Elbeuf, mientras veía desfilar a nuevas damas de honor. Volvió a aparecer, flotando, un dosel.

El espectáculo continuaba con pompa; solo uno no veía nada, no oía ni olía nada de todo lo que aún desfilaba. Este olía sangre, oía los gritos de asesinato; veía a sus amigos amontonados unos sobre otros, en capas, como si fueran cadáveres. Toda la noche se había controlado, había observado, desconfiado y velado por su salvación.

Eso no puede durar eternamente: no somos filósofos, ni asesinos por cálculo, y en nuestro interior no hace frío como en la habitación de una anciana. Más bien le ardían el pecho y la boca; se consumía, eso era lo único que sentía de forma inmediata. Su mirada errante buscó primero simplemente algo de beber. Al no encontrar nada, le invadió el asombro, porque allí estaba estrecho, la gente le estaba demasiado cerca. La sensación de opresión que le provocaban los cuerpos de sus semejantes, aún no la conocía, siempre había vivido rodeado. De repente descubrió lo que le estaba pasando. Odiaba. Experimentaba el odio —más salvaje, más indomable que incluso en la noche del asesinato—.

«¡Caed todos muertos!», sintió, sacó la barbilla y miró a su alrededor bajo su frente agachada, como nunca antes había hecho. «¡Y que yo perezca con vosotros! La lepra... quiero haber contraído la lepra. Aún no notáis el primer grano blanco en mi piel, ¡pero os contagiaré hasta que os corra la carne en pústulas purulentas! ¡Todos vosotros, con vuestras extremidades que ahora rebosan de mis muertos! Me habéis dejado vivo para que contemple vuestra victoria, en detalle, todo el desfile y vuestro espantajo de oro. ¿A quién le clavo los dientes? —pensó, mientras buscaba selectivamente a su víctima. Ninguno de los rostros, con su servilismo, descaro e ironía, saciaba su sed. ¡Tu sangre, oh mi ansiado enemigo!

La mejilla de un curioso que le guiñaba el ojo con evidente familiaridad: ¡una mejilla especialmente desvergonzada! Ni siquiera se apartó cuando él ya la había atrapado. Y le dio un buen mordisco. A uno de los dos campesinos que luchaban en su provincia lo había visto morder así una vez —lo que le vino a la mente en el momento

en que él mismo sacaba los dientes de la mejilla—. Le quedó tanto repugnancia como satisfacción. Pero el curioso, aquel a quien la sangre le corría por encima del cuello blanco: ¿por qué no gritaba? Apenas había gemido. Ahora hablaba —en tono confidencial, en voz baja y aún cerca de su aliento—: «Señor rey de Navarra. ¿Ve bien mi vestido negro y qué rostro largo y pálido tengo? Ha mordido a un bufón, pues yo soy aquí el bufón».

Al oír esto, Enrique se apartó del mordido tanto como lo permitía el estrecho espacio. Este, sin embargo, se acercó. Se cubrió la mejilla sangrante y dijo con voz hueca, desde lo más profundo de su ser: «¡No dejes que se vea lo que hemos hecho juntos! Un bufón debe estar triste, debe conocer la desgracia y, precisamente por eso, parecer sumamente ridículo. ¿Es así? Entonces usted puede ocupar mi lugar, señor rey de Navarra, y yo el suyo. Nadie se dará cuenta del cambio».

El bufón ya se había ocultado. Nadie sabía que Enrique había tenido que ver con él. A él mismo le asaltaron las dudas. Había pasado unos momentos terriblemente confusos. Se recompuso para distinguir con exactitud lo que sucedía en la festiva realidad de la corte de Francia. «¡Oh! Esa es Margot».

Al corte de Francia se le aparece de nuevo, flotando, un dosel. Bajo él camina la princesa de Valois, Madame Marguerite, nuestra Margot. Tuvo que casarse con el hugonote; entretanto, todos sabemos con qué propósito y fin ocurrió. Su matrimonio ha dado sus frutos y está justificado. Quien quiera dudar, que observe cómo la reina de Navarra solo lleva la cabeza y pone los pies. Esa no es la potencia mundial convertida en oro ante la que debemos postrarnos. Esa es la ligereza, como si fuera fácil ser tan bella. Pero nuestra

Margot triunfa, aparentemente sin esfuerzo, sobre todos los errores, los suyos y los nuestros. «¡Saludos, señora! Usted también nos transfigura con todo lo que realiza y nos devuelve mucho: la sensación de despreocupación; pues esta había sufrido durante la noche anterior. Hay que reconocer que nuestro envoltorio mortal se había empapado en cierta medida de sangre. Habíamos caído en ella y aún nos arrastrábamos por ella. Usted, Madame Marguerite, nos transforma en mariposas que revolotean a través de la luz pura, fugaces y, sin embargo, semejantes al alma inmortal. Conocemos a dos diosas: la señora Venus y la Santísima Virgen. Por ello, todas las mujeres merecen nuestro más sumiso agradecimiento por el don y la redención que nos han concedido. ¡Que Dios la bendiga!«

Si toda la corte sentía lo mismo, tenía que haber un cortesano que fuera el primero en expresarlo. Este fue un señor de Brantôme; se permitió rozar con los labios la mano suspendida. A continuación, otros se abalanzaron entre los portadores de los candelabros y tocaron la mano suspendida. Margot, como la que hacía feliz a la multitud, les sonreía, sin más orgullo del necesario y más bien conmovida. Sus pies eran pequeños, parecían ligeros, y nadie calculaba el peso de sus piernas, aunque varios podrían haber recurrido a su propia experiencia. Antes de que uno se diera cuenta, su delicada falda de crin se balanceaba en otra parte. Era cuadrada, estrecha sobre el cuerpo, muy ancha a los lados. Los colores suaves brillaban y temblaban, la mano clara flotaba en lo alto sobre ella —y así habría entrado Margot en la oscuridad allá atrás. Pero ella no pensaba en eso, se dio la vuelta, y todo el cortejo tuvo que girar con ella: los violinistas, los instrumentistas de viento, las damas de la alta sociedad, las damas de honor y otras figuras, incluso un mono.

Margot estuvo a punto de perder su dosel porque se adelantó y buscó a alguien. No lo encontró; pero, entre los besos que recibió su mano suspendida, uno la quemó de una manera tan extraña que se detuvo en seco. Todo el espectáculo que la seguía se vio sacudido por ello: se pisaban los unos a los otros, incluso al mono, y este gritaba, mientras Margot se detenía y esperaba. El hombre de la boca ardiente no levantó la cara, aunque ella movió la mano sobre ella y se atrevió a emitir un suave sonido seductor. Sin embargo, ella era la que hacía felices a todos, no podía quedarse más tiempo con un solo individuo al que quizá no le fuera del todo bien. «¡Adelante, Margot! Delante y detrás de ti solo hay espías de tu madre».

Desde la antesala del rey, justo antes de desaparecer, volvió a mirar hacia aquel lugar. Allí, su antiguo amante había cambiado de sitio y ya no se le veía. Decepcionada, Margot dobló la esquina, pero sonrió con belleza.

En cuanto se marchó, nada bueno salió de aquel cortejo, que solo por ella se había mantenido unido y se había comportado con honor. Las señoritas de costumbres ligeras ya habían elegido a sus acompañantes para la noche al pasar y se los llevaron de inmediato. Los nobles celosos sacaron a sus mujeres de entre la multitud y fueron objeto de burlas. No era un espectáculo solemne, solo una chusma desenfrenada que tropezaba por la gran sala. Los músicos saltaban en el aire mientras tocaban, y los portadores de velas apagaban las luces antes de que se les tiraran al suelo. Nadie pudo recordar más tarde cómo se había llegado al alboroto que siguió ni quién había gritado la fatídica palabra.

Sobre todo, la persona a la que se había llamado no se veía por ninguna parte. «¿A quién te vas a buscar para esta noche?». Pero

también se mencionó el nombre de «Gran Bertha». Se trataba, por tanto, de la enana en su jaula. Gran Bertha pertenecía a Madame Catherine; medía dieciocho pulgadas y, cuando había aglomeración, la llevaban en una jaula como si fuera un loro. El criado, que llevaba la jaula con la enana en una barra, también llevaba al mono. Cuando el mono gritaba, la enana gritaba con él, y su voz era más animal. Tenía la cabeza demasiado grande con la frente excesivamente abombada, los ojos le sobresalían y de la boca desdentada le corría saliva. La Gran Bertha iba vestida como una dama de la alta sociedad, con perlas en su fino cabello. «¡Gran Bertha! ¿A quién te vas a elegir para esta noche?».

La criatura chilló espantosamente ante la pregunta; el mono, en particular, se asustó y tiró de la correa; el criado que la sujetaba estuvo a punto de caerse. En cualquier caso, la puerta de la jaula se abrió; el camino estaba libre para la enana. Todo parecía aún una casualidad. Solo a posteriori se hizo evidente la coincidencia de las circunstancias: el mono, el torpe sirviente, la jaula abierta en el poste, pero sobre todo el grito de terror de la idiota al oír su señal. El látigo de la vieja reina se lo había enseñado, y, presa de un terror salvaje, ejecutó lo que se le había ordenado. Justo en ese momento se topó con el rey de Navarra; más bien, también esta coincidencia se reveló, al reflexionar más detenidamente, como algo premeditado. Aquí y ahora aún se creía que la Gran Bertha había elegido al propio Navarra cuando saltó.

Ella se abalanzó desde lo alto sobre su cuello, pataleando y gritando sin cesar, metiéndose por las aberturas de su ropa, y no había forma de separarla. Si él le sacaba un pie de la abertura de su manga, sus manos se hundían aún más profundamente en su nuca.

En sus esfuerzos, él daba vueltas sobre sí mismo; ¡bailaban! «A él lo ha elegido para esta noche, ¡y él está encantado!». Hacía mucho tiempo que no se reía así en la corte de Francia.

Cuando Henri vio que todo estaba perdido, huyó, como es lógico. Detrás de él, se encorvaron, emitieron algunos sonidos agudos en medio de sus balidos y jadeos y cayeron al suelo, extenuadas. Él, sin embargo, corrió por escaleras y pasillos, con la enana agarrada al cuello. Ya no intentó deshacerse de ella. De todos modos, ella ya se había mojado y, para demostrar su afecto, le lamía la mejilla. Era una carrera a través de un sueño de lo más audaz. Nadie se cruzaba en su camino, y ni siquiera las luces de las farolas de lino se habían apagado hoy. Solo la luz de la luna acariciaba de vez en cuando la aventura.

Jadeaba audiblemente al llegar; el atento d'Armagnac abrió de inmediato. «¡Pero qué aspecto tiene, señor! ¡Y qué olor!»

«Esta es mi pequeña amiga, d'Armagnac. No hay muchas como ella. Y como ella ya no le lamía la mejilla, él finalmente le dio un beso en la suya. «Pero en cuanto al olor, d'Armagnac, es el más noble y el mejor de todos los aromas y vapores recibidos hoy».

Al decir esto, su rostro adoptó una expresión hasta entonces desconocida, dura y terrible.

El compañero de armas d'Armagnac se asustó. Se acercó de puntillas para quitarle la enana de los brazos; ella ya se deslizaba por sí sola, agotada. Luego desapareció con ella. Henri entró solo en su habitación. Echó el cerrojo.

Una voz

Índice

Ahora yace en la cama, alrededor de la cual ya no hay cuarenta nobles velando; pero los pensamientos se suceden. No son claros, solo se relacionan de forma onírica, apenas son pensamientos. Es una sucesión de imágenes o frases inconclusas, que se entrecruzan como la última escena del espectáculo, cuando Margot dobló la esquina. «¡Me han atrapado! ¿Vamos directamente a misa? Los cuervos. De eso depende todo, no acabar en el pozo de la fuente. Qué fácil, señor, podría haberle pasado lo mismo a usted. Saludos del almirante. Le ha dado una patada en la cara al muerto. «Para nosotros temo lo peor. ¡Señor de Goyon, está vivo!». Pero ya no vive —se da cuenta el medio dormido; pues ve a los muertos, y ellos también lo miran; solo que enseguida vuelven a ceder el paso a los vivos. «¡Si estoy vivo! Isabel quería quitarnos Calais. No, el almirante. ¡Hazlo, hazlo! Hemos hecho demasiado o demasiado poco esta noche. ¡Sigue fingiendo! La pared tiene eco. Solo nuestro loco hermano Carlos tiene que morir aún. Odio a d'Anjou. ¿Te apetece, Navarra, desmayarte...? ¿Te apetece? ¡Huyamos! ¿Te apetece?«

Lo último ya no se dijo en estado de inconsciencia, y se repitió, algo más claramente de lo que correspondía a alguien dormido. Tan pronto como empezó a darse cuenta de ello, abrió los ojos y cerró la boca con fuerza. Sin embargo, siguió oyendo la voz: «¿Te apetece? ¡Huyamos!»

Bajo la imagen de la Virgen, que se encontraba en una esquina, flotaba una luz nocturna en su aceite. A la luz de ese resplandor débil e inquieto, la imagen se movía... ¿y no hablaba también? Un desdichado que ni comprende ni echa de menos su desgracia, pero

que sigue hablando incluso en el durmiente: para él, bien podría alzar la voz también la imagen de la Virgen. Sin embargo, se sintió decepcionado al respecto. De debajo de su cama asomó una cabeza, la cabeza de la enana, sin duda; debía de haberse colado. Se inclinó desde la cama para empujar la cabeza hacia abajo con la mano. Entonces la cabeza dijo: «¡Despierte, señor!».

En ese momento, Henri se sintió realmente liberado de su pesadilla.

Había reconocido la voz y ahora también veía el rostro de Agrippa. «¿Dónde has estado toda la noche?», preguntó.

«Siempre a su lado y nunca a la vista de nadie».

«Te has visto obligado a esconderte por mi culpa, pobre Agripa».

«Nosotros mismos hemos hecho todo lo posible por hacer nuestra situación lo más miserable posible».

Henri conocía el dicho clásico y lo repitió con las palabras del poeta latino. Al oír esto, Agrippa d'Aubigné se entusiasmó y comenzó una larga frase, pronunciándola, por cierto, en voz demasiado alta para la hora y un lugar así. «No tiene ganas, señor, de esperar impotente a que la furia de sus enemigos...»

«¡Sh!», hizo Henri. «Algunas paredes de aquí esconden un eco secreto; no se sabe cuáles. Mejor nos lo contamos todo mañana en el jardín, al aire libre».

«Demasiado tarde», susurró la cabeza, que ahora descansaba con la barbilla sobre el borde de la cama. «Antes del amanecer debemos haber salido del castillo. Ahora o nunca. Lo que no hagamos de inmediato, fracasará más tarde. Hoy el castillo del Louvre aún está aturdido por el horror de la noche anterior. Para la

noche siguiente se habrán recuperado —sobre todo en lo que a nosotros respecta—».

Hicieron una pausa, por tácito acuerdo. Henri tenía que reflexionar sobre lo oído, pero Agrippa sabía: «El sí que no surge voluntariamente antes de que haya descubierto mis cartas, ese sí nunca se podrá recuperar». Por eso la cabeza temblaba y se balanceaba sobre el borde. Finalmente, dejó entrever: «¡En la desgracia, mejor arriesgar el cuello de una vez!».

Esta vez Henri no reconoció el verso o, al menos, no lo repitió. En su lugar, murmuró: «Me han colgado a la enana del cuello. Se han caído de risa, mientras yo, con la enana colgada del cuello, corría por el Louvre vacío».

«Eso ya no lo vi», susurró la cabeza. «Para entonces ya me había metido debajo de la cama. Sin embargo, entiendo que le haya gustado lo de la enana. Desea más cosas por el estilo. Por eso no tiene ganas de huir».

«¡El eco!», advirtió Henri.

A continuación, la cabeza inteligente —¿no es cierto que empezó a hablar con una voz completamente diferente?—. Una voz extrañamente familiar, solo que Henri no había captado del todo su naturaleza en ocasiones anteriores. «¡Mi propia voz!», se dio cuenta de repente. A sí mismo, por primera vez en su vida, se oía hablar fuera de su persona.

«No tengo ganas de esperar impotente a que también me masacren a mí. Por eso quiero someterme a ellos tan completamente que todos los protestantes me desprecien y que ya

no sea un peligro para nadie. Quiero renegar, ir a misa, escribir una carta contrita al Papa...»

«¡Al menos eso no!», suplicó Henri, suplicándose a sí mismo, por así decirlo.

«Una carta llena de humillación lamentable, y la leerá el mundo entero», respondió su propia voz. Agrippa, ese actor, debía de haber practicado mucho para imitarla de forma tan engañosa.

«¡No!», exclamó Henri imprudentemente, pues las palabras le aterrorizaban, como si ya las hubiera pronunciado con su propia boca. ¿Cuánto tiempo más, y tendría que pronunciarlas de verdad? Es más: llevarlas a cabo.

«¡El eco!», le advirtió la cabeza y prosiguió de inmediato con esa voz engañosa y sumamente inquietante. «¿O prefiero arriesgar el cuello de una vez en la desgracia?». Esto en latín. «¡Esos no son más que consejos de poetas!», se corrigió la voz a sí misma en tono desdeñoso. «Primo Franz, ¿qué quieres? Solo quiero que me dejen vivir».

«¿Tú también lo has oído?», preguntó el verdadero Henri. «A un duende como ese… no puedo ponerme en sus manos».

«Pero él se ha puesto en las mías», concluyó la voz imitada. «Y no es el único que quiere huir conmigo y alzar en armas al país. Grita por todas partes que no sabía nada de la Noche de San Bartolomé. Los demás callan, pero su miedo no es menor por ello. ¿Por qué habría de nombrar al eco a todos los que me han ofrecido amistad y apoyo? Solo pronunciaré dos nombres, pues quienes los llevan no merecen clemencia».

«Son...» Henri, sin aliento, se obligó a continuar hablando.

«Son», dijo ella, «los señores de Nançay y de Caussens. Temen que la reina madre los haga matar, pues a menudo se elimina a los instrumentos. A esos dos mercenarios los puedo conseguir, solo es cuestión de dinero».

«Spem pretio non emo. No compro esperanza en efectivo», respondió el Henri auténtico; pero también el falso tenía preparada una respuesta clásica. «La verdad debe hablar con sencillez y sin artificios». Explicó: «El lenguaje más comprensible para esa gente lo hablan los sacos de dinero, que saltan y tintinean. No he estado ocioso y ya tengo la suma. Mañana se entregará en el puente frente a la puerta. Entonces se abrirá de par en par y me dejarán pasar. Incluso vendrán conmigo, y se unirán bastantes más. Seré fuerte, nadie me detendrá».

El verdadero Henri sentía claramente: «No compro la esperanza en efectivo».

Pero también veía que ya se había hecho y preparado demasiado, que había demasiada gente al corriente.

Por eso dijo «Sí» y «Lo acepto», esforzándose por que no sonara ni inseguro ni tardío.

Aquella empresa nocturna acabó en un lamentable fracaso y tuvo como principal consecuencia que Henri y su amigo Agrippa estuvieran enfadados el uno con el otro durante un tiempo. Cuando aún reinaba la oscuridad, se escabulleron hasta el pozo del Louvre; allí esperaron junto a otras figuras enmascaradas que preferían permanecer en el anonimato, pues todos desconfiaban de sus vecinos. En la garita bajo el arco dormía una luz rojiza, y varias veces sonó una campana grave y zumbante, cuyo sonido aún resonaba demasiado bien en los oídos de todos desde la noche del asesinato. Quizás esta vez su repique salvó a los pocos hugonotes, de modo que no se dejaron ver y no se adentraron bajo la bóveda. El capitán de Nançay tuvo que salir él mismo cuando empezó a oscurecerse en el patio. Su cómplice, de Caussens, lo acompañaba, y primero dejaron que d'Aubigné les entregara la bolsa con el dinero. Luego explicaron que los caballos estaban listos detrás de la puerta: los señores debían ir delante de ellos hacia el puente.

A pesar de todo, Enrique no quiso pasar delante de ellos bajo la estrecha bóveda, pues le parecía una emboscada. Los dos traidores tuvieron que ponerse en marcha primero; pero entonces alguien les cortó el paso. «Señores de Nançay y de Caussens, los detengo. Las pruebas han demostrado que han sido sobornados y que querían dejar escapar a los hugonotes». Inmediatamente se produjo una refriega, en la que, a la tenue luz, no se distinguía quién contra quién, hasta que alguien se abalanzó sobre el rey de Navarra: d'Elbeuf. Era este joven noble de la casa de Lorena quien acababa de pronunciar la orden de detención. Le suplicó al rey de Navarra:

«Piense que una vez quise sacarlo de la puerta… a tiempo». —«Cierto. La Noche de San Bartolomé nunca habría tenido que estallar si le hubiera seguido. ¡Esta vez estoy advertido!». Así reflexiona Enrique y confía en la amistad, aunque se la ofrezca un pariente de los Guise. Pasa el brazo bajo el del nuevo amigo. El amigo Agrippa va cojeando, pues en la refriega ha recibido algún golpe. Enrique señala detrás de sí. «Ese es el listillo que me ha tendido la trampa. Se habrá repartido el dinero con los dos mercaderes. Conozco a los hugonotes».

«¡Especialmente los príncipes hugonotes son traicioneros e ingratos!», confirmó el pobre Agrippa, profundamente herido por la enorme sospecha. Se detuvo en el acto y dejó que los dos siguieran su camino.

«Señor», advirtió d'Elbeuf, mientras Henri se apoyaba en su brazo. «No deje que su ira se imponga a su buen juicio. Su pobre Agrippa ha actuado precipitadamente y ha sido confiado. Ambas cosas quedan prohibidas en el futuro, tanto para usted como para sus amigos y, por lo tanto, también para mí. Cada día tendremos que alejar el mal de su cabeza. Esta vez ha salido bien. De lo contrario, los dos traidores le habrían capturado en el puente entre gran alboroto y gritos. Esperaban que la reina madre les perdonara por haber prestado tan buenos servicios en la noche del asesinato, sí, que podrían salvar sus propias vidas».

«Es cierto», reconoció Henri. «Todo el mundo en el Louvre solo tiene la opción de elegir cómo quiere comportarse: huir o entregarme. Debemos tenerlo siempre presente».

«Sin cesar», repitió d'Elbeuf.

Aquel día, Henri notó que d'Alençon lo evitaba. Un intento fallido de huida, y entre los enmascarados de la fuente seguramente también había estado el hombre de las dos narices. Por eso se comportaba de manera aún más caprichosa. «Que cada uno se las arregle como pueda, y no a mi costa».

Los señores de Montmorency eran parientes del almirante Coligny, pero católicos y, por lo tanto, lo suficientemente poderosos en la corte como para poder recomendar aún ahora el perdón de los protestantes, de sus vidas y de su fe. Dada la situación, hicieron lo que pudieron. El motivo que adujo el mariscal fue siempre la opinión del mundo sobre la Noche de San Bartolomé, que ya había tenido lugar. Esta consideración duró necesariamente solo mientras no se recibían noticias de Europa y, a lo sumo, durante la primera oleada de indignación. Sin embargo, conmovió más a los países lejanos, como Polonia, y a los débiles: los principados protestantes alemanes. Isabel de Inglaterra, por el contrario, demostró una objetividad que no parecía carecer de comprensión. Madame Catherine pronto dejó de preocuparse por ella. Mitad en serio y mitad en broma, aconsejó a su buena amiga que organizara la misma matanza en su isla —allí, naturalmente, entre los católicos.

Madame Catherine, en consecuencia, volvió a mostrarse ante toda su corte. Su figura perdió algo de su misterio, se volvió familiar. La madre reunió a su alrededor a los niños, todos sin excepción, como siempre había sido su más íntimo deseo. «Si tan solo uno de vosotros estuviera ahí fuera, ya no estaría tranquila», les dijo con su estilo pausado; no se le podía achacar ninguna burla. Con naturalidad, incluso con bonhomía, un día observó a Navarra y a Condé, a quienes hasta entonces había pasado por alto. Henri se

asustó y se puso en guardia. Les preguntó a ambos cómo iban sus estudios de la verdadera doctrina. «Bien», explicó Henri. «Ya sé tanto como mi maestro. El buen pastor se convirtió a la fe católica cuando sintió que se acercaba la Noche de San Bartolomé. Feliz quien haya aprendido a calcular bien».

«¡Apréndelo tú también!», dijo Madame Catherine. Lo miró de arriba abajo y dijo: «¡Rey de la valla!». Esto ante su corte, y Henri se inclinó primero ante ella y luego ante su corte, que se rió, en parte por tontería. Algunos, sin embargo, comprendían con escalofrío la situación de Navarra y solo se burlaban para salvar su propio pellejo. Madame Catherine se delató aquí. No había dejado de observar en secreto al «Rey de la valla» durante todos esos días, aunque aparentemente no le hubiera prestado atención. Esta vez movió la mano, y todo lo que rodeaba su alto sillón se apartó, quedando solo Henri ante ella.

«Han intentado fugarse ya al segundo día. Los señores de Nançay y de Caussens han sido recompensados por mí por su vigilancia».

«No he intentado escapar, señora. Pero me alegro por los dos señores». Les hizo un gesto con la cabeza, pues descubrió sus rostros con sonrisas maliciosas.

«Aún me va a dar mucho trabajo. Como su madre y buena amiga, le advierto». Madame Catherine dijo esto con verdadero tono maternal, como todos pudieron constatar. Navarra, sin embargo, sollozó antes de poder articular: «Nunca, señora, querría alejarme de la presencia de una soberana que me recuerda a las mujeres más grandes de la historia romana».

Así terminó la hermosa y acertada conversación. Había elevado un poco la imagen del joven Navarra, que en ese momento se veía rodeado de menos desprecio. Sin embargo, una imagen cambia de un día para otro cuando alguien tiene que recurrir a muchas formas diferentes de astucia. Para variar, se mostró obediente, pero sin talento. Se le pidió que escribiera una carta a la fortaleza protestante de La Rochelle, dirigida al alcalde y a los concejales, para que abrieran de par en par las puertas al comandante que el rey de Francia les enviaba. Redactó algo sumamente ingenuo, en lo que ellos, conociendo su naturaleza, no podían caer bajo ningún concepto. Por eso, al cabo de unos meses, se produjo el asedio de la fortaleza protestante, y todo el reino pudo ver de qué había servido la Noche de San Bartolomé. «Acabar con los enemigos es fácil; pero hay que saber si no se levantarán con más fuerza». Esto o algo parecido dijo Carlos IX —o lo balbuceó para sí mismo— ante las malas noticias que llegaban del país.

Carlos estaba profundamente triste. Por las noches se le aparecían fantasmas, volvía a oír la sorda campana de la noche del asesinato y los gemidos le respondían desde el río. Su nodriza, una protestante, le secaba el sudor, pero este era sangriento: así se quería saber en el Palacio del Louvre. Al pobre rey solo le consolaba su jovial primo de Navarra. «¿Quién va a dejarse crecer canas, querido hermano? Aquí, en el Palacio del Louvre, últimamente ha quedado algo de espacio y vivimos más a gusto. Los que se dejaron pillar fueron unos tontos. Yo ya los he olvidado a todos. Tu hermana me pone los cuernos, si no me equivoco; pero tengo muchas oportunidades de devolvérselo». Chasqueó los dedos y se dio la vuelta sobre los tacones, que llevaba algo más altos de lo habitual.

Mientras tanto, se acostó, fingiendo un fuerte malestar, y de hecho estaba sudoroso y con fiebre. Los médicos, que lo examinaron en nombre de Madame Catherine, lo constataron, aunque sacudiendo la cabeza. Pero uno puede coger fiebre solo por no querer ir a misa —¡todavía no, por el amor de Dios! «Si tiene que ser, al menos un aplazamiento, ¡Dios mío! Haz que enferme de verdad, ¡envíame sudores sangrientos o incluso fantasmas! Quiero que mis cuarenta nobles asesinados se pongan alrededor de mi cama. ¡Prefiero eso a ir a misa!».

Sin embargo, cada día se acerca, y de repente llega el temido. Entonces abandonamos nuestro refugio y, de pronto, sentimos la fuerza para enfrentarnos a él. Era el veintinueve de septiembre, día dedicado a San Miguel, cuyos caballeros rodeaban a su compañero de orden, Navarra, de camino a la iglesia. Mantenía la mirada baja y ni siquiera en su corazón prestaba atención a la multitud que se agolpaba a su alrededor y lo miraba boquiabierta, lo despreciaba, tal vez lo lloraba. Hugonotes disfrazados seguían su pesado caminar y difundieron después por el país la terrible angustia de su amado líder. Él mismo pensó durante todo el trayecto en su madre y en el almirante.

Pensaba: «Mi querida madre, me están acosando, y dentro de poco tendré que dar la orden y el mandato en nuestra tierra de Bearn de que renuncie a tu fe. Tendré que expulsar a tus pastores, y eso es como si te expulsara a ti misma con mis propias manos, ¡mi querida madre! Señor almirante, ahora sus hijos y sobrinos han huido disfrazados. Su esposa está prisionera en Saboya. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que el tribunal declare caducos sus bienes y su memoria indigna? No creáis, señor almirante y querida madre, que

os traiciono si, a pesar de todo, voy ahora a misa. Sabéis que he ganado tantos días como me ha sido posible, es decir, diecisiete. Mi primo Condé, que al principio actuó de forma mucho más temeraria que yo, acudió a misa hace ya diecisiete días. ¡Por favor, tened en cuenta a mi favor mi hábil maniobra dilatoria, querida madre y señor almirante!». Así les habló como si estuvieran vivos, cosa de la que ellos estaban seguros, y le escucharon. Allí donde se encontraban, se perciben pensamientos tan íntimos.

Cuando se consumó la solemne conversión a la otra religión, por cuarta vez en su vida, recibió muchos abrazos y besos, y los correspondió con buen ánimo. La reina madre, por su parte, le rindió honores; esperaba al muchacho, que ahora se encontraba por fin completamente solo, pues había perdido incluso los espíritus de sus difuntos, según ella creía, y su buena reputación. Por eso lo recibió con una sonrisa divertida; es más, durante el abrazo lo palpó con pura benevolencia, como si fuera un futuro asado. ¿Qué sintió entonces? Toda su alegría se desvaneció. Bajo sus ropas llevaba una coraza, que había tenido puesta mientras renegaba de su anterior comunidad. Un mal presagio; Madame Catherine quiso retirarse apresuradamente apoyándose en su bastón. Pero él se permitió retenerla de la mano y llamarla con apodos cariñosos y burlones. ¿Qué hace una mujer torpe, con un vestido negro cerrado y una cofia de viuda, cuando un joven demasiado impetuoso le elogia la nariz, que sin embargo es llamativamente gruesa? Sus labios la buscan, quiere besarla en la nariz. Finalmente, ella le golpea con el bastón: aparentemente solo en broma, por los espectadores. Inmediatamente él hace de perrito, saltando a cuatro patas a su alrededor, ladrando y mordisqueándole las piernas. Entonces huye

Madame Catherine. Su torso quiere ser más rápido que sus pies. Dividida en dos, se aleja a toda prisa, y la corte se ríe a su costa.

Su venganza no se hizo esperar. Henri no solo tuvo que redactar el edicto sobre los protestantes de Béarn, sino que también envió una carta al Papa; esta superaba en abnegación a todas las demás, y ella se encargó de difundirla. Durante una de sus bromas mutuas, se le ocurrió de repente preguntarle por su salud. ¿Acaso no era un muchacho enclenque? No era un hombre de verdad, ¿verdad? ¡Su madre, Juana, le había legado el germen de una muerte prematura!

Abrió la boca para decir en broma: «Ese germen, señora, lo ha echado usted en el vaso». Porque así de íntima era su relación en aquellos primeros tiempos, el pájaro atrapado en la trampa y la dueña de la jaula. El odio acerca. Entonces la oyó decir: «Tengo que preguntarle a mi hija por sus capacidades». Inmediatamente comprendió lo que ella se proponía: hacer que lo declararan incapaz y conseguir la separación matrimonial en Roma. Matarlo ya no valía la pena. Por eso deseaba deshacerse cuanto antes de lo que ya no podía ni hacer daño ni servir de nada, y volver a casar a Margot de forma lucrativa. Madame Catherine siempre tenía la cabeza llena de planes matrimoniales para sus hijos.

Esa noche volvió a acostarse en el lecho conyugal.

Esto es lo que da el amor

Índice

Llegó a la puerta de la reina de Navarra rodeado de muchos caballeros, de los cuales solo unos pocos lo habrían defendido si los demás hubieran sido asesinos. Pero los había llevado a todos consigo para que más tarde tuvieran que testificar que había ido a ver a la reina. Por si acaso, sostenía su daga en la mano, con la que rascó la puerta —no con fuerza, pero esta se abrió de inmediato. «Ya le estaba esperando, mi señor y amo, hoy llega más tarde de lo habitual», dijo la reina.

Él cerró y echó el cerrojo desde dentro. Cuando se volvió, ella yacía sobre los cojines y le tendía los brazos. Él sabía lo que quería: frustrar el malicioso plan de su madre; y así lo hizo, repitiéndolo una y otra vez sin encontrar fin. La tierna Margot tuvo que rogarle que no olvidara que volvían a estar juntos tras una larga y terrible separación.

«Ya que ahora voy a tener un hijo tuyo, mi amor, dime: ¿por qué no se te ocurrió antes este recurso para vencer a todos tus enemigos?».

«¿Me vas a dar un hijo?»

«Lo siento», dijo ella. «Lo deseo», se corrigió.

«¡Cuánto te he anhelado durante tanto tiempo! Ayer por la noche todavía arañaba tu puerta».

La habría abrazado: esta vez para recibir en ella a su hijo. Sin embargo, incluso mientras su corazón latía con fuerza, recordó que la astucia era su ley. La astucia gobierna esta vida. La hija pasa sus días sobre el baúl en la habitación de su madre y es su herramienta.

Ya una vez había permanecido inconsciente de la traición a la que servía. Él preguntó: «¿No se esconde aquí un asesino?», se asomó y buscó su daga. ¡Si ella hubiera intentado el más mínimo movimiento para retenerlo! Por el contrario, se quedó paralizada. Susurró con terror y tan bajo que ningún intruso lo habría oído: «No pensé que fuéramos enemigos».

«Yo mismo lo había olvidado», dijo él. «Todo esto, el placer y también el dolor, nos están prohibidos». A lo que ella le ofreció rápidamente sus labios, pero los dientes brillaban en ellos. Él dijo aún sin aliento por el beso: «Faciuntque dolorem». Inmediatamente oyó de su hermosa voz el verso completo y pensó: «Aun así, me ha revelado los secretos de su terrible madre; y esta noche, ante todos los nobles, ha fingido que me recibe a diario». Se arriesgó y preguntó: «Mi bella reina, ¿quieres ayudarme a liberarme?».

«Le admiro, señor, usted está a la altura del peligro como nadie antes. Virgilio compuso este verso pensando en usted: "No hay esfuerzo ni peligro en que no sea maestro. Por mucho que el infierno se cebe contra mí, estoy preparado para todo."»

«¿Es esa traducción obra suya?», preguntó el enamorado. «Tiene usted una gran erudición y mucha práctica. Pero ¿qué hay de mi liberación?».

«¡Por encima de todo, guárdate de mi amiga de Sauves!», respondió la amante. «Veo bien que la sirena te atrae. ¡No la sigas! Estarías perdido. Su señor y amo es el duque de Guise».

«¿Acaso quieres recuperarlo?», preguntó él, olvidando los rodeos por los celos. Pero ella también se dejó llevar. «¿Es cierto que te gusta Charlotte?».

«En absoluto. Tiene un rostro afilado, y también su ingenio es afilado. Pero, sin embargo, ¿qué mujer no me gustaría? Incluso su madre, señora. Y eso es cierto, no miento. Una mujer malvada es un animal peligroso. Por eso me alegra: ambas cosas en una. Porque de la naturaleza lo que más amo es a la mujer y al animal —y también a las montañas», añadió—, «así como al océano. Amo, amo», gimió, y ya se encontró con su cuerpo, que lo esperaba ardiente.

Tras tal entusiasmo de los cuerpos, agotada y agradecida, Margot decidió confesarle a su amante todo lo que podía, sí, incluso algo más.

«Mi querido corazón, no debes escaparnos, te necesitamos y te conservaremos».

Por un instante lo dejó en la incertidumbre de para qué. Podría ser para su cuerpo, pero este siempre se sacia pronto. ¿Entonces para qué? ¿Para su alma insaciable? No, la hija de la malvada reina dijo aquí, sobre los cojines: «No debe escapar con sus hugonotes, Sire. Si lo tuvieran de vuelta, se harían diez veces más fuertes. Más bien queremos valernos de su persona contra nuestros enemigos, y usted deberá estar con el ejército de mi hermano d'Anjou cuando sitúe La Rochelle. Debes saber —le confió en voz baja y cerca de su rostro— que no podemos hacer frente a los tuyos. Se han dado cuenta de que no les has escrito voluntariamente para que se rindan. Prométeme que, mientras tanto, no intentarás escapar. Te matarían. ¡Oh, prométemelo!», le suplicó con evidente angustia, la frente apoyada en la suya, su aliento mezclándose con el de él. Pero él quería ver sus ojos, se apartó y preguntó: «¿De verdad te preocupas por mí?».

¡Qué tonta desconfianza! Ella tampoco solo se distanció: incluso adoptó una expresión de frialdad.

«Soy la princesa de Valois. No quiero que usted derrote a mi casa y la destrone».

Así terminó la noche, y por eso, la siguiente, Henri se acostó con Charlotte de Sauves, que aún no le gustaba, eso vendría más tarde. Hasta entonces, tenía a Margot en la sangre, y ella lo sabía. Orgullosa, le dijo a De Sauves: «Madame, nos ha hecho un gran favor, a mí y al rey de Navarra. Le ha comunicado inmediatamente a la reina, mi madre, que lo ha tenido en su cama. Ahora la reina cree que ha alcanzado su objetivo y que yo me divorciaré. Por eso, mi querido esposo seguirá con vida por el momento».

La conversación en la playa

Índice

Carlos IX se recuperó temporalmente de su profunda tristeza. La reina de Navarra fue preguntada por su madre si su «reyezuelo» le había demostrado que era un hombre. Como tenía público, Margot se sonrojó, no dijo ni sí ni no, sino que se remitió a una dama de la Antigüedad. «Por lo demás, ya que mi madre me ha casado, que así quede». Con lo que, en realidad, solo se salió con la suya porque Madame Catherine estaba totalmente ocupada en lograr que su hijo d'Anjou fuera elegido rey de Polonia. Lo hizo en contra de la voluntad del emperador: tal era su ambición o su necesidad de intrigas. Al mismo tiempo, negociaba con Inglaterra para que su hijo d'Alençon se casara con la reina Isabel. Esta habría tenido, en determinadas circunstancias, derecho al trono de Francia. Isabel, sin embargo, era más astuta que Catalina de Médicis, de quien Jeanne d'Albret había dicho que, en el fondo, era tonta. Por eso, la reina pelirroja no se embarcó en aquella dudosa aventura, sino que se limitó a dar largas a su buena amiga. El ejército del duque de Anjou se dirigió a la fortaleza protestante de La Rochelle; el rey de Navarra y su primo Condé lo acompañaban a su pesar.

No obstante, se comportaban como si participaran con alegría. Enrique estaba siempre de buen humor, siempre dispuesto a dirigir a sus tropas contra la ciudad rebelde. Por desgracia, el asalto fracasó cada vez, desde febrero hasta el verano. Esto se debió también a que los asaltantes gritaban demasiado fuerte por el entusiasmo: toda la guarnición tenía que estar alerta. El rey de Navarra disparó una vez con sus propias manos un arcabuz. Un soldado gascón lo vio desde dentro y llamó a más compañeros para que lo admiraran.

«¡Lou noust Henric!», gritaron encantados desde la muralla. Él también se alegró mucho y volvió a encender la mecha ante sus ojos. Se oyó un gran estruendo y los sitiados se sacudieron el polvo de los sombreros. Pero no le fue igual de bien al duque de Anjou, pues casi muere por un disparo de arcabuz similar; la camisa se le rasgó. Navarra estaba a su lado y oyó a su primo exclamar: «¡Ojalá estuviera ya en Polonia!».

Este era su sentimiento desde hacía tiempo, y no solo por sus propias penurias, no, ante La Rochelle se hizo evidente lo mal que estaban las cosas en el reino. La Noche de San Bartolomé se reveló a todos como el error más grave: desde entonces, volvía a haber guerra de religiones. El almirante Coligny había querido que católicos y protestantes lucharan unidos contra España. A raíz de aquella maldita matanza, ahora volvían a desgarrar el país, y hasta cada uno de sus confines llegaba la noticia de los hugonotes que se mantenían en La Rochelle, pues recibían suministros por mar. El ejército del rey de Francia, por su parte, había arrasado toda la región y comenzaba a desintegrarse. Pero eso no era lo peor. Menos temible que el hambre es el pensamiento. En las altas esferas, precisamente allí donde aún había carne, se sentaban los descontentos, que se hacían llamar «los políticos», y querían la paz.

Cuando alguien dice que quiere la paz, siempre queda la pregunta de por qué. En tiempos de paz prospera su trigo, y habría que saber primero si su disposición es pacífica en todos los casos o principalmente por su trigo. El fruto que importaba a los moderados o políticos ante La Rochelle se llama: libertad de conciencia. Exigían, por fin, poder confesar lo que creían y difundir lo que era su conocimiento y su voluntad. Por eso tenían ojos para las

devastaciones del país, las consecuencias externas de la intolerancia. Pero ni siquiera la destrucción del país detiene al enemigo de la libertad de conciencia. ¡Cómo no! No se da cuenta ni de la devastación ni de la destrucción cuando puede igualar a las personas por la fuerza. Las conciencias violadas son para él un espectáculo más floreciente que los campos bien labrados y la paz. Tiene además la ventaja de poder manifestar tan abiertamente su escasa opinión sobre la paz como Madame Catherine, d'Anjou o Guise. En cambio, a todos aquellos que simplemente desean ser libres les corresponde la ingrata tarea de predicar la paz.

Estos eran los pensamientos de un prisionero que, aunque se le llamaba líder del ejército católico, seguía siendo un prisionero. En realidad, seguramente también tenía esos pensamientos cuando estaba solo, precisamente en sus reuniones secretas con los conspiradores. Pero allí los pensamientos aún no estaban depurados y elaborados, por así decirlo. Esto no sucedió hasta ciertas conversaciones en la orilla del mar, con una sola persona, un noble sin especial importancia que servía en el ejército.

En las reuniones de los políticos participaban, entre otros: d'Alençon o el hombre de las dos narices, así como un vizconde de Turenne. Este había recibido noticias precisas de la corte sobre una nueva matanza que se iba a llevar a cabo aquí, en el campamento, entre los sospechosos, y esos eran precisamente los políticos. Esta vez, el rey de Navarra estaba sin duda en el punto de mira. Precisamente por él se dudaba aún, pues primero debía dar a luz un hijo su esposa: tan pronto como esto sucediera, se llevaría a cabo la matanza. Sí, sus nobles ya habían recibido advertencias amistosas desde el cuartel del duque de Guisa, instándoles a abandonar las

tiendas de Navarra lo antes posible; y Du Guast, a quien d'Anjou consideraba su favorito, se atrevió a amenazar abiertamente. ¡Cómo no iba a estar a favor de la moderación un prisionero cuya vida estaba en juego!

El partido de los políticos aseguraba: «Somos moderados. Nos han invadido el hastío y el asco ante la situación: nos referimos a la administración, los tribunales y las finanzas del reino. La situación es extrema. Solo pueden ayudar las decisiones más audaces. D'Alençon, Navarra y Condé deben pasarse abiertamente al bando contrario. Hay que formar un ejército de descontentos. Nos apoderaremos de la flota real. Los barcos ingleses nos traerán refuerzos.

Navarra se limitó a bromear al respecto, aunque tenía miedo. Dijo: «La costumbre exige, pues, expulsar a los protestantes de sus fortalezas. Luego se negocia y se les devuelven sus fortalezas, para volver a expulsarlos de ellas al poco tiempo. Así continúa la costumbre». Dijo esto porque temía que no hicieran nada en serio, y de hecho solo emprendieron intentos que fracasaron de inmediato, porque cada uno actuaba sumido en una gran confusión. Así actúa el duende de Alençon. ¿Qué pretende él, al fin y al cabo? Hacerle la vida imposible a su hermano de Anjou: ese es su único objetivo, por lo demás no tiene ninguna convicción. Pero si Navarra quisiera apartarlo del mando, se volvería inmediatamente contra Navarra. «¡Y yo soy el más amenazado!», pensó Henri. «Cualquiera puede traicionarme y entregarme».

Por eso se desesperó ante la acción en La Rochelle y se entregó a la filosofía. Lo hizo en compañía y, en cierto modo, bajo la guía de un noble de poca importancia, pero originario del sur. Hacía poco

que había dejado un cargo judicial para probar suerte en la vida militar, sin destacar especialmente tampoco en eso. Él mismo admitía que no tenía talento, ni para el baile, ni para los juegos de pelota, ni para la lucha, ni tampoco para la natación, la esgrima, la equitación acrobática y el salto, en definitiva, para nada. Incluso sus manos eran torpes y no sabía escribir de forma legible, como él mismo confesaba de buen grado. Añadió sin que se lo preguntaran: ni siquiera sabía cerrar una carta, ni recortar una pluma, ni, por otra parte, ensillar un caballo.

Todas estas deficiencias sorprendían a Henri más que si se tratara de otras tantas virtudes. Y es que iban unidas a un espíritu que Henri, quisiera o no, reconocía como igual al suyo. Sí, incluso el cuerpo del noble del Périgord le recordaba a sí mismo: la baja estatura, la complexión robusta, la fuerza. Sin embargo, el hombre de cuarenta años ya tenía el rostro enrojecido y una protuberancia en el cráneo calvo. Además, su expresión era ciertamente amable, pero claramente marcada por la tristeza de haber vivido y pensado. El nuevo amigo del joven Henri se llamaba señor Michel de Montaigne.

Dijo: «Señor, su situación actual le equipara a un hombre que envejece. Ambos estamos derrotados: yo por los años, usted por sus enemigos, lo cual no es una victoria definitiva —como la victoria de los años—», repitió el hombre de cuarenta años. «Basta. En este momento podemos entendernos, y usted comprende de qué se tratan las acciones humanas. Lamenta su confusión y su futilidad. Sin embargo, culpa de ello al duque de Alençon».

«Es un fantasma. Yo, en su lugar, podría ayudar a la libertad a vencer a la violencia».

«Eso sería, sobre todo, su propia libertad», comentó De Montaigne, y Henri lo admitió riendo.

«Recuperaría su libertad. Por lo demás, sin embargo, su revuelta y la llegada de los ingleses causarían una confusión aún más fatal. La mayoría de las acciones se llevan a cabo con la cabeza gacha. Quien dice actuar, dice confusión».

Aquí hicieron una pausa en su conversación, mientras aún caminaban entre las tiendas y podían ser oídos. Luego dejaron atrás el campamento. Un cañón se alzaba atascado y solitario en la arena de la playa. Raras guardias, con el manto al viento del mar, les exigieron la contraseña, y ellos la gritaron en voz alta al vacío: «San Bartolomé».

Permanecieron en silencio un rato, para acostumbrarse al estruendo salvaje del viento y las olas. La fortaleza sitiada de La Rochelle se alzaba gris ante el cielo desgarrado, ante el mar que se acercaba embravecido desde el infinito. ¡Qué ejército se atrevería a asaltar esta fortaleza, cuando estaba tan visiblemente situada como un puesto avanzado del infinito! Henri y su acompañante pensaron exactamente lo mismo ante aquella vista. En Henri, el impulso de pensar era un sentimiento; partía del centro del cuerpo, pero con extrema rapidez llegaba a la garganta, que se contraía, y a los ojos: se humedecían. Mientras este sentimiento se elevaba en su interior, el joven Henri comprendía el infinito y la futilidad de todo aquello que debe tener fin.

Su acompañante habló de la confusión de los que actúan. «Un grande ha mancillado el nombre de su religión, porque quiso mostrarse más ferviente en la fe de lo que le correspondía». ¿Quién

sería? «Insani sapiens...», murmuró contra el viento. Horacio había plasmado en versos que también la sabiduría y la justicia pueden ir demasiado lejos. Entonces, con el «grande» no se refería, sin duda, a d'Anjou. ¡El hombre de la Noche de San Bartolomé y la sabiduría y la justicia! Sin embargo, el acompañante se refería a él y lo dejó cuidadosamente en la incertidumbre, al estilo de los filósofos. Enumeró aún más ejemplos de actuaciones confusas y, como estos procedían de la Antigüedad, pudo mencionar los nombres. A Henri le interesaba más conocer su opinión sobre sus contemporáneos. El acompañante no se dejó convencer para ir más allá de las consideraciones generales. Pero estas se vuelven sorprendentemente tangibles cuando el tema concierne a todos tan de cerca como su propia vida. Nada le parecía más ajeno a la religión que las guerras de religión: lo dijo, por muy escandaloso que sonara. Las guerras de religión no tenían su origen en la fe, ni hacían a las personas más piadosas. Para unos eran el pretexto de su ambición, para otros la oportunidad de enriquecerse. Los santos no aparecen, en verdad, en las guerras de religión. Pero estas debilitan a un pueblo y a un reino. Se convierte en presa de codicias ajenas.

No se mencionó ningún nombre, ni el de Madame Catherine ni el de su hijo d'Anjou, ni tampoco los de los protestantes. Sin embargo, las palabras eran las más atrevidas que alguien podía atreverse a pronunciar. No solo el oleaje y la tormenta se abatían contra él: casi la totalidad de la gente lo habría acallado a gritos. Henri se sorprendió enormemente de que un simple noble se atreviera a decir lo que ningún rey podía admitir en voz alta. Él mismo había dudado a veces de las guerras de religión; pero para desesperarse por

completo de ellas, habría tenido que condenar precisamente a las personas a las que, sin embargo, veneraba: su madre y el almirante. Los políticos frente a La Rochelle se confabularon, sin embargo, para luchar ya solo por la moderación. Eso no era más que un nuevo pretexto para su ambición, sus deseos. Ellos, que pensaban atacar Francia junto con los ingleses, no habrían recibido amablemente al noble del Périgord. Probablemente, d'Alençon lo habría encerrado en la mazmorra más profunda, a pesar de toda moderación, y lo habría olvidado allí para siempre.

Enri sintió por el valor de aquel hombre un respeto tan grande que disipó hasta la última desconfianza.

«¿Cuál es la religión verdadera?», le preguntó Henri.

«¿Qué sé yo?», respondió el noble,

Con ello se había desnudado y entregado, cosa que nadie hace, a menos que reconozca a su igual y confíe sin vacilar. Así fue, ambos se habían reconocido y confiado. Por eso, Henri tomó la mano del noble y la apretó. «Entremos en esa casa abandonada», decidió. «Los habitantes han huido, pero seguro que habrán dejado allí su vino».

La casa estaba cerca de la playa y había sido bombardeada desde el mar. ¿Por qué? ¿Por quién? Nunca se sabría, ni por parte de los autores ni de los que huyeron. Henri y el noble de Périgord se abrieron paso a través de la entrada sepultada. En el interior, las vigas se habían desprendido del techo y se veía el cielo a través del tejado. Pero la escalera aún sobresalía del agujero del sótano, y abajo se encontraba el vino. En la antigua cocina, los dos huéspedes se sentaron sobre una viga caída y brindaron el uno por el otro.

«Así somos los huéspedes», dijo el noble, «huéspedes en una tierra cuyos lugares son efímeros. Luchamos por ella en vano. Por mi parte, nunca he intentado adquirir más de lo que la suerte me ha concedido, y, aunque la vejez ya me muestra sus rasgos, sigo habitando en mi pequeño castillo heredado».

«Hay guerra, y usted podría perderlo», dijo Henri. «¡Bebamos!».

«Bebo, y me sabría aún mejor si ya lo hubiera perdido todo y me hubiera liberado de toda preocupación al respecto. Tengo la peculiaridad de temer siempre lo peor y, cuando realmente ocurre, de resignarme a ello con paciencia. En cambio, me cuesta mucho soportar la incertidumbre y la duda. En verdad, no soy un escéptico», aseguró el noble.

«¿Qué sé yo?», repitió Henri. Eso era lo que el noble había dicho antes; ahora ya no lo sabía.

«¡Bebamos!», pidió en su lugar. «En el umbral de la vejez hay que ser prudente en todos los aspectos; pero a veces comprendo a un conocido de un conocido mío que, ya un poco mayor, se buscó a su mujer en un lugar donde cualquiera la consigue por dinero. Con ello había alcanzado el peldaño más bajo, y ese es el más seguro».

«¡Bebamos!», exclamó Henri y se rió. «¡Es usted un hombre valiente!», exclamó con seriedad. Se refería a la confesión del noble sobre la religión. El noble, sin embargo, lo entendió de otra manera.

«Sí, yo también me he hecho soldado. Quería poner a prueba mi virilidad: ¡Conócete a ti mismo! Solo el autoconocimiento merece que nos ocupemos de él. ¿Quién comprende siquiera su propio cuerpo? Soy ocioso, perezoso y tengo las manos pesadas; pero

conozco bien mis órganos y, por tanto, también mi alma, que es libre y no está sometida a nadie. ¡Bebamos!».

Y así lo hicieron durante un buen rato. Henri se unió a ellos cuando su compañero, alzando la copa, entonó un verso de Horacio.

«En fuerza, en aspecto y en ingenio,
En virtud, linaje y posesiones:
Que los primeros me cuenten como el último,
¡Si tan solo los últimos me eligen como el primero!».

Con eso se levantaron, se ayudaron mutuamente a arrastrarse por los escombros y, una vez al aire libre, uno seguía sujetando al otro por el brazo. Los efectos del vino se disipaban solo poco a poco. Henri dijo, de nuevo furioso: «¡Pero soy y seguiré siendo un prisionero!».

«La violencia es fuerte», explicó su acompañante. «Más fuerte es la bondad. Nihil est tam populare quam bonitas».

Henri nunca volvió a olvidar esto, porque lo había oído cuando era su único consuelo. Ser bueno es popular, nada es tan popular como ser bueno. Con confianza, preguntó a su compañero:

«¿Acaso todas las acciones se realizan con la cabeza hacia abajo, y quien dice "actuar" dice "confusión"?»

Al oír el sonido de aquellas palabras, que él mismo había pronunciado al principio de aquella conversación, que había dado tantos giros inesperados, al oírlas, el señor Michel de Montaigne se dio cuenta. Se dio cuenta de qué brazo sostenía y lo soltó. Volvió el pecho y el rostro hacia el océano.

«Nuestro gran Señor en el cielo», dijo, pronunciando cada sílaba con claridad, «nuestro Señor rara vez nos concede actuar con

piedad».

«¿Qué es actuar piadosamente?», preguntó Henri, también mirando hacia el mar.

De Montaigne se puso de puntillas para expresar lo que, por una vez, no exploraba sumido en sus propias reflexiones. Una gran bocanada de aire lo invadió y lo hizo hablar.

«Imagínese: un ejército, todo un ejército, se arrodilla y, en lugar de atacar, reza. Tan convencido está de su destino de vencer».

Henri también guardó esto para sí hasta cierto día.

Era el final de la conversación. Unos guardias, encabezados por un oficial, los llevaron de vuelta al campamento. Los habían estado buscando. Ya se temía que el rey de Navarra hubiera huido.

París, entretanto, se había llenado de caballeros ataviados con pieles exóticas y de un porte de un brillo exótico. Eran los polacos que venían a buscar a su rey, pues, en verdad, d'Anjou había sido elegido en medio de un júbilo inmenso del pueblo polaco, que se había reunido para ello en un campo. El nuevo rey debería haberse apresurado; ¿qué esperaba aún de aquella fortaleza ingrata que no se dejaba tomar? La verdad, si hubiera podido pronunciarla, era que esperaba la muerte de su hermano Carlos. Es mejor ser rey de Francia que de Polonia. Carlos, que lo sabía perfectamente, le envió a La Rochelle un mensajero tras otro para que se decidiera. Uno se recupera más fácilmente cuando ya no hay nadie que espere a cada hora y cada día que la sangre nos brote por los poros.

Madame Catherine hizo justicia a sus dos hijos. Instó a su favorito a partir, para que el enfermo se tranquilizara. Al mismo tiempo, se aseguró de que, en caso de que ocurriera, los derechos de su favorito quedaran garantizados. El éxito polaco, la preocupación por la sucesión de Carlos y, además, sus intenciones respecto a Isabel de Inglaterra, a quien hizo entregar retratos embellecidos del hombre de las dos narices: todo esto absorbía excesivamente a Madame Catherine. Ya no sabía en todo momento dónde estaba y adónde iba cada uno. Pero esto es, como ella mejor que nadie sabía, lo más importante para gobernar y mantener a los demás sometidos. Si Madame Catherine hubiera tenido la mente despejada, todo lo que siguió habría sido difícilmente posible.

Ya el viaje hasta la frontera tuvo algo de desorden. El rey de Polonia debía ser conducido sin falta hasta la frontera en medio de

toda la corte; pero una corte viaja con dificultad, incluso en circunstancias normales. ¿Cómo sería entonces si la ocasión exigía presentarse con grandiosidad y, además, los polacos que viajaban con ellos darían cuenta de ello en Varsovia? Tantos carruajes, jinetes, mensajeros, los animales con el equipaje, los carros llenos de provisiones, y todo ello, rodeado de soldados, perseguido por curiosos y mendigos, se desplaza a través del país, traqueteando o trotando por caminos con surcos profundos. Pero esos terraplenes de arcilla seca se desmoronan con la lluvia. Cuando llueve, se cubren los carruajes, los jinetes desaparecen bajo sus capas. Todo se apresura, maldice, se encoge. Ya no acude la gente a abrir la boca o a arrodillarse. Amplias llanuras desprotegidas sobre las que llueve a cántaros, y solo algunos campesinos aislados suben de los campos, miran con desdén a la corte itinerante y vuelven a agacharse bajo el saco que los cubre. La gente honrada se queda en casa o trabaja bajo el saco. La corte deambula bajo la lluvia como una banda de gitanos.

Pero ahora sale el sol y se acerca una ciudad: ahí la corte adopta su aspecto grandioso. Se retiran las lonas protectoras de las carrozas, aparecen los dorados, brillan las coronas atornilladas, a su alrededor se inclinan las plumas. Terciopelo y seda, felicidad y esplendor, uno se muestra audaz, sonríe con severidad o con benevolencia. Se hace la entrada. Se recibe con grandiosidad lo que se ofrece en señal de reverencia, espaldas encorvadas. Repique de campanas. Los concejales ofrecen sal y pan, y también pagan los tributos adeudados bajo la mirada de los armados. Carlos IX debe vaciar una jarra de bienvenida.

No le sentó bien; el pobre rey ya no soportaba en este viaje los vasos llenos, ni el traqueteo de las ruedas, ni el ruido y el contacto de la multitud. Sobre todo, no soportaba sus recuerdos, y estos no lo abandonaban: viajaban con él, por muy lejos que se alejara del Palacio del Louvre. Por eso guardó silencio ante los discursos solemnes. Miraba con recelo desde los rincones todo lo que aún se le acercaba; pues desde ese momento hasta el final tenía que estar solo.

Lo arrastraron consigo, por caminos y pasarelas, a través de multitudes de todo tipo, aunque él estaba harto de todos ellos y ellos de él. Demacrado y de nuevo pálido de rostro, sentía ante todo lo que sucedía la misma distancia que antaño, cuando era un muchacho pálido y altivo, y como en sus cuadros.

Ya no llegó a la frontera de su reino. En un lugar llamado Vitry tuvieron que dejarlo atrás. Lo habían utilizado para llevar a cabo su Noche de San Bartolomé. Lo dejaron enfermo en Vitry y siguieron acompañando a su hermano de Anjou. Solo su primo de Navarra se quedó con él, pero este tenía sus razones: Carlos adivinó cuáles. Por supuesto, quería escapar. Supuso que ya no había espías merodeando alrededor de su lecho de enfermo. Los carruajes con las damas de honor se habían marchado, y la anciana reina no estaba prestándole atención en ese momento. ¿Por qué no huyó hacia el sur? Tenía planes más ambiciosos, aunque más bien absurdos. Se había decidido a partir hacia Alemania con su primo Francisco. Los príncipes protestantes solo esperaban a esos dos. Junto con ellos, los primos querían invadir el reino, y el primo Francisco debía subir al trono antes de que su hermano d'Anjou pudiera regresar de la lejana Polonia. Hacía tiempo que ya no

contaban con Carlos. Ocurrió entre Soissons y Compiègne: allí, d'Alençon y Navarra querían pasar y fueron capturados.

Madame Catherine comprendió de repente que sus asuntos de Estado externos la habían distraído de la vigilancia doméstica. A su hijo enfermo le dijo: «Durante todo el tiempo que tuve que viajar a la frontera, estuviste solo con el reyezuelo y no te diste cuenta de nada. ¡Nunca serás el señor!». Porque ¿para qué ahora más indulgencia? Sus días estaban contados.

Karl yacía recostado, con la cabeza apoyada en la mano. Él también miraba a su madre solo de reojo, y no dio ninguna respuesta. Podría haber dicho: «Lo sabía». Pero, a diferencia de los viajeros, él había llegado a la frontera, y allí guardó silencio.

Madame Catherine ya no se dirigió a él, hablaba consigo misma. «En el último momento pude atrapar a los malvados fugitivos, porque al fin alguien soltó la lengua». No dijo quién había sido. En ese momento llamaron a la puerta y, fuera, Navarra pidió, como si nada hubiera pasado, que le dejaran pasar ante el rey. En cambio, oyó a la reina madre dar la orden de que le dijeran que el rey dormía. Hablaba en voz alta, en absoluto como en la habitación de alguien que duerme. Un gran número de nobles presenciaban esta humillación pública. Se vio a Navarra dirigirse rápidamente a su habitación con el ceño fruncido. Allí, sin embargo, se habían quitado los cerrojos; los oficiales podían entrar en cualquier momento y mirar debajo de las camas. Lo hicieron tanto con el rey de Navarra como con el duque de Alençon; y estas personas se contaban entre los principales ejecutores de la Noche de San Bartolomé. Así era entonces la situación en Soissons.

D'Armagnac, que dormía en la habitación de su señor, tenía que dejarse registrar cada vez que regresaba. Pero no solo él: la reina de Navarra fue detenida cuando se dirigía hacia su esposo. Al final, obtuvo permiso para hablar con él con la puerta abierta. A causa de los espías, habló en voz baja y, además, en latín.

«Mi querido señor, me ha ofendido profundamente», dijo ella con dulzura y tristeza. «¡Yo, que tanto he hecho por salvarle! ¡Incluso los médicos creyeron que estaba embarazada! ¡Ay! No lo estaba, y presiento que nunca lo estaré. Cuando me pareció que había llegado el momento, incluso lucía un vientre abultado. Mi madre, sin embargo, no es tan fácil de engañar como los médicos, y no quiero hablar de lo que me sucedió. Pero mientras yo solo pensaba en su bienestar, ¿qué planeaba usted?».

«Nada en absoluto», aseguró Henri con indiferencia. «¿Qué iba a planear? ¿No ves que tu querida madre solo busca un pretexto para matarme?»

«Con razón», sentenció Margot —otra Margot, la princesa de Valois—. «Porque usted es un enemigo de nuestra casa, a la que quiere derrocar». La otra Margot estaba furiosa por su falta de sinceridad y tenía una voz dura.

Henri se mantuvo imperturbable. «¡Ah! ¿Tú crees en esa conspiración? ¡Que yo habría llamado al gordo Nassau al país!». Hinchó las mejillas e imitó de la forma más convincente a un hombre corpulento. Ella no se rió, sus hermosos ojos lloraban.

«¡Incluso a mí me mientes, ahora mismo!», logró decir.

Él siguió negándolo, bromeaba descaradamente, hasta que ella perdió por completo la paciencia. Furiosa, gritó, esta vez en lengua

vernácula: «¡Eres tonto, nada más que tonto! Te involucras con mi hermano d'Alençon y crees que guardará tu secreto».

«Lo ha guardado celosamente», afirmó Henri, solo para tentarla. Ella perdió por completo la compostura, inclinó el torso hacia delante y gritó: «¡Te ha traicionado!». Entonces él la provocó aún más.

«Como mucho a una sola persona, a quien yo conozco». Margot, rápida y sin pensar: «Tonto, yo la conozco mejor. No se lo pensó dos veces y se lo contó todo a su madre».

Esa fue su confesión. Ella misma era la chivata. Tras esa revelación, se sintió aterrada y se replegó hacia la puerta. Él, sin embargo, ni por un momento pensó que se hubiera extralimitado con ella. De buen humor, le gritó: «¡Ahora lo sé de verdad! Te lo ha contado La Mole».

Este La Mole era uno de esos hombres guapos que se enorgullecen de sus miembros, como Guise. Margot tenía debilidad por él; siempre acababa volviendo al mismo tipo de hombres. Henri lo comprendía, por eso mencionó a La Mole, como si Margot ya estuviera lo suficientemente unida a él como para que él pudiera haberla puesto al corriente del secreto de su cómplice d'Alençon, con lo que ella habría corrido sin demora a contárselo a su madre. Así sonaba, y todo esto se lo echó en cara riendo cuando le gritó: «¡Lo has oído de La Mole!».

Ella se mordió los labios; pensó: «Tú lo has querido, te convertirás en un cornudo». Una vez decidido esto, recuperó su dulzura. Se acercó, se inclinó y suplicó: «Mi querido señor, que no quede nada entre nosotros dos de este insignificante malentendido».

Se marchó. Él la vio alejarse y pensó en su venganza, como ella en la suya.

¡Prisa! ¡Prisa! Las conspiraciones se sucedían imparables, como los días del Palacio del Louvre, como los meses, y pronto serán años. Se prepara un gran golpe para una mañana de febrero, la corte se encuentra precisamente en Saint-Germain. Enrique y su primo Condé salen a cazar y ya no volverán. El reino se levantará, todos los «moderados» ya esperan, católicos y protestantes. Los gobernadores de las provincias se suman, se ha ganado una guarnición. Los príncipes solo tienen que cabalgar hasta allí con cincuenta caballos y estarán a salvo. En lugar de eso: detención, colapso, la inevitable y miserable renuncia de Navarra a todas las empresas como esta, y el juramento de no volver a apoyar en el futuro a otros rebeldes si quieren perturbar la paz; al contrario, actuará con firmeza y lealtad contra ellos. Henri firma todo eso y ni siquiera se lo cree mientras sostiene la pluma. Madame Catherine tampoco le cree. El Rey Mochuelo es, por una vez, una mente inquieta y casi tan loco como su hijo d'Alençon, que el día decisivo no sale a cazar, sino que se queda en la cama. Solo se puede confiar en la desunión de los conspiradores y, luego, en el traidor, que nunca falta. Siempre hay alguien que lo delata todo. En Saint-Germain es La Mole, el hombre de las hermosas extremidades, gracias al cual el rey de Navarra se ha convertido ahora felizmente en un cornudo. Lo que La Mole oculta, lo revela el hombre de las dos narices, con tal de salir del apuro.

Madame Catherine le perdonó entonces de verdad: era su hijo y, además, no había que tomarlo en serio. Con indulgencia, pero también con desdén, trató al príncipe de Condé, dejándole partir

para que gobernara la provincia de Picardía en nombre del rey. Él, en cambio, huyó a Alemania: a ella le daba igual. No, Madame Catherine, en realidad, solo desconfiaba de uno, al que llamaba con aparente desprecio «el reyezuelo». Un reyezuelo es un pajarito, pero para ella aún no era lo suficientemente pequeño. Había renunciado a la separación de su matrimonio desde que su hija lo engañó. ¡Que sus piadosos hugonotes se enteraran de eso, sin duda subiría en su estima! ¿Qué pensarían o esperarían de él? Para salvar su vida, se había vuelto católico una vez más. Gastó el resto de su buena reputación en empresas temerarias y renunció a ellas, una tras otra, cada vez que fracasaban. Navarra tocó fondo cuando, para traicionar al rey, se alió con el amante de su esposa.

La corte se encontraba entonces en Vincennes; el margen de maniobra era aquí aún menor para todos aquellos a quienes Madame Catherine tenía en el punto de mira. A pesar de ello, se embarcaron en nuevos planes, o más bien en los mismos de siempre: huida, revuelta, la ayuda de tropas alemanas; pero esta vez la empresa partió incluso del propio traidor. El mismo La Mole que los había entregado recientemente: se pusieron en sus manos. En Saint-Germain lo habían conocido, en Vincennes ya estaba olvidado. ¿Qué es esto? ¿Acaso d'Alençon está loco y Henri amargado porque ha tenido que dar explicaciones humillantes? Da igual, nadie actúa así estando lúcido, en una corte donde todos saben que están bajo vigilancia, especialmente Navarra y el primo Francisco —por no hablar de que tampoco se fían el uno del otro. Pero existe un impulso vacío de actuar que es como un sueño inquieto. Ambos jóvenes saben quién es La Mole: un traidor por naturaleza y, además, amigo de la princesa, que siempre está bajo el

hechizo de su terrible madre y le contará todo. ¿Acaso Margot ha incitado incluso a su amante, por orden de su madre? Madame Catherine quiere saber por fin quién está dispuesto a traicionar y cómo son la conspiración y la acción de sus enemigos, si les permite llegar hasta el sangriento final y el juicio penal.

Pero la conspiración tenía este aspecto: dos jóvenes príncipes que, por diversas razones, estaban locos de remate y caminaban sobre las manos, con la sangre en los ojos y sin ver nada. A ellos se sumaban varios grandes señores, de esos que se consideran especialmente sensatos, moderados y leales. Quieren entender más que una sabia y anciana reina y lo demuestran sentándose en la misma tertulia con aventureros, un alquimista, un astrólogo y un espía. Este último instruía a Madame Catherine día tras día, y aquellos eran días tal y como a Madame Catherine le gustaban: llenos de tensión intelectual y de la feliz superioridad de un gato que vigila invisiblemente al pajarito. Por fin, tras saltar sin sentido durante demasiado tiempo, quiere emprender la huida: entonces, la pata ataca.

El duque de Montmorency, pariente del difunto almirante, así como el mariscal Cossé, desaparecieron en la Bastilla. Fueron ejecutados en público en la plaza de la Grève los dos cabecillas, un conspirador italiano y, junto a él, lo que resultaba especialmente divertido para una conocedora como Madame Catherine, ese La Mole, su propia herramienta, sin que él se diera cuenta. ¡También había sido el novecito de su hija enamorada, y qué cara puso cuando le cayeron la cabeza! Al menos le recordaba a una viuda de Oriente. Margot se quedó con la cabeza cortada, le hizo aplicar inyecciones para que se conservara en toda su belleza masculina;

también le incrustó piedras preciosas; y así lo llevaba consigo a todas partes, hasta que un nuevo hombre la conmovió y la cautivó. Entonces enterró la cabeza por precaución en una caja de plomo.

En cuanto a los demás conspiradores, los astrólogos son aptos para escudriñar el firmamento en busca del destino de los grandes; los alquimistas, por su parte, deben determinar el futuro a partir de los vapores de los metales. Madame Catherine no se atrevió a matar a dos personas tan iniciadas. Asumió sin más que, aunque los sabios habían engañado a sus compañeros de conspiración, a ella le darían predicciones fiables.

No así procedió con su yerno Navarra. Bien, también su tonto hijo d'Alençon tuvo que soportar vergonzosos interrogatorios y presentar al prisionero. Pero a su pajarito, la anciana lo llevó consigo en su carruaje. Con la mirada cálida y cariñosa posada en él, en horas de alegre disfrute lo llevó de vuelta a París y al palacio del Louvre. Él había supuesto que no volvería a pisarlo tan pronto. Ahora se encontró con que las ventanas de su habitación estaban enrejadas, y ¿a quién, a quién se le había encomendado especialmente su persona? A su buen amigo, el capitán de Nançay. El prisionero estaba en buenas manos.

Se dio cuenta de ello y reflexionó. Este fue el golpe de la repentina estancia tras demasiado movimiento desordenado. Un temblor de desolación invade a posteriori los miembros, y la cabeza está cansada como nunca.

«¡Señor!», aconsejó d'Armagnac. «¡No se quede demasiado en la cama! ¡Baila y, sobre todo, déjese ver! Quien se encierra despierta desconfianza, y ya le alcanza con la que tiene».

Enrique respondió: «Para mí se ha acabado».

«Para usted ni siquiera ha empezado», le corrigió el primer camero.

«No se puede caer más bajo», se lamentó el desdichado. «He llegado al peldaño más bajo, y ese es el más seguro», añadió curiosamente. D'Armagnac encontró el discurso incoherente. Henri le preguntó de hecho: «¿Estaba yo loco? —¿Por qué —preguntó además— he hecho todo esto? Sabía cómo tenía que acabar».

«Nadie lo sabe de antemano», objetó d'Armagnac. «El azar decide».

Henri dijo: «Pero debería decidir mi razón, ¿y dónde la tenía? Nuestras intrigas nos confunden la mente cuanto más nos adentramos en ellas. Eso ocurre porque hay otros involucrados, y ellos son inciertos. Incluso yo mismo me vuelvo incierto. Créeme, d'Armagnac, la mayoría de las acciones se llevan a cabo con la cabeza hacia abajo».

Muy sorprendido, d'Armagnac comentó: «Esas no son palabras suyas, señor».

«Lo oí de mi noble, a quien conocí antes de La Rochelle: sus palabras me habían conmovido profundamente, y lo incomprensible es precisamente esto: apenas las oí, las olvidé y me precipité en acciones que nublan la conciencia».

«No vuelva a pensar en ello», aconsejó el primer camero.

«Al contrario, no quiero olvidarlo nunca». Enrique se levantó de la cama, se puso de pie y dijo con franqueza: «¡No quiero a ningún comandante a mi lado! En adelante, yo mismo seré mi propio general».

Con ello, sin embargo, sacaba una conclusión muy particular de la frase de que la mayoría de las acciones se realizan con la cabeza hacia abajo. El noble de La Rochelle no habría razonado así en su caso. Sin embargo, precisamente él era consciente de que todas las verdades son dobles, y los ejemplos de la Antigüedad le transmitían el espíritu de un joven de veinte años que no tiene las manos pesadas. Este atrapa los pensamientos como pelotas, salta, sabe ensillar un caballo. «Yo, al comienzo de la vejez; él, el arquetipo de la juventud que dejo atrás y que poco he conocido»: así pensaba Michel de Montaigne allá atrás, en su provincia, pues tampoco él había olvidado nada de aquella conversación en la orilla del mar.

La muerte y la nodriza

Índice

Carlos IX habría cumplido veinticuatro años el mes siguiente; pero aquel 31 de mayo de 1574 yacía postrado y estaba a punto de morir. Ocurrió en Vincennes.

Todos estaban al corriente de ello, por lo que el castillo temblaba de inquietud, que a menudo degeneraba en alboroto. Los partidarios del rey de Polonia afirmaban que este llegaría lo suficientemente pronto al país como para castigar a todos los traidores; y así llamaban a los seguidores del hombre de las dos narices. De ahí las voces enaltecidas y el tintineo de las armas, pero eso no era todo. Bajo las bóvedas se daban órdenes en voz alta, todas las salidas estaban ocupadas y resonaban especialmente los pesados pasos de los guardias ante las dos puertas que Madame Catherine vigilaba con mayor severidad. Estas ocultaban a su hijo d'Alençon y al Reyezuelo —quienes hacían bien en permanecer dentro y dejarse vigilar. De haber salido, ninguno de ellos habría llegado muy lejos. Cualquier grito sedicioso de sus amigos la habría puesto en peligro al instante. Hoy reinaba la muerte, pues el rey moría. Su madre lo había arrastrado hasta Vincennes en sus últimos momentos. Este castillo era más manejable que el Louvre. Ni un pueblo impredecible ni los adversarios de su favorito, d'Anjou, podrían interferir aquí si ella lo proclamaba rey. ¡Rey! —Ya era el tercer hijo. Hoy había muerto el segundo, le tocaba al tercero, y aún tenía un cuarto en la recámara. Si cada uno solo se ocupaba de algo, Madame Catherine podría seguir aliviándoles las preocupaciones del reino y seguir siendo quien era —para siempre, pensaba ella—. Porque para los hombres de acción todo es presente; el futuro y el pasado

desaparecen en él. Carlos IX, por ejemplo, nunca ha vivido, ya que debe morir. Su madre fue la última en ocuparse de él. Yacía solo.

El médico se había marchado tras envolver al moribundo en paños untados con bálsamo para detener la hemorragia. Pero Carlos había comprendido que el médico ya no albergaba la más mínima esperanza de que el sangrado pudiera detenerse. Solo quería ahorrarle al enfermo la visión de cómo se formaban por toda su piel manchas rojas —y que él mismo tampoco se sintiera el olor. El aroma del bálsamo enmascaraba el olor a sangre —solo por un tiempo, pensó Karl—, y, aunque el vendaje aún estaba fresco, Karl olfateaba y nunca perdía de vista cómo olía su última hora. Había sido un joven fuerte. Para morir le quedaba toda la fuerza que la vida ya no quería recibir de él: la fuerza del conocimiento, la fuerza de la entereza.

Pensó: «Ambroise Paré, mi médico, vendó una vez al almirante. El médico también habría perecido con el almirante; solo escapó por el tejado. ¡Quién más podría escapar por el tejado! Lo sé, lo sé; y no sabría nada de esto si el almirante no hubiera muerto por mi culpa. Sé por qué hay ruido ahí fuera. Por qué me han traído aquí con tanto dolor. Por qué ahora yago solo y ya nadie pregunta por mí». —«Tengo que morir», dijo en voz alta.

«Es cierto, señor», respondió su nodriza. Estaba sentada en un baúl tejiendo. Cuando su protegido abrió los ojos y habló, se levantó; le limpió la cara. No le dejó ver el paño.

«Está bien, nodriza, que no hables como el médico y quieras engañarme. Lo sé, y estoy de acuerdo: por lo demás, ya no me queda nada por demostrar. No quiero ser como los demás, que al final saltan de la cama, gritan e intentan huir. ¿Adónde irían, y para

qué? Aunque sin duda tendría fuerzas suficientes para levantarme, sorprender a la corte y a mi madre con mi camisón blanco, con la frente ensangrentada, y poner a todos en fuga».

«¡Tú eres el rey!», le recordó ella alegremente, llena de esperanza imprudente. Porque ella era la única que no se apartaba de él. Durante veinticuatro años menos un mes había sido, gracias a él, una persona de rango. También había podido comprar tierras suficientes para tener asegurado su futuro; y apenas había cumplido los cuarenta, una mujer hermosa y robusta. Pero tu rey no muere sin que tú, nodriza, lo acompañes un trecho en la oscuridad. Sí, sus últimos movimientos y sus sonidos de despedida se unen a sus primeros balbuceos y llantos iniciales. En aquel entonces lo sostenías sobre tus muslos, que se tensaban con orgullo, y contra tu pecho generoso. Así es como piensas, nodriza, volver a llevarlo por última vez.

No gritar ni huir, había decidido; en cambio, suspiraba, gemía y expresaba su horror. Veía fantasmas, ya a plena luz del día, y oía voces salvajes que no eran de vivos. «¡Ay, nodriza! ¡Cuánta sangre, cuántos han sido asesinados! Me aconsejaron mal. ¡Que Dios me perdone y sea misericordioso conmigo!».

«¡Rey! ¿Nos has odiado a los protestantes? No; pues has absorbido nuestra fe con mi leche. Sire, toda la sangre de los asesinados recae sobre aquellos que los odiaron. Tú eras un niño inocente, Dios no te culpa de nada».

«¡En qué han convertido a tu niño inocente!», se lamentó él. «¿Se puede entender? Yo... nada de lo que he hecho me pertenece realmente, y nada de lo pasado puedo llevarme conmigo. Ante Dios,

cuando me pregunte por la Noche de San Bartolomé, responderé impotente: ¡Señor! Me quedé dormido».

Su voz se redujo a un susurro, el enfermo se quedó dormido. La nodriza lo secó con un paño limpio y ahora lo extendió. Su rostro había dejado una huella sangrienta en él.

Como respiraba profunda y audiblemente, le quitó la almohada de debajo de la cabeza, de modo que yacía estirado en toda su longitud, y a continuación hizo algo que él no debería haber notado tanto como el paño ensangrentado: le tomó las medidas. Con sumo cuidado midió el cuerpo de su rey, al que, según su oficio y privilegio, yo debía acostar en el ataúd, como al principio en la cuna. Ninguna de las dos cosas le resultaba más difícil que la otra: era una mujer fuerte. Él, en cambio, volvía a pesar poco. Durante mucho tiempo solo lo había visto aumentar de volumen y peso. Por un tiempo había tenido un color rojo intenso, sus movimientos eran amplios, su voz retumbaba. Lo contempló, ahora de nuevo delgado y pálido, y pronto también completamente inmóvil. Entre el principio y el final, él había derramado la sangre de muchas personas, pero la suya se le había ido lentamente. Ella sintió que ambas cosas habían sucedido de forma imparable, con fines indescifrables. Lo que queda es: «Yo, la nodriza, lo acuesto en el ataúd». Ella aceptó todo tal y como era, mantuvo los ojos secos.

Había caído la tarde, la tarde antes de Pentecostés: entonces Karl despertó. La nodriza lo supo solo por su respiración. Encendió la luz y vio que había dejado de sangrar. En cambio, ahora estaba extremadamente débil; con esfuerzo levantó la mano para indicarle lo que quería. Ella no lo entendió, aunque lo sentó y acercó el oído a sus labios. «Navarra», susurró él, y ella lo adivinó.

Gritó la orden del rey hacia la puerta, los guardias la transmitieron y alguien corrió a llevarla. El oficial no acudió a Henri, sino, naturalmente, a Madame Catherine. Ella fue, pues, la primera en llegar junto a su hijo moribundo. La nodriza le había lavado el rostro; parecía blanco como la piedra e indescriptiblemente hostil ante cualquier intromisión de los vivos. Madame Catherine, con la naturaleza sanguinaria de una asesina, se topa con algo extraño, nada habitual. Así no mueren los demás. ¡Demasiado distinguido! No lo conozco. ¡Nunca salió de mi vientre! Menos mal que aún se espera a alguien más aquí.

Henri de Navarra, entretanto, recorría un camino de angustias: por estrechos corredores abovedados, erizados de hombres armados. Se le helaba la sangre ante tanto hierro desnudo, las arcabuces, las alabardas, las partesanas. Reconocía a la Muerte, no de otro modo que el propio Carlos; pero conservaba aún toda su sangre, y también los pies para echar a correr. En efecto, se detuvo y habría dado media vuelta. Con todo, llegó, entró y se arrodilló. Desde la puerta hasta los pies del lecho avanzó Henri de rodillas. Allí oyó lo que Carlos exhalaba:

«Hermano mío, ahora me pierde usted; pero usted mismo hace tiempo que ya no estaría con vida. Yo solo he impedido a los otros aquello que se proponían. Por ello, en adelante querrá usted ocuparse de mi esposa y de mi hijo. En adelante», repitió; y por más quedo que hablase, la palabra resonó.

›¡Él sabe que debo ser rey de Francia! Quien muere, ve en el porvenir.‹

Así es, de ahí el gran malestar de Madame Catherine. Sin embargo, los horóscopos y los vapores de los metales se oponen a la palabra del moribundo. No obstante, tales palabras tienen graves consecuencias, ¡por eso hay que tener cuidado! Carlos lucha por dejarle algo más a Enrique. Debe de ser una advertencia, eso se le nota. «No confíes en mi...», comienza, pero ella ya se interpone. «¡No digas eso!». Como Karl estaba ya definitivamente agotado y cayó de nuevo sobre la almohada, quedó sin resolver a quién debía temer más Henri, si a d'Anjou, que lo odiaba, o a d'Alençon, su propio y poco fiable compañero. Decidió tener cuidado con ambos.

Madame Catherine abandonó la habitación del moribundo cuando se convenció de que Carlos ya no volvería a hablar; Henri esperó, siempre de rodillas, hasta que comenzó la agonía.

Finalmente, solo quedó la nodriza junto a su protegido. Inclinada sobre él, recogía sus suspiros, no como si sintiera empatía por quien ya no sentía nada, sino simplemente para determinar con exactitud cuándo se detendría el último. Ella lo sabía bien: en aquel espíritu que se desvanecía solo rondaba lo más primitivo, lo olvidado hace tiempo, desconocido para nadie más que para ellos dos. A ella le vino a la mente al mismo tiempo que a él, y, junto al moribundo, regresó a los viejos tiempos. Solo sus breves suspiros movían sus labios, pero ella entendía «bosque», entendía «noche» y «cansado». El niño se ha perdido en el bosque de Fontainebleau, ahora tiene miedo en la oscuridad. Esto sucedió en tiempos pasados, y vuelve a suceder ahora. Ella tararea las palabras en su lugar. Las palabras repetidas monótonamente se encadenan sin querer, y ella tararea:

«Mi niño, ya hace frío,
Ya está anocheciendo, niño,

Ya es de noche en el bosque,
Ya hace frío en el viento».

Tararea durante un buen rato, hasta que se queda dormida.

«Tan pequeña, no encuentras el camino...»

Aquí se da cuenta en secreto: algo ha sucedido.

«Tan cansada y sin descanso...»

Por Dios, fue el último, fue su último suspiro. Inmediatamente se endereza y, cerrándole los párpados, dice con fuerza:

«Pero yo, la nodriza, te acostaré
en el cofre seguro».

Moraleja

Índice

La desgracia puede brindar una oportunidad inesperada para aprender de la vida. Un príncipe de tan buena cuna no parecía destinado a verse abrumado por la adversidad. Intrépido, haciendo caso omiso de las advertencias, cayó en la miseria como en una trampa. Imposible salir de ella: así que va a aprovechar su nueva situación. A partir de ahora, la vida le ofrece otros aspectos distintos de los que solo están al alcance de los afortunados de este mundo. Las lecciones que le imparte son severas, pero también mucho más conmovedoras que todo lo que le ocupaba en tiempos de su alegre ignorancia. Aprende a temer y a disimular. Esto siempre puede ser útil, al igual que, por otra parte, nunca se pierde nada al sufrir humillaciones, al sentir el odio y al ver cómo el amor se va muriendo a fuerza de ser maltratado. Con talento, se profundiza en todo esto hasta convertirlo en conocimientos morales bien asimilados. Un poco más, y será el camino de la duda; y tras haber vivido la condición de los oprimidos, un joven señor que antes no dudaba de nada se verá transformado en un hombre avispado, escéptico, indulgente tanto por bondad como por desprecio, y que sabrá juzgarse a sí mismo mientras actúa.

Habiendo actuado sin ton ni son, en el futuro no actuará más que con sensatez y desconfiando de los impulsos demasiado precipitados. Si entonces se puede decir de él que, por su inteligencia, está por encima de sus pasiones, será gracias a aquella antigua cautividad en la que las había penetrado. Es cierto que había que estar maravillosamente equilibrado para no caer en la perdición durante aquella larga prueba. Solo una naturaleza templada y

moderada podía entregarse impunemente a las costumbres relajadas de aquella corte. Solo ella podía también aventurarse en lo más profundo de un pensamiento atormentado sin dejar de ser capaz de recuperar esa serenidad de alma en la que se llevan a cabo las grandes acciones generosas, e incluso las simples realizaciones dictadas por el sentido común.

¿Qué le pasaba a Margot? De repente, se declaró dispuesta a ayudar a ambos, al rey de Navarra y a su hermano d'Alençon, a huir. Uno de ellos debía sentarse a su lado en el carruaje, disfrazado de mujer, cuando saliera del Louvre. Ella tenía derecho a llevar una acompañante, y esta podía llevar una máscara. Pero como los fugitivos eran dos y ninguno quería ceder, el plan quedó en nada, como tantos otros. Por cierto, Henri nunca había creído en él, ya que demasiados habían fracasado. Encontraba encantador el entusiasmo de Margot y, por eso, no se negó. Al ver su gran desgracia, ella se arrepintió de haberlo traicionado un día ante su madre. Eso lo conmovió, aunque también comprendía su motivo personal. Ella quería vengarse de Madame Catherine por la muerte de su La Mole.

Incluso durante el solemne funeral de Carlos IX, cuarenta días después de su muerte, Henri no tenía otra cosa en la cabeza que fugarse, y luego otra vez, cuando una barca iba a recogerlo en el Louvre para llevarlo al otro lado del río. En aquel momento, el fracaso lo enfureció profundamente, profirió las amenazas más imprudentes, con lo que todo quedó zanjado. De ahí en adelante, podían presentarle las ideas más tentadoras. Un Navarra tranquilizado les respondía. Ya no había rastro de nuevas resoluciones. Pero si se discute demasiado las cosas, todo se vuelve dudoso, tanto en cuanto a la viabilidad como a la conveniencia. Esto no solo se aplica a los planes de fuga, sino a todos los aspectos de la vida. Navarra hablaba mucho y con todos. Por la noche tenía a las mujeres, durante el día a los hombres. Cada uno podía creer que

Navarra lo entretenía, se burlaba de él o lo escuchaba con reverencia. Para unos era el señor más divertido de la corte, otros buscaban en él sentimientos elevados, mientras él los llevaba por el camino de la mano. Incluso sus raras muestras de sinceridad estaban destinadas a ser contadas y a reportarle beneficio. Siempre que podía, expresaba su admiración por Madame Catherine. Al escucharlo, la Noche de San Bartolomé parecía una obra maestra. Lo único dudoso era dónde se manifestaba con mayor fuerza el genio de la reina: si en que Jeanne y Coligny tuvieran que morir, o más bien en que a Enrique se le permitiera vivir. «Con el aumento de la perspicacia», dijo, «eso también me quedará claro. Hasta ahora, es cierto que no sé por qué vivo. Pero mi madre y el almirante han sido sacrificados por motivos bien ponderados. Solo un necio albergaría deseos de venganza. Yo solo soy joven y ávido de aprender».

La anciana se enteró de esto y, aunque tal vez solo le creyera la mitad, fue precisamente su falta de fiabilidad lo que le ganó su corazón. Él, a su vez, se sintió atraído por ella, precisamente porque ella lo tenía en su poder. Ambos se provocaban y entretenían mutuamente, como solo el peligro puede hacerlo. En algunas ocasiones, ella permitió que entre ellos se dieran las confidencias más extrañas. Una noche le confesó expresamente que él no era, ni mucho menos, su único prisionero. Ni siquiera el rey, su hijo predilecto, era libre. Lo retenía mediante pociones mágicas —dijo ella, guiñándole un ojo.

El rey Enrique, tercero de ese nombre, había viajado desde Polonia bajo diversos disfraces. En Alemania podrían haberlo capturado. Eso no había sucedido, pero aquí, en su propio castillo del Louvre, era prisionero de su madre y de sus italianos, que se

habían alzado tanto a canciller como a mariscal. Solo los extranjeros —también esto se lo confesó a su amigo Navarra, mientras el viento nocturno del treinta de enero hacía tintinear los cristales—; solo los extranjeros deben dirigir una nación. El aventurero extranjero nunca teme derramar su sangre. Que se muera si él no puede gobernarla. Pero esa es la ley que se le impone, de lo contrario las naciones se vuelven imprudentes como consecuencia del bienestar. A los franceses, en particular, les gusta escribir sátiras. ¡Mejor que la gente se estremezca a que se ría! «¡Es cierto, señora!», exclamó Henri entusiasmado. «Y yo solo me pregunto cómo recompensaría usted a todos sus compatriotas inmigrantes con propiedades, si no fuera por el buen recurso de estrangular en la cárcel a los propietarios franceses».

Madame Catherine entrecerró un ojo, con lo que confirmó la veracidad de sus palabras.

«Uno de los estrangulados, cuyas propiedades usted confiscó, había sido incluso el secretario de su hijo, el rey».

«¡Díselo! Nadie ha tenido aún el valor de hacerlo». Así habló la anciana reina, pues, en un momento de intimidad, tuteaba al reyezuelo. Le dio una palmada en el muslo y adoptó un nuevo tono, que sonaba burlón y a la vez misterioso.

«Rey de los setos», dijo ella. «Tú eres el indicado. Te he observado durante mucho tiempo y me he convencido de que no te importa un poco de traición. A los hombres les persiguen los prejuicios. ¿Qué es la traición? La habilidad de seguir el curso de los acontecimientos. Eso es lo que haces, y por eso te desprecian tus

protestantes, tanto en el país como dentro de los muros del Louvre, tantos como quedan aquí».

Henri se sobresaltó al oír esto. «¿Qué pensarán de mí el señor almirante y mi querida madre, ya que escucho a esta anciana en lugar de estrangularla? Pero eso ya vendrá. Mi venganza se prepara lentamente y será tanto más completa».

En su rostro, sin embargo, no se le notaba nada de esto; mostraba disposición y una inocente complacencia. «Es cierto, señora, que he echado a perder por completo mi relación con mis viejos amigos. Por eso, señora, querré complacerla aún más».

«Especialmente, pequeño mío, si a cambio obtienes permiso para moverte un poco. Ahora te gusta jugar a la pelota con Guise, y eso es inteligente por tu parte, teniendo en cuenta que él pisoteó el rostro del difunto Coligny. Pero también debes salir del Louvre con él cada vez que él salga».

«Sale mucho. Sobre todo, sale a montar a caballo».

«Debes ir con él y montar a caballo, para que yo sepa siempre dónde ha estado. ¿Lo harás por mí?».

«¿Puedo salir del Louvre? ¿Todos los días? ¿Por la puerta? ¿Por el puente? ¡Lo que usted ordene, Madame, se hará!».

«No es que le tenga miedo a Guise», aseguró la reina. Su nuevo aliado lo confirmó con convicción: «¡Es tan vanidoso como Lotringia con sus extremidades! ¡Tiene una barba rubia, y al pueblo le encanta!».

«Es un burro», dijo ella con igual rotundidad. «Incita a los católicos. No sabe para quién trabaja. Para mí. Porque pronto necesitaré otra masacre; los protestantes no dan tregua, ni siquiera

tras la Noche de San Bartolomé. Pues tendrán que sufrir otra. Guise debe incitar a los católicos, y a ti te permito enloquecer a los hugonotes. Diles en París que sus armas nos derrotan por todas partes. Por desgracia, no es del todo falso. Pero en las provincias haz saber que aquí pronto habrá un levantamiento, ¡y que más vale que llegue! ¿Lo llevarás todo a cabo como es debido, Zaunkönig?».

«¿Puedo cruzar el puente a caballo? ¿Y también ir de caza? ¿De caza?», repitió él y se echó a reír, tan infantilmente se alegró el prisionero. Madame Catherine le sonrió con indulgencia y desdén. Ni siquiera la anciana más astuta distingue siempre, en una alegría genuina, la astucia que, sin embargo, se esconde tras ella. Un prisionero hace bien en mostrarse aún más humillado de lo necesario, y quien espera su hora debe mostrarse aún más indeciso.

Cuando Henri se despidió de su noble amiga, se topó ante la puerta con d'Aubigné y Du Bartas. Por lo general, los dos apenas aparecían juntos; su prudencia se lo prohibía. Solo que esta vez no habían podido resistirse, ya que su señor conversaba sin fin con la odiada asesina. Se había convertido en un enigma para ellos. Aunque lo querían como siempre, ya no sabían hasta qué punto podían confiar en él.

Insatisfecho, se dirigió a ellos. «No os esperaba ante esta puerta».

«Nosotros también hubiéramos preferido encontrarnos con usted en otro lugar, señor».

«Pero no podemos», añadió uno de ellos.

«D'Armagnac no nos deja acercarnos a usted», explicó el otro. Por turnos, los dos se quejaron con voces ásperas: «Nos deja de

lado y se relaciona con nuevos amigos. Pero esos son los viejos enemigos. ¿Acaso lo ha olvidado todo? ¿A quién le debe gratitud —e incluso a quién debe vengar?».

Se le llenaron los ojos de lágrimas al oír hablar de su venganza. Se volvió para que no lo vieran. «La nueva corte», dijo, «es alegre, pero ustedes siguen queriendo estar tristes. Bajo Carlos IX yo también fui un rebelde, ¿y de qué me sirvió? La venganza, ¿qué sabéis vosotros de la venganza? Si uno se aferra a ella, se hace más profunda, cada vez más profunda, hasta llegar a ser insondable».

Hablaron de todo esto ante la mirada de los guardias suizos, que miraban al aire como si no entendieran nada.

Los dos antiguos compañeros murmuraron: «Pero no haga nada, señor, entonces actuarán los otros: los conocidos participantes de la Noche de San Bartolomé. No se conforman con la alegre corte y menos aún con las iglesias. Debería oír lo que se predica allí».

«Que deben convertirse; de lo contrario, también a ustedes los matarán. ¡Conviértanse! Yo también lo he hecho».

Ante tal horror, no pudieron responder. Él continuó: «Pero si no queréis ceder, entonces atacad vosotros primero. Sois fuertes. Varios cientos de la religión siguen vivos en París. Quizá no tengan armas, pero tienen a Dios».

Entonces siguió su camino, y, atónitos, ni siquiera intentaron seguirlo. «Se burla de nosotros», se susurraron unos a otros. Ni siquiera los suizos debían oír esto. Intentaron justificarlo ante sí mismos. «También puede haber sido una advertencia para que no nos metamos en ninguna revuelta. Dar a entender lo verdadero mediante la falsedad: eso sería propio de él. Por cierto, antes lloró,

aunque no debiéramos darnos cuenta. Pero llora con facilidad. Llora al pensar en su venganza, y sin embargo ha salido por esta puerta. ¡De la misma habitación en la que su madre recibió el veneno!».

Coincidieron en que ya no entendían a su señor y en que eran infelices.

La segunda misión

Índice

Henri acudió ante el rey, que se llamaba como él y era el tercer Henri en el trono. A menudo jugaban juntos, un Henri con el otro. En su infancia en Saint-Germain, ambos, ataviados como cardenales, habían entrado a lomos de burros en la sala donde Madame Catherine recibía a un cardenal de verdad. Ahora lo repetían de forma similar, ya como hombres adultos, el rey de Francia y su primo cautivo, cuya madre y todos sus amigos habían perdido la vida allí mismo. A cambio, al día siguiente el rey de Francia se retiró a un monasterio para expiar sus pecados lo antes posible. Expió un tiempo determinado por blasfemias, otro por desvíos carnales y otro más por su debilidad en cuanto a los deberes de gobernante. Se abusaba de él hasta el punto de que era una burla: intrigantes, estafadores, muchachos de placer y, como única mujer, su madre. Regalaba, malgastaba, perdía. En un momento determinado se daba cuenta cada vez de lo que estaba pasando, de su despojo, de su degradación, y caía en el silencio.

Consideraban ese silencio como una amenaza y se esfumaban en cuanto el rey callaba. Pero su silencio no era más que el trágico reconocimiento de su propia impotencia. Una y otra vez le pesaba en el alma que una casa real en decadencia ya no pudiera lograr ni arreglar nada en el mundo ni en el país. «Debería haber tolerancia», le había dicho precisamente hoy a su primo y cuñado. La desesperación se lo arrancó. «La paz sería lo más necesario. ¿Acaso odio a los hugonotes? A los nueve años yo mismo lo fui y tiré al fuego el libro de oraciones de mi hermana Marguerite. Todavía recuerdo cómo mi madre me pegaba y cómo me divertía eso. Hasta

el día de hoy me avergüenzo ante ella por aquel antiguo sentimiento. Ella lo ha olvidado hace tiempo. ¿Adónde voy a parar? La paz entre las religiones debería ser mi preocupación. Pero juré, al subir al trono, que no toleraría en mi reino ninguna otra religión que no fuera la católica. ¿Qué hacer? No expulso a los herejes, como debería, sino que rezo por su conversión. Solo puedo rezar sin cesar».

«Usted puede hacer más», le aseguró Enrique de Navarra, como humilde oyente de Enrique, que ahora se llamaba rey. «Tiene una caligrafía excelente. ¡No deje de redactar circulares y decretos con diligencia! Su diligencia, señor, es el mejor ejemplo para todos nosotros».

Este rey era, en sus tiempos tristes y también hoy, treinta de enero, un escribano, como si hubiera recuperado todo lo perdido al derramar tinta con sus propias manos. Pero siempre se mezclaba sangre en ella, y su buena voluntad resultaba en vano. «Mi secretario Loménie lleva bastante tiempo enfermo», comentó. «Quiero ir a visitarlo».

«¡No lo haga, Majestad! Ha fallecido, solo quiero decírselo. Se le había ocultado la noticia, ya que se encontraba en el monasterio. Se dice que tenía la peste».

Se trataba del terrateniente estrangulado, cuya herencia había pasado a manos de un italiano, y el rey no era la primera vez que se preocupaba por el desaparecido. Con su rostro mal afeitado, que tenía innegablemente un contorno simiesco, examinó rápida y tímidamente la expresión de su primo con ojos agudos. Inmediatamente, su mirada volvió a posarse en el papel de escribir.

«Por esta hermosa vida», murmuró, «no he podido esperar a que muriera mi hermano Carlos».

«¿Acaso no ha merecido la pena?», preguntó el buen primo, sorprendido.

El rey se acurrucó por completo en su abrigo de piel y se puso a escribir. Mientras tanto, el primo Navarra se movía por la habitación, empezaba a hablar solo, se interrumpía y comenzaba otra cosa.

«La nueva corte difiere considerablemente de la antigua. Se nota más de lo que se ve. Bajo Carlos IX, todos estábamos más locos. Se sigue durmiendo igual de a menudo con mujeres y más a menudo con muchachos. Muchos lo están aprendiendo ahora para estar a la última. Yo no, y lo lamento; pues así me queda vedada una cierta parte de la naturaleza humana».

«Gracias a Dios», intervino el rey, que estaba escribiendo. «Los muchachos son aún más codiciosos que las mujeres. Además, se asesinan entre ellos. Me han apuñalado al que más quería».

«Eso no ocurría bajo Carlos», constató Navarra. «Aunque el punto álgido de su reinado fue la Noche de San Bartolomé. El olor a cadáver es más persistente en la nueva corte que en la antigua, eso lo admito. ¡Pero qué bien vivimos por lo demás! Nadie piensa en huir, en rebelarse ni en la incursión armada de los alemanes. He aprendido la lección, no moveré un dedo».

Esperó, oyó solo el crujir de la pluma y continuó en otro lugar. «Guise y yo nos hemos hecho buenos amigos, ¿quién lo hubiera pensado antes? Si Su Majestad me concede permiso, montaré a caballo y saldré a cazar. La reina madre me lo ha permitido. Sin

embargo, estaré vigilado a cada paso por aquellos que preferirían no ser mis guardias, sino mis asesinos».

El crujir de la pluma. «Me voy», anunció Navarra. «Llueve, no me apetece salir a cabalgar con mis asesinos pisándome los talones. En mi habitación quiero jugar con el bufón. Él es aún más triste que el rey».

Frente a la puerta, llamaron al prisionero. «Primo Navarra», dijo el rey. «Te he odiado durante mucho tiempo. Pero ahora estás en la desgracia, donde yo también estoy. Ambos se lo debemos a los mismos acontecimientos… y a nuestras madres», dijo con extraña gravedad. Henri se sobresaltó; nunca se le habían presentado las cosas desde ese punto de vista. ¡Su madre habría sido la causante de su desgracia! La pura Juana fue mencionada junto con Madame Catherine: eso le repugnó, y se le olvidó controlar su expresión. Su triste compañero no se dio cuenta; él mismo no se encontraba nada bien. «¿Qué atrocidades tiene ahora en mente?», preguntó, con el rostro ennegrecido por la desconfianza.

«Nada de eso, señor. La reina está de buen humor. ¿Por qué no lo estaría usted también?».

«Porque todavía tengo un hermano», fue la sorprendente respuesta. Enrique no encontró palabras de inmediato. La muerte del hermano mayor no había traído suerte, ¡pero tampoco se desea la del menor! Un rey oriental en su serrallo, y el mundo exterior se hunde ante el gran peligro que debe temer en el palacio, por parte de sus más cercanos. Aquí Enrique ya presentía lo que estaba por venir. El rey despreciaba a su madre por sus atrocidades; sin embargo, su inquieto hermano d'Alençon no le dejaba dormir. ¿A quién tendría que despreciar más al final: a Madame Catherine o a sí

mismo? Se veía cómo el rey luchaba contra su impulso. No sirvió de nada, tenía que sacarlo; pero se mantuvo cauteloso, incluso durante su angustioso arrebato.

«¡Primo Navarra! ¡Libérame de mi hermano d'Alençon!».

«Me conmueve profundamente, Sire, que confíe tanto en mí», aseguró Henri con mesura y una reverencia. Así, no había dicho ni sí ni no. El rey quizá lo interpretó como un sí.

«Entonces», subrayó, «podré creerte». Al acecho, aunque debía de sonar como una broma.

«¿Podré entonces», Henri también lo enfatizó con fuerza, «salir a cabalgar sin mis asesinos?»

«Más que eso. Quien me libere de mi hermano se convertirá en gobernador de todo el reino».

Eso, sin duda, salía de un corazón falso. «Valois, buen hombre», pensó Henri, «vas a conocerme». Y saltó de alegría infantil. «¡Ni en sueños lo habría imaginado!», exclamó y vitoreó. «¡Gobernador de todo el reino!».

«Vamos a celebrarlo ahora mismo», decidió el rey.

La nueva corte

Índice

Los mayordomos ya corrían de un lado a otro, y el Palacio del Louvre, que había permanecido adormecido mientras el rey estaba triste, rejuveneció de repente con la alegría de los jóvenes. Por la noche, las habitaciones reales se habían transformado en tiendas persas. Las velas ardían tras velos bordados, y estos, con su tenue resplandor, formaban tanto el techo como las paredes. Jóvenes severos y pálidos, de labios sonrosados, pestañas ennegrecidas y vestidos con tejidos transparentes, llevaban sables desnudos; custodiaban, en postura inmóvil, una estructura elevada. A ella subían los espectadores, que eran pocos: varios italianos y los señores de Lorena. El duque de Guisa, orgulloso de sus magníficos miembros, se comportaba en todas partes como el propio señor. Su hermano Mayenne había enfundado su gran barriga en seda brillante, de la que colgaba una daga dorada; y luego, de la misma familia, estaba d'Elbeuf, el curioso amigo que al rey de Navarra nunca le aparecía sino en el momento oportuno.

El propio Navarra lucía su vestimenta más preciada y cintas de los colores de su casa fijadas expresamente en ella, para que todos vieran lo orgulloso que estaba de estar allí. La fiesta estaba organizada para hombres y muchachos. Estos debían deleitar a aquellos y, a cambio, ser premiados por ellos. Algunas figuras encantadoras ya bailaban entre sí. Las formas y el atuendo no delataban el sexo, y su gracia ambigua conmovía especialmente a los italianos y al corpulento Mayenne. Navarra les dio la razón; expresó la opinión de que no había tenido seres así entre los rudos montes de su gente, en la apiñada multitud que llevaba quince horas

a caballo y cantaba salmos para su descanso. «Si mis amigos aún vivieran», dijo con ligereza, «se convertirían en muchachos tan dulces».

«Espera a ver qué pasa», aconsejó Guise. «Algunos de ellos han sobrevivido».

«No los conozco», dijo el prisionero. «No estoy del lado de los vencidos. Siempre estoy donde hay...» Quería decir: diversión, pero de repente se dio cuenta de que aquí tenía un enemigo especial.

El canciller Birague, un italiano, había llegado a su cargo gracias a Madame Catherine. Junto con ella y varios de sus compatriotas, había irrumpido una noche en el dormitorio de Carlos IX. Este extranjero de éxito veía en el prisionero de Navarra a un conspirador contra su propio poder. Sin más preámbulos, inició un auténtico interrogatorio: «¿No está usted de acuerdo con un tal d'Aubigné y su cómplice Du Bartas? Esa gente incita a la juventud estudiantil contra un supuesto dominio extranjero, como si en los más altos cargos del reino solo hubiera extranjeros».

»Son mentiras. ¡Eso son mentiras, señor canciller!« gritó Henri con una indignación bien fingida, pero en la lengua del inmigrante. Este, por lo demás, no le creyó ni una palabra. A los loreneses se les podía engañar; al inmigrante, no.

«Sus amigos», espetó Birague, pues la ira lo asfixiaba, «están más cerca de la horca que...»

«Más cerca que yo», completó Henri. «A mí no me atraparán».

«Yo cuelgo rápido y con gusto».

«Pero solo a gente insignificante, signore. Han ahorcado a un capitán miserable que hablaba de cortarles el cuello a todos los

villanos italianos. A mí tendrían que condenarme ante todo el mundo, juzgarme y decapitarme a lo grande. Eso no lo verán. ¿Qué apostamos?».

«Apuesto y pongo como prenda mi mejor gema».

Por ambas partes, todo resultaba muy teatral, como si formara parte de la dulce música, del baile, y estuviera acordado como un burdo interludio.

«¡Señor!», exclamó Henri dirigiéndose al rey de Francia.

El rey había entrado por una rendija en el telón de la tienda persa; de repente se alzó resplandeciente como el sultán de la fiesta. Enrique se arrodilló ante él: «¡Señor! Vuestro visir de corazón duro no tiene más en mente que la rueda y el descuartizamiento. ¿Es por eso por lo que he escapado de la Noche de San Bartolomé?».

«¡Si el difunto rey me hubiera hecho caso!», gritó el canciller Birague. En su furia, su pronunciación se volvió extravagante y su voz sonó como la de un loro ronco. Con esa misma voz había acosado a Carlos IX durante horas, hasta que este enloqueció y ordenó la matanza.

«Ahí lo oye», fue todo lo que dijo Enrique a continuación, pero sintió que tenía a d'Anjou de su lado. Antes d'Anjou y el hombre de la Noche de San Bartolomé, ahora rey —pero rey solo porque su hermano había muerto a causa de su mala conciencia: ¿cómo quedaría entonces la suya propia? No le gustaba en absoluto la presencia de aquellos que le habían ayudado en momentos muy oscuros a convencer a Carlos. Incluso la vista de su madre le resultaba repugnante, al igual que la compañía de sus italianos.

Tenía que soportarla y, por desgracia, admitir a esa persona en sus actos más íntimos; pues, al fin y al cabo, ellos comprendían el encanto de los muchachos. «¡Levántate!», ordenó el sultán persa, con las joyas de su turbante brillando. El primo Navarra saltó, ligero como una pelota. El sultán ordenó: «Eres mi prisionero personal, nadie debe tocarte. ¡Reconcíliate con mi visir!». Lo cual Henri aceptó. Describió una verdadera danza de reconciliación alrededor del canciller. A este, su papel oriental le obligaba a observar todo con dignidad, aunque con los ojos desbordantes de lágrimas. «¡Poderoso visir!», dijo Henri. Se tocó el pecho, pero luego el del canciller, y por casualidad dio justo con una enorme gema. «En Persia se roba mucho», dijo Henri. Afortunadamente, en ese momento sonó una fanfarria que ocultó todo lo que de otro modo se habría oído. Hizo su entrada el ballet.

Se movían con paso ligero sobre las puntas de los pies, agitaban velos y flexionaban hermosas rodillas. Todos eran muchachos, incluso los vestidos de muchacha. Estos brillaban tras los velos con ojos, al parecer, más seductores que los de las mujeres; y, salvo por ciertos rasgos indeseables de la masculinidad, los cuerpos se movían de manera totalmente femenina. Los demás, que seguían siendo muchachos, tendían a las falsas muchachas, no por ello menos recatados, las yemas de los dedos o las rodeaban con los brazos exánimes del cortejo amoroso. Aparentemente, nunca intervenían los músculos. Cuando unos hacían girar a los otros como peonzas o los balanceaban por el aire, uno se veía tentado a creer que no sucedía por la fuerza, sino como consecuencia de un milagro de la gracia.

Aquí había que apreciar a Du Guast. Por lo demás, una figura vergonzosa de modales desagradables, tonto, descarado y venal: aquí estaba en su sitio. Con razón se colocaba en primera fila en cada figura del baile. Los espectadores en la tribuna tenían todos los ojos puestos en él, y él sabía hacer creer a cada uno que precisamente a él le estaban lanzando miradas de amor. Du Guast se arrodillaba ante su dama, como todos los demás muchachos ante sus bailarinas, y le suplicaba en silencio que se dejara descubrir. En realidad, con su homenaje se refería al rey o al sultán, y sin darse cuenta, también apuntaba al canciller o al visir, por no hablar del gordo Mayenne, que sudaba, tal era el bochorno que le habían hecho pasar. Todos estos señores se sentían ahora exaltados e incluso distinguidos, cuando en realidad solo un muchacho bastante pícaro hacía sus payasadas a su costa. En cualquier otro lugar le habrían dado una patada en el trasero o le habrían colgado. Sin embargo, el arte sigue siendo un poder, aunque cada vez sea pasajero.

En ese momento se volvió aún más conmovedora. Se produjo el desvelamiento. ¿Quién hubiera pensado que los rostros humanos podían parecer tan nuevos y maravillosos, al fin al descubierto tras la rigurosa preparación de la danza ensayada? A hombres curtidos se les paró el corazón; pero, ¿cómo habría sido para el rey de Navarra? Pronunció en voz alta una maldición, su maldición habitual. No creía lo que veía. De hecho, se frotó los ojos. «¿Gabriel?», preguntó.

«Él y nadie más», le informó con sorna el gran Guise. «Uno de los muchachos de placer descubre al otro, nuestro Du Guast a tu Léran».

«¡Sal y pelea conmigo!».

«Con mucho gusto, pero no por el chico. Es hermoso, su destino le estaba asignado en la nueva corte».

Henri tenía los ojos húmedos. Quería decirle algo al joven Léran, quien, sin embargo, no alzaba la vista. No obstante, también sus lágrimas se habían coagulado en su día en un vendaje blanco que le cubría el rostro —en la noche de San Bartolomé—. Dos de sus víctimas, Gabriel de Levis de Léran y Carlos IX, yacían entonces uno junto al otro en el lecho de la reina de Navarra. ¿Qué será de nosotros?

Guise le repitió con sorna: «Tú también has tenido seres así entre los rudos montones de tu gente, en la apiñada multitud que permaneció quince horas a caballo y cantaba salmos para reponerse».

Cierto; y qué más quedaba por decir. «Léran tiene razón al transformarse según las necesidades e incluso convertirse en una muchacha». Henri se resignó con ligereza, aguantó también esta humillación tras otras muchas, y nadie sabía dónde acababan todas ellas en el voluble Navarra. Se reía de sí mismo como si fuera un tercero. Su comportamiento no era desagradable; un verdadero observador no lo encontraba ni insensible ni ridículo. Pero solo uno de los espectadores, d'Elbeuf, se preguntó qué era Henri en realidad: ¿un niño, un tonto o alguien con un propósito muy claro? D'Elbeuf respondió: «Un desconocido… en una escuela».

D'Elbeuf es un observador, y por eso no mucho más que eso. Miembro lejano de una gran casa, sin muchas perspectivas ni derechos de sucesión —solo podría estar siempre entre otros, y

estos tal vez no le tengan respeto—. Así que se inventa su propio servicio, basándose en dotes especiales. D'Elbeuf tendría una estatura tan imponente como la de Guise, el héroe del pueblo; solo que se comporta con más desenfado, tiene el pelo de un color entrecastaño y no irradia en absoluto arrogancia. Tiene unos ojos húmedos, leales y muy hermosos, y estos adivinan en Henri el destino ascendente y la fuerza que hasta ahora solo sirve al propósito más básico de la supervivencia. Es el amigo de los días inciertos, que aún no son gloriosos, sino más bien lo contrario. Cuando la suerte se haya decidido, ya no habrá más d'Elbeuf.

Ahora las muchachas, que en realidad son muchachos, sostienen copas doradas en las manos. Las levantan, las hacen girar sobre la punta del dedo y giran ellas mismas al mismo tiempo: todo ello sin que caiga ni una gota por el borde. Por lo que se entiende, esto debe de significar un filtro de amor, y los muchachos, que representan a los muchachos como bailarines, se consumen por él. Sus cuerpos sensuales adoptan posturas que expresan ese anhelo. Las posturas se vuelven cada vez más excitantes, se abren los labios sedientos; y cuando el deseo ya no se puede contener, fluye algo realmente húmedo en su interior. Al menos corre hacia la boca del favorito real, Du Guast: d’Elbeuf lo ve con claridad. Su atención está totalmente puesta en el proceso que concierne a Henri. Du Guast se arrodilla y echa la cabeza hacia atrás; el joven Léran, en el papel de muchacha, inclina el recipiente: d’Elbeuf podría contar las gotas. Con la misma mirada abarca varios rostros, el extrañamente acechante del canciller Birague y el absolutamente extasiado del rey de Francia. Este rey parece conmovido por un trueno, mientras sonríe —al joven Léran. No presta la más mínima atención a su hasta ahora favorito

—lo que por sí solo ya dejaría entrever que algo inusual está a punto de suceder. Pero se manifiesta de tal manera que Du Guast, tras recibir el filtro de amor, arquea el torso hacia atrás, lo contorsiona de forma increíblemente exagerada, grita y pone los ojos en blanco. En una palabra: envenenado. Así tenía que suceder según la ley de las cosas. D'Elbeuf lo habría predicho.

Al mismo tiempo, como si fuera una orden, alguien más grita con la voz de un viejo loro: «¡Señor! Su favorito está envenenado. Su amada es un instrumento de Navarra. ¡Entregue a este príncipe a mí y a la justicia, o tendrá que temerlo usted mismo!».

¿Qué otra cosa podía seguir a unas palabras tan terribles sino la suspensión de la respiración y de todo movimiento? La música se interrumpió, el ballet se paralizó, los espectadores esperaban inmóviles desde sus gradas un espasmo del rey, pero tampoco él se movió. Solo el escenario mismo, la tienda persa, se balanceó ligeramente. Las causantes de ello eran las mujeres, las damas de la corte de Francia, que, excluidas de la misteriosa fiesta, se habían escabullido detrás de las cortinas y se asomaban para espiar. Allí se escondían las damas nobles y las damiselas de honor. Incluso seres de menor rango, del servicio, se atrevían a abrir una rendija, mientras que en la siguiente tiraba la propia reina de Navarra. «¡Qué va a pasar!», pensó Margot en medio del silencio y la parálisis generales.

Pensó: «Esto tiene que pasar en cuanto se deja a los hombres a su aire. Al principio se arreglan como nosotras y, fingiendo delicadeza, se comportan de manera sobrenatural. Por eso, sin embargo, todo acaba en asesinatos y matanzas. Mi hermano real, naturalmente, querrá vengar a su amada envenenada. Entregará a

mi pobre Henricus al villano Birague, a quien le corre la baba por la boca de tanta codicia. ¡Que ninguno de esos groseros sea lo suficientemente refinado como para comprender lo que se está tramando! ¡Y creen que pueden prescindir de nosotras!».

Uno sí era lo suficientemente refinado. D'Elbeuf, de la casa de Lorena, saltó del andamio, levantó del suelo al retorcido Du Guast, lo puso de pie y abofeteó al muchacho hasta que se quedó quieto. «Basta ya de comedia», gruñó. «¡Cuídate de volver a empezar!». Al torcerle la articulación al muchacho, lo obligó a subir al andamio. Lo hizo arrodillarse ante el rey y le ordenó: «Confiesa a Su Majestad quién te incitó a este engaño, quizá no te cuelguen».

Du Guast expresaba con todo su cuerpo el terrible miedo. Fue lo mejor que hizo hoy, por muy bien que le hubiera salido todo lo anterior. Al fin y al cabo, es preferible la autenticidad.

Su cuello se había alargado como el de alguien a quien acaban de cortar la cabeza, pues estos crecen de repente; y giraba ese cuello estirado de un lado a otro, del rey al canciller, del canciller al rey. Al canciller se le caían las mejillas, al rey se le hinchaba una vena maligna. Du Guast sintió el puño de su enemigo d'Elbeuf, que le rodeaba el largo cuello cada vez con más fuerza, y antes de que se lo apretara del todo, Du Guast aún logró decir: «Fue el señor canciller». Sin embargo, se arrepintió de la confesión tan pronto como el puño lo soltó, y quiso retractarse. «¡No fue el señor canciller! Yo mismo, y solo yo, me hice pasar por envenenado, por celos del señor de Léran, a quien mi rey sonreía».

No le creyeron, aunque también era cierto. El rey miró al canciller con aún más severidad, o más bien el sultán a su visir, pues así es

como se encontraban allí. Navarra fue el primero en intervenir.

«¡Señor Birague, usted ha apostado su joya! Sire, él apostó que me mandaría ejecutar públicamente. Lo habría conseguido si usted no hubiera descubierto sus intrigas».

El rey no podía ni encarcelar al canciller en la Bastilla ni destituirlo de su cargo, pues Madame Catherine protegía a su compatriota. En su lugar, el rey hizo lo que pudo y lo que en general se esperaba de él. Arrancó del pecho del canciller la gran gema. A continuación, miró a su alrededor indeciso, como si aún no supiera qué iba a pasar a continuación. En realidad, lo sabía muy bien. Hizo una señal con la mano, el joven Léran subió los escalones y, de rodillas, recibió la prenda de la gracia real. A partir de entonces, un resplandor azul emanaba de él. Despojado de todos los velos, el vizconde de Léran adquirió el rostro de un joven guerrero que se presenta con su virilidad incipiente y pone el pie en el cuello del vencido. Du Guast se lo exigió, le hundió el rostro en el polvo y Léran no se lo tomó a mal.

Cuando los ocupantes de la tienda persa vieron que todo salía tan bien, recuperaron el uso de sus miembros. Aplaudieron, luego volvieron a bailar y, mecidos por la música, representaron el amor y la felicidad ante unos espectadores que solo creían en ello cuando se representaba. Durante mucho tiempo aún brilló aquella noche la tienda persa con sus cortinas bordadas, a través de las cuales caía la luz desde atrás, sabiamente tamizada, de modo que todo en su interior se hacía más soportable de lo habitual: las personas —el sultán, los muchachos, los viejos pícaros— así como las cosas, cuyo mayor valor no era más que un resplandor azul. Faltaban dos

participantes. Henri y d'Elbeuf se despidieron en un rincón apartado del castillo.

«Nunca te lo olvidaré, d'Elbeuf».

—Señor, se demora mucho aquí y seguramente debe hacerlo.

«Tengo tiempo. No me queda otra cosa: solo paciencia y tiempo».

Pero quien espera mucho tiempo, experimenta que sus sentimientos, antes los más firmes, se transforman, que se dividen y ya no son completos. Ahí está esa amistad con Guise. Enrique se había acercado a él por odio: porque quería saber más sobre él, pues eso es lo que necesita el odio. Pero cuando se conoce mejor al enemigo, vuelve a surgir el peligro de encontrarlo bastante tolerable. Más aún: el enemigo te atrapa más profundamente que alguien a quien simplemente aceptas tal y como es.

Jugaban al «balón largo», el más difícil, y siempre solo estos dos adversarios, Navarra y Guise; los demás tenían que mirar, y sus impresiones eran a menudo embarazosas. Se veía a Navarra, mucho más pequeño, saltando de un lado a otro, y a Guise, con las piernas abiertas como un Goliat, esperando sus golpes; pero eso no era nada. La pelota cayó una vez detrás del seto. «Navarra, tú eres más pequeño», gritó Guise. «¡Arrástrate y ve a buscarla!». En lugar de arrastrarse, Henri saltó por encima, simplemente desde donde estaba, lo que los espectadores no pudieron dejar de admirar. Volvió gateando, pero de improviso golpeó la larga pelota, y el proyectil de cuero alcanzó a Lotringo en el pecho. Este se tambaleó considerablemente, pero ya gritaba: «Querías darme en la frente, y entonces me habría caído. No llegas tan alto, querido enano. ¡Vete, tráenos vino para calmar el susto!».

Por supuesto, fue otro quien corrió, pero el incidente bastó para que Guise fuera apartado ese día por d'Alençon y d'Elbeuf. Le reprocharon que el rey de Navarra no fuera más que un prisionero y careciera de importancia en ese momento; pero todos los presentes,

entre ellos gente de baja cuna, habrían visto en su persona una humillación para la casa real. Guise respondió: «¿Qué queréis? El muchacho no se ofende por nada, no se aparta de mi lado. Me acompaña a todas las iglesias. Pronto será más católico que yo mismo».

Se lo contaron a Enrique, y este se guardó para sí lo que pensaba. «El vanidoso Goliat», pensó, «no sospecha nada de mi cita con Madame Catherine. Sus torpes maquinaciones con los curas y los españoles… Se imagina que nadie las verá más que desde el lado bueno. No me conoce tal y como soy. Soy su amigo. Nadie puede permitirse tanto como un amigo».

En la siguiente partida de baile, realmente logró golpear a Guise en la frente, y esta se hinchó, mientras que el duque se sintió indispuesto. Henri fingió un gran pesar. «De verdad, no quería que te crecieran cuernos. Solo la duquesa tiene derecho a ponértelos». Todos los presentes se rieron a carcajadas y se llamaron unos a otros, en voz más alta de lo que hubiera sido decente, los amantes de la duquesa de Guise. Esta joven había aprendido rápida y a fondo las costumbres de la corte. Lorena, que yacía en el suelo refrescándose la frente, lo oyó todo. Gimió más de rabia que de dolor y decidió castigar a la infiel.

Más tarde le dijo a Navarra: «En el fondo, solo has conseguido que esté atento, y eso es algo que nadie más se habría atrevido a hacer. Veo que puedo confiar en ti. Acompáñame a la misa del párroco Boucher».

Ese mismo día cabalgaron hasta allí, el duque de Guisa, como de costumbre, con un numeroso séquito, y Navarra completamente solo. Aún no conocía París muy bien y preguntó en vano por el

nombre de la iglesia. Por donde pasaban, la gente se pasaba la voz de boca en boca. Decían: «¡El rey de París! ¡Salve!». A este rey se le saludaba con la mano derecha en alto. Las mujeres hacían lo mismo que los hombres, solo que a menudo se olvidaban y alzaban ambas manos hacia el héroe rubio de sus sueños. Este resplandecía sobre justos e injustos como el sol mismo, animoso y seguro de su causa. Así llegaron, y cuando el gran número de soldados se hubo calmado, el párroco Boucher subió al púlpito.

Este era un orador de un nuevo tipo. Efervescía desde la primera palabra, y su voz áspera se quebraba en un chillido afeminado. Predicaba el odio contra los moderados. No solo los protestantes debían ser aborrecidos hasta su aniquilación. En una noche de cuchillos largos y cabezas rodantes, Boucher quería ajustar cuentas especialmente con los tolerantes, aunque se llamaran católicos. Para él, los peores de ambas religiones eran los complacientes, los que se mostraban dispuestos al entendimiento y deseaban la paz para el país. El país no debía tenerla, y Boucher afirmaba furioso que no la soportaría, porque iría en contra de su honor. La paz infamante y el tratado impuesto a los herejes quedaban por la presente rotos. La tierra y la sangre clamaban en voz alta por violencia, violencia, violencia, por una purga enérgica de todo lo que les resultara ajeno, de unas costumbres podridas, de una libertad corrosiva.

La multitud apiñada hasta detrás del altar y en las capillas más alejadas confirmaba con gemidos salvajes que no estaba dispuesta a tolerar ni costumbres ni, sobre todo, libertad. La gente se aplastaba hasta morir para llegar bajo el púlpito y ver al orador. No veían más que una boca abierta, pues Boucher era de complexión enclenque y apenas sobresalía del borde. En cambio, escupía a lo lejos. Su

lenguaje degeneraba fácilmente en ladridos, y lo que en él había de humano apenas tenía que ver con los sonidos conocidos aquí: sonaba extranjero y aprendido. Varias veces se podía creer que ahora le iba a dar un ataque de epilepsia, y ya se buscaba con la vista a los guardias. Entonces Boucher cerraba la mandíbula y sonreía amablemente a los presentes, con lo que se ganaba los corazones. Con renovado aliento, seguía ladrando, chasqueaba la mandíbula y ponía cara de sacar a un disidente de entre la multitud y devorarlo.

¡Libertad de conciencia, ni hablar! Pero tampoco más impuestos, ni alquileres, ni servidumbre por intereses en absoluto: ni el pueblo ni, sobre todo, el clero debían pagar nada en el futuro. En eso consistía su alianza. A partir de entonces, el clero conservaría la renta pública que le correspondía, mientras que el pueblo, por su parte, podría saquear las casas y los palacios de todos los hugonotes y todos los moderados, y estos, en particular, debían ser asesinados. Boucher animó a sus oyentes a no detenerse ante los grandes señores, ni siquiera ante los más poderosos, y se deleitó con alusiones apenas veladas al rey, un protestante secreto, moderado y traidor. Les describió, desde su imaginación, los tesoros del Palacio del Louvre, junto con la ansiada masacre. Sin transición alguna, los trasladó de su éxtasis lujurioso a un pálido terror, pues serían perseguidos. El pueblo y todo lo popular correría un peligro extremo, a merced de poderes secretos que les habrían jurado la ruina. A continuación se elevó una plegaria apresurada, que procedía sin lugar a dudas de la más extrema necesidad. La multitud la oía y rezaba en voz alta con él. Sobre ella, sin embargo, flotaba el vapor

en el que había dejado fluir alternativamente su codicia, su miedo, su fanatismo y su odio.

Henri olía los vapores. Más que su juicio, fueron sus sentidos los que le revelaron lo inmundo que estaba ocurriendo. De lo contrario, al final habría acabado odiando también él. Derribar el Louvre, saquearlo y asesinar a todos, señores, damas, guardias y toda la servidumbre: él también había pensado en ello —en aquella época en que solo quería huir y regresar con mercenarios extranjeros—. De hecho, habían pasado varios años, lo habría olvidado. Aquí, en la iglesia, se hizo tan presente como antaño. Comprendió de nuevo que un humillado, un ofendido, se venga hasta el extremo. «Yo tendría más motivos que nadie. Me han matado a mi madre, luego al señor almirante, luego a todos mis amigos, a ochenta nobles, a mi maestro, al último enviado de la reina, mi madre. Los supervivientes están cubiertos de vergüenza, yo mismo sufro el cautiverio y, con el peligro constante, el escarnio diario. Sé todo esto. La venganza también estaba decidida; solo la he pospuesto continuamente y la he meditado mejor. Así pasa el tiempo, así pasa el odio.

No, no se desvanece, se vuelve dudoso. Vivo con ellos, jugamos a la pelota, dormimos con las mismas mujeres. Madame Catherine me ha ofrecido un contrato; ¿realmente envenenó a mi madre? D'Anjou también me habría matado en la Noche de San Bartolomé, ahora, como rey, me protege. Guise se ha convertido en mi buen amigo; parece difícil de creer que le haya dado una patada en la cara al señor almirante, que ya estaba muerto. Sin embargo, sí. Han hecho todo eso, de verdad. La cuestión es precisamente que yo los conozco y ellos no a mí. No quiero negar que los amo por eso —en cierto modo, los amo. Uno puede deleitarse con los enemigos como

con los amantes. Debo tener cuidado y, por eso, estar muy familiarizado con ellos».

Así justificaba él su vacilación, su indulgencia, y se distanciaba del pueblo, al que Boucher aconsejaba la satisfacción ciega de sus instintos. Por cierto, Boucher aún no había terminado la angustiosa oración improvisada, y Henri hacía tiempo que había terminado con todo lo que le pasaba por la mente. La vida es corta, el arte largo. También los pensamientos se apresuran, pero ¿cuándo madura la acción correcta?

Boucher les dejó claro que, aunque todo el sistema del Estado fuera criminal, ¡Dios les había enviado un líder! ¡Ahí está! Todos se arrodillaron entonces, especialmente aquellos sospechosos de moderación. Guise los miró con audacia y alzó la vista con descaro hacia Dios, con su armadura plateada, como si la asalto al poder fuera a comenzar de inmediato, y sus hombres armados hacían sonar el hierro. Por supuesto, la reina madre tenía aquí a sus espías, y estos seguramente se dirigían ahora a ella para exagerarle la temibilidad de Lorena. En cambio, quien lo conociera de cerca sabía que era un vanidoso matón y un Goliat, además de cornudo. Había que ser su amigo; entonces se le veía en su justa medida e incluso se disfrutaba de su compañía. ¿Que si lo odio? Sí, claro. Pero ¿qué es eso del odio?

Sucedió entonces que, al terminar el sermón, los alabarderos expulsaron al pueblo llano; se quedaron quienes tenían prestigio e influencia, los concejales de la ciudad de París, sus ciudadanos más ricos, los sacerdotes más populares y el señor arzobispo. Este garantizó que la ira del cielo había hablado a través de Boucher. Las costumbres de la corte superaban por completo cualquier concepto,

y el arzobispo describió un espectáculo público y desvergonzado que el rey habría organizado en su palacio del Louvre con sus muchachos de placer; las mujeres cristianas, sin embargo, se habrían visto obligadas a presenciarlo. La noticia provocó un murmullo de indignación. Pero, al amparo del ruido, alguien cercano a Enrique, que se encontraba muy atrás, dijo: «Pero el arzobispo se acuesta con su hermana». Enrique no pudo evitar reírse, no tanto por el hecho en sí, sino por el conjunto de toda aquella situación.

El asunto tomó enseguida un giro serio, pues uno de los ciudadanos más importantes, el presidente de la Cámara de Cuentas, reveló el estado de las finanzas del reino. Era desolador; pero como nadie se lo había imaginado muy diferente, permitió que todos se indignaran aún más. Solo en grupo se está verdaderamente indignado, y solo por hechos que ya se conocían de antemano. Las novedades apenas conmueven los ánimos, mucho más lo hace la revelación de lo que se ha ocultado durante mucho tiempo. Cien mil táleros al año le costaban al rey sus perros, monos y loros; y eso era barato en comparación con las sumas astronómicas que devoraba el séquito de sus favoritos. ¡Uno de ellos estaba a cargo de la gestión de las finanzas! El portavoz lo expresó en voz alta y añadió: «En estos tiempos todo está permitido, menos decir lo que hay». Pero como se atrevió precisamente a hacer eso, la asamblea se dio cuenta de sí misma, como si en ese momento se estuviera produciendo un cambio radical y ella misma estuviera en el centro.

El presidente de la Cámara de Cuentas enumeró aún muchos millones malgastados, se lamentó de la altura de los impuestos, de su distribución injusta, de la corrupción de todos aquellos que los recaudaban, a la cabeza el favorito del rey, el señor de O,

simplemente O. En cambio, el portavoz omitió nombrar a varios otros, aunque también ellos habían arrendado ciertos impuestos y exprimían al pueblo. Entre ellos se habrían encontrado, a saber, miembros de la casa de Guisa, y su mención habría sido especialmente inoportuna en vista de lo que iba a suceder a continuación. Pues se trajeron grandes sacos de los que brotaba oro de acuñación española y no dejaba de brotar. El tesorero lo repartió, según las órdenes del duque de Guise, entre los concejales, párrocos, ciudadanos influyentes, funcionarios y militares. A cambio, cada uno escribía su nombre en la lista, con Lorena en primer lugar, y cada uno gritaba además la palabra: «Libertad».

Este fue el comienzo de la «Liga». Con ello, tras el reparto de los sacos con pistolas españolas, se fundó la alianza con el fin de entregar el poder y la autoridad a un partido. Y este lo obtuvo en cantidad suficiente como para, a lo largo de muchos años de terror y fracasos, llevar al país al borde de la desintegración, acorralar al rey en un rincón y hacer retroceder todo lo humano durante generaciones enteras. Aquí tuvo lugar el comienzo, y mientras el dinero extranjero se guardaba rápidamente, sin que los receptores prestaran atención a la acuñación, desde la calle irrumpían los gritos de «¡Viva!» y «¡Libertad!».

El pueblo engañado aclamó a su digno líder: este tenía, de hecho, el mismo derecho a ser tomado en serio que su séquito de plebe. ¿Qué significa «engañado»? Nunca lo están tanto como se les hace creer después. Solo los subalternos han visto el oro español; el pueblo ve la barba rubia que le entusiasma. En cambio, sabe perfectamente que no le importa en absoluto la salvación de la religión y que no se está produciendo en él ningún despertar

fabuloso. Sino que quieren expropiar a otros, echarlos de sus puestos de trabajo y enriquecerse. Quieren agitarse, darse importancia y quieren matar. Así son las cosas cuando una banda heterogénea de plebe y gente honorable funda una liga para oprimir la libertad de conciencia. Gritan «libertad» con más fuerza aún —los engañados fuera y los engañadores dentro— y demuestran así que ellos también quieren engañar, si se les engaña.

Entre los estafadores de dentro, con los bolsillos recién llenos y el ansia de libertad, había moderados que consideraron oportuno sumarse. Ni siquiera faltaban hugonotes conversos; es más, la presencia de Navarra servía precisamente para justificar su postura. Guise lo había llevado consigo para que muchos otros tuvieran la conciencia tranquila. Henri se dio cuenta de ello por sí mismo y, por lo demás, se lo dejaron claro. Al igual que antes, al amparo de la ruidosa indignación contra la corte, se había atrevido a susurrar que el arzobispo no era mejor, así era ahora. Los gritos de libertad ahogaban las confesiones de los hombres honrados. Pero estos expresaban, no obstante, en voz alta: «¡Fue influencia española, padrino! ¡Influencia española!».

Henri aún no había tenido tiempo de indagar en sus sentimientos: estaban sucediendo demasiadas cosas. Sobre todo, Guise se mostraba desde una nueva perspectiva, como seductor y manipulador; nadie habría creído que aquel altivo miembro de la familia Gliedermann fuera capaz de tanta astucia y rapidez. ¡Lo que hace la ventaja! Y, además, se lo ponían fácil, ya que todos se sentían halagados de formar parte de la misma asociación que aquel gran señor. Guise les asignó sus tareas: a los militares, el reclutamiento forzoso para las tropas del partido; a los clérigos, la

incitación del pueblo llano; a los ciudadanos, la resistencia contra el Estado en lo que respecta a todos los pagos. Les otorgó títulos junto con el derecho al cargo correspondiente, en caso de que este quedara vacante por la salida de su titular. Mediante su asesinato, como todos comprendían.

Hicieran lo que hicieran en el futuro, nadie respondería por sus actos, pues allí juraron de antemano obediencia ciega al líder. Una vez hecho esto, dio por concluida la inspiradora reunión. «Navarra», dijo al marcharse, «te has convencido de lo fuertes que somos».

«Para mi suerte», respondió Henri. «¡Viva el rey de París!», gritó junto con el pueblo, que había estado esperando fuera todo ese tiempo. Antes de desaparecer, dio un codazo a su amigo Lothringen e imitó de forma inconfundible la forma en que había hablado el alcalde. «¡Influjo español, compadre! ¡Influjo español!». Y se fue.

Caminaba cada vez más rápido, sus guardias tuvieron que correr. Llegó a la calle de Austria, cruzó el puente del Palacio, atravesó los arcos y el patio del Louvre, pero no se percató de nada. No se fijó por dónde pasaba, quién lo miraba, y no reconoció su habitación hasta que ya llevaba un buen rato dando vueltas por ella. Entonces se dio cuenta de que odiaba. «¡Esto, esto es odio! Acuñación española: en mulas por las montañas, viajan imparables los sacos llenos de pistolas. Se derraman en París, el oro fluye, fluye sin fin, pero los bolsillos se llenan de oro, los corazones de odio, los puños de violencia, las bocas de la mentira infame. ¡Ahora marchaos y convertíos en bestias salvajes, en lugar de ser apacibles y sensatos! ¡Haced la guerra por una religión y contra todas! Eso ya lo conozco de toda la vida. Hasta hoy era inexperto en la fuente y el origen de las fechorías. De acuñación española, llegada a través de los

Pirineos, mi propia montaña, trazo el camino en el aire, aquí cae el arroyo, allí está mi casa Coarraze. Quieren robármelo. Allí, Felipe de España nunca pensó en otra cosa que en arrebatarme mi ladera de los Pirineos; pero yo exijo además la suya. La exijo porque es mi montaña, y esta es mi tierra, en la que sus soldados no deben invadir y sus arcas no deben viajar.‹

Hasta aquí por hoy. El joven de veintitrés años rara vez piensa más allá, y su odio se limita, por el momento, al paisaje de su tierra natal. Odia al dominador del mundo por amor a su pequeño Bearn, aunque también porque Francia sufre. Sufre como él mismo y a causa del mismo instigador. «¡Qué, Guise y Catalina! Cada uno supera al otro en servilismo hacia el dominador del mundo. Ese es el enemigo, a ese lo odio. Ese me mantiene cautivo, ese paga la guerra de las facciones en mi país, que un día gobernaré».

Cuando más tarde gobernó de verdad, tanto su conocimiento como su odio se habían ampliado terriblemente. No solo quería liberar a Francia y ser el príncipe más grande de Europa: quería traer la paz para siempre a ambos, y la Casa de Austria debía caer. Al final, se propuso expulsar a esta odiada casa del resto del mundo y encerrarla de una vez por todas tras las altas rocas de los Pirineos. Ese será algún día el gran plan del anciano y será su ruina.

El joven en su prisión odia a Don Felipe, saca un retrato del cofre; muestra insulsos rizos rubios y un rostro vacío. La frente es alta y estrecha: el joven la apuñala. Arroja el cuchillo, el retrato, y se retuerce las manos. ¿Qué es eso: odio? Solo odiamos sin límites aquello que no vemos. Él nunca verá a Felipe de España.

La escena de los tres Henris

Índice

Le dijo a su buena amiga, Madame Catherine, que Lothringen estaba gastando bromas extrañas. Henri, por su parte, ya se había recuperado y no le daba a sus noticias más importancia de la que era prudente, dada su propia situación. Hizo una divertida parodia de la conspiración de Lothringen con la gente honrada. La relación del héroe rubio con la chusma solo la esbozó ligeramente; la reina madre pudo percibir desprecio o, si así lo deseaba, una advertencia. Sin embargo, se quedó con el desprecio. Entonces él se acercó mucho a ella y le dijo, de forma sorprendente: «Madame, está usted perdida».

Ella se rió con aire maternal. «¡No te preocupes! Al fin y al cabo, Guise trabaja para mí, pues Felipe es mi amigo».

Eso era lo que ella creía, y por eso no comprendía que el rey Felipe buscara en Francia un gobernador para sí mismo, si es que aquí fuera el único señor, tras la desintegración del reino por culpa de su oro español. Cerca de ella se encontraba alguien que empezaba a darse cuenta. Pero Madame Catherine le respondió astutamente: «Ve con cualquier dama hermosa, pájaro. Tanto tú como Guise, divertíos bien ante mis ojos, entonces no os temeré».

El rey de Francia estaba sentado, acurrucado en su abrigo de piel, escribiendo; Henri había esperado precisamente ese estado de tranquila tristeza para revelarle algunas cosas. Lo peor de todo ya lo sabía d'Anjou: uno de sus favoritos había caído hoy en un duelo, Maugion, un muchacho tan encantador, y lo había apuñalado un oficial de Lorena. Esto iba demasiado lejos; Guise no solo provocaba

disturbios en las calles, sino que incluso sembraba el terror en el propio castillo del rey. «Primo Navarra, lo habíamos subestimado».

«Lo admito», dijo Enrique. «No todo es rudeza en un Goliat y en héroes de su clase. No hay que olvidar la astucia».

«Yo», decidió el rey, «responderé a ello con honor, aunque con sabio cálculo. Pondré mi nombre real en la lista de la Liga».

Lo cual hizo de inmediato, con gran pompa y en presencia de numerosos testigos de todos los estamentos. El pueblo y la gente honrada debían convencerse personalmente de que el rey no necesitaba que una alianza le recordara su promesa de defender la religión. Puso su nombre a la cabeza, incluso por encima de Lorena, como señal de que se opondría por todos los medios a la difusión de la doctrina hugonota. Sin embargo, él mismo no se lo cree, y tampoco nadie más se lo cree al débil rey. Con su firma solo ha confirmado que en todo el país se le puede difamar por monjes errantes, y las listas de la Liga se llenan de nombres y cruces en cada pueblo, y cada muchacho tiene ante sus ojos al valiente Guise y cada muchacha al bello Guise, y el héroe de sus sueños es solo este —en lugar de un triste Valois, ora triste, ora jolgoso, que juega con su corte de muchachos.

Enrique, tercero de su nombre, olvidaba su situación cuando se disfrazaba y se convertía en un sultán extranjero o en un humilde penitente. Como rey de Francia, solía lamentarse de su verdadera condición, y como confidente tomó en alguna ocasión a su cuñado de Navarra, más tarde el cuarto de nombre Enrique. Una mañana mandó llamarlo; era cerca de Navidad, había nieve y un silencio inusual envolvía el Palacio del Louvre, como si se hubiera quedado

completamente solo. El rey le pidió: «Enrique, dime qué piensas de mí».

«Señor, que sois mi señor y mi rey».

«No hace falta que te lo digas. Pero, ¿y si lo piensas detenidamente?».

«En su lugar, yo no provocaría la verdad. Usted ha actuado una sola vez, y fue en la Noche de San Bartolomé. Hoy Guise es mucho más fuerte que el almirante en aquel entonces. Usted es un rey y, por lo tanto, comete sin duda una omisión deliberada si le permite hacerse aún más fuerte».

«Es otra cosa». El rey habló para sí mismo con aire sombrío. «Estoy esperando la violencia».

«¡Anticípese a ella!».

«Ya oyes que estoy ansioso por ella», susurró el rey, temblando por dentro. Incluso se tapó la boca. «Tengo noticias de que Guise quiere secuestrarme. ¿Qué será eso? Yo, su prisionero. Él, el señor de mi reino... y se me acerca con el látigo de caza».

«Es una cabeza más alto que yo», dijo Enrique de Navarra. «¿Y qué más? Una persona alta tiene la ventaja sobre mí de que puede alcanzar las salchichas del techo, nada más». Para sí mismo pensó aún: «Quería que matara a su hermano, ese duende. Porque no es más alto que yo. Nadie entiende nada de esto».

Mientras tanto, se oyó mucho ruido y estruendo frente a la puerta; esta se abrió de golpe y un oficial del duque de Guisa anunció su llegada. No es que hubiera pedido a Su Majestad que recibiera a su señor. El duque lo ordenó. Por cierto, dejó esperando al rey de Francia, y este aprovechó el tiempo para esconder a su

primo Navarra detrás de una cortina. «Debes escuchar lo que se atreverá a ofrecer al rey. Si se atreve a atacarme...»

«También podría ser que atravesara la cortina. Prefiero mostrarme antes y decir unas palabras».

En ese momento apareció el tercer Enrique, de la casa de Guisa. Gritos de mando, muestras de respeto, una gran entrada. El rey Enrique estaba sentado ante su escritorio, envuelto en su capa de piel. Enrique de Navarra se asomaba desde la cortina.

El duque se dejó el sombrero puesto y ni siquiera hizo ademán de inclinarse. Dijo: «El tiempo es propicio para cazar. Voy a recogerle, señor».

El rey carraspeó ruidosamente, era una señal para su primo y significaba: ¡Ahí lo tienes, un secuestro! Él respondió: «Ciertamente, buen amigo, pero se ve que no tiene Parlamento y que no tiene que redactar decretos para su Parlamento, porque este se niega a inscribir en sus registros las muestras de favor que a usted le gustan».

El duque adoptó un tono cortante. «Su Parlamento tiene razón. Porque sus placets enriquecen a sus cortesanos, mientras que el pueblo se arruina».

«Lo mismo se decía ya en tiempos de mi hermano Carlos. ¿Acaso hace el pueblo alguna vez otra cosa que perecer?». El rey planteó esto con cautela, y el duque se comportó tal y como se esperaba de él. Se lanzó como un auténtico tribuno y desgranó tantas cifras elevadas como palabras grandilocuentes. Cuando al fin se quedó sin palabras, el rey habló con voz grave desde su abrigo de piel y movió apenas sus gruesos labios:

«¿Ves, Guise? Precisamente por eso te recibo a solas y sin testigos, por temor a que, de otro modo, no te expresaras con suficiente libertad».

«¿A quién debería temer?», preguntó el duque, colocándose con las piernas abiertas. Dejó a un lado el sillón que le ofrecían. «¿Quién de los dos dirige realmente la Liga?», preguntó.

«Tú», reconoció el rey con fervor. El duque percibió en ello algo que despreciaba. Lanzó: «Usted es rey, pero no un noble; y por eso tampoco seguirá siendo rey. Yo...». Se detuvo, gritó por segunda vez «yo» y apenas contuvo lo que tenía en mente: convertirse él mismo en rey.

El rey, en lugar de rechazarlo, animó al descarado muchacho. El primo, en su escondite, apenas podía soportar cómo se menospreciaba allí la sangre real. Él mismo era de esa sangre, aunque fuera en vigésimo primer grado. Sacudió los pliegues de la cortina para llamar la atención de Guise. Mientras tanto, Guise estaba demasiado empeñado en humillar al rey. «Usted es el rey de sus favoritos», proclamó con dureza. «Pero incluso estos se reducirán con el dinero. Al final, usted mismo acabará acurrucado en un rincón perdido de su reino, sin favoritos, sin dinero e incluso... sin sangre».

Entonces, el miedo sacudió al rey. Su abrigo de piel se le subió por el cuello; el primo detrás de la cortina estaba preparado para que se deslizara bajo el escritorio. En lugar de eso, suplicó débilmente: «¡Sigue hablando!».

Era demasiado, incluso para un hombre sin sentimientos como Guise. Le cortó la palabra, se dio la vuelta y se dirigió a la silla que

había tirado. «¡Sigue hablando!», repitió para sí mismo y se encogió de hombros. Detrás de la cortina se oía claramente, porque la silla y el duque estaban cerca de ella; y al testigo detrás de la cortina se le llenaron los ojos de lágrimas. Un hombre desvergonzado, con mucha sangre en las venas y una turba de gentuza a sus espaldas, se atreve, sin derecho ni mérito alguno, a plantarle cara a un rey como un gran héroe y a amenazarlo con que la última gota de sangre le brotará de los poros como a su hermano. ¡Qué mundo sería ese! Enrique de Navarra apartó los pliegues y salió al paso, con la espada desnuda en la mano. «Podría habértela clavado por la espalda, y te lo habrías merecido».

«¡Oh, oh!», exclamó Guise. «Era una trampa. ¿Para qué si no ese "¡Sigue hablando!", si Valois ciertamente no oía cantar su gloria? «Sin embargo, he acudido», dijo el hombre grande y majestuoso, mientras retrocedía discretamente hacia la puerta, «he acudido como fiel servidor del rey, con la intención de salvarlo a él y a su reino con mis palabras sinceras. No he traído mi espada, ni tampoco desprecio desenvainar mi daga».

Probablemente también se había olvidado de esta, pues mantenía las manos como para golpearlas una contra otra. Al instante siguiente, la sala se habría llenado de sus hombres armados. Enrique de Navarra se lo impidió.

«¡Enrique de Guisa!», exclamó. «¡Juguemos! César fue asesinado: ¿te acuerdas de cómo fue? Tú y yo representaremos a los conspiradores».

«Deja esas payasadas», dijo Guise. Pero, en realidad, se alegraba de salirse con la suya de esa manera. Había hablado y actuado con suficiente seriedad como para que, efectivamente, se pudiera

convertir en una conspiración. El rostro del rey se transformó de forma repentina en algo terrible, eso era evidente; se irguió y se enderezó como la majestad que juzga. «¡Ahí está César!», gritó Enrique de Navarra, totalmente metido en el papel. «¡A por él!». Guise quiso lanzarse a la carga, pero cayó al suelo, pues su cómplice le había puesto una zancadilla. Rápidamente, Enrique de Navarra se sentó sobre su nuca, lo inmovilizó y le preguntó agitado, siguiendo el guion: «Señor, ¿qué debo hacer con este traidor?».

«¡Córtale la cabeza!», exigió César con furia. Quizá se dejó llevar en serio, o tal vez se transportó de vuelta al Colegio de Navarra y al patio del monasterio sin sol, donde antaño, tres muchachos y tres Enrícos, habían jugado al mismo juego.

«Ya está hecho», afirmó el primo Henri, dejó que su víctima se levantara y guardó el arma, no sin antes limpiarla de la sangre imaginaria.

Entonces se produjo la pausa; durante aquel silencio y la vergüenza que iba asomando, los tres Henris tuvieron que volver del patio del convento y del juego a sus días de hombres, ahora que las enemistades se han convertido en hechos irrevocables y ya no actuamos en tragedia alguna, sino en la vida. Hubo una vacilación. ¿Habíamos de acabar, al fin y al cabo, por seguir representando una tragedia fingida? La vida se vuelve harto sospechosa con la repetición de situaciones que hacía ya mucho habíamos inventado en nuestra fantasía. Una impresión de irrealidad —sin embargo, pronto se procura, en lo posible, prescindir de ella. Henri de Valois exhaló con fuerza y se sentó. Henri de Guise reparó la reverencia de rodilla que al principio había omitido. Sólo Henri de Navarra conservaba en el semblante algo contenido, como duda o pesar. A

los otros dos no se les escapó; se entendieron con la mirada a su costa y sonrieron a hurtadillas. También aquello era como entonces, en la escuela del convento.

Lo que era diferente era que, esa misma tarde, durante el partido de pelota, Henri Navarra cedió deliberadamente ante su buen amigo Henri Guise y se dejó vencer por él; pero, a la misma hora, un joven noble, que le pertenecía desde que su padre lo había entregado al rey de Navarra —el muchacho se llamaba Rosny: ese joven de dieciséis años, que solo había sobrevivido a la Noche de San Bartolomé porque su director de colegio lo había escondido—, Rosny, más tarde llamado Sully, retó a duelo a un noble del duque de Guise y lo mató. Mientras tanto, el duque ganaba en el partido de pelota.

Cuando el rey volvió a ver a su primo, le dijo: «Debo tener más cuidado contigo que con el poderoso Lothringen. Tú serás mi heredero. Eres un príncipe de sangre, además de muy hábil. ¡Ojalá fuera solo habilidad! Mi desconfianza me dice que es más que eso».

El rey, que desconfiaba de sus amigos, tuvo que dejar que su madre, Madame Catherine, le dijera lo que era urgente: acallar los maliciosos rumores sobre los modales de Su Majestad. Una mañana temprano sonó el timbre en la pequeña tienda de un comerciante de ropa blanca parisino llamado Heurtebise. Los cónyuges oyeron el timbre desde su dormitorio, a pesar de que daba al patio. Al principio no se atrevieron a levantarse de la cama, y cada uno sujetaba al otro por si acaso este decidía arriesgarse. Como el timbre se hizo imperioso, no les quedó más remedio que ir a ver qué pasaba. El hombre se puso la falda, la mujer fue a buscar el libro de oraciones. «Plantéales cara, Heurtebise, y niega todo lo que puedas haber dicho jamás sobre la Liga. Di que fue por culpa del vino y que ayer mismo te confesaste».

Ella lo siguió a hurtadillas y se asomó por detrás del mostrador, mientras él retiraba con dificultad las travesías, los cerrojos y las cadenas. La campana resonaba y repicaba, pero aun así las voces atravesaban las gruesas tablas de roble. El comerciante de artículos de uso doméstico rezaba en voz alta. De repente, la puerta se abrió y por debajo apareció su propio cuñado, Archambault, que servía en la guardia del palacio real del Louvre. Apoyó su arcabuz en el suelo y gritó con severidad: «¡Señor Heurtebise, usted viene con nosotros!». Entonces vio a su hermana levantarse detrás del mostrador y, de inmediato, declaró en voz baja: «No sé qué nos vamos a hacer contigo, cuñado, pero somos cuatro. ¡Pues ven!».

Los otros tres también se asomaron, pero Heurtebise, en lugar de rezar, se encaró con los soldados. Les amenazó con la Liga, a la

que prestaba servicio y de la que recibía su salario. Allí se sería un hombre diferente al de la guardia de un rey que solo se rodeaba de muchachos. Desde los púlpitos se predicaba contra tales andanzas. «Muy bien, amigo Heurtebise», dijeron los soldados, «pero podrías hacernos un favor; quizá así no tengamos que ahorcarte».

La mujer objetó: «Muchos de los que se atrevieron a acercarse a vosotros nunca más se les volvió a ver. Te voy a retener aquí en su lugar, hermano, y ¡ay de ti si le pasa algo a mi viejo!».

Así, el arcabucero Archambault se quedó como rehén en la tienda, mientras que al comerciante de ropa blanca Heurtebise se lo llevaron tres hombres armados al castillo del Louvre. La puerta, el puente y el arco le resultaban familiares al ciudadano, pues cuántas veces había tenido que recorrer ese camino hacia la fuente del Louvre, hacia las oficinas de Hacienda que allí acechaban su dinero. Además, se había convertido en un forastero, fácil de asustar o de deslumbrar, y cualquier habitante del lugar tenía ventaja sobre él, ojalá supiera cuál. Tampoco hizo el comienzo de su camino de forma discreta, como de costumbre. A lo sumo, que en días normales se le amenazaba con el Profos si no se callaba; en tales casos se acogía a su condición de ciudadano honorable, y su cuñado daba fe de ello. Hoy oía por todas partes «Heurtebise»: ya ante la guardia de la puerta, luego en las oficinas, luego en la zona de las cocinas. Las puertas se abrían al pasar él con su escolta de hombres armados; «Heurtebise», se decían al oído, y cada vez se ponía una mueca especial. Durante mucho tiempo no supo a qué ocasión le recordaban esas muecas, hasta que una voz interior asustada le susurró: Heurtebise, así es exactamente como te ves tú mismo

cuando pasas con la cabeza descubierta ante un ataúd que te llevan delante.

Al pie de la escalinata, sus guardias lo entregaron a dos suizos, uno de los cuales caminaba delante y el otro detrás de él. Las bóvedas por las que pasaba el cortejo aún estaban en penumbra, porque era temprano y allí daba la tarde. El camino bajaba por unos escalones, volvía a subir y daba vueltas; al comerciante de artículos de blanco le parecía interminable, le temblaban las rodillas. «Compañero, ¿adónde me lleváis?», le preguntó al suizo que iba delante, pero también podría haberle preguntado a la pared. El mercenario desconocido no movió ni un centímetro su gruesa cabeza, siguió avanzando con paso pesado con sus zapatos de doble ancho, y su mano peluda sostenía la alabarda con el brazo extendido. Heurtebise suspiró y se preparó para llegar al final a algún lugar donde no brillaran ni la luna ni las estrellas. Entonces, sus estúpidos ojos captaron un destello: de oro, plata, rubíes y mármol, damasco, brocado, marfil y alabastro. Todos esos nombres preciosos se despertaron en su memoria gracias a la luz del amanecer que se colaba en una sala abierta. Todas las ventanas al otro lado resplandecían con el amanecer: allí, de manera abrumadora, un ciudadano se veía realmente transportado al palacio real. Habría jurado a posteriori que en la sala por la que ya había pasado una compañía de nobles y damas había estado mostrando su altivez. Ya no pensó en que las figuras de los cuadros y tapices solo podían simular movimiento a la luz de la mañana. Más bien, cuando la sala ya había quedado muy atrás, comenzó a distinguir las voces de los señores; sí, incluso oyó arpas, y lo desaprobó en silencio. ¡Desde temprano se practicaban aquí las artes inútiles!

Así preparado, fue entregado por tercera vez a otros acompañantes, pero esta vez, en lugar de soldados, se trataba de jóvenes nobles refinados, ya fueran chambelanes o pajes; en cualquier caso, tenían las mejillas sonrosadas y enmarcadas por un cabello liso a la manera de las mujeres, sin duda también para el mismo uso que las caricias y los mimos. Algo se removió en la cabeza del burgués, mientras ambos jóvenes distinguidos le sonreían e inclinaban ligeramente el esbelto cuello ante nadie más que ante él, Heurtebise. Su tienda les habría parecido demasiado humilde. Cuellitos plisados, que parecían un soplo, pero entretejidos con oro, no los vendemos. Sin embargo, lo acogieron entre ellos como a uno de los suyos, entraron con él en una habitación y le hablaron con voz nasal, como se suele decir. Esta sala, sin embargo, resplandecía tanto de oro que, al mismo tiempo que la vista, también le falló el oído. Embelesado, miró a los hermosos muchachos y, en verdad, ellos se lo agradecieron, lo animaron amablemente. «Señor Heurtebise», le dijeron con voz nasal, «ahora abriremos dos puertas más para acompañarle. Ante la tercera nos quedaremos atrás; usted entrará solo, nadie debe seguirle».

Esto vuelve a causar espanto. ¡Qué es lo que no pasa continuamente! La compañía de los jóvenes corteses ya se ha vuelto familiar, es incluso capaz de sacudir ciertos prejuicios del ciudadano respecto a la clase de los nobles, y también en lo que se refiere a sus costumbres. Uno se siente conciliador hacia el Palacio del Louvre, contra el que quizá, con razón, predican con tanta vehemencia los clérigos. La corte tiene sus cosas buenas, el rey es comprensible. Yo, Heurtebise, no encuentro nada que resulte inquietante. En las dos estancias siguientes se mueve con mucha

más seguridad. Una de las estatuas desnudas lleva a Heurtebise a dar un codazo en el costado a uno de sus nuevos amigos. Y ya se detienen ante la tercera puerta. «Señor», le recomiendan, «se le ruega que entre y abra bien los ojos».

«Mire, si le place, y fíjese bien en todo», le recuerdan de nuevo con insistencia, mientras cada uno de los muchachos abre una de las hojas de la puerta. Heurtebise asoma un pie, la puerta se cierra tras él. Le acoge una habitación en penumbra, la luz del día se refleja en la cortina de la ventana, junto a la cual arde la luz nocturna. Poco a poco distingue contornos, sobre todo los de una cama. La cortina está corrida, ¿quién duerme aquí? Da un paso más hacia delante, autorizado y con permiso para abrir los ojos. Sin embargo, estos se le salen de las órbitas. Se le eriza el pelo, un escalofrío le recorre todo el cuerpo y cae de rodillas.

¡El rey! Nadie más que él. Bastaría con fijarse en los labios para reconocerlo; pero Su Majestad también vuelve hacia él su mirada sombría, sin que su rostro la acompañe. De igual modo, uno de sus ojos se clava en quien le saluda cuando mira desde lo más profundo de su carruaje. Aquí no hay carruaje, Heurtebise, ¡despierta! El lecho real está aquí. La mirada de tu rey te da una señal: debes fijarte en quién yace a su lado. Es la reina. Por mucho que te pellizques la pierna, sigue siendo la reina, con su cabello blanquecino y su nariz afilada. Eres honrado, eres el elegido. La reina gira la cabeza sobre la almohada para que también veas la otra mitad. Descansa junto al rey, igual que la madrina Heurtebise, a quien todos conocen, con su buen marido en el dormitorio conyugal detrás de la tienda. Así de sencillo es, aunque tan raro como un milagro. De mil personas, ni una lo sabe. Solo tú.

Pío, junta las manos sobre el pecho e inclina la frente para no abusar del honor que se le concede. Le tocan el hombro. En su recogimiento, no se ha dado cuenta de que se ha abierto la puerta. Retrocediendo de rodillas, abandona la habitación. Los dos jóvenes le tienden cada uno una mano para que se levante. Comprenden su conmoción y le comunican que le han preparado un refrigerio reconfortante. La mesa está puesta en un vestíbulo, entre la galería y la escalera, en un lugar público, por así decirlo. Debe sentarse ante el único servicio de mesa; un mayordomo levanta el bastón y los cocineros se colocan en fila, cada uno con una fuente de sin duda ocho libras de plata, en la que hay muchos tipos de pescado, carne y pasteles. El vino fluye en su copa desde jarras de cristal rubí con pico dorado; además, una hermosa muchacha se ha sentado a su lado. Él lo sabe, aunque no levanta la vista de su plato lleno. «Heurtebise», dicen los espectadores, que acuden desde la galería o la escalera, manteniéndose a una distancia respetuosa de su mesa, estirando el cuello, diciendo «Heurtebise» y marchándose de puntillas.

«Señor Heurtebise, usted es un hombre famoso». Esta es la voz halagadora de la joven. «Quisiera pedirle un favor, señor Heurtebise. Cuando cuente fuera todo lo que le ha sucedido aquí, en el Palacio del Louvre, no se olvide de mí. Soy la señorita de Lusignan».

Ante ese nombre grandioso y legendario, el comerciante de ropa blanca suspiró: era demasiado para él. Hacía tiempo que era demasiado y, al final, le entristecía en lugar de enorgullecerle. Heurtebise lanzó una mirada tan severa a sus espectadores que estos se escabulleron, varios de ellos haciendo reverencias. A él no se le ocurriría pensar que estuvieran representando un papel.

Tampoco habría creído jamás que el pescado que el rey de Francia le había mandado traer fuera de ayer, y que los pasteles fueran aún más viejos. El vino procedía de la taberna; en casa bebía mejor: al menos eso no se le escapó del todo. No quería admitirlo, se bebió varias copas de un trago y le pareció aún peor. Quedaba la señorita de Lusignan —que, por cierto, tampoco era auténtica. Madame Catherine había enviado a una de las pobres muchachas nobles de su «cuerpo volador» para que se ocupara del hombre entre la multitud. Lo primero que debía sorprenderlo era un gran nombre. Tras las copas de vino agrio, sin embargo, se armó de valor, miró con astucia a la mujer semidesnuda y quiso alcanzarla. No entendía por qué se caía de la silla al hacerlo.

Era bajito y regordete, un hombre de rostro enrojecido y cabello canoso. Así se vio a sí mismo arrastrándose de nuevo para salir de debajo de la mesa; los espejos se lo mostraban. La señorita había desaparecido, lo que no le extrañó. En ese instante tuvo la sensación indiscutible de haber sido engañado por completo. Decidió ir a contarlo a su calle. ¡Que la Liga y su líder se beneficiaran de su aventura! Aunque aún no sabía cómo salir de allí. Todos lo habían abandonado: los espectadores, la señorita, los cocineros, el severo mayordomo, incluso los refinados pajes, y sin embargo habían sido sus amigos. Solo tuvo que buscar su camino, atravesó zonas desiertas hasta llegar a una bóveda llena de soldados y lo agarraron por el cuello. Ya no era el señor Heurtebise; lo empujaron hasta el pozo del Louvre, hasta el puente. Ahora tampoco lo reconocía nadie de la guardia; lo interrogaron con rudeza, le vaciaron los bolsillos y, tras recibir una patada, salió por la puerta y abandonó el castillo del Louvre.

Se había guardado mucho de confesar a los soldados lo que en realidad había visto allí. Por lo demás, ya dudaba de ello. Cuanto más avanzaba por la ciudad, más ilícita y sospechosa le parecía su experiencia. No le salía de la cabeza; su sentido común le aseguraba que el Maligno tenía algo que ver en ello. Inmediatamente quiso confesarse. Mientras tanto, llegó a su calle, todos los vecinos salieron de sus casas, él se refugió en la suya y se acostó. La señora Heurtebise le llevó vino caliente.

Solo al cabo de dos horas, como era un hombre firme, la mujer se enteró de la historia. Por la noche ya se sabía en la calle, al día siguiente en todo París. Entonces vinieron de otros barrios y querían oír de su boca que el rey dormía con la reina. Esto fue de gran utilidad para la monarquía y perjudicó a la Liga, por lo que el párroco Boucher predicó contra Heurtebise y lo tildó tanto de sobornado como de instrumento de Satanás. El pequeño comerciante de artículos de colcha, sin embargo, defendió su causa, pues con el tiempo le llenaba de orgullo y se le hacía más cierta que el mismo día de los hechos. «Heurtebise, ¿qué has visto, exactamente?»

«El señor rey yacía en su lecho dorado, con su corona de oro en la cabeza, y a su lado yacía la reina, hermosa como el alba. Esto es cierto, incluso en la hora de mi muerte».

Lo repitió durante trece años. Luego, el reino llegó a tal punto que el rey fue asesinado, mientras que su sucesor, Enrique IV, tuvo que vencer en batalla a sus propios franceses, pues de lo contrario habrían caído en manos de los Habsburgo. La Liga, para animar sus procesiones, hacía que las mujeres bailaran desnudas por las calles. Su desenfreno era espeluznante, su sed de sangre rayaba en lo

ridículo. El pequeño comerciante de ropa blanca, conocido en toda la ciudad por su relato de cuentos, no fue el primero, pero también a él atacaron las mujeres salvajes como a un enemigo de la Santa Iglesia. «¡Es Heurtebise, el que vio a Valois acostado con su ramera!». Heurtebise fue pisoteado hasta la muerte por muchos pies descalzos.

El placer

Índice

La reina de Navarra tenía su propia corte, varias salitas en las que reunía por las tardes a sus amigas, sus poetas, músicos, humanistas y sus amantes. Allí Margot era la diosa y no tenía que espiar a escondidas tras una cortina, como en las fiestas de su hermano, el rey de Francia. Su querido esposo, Enrique, la encontró una tarde tocando el arpa, mientras un poeta recitaba melodiosos versos en su honor; pero en el mundo poético se la llamaba Lais y era una cortesana que, gracias a su belleza y erudición, reinaba sobre los hombres. Margot-Lais estaba sentada en todo el esplendor al que siempre había aspirado, en un sillón elevado. A su izquierda y a su derecha se encontraban otras dos, las damas Mayenne y Guise. A los pies de la divina y junto a los asientos de las otras dos musas se recostaban las figuras menos importantes, que, sin embargo, formaban parte necesaria del cuadro. El conjunto estaba delimitado por dos columnas enredadas de rosas, entre las cuales se extendía una gran alfombra clara, en la que estaban tejidas figuras entusiastas de la primavera. El conjunto se presentaba totalmente claro y sereno; el poeta, al frente en semicírculo, solo tenía que cantarlo, inclinándose ligeramente hacia un lado y extendiendo el otro brazo, como si caminara por una estrecha pasarela sobre un abismo.

En el Palacio del Louvre no todo está bien asegurado, recordó Henri al contemplar el patio de la reina de Navarra. «¡Y si pienso en la iglesia, donde predica Boucher! ¿Debo imitarlo y darle a este aquí una muestra de su elocuencia? ¿Debo?». No, aunque ocupó el lugar del poeta, dijo lo que de repente le vino a la mente: «Adjudat me a

d'aqueste hore —ayúdame en esta hora—, la oración que su madre había rezado mientras le daba a luz. Sonaba melodioso, y como iba dirigido a la Virgen, pero al mismo tiempo a la reina de Navarra, su querido señor había superado todos los homenajes que Madame Marguerite recibía en su corte. Ella se lo agradeció enormemente; entre sus palabras, tocó en el arpa las escalas más brillantes, pero al final le tendió su maravillosa mano para que la besara. Hecho esto, él le aseguró ante sus admiradores que se esforzaría por complacerla y servirla con más celo que nunca. Ella también lo entendió y le tendió de nuevo la mano, esta vez para que la acompañara por los escalones de su asiento y la sacara de la sala.

En cuanto ya no se les podía oír desde allí, él se echó a reír y dijo: «Vaya a ver a la reina, su madre. Tengo curiosidad por ver qué aspecto tendrá cuando vuelva».

—¿Qué quiere decir? —respondió Margot, ofendida—. Ya nadie me trata de forma tan descortés como en los tiempos del rey Carlos.

«Espero que no sea así, aunque su hermano, el rey, le guarda exactamente el mismo rencor que su madre».

«¡Pero qué está pasando, por el amor de Dios!».

«No voy a quemarme la lengua. Bástele saber que yo no creo nada de lo que se le reprocha. Los demás solo se lo inventan para separarnos».

Acompañó a su esposa hasta donde se encontraba Madame Catherine. Apenas se quedó solo, se topó con otra dama, la duquesa de Guisa, que también se encontraba en una situación difícil. Hacía tiempo que se le notaba; en su sillón elevado, mientras todos los demás miraban tranquilos, ella movía el cuello de un lado a otro,

perturbada. Así se ve un gran terror que no se puede olvidar. «Señor», dijo la duquesa, extendiendo con desamparo ambas manos abiertas, «soy una mujer muy desdichada, perseguida sin culpa alguna, y merezco que usted me consuele».

Él quiso intervenir: «¿Por qué no yo también, después de todos los demás?», pero no tuvo tiempo de hacerlo. «Como mejor amigo del duque, ¡convénzalo por el amor de Dios de mi inocencia, para que no me haga más injusticias!». Lo había soltado todo de un tirón y tuvo que hacer una pausa; Henri pudo decir: «Puedo dar fe de su inocencia, señora, pues, por desgracia, aún no me ha demostrado lo contrario».

«Piense en lo que me pasa con ese loco. Esta mañana no me encuentro del todo bien, pero él está de mal humor por algo que le molesta terriblemente, y no quiere contarlo. Yo ya lo sé de todos modos, ¿qué tienen los maridos en la cabeza, aparte de sus celos? De repente se le ocurre que debería tomar un caldo de carne, ¡y cómo lo dice! Su tono me lleva a la peor sospecha. ¡No necesito caldo de carne! Pero por mucho que se lo asegure —me disculpe, señora—, el caldo de carne tiene que ser, y al instante mismo envía a buscarlo a la cocina».

«¿Quería envenenarla?», preguntó Henri en voz baja y con miedo, pues le pesaba en el alma haber llamado cornudo al duque, y ¿quizás él había sido el primero? Desde entonces, Guise había buscado confirmación por todas partes, y tan terribles fueron las consecuencias para la pobre mujer.

«Espero que le haya echado el caldo a la cara».

«No me atreví a hacerlo. Le pedí media hora de plazo hasta que me bebiera la taza, y en ese tiempo me preparé para morir».

Henri solo veía a la lamentable víctima a través del velo de sus lágrimas.

«Entonces trajeron el caldo. El duque ya se había marchado. Me lo bebí».

Incluso en su ausencia, la esposa le había obedecido, animada por la esperanza de que sus últimas oraciones hubieran borrado todas sus faltas carnales.

«¡Qué dice usted!», exclamó ella de repente, completamente amargada. «Era un caldo de lo más corriente».

Su ira se apoderó también de él. ¡El Goliat y Gliedermann! Así aterrorizaba a las mujeres. Esa era su venganza cuando le servían lo que le correspondía. «Madame», dijo Henri con sincera convicción, «veo que se le persigue injustamente. Merece que yo la consuele y repare el mal que todos los hombres, incluido yo, le han hecho».

Tomó las yemas de sus dedos; sus manos flotaban entre ellos. Pusieron los pies por delante y, con los rostros voltados el uno hacia el otro con una expresión cortés de felicidad, recorrieron con no poca gracia el camino que conducía a su deleite.

Cuando volvió a ver a Margot, ella salía de una acalorada discusión con su madre y el hermano del rey, en presencia de testigos; no era la primera que su conducta moral le había provocado. Aún no había recuperado el equilibrio. «¿Tenía razón, verdad?», preguntó él con compasión. Sus grandes ojos se llenaron de lágrimas; tenía que tener cuidado de que no se le corriera el rímel. Por eso no pudo expresar de inmediato lo que le oprimía el

corazón. En cambio, su querido señor la abrazó y le aseguró que, por lo demás, las cosas seguirían como siempre, que él la protegería, pues ella le había sido confiada. Esa misma noche, cuando el rey se acostara, dos de sus amigos le explicarían lo mucho que le había hecho daño.

«Quizá él lo crea; pero a mi madre no la engañan», dijo Margot con demasiada rapidez y se asustó un poco. Intentó mirar a su querido señor para ver cuánto sabía realmente. Porque, al fin y al cabo, su gran falta contra las buenas costumbres había ocurrido de verdad: ¡había visitado a su amante actual para ver cómo estaba! Como Henri no dejó traslucir nada, ella también volvió a su papel de inocente. «¡Si no me hubieran lanzado esa calumnia a la cara en público! Eso nunca lo perdonaré. Solo faltaba que mi querido señor también pensara mal de mí y estuviera enfadado conmigo».

«Ni se me ocurriría, ya que soy quien mejor la conoce», dijo él con una sonrisa que era significativa, pero benévola, y en la que también se mezclaba el enamoramiento. Todo ello conmovió el corazón de la pobre mujer. No podía desear un amigo mejor. «Gracias a su decencia», dijo ella, «esta vez ha salido bien. Pero ahora estamos advertidos. Tenga cuidado: el rey se inventará más historias para torcer nuestra amistad».

«No lo conseguirá», prometió él, «y tomaremos medidas de inmediato». Permanecieron juntos aún un buen rato. A la mañana siguiente, después de que él se hubiera marchado, Margot recibió la visita de unas damas que le contaron que su querido esposo la había ofendido precisamente ayer con la duquesa de Guisa. Por un momento se quedó sorprendida, pero luego respondió: «Mi querido señor no puede ver que una mujer es infeliz».

Reflexionó mucho sobre ello. Porque Margot vivía de forma imprudente, solo su espíritu era ingenioso. Dibujó, para su recuerdo, dos retratos comparativos de los personajes: el duque de Guisa, llamado Cleonte en su escrito, tal y como se vengó y mantuvo a la duquesa durante horas en un terrible miedo a la muerte con un caldo de carne; el rey de Navarra, para ella Aquiles: tan indulgente —y también tan poco fiable—. «Pero sus sentimientos son, sin embargo, fieles a sí mismos», escribió. «Aquiles nunca olvida la gran y hermosa pasión que le unió a Lais. Esta no traiciona ni a Lais ni a Aquiles, sino que los transforma gracias a su buena voluntad mutua, y de la pasión, que a menudo parece odio, surge una amistad que casi se asemeja al amor».

Margot dejó la pluma y se sintió bastante satisfecha de cómo se presentaban las cosas. No había puesto muchas cosas por escrito, pero, por suerte, ya había pasado: los muertos que se habían interpuesto entre ella y su querido señor, y de los que no se podía pasar por alto. Luego lo había traicionado ante su horrible madre, de modo que él había acabado en cautiverio; después había decidido ponerle los cuernos. El odio, el engaño, el arrepentimiento y la compasión habían marcado su camino, hasta que finalmente Aquiles y Lais se convirtieron en los mejores amigos y así seguirían siendo siempre, pensaba Margot. Pero la vida es larga.

Los dos cónyuges se permitían muchas cosas, es más, se advertían mutuamente de los peligros inminentes, aunque siempre con algunas reservas. Una vez, Margot comenzó: «Señor, se deja ver con demasiada frecuencia con mi hermano d'Alençon. No debería confabularse con él, ya ha visto más de una vez cómo acaba eso. Él

sigue siendo el heredero del trono. A usted le prometen el cargo de gobernador del reino, pero toda la corte se ríe de ello».

«Madame, no siempre es una desventaja que se rían de uno».

«Si tuviera planes secretos. ¿Acaso quiere ser rey de Francia? No encontrará a nadie que quiera servirle, porque todos le conocen aquí en ese papel. Sirva más bien a mi hermano d'Alençon, a quien quiero mucho y que sin duda subirá al trono. Se lo aconsejo por su propio bien».

«Señora», dijo él con seriedad, «quiere saber que yo también soy su amigo. A menudo me quedo con su hermano d'Alençon porque sé que su vida corre peligro». Su mirada era tan elocuente que ella adivinó más o menos: él mismo había recibido un encargo; el rey lo utilizaba para deshacerse de su hermano. Margot decidió de inmediato: «Yo misma protegeré a mi hermano Francisco. Su amigo, el valiente Bussy, gozará de mi favor». Pero como tenía esto firmemente decidido, desvió la conversación hacia Sauves, su buena amiga.

«Sauves es un agradable pasatiempo para usted», respondió Margot. «No debe ser más que eso, por su propia seguridad, mi querido señor y esposo. ¡No le revele jamás lo que realmente le pasa por la cabeza! Incluso en la intimidad de la cama, debe tener siempre presente que Sauves le cuenta todo y cualquier cosa a mi madre, la reina».

—No lo creo —respondió Henri, aunque lo sabía.

«Hay cosas que no querría creer. Sauves no ama a nadie más que a Guise, a quien está totalmente entregada». Margot comenzó a enfurecerse. «¿Necesita más pruebas que las lágrimas que derrama

desde que Guise tiene el rostro desfigurado? ¡Se lo deseo a esa sirena!», exclamó con gran ira. «Confieso incluso que yo misma me he encargado de ello. Este verano tuvo que ir a la guerra, en lugar de envenenar a su mujer y acostarse con Sauves. Ahora ha recibido una profunda herida de espada en la mitad de la cara y ya no es el apuesto Guise. Ahora solo se le conoce como Guise el Desfigurado».

«Guise el Desfigurado», repitió su querido esposo, y ambos se alegraron. Margot volvió de repente a su ira anterior. «Que Sauves también tenga cuidado de que no le ocurra ninguna desgracia. Porque ella está tratando, sire, de alejarme de usted. ¡Qué digo, quiere casarse con usted! Esa mujer os tiene a su lado todo el día e incluso os ordena que os pongáis de pie cuando la reina se levanta, solo para que yo no os tenga. ¿Acaso desconfías más de mí que de ella? ¡Con la desconfianza, Sire, comienza el odio!», exclamó Margot, y se había olvidado por completo de la sólida amistad que existía entre Lais y Aquiles.

Henri intentó abrazarla y, cuando ella se resistió, sonrió en secreto ante su agitación, sin sospechar que pronto también a él le invadiría la envidia… hacia Margot, que amaba al valiente Bussy. El placer no siempre es placer. Tiene trampas y abismos. Uno puede esconderse en él para no ser visto. También puede perderse en él y, mientras tanto, perderse lo más importante. Así le sucedió, sobre todo a Charlotte de Sauves, la hija de la difunta Jeanne, la vengadora del almirante asesinado. Muchas otras damas de la corte cumplían el mismo propósito, pero esta era más encantadora.

Sauves respondía a la sonrisa de la vida con su propio encanto. Su carácter era ecuánime, en lugar de tempestuoso o embriagador como el de la reina de Navarra. La duquesa de Guisa se mostraba

débil, no Sauves, que sabía exactamente hasta dónde quería llegar en todo. Enrique se llevaba bien con ella, se llevaba bien con Margot, Madame de Guise, Charlotte de Sauves y con las demás a las que amaba y hacía felices. Eran muchas, como era habitual en aquella corte, un desorden fastuoso, y cabía preguntarse si le iría bien por mucho tiempo a un cuerpo tan joven. Con Charlotte era donde se sentía más tranquilo, de ahí su predilección.

Esto se debía a que se permitían mutuamente dejar vagar la mente cuando velaban juntos por las noches. Él sabía adónde se dirigía la de ella: hacia Guise y sus ambiciosas empresas. Guise es su único señor, incluso con el rostro desfigurado. «Me da igual, tiene una boca tan bonita cuando se abre ante él en sus pensamientos; y no conozco ojos como los suyos, largas rendijas estrechas de las que brota el ingenio. Sería inquietante que ella tampoco se sorprendiera nunca de que yo guarde silencio durante tanto tiempo. ¿Quizá ya ha adivinado en qué pienso? Sus densas pestañas me ocultan algo, ahora que nos miramos de repente, y ella sonríe con lástima. Me lo merezco, pues ¿qué he logrado en más de tres años con todos mis firmes propósitos de odio y venganza? Nada. El rey, Guise y Madame Catherine, todos siguen vivos, pero yo soy su prisionero y su amigo; pienso en ellos más de lo que conviene y los engaño. La mujer que yace a mi lado tiene razón al considerar a Guise un hombre mejor. Sin embargo, ahora tiene el rostro desfigurado, ¡por haber pisoteado el rostro del difunto señor almirante!

«Mi espíritu me transporta a menudo a las montañas», le dijo a su compañera en el silencio de la noche. «Me gusta estar en el Palacio del Louvre, por mis muchos buenos amigos y las bellas damas. Pero a la larga echo de menos las montañas. Quien no las

ha recorrido de niño, no sabe lo que significa llevar su nombre en el corazón. Los Pirineos».

Sauves vio cómo soñaba. A modo de prueba, dejó caer una palabra: «¿Queda lejos hasta allí?».

«A caballo, creo que llegaría en unos diez días. He hecho una apuesta con mi primo d'Alençon», respondió con entusiasmo y, si se escuchaba con tanta atención como Sauves, se delató a sí mismo y a su compañero. Para borrar esa confesión, de repente empezó a fantasear con la cascada que caía desde las alturas del cielo. Entrenado por la emoción, mintió diciendo que una vez se había dejado llevar por ella hasta el valle, hasta los pies de su madre Jeanne.

«¡Cuya muerte, incluso después de tres años, sigue sin esclarecerse!», intervino Sauves de inmediato. ¡Y aún sin vengar! Eso la frenaba, ¡por eso él lo oyó de todos modos! ¡Oh! Él sentía claramente su curiosidad. Esta le tocaba tan claramente como su piel. Sauves no encuentra su mayor placer en el amor, sino en el saber y en el husmear. Antes de que uno se dé cuenta, ya se le ha revelado a ella. Su delicado cuerpo se cansaba fácilmente; en este sentido, Henri le infundía terror; pero ella a él, con su aguda perspicacia.

Sin embargo, ella no lo delató ante la anciana reina, aunque hubiera sido su deber. Tenía excusas para ello, pues ¿qué gran cosa había hecho el pobre señor, salvo algunas conversaciones secretas que no llevaron a nada? Madame Catherine se habría reído de que él se conspirara con su hijo d'Alençon, quien tantas veces lo había engañado. Las intenciones del pobre señor se habían resquebrajado, sus pensamientos pronto se bastaban a sí mismos. «Ya no hace

nada», opinaba Sauves. «Va de caza y vuelve puntualmente, lleno de orgullo por la presa abatida. Sobre todo, pasa demasiado tiempo con las mujeres». Ella lo decía con buena intención y sinceridad cuando le advertía de ello. Su corazón no era malicioso.

Sin embargo, también quería separarlo de Margot. Mientras un príncipe de sangre real esté casado con la hermana del rey, aún tiene perspectivas, a pesar de todo. Pero no debe ser él quien ocupe el trono: ¡mi único señor y amo, Guise, debe subir al trono! Por eso, Sauves intentó convencer a su compañero ocasional de que siempre lo había amado, desde el primer encuentro en el jardín, cuando sus amigas Charlotte y Margot se le acercaron del brazo, precedidas por pavos reales. «Él será mío y yo le perteneceré por completo»: eso, supuestamente, lo había decidido de inmediato. «Soy hábil, soy inteligente, y si se casa conmigo, ¡se convertirá en rey!». Eso era lo que ella quería que él creyera. En vano, su sonrisa astuta le decía que ella no podía engañarlo más de lo que él podía engañarla a ella. Enojada, lo despidió esa mañana más temprano, aunque tal vez él cayera de sus brazos a los de su querida amiga Margot.

Así era el placer. Y sucedió que una noche le sobrevino un desmayo; por suerte, el lugar fue el lecho conyugal. El desmayo duró una hora, y Margot estaba muy preocupada por él. Estuvo a su lado y le atendió, como le dictaba su deber; llamó a sus damas y a sus sirvientes; no se apartó de él ni un instante, y de no ser así habría muerto. Ese ataque debería haberle servido de advertencia: Margot se lo dijo.

«Nunca había tenido algo así. Se debe a tanto placer con las mujeres». En fin, él quedó muy satisfecho con ella, la alabó después

ante todos, y ella fue también la primera con la que volvió a divertirse.

El giro

Índice

Demasiado tiempo dudando, reflexionando y cuestionando. Por fin, otro toma la decisión. El quince de septiembre de este año 1575 todo dio un giro: el duque de Alençon había desaparecido. Su madre lo mandó buscar por toda la casa a la hora de la comida, muy preocupada por su salud. Sabía por experiencia propia lo rápido que alguien puede perecer. Sin embargo, no se encontró ningún cadáver. ¿Acaso había huido sin siquiera confiárselo a su hermana? Ella mantenía su círculo de musas como de costumbre. ¡Pero el Reyejo! Madame Catherine ya se había resignado a no volver a verlo tampoco a él, cuando de repente aparece, muy despreocupado, tras el partido de pelota y se da un baño. «¿Qué sabes, Reyejo? ¡Confiesa! O te arrepentirás».

Henri se rió: «Justo ahora me cuenta d'Armagnac que el primo se ha fugado; dicen que en un carruaje que parecía vacío. ¿Le voy a contar, señora, lo que va a pasar ahora? Un llamamiento del hombre de las dos narices al país y al pueblo para que se levanten. Entonces usted, señora, lo reconciliará y le dará lo que pide».

Él se enfadó; ella pensó que era por la sospecha de complicidad que recaía sobre él; y, sin duda, él merecía esa sospecha. Sin embargo, ella aún no endureció su cautiverio. Su predicción se cumplió puntualmente: apareció el llamamiento al país y al pueblo. En él, el príncipe real se refería al descontento general, al anhelo de paz de tantos moderados de ambas religiones; pero también exigía justicia para sí mismo. Porque en el palacio de su hermano solo encontraba incomodidades y ningún dinero. Aquí la anciana reina vio de hecho ya la oportunidad de recuperar a su querido hijo; por eso,

a pesar de todo, se tomó el llamamiento menos en serio que su hijo, el rey, a quien el suceso perturbó profundamente. Pero también la ciudad de París volvió a sumirse en un ambiente de fatalidad y de emocionantes aventuras. ¡Cómo! El hermano del rey, llamado Monsieur, ha seguido al señor príncipe de Condé a Alemania. Ya se acercan con un ejército de franceses y alemanes, cien mil hombres, ni uno menos, ¡vecina! Entonces algunos parisinos, pero pronto todos, descubrieron en el cielo enrojecido del atardecer las siluetas de hombres armados.

Solo Madame Catherine conservó la cordura ante estas apariciones y rumores. En su opinión, Enrique de Navarra se comportaba de forma más enigmática que su hijo d'Alençon, a quien conocía y no temía. De repente, sacó la declaración de su cómplice; él debía leerla. Tras tres años de prueba, Henri dominaba su rostro en cualquier situación. Sin esbozar ninguna expresión, se limitó a soltar: «Eso lo conozco. Así escribí yo mismo cuando estaba con el almirante y los hugonotes. Pronto Monsieur hablará de otra manera. Primero uno se da aires de grandeza, después tiene que bailar al son que le tocan. No es para mí».

Su desprecio podía ser verdadero o fingido, pero la buena amiga se mantuvo firme en su profunda desconfianza. Desde entonces lo hizo vigilar aún más de cerca y contrató a nuevos espías, de los que él no sospechaba. Estos debían incitarlo, a ser posible, a cometer imprudencias. Unas oscuras tramas lo rodeaban, mientras que él, más que nunca, se creía el centro de toda la corte con su buen humor y su aparente despreocupación. En su interior se gestaba lo más grave, y todo se ensombreció mucho, como ya había ocurrido una vez antes.

«¡El duende ha actuado mientras yo dudaba! Ahora todo había sido en vano: mi largo disimulo, tantas reflexiones y toda la experiencia con las personas. La desgracia me había llevado a su escuela, pero ahora estoy de nuevo donde estaba: la mañana después de la Noche de San Bartolomé».

Solo pasaron catorce días, y el duende ya se había ablandado de nuevo y negociaba con su madre, Madame Catherine, la compensación a cambio de la cual estaba dispuesto a abandonar a sus aliados. ¡Peor para Henri! Un hombre como aquel había aspirado descaradamente al liderazgo, mientras que él mismo había caído en un desmayo a causa de tanto placer. «¿Cómo ha sucedido todo? Basta ya, no preguntaré más. La escuela de la desgracia debe terminar, junto con el pensamiento pálido. Quiero hacer saber a mis protestantes del sur que pronto me recibirán entre ellos. Da igual si mientras tanto me desprecian por hacer el ridículo en esta corte, desde hace ya más de tres años. Quiero demostrarles que soy el hijo de su reina Juana. ¡Un hombre distinto del duende! ¡También distinto del vanidoso Goliat! Porque sé que la escuela no fue en vano. Sé que unificaré este reino».

Su ardiente orgullo se lo aseguraba con palabras exaltadas; nada se le oponía, ni la vergüenza en la que había vivido y que aún debía soportar por un breve tiempo; ni tampoco la nueva humillación causada por el duende, que había aparecido en su lugar y que también había querido desacreditarlo. Estaba seguro de su causa. Aquí, cuando parecía perdida, se mostraba en su mejor momento. Una nación espera al líder, y cuantos más falsos sean desenmascarados y se desprendan, tanto más fatídico es el avance del auténtico y su camino.

En tal situación, antes de que expirara el tiempo que aún le quedaba, sufrió un último y muy duro golpe, pero lo soportó. Quien lo castigó al final fue su querida hermana. La joven Catherine había esperado en vano durante mucho tiempo a ver si su querido hermano se acordaba de su madre Jeanne, del señor almirante y de todos sus difuntos. En secreto, en el Palacio Condé, le dijo a la anciana princesa: «Lo conozco, pues somos de la misma carne y sangre. Yo también estaba aquí en la habitación con él y con el señor almirante, que aún vivía. Se desató una fuerte tormenta, la puerta se abrió de golpe, no pensé en otra cosa que en que nuestra madre fallecida entrara y lo llamara para que la vengara. Pero era la princesa de Valois, y esta lo traía para la boda. Siempre pienso en eso, y mi querido hermano tampoco lo ha olvidado. Juraría que se ha estado disimulando ante toda la corte desde entonces, e incluso ante mí, su hermana. Cuando llegue el día, se levantará y se dará a conocer».

Se levantó de su asiento y, como estaba alterada, se notaba que cojeaba un poco. Además, estaba pálida y poco desarrollada: con sus pulmones delicados, había vivido recluida todo este tiempo en la casa, por aversión a la corte, donde «las mujeres pedían a los hombres», según las palabras de su madre. La princesa Catalina de Borbón seguía siendo protestante. No comprendía la apostasía de su hermano, fuera cual fuera su situación. Pero aprobaba sus actos, porque era su hermano y el cabeza de familia. También lo defendía a él, a sus costumbres y a sus descuidos, ante los nobles protestantes que acudían a ella en secreto desde el país, de modo que regresaban con algo más de esperanza. Era débil, estaba sola, solo habría inspirado lástima. Pero muchos habían conocido a la reina

Juana, les conmovía la gran obstinación de la hija, como si ella misma hablara, y se inclinaban una vez más ante su alma inmortal.

«Sin embargo, nadie puede seguir protegiendo a un ocioso durante más de tres años, sobre todo cuando las propias dudas se ciernen sobre uno. Él no ha olvidado nada, lo sé. Allí donde está prisionero, se pierde la fe. Que la recupere con la ayuda de Dios. Quiero asestarle un golpe sanador. Puedo hacerlo, pues, haya sido como haya sido, sigo siendo su Kathrin como siempre. Me necesita porque los dos fuimos pequeños juntos, y ¿a quién recurriría en la última hora de necesidad? A nadie más que a su hermana. Fingiré que lo abandono, y él se asustará porque me entrego a mí misma y a mi causa a un hombre ajeno».

Este era el inocente cálculo de una niña de gran alma. Se lo confesó a una sola persona, al señor Theodor de Bèze, pastor en Ginebra, quien había escrito: «¡Oh Dios, muéstrate, por favor!». Le preguntó si podría hacer lo que tenía pensado sin pecar, y él le enseñó que bien podría entregar aparentemente su causa a un desconocido, pero no su cuerpo en realidad. Justo entonces se encontró con su primo Carlos de Borbón, conde de Soissons, a quien amaría hasta su prematuro final.

Todo esto es diferente de lo que tú crees, Kathrin. Hasta ahora pensabas que, por tu rigor moral, te distinguías mucho de tu hermano, que busca el placer. Tú, como él, pasarás por todas las etapas del amor; al final te resultarán familiares todos sus dolores, la santificación y la humillación de quienes aman mucho. Él seguirá deseando a todas las mujeres, e incluso si es fiel a una sola, seguirá viéndolas a todas en ella. Tú obtendrás en abundancia lo que te está destinado solo a través de Charles, tu pariente, católico por cierto, lo

que no te impide en absoluto ser una protestante estricta; y además, él te engaña de una manera bastante habitual. Pero eso lo olvidas cada vez que lo vuelves a vivir, y tras cada una de vuestras disputas, el afecto de tu corazón se afianza más. Esto continuará hasta que cumplas cuarenta y un años, a pesar de que provoque algún que otro escándalo público, como no puedes negar, aunque en el peor de los casos te hagas pasar por la dama recatada. Solo el gran nombre de tu hermano real te protege aún. Entonces él impone su autoridad tardía y te casa con otro. Tú le obedecerás, porque ya estás destrozada, pero eso ya no podrá evitar nada. Aterrorizada por el envejecimiento, te aferrarás desesperadamente a tu amado; sí, preferirás morir antes que envejecer, y morirás. Así será, Kathrin, y en absoluto como pensabas cuando le pediste consejo espiritual al pastor en Ginebra.

La joven Catherine apareció inesperadamente en una fiesta en la corte. Se lo comunicaron a su hermano, quien la buscó en vano en el Gran Salón entre la multitud de invitados. Dudando de si no se le habría tomado el pelo, echó un vistazo a la antesala del rey, que estaba vacía; pero un guardaespaldas mantenía el rostro vuelto hacia un rincón invisible para quien entraba. El hermano se dirigió allí y encontró a su hermana con un hombre que le provocó un terror supersticioso. Henri estaba dispuesto a dar media vuelta y huir, huyendo de su propio doppelgänger. El desconocido tenía, como él, el pelo rizado y fuerte y el rostro anguloso; la boca, los ojos y la nariz se parecían a los suyos, en la complexión no había diferencia alguna; y lo que más consternó a Henri fue que allí vio exactamente el mismo traje que él mismo llevaba.

Su hermana apoyaba el brazo en el hombro del hombre; nunca se había recostado así sobre su hermano. Le susurraba al oído: así había respirado innumerables veces contra el suyo. Pero lo más terrible era que a él, a él mismo, no lo veía ni lo oía —a seis pasos de distancia—, aunque él rascaba el suelo a propósito. Se palpó la cadera, ¡para ver si físicamente seguía allí y era el mismo! ¿Acaso un hechizo le había privado de su apariencia terrenal?

«Pobre hermano», pensó Catherine. «Sin duda existen los espíritus, uno puede encontrarse con ellos, y tal vez también exista la magia. Pero esta vez te engaño, y lo siento de todo corazón por tener que hacerlo. He disfrazado a mi buen primo, lo he entrenado, y finjo que eres aire. En realidad, no tendrías ningún motivo para sentirte desconcertado. ¡Compárate con nuestro primo! Dejando a un lado el parecido familiar, su rostro carece de pasado, de huellas. Ha cazado animales salvajes en sus bosques. ¿Y tú? Ay, hermano, por muy joven que seas, ya te marcan los sufrimientos, las luchas y los pensamientos. No te hagas el tonto, y tus ojos se entristecen al instante: astutos y tristes, querido hermano. Desde entonces, tu nariz ha caído más hacia el labio: aún no mucho, pero algo. En este momento te crees invisible, y tu boca se torce un poco, porque llevas tanto tiempo teniendo que fingir. «¡Qué conmovedoras son, en cambio, las hendiduras de tus sienes, que te pertenecen desde que naciste! Aunque no tuvieras nada más, hermano mío, yo ya sería tuya. Justo eso es lo que tiene también nuestro primo. No puedo creer que vaya a amarlo; pero si lo hiciera, ¡sería por tus sienes!».

La muchacha se levantó; por fin lo miró, con severidad y claridad, tal como Jeanne misma lo habría mirado. Solo que a ella se le llenaban de lágrimas los ojos abiertos, y de igual modo se le

llenaban a él. Catherine dijo: «Hermano, hace tiempo que no ve a nuestro querido primo. A mí me visita a menudo, y hablamos de usted, ya que no podemos esperar que abandone su compañía por nosotros».

Henri respondió: «Llamaría la atención, y usted bien sabe, querida hermana, que no trato con hugonotes, a quienes usted recibe en tan gran número. Además, sería imprudente que tres miembros de nuestra casa siguieran conversando a solas y en secreto en la antesala del rey».

Al decir esto, miró a su primo. Este se sintió incómodo; Henri no tuvo más que cogerlo del brazo y llevarlo hasta la puerta. «Ahora habla, Kathrin», dijo cuando regresó. Ella miró primero al guardaespaldas. A este se le había ocurrido colocarse en la puerta con las piernas abiertas, como si no quisiera que nadie entrara, y solo le daba la espalda. La hermana dijo: «Te esperan en casa a que llegues».

«Lo sé. Pero soy un prisionero. Han duplicado los guardias, cada vez más espías me vigilan. Todavía deben tener paciencia».

«Ya no les queda. Te dan por perdido. ¡D'Alençon te está desplazando ante ellos, para que lo sepas! ¡Y son los nuestros, en el sur, para que lo entiendas de una vez! El gobernador y los católicos moderados se han aliado allí con los protestantes: juntos quieren tenderle la mano a Condé cuando invada el reino con sus tropas auxiliares alemanas. Las provincias que se encuentran en medio también ya están ganadas. Todo madura, todo estalla, menos tú. Nuestra madre se ha sacrificado, ahora otro se lleva la recompensa, no tú».

«Soy muy infeliz», suspiró él, bajando la mirada y soportando con dificultad el hecho de tener que engañar incluso a su hermana. Esa voz conmovida y vacilante, el aterrador aumento del tono en las últimas sílabas: «¡Hermana! Hermana, estoy decidido y partiré antes de lo que imaginas. De aquellos que deben ayudarme, ninguno conoce al otro. He aprendido en tres años. Mi buena amiga, la vieja asesina, me confiesa que d'Alençon ya no supone ningún peligro. Esta noche partirá en secreto y traerá de vuelta al hijo pródigo. Si te hubiera dicho una sola palabra de todo esto, Kathrin, te habrías visto envuelta en ello. No debes correr ningún peligro, Kathrin».

Levantó los ojos; eran dulces y pacientes, nada más.

«¿No quieres?», preguntó ella.

«No puedo», suspiró él.

Entonces ella levantó la mano; eran los mismos dedos largos y flexibles que había tenido su madre —y, como cuando era niño y su madre se enfadaba, de repente sintió un fuerte golpe en la mejilla. Él mismo se volvió violento, como si aún fueran niños y estuvieran en su país, donde los campesinos e incluso los príncipes son más expresivos a la hora de manifestar sus sentimientos. Levantó a su hermana en volandas, la llevó delante de él con los brazos extendidos a pesar de que ella se retorcía, y al guardaespaldas, que seguía de pie en el umbral, le dio un puñetazo en la nuca sin más. Para no caerse de aquel hombre fornido, la pequeña Catherine tuvo que agarrarse. Cuando volvió a pisar el suelo, Henri ya se había marchado hacía rato. Pero ella: ahora lo sabía, y de alegría se echó a reír a carcajadas. El guardaespaldas se rió con ella.

De entre aquellos que debían ayudarle, hasta entonces ninguno conocía a los demás; solo los espías, por supuesto, sabían todo de cada uno. Se trataba, en particular, de los señores de Saint-Martin-d'Anglure y d'Espalungue, dos nobles bien educados, ingeniosos y provocadores, muy a la altura de las circunstancias; pero siempre sabían detenerse en el momento oportuno. La relación con ellos era encantadora y, como Henri no dudaba de lo que pretendían con él, le atraía aún más. Su propio confidente era un tal señor de Fervaques: soldado, ya no un joven, recto y sencillo. Con él no había bromas ni juegos de palabras: una nota que d'Armagnac encontró entre la ropa de su señor, sin poder adivinar cómo había llegado allí; y luego, tal vez, un breve encuentro en el que se mencionó un nombre: Gramont, Caumont, l'Espine, Frontenac. Al final, siete nobles se habían unido a la conspiración aquí, en el castillo, y cada uno de ellos había tenido que acudir por su cuenta; además, todos ellos ya habían sido puestos a prueba, pues Fervaques difundió de repente la falsa noticia de que todo había sido descubierto y que debían ponerse a salvo. Pero se quedaron, pues por encima de su seguridad estaba para ellos el honor de partir con el rey de Navarra para que el país obtuviera la paz y la libertad. Henri reconoció a los mejores por el hecho de que ni siquiera se daban cuenta de hasta qué punto buscaban en realidad su propio beneficio o, simplemente, una gran aventura.

La nueva terraza sobre el río servía para las reuniones secretas. El actual rey había ampliado los jardines hasta allí; estaba harto de que su buen pueblo trepara desde la orilla para, colgado de la

barandilla, admirar en voz alta a la bella corte. En lo alto del río, inaccesible desde el exterior, se alzaba la larga terraza; pero nadie sabía que estaba provista de un pasadizo. Una losa de piedra móvil: yacía en el extremo más alejado del suelo, además estaba oculta tras varias columnas; pero quien supiera abrirla, bajaba a través de los muros hasta la orilla del agua. Una barca aún habría podido llevar a Valois si la Liga, por medio de los partidarios que también contaba en el Palacio del Louvre, hubiera querido apoderarse de él. Aquí apareció el fantasma del almirante Coligny.

Quien lo vio por primera vez una noche de enero fue un caballero católico. Aunque, por razones de sentido común, se sentía muy apegado a la causa de Navarra, ciertamente no deseaba encontrarse con el espíritu del protestante asesinado. Ante el señor de Fervaques, expresó su descontento porque el difunto se entrometía en asuntos que le eran ajenos y que le resultaban imposibles de comprender plenamente. Por lo demás, el fantasma había proferido palabras irresponsables, que el señor no quiso repetir. Este testimonio era irrefutable. Era mucho menos sospechoso que el de los hugonotes, el ingenioso d'Aubigné y el sombrío Du Bartas. Henri seguía manteniendo a sus dos amigos más antiguos a cierta distancia. Aquí prevalecía un entendimiento que no requería ningún acuerdo especial, y una lealtad inquebrantable. Su señor podía tratarlos injustamente: no esperaban favores, tenían cosas mejores, tenían más. Comprendían que un señor depende de ganarse a sus enemigos, de comprarlos, de seducirlos o incluso de convencerlos. Tener consideración por amigos como nosotros sería un desperdicio: nos conocemos; sería un capricho, y un señor debe saber ser ingrato.

Cuando, en una de las primeras tardes de invierno, ambos se habían escondido en su oscura habitación, Henri los interrogó con dureza. En su defensa, simplemente señalaron que tenían un encargo del señor almirante; que este había regresado. Describieron cómo y dónde lo habían visto, y Henri tuvo que escucharlos hasta el final: ya contaba con el testimonio del católico. A pesar de ello, él afirmó que eran los primeros en darle la noticia: y que habrían perdido su oportunidad con él si lo hubieran engañado. Pero ellos dijeron: «¡Señor! ¡Nuestro amado soberano! Puesto que las almas inmortales están tan presentes como nosotros, los vivos, no puede llamar la atención que se muestren de vez en cuando».

«Esa tampoco es la razón de mi duda», les respondió Henri. «Sin embargo, los espíritus saben que nos asustan, por lo que, con buenas intenciones, no suelen aparecer. ¿Qué le he hecho al señor almirante para que me persiga?».

Ante esto, ambos guardaron silencio. O bien no lo sabían, o bien, al callarse, le dejaban a él la interpretación. Él comentó: «Es un gran honor para mí que se hable de mí en el más allá».

«No más que en este mundo», respondieron ellos. «Todos los reinos de Occidente conocen a un príncipe que lleva años viviendo como un prisionero en la corte de sus enemigos. Su madre tuvo que morir, su amigo y comandante, como un padre para él, fue asesinado, y perdió a casi todos los suyos por la violencia. Pero él no deja que se le note nada, se dedica a tonterías y se demora como si hubiera olvidado por completo la acción que todos esperan de él».

«¿Quién espera? ¿Qué se espera?».

Ustedes dijeron «quién». «Por mencionar a una sola persona: la reina de Inglaterra encuentra su caso apasionante, señor. Lo sabemos por Mornay, que estuvo allí durante mucho tiempo y aún mantiene los mejores contactos con las Islas Británicas. La reina pregunta por usted a su Mornay como si fuera un personaje sumamente romántico. ¿Se decidirá por fin a matar a Madame Catherine antes de que la vieja la mate a ella? En el país, el movimiento del que usted es el líder nato es cada vez mayor: pero usted sueña. ¿Acaso eso no debería conmover el corazón virginal de la cuarentaañera Isabel? ¡Un príncipe profundo e impenetrable! Algo muy distinto del farsante d'Alençon, que aún alberga esperanzas de conseguir su mano. Por cierto, ahora ella sabe que él tiene dos caras».

Henri bajó la cabeza; no se le había escapado nada de lo que le habían dado a entender bajo el pretexto de contar historias. «¿Y él quiere que me presente?», preguntó de repente.

Ellas comprendieron de inmediato a quién se refería. «Esta noche a las once», susurraron rápidamente y buscaron la manera de escapar sin que se dieran cuenta.

A Henri no le gustaba quedarse solo: tenía miedo. Encontrarse con un fantasma es extraño y espantoso, pero ¿ir a su encuentro? Ahí empieza la intromisión indebida. Los sacerdotes de ambas religiones amenazarían con castigos por ello. Por otro lado, uno no es lo bastante frío como para decidir la cuestión de manera imparcial y mundana. ¡D'Elbeuf podría hacerlo! Ese fue el nombre que se le ocurrió: un hombre del bando contrario, un Guise. Henri no le había puesto al corriente de su plan de marcharse de allí. Sin embargo, d'Elbeuf ya le había informado sobre los nuevos espías, que de otro

modo habrían engañado a Henri con sus modales refinados. Era discreto y de consejo sensato. Tumbado en la cama, Henri le dijo a su primer camero: «D'Armagnac, quiero ver al señor d'Elbeuf». El noble, en su calidad de sirviente, envió por este delicado camino a una doncella de la reina de Navarra, la más insignificante, para que no se supiera de quién procedía el mensaje. Cuando por fin el amigo se presentó ante su lecho, tras escuchar los embarazosos hechos, declaró:

«La aparición del almirante es natural, sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias que rodearon su muerte. Sería más bien sorprendente que hubiera dudado tanto tiempo. En mi opinión, señor, no tiene nada que temer de él. Al contrario, podría tener la intención de darle una advertencia útil».

«Mi buen espíritu, el que me advierte, es usted mismo, d'Elbeuf».

«Soy un ser vivo y no lo sé todo», palabras en las que resonaba un reproche benévolo: «Me utilizan», parecía decir, «pero no me ponen al corriente». Para un observador como él, eso no suponía gran diferencia; d'Elbeuf conocía el giro que había dado la situación con Navarra y adivinaba lo que se avecinaba. Pero, al proceder del bando enemigo, sopesaba peligros que escapaban al propio protagonista. Sin embargo, se limitó a insinuar sus temores.

«Señor, una cosa es cierta: no debe hacer esperar al espíritu en vano. Pero con él ocurrirá lo mismo que con todos los demás espíritus: nunca hay que acercarse demasiado a ellos, pues incluso los espíritus más bienintencionados caerían en la tentación». En cuál, eso lo pasó por alto. «Vaya, pues, tranquilo, señor. Tal y como se conoce a los espíritus, este también se mantendrá a cierta distancia, precisamente por temor a la tentación. Yo, sin embargo,

no me alejaré mucho, aunque ni usted ni el espíritu deben percibirme —salvo que surja una buena razón para que un vivo intervenga». Esto lo dijo d'Elbeuf al aire, sonriendo además, como si sus palabras carecieran de intención.

Henri seguía allí tumbado, indeciso; suspiró: «Debo de ser un cobarde. En el campo de batalla no lo noté —o solo al comienzo de una batalla, pues entonces siempre me asalta una necesidad—; pero ¿qué son diez mil enemigos frente a un fantasma?».

Hoy, durante la cena, se guardó mucho silencio. Reinaba tal quietud que el rey ordenó que tocaran música. Tenía su expresión sombría, y Henri miraba su plato, que no se vaciaba. Solo Madame Catherine seguía hablando con su tono lento y sordo, y a quien no le respondía por distracción, lo medía y sopesaba mientras masticaba tranquilamente. Se dirigió a su «reyezuelo» con las siguientes palabras: «No come, yerno. Debería comer, mientras aún haya tiempo, de la caza, el pescado y los pasteles. Eso no se encuentra en todas partes ni siempre». Él hizo como si no la oyera, pues la música sonaba; sin embargo, ella le había dado a entender que sabía muy bien que él estaba pensando, una vez más, en huir. Sin embargo, acto seguido sacudió la cabeza. ¡Cuántas veces había querido el reyezuelo marcharse ya, que lo intentara! También juzgó y desapruebo a su hijo, el rey. «Estás a punto de cometer una tontería», le dijo inclinándose sobre la mesa. Tras una pausa: «Su madre, señor, ya no confía en usted». Más tarde, la velada no parecía tener fin para Henri. Es imposible entablar simpatía con las mujeres o dar respuestas mordaces a los hombres cuando se tiene una cita con un fantasma. Hacia las once, como de costumbre, los guardias anunciaron el cierre de las puertas en los pasillos y salones,

y todos los nobles que vivían fuera se marcharon. Henri quería mezclarse discretamente entre ellos, pero fue llamado de vuelta por la propia Majestad. Esta ofrecía un cuadro de desdicha. Si Henri no hubiera estado igualmente perturbado, habría reconocido la mala conciencia. El rey exclamó: «¡Una noche fría y tormentosa, buen primo! Quién sabe qué andará por ahí en la oscuridad. ¡Quédate mejor junto al fuego!».

«Alguien me espera», respondió Henri, y como si se tratara de una dama, se rió: algo que le resultaba inquietante incluso a él mismo.

En cuanto la pared de la casa dejó de protegerlo, el fuerte viento lo empujó hacia atrás. Con esfuerzo llegó a la terraza, que estaba envuelta en una oscuridad total. Esperó, el tiempo pasó, y el espíritu aún no había encontrado la manera de hacerse notar. Solo cuando la tormenta disipó las nubes —un rayo de luna brilló y desapareció de inmediato—, Henri reconoció en él al señor almirante. Armadura negra, barba gris y la inconfundible postura de la cabeza, no solo distinguida entre los hombres, sino también familiarizada con la voluntad de Dios. Ahora sí que lo conoce, sintió Henri y se arrodilló. Se encontraba al borde de la terraza, el espíritu allá lejos, en su otro extremo, donde se alzaban las columnas; en verano era una pérgola de parras. El joven Henri rezó.

Ya vuelve a brillar la luna, y esta vez su luz se detiene sobre la figura del más allá. Su rostro es pálido como un mero resplandor, con cuencas oculares vacías: pues no son ojos carnales. Tampoco el pie avanza sobre las losas de piedra de este mundo. El espíritu lo arrastra sin fuerza, ahora que intenta dar un paso. Aún más difícil le resulta comunicarse en medio de la tormenta, por medio de una voz

a la que no sirve ningún órgano real. ¡Cuanto más terrible es su aspecto visible! Al orante le castañean los dientes. Mientras tanto, oye un gemido. De forma ininteligible, con palabras que el viento desgarra, el señor almirante da a entender que quiere vengarse de sus asesinos. Aquí desaparece la luna. Eso es bueno; solo en la oscuridad encuentra Henri el valor para su respuesta, que es una mentira. Ante el fantasma ni siquiera se habría atrevido a pronunciarla en secreto. Se arma de valor y grita al viento y a la oscuridad: «No pienso vengarle, señor almirante. Porque sus asesinos son ahora mis mejores amigos, pero yo soy un muchacho ingenioso, buen bailarín y quiero quedarme para siempre en el Palacio del Louvre». Habla lo suficientemente alto como para que cualquier vivo que se hubiera escondido cerca hubiera tenido que oírlo. Pero para sí mismo, en lo más profundo de su ser, el joven Henri susurra, susurra con urgencia: «¡Señor almirante, soy quien siempre he sido!».

Un espíritu entiende, por supuesto, lo que se quiere decir; distingue la verdad oculta de la mentira que se expresa por si acaso, por la precaución habitual, porque los disimulos se han convertido desde hace tiempo en el primer impulso. ¡A mí no me puede engañar, señor almirante! De repente, allá lejos, un peso golpea la piedra, como un cuerpo que cae, y lo que sigue es, a juicio humano, un estruendo, gritos y una carrera. Así ya no se manifiesta ningún espíritu, y menos aún este. Henri se dispone a huir. Pero justo entonces se abren las nubes, y el astro le muestra a un ser vivo que corre hacia él y que no se puede confundir con nadie. «¡D'Elbeuf!».

«¡Casi lo atrapo! Estaba tumbado entre las parras, entre las columnas; el sinvergüenza no me vio, pero yo, por mi parte, lo

reconocí. Era el bufón: nada menos que el bufón del rey, esa triste figura, ese mal comediante. En cuanto tuve la certeza, salté hacia abajo, quise caerle encima, pero por desgracia fallé. Cuando me levanté, había desaparecido».

«Un ser humano no se vuelve invisible».

«Un fantasma no grita como un bufón, ni tropieza con los escalones que bajan, no sé adónde. Ha utilizado una salida secreta».

La terraza estaba bañada por la brillante luz de la luna; pudieron examinar cada una de las losas, pero ninguna revelaba ningún secreto. Henri se llevó la mano a la frente. «Eso era», dijo. Tenía en mente el rostro del rey al despedirse, la imagen de la culpa y de las terribles intrigas. «Y bien podrían haber tenido éxito, pues yo creía de verdad que estaba hablando con el señor almirante. Si en lugar de mentir hubiera dicho: ¡Diez días más y partiré! O si incluso le hubiera confesado al señor almirante: ¡He pensado a menudo en mi venganza, señor almirante, y la vida de sus asesinos ha estado a veces en manos de Dios! No dije nada al respecto, y eso fue mi suerte. De lo contrario, mañana me encontrarían apuñalado sobre estas piedras».

No le dijo ni una palabra de esto a su compañero, pero el observador d'Elbeuf entendió lo esencial sin necesidad de explicaciones. Regresaron a la casa para sacar al bufón de la cama. Tal y como habían pensado, ya estaba allí; le habían dejado el tiempo necesario mientras examinaban las losas de piedra. Fingía estar profundamente dormido, pero más que roncar jadeaba, y su manta estaba fría al tacto. Sin más preámbulos, lo sacaron de la cama y lo ataron a una silla. Lo extraño era que no abría los ojos.

Enviaron a d'Armagnac a buscar también a d'Aubigne y a Du Bartas. En su presencia comenzó el interrogatorio.

¿Confesaba haber venido directamente de la terraza?, le preguntó d'Elbeuf al bufón atado. ¿Confesaba haber hecho de fantasma?, le preguntó Henri. El bufón, para salvarse, fingió haber perdido el habla. Puso los ojos en blanco como si se estuviera muriendo de verdad; pero su rostro esbozaba una sonrisa. Los espasmos involuntarios del miedo borraron la expresión de tristeza con la que el bufón solía interpretar su papel. Con una camisa de lino en lugar del digno negro, el rostro alargado pálido como la muerte, el cabello revuelto y esa sonrisa involuntaria: por primera vez en su carrera, el bufón resultaba cómico. Sus cinco espectadores se rieron a carcajadas. D'Elbeuf fue el primero en recordar a los demás señores que allí se había intentado un engaño extremadamente malicioso contra un vivo, sin contar la ofensa a un espíritu, pues este sabría vengarse por sí mismo. Al oír esto, los dientes del bufón castañearon terriblemente.

Henri volvió a exigirle que confesara haberle presentado al señor almirante Coligny esa noche, amenazó al bufón con ser ahorcado y ordenó a d'Armagnac que buscara un clavo en la pared con una linterna. Pero el bufón sabía cómo actuar. El interrogatorio no salió en absoluto como los señores esperaban. Pregunta: ¿Tenía miedo? Respuesta: Por supuesto que tenía miedo. Pregunta: ¿Se arrepentía? Respuesta: Por supuesto que se arrepentía. Pregunta: ¿Estaba dispuesto a expiar su culpa? Respuesta: Estaba dispuesto a expiarla. ¿Confesaba, pues, haber sido el fantasma? Respuesta: No lo ocultaba. Había sentido suficiente horror de sí mismo, más bien del fantasma auténtico; pues en cualquier momento este podría haberle

torcido el cuello por la ira que le provocaba aquella imitación no autorizada. Además, estaba seguro de que aún tendría que expiar su presunción, y ello a pesar de su sincero arrepentimiento. Los fantasmas, al fin y al cabo, eran implacablemente vengativos.

Pregunta: ¿No temía nada más? Respuesta: ¿Qué iba a temer? ¿Su clavo o su soga? No podían hacerle nada. Si lo mataban, el rey sabría enseguida que tenía razón respecto a la conspiración que le había encargado descubrir a él, el bufón. D'Elbeuf le susurró a Henri al oído: «Dejemos a este hombre». Henri, sin embargo, preguntó aún si el bufón había actuado por odio. Henri había aprendido en el Palacio del Louvre a observar con atención el odio en todas sus formas. Respuesta del bufón:

«¿Odiarte, Navarra? ¿Porque has hecho de bufón aquí en mi lugar? Te había dicho que podías asumir mi papel sin problema. Eso es menos punible que lo que yo mismo he hecho: imitar al espíritu».

Pregunta: Si el bufón recordaba cierta ofensa; le habría ocurrido durante un desfile festivo, con música y gran iluminación. Respuesta: Lo recordaba. Se refería a un mordisco en la mejilla que le había dado Henri y que el bufón había recibido. Ni uno ni otro llamaron por su nombre a un asunto tan íntimo. Pregunta: Si, a pesar de la ofensa sufrida entonces, el bufón no habría hecho con gusto lo que se le habría ordenado esta noche. Respuesta, hueca y con un traqueteo en su interior: Nunca había hecho nada con gusto, sino todo con la tristeza que corresponde a quien ve el final. Su propio final estaba cerca y sería espantoso. - Entonces lo desataron y lo dejaron allí.

Henri dijo aún a sus dos viejos amigos: «Ese era el espíritu del que me trajisteis la invitación, y así seré recompensado si os sigo».

Entonces se marcharon avergonzados por sus caminos.

Pero en la tercera noche tras esto, se oyeron gritos espantosos procedentes de la habitación del bufón, y cuando la abrieron, encontraron al bufón tirado en el suelo con el cuello torcido. Todos los que habían tenido algo que ver, de cerca o de lejos, con la falsa aparición comprendieron lo sucedido, y entre ellos se encontraban tanto el propio rey, que quizá sabía incluso demasiado sobre esta muerte, como los conspiradores, incluido d'Elbeuf. Solo Henri supo más tarde que los malos presentimientos del bufón se habían confirmado. Esa noche, Henri estaba en cama; como tantas otras veces, tenía una fiebre ardiente, aunque pasajera, cuyas causas nunca descubrió ningún médico, pues eran seguramente de naturaleza espiritual. Junto a él se encontraban d'Armagnac y Agrippa d'Aubigné, a quien el primer camarero había llamado. Y es que, inclinado cerca de la almohada de su señor, d'Armagnac había oído unas palabras extrañas. Ahora ambos aguzaban el oído; oían un canto, débil, pero claro: «Señor Dios, mi Salvador, clamo ante ti día y noche».

El febril siguió cantando; no lo entendían todo, pero era el Salmo 88. Llegó el pasaje:

«Has alejado de mí a mis amigos, me has convertido en abominación para ellos. Estoy preso y no puedo salir».

Entonces lo tomaron de la mano y lo sostuvieron así mientras él les cantaba el salmo de los hijos de Coré sobre la debilidad de los desdichados. Su querido señor no debía creer que el Señor rechazara su alma y le ocultara su rostro. En su momento de debilidad, debía saber, sin embargo, que sus amigos, sus seres

queridos y sus parientes no se alejarían de él en absoluto a causa de tal miseria.

Allí, Henri se había reconciliado y había restablecido la comunicación con sus viejos amigos. En realidad, allí comenzó su nueva etapa.

La partida

Índice

Un día desapareció, aunque al principio solo era una farsa para probar el efecto que causaría. Sin embargo, esto provocó un gran revuelo. La reina madre preguntó a d'Aubigne dónde estaba su señor. Henri simplemente estaba en su habitación, cosa que d'Aubigne no le dijo. Se envió a buscarlo a un noble que tenía a su cargo su vigilancia. Por supuesto, la búsqueda resultó infructuosa, pero Henri ya estaba avisado. La semana siguiente se las ingenió para retrasarse en la caza y no regresar hasta que ya reinara una gran preocupación. Dos días antes de que se lo tomara en serio, lo echaron de menos toda la noche; por la mañana apareció en la capilla sagrada, con botas y espuelas, y explicó riendo que traía de vuelta al fugitivo; y que solo había querido avergonzarlos por su innecesaria desconfianza: ¡él, a quien las Majestades tendrían que expulsar a la fuerza, pues de lo contrario no se iría, sino que moriría a sus pies! Por esta hazaña fue muy admirado a posteriori, pero ya había servido el tiempo suficiente como para poder hacerlo.

A los amigos no les parecía lo suficientemente rápido. Ahora podían hablar libremente. Su señor se lo permitía para darles satisfacción y ejercitarse en la paciencia. También lo aprovecharon y reunieron una larga serie de palabras excelentes, ya que tanto Agripa como Du Bartas confiaban en el poder y la perdurabilidad de las palabras, que para las almas decididas son como acciones y, una vez escritas, prometen la fama póstuma. Le dijeron a su señor sin rodeos que pecaba contra su grandeza y que él mismo era culpable de las ofensas que había soportado. Pero aunque él quisiera olvidarlo todo, los culpables no olvidarían nada, y nunca volverían a

creerle que hubiera olvidado la Noche de San Bartolomé. «Nosotros dos, señor, ya queríamos partir sin usted, cuando usted entonó el salmo. Si nos hubiéramos marchado primero, entonces podría decirse a sí mismo, señor, que otras manos serviciales no se atreverían a rechazar el veneno y el cuchillo, sino que los utilizarían».

«¿Me habríais abandonado y entregado de todos modos?», preguntó fingiendo, para que tuvieran la ansiada oportunidad de seguir hablando con virtud y bondad. «Lo habríais hecho como Mornay. Porque vosotros, viejos amigos, sois todos iguales. Mornay se puso a salvo en Inglaterra, a tiempo antes de la Noche de San Bartolomé».

«No fue así, señor. No tuvo tiempo para ello; pero eso os ha sido desconocido porque os habéis negado durante tanto tiempo a escuchar los informes de vuestros viejos amigos y no quisisteis prestar atención cuando nos atrevíamos a murmurar».

«Tenéis razón, y debo pediros perdón», respondió conmovido, tras lo cual le contaron todas las vivencias de su compañero Du Plessis-Mornay, aunque él lo conocía mejor que ellos dos. Pero mis amigos quieren, por una vez, adelantarse a mí y saber algunas cosas que a mí me están ocultas: primero sobre mí, luego sobre mis otros amigos. Por eso, Henri se preguntó en voz alta cómo el valiente y astuto Philipp había tenido que abrirse paso en la noche de San Bartolomé, en medio de la banda de asesinos que estaba registrando una librería en busca de escritos de libre pensamiento y que había abatido al librero. Por orgullo, Philipp se había marchado sin pasaporte, pero había llegado de todos modos a Inglaterra, la tierra de los emigrantes, y había esperado —no preguntéis cómo— a

que llegara la paz y la amnistía. Luego, viajes a los príncipes alemanes para que invadieran Francia: la vida de un diplomático inquieto, si no era la de un conspirador sin patria. Henri, que no se enteró de nada nuevo, se volvió, sin embargo, cada vez más pensativo. ¡Cuánta inquietud, Mornay! ¡Cuánta dedicación, Mornay! ¡Cuánta virtud! Estaba atrapado y, al final, casi me rendí.

Entonces, por fin, sin darse cuenta, sacaron a relucir el asunto principal. ¡También los señores de Saint-Martin-d'Anglure y d'Espalungue instaban a una rápida partida! Sus amigos, que se referían a esos agradables nobles, aún no sabían quiénes eran: los más astutos de los espías. Siguió ocultándoselo, pues de lo contrario probablemente habrían desafiado a los traidores a la lucha y todo se habría echado a perder por un tiempo. En cambio, consultó con su propio confidente, el señor de Fervaques: un soldado, ya no un joven, recto y sencillo. Este le aconsejó con toda sinceridad que pusiera fin al asunto de una vez y se pusiera en marcha sin más. ¡Espías, qué más! Él mismo sería capaz de despistarlos por el camino, de modo que perdieran el rastro del fugitivo. La confianza de aquel hombre honrado parecía un buen presagio. El tres de febrero partieron.

Antes hubo una despedida y una comedia, ambas con los señores de la casa de Lorena. Henri esperó a que d'Elbeuf pasara solo: se adelantó y se limitó a mirarlo, y d'Elbeuf lo supo. Siempre había averiguado y reconocido lo más importante, sin palabras ni señales. En momentos de peligro había acudido por iniciativa propia, había aclarado cuestiones ambiguas, había calado a las personas y había dado un giro favorable a las aventuras. Solo él no ansiaba la confianza de una alianza. Todo eso se daba por sentado. D'Elbeuf

estaba allí, parecía no dar nada y no exigía nada. Además, había protegido bien al señor de su corazón, sin traicionar a nadie, y menos aún a su casa. Un Guise no puede cabalgar por el país con Navarra ni luchar por él hasta que sea rey. Esto estaba claro para ambos, d'Elbeuf y Henri. Cuando Henri se adelantó inesperadamente, las lágrimas brotaron de los ojos de ambos y les temblaban los labios, de modo que solo unas pocas palabras, desfiguradas, llegaron a cruzarse en ese momento extremo. Inmediatamente después se separaron.

La comedia, en cambio, se representó a costa del duque de Guise con gran éxito. Al Goliat y héroe de los parisinos hubo que aguantarlo primero toda una mañana, ¿por qué, en realidad? Henri se abalanzó a primera hora sobre la cama del duque y le cantó las alabanzas, ¡pero ahora sí que sería realmente gobernador general del reino, Madame Catherine lo había prometido! ¡Cómo se rieron en la habitación del duque, todos los que estaban allí, cuando Guise se levantó! El bufón tampoco se apartó del lado del gran hombre hasta que este propuso: «Vamos a la feria, allí se muestran los bufones, veamos quién se atreve a rivalizar contigo». Y allí fueron, uno de ellos ya de nuevo con botas y espuelas, y quería a toda costa llevarse al otro a la caza, le halagaba, le acariciaba, no le soltaba del abrazo durante ocho minutos contados, y todo ello ante todo el pueblo. El duque tenía hoy que ocuparse de su Liga, no podía ir a cabalgar a la caza, y eso tranquilizaba a Henri. Y al fin cabalgó él mismo.

Cazar el ciervo es un placer excepcional, no se puede proclamar lo suficiente. Pero el bosque de Senlis es extenso, tendremos que pasar la noche antes de cazarlo y no podremos volver hasta bien

entrada la mañana. ¡Que nadie se inquiete por el rey de Navarra! Es el señor de Fervaques quien habla. «A mí me lo conozco, está encantado como un niño de dormir en una cabaña de carboneros. ¡Me quedaré aquí para adiestrar sus aves!». En realidad, Fervaques fue dejado atrás para que observara lo que sucedía cuando se hiciera evidente la huida. Debía enviar mensajeros para informar del camino que tomaban los perseguidores. Cumplió fielmente con ello y despachó a un primer jinete tan pronto como surgió la inquietud en el castillo del Louvre. El rey de Francia expresó sus temores, pero su madre le tranquilizó. ¡Ella y su «rey de los moscardones» no se dejaban de lado! Ella estaba dispuesta a pasar por alto pequeños retrasos. ¡Qué enamorado de Sauves se había mostrado la noche anterior —y no solo de Sauves! ¡Muchas cosas le retienen aquí!

Al final del segundo día, que era sábado, Madame Catherine tampoco pudo contenerse más. Mandó llamar a su hija y, en presencia de su hermano real, Margot debía revelar dónde se encontraba su esposo. Ella afirmó que no lo sabía, aunque se sintió incómoda al hacerlo. La situación comenzó a parecerse al juicio familiar que se había celebrado en varias ocasiones contra ella en la época de su hermano. ¿Cómo era posible que no supiera nada?, le recriminaron con dureza; ¡si su marido había pasado la noche con ella antes de desaparecer! Es cierto, pero ella no había notado nada. ¿De verdad? ¿Ninguna conversación secreta ni encargo —y ni siquiera la más mínima confesión— habría recibido en la almohada? Al ver que en los ojos apagados de su madre iba a surgir ese destello siniestro, extendió sus hermosas manos y gritó desesperada: «No» —lo cual, al menos en cuanto a las palabras, no era mentira. Porque Margot no había necesitado en absoluto la

revelación expresa de su querido señor; ella misma sentía que había llegado su hora.

En otro tiempo lo había delatado sin reparos a su madre —para prevenir el mal, según creía ella—. Ahora, en el fondo, ya nadie puede detener lo que se ha retrasado: ¿por qué entonces solo Margot? Madame Catherine no alza la mano contra ella; pero sin duda lo haría si aquí quedara algo por castigar. Al contrario, aquí solo hay hechos que hay que reconocer, y lo que en secreto ya se había admitido, que por fin se manifiesta abiertamente. Por eso, más tarde, al acostarse, el rey se sintió conmovido, pero en absoluto se alteró cuando Fervaques le confesó todo. Fue una confesión al oído. Durante más de una hora y media, Fervaques estuvo colgado del oído del rey. Este olvidó que debía actuar, no dio ninguna orden, se limitó a sentarse, escuchar y ya no se percató de que alguien le rascaba los pies todo el tiempo.

Fervaques, por lo que él sabía, había sido sincero con Enrique. No le debía nada personalmente al rey de Francia, pues este no le tenía simpatía y no le había nombrado para ningún cargo de mando superior. Estaba vinculado a la Majestad por antigua disciplina y lealtad, y nunca se habría apartado de ellas. Por pura casualidad, un día sorprendió a Henri con d'Elbeuf y se vio de repente ante la necesidad de arrestar a toda la compañía de reformistas o de unirse a ellos, como parecía haber hecho incluso un señor de la casa de Lorena. Vio que tenían mucho a su favor, sobre todo su moderación bien educada, que nunca podría ser peligrosa para nadie, ni siquiera para él mismo. Su causa merecía ser mejorada con la participación de un hombre de auténtica pasta, que era Fervaques; y por eso, a partir de entonces, fue el confidente, el mediador, iniciado como

nadie, por lo demás muy consciente de su virilidad —razón por la cual a veces podía pensar: «De estos no saldrá nada; yo, con mi gente, habría acabado con ellos rápidamente, los habría aniquilado en un bosque, ahogados en un pantano». Soldado, ya no un joven, recto y sencillo, Fervaques no podía imaginarse de otra manera el fin de los «políticos» o los «moderados». En cambio, realmente se pusieron en marcha.

Entonces Fervaques se dio cuenta de que, sin él, se volverían locos y solo harían daño al país. Su principal prueba era la ingratitud de Navarra hacia él mismo, a quien simplemente habían dejado atrás. Luchó honestamente consigo mismo hasta que su antigua disciplina y lealtad se impusieron y le impulsaron a confesarse. Tan pronto como tomó la decisión, Fervaques se acercó al rey a la hora de acostarse, lo que le resultó fácil debido a su imponente estatura; pidió la atención del rey para un asunto importante y comenzó de inmediato: «Señor, al servicio de Su Majestad me he visto envuelto en un asunto que iba en contra de todo mi pasado leal al rey; pero gracias a ello, ahora estoy en condiciones de entregarle a los criminales. Para mí no pido recompensa. Mi hijo, sin embargo, tiene una finca en deuda que podría ampliarse mediante una compra adicional». Así era Fervaques. Más tarde, como mariscal y gobernador, también trabajaría para los Guise, solo mientras pagaran, por supuesto; pero finalmente vendería su provincia al rey Enrique IV. Antes de morir, redactó un testamento solemne, para que todos lo leyeran, y partió con la certeza de haber hecho, en cada momento de su vida ruda y honrada, lo que en aquel momento era lo mejor para el bien común.

Alguien adivinó acertadamente lo que Fervaques le susurró al oído al rey. Se trataba de Agrippa d'Aubigné —él también se había quedado atrás hasta ese momento, para que nadie pensara: ¡sin sus hugonotes, Navarra no huirá! Al cerrarse la puerta, interceptó al traidor en el exterior, le arrancó la máscara del rostro y lo abandonó a su vergüenza. Al menos así lo interpreta un Agrippa cuando un Fervaques no encuentra respuesta y guarda un silencio apático. Finalmente, el soldado, recto y sencillo, gruñó una palabra, ya inaudible para el fugitivo Agrippa.

«¡Rastreador!», gruñó Fervaques.

Estos son, verdaderamente, minutos perdidos. Pero cada uno es precioso, pues por muy silenciosamente afectado que estuviera el rey, es inevitable que los perseguidores ya estén ensillando sus caballos. Agrippa se apresura a acudir a Roquelaure, un noble católico en quien confía, y con razón. Montados a caballo y cabalgando a toda velocidad bajo las estrellas. Encontraron a su señor ante Senlis; llevaba persiguiendo al ciervo desde el amanecer, y ahora era de noche. «¿Qué pasa, señores?».

«Señor, el rey lo sabe todo. ¡Fervaques! El camino de la muerte y la vergüenza conduce a París; en cualquier otro lugar se va hacia la vida, ¡hacia la gloria!».

«¿No habría que contármelo primero?», respondió Enrique al elocuente poeta.

Pero, por el contrario, es excelente que lo oiga expresamente, y es una intervención digna de agradecimiento que la traición le haya hecho el regreso del todo imposible. ¿Quién más podría saberlo? Veinte horas de intenso movimiento del cuerpo hacen que se olvide

mucho. El camino a París sería el habitual, y allí también se conocen las cadenas. Las nuevas tal vez pesen más. Los antiguos compañeros de armas, a los que vuelve a cabalgar, esperan de Henri la misma ciega amargura que ellos mismos han conservado todo este tiempo. Él, sin embargo, en el castillo del Louvre, ha aprendido. ¿No sería mejor, no obstante, que dejara la decisión en manos del destino, que tal vez le impida el camino de vuelta? ¡Mira, se ha desviado! Cabalgamos.

La pequeña tropa, diez nobles con Roquelaure, d'Aubigné y d'Armagnac, acababa de salir de una taberna. Cuando salieron uno a uno, Enrique les dijo a cada uno en confianza: «Entre vosotros hay dos traidores. ¡Fíjate en a quién le pongo la mano en el hombro!». Primero se la puso al señor d'Espalungue y le dijo: «He olvidado despedirme de la reina de Navarra. Vuelva y dígale que nadie se arrepiente de haberme sido leal». Hizo lo mismo con el segundo espía, al que envió al rey de Francia. «Puedo servirle mejor en libertad», debía transmitir el segundo. Ambos, al ver reconocida su deshonra, se montaron a caballo. Los demás nobles no podían mantener la calma. «¡Reconsidérelo, señor! Estos hombres peligrosos incitarán a los campesinos contra nosotros. No estaremos a salvo mientras ellos estén en camino. Deben morir».

Enrique sujetó a su caballo por la rienda y les respondió con tanta alegría como si aún estuvieran de caza o jugando a la pelota. «No se matará más», respondió, soltó su maldición favorita, esas palabras sagradas convertidas en algo cómico, y gritó: «¡En el castillo del Louvre he visto suficientes muertos!». Con eso se colocó a la cabeza de los suyos, mientras a lo lejos las siluetas de los espías

se desvanecían en la luz de la luna, pero sus cascos pisoteaban y galopaban a toda velocidad.

Dada la situación, se decidió sin muchas palabras adónde ponerse a salvo: ya no hacia el este, hacia la frontera, a la que difícilmente habrían llegado, sino hacia el oeste, a las buenas y fortificadas ciudades de los hugonotes. Los caminos hacia allí estaban abiertos para todos; cada uno eligió el suyo libremente, galoparon por el bosque y lanzaron al aire azul estrellado, porque estaban alegres, risas, o emitieron gritos de caza, como si sus perros aún persiguieran al ciervo. Cuando atravesaban un campo claro, preguntaban a los campesinos, que se levantaban de la cama al oír el ruido, si el ciervo no habría salido del bosque; nadie habría creído que unos cazadores tan alegres pudieran estar huyendo en una carrera a vida o muerte. Ellos mismos ya casi no pensaban en el peligro que suponían los espías. Más bien, alguno que otro recordaba que su empresa aún no había costado ni una gota de sangre; y, por lo demás, esta solía correr en abundancia cuando había mucho menos en juego. Uno, naturalmente Agripa, vio en ello algo grandioso. «¡Señor! Ya no se mata. Comienza una nueva era». Sin duda, no pretendía halagar. A Agripa le gustaba exagerar sus impresiones, tanto las edificantes como aquellas bajo las que uno yace como Job.

Cabalgaron toda la gélida noche, siempre en dirección a Pontoise; pero en las primeras horas de la madrugada del cinco de febrero, un domingo, hicieron vadear el río a sus caballos —al frente y solos, el príncipe y su maestro de caballerizas, d'Aubigne—. Los demás se quedaron atrás para que él fuera el primero y para que ese gesto diera mayor importancia al acto. Lo mismo deseaba

Agripa. Ambos caminaban, con las riendas de sus caballos colgadas del brazo, de un lado a otro de la orilla del Sena, lo que les servía para entrar en calor; entonces Agripa pidió a su señor que, en señal de agradecimiento, recitara con él el Salmo 21. «¡Señor! El rey se alegra de tu protección divina». Así recitaron al unísono en la niebla de la mañana.

Ahora no solo se unieron a ellos sus pocos compañeros: una tropa de otros veinte nobles se acercaba inesperadamente. Es cierto que todos habían sido informados en secreto en París, pero en el momento de su llegada los fugitivos se convierten en una multitud a caballo: ya no engañarán a ningún perseguidor, llamarán con fuerza a las puertas de las ciudades en nombre de su señor. Entre esos primeros veinte hay un joven de dieciséis años que se desliza de su caballo hasta arrodillarse ante Henri. Pero Henri lo levanta y lo besa, como recompensa por la sensata claridad y autenticidad del rostro del muchacho, un rostro del norte, de la frontera de Normandía. Este sabe: ¡conmigo viajará a salvo! «¡Bésame también, Rosny!». Y Rosny, más tarde duque de Sully, puede tocar por primera vez, con los labios fruncidos, la mejilla de su príncipe.

Aquí se reúnen los destinos en ciernes a orillas del Sena, en una zona boscosa, bajo la luz cambiante de las nubes, que no se detienen y, por tanto, tampoco lo hacen los destinos. Por el momento, todos los presentes se comportan de igual a igual; incluso su rey no tiene, hasta ahora, nada que ellos no tengan: la juventud y la libertad recién conquistada. Las sombras del cielo se ordenan momentáneamente, de modo que caen sobre el primer plano y cubren también el fondo. En el centro iluminado, bajo una luz amplia y difusa, Henri llama a cada uno de ellos hacia sí. Con cada uno se

queda a solas, le rodea con el brazo, le sacude ambos hombros o le aprieta el brazo. Son los primeros. Si lo supiera, reconocería en cada rostro su significado futuro, vería de antemano su última mirada y se sentiría tan conmovido como horrorizado. Algunos lo abandonarán pronto, otros lo acompañarán hasta su última hora. A este debe retenerlo con dinero, y aquel le sigue sirviendo por amor, cuando casi todos los demás ya están cansados de él. Pero la enemistad, la amistad, la lealtad y la traición: todo contribuye por igual a la obra común de aquellos que deben vivir juntos su tiempo.

¡Bienvenido, señor de Roquelaure, antiguo mariscal de Francia! Pero tú, amigo Du Bartas, ¿ya quieres morir tan pronto, tras una de mis hermosas batallas? Rosny, si los dos fuéramos solo soldados, este seguiría siendo un pequeño país. Sully tiene la gran mente para los números, yo tengo el gran corazón para las personas: gracias a ambos, este será el primero de los reinos. Mi Agrippa, adiós, yo volveré a casa antes, pero tú te irás al exilio —como anciano y por causa de la religión, que volverá a ser perseguida tan pronto como cierre los ojos. La luz inundaba ampliamente el centro, pero todo seguía siendo invisible.

Se veían rostros jóvenes y lisos, en los que se reflejaba la misma alegría de estar allí y de cabalgar juntos por el camino común. Lo que la multitud hizo de inmediato. En el siguiente pueblo se atiborraron de comida y se emborracharon de vino, pero eso solo los hizo más ligeros y aventureros, se dedicaron a las travesuras y se llevaron a un noble. El terrateniente temió por su pueblo al ver acercarse al grupo, corrió a su encuentro y quiso convencerlo de que diera un rodeo. Tomó por capitán a Roquelaure, porque era el que llevaba más metal reluciente encima. «De acuerdo, señor, a su

pueblo no le pasará nada, ¡pero muéstrenos el camino a Châteauneuf!». Si iba con ellos, no podría difundir noticias sobre ellos. Por el camino solo hablaba de la corte, para hacerse pasar por un hombre de mundo; también conocía a todos los amantes de las damas, especialmente a los de la reina de Navarra, y se los enumeraba uno a uno a su esposo. Cuando llegaron por la noche a las afueras de la ciudad de Châteauneuf, sucedió que Frontenac se dirigió desde la muralla al oficial que mandaba en el interior. «¡Ábrale a su señor!». La ciudad pertenecía a un dominio del rey de Navarra. El noble del campo, al oír la orden, se vio invadido por un miedo paralizante; d'Aubigné apenas logró convencerlo de que se pusiera a salvo por un sendero que no llevaba a ninguna parte. «¡Y por favor, no vuelva a casa en tres días!».

Solo pasaron la noche allí y ya se marcharon, de un tirón hasta Alençon, y esta ciudad se encuentra a más de la mitad de camino entre París y el océano. Pero lo lograron con la fuerza de sus piernas. Los caballos aguantaron mientras sintieron la fuerza incansable de las piernas de los hombres; y de igual modo, tanto Aquiles como Carlomagno, con todos sus famosos compañeros, habían atravesado sus reinos.

En Alençon sucedió que, durante tres días, no cesó la asombrosa afluencia de nobles, que al final ascendieron a doscientos cincuenta. Los refugiados se transforman en el camino en conquistadores, a quienes las ciudades les abren las puertas y los esperan incluso antes de que puedan llegar. El rumor se extiende a la velocidad del viento; no sirve de nada prohibir que hable un solo terrateniente: en París ya se sabe todo. Los invasores no son todos del tipo mezquino que debe contribuir a magnificar cada éxito: también llegan los alegres y los entusiastas, sin contar aún cuántos son impulsados por la ira. El rumor se acumula en varias provincias, pues Alençon se encuentra entre Normandía y Maine. Llega incluso muy lejos: algunos de los nuevos seguidores proceden de la corte. De dondequiera que vengan y sean cuales sean sus intenciones, todos son acogidos por Enrique.

Aquí se indignaron los primeros, que querían seguir siendo los únicos, pero sobre todo los viejos amigos: «¡Señor! Esto no puede seguir así. Entre los nuevos hay asesinos de la Noche de San Bartolomé. ¿No ve, señor, la traición en sus frentes? ¡Solo falta el propio Judas!». Y también este llegó. ¡Mira, Fervaques!

La finca para el hijo estaba ahora libre de deudas y ampliada mediante nuevas adquisiciones, por lo que Fervaques pensó: «Es hora de cumplir la promesa de lealtad que hice a Navarra. El rey de Francia y yo estamos en paz, pero el de Navarra me debe mucho dinero; se le considera una figura en ascenso». Dicho y hecho, y Fervaques, de complexión robusta, cayó ante Enrique de rodillas rígidas, haciendo crujir todas las tablas del salón.

No es que Enrique se resistiera a guiñar el ojo a los suyos. «Este hombre es oro. Por eso tiene su precio», dijo; pero el hombre honrado hizo oídos sordos a tales cosas y dejó más bien que fuera su socio más joven quien pusiera el asunto en orden. Enrique se decidió y depositó un beso en la perilla gris como el hielo.

A partir de ahí, la comitiva viajó más despacio. No dejaba de crecer, tanto en campo abierto como en los lugares donde se hacían paradas de varios días. Fueron cuatro; en la quinta ciudad se detuvieron el rey de Navarra y su corte, pues se sabían a salvo tanto en ese momento como en el futuro. Saumur se encuentra en Anjou. Una jornada más y habrían llegado a Saintonge, donde la fortaleza de La Rochelle se había mantenido inexpugnable todo ese tiempo entre la tierra y el océano. Enrique aún no se dirigía allí, porque temía el juicio de aquellos valientes e intransigentes protestantes. Él mismo —tras su incomprensible vacilación— había acabado por acudir, ¡y buena parte de su séquito era católica! Es más, él mismo también lo era y siguió siéndolo en Saumur durante los tres meses completos, aunque los pastores lo esperaban en el sermón. Pero no acudió ni allí ni a misa. Los nobles siguieron su ejemplo, de modo que en Pascua solo dos de ellos comulgaron. La corte de Saumur era «sin religión», una rareza y, en realidad, desalentadora.

«¡Qué más da, ya vienen!», pensó Henri. «Se me unen en cantidades cada vez mayores, abarrotan la ciudad y acampan a las puertas. Les da igual si soy hugonote o católico. Soy un príncipe de sangre y debo establecer la paz y la unidad en este reino. Me importa poco en qué más crean: deben reconocerme. No es fácil, debo admitirlo. Llego el último, después de que Monsieur y mi primo Condé, cada uno por su cuenta, hubieran agitado el país y causado

gran revuelo. Peor aún, no puedo ser exigente; nadie se irá de mi lado sin haber cumplido su deber, ¡aunque ya haya colgado de la horca!». Así pensaba él y reunía seguidores, para no quedarse solo y al margen cuando la corte de Francia negociara con los insurgentes. ¡Yo no soy así! Que los demás sean lo que quieran, yo no soy insurgente —así se lo decía a todos, y ante cierta visión de las cosas, realmente lo pensaba. Más bien se consideraba el pilar del reino, que tal vez no tuviera otro.

Monsieur, el hermano del rey, consideraba las provincias como su dote personal. Condé quería incluso regalarlas a un príncipe alemán de su misma fe. Enrique le hizo saber a través de su enviado: como príncipe de sangre real, solo le importaba la grandeza de la corona de Francia, no quería nada más para sí mismo, y desaprueba lo que Monsieur exigía. Pero antes que entregar los tres obispados a Juan Casimiro de Baviera y dividir el reino, mucho antes soportaría… ¿qué? El señor de Ségur tenía el encargo de decirlo, de lo contrario se lo habría tragado; y Condé cayó en su conocido arrebato de ira —el mismo de la Noche de San Bartolomé, cuando juró morir antes que cambiar de fe; pero se hizo católico diecisiete días antes que Enrique. «Mi señor», dijo el enviado, «preferiría renunciar a que se persiguiera y castigara a los autores de la Noche de San Bartolomé antes que permitir que se dividiera el reino». Condé gritó, tan nueva era esta palabra.

También en La Rochelle se habrán rebelado con ira, y mejor para él que Enrique permaneciera aún alejado de ellos al menos una jornada de viaje. La primera respuesta a una palabra tan audaz es, naturalmente: ¡Olvidadizo! ¡Ingrato! ¿Por quién cayeron, pues, las víctimas de la Noche de San Bartolomé? ¡Usted, señor, se dirigía a su

boda, mientras conducía a los nuestros al matadero! Ahora nuestros muertos deben quedar sin venganza, para que el señor pueda negociar mejor el territorio con nuestros asesinos. ¡Profese su fe! De lo contrario, también nosotros olvidaremos quién fue su madre. Así suena la voz de los valientes e inflexibles protestantes, y llega lo suficientemente lejos como para que Enrique la oiga —en su corte, abierta a las puertas, que está «sin religión». Se supone que él debe ser el líder de los protestantes: ahora ese papel lo desempeña otro, su primo Condé, que ya estaba allí antes. Este es ferviente, precipitado y no ve más allá de la guerra entre partidos. ¡Confían en ese imbécil, buena gente de la religión! Él sigue viviendo en los tiempos del señor almirante. No comprenden que dividir el reino por motivos de religión sería lo mismo que desmembrarlo en beneficio propio, como el duende. El primo Condé y el hombre de las dos narices son iguales en que no lograrán nada y llegan en mal momento. Deberían haberse quedado donde estaban. Pero quien más prisa tiene es quien carece de mandato.

Así llamaba Henri a las cosas para sí mismo, pero mientras tanto seguía en plena actividad reclutando seguidores, para atemorizar a la corte de Francia con su número, hasta que llegaran ofertas de allí —y no se dejaba convencer por el primo, su antiguo amigo—, aunque mantenía acuerdos en la fortaleza de La Rochelle. Debían saber allí dentro quién era él: su amigo como siempre, pero un príncipe de sangre. Insistieron en que debía asistir al sermón, pues de lo contrario no podría contar con el apoyo de los religiosos. El primo Condé había denunciado a Henri ante ellos como una oveja descarriada. Expulsado de la comunidad protestante, ya no habría

sido un peligro para el primo; y así, el primo se vuelve malicioso, porque ya es tonto.

Por otro lado, la situación no era mejor; la corte de Francia hizo las paces con Monsieur, en consecuencia, Monsieur se hinchó literalmente de provincias, prebendas y pensiones. Al rey de Navarra no se le concedió nada, salvo que fuera gobernador de Guiena en nombre de Su Majestad, con lo que solo se confirmaba su antiguo título. Tenía que darse por satisfecho, ¿qué más habría tenido? Ni partido, ni territorio y, sobre todo, ni dinero. Con ello, sin embargo, aceptaba la partición del reino —solo provisionalmente, como se aseguraba a sí mismo. Pero eso no sirve de nada cuando uno debe partir como un pájaro de campo hacia el sur y queda excluido de los grandes asuntos de Estado. No se sabe por cuánto tiempo. ¿Quién pensaría en diez años? Eso sería una eternidad para un joven de veintitrés años.

«Se impone la paciencia, y eso lo hemos aprendido en el Palacio del Louvre. Aplazamiento, flexibilidad, renuncia hacia el exterior, pero en nuestro interior el pensamiento persistente: hemos pasado por esta escuela, en eso nadie nos supera. Señores de La Rochelle, ¿tenéis que tener sin falta un líder de partido y que vaya a predicar? Iré, iré. Quien se repartirá el reino, bien puede también separar las religiones unas de otras: una tan a regañadientes como la otra, solo obligado por vuestra obstinación. Mirad a mis nobles católicos, ellos son los más moderados. Aunque tampoco podrían abandonarme, están en muy mala situación con su corte. A ellos los conservaré, aunque ya no vaya a misa. Pero iré a la misa para poder lidiar con vosotros, que sois los más obstinados. Eso no os va a salir bien más adelante conmigo; no me gustan los testarudos, aunque entre ellos

se encuentren los más virtuosos, y ¿a quién podría amar más profundamente? Sin embargo, ocurre que alguien se hace el virtuoso y no es más que estúpido y malicioso —por lo que ahora debe de haber una gran enemistad entre mi primo Condé y yo. Él coloca sus piezas, pero yo, de un solo golpe, lo dejo en jaque: ¡voy a la misa!

«Si lo supierais, buena gente», pensó Henri, mientras examinaba larga y minuciosamente su regreso a la Iglesia reformada, «si supierais que, en el fondo, solo importa un hecho, una voluntad y un poco de buena suerte». Lo que realmente quería decir, su nacimiento como príncipe de sangre, no se lo dijo a nadie; pues también el orgullo puede transformarse en astucia interior.

Hizo venir a su hermana Catalina a Niort. Se trata de una ciudad situada en la frontera entre las provincias de Poitou y Saintonge, muy cerca ya de la meca de los hugonotes; a la que solo entrará como reconvertido, para no tener que avergonzarse de su regreso. El trece de junio, en Niort, renunció solemnemente a la fe católica. Como prueba viviente tenía a su lado a la princesa de Borbón, su hermana, una protestante fiel en los momentos más difíciles. El veintiocho del mismo mes entró en La Rochelle. Allí ya no tuvo que bajar la cabeza, y las campanas también repicaron para él, como antaño para su querida madre, la reina Juana, cuya fortaleza y refugio siempre había sido este lugar. Él mismo había sitiado la ciudad con un ejército católico: de ello se acordaban algunos, que guardaban silencio a su paso y se tocaban entre sí con las manos cerradas. A él no se le escapaba nada. Se impone la paciencia. Por eso nadie piensa aún en diez años: eso sería, al fin y al cabo, la eternidad.

También había señores católicos con él; los mostraba a propósito tras esas murallas. «Tengo en el país a más gente que solo a vosotros. Estos no se adhieren a ninguna religión, sino a mí y al reino, que algún día serán uno».

No se lo dijo a nadie, o solo mantuvo una única conversación en ese sentido, con un noble de Périgord, el mismo, por cierto, que un día pasado había sido su acompañante aquí, en la orilla del mar, y con quien también se había convertido en compañero de copas allá abajo, en una casa destrozada. Cuando el señor Michel de Montaigne entró acompañado de un grupo de cortesanos, Henri se comportó ante los demás como si no lo conociera especialmente: no le dirigió la palabra, sino que le sonrió de forma extraña sin mirarlo, mientras que el señor Michel le devolvió una sonrisa igualmente reservada. Tan pronto como pudo, Henri despidió a toda la compañía; a su señal, solo quedó aquel.

A solas con él en la fresca sala, Henri lo abrazó y lo llevó de la mano hasta la mesa, donde él mismo colocó la jarra y los dos vasos. El pobre noble le respondió con valentía, aunque no esperaba nada bueno de la bebida. Desde que no se habían visto, padecía cálculos renales. En aquel entonces, el presentimiento de la vejez le había entristecido como si fuera una realidad, y ahora la conocía. Empezó a hacer viajes a balnearios, y seguiría haciéndolo hasta el final. Lo que más le habría fascinado como tema de conversación eran las fuentes de todo tipo y de todas las regiones, así como las costumbres de las naciones en su uso, pues los italianos preferían beber el agua, mientras que los alemanes se sumergían en ella con mayor frecuencia. Había hecho dos importantes descubrimientos, ambos conocidos en la Antigüedad y olvidados desde entonces. En

primer lugar, el hombre que no se bañaba vivía bajo una costra de suciedad con los poros obstruidos. En segundo lugar, el descuido de la naturaleza era aprovechado por una clase de personas en su propio beneficio. Sobre la situación de los médicos, el que padecía de cálculos podría haberse extendido durante horas, recurriendo al emperador Adriano, al filósofo Diógenes y a muchos otros. Renunció a todo ello; es más, logró olvidar realmente sus propias preocupaciones durante toda la conversación.

Henri le preguntó con qué intención había venido, y al noble ni se le ocurrió hablar de su viaje a los baños. Dijo que había querido conocer la extraña novedad de una corte sin religión. Henri le respondió que más bien se podría hablar de una corte con dos religiones, a lo que el señor Michel de Montaigne le replicó sonriendo tranquilamente: eso sería lo mismo. De dos religiones, solo una podía ser la verdadera, y solo a esta se debía seguir. Quien permitiera además una falsa, no hacía ninguna distinción y, en realidad, podría prescindir de ambas.

«¿Qué sé yo?», intervino Henri. Esa frase le había quedado grabada desde su primera conversación, y ahora le venía como anillo al dedo. Su compañero no lo negó; ladeó la cabeza y se limitó a decir que eso había que decirlo ante Dios. No compartíamos con él, sin embargo, el conocimiento de Dios. De ser así, estaríamos aún más decididos a saberlo todo en la tierra; aquí, en cambio, comprendíamos la mayor parte de las cosas a través de la moderación y la duda. «Amo a las naturalezas equilibradas y moderadas. La desmesura, incluso en lo bueno, me resultaría casi repugnante; en cualquier caso, me deja sin palabras y no tengo nombre para ella». Quería mencionar también a Platón, pero Henri

le aseguró vivamente su alegría de que el señor al menos se llevara bien con él. Debían vaciar sus copas por la buena vecindad en la casa del sur. El noble lo hizo sin pensar en sus piedras. Más libre de corazón gracias al vino, y con las mejillas sonrosadas, se entregó de repente a la mayor franqueza. Le contó al joven que se sentaba frente a él todo lo que le atormentaba: sus enemistades, sus fracasos, su desesperada vacilación entre las dos confesiones, el peligro de quedarse con las manos vacías, de quedarse solo e incluso de quedarse sin raíces. Es un destino selecto el que conlleva tales pruebas, y en realidad solo por eso había venido Montaigne, como se vio.

Quería ver si un espíritu moderado, inclinado a la duda, podría defenderse con éxito de los excesos de la irracionalidad que lo amenazan por todas partes. En ello, sin embargo, la naturaleza humana se desperdicia continuamente, como enseña la historia y confirman los antiguos escritores. Cegados que solo se enfurecen y no reconocen nada: así se presenta, por regla general, la raza humana. El raro mortal al que el Señor de los cielos ha dotado de un alma sana debe ocultarla con astucia ante todos los enfermos violentos; de lo contrario, no llegará muy lejos. La mayor parte del tiempo de la humanidad ha transcurrido con los brotes de sus enfermedades del alma y seguirá transcurriendo con ellos. Esto es incluso una suerte; pues los sufrimientos del alma que al menos se descargan son aún los más leves, omnia vitia in aperto leviora sunt.

A continuación, él también brindó. Había estado en París y había visto a la Liga. Ante este acertado estallido de una grave enfermedad del alma, pidió a Henri que vaciara su copa. Luego habló con tanta firmeza y serenidad, como si él mismo hubiera sido

el combatiente contra la Liga y su oro español, el paciente recopilador de seguidores, el heredero del reino, y dijo: «A la Liga aún le queda por delante su apogeo y su declive; después vendrá su hora, Sire. No preguntemos cuánto tiempo le durará esto ni si volverá a caer en la locura de siempre. Eso no debe preocuparnos. Sin duda veré a mi rey coronado». Al decir esto, en realidad ya le invadían sus habituales preocupaciones físicas. Además, percibió en su oyente ciertos indicios de que había hablado lo suficiente, y se levantó.

Pero a Henri solo le conmovió profundamente su propia conciencia: todas las palabras del noble resonaron en ella como en un metal sonoro. Exclamó: «¡Tú lo dices, amigo! Soy un príncipe de sangre». Con largos pasos recorrió la sala y gritó: «Porque soy un príncipe de sangre, me adelantaré a todos. Por eso tengo mi derecho y mi talento».

Montaigne lo siguió con la mirada. Él mismo se habría atrevido más bien a una reflexión sobre el alma sana y la enferma de los hombres y de los tiempos. Sin embargo, asintió y dijo: «Eso es lo que quería decir». Porque le parecía, y se le hacía más claro a cada instante, que habían hablado al unísono: notas diferentes, una sola armonía. Se inclinó para retirarse, mientras pronunciaba sus palabras finales.

«Un nombre lo dice todo y explica lo que nunca se podría explicar. Un artista florentino, cuyas grandes obras yo alababa, pensó en justificarse ante mí por haberlas creado, y dijo: que no habría sido capaz de nada, salvo por el privilegio de descender de los condes de Canossa. Se le llama Miguel Ángel».

Henri se abalanzó sobre el que se marchaba, lo abrazó de nuevo y le susurró al oído: «No tengo obras. Pero puedo crearlas».

Moraleja

Índice

El gran peligro del pensador es saber demasiado, y el del prisionero, dudar demasiado tiempo. He aquí a este cautivo de lujo, que tiene ocios y mujeres, retenido por sus placeres al mismo tiempo que por los desengaños de su espíritu. Sin embargo, ve cómo fanáticos codiciosos carcomen la médula misma de un reino que más tarde él deberá enderezar. Afortunadamente, le quedan amigos que le amonestan, una hermana que le da una bofetada a tiempo, e incluso un espectro que le da un empujón para recordarle su deber. En el fondo, no hace falta mucho, y cuando llegue su hora, él mismo alzará el vuelo. Es su buena salud moral la que le da ventaja sobre todos los desmesurados de su época. Al igual que a cierto caballero de entre sus amigos, *la desmesura en la búsqueda del bien, aunque no le ofenda, le sorprende y le cuesta definirla. En* cambio, posee la palabra adecuada con la que señala tanto sus cualidades como sus derechos. Al hacer hincapié en su título de *príncipe de sangre*, en realidad es en las prerrogativas de su personalidad moral en lo que insiste.

Los molinos de la vida

Índice

«Mi pequeña batalla»

Índice

Nérac es una ciudad en el campo, sobre la que vuelan los pájaros, ante cuyas puertas pastan las ovejas con su balido, y rodeada de extensos y llanos campos sumamente fértiles: todo esto desde hace mil años. La gente martillea madera y cuero, corta piedra o carne, y se planta junto al verde Baïse a pescar. Pero cada vez que jinetes armados levantan polvo en la carretera, se ponen a salvo los bienes muebles y se les sale al encuentro con las manos vacías, con la esperanza de que les perdonen la vida. No se puede confiar en las murallas ni en las zanjas, ni tampoco en los señores, ya sean católicos o hugonotes, que estén al mando en ese momento. Los siguientes, que ya están en camino, los matarán o los ahuyentarán. La única salvación del ciudadano es rendirse a quien quiera, y eso es lo que hacen. En Nérac, unos van a misa, otros al sermón, y según la religión del nuevo conquistador, afirman creer en esto o aquello.

El joven rey de Navarra, cuando por fin fue libre, evitó su capital, Pau: allí su madre, la reina Juana, en su gran fervor religioso, había hecho intolerante el protestantismo. Eligió la rural Nérac como su residencia y corte. Pues se encontraba en el condado de Albret, antigua posesión de sus antepasados maternos, y ocupaba casi exactamente el centro del territorio que a partir de entonces debía administrar. Este estaba compuesto por su propio reino y la provincia de Guyena, con su capital, Burdeos. Su reino seguía siendo el de las regiones de Albret, Armagnac, Béarn, Bigorre y Navarra. Sus nobles y hugonotes, mientras él se encontraba en el Louvre, habían repelido tanto al viejo Montluc, que invadió sus tierras por orden del

rey de Francia, como a las hordas españolas que descendían de las montañas. El territorio del nuevo gobernador, que también se llamaba rey, se extendía a lo largo de los Pirineos y la costa del océano hasta donde el Gironda desemboca en él. Eso es el suroeste.

El aire de la libertad embriaga como el vino, bebido al viento y al sol. El pan de la libertad es dulce, aunque esté seco. ¡Cabalgando por el país tras un largo cautiverio! Volver a casa solo de vez en cuando y sentirse en casa en todas partes. Sin guardias ni vigilantes, solo amigos. Así se respira bien, y de ello se vuelve más bella hasta la pastora, más de lo que la princesa lo fue para el prisionero. Ciertamente no tenéis el mejor aspecto, queridos compatriotas. Os habéis deteriorado mucho mientras estábamos fuera. La culpa la tienen Montluc, los españoles y vuestras dos religiones. ¿Quién puede soportar el fanatismo religioso y el peligro constante de muerte? Nosotros sabemos de lo que hablamos. La mayoría de vosotros abandonasteis vuestros campos pisoteados y vuestras casas quemadas; en la provincia deben de ser cuatro mil. Os habéis convertido vosotros mismos en bandidos, y lo comprendo. Pero quiero poner fin a eso, y aquí habrá paz.

Tenía la confianza, al empezar de nuevo, de que todos pudieran renacer. ¿Acaso no es fácil ser alegre y tolerante? Pero las pequeñas ciudades están amargadas y obstinadas por las malas experiencias; levantan el puente cuando llegamos. «Turenne, tu voz se oye bien, grítales desde arriba que el gobernador perdona todo lo ocurrido y que pagaremos lo que tomemos. ¿No quieren? Diles que sean sensatos. Si entramos en sus casas por la fuerza, entonces habrá saqueo. Mi Rosny ya está deseándolo. También está bien y nunca ha sido de otra manera».

Entonces se saqueó algo, se violó algo y se ahorcó a alguien, según la buena vieja costumbre. La pequeña y malvada ciudad tenía que saber a qué atenerse con el nuevo señor. Luego se dejó allí a un capitán con unos pocos soldados, y de nuevo la autoridad real se extendió unas cuantas millas más allá. El príncipe de Geblüt la defendió cabalgando por los alrededores. Le dijo algo a la ligera a un amigo, d'Aubigné, e incluso al jovencísimo Rosny: «Te voy a incluir en mi Consejo Privado». Cuando un día llegó también Mornay, quiso que el Consejo Privado del príncipe se reuniera efectivamente en el castillo de Nérac: Du Plessis-Mornay era estadista y diplomático. Por el momento, eso ocurría en raras ocasiones. De regreso a casa, el príncipe recibió la noticia de que unos comerciantes habían sido asaltados en el camino. ¡Allí al galope! Quien recuperaba sus pertenencias pagaba de buen grado los impuestos; a diferencia del campesino, que no sacaba su dinero de la tierra, a los ladrones les daba igual incluso incendiarle la granja. Pero desde entonces se mantuvo fiel al gobernador, que le había salvado la vida y el honor de sus hijas. Estas acogían voluntariamente en su casa a uno de los jóvenes señores; la mayoría de las veces era el gobernador. El padre podía saberlo o no. Así, Henri realizó hazañas en un ámbito reducido, pero que era el comienzo de algo grande, y se esforzó por el orden, el cuidado y la pronta repoblación de aquel pequeño territorio.

El cielo era muy claro, su luz plateada, y las tardes eran tan suaves cuando el gobernador y sus consejeros, que eran más bien sus hombres de guerra, cabalgaban tras su trabajo hacia el resplandor rosado, hacia lo desconocido. Pero eso es la felicidad: no saber dónde comerás ni con quién dormirás. En el Louvre todo

sucedía bajo miradas recelosas, y en las antesalas se murmuraba al respecto. Por eso le gustaba aún más visitar ahora a la gente pobre; a menudo aún no lo conocían; su jubón acanalado de terciopelo gastado no le daba mucha importancia; se dejaba crecer la barba y llevaba un sombrero de fieltro. No llevaba dinero consigo; ellos no le pedían nada a cambio de la sopa de col y carne de oca, llamada garbure, ni de su vino tinto de barril; sin embargo, después les llegaba el dinero desde su oficina de contabilidad en Pau. Los pobres le resultaban, por naturaleza, más cercanos que los ricos: no se preguntaba por qué, y le habría resultado difícil hacerlo. ¿Quizás porque olían a sano, a diferencia del rey de Francia y sus favoritos? Su propia ropa estaba igual de empapada de sudor cuando se sentaba entre ellos. ¿O por sus expresiones enérgicas, los apodos que le ponían a todo el mundo? A él también se le escapaban siempre esos, en lugar de los correctos, incluso para los más respetables de sus sirvientes. Los pobres están fácilmente de buen humor, y él mismo lo estaba.

Por lo demás, era consciente de que no podría haber sido de otra manera. En un país con cuatro mil lugares arrasados por el fuego y una población embrabizada, no se va por ahí pavoneándose como un señor inaccesible. Había habido uno aquí: no debía ser duro, cruel ni avaro, solo orgulloso, injustificadamente orgulloso debía de haber sido el señor frente al hombre común, por eso este lo había matado. Henri estaba advertido; no en vano se le veía con pantalones raídos. ¡Ojalá solo se marcaran en ellos unos músculos fuertes! Además, él mismo provocaba los rumores de que dos cosas le resultaban imposibles: mantener la seriedad y leer. La seriedad es ya para el hombre común una semipretensión, pero quien lee es un

forastero aquí y puede seguir su camino, lo que la gente distinguida solía hacer en su mayoría. Este no. Vivía en el campo y no solo tenía castillos, sino también un molino, que explotaba como cualquier otro molinero: así se llamaba también. Lo llamaban el molinero de Barbaste, y no se preguntaban mucho por cuánto tiempo pasaba realmente allí en su molino ni qué hacía allí. El pueblo no indaga tanto. Aunque desconfía de los eruditos, a menudo le basta con una palabra y no busca nada más allá de ella.

Un rey, un rey de verdad, está lleno de misterio, pero no lo estaría con ropas preciosas: sin ser reconocido y muy humilde, es el propio rey. Lo reconoces de repente y se te para el corazón. Una vez, de caza, perdió a su séquito, y al pie de un árbol estaba sentado un campesino. «¿Qué haces ahí?». «¿Qué voy a hacer? Quiero ver al rey». —«Pues vamos, súbete detrás de mí. Cabalgaremos hasta allí y lo verás bien». El campesino se subió al caballo y, por el camino, preguntó cómo podría reconocer al rey. «Solo tienes que fijarte en quién se deja el sombrero puesto cuando todos los demás se lo quitan». Ahora se une al grupo de cazadores, y todos los señores se descubren la cabeza. «¿Y bien?», le preguntó al campesino. «¿Cuál es el rey?». Pero este respondió con astucia: «¡Señor! Usted o yo, uno de los dos tiene que serlo, pues solo nosotros dos llevamos el sombrero puesto».

Tras esas palabras se escondía el temor junto con la admiración. Si el rey había liderado al campesino, este, con la debida cautela, también consideraba al rey como el mejor. De ello debe aprender el rey. El hombre común, casualmente, es el único que mantiene el sombrero puesto junto a él, va a caballo detrás de él, pero no debe olvidar ni su admiración ni su temor. Cada vez, la experiencia

comienza con arrogancia y termina con una lección. De buen humor cabalgó una vez hacia la ciudad de Bayona, pues allí lo habían invitado a comer. Al llegar, la mesa estaba puesta al aire libre; rodeado de todo el pueblo, tuvo que comer y responder a sus preguntas; pero por mucho que se le acercaran para oler su sopa e incluso su maletín de cuero, él tuvo que seguir siendo el rey y el misterio, riendo y hablando en su dialecto. Lo conseguía sin esfuerzo, porque su corazón era sencillo, y solo su mente no lo era. Cuando salía bien parado de una situación así, sentía una liberación como tras una batalla ganada. Mientras dura la aventura, el peligro queda olvidado: se entretiene y se entrega a ella.

A los pobres, cuando se invitaba a sí mismo a su casa, también podía quejarse de sus penurias, y esto con ira y con humor, al estilo de ellos. Maldecían a sus funcionarios, que les prohibían cazar furtivamente; entonces él mismo los llevaba a cazar. Le contaban lo que le pesaba en el corazón contra su adjunto, el señor de Villars; la corte de Francia se lo había puesto por delante del viejo Montluc. Este Villars le seguía los pasos como si aún estuvieran en el castillo del Louvre. La ciudad de Burdeos no admitía al gobernador hugonote, y como Enrique era impotente al respecto, se mostraba indiferente. Solo en la mesa de los pobres, cuando los rostros ya estaban acalorados, estallaba su ira, y se convertía en un rebelde entre ellos, que aquí eran todos de la misma religión. Su protestantismo era su arma y se convirtió también en la suya. Compartía la fe de los pobres.

Bandas hugonotas recorrían la zona, saqueaban y quemaban, igual que los demás: primero, siempre la iglesia; luego se retiraban temporalmente, y al cabo de tres días les tocaba a la casa solariega

del pueblo, si para entonces no se había conseguido y entregado el rescate. El noble amenazado huyó a Nérac, pero no siempre se encontraba al gobernador en el castillo. Se recrea en sus jardines a orillas del Baïse, según supo el suplicante. Miden, sin embargo, cuatro mil pasos, a su paso largo. ¡Compruebe, señor, si está allí! Riachuelos y árboles altos, todo del mismo verde apagado, y las copas se inclinan unas hacia otras sobre la rectísima avenida arbolada que se llama la Garenne. Un puente conduce desde el parque, al que tiene libre acceso, hasta las flores y el invernadero. No se apresure, señor, ¿acaso ya le arde la impaciencia? Podría perderlo de vista; compruébelo, señor, junto a las fuentes de piedra y en cada cenador. Quizá el rey de Navarra esté sentado en uno de los bancos leyendo a Plutarco. Pero más allá está el pabellón del rey, que está vigilado. Lo reconocerá por el tejado rojo de tejas. Rojo y blanco resplandeciente, se refleja en el agua. ¡No intente entrar, señor, tenga cuidado! Si el gobernador se encuentra allí, nadie debe preguntar en qué se ocupa ni con quién.

El noble, aterrorizado, abandonó el castillo de Nérac sin haber logrado nada. Su corazón se amargó contra el gobernador hugonote. Pero cuando al tercer día los bandidos regresaron, tal y como habían prometido, ¿quién se abalanzó sobre ellos, sin haberse dejado ver hasta el final? Enrique mandó ahorcar a su líder, como si no hubiera sido de la religión. A la gente la convirtió inmediatamente en sus soldados. Cenó en la mansión; el noble estaba muy feliz con todos los suyos, y sin demora envió noticias a sus parientes y amigos de los alrededores sobre su exitoso rescate por parte del gobernador hugonote. ¡En verdad, el primer príncipe de sangre! ¿Deberíamos contar con él algún día, si el trono no tuviera otro heredero? Pero

eso está muy lejos. Por ahora, puede que sea bueno para proteger nuestros pueblos de sus propios correligionarios. Es, ante todo, un soldado, un maestro de la disciplina y enemigo de todas las bandas salvajes o de los rufianes armados. Quien no se aliste en ninguna compañía será castigado; pero quien haya prestado juramento y, a pesar de ello, se escape, posiblemente con la paga, será castigado con la muerte. Por fin vuelve a haber policía de mercado.

«Se avanza», piensa Henri, quien se encarga de que esas cartas y conversaciones cobren impulso. La confianza de los desconocidos es muy importante: puede incluso cambiar los hechos. ¡Mucho habría cambiado si, por ejemplo, uno se imaginara que aquí, en el país, solo existiera una y la misma religión! Su ejército estaba compuesto por miembros de ambas confesiones: él se encargaba de que la novedad llamara la atención y fuera valorada. En su corte de Nérac tenía tantos católicos como protestantes; la mayoría de los nobles le servían sin remuneración, por su persona y por su causa, y todos estaban obligados a una honorable pacificidad —que no siempre se mantenía—. Por su parte, el rey tenía a su Roquelaure y a su Lavardin tan cerca como a su Montgomery y a su Lusignan; parecía ya no saber que los dos últimos eran de su religión, y los dos primeros no.

Era plenamente consciente de ello, pero aun así encontró la audacia para decir en voz alta, en contra del acuerdo y de la verdad imperante: «Quien cumple con su deber es también de mi fe, pero yo soy de la fe de aquellos que son valientes y buenos». Lo dijo en voz alta y lo escribió en cartas, aunque esas palabras pudieran servirle de lazo. Pero tenía a sus espaldas el Louvre, el largo cautiverio, la mentira, el miedo a la muerte; miraba hacia atrás, a la

matanza por causa de la fe. Justo él podría haber odiado todo lo humano. En cambio, solo se remitía a lo que debía unir a los hombres, y eso era ser valiente y bueno. Por supuesto, pensaba en lo suyo. Valientes: esos lo son. Incluso en el Louvre, la mayoría de nosotros fuimos valientes. ¿Bondad? Casi todos siguen cuidándose de dejar entrever algo de bondad. Para ello no solo tendrían que ser valientes, sino audaces. Pero él los sedujo, sin darse cuenta de con qué: al condimentar su bondad con cierta astucia. La clemencia y la tolerancia ya no son despreciables para los hombres cuando se sienten burlados.

La paz en el reino había fracasado una vez más. Se llamaba Monsieur, el hermano del rey de Francia. Desde su paz, Monsieur ya no era d'Alençon, sino d'Anjou, y se había enriquecido con una renta de cien mil táleros. Incluso el rey, contra el que habían luchado, le pagaba a Monsieur sus tropas alemanas. Monsieur, en lo personal, podría haberse tranquilizado, aunque no lo logró en su corta vida. Más bien se fue a Flandes, quería ser rey de los Países Bajos y, de trono en trono, tender la mano hacia la de Isabel de Inglaterra: una mujer de cuarenta y cinco años para entonces. La reina de piernas largas y su pequeño italiano, así la llamaba ella al hombre de las dos narices: se reía mucho de la pareja, por las tardes en Nérac, cuando el gobernador y su «Consejo Secreto» comentaban las noticias mientras bebían vino. Por lo demás, sin embargo, la paz que llevaba el nombre de Monsieur había fracasado. Los parisinos ni siquiera habían acudido cuando el rey mandó encender unos fuegos artificiales. La Liga del descarado Guise agitaba las aguas, y en el reino eran raras las mesas en las que uno se sentaba y no se le preguntaba en qué creía. Por eso, el rey de Francia convocó a la

Asamblea de los Estados a su castillo de Blois. Los diputados protestantes ya no acudían allí, sabían demasiado bien cómo se les engañaba. Pero el rey de Navarra mandó escribir en favor de la paz a través de su diplomático, el señor Du Plessis-Mornay, y, sobre todo, escribió él mismo.

Los demás solo tenían la preocupación de hacerse daño unos a otros, tanto protestantes como católicos. Estos, como los más fuertes, clamaban por la violencia; aquellos, por su seguridad garantizada. Sin embargo, quien es más débil no debe insistir en el derecho, sino recomendar la tolerancia y la bondad: bajo la protección de estas virtudes, aumentará fácilmente su poder. Pero la virtud, unida al poder, gana más adeptos que cualquiera de las dos por separado. En sus propósitos, Enrique y su enviado se entendían y seguían los mismos caminos. Mornay: hizo pasar su escrito a la Asamblea de los Estados como si lo hubiera redactado un católico bienintencionado, cuando en realidad no era más que una invención del piadoso y astuto Mornay. En cuanto a Enrique, escribió allí que, personalmente, le rogaba a Dios que le hiciera saber cuál era la verdadera religión. Entonces la serviría y expulsaría a la falsa del reino, si fuera posible incluso del mundo. Afortunadamente, Dios no le envió ningún mensaje al respecto: así no corrió el peligro de tener que entregar sus plazas fortificadas.

Se apresuró a hacer todo lo que estaba en su mano para que no volviera a estallar la guerra civil, y acudió con prisa cuando el rey de Francia le envió emisarios. Estos debían convertirlo una vez más al catolicismo, y ello tras los muros de su leal ciudad de Agen. Uno de ellos era el mismo Villars que no le había dejado entrar en Burdeos, otro era un arzobispo de su propia casa, y el tercero era el más

importante, pues se trataba del tesorero de Francia. Enrique los recibió a todos a la vez y a cada uno por separado. Nunca se sabe lo que alguien puede llegar a decir sin testigos, sobre todo en asuntos de dinero. En la reunión conjunta, el arzobispo se lamentó de los sufrimientos del pueblo, y Enrique lloró —mientras pensaba que, si bien los sufrimientos del pueblo eran los suyos, no lo eran los del arzobispo; y precisamente por eso el reino solo le estaba destinado a él mismo. Esta noticia le llegó, sin duda, de Dios. Por eso, en ese mismo instante, ordenó a sus hombres que asaltaran una ciudad. El buen Villars se la había despojado de los soldados que necesitaba para presentarse ante su gobernador con una fuerte escolta. «¡Mi pequeña batalla!», exclamó Henri en secreto; seguía llorando, pero ¿quién distingue las lágrimas de alegría de las demás? «¡Mi pequeña batalla!».

El marqués de Villars se vengó, y no tardó mucho en hacerlo. Henri juega al «balón largo» en el patio de su castillo, rodeado por un cuadrilátero de edificios altos. Ventanas ornamentadas y columnatas artísticas a lo largo de las fachadas, la amplia y magnífica escalera doble que desciende hacia el río y los jardines: todo lo construyeron sus antepasados hace ya doscientos años, y en cada una de las cuatro esquinas una gruesa torre custodia la majestuosidad. Por supuesto, incluso los centinelas de las torres pueden distraerse con las muchachas, y mientras tanto el enemigo se acerca sigilosamente de un arbusto a otro y, al amparo de una casa, hasta detrás de la siguiente. En el patio amurallado, Henri lanza la larga pelota de cuero. Si estuviera comiendo en ese momento, habría una estrecha ventana empotrada en la pared del comedor, donde se agazaparía el vigía que escudriña el terreno en

busca de presencias sospechosas. Nunca se deben olvidar las medidas: ahora ya es demasiado tarde. Se oye un grito lastimero; el enemigo ha penetrado tras la cuarta línea, ya tiene a alguien agarrado por el cuello. Los jugadores de pelota están desarmados. Mientras sus amigos saltan por la escalinata, Henri desaparece en la casa, y por mucho que el enemigo lo busque después, no lo encuentra.

Se alejó bajo los pies de quienes lo buscaban, luego bajo la ciudad, luego bajo los campos. El pasadizo subterráneo por el que se adentraba a tientas era antiguo y, de entre todos los vivos, solo él lo conocía. Encontró el mechero, la linterna, y, a la tenue luz de esta, esquivó los agujeros y los lugares sepultados. El camino le pareció esta vez menos largo de lo habitual, pues pensaba en el enemigo decepcionado. Sin embargo, la respiración se le entrecortaba aquí abajo: a cambio, le esperaban al final de esa cavidad un par de brazos tiernos —¡y en qué manos estuvo a punto de caer! Por fin, escalones de nuevo. Apagó la llavita y levantó la tapa del pozo. «¡Cuidado!», gritó una voz de mujer. «¡Cuidado, mis palomas!». Porque la persona acababa de retorcer el cuello a unas palomas y las había depositado en el suelo, justo donde salía arrastrándose aquel hombre acalorado y muy sucio. La luz del día le deslumbraba, no veía quién era: Fleurette, una muchacha a la que había amado cuando tenía dieciocho años, y ella entonces tenía diecisiete.

No se asustó porque él saliera de la tierra, pero tampoco lo reconoció: por su estado, y además las vivencias le habían cambiado el rostro, además se había dejado crecer la barba. Sus ojos dulces y cálidos sin duda lo habrían delatado, pero los cerró y parpadeó: por eso Fleurette no lo reconoció. Por cierto, su propio rostro se había ensanchado, al igual que su complexión. Molesta por haber ahuyentado a sus palomas, se puso las manos en las caderas y refunfuñó. Él se rió, respondió alegremente y se dirigió a la fuente para asearse. Otra fuente había reflejado en su día su imagen juntos, y en ella habían sumergido su mirada de despedida junto con

su última lágrima. «Cuando seamos muy viejos, esta fuente seguirá sabiendo de nosotros, incluso más allá de nuestra muerte». Es cierto; más adelante, la gente se señalará unas aguas y dirá: «Ahí se ahogó Fleurette. ¡Lo amaba tanto!». Ya ahora la mayoría la da por muerta, porque un amor tan bello debe perdurar por sí solo, sin las personas transformadas.

Transformación. Él se ha lavado la cara y se sacude la suciedad de los hombros, sin volverse a mirarla. Ella espera a que, bajo esa apariencia descuidada, aparezca un noble. Él entrará, subirá las escaleras del castillito hasta la dama, en su gabinete de amor, cuyas paredes están pintadas con seres, mitad mujer mitad pez, y desde las esquinas miran cabezas de ángeles, esta encantadora, aquella severa. Desde el techo de la habitation resplandece el sol, pues Cristo es el sol de la justicia, como allí está escrito, y Fleurette lo ha leído. Acoge a sus palomas. Justo en ese momento, Henri se vuelve hacia ella, pero ahora ella no lo mira. Sobre ellos, el aire resuena con palabras olvidadas. El cielo está muy claro, la luz es plateada, las tardes de verano tan suaves. Están solos una vez más en la vida, aquí entre las dependencias de la granja. Él podría atraer hacia sí a la chica desconocida, que está encorvada, y llevarla detrás del granero. De verdad lo piensa, pero quizá allá arriba alguien esté mirando. Se apresura a subir. Ella entra en la cocina con sus palomas. El lugar queda desierto, mientras el aire sigue resonando con palabras olvidadas. ¿Eres feliz conmigo? ¡Nunca lo he sido tanto! Entonces acuérdate de mí, por muy lejos que cabalges, y de la pequeña habitación en la que el jardín desprendía su aroma mientras nos amábamos. Tienes diecisiete años, Fleurette. Tú dieciocho, querido muchacho. Cuando seamos muy viejos...

Se acercan las voces de los jornaleros. Ya no hay más aire resonante.

Curiosamente, su incursión contra el castillo del gobernador no le sentó bien al vicario. El rey de Francia no se lo perdonó, según se supo en Nérac. ¿O fue más bien el fracaso de la incursión lo que acabó costándole incluso el cargo al pobre Villars? La nobleza se declaró en su contra, no solo en esta región, sino también en la vecina provincia de Languedoc, cuyo gobernador, Damville, había sellado una alianza con Enrique. Damville era un moderado, pertenecía a los políticos y le gustaba hacer algo por la paz entre las dos confesiones. ¡Ojalá la pacificidad en el momento inoportuno no hubiera sido algo que pudiera costarle el cargo! Villars, sin embargo, estaba a punto de perder la suya, porque había llevado lo contrario demasiado lejos. Fue perseguido y desacreditado especialmente por uno de los hombres más influyentes de la provincia, el mariscal Biron. Este conspiraba contra Villars aún más de lo que Henri sabía, a pesar de estar al corriente.

Mientras tanto, a Enrique le preocupaban varias cosas. No solo quería lograr en la corte la destitución de su lugarteniente: deseaba ardientemente que su querida hermana viniera con él, y tampoco quería seguir sin su buena amiga, la reina de Navarra. Le sucedía que realmente añoraba a Margot; las viejas ternuras nunca abandonan del todo el cuerpo que las ha recibido. A menudo, en cambio, pensaba que sus súbditos católicos habrían tenido que ver a la hermana del rey de Francia a su lado: ¡incluso la puerta de Burdeos se habría abierto de par en par! En cuanto a su pequeña Catherine... ¡Ay, Catherine, ojalá ya estuvieras aquí! Podrás admirar mi invernadero, enseñar a hablar a mis loros y escuchar pájaros

cuyo maravilloso canto aún no conoces, Kathrin: ¡canarios! Además, la pequeña es una hugonota tan estricta que mejoraría inmediatamente mi reputación entre los religiosos; pues, por desgracia, esta no es del todo buena.

Esto se debía, por supuesto, a que él conocía a muchas mujeres. Pero, en primer lugar, hay muchas que merecen nuestro amor —cada una a su manera, esta con su intenso aroma, aquella como una flor pura—. La noble señorita tiene una madre desconfiada; Henri cabalga toda la noche para acudir a una cita al amanecer. La muchacha del tipo cualquiera es más fácil de conseguir. Ahora bien, también estaba la mujer de un carbonero que vivía en el bosque, y en su casa se reunían los cazadores de la corte. Ella amaba a su rey con locura, y él a ella con tal ardor que dejó a toda la partida de caza, señores y sirvientes, esperando bajo la lluvia, mientras él yacía con ella en el interior. Se conocen esos fuegos fugaces que no dejan rastro. ¿Cómo es eso? Veinte años después, el rey ennobleció al carbonero. Seguramente aún recordará la cabaña del bosque y los placeres imborrables. Porque su esposa es su vínculo más cercano con el pueblo. Él lo reconoce en ella; lo posee y le da las gracias.

Para traer a su hermana de París, no envió a nadie más que a su fiel Fervaques. El honrado hombre lo había traicionado, pero también había abandonado ya al rey de Francia, y ¿quién es más seguro que aquel en quien ya nadie confía? Fervaques trajo realmente a la princesa a través de todos los peligros hasta aquí, pero ella no se quedó mucho tiempo en Nérac: su hermano la acompañó él mismo hasta Pau, donde la fe y las costumbres eran estrictas, también las suyas, cada vez que iba allí. En Pau, donde ambos habían sido educados por su querida madre, solo se le veía con su hermana bajo

los verdes árboles de su infancia. En las afueras se alzaba un castillito favorito, rodeado de altas copas: allí también había acudido a menudo Jeanne cuando quería sentir con sus dos hijos el frescor de las hermosas sombras y creía oír en su alma el susurro de Dios como susurran los árboles. La naturaleza era un misterio de lo eterno, uno de sus misterios. Los jardineros servían a Dios bajo otros signos que los sacerdotes. Chantelle se llamaba su jardinero, a quien le gustaba tanto dirigirse como a un sabio, y el rey también le reconstruyó la casa. La avenida principal del parque, sin embargo, llevaba el nombre de Madame, y esa era Jeanne. Allí paseaban sus hijos, el hermano inclinado hacia la hermana. La hermana piensa: «¡Mira! Nos hemos retrasado y está anocheciendo. El jardín nos parece hoy más profundo; el crepúsculo lo lleva en silencio fuera del espacio y del orden. Incluso la mujer de piedra, que vierte agua con su cubo, está sumergida en el color de los arbustos vespertinos y ya no tiene el privilegio de ser blanca y resplandecer. Todos somos iguales como cristianos: eso es especialmente cierto en esta hora. Yo, su hermana, debo considerarlo mi señor, pero aquí lo es menos. ¿Estoy hablando? Las cosas no me pertenecen y las temo. Sin embargo, me tienta hablarle del famoso baile de Agen».

«¡Hermano mío!».

«¿Qué pasa, hermanita?»

«Corren rumores muy malos».

«Te refieres al baile de Agen».

Esto la asustó tanto que se detuvo en seco. Por lo general, su pie apenas se notaba, incluso podía bailar. Pero en ese momento habría cojeado. Su hermano Henri dijo rápidamente: «Conozco esos

rumores; claro que los conozco, solo los han difundido para que abandone la ciudad de Agen con mis nobles protestantes. Al principio pensaba vivir allí, tras mi huida del Louvre. Inmediatamente, los clérigos nos atacaron desde el púlpito. El señor de Villars empezó enseguida con las calumnias. Pero las damas católicas se inventaron lo peor para divertirse. Debes saber, hermanita, que algunas de tu clase se divierten con cosas que en realidad no han sucedido».

«Deja eso, hermano, y dime si en el baile de Agen, cuando el salón estaba lleno de damas de la ciudad, las velas y las luces fueron apagadas de repente por ti y tus señores».

«No. No se puede decir eso. Me di cuenta de que se hizo un poco más de oscuridad en la gran sala. Quizá se apagaron varias a la vez. A veces se sopla sobre la llama por simple travesura; ¡quién sabe si no fueron las propias damas!».

Aquí Catherine se enfureció. «Niegas demasiado. Sería mejor que lo negaras menos, entonces podría creerte el resto». Esto no lo dijo una muchacha inexperta: ya no era la voz infantil, ni sus sílabas finales agudas y asustadas. Era Henri quien debía asustarse: su severa madre le hablaba. Además, apenas podía ver la diferencia, pues ya había caído la noche. Como un niño, confesó.

«Mis nobles dicen que besaron a las damas en la oscuridad. Ninguno se jacta de haberlas deshonrado también. La oportunidad, sin embargo, estaba ahí, incluso el capricho. Después, por supuesto, nadie quiere haber sido, debido al escándalo desatado».

«¡Así es como os habéis comportado!», dijeron Jeanne y Catherine. «¿Son esas las estrictas costumbres que debes preservar

de nuestra patria? No, prefieres mostrarles aquí lo que has aprendido en el Palacio del Louvre con los enemigos de la religión».

Se quedó sin aliento. Lo que iba a venir ahora le afectaba personalmente. «No solo que varias de las damas deshonradas hayan muerto de miedo y vergüenza: tienes que reprocharte otras desgracias, por todo el país, donde cabalgas y seduces a las mujeres. No quiero nombrarlas ni enumerarlas, las conoces demasiado bien. Prefiero exhortarte a que ames a Dios en lugar de a las mujeres».

Se quedó en silencio. El sermón que había comenzado con esto era ineludible.

«En primer lugar, debemos aprender a ejercitar nuestros corazones en la obediencia al Señor. Por ahí debemos empezar; pero para que todo sea completo, es necesario que nuestros ojos, manos, pies, brazos y piernas —que todo ello participe. Las manos crueles revelan un corazón lleno de maldad, y los ojos desvergonzados, un corazón corrompido».

Ella siguió hablando muy bien y con toda corrección. La princesa Catalina recibía cartas de Ginebra y las guardaba en su fuero interno, aunque tampoco ella habría de obrar conforme a ellas por mucho tiempo. Su hermano Enrique lloraba en la oscuridad. Las lágrimas le acudían con facilidad, incluso por lo irrevocable, que en el fondo no estaba dispuesto a cambiar. Con ello, sin embargo, no aludía sólo a su propia naturaleza, sino también a la tan cercana de su querida hermana. Con su piadoso ardor, la desdichada luchaba contra su amor por su primo Enrique de Borbón, que por ahora aún andaba a la caza del jabalí. Pero en cuanto se presente en persona, ¡ya habrá ocurrido todo antes de que Catalina misma lo sepa! El fin

de su inocencia infantil, eso era lo que su hermano lloraba. Por otra parte, le parecía muy razonable que también la inocencia de su hermana llegase un día a su término. Dividido entre la compasión y el asentimiento, la abrazó con ternura y, con un beso, interrumpió su mejor frase. Luego la condujo a la casa.

Puesto que toda ternura, incluso la que se siente por la propia carne y sangre, y cada estremecimiento del alma tiene su valor monetario, la princesa Catherine recibió por la mañana una pequeña ciudad de regalo de su querido hermano —que, sin embargo, él mismo aún no poseía. Era una pequeña ciudad malvada que hasta entonces no había querido admitirlo; primero tuvo que conquistarla para su querida hermana. Esta recibió muchos otros regalos encantadores —más tarde, cuando su hermano real pudo permitírselo—. Una vez fueron setecientas perlas finas, y también un corazón ricamente engastado con diamantes; el precio lo sabía la cámara de cuentas. Por cierto, las horas en Pau siempre estaban contadas. Los hermosos muebles del gran palacio de la ciudad vuelven a cubrirse con fundas; Enrique nunca considerará otros más bellos. No tocará las joyas de la corona de Navarra en tiempos en que no posea ni una segunda camisa. ¡A caballo! ¡Visitando regiones más turbulentas! También Margot solo nos causa preocupaciones. Dejó a su hermano Franz, que quería pasar a Flandes, colgado de una cuerda desde su ventana, luego quemó la cuerda en su chimenea y casi incendió el Louvre. Después se fue también a Flandes, ¡y qué travesuras! ¡Niños, qué travesuras! Así habla Enrique en su Consejo Privado.

El Consejo Privado

Índice

Los miembros del Consejo se dirigen al palacio de dos en dos. La doble escalinata permite a los señores, que en ese momento no se llevan del todo bien, subirla por lados diferentes. Entre los dos brazos de la escalera, una fuente brota de la pared y se vierte en su pila semicircular. La barandilla de mármol se curva desde los pilares con un arco muy suave, y cualquier mano se siente tentada a tocarla. La mirada se desliza por sí sola sobre los modestos adornos con los que un cincel delicado ha dado vida a la piedra. Pero a media altura los brazos se unen, y la escalera se ensancha, se vuelve pública y conduce al palacio del príncipe. Pasos juveniles, voces sonoras; la mayoría de los consejeros atraviesan rápidamente el patio de arriba y giran a la derecha. Utilizan unos escalones y una galería de columnas que recorre toda la fachada; cada una de las columnas lleva en su capitel diferentes imágenes de acontecimientos legendarios. Las puertas de las habitaciones están abiertas, el día brilla. Rápidamente se entra en la más grande, se toma asiento en cofres o taburetes de madera, se reúne con conversaciones animadas, se abraza entre risas, se despide con irritación; todo ello, mientras aún se espera al príncipe.

En el muro a prueba de balas, que por lo demás no tiene ventanas, se hunde el puesto del vigía. Entre los barrotes de su reja, el soldado mira hacia abajo, al patio exterior, y luego, más allá del foso, hacia el campo. Detrás de la puerta de la ciudad discurre una carretera por la que podrían aparecer enemigos. La paz y la seguridad reinan a ambas orillas de la verde Baïse, a este y al otro lado de los puentes: se llaman el antiguo y el nuevo. Este último se

extiende hacia el tranquilo parque de La Garenne, el otro conecta los barrios. Debajo del castillo, los ciudadanos viven bien protegidos. Al otro lado, los señores de la corte se han establecido desde que existe la corte aquí. Artesanos, tenderos y sirvientes se agolpan junto a las sólidas casas de los grandes: así surgen callejuelas, sinuosas, estrechas, un puñado de ciudad por la que corren arroyos y juegan los niños. Los pequeños suben gritando por el alto y antiguo puente, los ancianos lo trepan con cuidado; y el reflejo de sus arcos abiertos en lo profundo del agua recoge una tras otra las sombras de todos los que viven aquí.

Por encima de la escalinata del castillo, en el banco redondeado de piedra, están sentados dos caballeros que esperan a Henri. El caballero con el abrigo de viaje es Philipp Mornay; le parece imprudente a Henri: viajar solo, al caer la tarde, y hay guerra. De nuevo hay guerra. La paz que llevaba el nombre de Monsieur no ha durado. El rey de Navarra ha enviado a sus diplomáticos en busca de aliados, pero la mayoría elude la petición como puede. Ahí está un primo del asesinado Coligny, y este Montmorency, más cerca de la muerte que de la vida, ha estado recluido en la Bastilla. Sin embargo, el hombre corpulento es demasiado indolente para la venganza —para la justicia, dice Mornay. Por la religión, afirma. «A los tibios los vomitará de su boca», decide el hugonote, y explica con palabras frías por qué deben caer todos aquellos que solo se aprovechan de la religión y no son lo suficientemente grandes para servir a su causa. Mornay ha abandonado al duque de Anjou, que persigue ciegamente reinos para sí mismo. Tras aventuras y peligros, Mornay ha llegado a un príncipe con el que quiere intentarlo, aunque hasta ahora el príncipe lleve una vida frívola. Pero no todo se debe a

la naturaleza, sino más bien a la misión. Dios es más fuerte que las pasiones de su elegido. En el fondo, el piadoso Mornay no se preocupa en absoluto por el retraso de Henri en el camino. Este cuenta con una escolta de alto nivel.

«¿Le han capturado durante su viaje hasta aquí?», preguntó el señor sentado a su lado en el banco.

«Pero no me reconocieron», respondió Mornay, encogiéndose de hombros y con la certeza de que, en el momento oportuno, sus enemigos se habían quedado ciegos. «Escuche cómo fue, señor de Lusignan. Contemplábamos las ruinas de su casa solariega, en una zona que la luz de la luna había encantado, de modo que era fácil creer en los cuentos de hadas. Allí, en tiempos pasados, su antepasado se encontró con la hada Melusina y recibió de ella la misma suerte y el mismo dolor que las mujeres de los hombres pueden repartir en todo momento. Por culpa de la hada Melusina, nuestra atención se desvió, por lo que veinte hombres armados llegaron antes a nosotros que nosotros al foso. La cuestión en tales ocasiones es poder hacerse pasar por otro, pero no parecer un hugonote».

El segundo caballero no pudo evitar reír. Si alguien tenía ese aspecto, era Philipp Mornay. No solo porque llevaba un sencillo cuello blanco sobre su traje oscuro: era su porte, y su expresión lo decía todo. Su mirada no desafiaba a nadie, ni estaba ensimismada. Su mirada escudriñaba las conciencias, sensata y tranquila bajo la frente siempre lisa. Hasta la vejez, la frente permanecerá sin arrugas, porque Mornay está en paz con su Dios; seguirá siendo una meseta intacta sobre el rostro oprimido, que se manchará y caerá en los rasgos de la pena. Así será algún día. Mientras tanto, se sienta

en un banco de piedra redondeado, joven, audaz de corazón, y espera al príncipe, cuyo ascenso debe acompañar. Mornay no sospecha nada de las palabras que está destinado a dirigir en un tiempo lejano como últimas a su príncipe: «Tenemos aquí que anunciar una noticia triste y abominable. Nuestro rey, el gran rey, a quien la cristiandad ha sostenido desde hace quinientos años...»

El cielo estaba muy claro, su luz era plateada, y la tarde se acercaba apacible. Henri salió de sus jardines, cruzó el puente nuevo y llevaba los brazos llenos de flores. Al ver a los dos caballeros de pie en lo alto de la escalera, corrió, pidió desde lejos el informe de su emisario; lo escuchó y, aunque no había nada favorable que comunicar, le regaló una flor. «Alguien las ha arrancado», explicó Henri. Sin quererlo, señaló con el hombro hacia la casita de recreo junto al río: allí sabían de qué se trataba. Al mismo tiempo, se oyó un estruendo enorme en el castillo, sobre sus cabezas. «¡Mis hugonotes están matando a mis católicos!», gritó Henri y ya saltaba al patio del castillo.

En realidad, el señor de Lavardin se había topado con el señor de Rosny: este era un joven gallito, y su capitán estaba fuera de sí por la falta de disciplina entre los hombres. El resto de los nobles gritaban todos al unísono, el estruendo llenaba la sala, y el asunto en sí nunca se habría podido averiguar. Por suerte, Henri era quien mejor lo conocía. «Marmande», esa era la ciudad a la que el capitán Lavardin había enviado al alférez Rosny a una misión perdida. El propio Henri tuvo que sacar de allí al muchacho y a sus pocos arcabuceros, lo que no impidió que todos se retiraran de forma bastante lamentable con su único cañón y los dos cañones de campaña sin munición. Lavardin no quería que nadie le recordara

que había emprendido el fallido ataque a Marmande en contra de la opinión de su rey. Ahora incluso su alférez empezaba con ese estúpido asunto. «¡Barba de leche!», gritó el irritado superior. «Si te aprieto la nariz, te sale leche». Inmediatamente, Rosny quiso pelearse con él, pero entre los nobles, unos se sumaron con entusiasmo a la refriega, mientras que otros intentaban separar a los adversarios. No se habría creído que en una sola habitación con seis u ocho personas pudiera suceder tanto, pero en realidad todo no era más que una manifestación de la plenitud de la vida y el buen humor. Henri apareció con los brazos llenos de flores, las arrojó entre sus nobles y castigó a Rosny como era debido. Le dijo que su servicio en la mejor compañía, bajo el mando de los mejores de todos los líderes, había llegado a su fin, y que él mismo, el rey, quería disciplinarlo por compasión hacia su gran juventud. El muchacho lo aceptó, aunque, por cierto, ya lo había previsto. Enseguida recuperó su rostro tranquilo y sensato. También Lavardin se tranquilizó y, además, su rey lo abrazó.

Otros, en cambio, se indignaban por tal o cual pequeña ciudad que se había permitido cometer atrocidades. El ejército del rey de Navarra vagaba de un lado a otro y nunca terminaba de restablecer la paz, vengar y poner orden. Allí se reunía el Consejo Privado; cada miembro podía expresar su opinión al príncipe, y varios le reprochaban que no llevara la guerra con suficiente severidad. Su primo Condé dirigía las operaciones con mayor dinamismo y se quejaba de su indolencia. «Es mi país. No es el suyo», dijo Enrique, más para sí mismo que para los demás. Solo Mornay le prestó atención. El Consejo Privado al completo solía hablar todos a la vez. Enrique atrajo la atención general cuando comenzó a hablar de la

reina de Navarra. Tenía una pierna colgando de la mesa y la otra recogida debajo de sí, masticaba el tallo de una rosa y a veces sollozaba, como por una risa interior, pero en realidad no sentía una alegría sin mezcla.

La reina de Navarra había ayudado primero a su querido hermano Monsieur a huir, y luego se había adelantado a él en Flandes para trabajar por su causa. Peligroso, peligroso —en un país que los españoles tenían bajo sus botas, y la bota más grande era Don Juan de Austria. «La reina, mi esposa, ha engañado a todos con el pretexto de la enfermedad, que quería curar con las aguas de Spa. Antes de que los españoles, que carecen de ingenio, debéis saber —dan pasos altivos, mantienen la cabeza erguida como si se plancharan el cuello y no ven lo que ocurre en la tierra—: antes de que los españoles se dieran cuenta de nada, todo el país había sido agitado por Su Majestad. Por eso, Don Juan de Austria la hizo salir del país a toda prisa. La noche anterior le había organizado un baile. No se puede hacer nada, su propio hermano, el rey de Francia, la había delatado a los españoles por miedo a Don Felipe».

Risas de resentimiento, acompañadas de algunas maldiciones. Absorto en sus pensamientos y apretando los dientes, Henri concluyó: «Da igual. Al menos mi pobre Margot se sintió en este viaje como una gran dama —hasta que la echaron—. Carruajes dorados y literas de terciopelo, en los que viajaba la graciosa reina, y por todas partes gente rubia, encantada. Ella también se ha deleitado. Por lo demás, no es una mujer feliz, mi pobre Margot, en la familia que tiene. Debería venir conmigo. La necesito aquí». —«Por desgracia, su real hermano le prohíbe vivir con un hugonote». Esto último lo había dicho en voz alta: se dio cuenta de

que, en medio del alboroto, solo uno lo miraba con atención, su diplomático.

«Señor de Mornay», dijo, «es triste, pero el rey de Francia odia a su hermana, y ella no puede vernos».

Mornay respondió que Su Majestad, la reina de Navarra, seguramente no deseaba nada con más intensidad desde su desafortunado viaje a Flandes. «Su hermano real solo está enfadado con su hermana por culpa de la Liga. El duque de Guisa...»

«Salgamos», decidió Henri, y salió de la habitación antes que Mornay. Dieron unos pasos por la galería, al ritmo rápido que a Henri le gustaba, y volvieron sobre sus pasos. El embajador, que regresaba de los alrededores de París, estaba al corriente de los últimos asesinatos en el Louvre. Guisa mantenía al rey en un estado de pánico y terror. Este se refugiaba cada vez con más frecuencia en el monasterio, y ya no era solo el horror del más allá lo que lo impulsaba. Además de su propia muerte, temía también la extinción de su casa, pues la reina no le había dado un hijo varón.

«Nunca lo hará», intervino rápidamente Enrique. «Los Valois ya no tendrán hijos varones». No reveló de quién había obtenido ese conocimiento y esa certeza: de su madre. Mornay lo miró y se dijo a sí mismo que Dios el Señor lo había guiado acertadamente hasta este príncipe. En ese mismo instante reconoció definitivamente quién era Henri: no un molinero de Barbaste, mujeriego y comandante de doscientos hombres armados, sino el futuro rey de Francia, plenamente consciente de su vocación. Se hacía pasar por otra cosa, por prudencia y porque tenía tiempo para esperar, pues larga es la juventud. Pero nunca lo olvidó. Ahora que el príncipe le había abierto su corazón con una sola palabra, Mornay se inclinó. Ya

no hacía falta hablar, el acuerdo estaba hecho. Con un simple gesto de la mano, Enrique le indicó el parque de La Garenne, donde se encontrarían próximamente sin testigos.

Ya les interrumpían. Sus viejos amigos, d'Aubigné y Du Bartas, hacían uso de su privilegio de interrumpir a su rey en cualquier momento. Llegaron corriendo por el patio, subieron a toda prisa las escaleras y enseguida empezaron a hablar todos a la vez. La noticia justificaba, sin embargo, su agitación. El marqués de Villars había sido destituido. El fallido asalto al castillo de su gobernador había acarreado al lugarteniente la desfavor del rey de Francia. En el lugar del destituido ocupó el mariscal Biron, quien realmente había hecho todo lo posible para merecerlo. De esta opinión era especialmente Agrippa. Lleno de feliz confianza, alababa al nuevo vicario, quien, por pura nobleza, había ejercido su influencia en la corte contra su sombrío predecesor. Du Bartas, de temperamento muy diferente, esperaba del nuevo hombre un comportamiento aún más intrigante que el del antiguo. El Consejo Privado se dividió en estas dos opiniones cuando los miembros se enteraron del asunto.

Los más sensatos, como Rosny y La Force —este último católico —, veían en Biron sobre todo a un colérico de ojos amarillos; en un arrebato de ira le había cortado de un tajo todo el hocico a un caballo, lo que no hablaba a su favor. Lavardin y Turenne, aunque de confesiones diferentes, coincidían sin embargo en que había que conceder cierta confianza al mariscal Biron. Procedía de una de las familias más distinguidas de la provincia de Guyena. Le correspondía, por derecho propio, mantener la paz en la región. Esto era lo que se podría haber creído. Pero Henri, mientras el Consejo Privado se acaloraba, leía el decreto real: sus viejos amigos se lo

habían entregado. En ella se decía que el mariscal Biron recibía el poder y la autoridad para mandar sin restricciones en toda la provincia y el país de Guyena, en ausencia del rey de Navarra. Como si yo estuviera ausente —¡por ejemplo, prisionero en el Louvre!—. Así lo entendió Henri. Sintió primero un escalofrío y luego un calor intenso. Enrolló el documento y no dejó que nadie más lo viera.

Mornay o la virtud

Índice

Muy temprano por la mañana, Mornay se dirigió al parque de La Garenne. Aún no había guardias apostados. Cuando llegara el rey, nadie podría observar su encuentro y lo que hablaran permanecería en secreto. Mornay esperaba que el rey se diera cuenta de la importancia de la ocasión y que acudiera solo. Mornay no subestimaba en absoluto su influencia, dondequiera que la ejerciera, ya fuera en Inglaterra, en Flandes, en asuntos de guerra o durante la negociación de la paz. Como tenía que esperar en el parque de La Garenne, al oír el gorjeo y el trino de los pájaros madrugadores, pensó en la gloria de Dios, que permitía que la naturaleza más inocente tocara directamente el mundo abominable; y a través de su Hijo, el Señor había unido ambas cosas, pues en sudor y sangre Jesús se había ido como nosotros, y también como nosotros había llevado en sí el canto de la tierra, solo que aún más conmovedor. Mornay escribió esto en sus tablillas, para su esposa Charlotte Arbaleste. Llevaban tres años casados, pero habían estado separados a menudo y durante mucho tiempo por los viajes del marido, por los encargos de los príncipes, para conseguirles dinero, una y otra vez dinero. Mornay se vio obligado a hacer más cálculos de deudas e intereses que discursos sobre la vida y la muerte. No obstante, estos los había redactado a petición de su prometida, cuando se habían encontrado en Sedán, en el ducado de Bouillon, un refugio para los exiliados.

Su encuentro había tenido lugar en medio de la más absoluta seriedad de la vida y la muerte, dos años después de la Noche de San Bartolomé, y cada uno de ellos solo había escapado de ella para

seguir viviendo, pobres y perseguidos, en honor a Dios. Los bienes de Charlotte habían sido confiscados, pues tanto su padre como su primer marido habían profesado la religión. Sus amigos aconsejaron entonces al joven Mornay que buscara una unión más ventajosa; él, en cambio, dijo que el dinero y los bienes eran lo último en lo que se debía pensar al contraer matrimonio: lo principal era la conducta moral, el temor de Dios y la buena reputación. Charlotte gozaba de todo ello; tenía una mente lúcida y se dedicaba a las matemáticas, un ojo seguro y pintaba. Era caritativa con los pobres e incluso temida por los grandes debido a su implacabilidad contra el mal. Por encima de todo, ponía en práctica su ardiente celo por Dios y su Iglesia. Esto, y no el dinero ni los bienes, era lo que había aportado al matrimonio. Mornay se sintió rico cuando ella le contó que su padre había visto en su día en Estrasburgo al maestro Lutero discutir con otros doctores. Ahora bien, Lutero nunca había estado en Estrasburgo: Mornay se informó al respecto. Pero si un relato de su padre se había idealizado en su memoria, entonces Charlotte debía conservar su hermoso entusiasmo, y Mornay guardó silencio. Así era su matrimonio con la hugonota.

«Me han entendido y se han levantado temprano», dijo de repente Henri, que había entrado en la glorieta sin que nadie lo viera y se sentó junto a Mornay. Preguntó de inmediato: «¿Qué le parece mi consejero privado?».

«No es lo suficientemente secreto… y es demasiado ruidoso», respondió Mornay sin pestañear, tal y como Henri le había enseñado.

«Se han dicho muchas tonterías sobre el mariscal Biron. ¿Cómo? Es mi amigo sincero. ¿Es esa su opinión?».

«¡Señor! Si fuera su amigo, el rey de Francia no lo habría nombrado. Pero ni siquiera un amigo sincero duraría mucho tiempo como su representante».

«Veo que no se sobreestima su inteligencia», dijo Henri a continuación. «Hemos tenido que aprender mucho, ¿verdad, Mornay? No lo pasó bien en el exilio».

«Y usted tampoco en el Louvre».

Ambos se quedaron con la mirada fija. En un instante se acabó; Enrique continuó: «Debo tener cuidado, la corte quiere volver a encarcelarme. ¡Lea!». Sacó el documento de ayer: Poder y autoridad para el mariscal de Biron —

«En ausencia del rey de Navarra», repitió Mornay en voz alta.

«En mi ausencia», repitió Henri, sacudiéndose un escalofrío. «¡Ni una vez más!», afirmó. «Ni doce caballos me llevarán a París».

«Volverá a pisarla como rey de Francia», le aseguró Mornay, con un gesto de la mano que ningún cortesano habría podido redondear mejor. Henri se encogió de hombros.

«Guise es demasiado poderoso con su Liga. Quiero confiarle algo: es demasiado poderoso incluso para el rey de España, hasta tal punto que don Felipe, como garantía contra Guise, me hace llegar ofertas en secreto. Quiere casarse con mi hermana Catalina, ni más ni menos. A mí me va a dar una infanta. Simplemente me va a divorciar de la reina de Navarra, en Roma, donde no hay ningún obstáculo para él».

Mornay lo miró con la mirada de quien examina su conciencia.

«¿Qué me queda?», dijo Henri abatido. «Tendré que aceptar. ¿O conoce usted alguna salida?»

«Sé cuál es», decidió Mornay, erguido con severidad, «que nunca olvide quién es usted: un príncipe francés y defensor de la religión».

«¿Entonces debería simplemente rechazar la generosa oferta del gobernante más poderoso?».

«No debe rechazarla sin más, sino comunicársela al rey de Francia».

«¡Eso es precisamente lo que he hecho!», exclamó Henri, riendo y levantándose de un salto. El rostro del hugonote se iluminó; un instante después, se abrazaban con fuerza.

«¡Mornay! Sigues siendo el de siempre. ¡El de la banda a caballo! Amabas lo extremo y la revuelta, pronunciabas discursos sobre la podredumbre y la grandeza en la púrpura de los reyes. Ni siquiera entonces fuiste imprudente y no le dijiste que no a la suerte cuando pudiste escapar de la Noche de San Bartolomé».

Le dio una palmada en el estómago, en señal de reconocimiento y alegría. «Esquivar la muerte, ahí comienza toda la diplomacia —y también el arte de la guerra—». Al mismo tiempo, lo agarró del brazo y se lo llevó con sus largas zancadas, de las que este camino del parque mide cuatro mil.

Enrique y su enviado se reunían a menudo, de madrugada y a escondidas. La verdadera razón por la que el rey quería escuchar una y otra vez el consejo del enviado permaneció desconocida, incluso si alguien los hubiera seguido en secreto. Mornay consideraba a Enrique el futuro rey de Francia, eso era todo; pero tenía más que las pruebas de la conciencia interior, las únicas que

Enrique tenía claras. Una situación mundial inconfundible apuntaba a que este reino, y precisamente este en todo Occidente, debía estar firmemente unido en manos de un príncipe de sangre real. No solo Francia: la cristiandad «anhela un príncipe». Ya no se trataba del decadente Felipe con su imperio heterogéneo, en declive como él. Tales imperios no pueden subsistir sin emprender continuamente acciones contra la libertad de las pocas naciones que aún son libres. Pero con ello solo aceleran su propio fin. Mornay prometió al hasta entonces temible Felipe, antes de su muerte, que sería vergonzosa, los más severos castigos de la mano de Dios. No lo expresó así, solo lo pensó. Con frialdad, constató que la expansión indiscriminada de un poder y su ansia de dominio serían imprudentes. Querer mantener un reino como este en la discordia interna: Mornay no lo calificó ni de impío ni de punible, aunque eso era lo que pensaba. En cambio, habló de la lógica de las cosas y de la verdad; pues la verdad solo necesita aparecer y ya vence.

En definitiva, Mornay se esforzaba por que Enrique considerara grandioso su propio futuro no solo por el sentimiento, sino con claridad y sensatez. Debía saberse aliado de la verdad, la real y la moral: una no existe sin la otra. Porque hemos sido creados por Dios como seres humanos, somos la medida de las cosas, y nada es real salvo lo que reconocemos según la ley innata. Una razón tan elevada, tan elevada y profunda como una mística, no podía sino seducir y cautivar, especialmente al príncipe, que era su propio centro. Las predicciones sobre el futuro siempre resultan tentadoras, incluso a las seis de la mañana en un parque que aún tiembla de frío; y, de no ser así, Enrique habría dormido cuatro horas más, pues por lo general sus ligeras aventuras terminaban a altas horas de la

noche. Pero acudió para escuchar lo que la razón había reconocido sobre sí mismo y sus enemigos.

Su camino hacia el trono, según oyó, debía recorrerlo, curiosamente, como aliado, incluso como salvador del último Valois, quien hasta entonces lo odiaba. Mornay, sin embargo, se atuvo aquí a la palabra «Amad a vuestros enemigos» —que, por supuesto, no puede aplicarse en todas partes, pues iría en contra de nuestra naturaleza humana. Solo hay que tener ojo para los casos en los que realmente se aplica. Henri, por su propia naturaleza, estaba totalmente dispuesto a amar a sus enemigos, ganárselos y hasta preferirlos a sus amigos. Quizás por eso ya llevaba dentro, como un presentimiento, la alianza con el último Valois y solo pensó más tarde, una vez consumado el hecho, que Mornay había sabido tan pronto cómo estaban las cosas. Henri también se enteró de la derrota de la Armada Española frente a las costas de Inglaterra de esa manera diez años antes. Cuando ocurrió, creyó sinceramente que el acontecimiento le había sido anunciado literalmente en el parque de La Garenne de Mornay. El enviado había utilizado, si cabe, la palabra «derrota», ya se refiriera a una flota o a un imperio. Pero el resplandor de su discurso se había conservado en Enrique. Porque el conocimiento es una luz y emana de la virtud. Los sinvergüenzas no saben nada.

Enrique dejó que la virtud le hablara a través de Mornay. Esto es agradable, siempre y cuando ella diga: «Eres joven y elegido por la naturaleza. Las hermosas oportunidades se encuentran con tus hermosas aptitudes, han nacido para ti. Hasta que llegue la hora de las grandes hazañas, conviértete en el señor indiscutible de esta provincia y de tu partido. Deja pasar el tiempo, aquí el cielo es

luminoso, diez años son como un día». Hasta ahí, la Virtud hablaba de forma agradable.

Sin embargo, se le ocurrió decir y entregar como memorándum que el rey de Navarra pudiera estar vestido a más tardar a las ocho de la mañana y hacer que sus clérigos recitaran la oración. Luego debía ir a su despacho y convocar allí, uno tras otro, a todos aquellos a quienes había confiado sus asuntos para que le informaran. Se acabaron las ruidosas reuniones del Consejo Privado, donde se reía, se contaban historias y se iniciaban disputas. Mornay quería que Enrique conservara a su lado solo a los consejeros virtuosos: ¿quién habría quedado, salvo él mismo? Pero Enrique, personalmente, debía dar ejemplo a su casa, y no solo a su casa, sino al reino de Navarra, y no solo a este, sino a la cristiandad. Mornay no encontraba nada censurable en el príncipe que había elegido. Cada uno debía encontrar en él lo que más anhelaba, pero nunca había experimentado: los príncipes, la fraternidad; los tribunales, el sentido de la justicia; el pueblo, la preocupación por aliviarle de sus cargas. Que el príncipe se preocupe de presentarse con dignidad, sí, con esplendor; pero, sobre todo, que no dé a nadie ocasión de calumniarlo. Ni siquiera su buena conciencia debe bastarle. Lo que siguió fue bastante delicado. Este consejero, que se tomaba en serio su título, comenzó por los modales del príncipe.

«Permítame, señor, una palabra más a sus fieles servidores. Los amores evidentes a los que dedica tanto tiempo ya no son oportunos. Hoy, señor, ha llegado la hora de que tenga un amor con toda la cristiandad y, en particular, con Francia».

«¡Como Kathrin!», pensó Henri. «Quiero exhortarte a que ames a Dios en lugar de a las mujeres»: esas fueron sus palabras. Ahora

también el otro hugonote le repetía lo mismo. No, la virtud ya no le resultaba agradable. Es cierto que había llegado demasiado pronto y exigía al joven príncipe una rectitud que, en aquel momento, no se ajustaba ni a él ni a la situación de su pequeño y asolado país. Pero este punto, casi solo este, siempre siguió siendo vulnerable en Henri. Cuando ya era el heredero reconocido de la corona de Francia, la obstinada virtud del señor de Mornay volvió a hacerse oír con las mismas recomendaciones, y de nuevo resultaron inoportunas, provocaron enfado y burla; y finalmente también callaron. La vida sigue sin avisar, la virtud renuncia, y el anciano se hunde en sí mismo a través de pasiones con las que se engaña una vez más a sí mismo con la juventud. Así será, Henri. La juventud y el amor se habrán convertido algún día en los errores de un corazón aún insatisfecho; incluso tu Mornay callará al respecto. ¡Alégrate de que hoy hable!

En cambio, se vengó de ello. En su Consejo Privado, que por cierto dejó tal y como estaba, el rey expresó en presencia del embajador Mornay: a los católicos les debía más agradecimiento que a los hugonotes. Si estos le servían, sería por interés propio o por celo por la religión. Los otros no sacaban ningún provecho de ello y, por su grandeza, perjudicaban a su propia fe. Tan injusta era la comparación que ni siquiera los señores católicos la aceptaron de buen grado. Pero Enrique olvidó incluso la piedad y la misericordia personales; en presencia de su embajador, se burló de ellos. Los de la religión se llaman cuervos, por cierto, porque visten de oscuro, graznan muchos salmos y, según se dice, están muy ávidos de botín. Cuando el rey pasó a esta evidente ofensa —lo hacía aún a escondidas en un rincón—, nadie quiso haberlo visto, y precisamente

los señores católicos encubrieron el incidente con conversaciones en voz alta. El propio Enrique desapareció de inmediato.

Afuera lloraba, por la vergüenza y la amargura que le producía su comportamiento hacia la virtud que encarnaba el hugonote Mornay. Se endureció, ya no recibía al enviado a solas, y menos aún en el parque de La Garenne a las seis de la mañana, pues no se levantaba hasta las diez. Eso no impedía que tuviera que pensar en Philippe Mornay cuando no lo veía, y lo consideraba, por encima de todos los demás de la corte, aunque en la mayoría de los casos sin beneficio alguno para ellos. Afirmaba: «Un amigo muy diferente es d'Aubigné, quien me instó a huir del Louvre». «Du Bartas es un amigo muy diferente: él me salvó la vida en aquella sórdida posada —por no hablar del añorado d'Elbeuf, que me protegió a cada paso. Pero ¿qué eran ellos? Hombres de guerra, y la valentía era algo natural, nadie le daba importancia, ni siquiera rozaba el límite más extremo de la virtud. Ahora tomemos a uno de los que están aquí cerca, el mejor del Consejo: ¿qué quedaba de ellos si se les comparaba con Mornay? Todos tenían vicios, algunos incluso feos, y por eso Henri los perdonaba con mayor gusto. La amistad y la realeza tienen el poder de borrar. Pero ninguno poseía el saber, el saber elevado y profundo del gran hugonote. La ignorancia no se puede borrar.

Agrippa, el viejo amigo, se valía de la generosidad del príncipe como nadie; su nombre era el más conocido en la Cámara de Cuentas de Pau. Una vez habló con otro noble sobre el rey, lo suficientemente alto como para que Enrique lo oyera. El otro no había prestado atención, y el propio Enrique repitió: «Dice que soy un avaro, y que nadie en la tierra rebosa tanta ingratitud como yo». Otro día le llevaron al rey un perro medio muerto de hambre; había

amado al animal y luego se había olvidado de él. En su collar estaba grabado un soneto de Agrippa; comenzaba así:

«El fiel Citron yacía en días mejores también
En tu lecho sagrado: ahora duerme sobre las piedras.
Así le va al fiel perro, aprendió como los tuyos,
Lo que es costumbre con el amigo y lo que con el ingrato».

La aplicación llegó al final:

«Vosotros, señores de la corte, que con miradas altivas
miráis de reojo
al perro hambriento, mientras deambula perseguido por las calles,
¡no esperéis otra recompensa por vuestra propia lealtad!»

Henri palideció al leer esto. La conciencia de la injusticia cometida por él mismo le invadía siempre con gran rapidez y vehemencia, aunque luego volviera a olvidarla. En cambio, encontraba más fácilmente una excusa para las faltas ajenas. Al pobre Agrippa le reconocía sus méritos, pero no la irritabilidad de su naturaleza poética. El joven Rosny amaba el dinero aún mucho más: no lo gastaba, lo acumulaba. Entretanto había heredado de su padre, era barón y poseía las propiedades allá arriba, en los confines de Normandía. Cuando Henri tuvo que pagar a sus soldados, el barón Rosny vendió un bosque, y se decidió a ello para que las afortunadas campañas del rey de Navarra multiplicaran por diez el dinero prestado. Se construyó una casa en Nérac, al otro lado del viejo puente, pues los buenos negocios requieren tiempo. Por cierto, su señor no debía ofenderlo, ni siquiera tras graves errores: entonces Rosny estallaba. No sería ni su vasallo ni su súbdito, le dijo a Henri a la cara, y que también podía marcharse —lo cual, en

realidad, ni se le pasaba por la cabeza, ya solo por la casa. Henri respondió con dureza que el camino estaba abierto para él, que él mismo encontraría mejores sirvientes —lo cual tampoco decía en serio—. Tal y como le había ido a Rosny, era uno de los mejores: incluso cuando se marchó por un tiempo a Flandes a visitar a una tía heredera, a la que, por el amor al dinero, le hizo creer que era católico.

De entre dos señoritas, eligió a la menos guapa, pero más rica, y se casó con ella. El barón fue a buscar a su joven esposa a su castillo del norte, mientras allí se cebaba la peste. La mujer estaba sentada en medio del bosque, en su carruaje cerrado, y, por miedo al contagio, no quería dejar que su marido se acercara a ella. Al barón no le importaba nada. La peste y todas las demás emboscadas, él las atravesaba con su orgullo impetuoso. Una vez superado el peligro, se quitó la armadura y se puso a hacer cuentas. Junto a su rey libró todas las batallas. Pero cuando el reino quedó reunificado, Henri tenía un gran ministro de Hacienda.

Aquí ambos son aún jóvenes y están en sus comienzos, conquistando juntos pequeñas ciudades malvadas, arriesgando la vida por una bandera y una zanja pantanosa; sin embargo, el afortunado Rosny siempre sale ganando. Cuando por fin se saquea, ¿quién gana cuatro mil táleros de golpe y, a cambio, salva a su anterior propietario, un anciano, de los crueles soldados? Henri conocía al muchacho. A él le encantaba la fama, el honor… y casi tanto el dinero. En cambio, Henri le prometió una vez a Mornay que llegarían tiempos en los que ambos serían ricos. Lo hizo a propósito, para tentarlo. Mornay se limitó a decir: «Sirvo y ya soy rico».

Con deliberada dureza, Henri respondió: «No valoro sus sacrificios, señor de Mornay. Pienso en los míos».

«No ofrecemos todo esto a los hombres, sino a Dios». Esta respuesta fue humilde y, sin embargo, una reprimenda. Henri palideció.

Poco después, su pequeña tropa fue atacada desde un bosquecillo por los jinetes del mariscal Biron, que eran más numerosos. Al rey de Navarra y a sus pocos acompañantes no les quedó más remedio que dar media vuelta y huir, perseguidos por los disparos. Cuando pudieron detenerse, se vio que al rey le habían volado la suela del zapato bajo el pie. El rey extendió el pie, que estaba completamente ileso, para que alguien le calzara otra bota. Quien lo hizo fue Mornay. Enrique no le vio el rostro; Mornay estaba encorvado y la sangre le brotaba del cuello a raudales. «¡Mornay! Está herido».

«Un pinchazo de aguja, si considero el peligro del que ha escapado Su Majestad. Le pido una recompensa, señor. ¡No vuelva a poner su vida en peligro de forma imprudente!».

Enrique se sobresaltó. Esa era la primera recompensa que Mornay pedía. Ahora también levantó el rostro, que parecía inundado de sangre y ya pálido. «Coincidíamos en cuanto a las malas intenciones del mariscal Biron, señor». Nada más; sin embargo, Enrique percibió que cuando aún me recibía a solas y en confianza en el parque de La Garenne, su corazón comenzaba a latir con fuerza. En voz baja dijo:

«Mañana, en el mismo lugar, a la misma hora».

Un secreto muy pesado

Índice

Philipp Mornay durmió poco aquella noche, y su conciencia no descansó con él. Llevaba mucho tiempo debatiéndose entre si debía revelar lo que sabía. La ocasión había llegado y el deber era ya ineludible. Mientras se encontraba momentáneamente confuso por la fiebre de la herida, se vio a sí mismo ante el rey, se oyó hablar —más rápido de lo habitual, y también mucho más irresistible—. El rey le concedió todo, incluso el malicioso rumor sobre la mujer del molinero, un asunto deshonroso y, además, peligroso. El rey bajó la frente en señal de arrepentimiento, pero la volvió a levantar, pues Mornay lo deseaba íntimamente en su delirio febril. No quería que su rey quedara avergonzado por su culpa. Menos aún estaba dispuesto a empañarle el recuerdo de la persona que más amaba. Por desgracia, era urgente hacerlo, si es que alguna vez se quería detener al rey en el camino empinado de sus pasiones. Había que mostrarle adónde conducían, pero solo uno podía hacerlo: el poseedor del grave secreto.

¡Señor! Libérame de esta obligación, suplicó el febril, cuyos pensamientos descontrolados cumplieron de inmediato su plegaria. Ya no necesitaba expresar lo que tanto le atormentaba, pues el rey ya lo sabía. Lo inexplicable había sucedido: el rey, y ya no Mornay, poseía los documentos acusatorios. Los sacó, se los dio a leer a Mornay y le aseguró que el conocimiento adquirido del secreto lo había llevado a detenerse y lo había salvado de la caída. Ahora veía, dijo el rey, que incluso una vida consagrada podía haber sido degradada por la intemperancia de la estirpe, de modo que algunos de los que estaban al corriente solo recordaban a esta difunta con

horror y compasión. ¿Qué importaba entonces que todo un pueblo venerara a su difunta reina como piadosa y pura? Yo —dijo el rey en el sueño del febril— quiero que me adviertan y me corrijan. Perdono a todos los que han seguido su naturaleza humana. Yo mismo lo hice por exceso. Esto debe terminar: lo prometo como rey.

Después de que Mornay recibiera la promesa del rey, se quedó dormido más tranquilo, pero se despertó cuando llegó la hora de ir al parque de La Garenne. Tenía la mente completamente despejada, pero al principio pensó que los dos documentos, junto con el secreto, estaban realmente en poder del rey, en lugar de en el suyo. Primero tuvo que abrir la carpeta: allí se encontraban realmente. Nada había cambiado, el rey no sabía nada, y a Mornay le esperaba aún la dura tarea.

Algo que nunca había ocurrido: se adentró en la avenida tras el rey. Enrique ya la recorría de un extremo a otro con pasos impacientes. Apenas vio al enviado, lo condujo con su propia mano hasta el banco, observó con preocupación el cráneo vendado y preguntó cómo estaba. La bala le había arrancado un pequeño trozo de cuero cabelludo, explicó Mornay. El daño era leve, apenas merecía la atención real. «Si a Su Majestad le place, hablemos de negocios».

«En efecto, no admiten demora», dijo Enrique, pero vaciló antes de empezar a hablar de sus apuros económicos. En Mornay percibió algo inusual, parecido al temor. Ha pasado una mala noche, decidió Enrique, y habló de sus campesinos, a quienes sin duda debía aliviar en los impuestos. ¿Cómo compensar la pérdida? Exclamó, aparentemente en broma, aunque en el fondo lo decía en serio: «¡Ojalá pudiera hacer como la difunta reina, mi madre! Ella se

castigaba por la más mínima falta. Pagaba cien libras a la Cámara de Cuentas si se había olvidado de rezar. ¡Mis penitencias serían algo más cuantiosas que las de mi querida madre!».

Entonces Mornay venció su temor. Había sido temor a los hombres; la confianza en Dios lo desplazó. Se levantó, y Enrique lo miró con curiosidad.

«La difunta reina», dijo Mornay, claro y tranquilo como siempre, «era severa consigo misma en todo, y sin embargo, en una cosa no. Su Majestad contrajo en secreto un matrimonio ilícito con el conde Goyon, que fue asesinado en la Noche de San Bartolomé. La reina contrajo matrimonio sin la bendición de la Iglesia, y tampoco se le concedió a posteriori, ya que no quiso confesar públicamente el error cometido. Tenía cuarenta y tres años; el rey, su padre, llevaba nueve años muerto. Tuvo un hijo del señor de Goyon».

En ese momento, Henri se irguió de un salto. «¡Un hijo! ¡Qué cuentos de hadas son estos!».

«En los libros de su cámara de cuentas, señor, no hay cuentos de hadas. Allí figuran setenta y cinco libras para la manutención de un niño, llamado François Goyon, al que la reina internó el veintitrés de mayo de 1572».

«En aquel entonces ella había viajado a París —quería casarme— y murió». Enrique balbuceó, las lágrimas le brotaron de los ojos. Durante un instante, Juana se vio aún más agrandada por destinos acumulados —inesperados, no inmediatamente comprensibles—. A su hijo se le mareó. El pensamiento se desvaneció. De repente, el orgullo del hijo se transformó en humillación. «¡Es mentira!»,

exclamó, y se le quebró la voz. «¡Falsedad! ¡Calumnia contra una mujer que no puede defenderse!».

Como respuesta, Mornay le tendió dos documentos. «¡¿Qué es esto?!», exclamó Henri de inmediato. «¿Quién se atreve aquí a presentar una acusación por escrito?». Vio las firmas, la del ginebrino de Bèze; luego leyó algunas frases y, finalmente, se rindió ante la verdad abrumadora. Los distinguidos miembros del consistorio certificaban, en nombre de la Iglesia reformada, que el matrimonio se había contraído de forma viciada. Las dos partes se habían prometido el uno al otro ante dos o tres testigos: un matrimonio de conciencia, como se solía decir, pero en realidad un matrimonio contra la conciencia. No se habían respetado las buenas costumbres, el matrimonio se había consumado sin el conocimiento ni la aprobación de la Iglesia; es más, se había hecho caso omiso del deseo y el consejo urgentes de la Iglesia. Los pastores habían exigido, en nombre del Señor, que hasta la regularización pública los cónyuges no se vieran, o si fuera necesario, solo en raras ocasiones y durante dos o tres días como máximo: incluso así, no hacían más que alimentar el escándalo, que, sin embargo, habría de eliminarse necesariamente si querían escapar de la ira de Dios. Si no lo hacían, las partes merecían legítimamente ser excluidas de inmediato de la comunión.

Así estaba escrito. A la reina Juana se le había amenazado con el castigo más severo de la misma religión a la que lo había entregado todo: la paz, la felicidad, sus fuerzas y también su vida. ¿Por qué? «Si el mal se extendiera, lo que Dios no permita, la Iglesia también deberá recurrir a medidas extremas. Tal gran escándalo es intolerable para la Iglesia del Señor». A continuación venían todas

las firmas, y por supuesto eran auténticas. Una simple consulta habría bastado para comprobarlo. Pero el hijo de la reprendada Juana no tenía ganas de conceder a los pastores el honor de una investigación. Habían actuado por consideraciones mundanas, y en modo alguno autorizados por Dios el Señor: esa fue su impresión, la recibió de inmediato y la conservó para siempre. Las palabras de estos clérigos eran: buenas costumbres, escándalo y orden público; palabras que no proclamaban nada del Espíritu. Más bien, todos ellos solo reivindicaban el privilegio de quienes conviven de observarse y espiarse mutuamente, de juzgarse y absolverse unos a otros, pero, en cualquier caso, de otorgar a una colectividad tiránica el poder sobre nuestra persona. «No se nos permite amar sin supervisión», pensó indignado el hijo de la reprimida Jeanne. «¡El consuelo es que tampoco podemos morir sin mucho alboroto y participación general!». No se le notó nada en el rostro: había aprendido su discreción —en el Palacio del Louvre—, y allí creía estar de nuevo. El aire de la libertad ya no soplaba desde que supo que su querida madre había sido castigada aquí, en su propio país, por amar. Sin más, devolvió los documentos. «¡Quédese con esto! O llévelo al lugar de donde lo ha sacado».

Mornay dijo: «Los documentos estaban en manos del pastor Merlin, quien asistió a nuestra venerada reina en su hora difícil. La difunta le había encargado que me los entregara para que sus hijos no los leyeran».

«Ahora ya los he leído», respondió Henri simplemente.

Mornay respiró con dificultad, y luego se oyó una voz que sonaba forzada por el esfuerzo de contenerse. «La reina le había confesado a su capellán que ya no podía mantener la abstinencia, tras lo cual él

la unió en secreto con el conde Goyon. Sabía que no era una boda, pero se compadeció de ella».

«¡Mornay!», exclamó Henri, también él exhausto. El resto fue un murmullo sin tono, procedente de un interior desgarrado. «Usted es un cuervo... con cofia blanca. Su vendaje y su herida le protegen de mí, lo sabe. Estoy indefenso ante alguien que ayer se dejó disparar por mí: usted se aprovecha de eso. Tengo que escuchar que mi madre estaba poseída por la lujuria, como lo estoy yo, y que también seguiré sus pasos. Eso es lo que ha decidido usted en caso de que no le obedezca. ¡Desgraciado!», gritó de repente, dio media vuelta y se alejó a zancadas. Tenía la cabeza gacha y las lágrimas le caían al suelo.

A esto le siguieron días en los que ninguno de los dos supo nada del otro. El rey cabalgó hacia una pequeña ciudad malvada, pero no se llevó al enviado. Entre sus combates y fatigas, que debían hacerle olvidar el tormento secreto, Henri se vio, sin embargo, asaltado por pensamientos. Ella tenía cuarenta y tres años y aún no soportaba la abstinencia. El hijo de la reina Juana pedía una bala. Su alegre hijo pedía, en medio del tiroteo, una bala para acortar el tiempo en el que aún tendría que humillarse como su madre. Cuando salió ileso del tiroteo, se alegró, rió y, para sí mismo, bromeó sobre su piadosa madre, que, sin embargo, también había tenido su parte de lo bueno.

Siempre necesitaba movimiento, pues al quedarse quieto descubría lo peor; curiosamente, hasta entonces nunca había observado esos indicios. El pueblo se contaba cómo había procedido la reina Juana con quienes se le oponían: convertirse al protestantismo o desaparecer en su castillo de Pau, que tenía

mazmorras, y Enrique las conocía. Justo al lado se había celebrado un banquete. Su madre actuaba con crueldad en nombre de la religión; pero como estaba decidida a todo para mantener en secreto su matrimonio, probablemente también había hecho uso de las mazmorras para callar a los cómplices. Por eso ahora adquiría un nuevo rostro para su hijo, en el que seguía viviendo. Recordó cómo una vez había presentido su rostro de muerte, completamente transformado, el día en que su último emisario le trajo su último mensaje. Siguen viviendo: los muertos solo se transforman. Nos acompañan, por muy rápido que cabalgemos, y de repente nos muestran un nuevo rostro: ¿me reconoces? ¡Sí, madre!

Se dio cuenta de que ella se había hecho más grande. Ese había sido su primer pensamiento en el momento en que tuvo conocimiento de su matrimonio secreto. El pensamiento había adquirido ahora una forma concreta. Jeanne se había hecho realmente más grande a través de destinos acumulados; pero por lo demás, como siempre, piadosa, valiente y pura. También había muerto por todo ello, incluida su tardía pasión. La muerte es buena, pues nos confirma. «¡Señor de Goyon, usted vive!». Así había exclamado Henri en su día en el gran salón del Louvre, tras la Noche de San Bartolomé, al volver a ver por primera vez a los asesinos. En un arrebato de rabia impotente, se dirigió entonces a los muertos como si estuvieran presentes. «Señor de Goyon, ¡usted vive!» —y este ya no vivía, no estaba en la gran sala, yacía en la fuente, como presa de los cuervos. Hoy mismo había resucitado, en presencia de una mujer a la que había conocido.

Mientras tanto, a Mornay tampoco le iba siempre bien. Se arrepentía de haber causado dolor a su rey; incluso dudaba a

posteriori de la utilidad de ello. El asunto deshonroso y peligroso del molino, se enteró de que continuaba; pero precisamente ese había sido el último impulso cuando Mornay reveló su pesado secreto. También le preocupaba que el rey estuviera ahora al corriente de la existencia de un hermano al que, sin embargo, no podía reconocer: habría ido en contra de la religiosidad práctica y habría sido un desorden. Con esta visión de las cosas, Mornay se reprochaba haber despertado al conde de Goyon. Henri, por el contrario, se sentía inclinado a agradecérselo. Conmovidos, aunque por sentimientos diferentes, un día volvieron a abrazarse —de repente y sin palabras, que solo habrían hecho daño—.

El molino

Índice

Henri, sin embargo, cabalga hacia su molino. Cuántas veces recorre este camino sin compañía, a lo largo del río Garona, pasando por una antigua ciudad, y ahora se ha desviado. Roza las ramas, y sus cascos se hunden en el follaje marchito. Se detiene al borde del bosquecillo y mira hacia su molino, allá arriba en la colina azotada por el viento, para ver si ve al molinero. Sería muy deseable que el hombre se hubiera marchado con su carro. Henri ansía estar a solas con la mujer. Por lo demás, tiene derecho a venir cuando le plazca. El molinero de Barbaste, ese es él mismo, como todo el mundo sabe. Su arrendatario no delata nada de ser un listillo; sin embargo, ese patán grosero se ha instalado aquí con una joven y guapa mujer. Conoce a su señor y le debe el alquiler. A cambio tiene a la joven y guapa mujer, a la que, sin embargo, el señor no debe tocar. El tipo es celoso como un turco.

El molinero de Barbaste vive en el folclore popular. Las personas mayores y bondadosas creen de verdad que él mismo, con sus propias manos, hace girar las aspas y recoge la harina que cae del rodillo giratorio. En realidad, él aún no ha atado ni un solo saco: eso lo hace el arrendatario, y con la mujer hace exactamente lo mismo. El señor y el marido se entienden de maravilla; cada uno sabe lo que quiere el otro, cada uno se cuida y está atento. Así es como se han acercado el uno al otro. Cada vez que el señor se detiene, el arrendatario le obliga a quedarse a comer. No es la mujer la que tiene la osadía, solo el hombre. Es consciente de su ventaja, un hombre fornido, dueño de la codiciada mujer, y aún no ha puesto a

prueba lo suficiente su superioridad. ¡Que caiga en la trampa el señor!

Hoy, Henri espera largo rato al borde del bosquecillo, donde la sombra lo cubre; desde el molino no pueden verlo. Este hace girar con fuerza sus aspas, pero en la trampilla nunca aparece el ancho rostro blanco del hombre que suele vigilar los alrededores. ¡La mujer! Asoma la cabeza, mira hacia aquí, parpadea, no ve nada, pero su expresión parece a la vez astuta y temerosa. ¿Qué significará eso? Da igual, la harina sobre la piel le sienta bien a sus ojos oscuros, y es de complexión delgada. «¡Madelon!». Puede llamar a su nombre con confianza, el espacio que los separa es grande, las aspas del molino traquetean; ella no lo oye. Solo ahora se asusta, porque su caballo ha relinchado; y antes de retroceder, hace una señal hacia el borde del bosque, que puede significar: ¡Ven! Estoy sola.

Henri ata a su animal, cruza y rodea la colina, por si el arrendatario no aparece por ningún lado. Por fin entra. La gran sala de molienda se extiende ante él, con sacos apilados en dos de las paredes; en la tercera, el rodillo trabaja en su caja; por la cuarta, silba el viento. La molinera se da la vuelta rápidamente cuando la puerta se cierra de golpe por la corriente de aire: ha echado grano en el rodillo o finge haberlo hecho: el paño que le cubre el pecho se le ha deslizado, y los montículos de carne clara se levantan y bajan apresuradamente con la respiración de la sorprendida. «¡Mi señor!», dice ella, doblando una rodilla y recogiendo con recato la falda. No es una campesina, conoce la ironía y se expresa en lengua culta en cuanto aparece Henri; tampoco hay quien la haga hablar de forma

más vulgar. Esa es una de las artimañas con las que lo mantiene a raya.

«Madelon», dice Henri lleno de alegría e impaciencia. «Tu vigilante se ha quedado dormido en una taberna. Tenemos tiempo. Quiero atarte el pañuelo». En lugar de eso, le desabrochó hábilmente el vestido. Ella no se resistió, pero repitió: «Tenemos tiempo. ¿Para qué tanta prisa, mi señor? Cuando haya tenido lo que quiere, se irá, y yo me pasaré el día llorando por usted. Me gusta tanto su compañía… porque habla bien», añadió, y en sus ojos estrechos, aunque la expresión seguía siendo reverente, se acumulaba más burla que la que jamás hubiera mostrado una mariscala. En ese momento, Henri admiraba a toda la familia; por eso no prestó atención alguna a lo que ella hacía. Ella, sin embargo, colocó dos sacos de harina debajo de los apilados, lo que formaba un asiento cómodo y, si se quería, un lecho. Se sentó en él, le hizo señas para que se acercara y, precisamente con eso, se convirtió en la dueña de la situación.

—Amigo mío —dijo ella—, ahora podríamos ponernos de inmediato a amarnos; pero esa es una ocupación en la que no estoy dispuesta a que me interrumpan. A esta hora del día es casi inevitable que entren clientes. En cuanto a la taberna, puede que alguien se haya quedado dormido allí; pero no está a más de mil pasos de aquí, y más de uno se despierta de repente. Todo esto lo dijo la bella molinera con un tono alto y pausado, sin rastro de confusión, aunque él se esforzaba con éxito por quitarle la falda. Parecía que aquello no le sucedía a ella en absoluto. Ella se dedicaba únicamente a sus consideraciones previsoras, le rodeó el hombro

con su brazo redondeado para que él la escuchara mejor y fue al grano.

«Quiero que pronto estemos solos juntos desde la mañana hasta la noche y nos concedamos todo el amor y el bien, sin que se entrometan extraños ni que un intruso nos estropee los momentos más agradables. ¿No estás de acuerdo conmigo, querido amigo?».

«Por lo que he entendido de tu sermón», soltó él, intentando derribarla y sin darse cuenta de que el brazo de ella, que lo rodeaba con ternura, le servía también de apoyo. Al ver que no podía llevar a cabo su propósito, se rió y entró en materia. «Tu marido debe ser apartado del camino por un día. ¿Qué me dices, guapa Madelon? Si esa es tu intención, ¡ponla en práctica! Eres la única que puede hacerlo».

«Precisamente no, señor. Más bien tú eres el único». Tras lo cual ella tuvo que explicarle cómo había que hacerlo. «Solo sus cargos, señor, pueden retener a un molinero todo el día».

«¿Te refieres a encerrarlo?».

No, no se refería a eso. Había que redactar documentos, debatirlos a fondo, hacer que los escribanos los redactaran varias veces y, al atardecer, que finalmente las ambas partes los firmaran. ¿Ambas partes? Pues sí, una de las partes era Michaud, el arrendatario de este molino. «¿La otra parte?». La mujer dejó pasar un rato, mientras observaba con ojos entrecerrados a su joven rey para ver si era capaz de adivinarlo. «Los hombres son tan tontos cuando tienen otra cosa en la cabeza», pensó Madelon. «Usted mismo, señor, es la otra parte», le reveló, bajando el tono y asintiendo con dulzura, ambas cosas por compasión hacia su estado

mental. «Su notario redactará los documentos más importantes en su lugar, mientras nosotros dos aquí somos felices con todas nuestras fuerzas».

Al pronunciar las últimas palabras, volvió a alzar la voz y le dio un tono de dichosa expectación, aunque esa dicha encajaba algo de silenciosa burla. Por eso, de repente lo comprendió todo: le iban a robar. Los documentos en cuestión no podían contener otra cosa que la cesión de su derecho de propiedad sobre el molino a su honrado marido. Ese iba a ser el precio; a cambio, la mujer lo amaría de verdad; Michaud esperaba en vano salir indemne de aquel trato. «Porque lo quieren todo», pensó Henri, «el molino, el amor, pero sobre todo la victoria —sobre ambos hombres».

«Lo he entendido», se limitó a decir; y en ese momento no le pedía a Madelon nada más que lo que ella ya le había dado por sí misma: la astucia de las mujeres, tan ingeniosa que promete su arte, la flexibilidad y la implacabilidad de sus dulces corazones.

Al instante siguiente pensó: «Ladrona, eso no te va a salir bien», y de hecho la derribó. Inmediatamente ella gritó: «¡Michaud!». Uno de los sacos apilados salió disparado, el arrendatario se arrastró por el hueco y cayó torpemente sobre Henri. Deshacerse de la carga exigió a Henri una agilidad, verdaderamente no menor que la de la mujer, ya que ella había querido tenerlo en sus manos. En realidad, ella lo admiraba como experta y abandonó a su marido a su suerte.

Como el señor ya se había puesto de pie y se había alejado, el patán se agachó y quiso embestirle con su cabeza gorda en el estómago. El patán fue derribado, y Henri gritó con tono de mando: «¡Michaud!», lo cual ya no sirvió de nada. La cabeza se le había hinchado y ennegrecido, y el patán estaba a punto de sufrir una

hemorragia cerebral. Se levantó del suelo agarrándose al brazo del señor, y siguió aferrándose a él, pero Henri no opuso resistencia. Si tan solo el hombre se calmara y el asunto no se convirtiera en un escándalo. Por eso, Henri se dejó llevar adonde Michaud quisiera. Este tropezaba a su alrededor cegado por la ira, o tal vez la ira fuera más calculada de lo que Henri pensaba, pues de repente llegaron a la profunda caja en la que giraba el tornillo molinero. En el último paso, Henri comprendió el plan; con el pie derribó al arrendatario, de lo contrario ya habría sido demasiado tarde. El arrendatario lo habría arrojado sobre el pozo, y su mano y su brazo habrían quedado atrapados por el tornillo de hierro.

El horror es ingenioso en su expresión. El arrendatario Michaud se revuelca por el suelo, lanzando débiles gemidos; uno cree oír burros a lo lejos. Entre tanto, gira el cuello para convencerse una vez más de que al rey no le ha pasado nada, tras lo cual continúa revolcándose y aullando. Madelon, más blanca que la harina, sacudiendo la cabeza como una anciana, está arrodillada; quiere juntar las manos levantadas y no lo consigue, le tiemblan demasiado.

Empapado de frío, pero riendo a carcajadas, Henri deja a estos dos, se aleja, corre, ríe, se sacude la harina, se sacude la aventura. Hay cosas que deben permanecer en la memoria tan confusas y repentinas como sucedieron: especialmente las embestidas enemigas en la guerra y en el amor. Uno ha salido de allí sin gran honor, pero con el mero susto, se monta y deja que el caballo corra. Hay una cantidad terrible de molinos en el país, y molineras sin fin. Este molino no volverá a verme tan pronto. ¿Y si alguna vez pasara por aquí?

Transformación. El molinero Michaud recibe en su mesa al rey, un rey envejecido, de barba gris y sombrero de plumas. Le precede la leyenda de sus innumerables luchas por este reino. Con él han entrado todas sus legendarias amores en este pueblo. Cinco personas rodean la mesa, un gran cuenco de barro alimenta a todos, tienen pan cortado y vino en jarras. Es de noche, y en el molino, donde corre el aire, muchas llamas parpadean sobre sus cabezas, saliendo de los picos de la lámpara. Detrás hay oscuridad, la luz cae hacia delante, sobre el pecho: suave e insistente, destaca a las personas de la noche.

El rey, apoyado ligeramente en la mesa, sostiene su copa en la mano. Cuatro de los personajes sostienen copas, solo la molinera no. Inclinada hacia delante, se aferra, ya no tan joven y absorta, a su rey, que sueña despierto con lo desconocido. Pero está a solas con ella en las dos esquinas delanteras de la mesa. Más atrás, en un espacio aparte: dos jóvenes, la hija y el mozo del molinero, chocan sus copas, y sus ojos se pierden el uno en el otro con devoción. El último en levantar su copa es el molinero, que agita su sombrero y canta: la canción del rey galante. Michaud tiene el cabello canoso, mira con fidelidad a su rey, le acompaña cantando alegremente, sabiendo con certeza que el rey ama al pueblo y a todas las hijas del pueblo.

La canción hace que el amor vuelva a estar presente para los jóvenes, pero a los dos ancianos les embellece dolorosamente sus recuerdos. El rey, con la oreja medio inclinada, sonríe como quien sabe que lo mejor ya ha pasado. Madelon de antaño, solo tú lo entiendes. ¿Acaso fue hermoso y alegre aquello, a pesar de las artimañas y las emboscadas? Vosotras dos debéis saberlo. Fleurette,

en cualquier caso, pura mañana, rocío y flor, más tarde no reconoció su querido corazón; también ella ya se ha ido hace tiempo.

El enemigo

Índice

El asunto del molino se difundió por todo el país tan ampliamente como antes la historia del baile en Agen. El gobernador había visto entonces en su adjunto al autor de los rumores y volvió a hacerlo. Biron, sin embargo, superó a su predecesor. Era de suponer que la molinera había guardado silencio. Su marido podría haber bebido y haberse delatado; lo único curioso era hasta qué punto se había aprovechado su confesión. Compareció ante un tribunal, y la vista se celebró en Agen, la misma ciudad que ya había vivido el primer escándalo. Al gobernador le hubiera gustado impedir que el tribunal interrogara al arrendatario; sin embargo, se cerraron las puertas ante sus hombres y los defensores tomaron posiciones en la muralla.

El mariscal Biron no se encontraba ese día en Agen: no cometía una acción tan descarada. Siempre evitaba precisamente la ciudad que cerraba la puerta al gobernador, y esas ciudades eran cada vez más numerosas. No dio órdenes demostrables. Henri también podría haberlo acusado gravemente por el ataque armado que le había costado a él mismo la suela de un zapato y al señor de Mornay un trozo de cuero cabelludo junto con el pelo. El mariscal Biron conocía todas las intrigas, pero sabía mantenerse en la penumbra en lo que a su persona se refería: algo que parece inusual en un hombre irascible. Leía mucho; tal vez los libros lo hicieron astuto, aunque otros suelen permanecer inocentes tras la lectura. El hecho era que le había dado mala fama al gobernador, y no solo en lo que respecta a las mujeres. Se decía que, aunque Henri seducía a las mujeres, a los hombres les quitaba la vida. Muchos nobles ya no confiaban en él, entre ellos aquellos a quienes Henri había salvado sus

propiedades y sus vidas de los incendiarios asesinos. Es fácil negar la justicia a un hombre de costumbres desenfrenadas, por mucho que el gobernador se hubiera esforzado precisamente por ella en el país.

Henri tuvo que ver cómo su honor se desvanecía; en verdad, esto no afectaba solo al héroe de galantes aventuras, sino al administrador y al hombre de guerra. Un poco más, y habría quedado reducido a un príncipe sin prestigio, sin autoridad, un nombre y un título vacíos: Biron habría tenido todo el poder para sí solo. En la provincia de Guyena ya le pertenecía; Enrique aún no había logrado entrar en Burdeos. El vicerrey, con su superioridad numérica de jinetes y mercenarios, se atrevía incluso a ciertas incursiones en el reino de Navarra. Por entonces, Enrique se encontraba en su castillo de Nérac como un animal acorralado. Ya ni siquiera convocaba a su Consejo Privado, por temor a revelar una ira demasiado grande y, con ello, también su debilidad. Los viejos amigos le prestaban aquí sus mejores servicios; al menos ante ellos se permitía Henri mostrarse y confiarse: incluso la ira impotente, los planes vanos de venganza. Sí, ante ellos se permitía las lágrimas de un desesperado.

Una noche determinada, cada uno se comportó según su naturaleza. Du Bartas refunfuñaba sombrío e impreciso; Agrippa d'Aubigné recomendaba simplemente reanudar la guerra contra la corte de Francia. De todos modos, no cabía duda de que Biron solo actuaba porque encontraba apoyo en la corte. No en vano había enviado el rey de Francia a sus emisarios para que Enrique volviera a ser católico. Aún más clara era la exigencia de que viajara a la corte para ir a buscar él mismo a la reina de Navarra. «¡Señor! Mi intuición

me dice que no volveríamos a verle por estos lares en mucho tiempo». Agrippa planteó esto de manera sumamente eficaz; en sus pocas palabras resurgieron todos los antiguos peligros del Louvre, y Madame Catherine se inclinó sobre su bastón con el rostro marcado por la fatalidad. Esos recuerdos sumaban el horror a la indignación, y Enrique habría llegado al extremo de ordenar la partida. Al frente de sus tropas se habría puesto en marcha contra su lugarteniente. Ya en el camino se habría suspendido la empresa, porque Enrique habría recuperado entretanto su sentido común. Se le ahorró dar ese paso en falso, aunque Du Bartas le aconsejaba desde lo más profundo de su alma, ante la ceguera y la maldad de los hombres. Pero entonces intervino Philipp Mornay:

«¡Señor! Tenéis un enemigo: se llama mariscal Biron. No preguntéis a quién obedece o a quién pretende servir. ¿Por qué iba a incitar al rey de Francia contra vos, si no es como lo hacen aquí estos pequeños terratenientes? Os calumnia. Os calumnia ante campesinos y reyes, pues quiere expulsaros de su provincia y ser el único señor en ella. ¡Señor, tiene ante sus ojos el reino! Un Biron no ve más allá de su provincia. ¡Aquí lo atrapa, aquí lo derrota con sus propias armas!».

«Quiero ridiculizarlo», exclamó Enrique. «¡Cómo se me ocurrió ir a la guerra contra él!».

Llevó a Mornay del brazo hasta el pasillo abierto y repitió, mientras daba sus grandes y rápidos pasos: «Una vez más tengo un enemigo». Al hacerlo, pensaba en Madame Catherine, su anterior enemiga. Mornay explicó:

«Inevitablemente nos encontramos con el enemigo que envía el cielo, y siempre es el que necesitamos en ese momento». Eso es lo

que dicen los amigos siempre; pero no mejora nada.

«¡Un enemigo estupendo!», exclamó Henri. «¡Le corta el hocico a su propio caballo! Por cierto, cojea».

Mornay dijo: «No solo es astuto, sino también curioso; siempre va por ahí con su tablilla y anota lo que oye».

«Cojea», dice Henri, «y bebe. También tiene el hígado enfermo, se le ven los huesos en la cara. Los niños huyen cuando por casualidad los mira con sus ojos duros. Da miedo a los niños, y es un anciano de al menos cincuenta años. Mornay, el cielo me ha perjudicado con el enemigo, me habría merecido uno mejor».

«Demos gracias», respondió Mornay, tras lo cual se despidieron.

Inmediatamente, el gobernador inició una extraña guerra contra su adjunto. Dondequiera que este fuera, se contaban las botellas vacías en sus comidas, pero sobre todo las que vaciaba entre una comida y otra. El gobernador se encargó de ello y se esforzó por informar a fondo al país sobre el vino del mariscal Biron. Pronto la gente añadió por su cuenta que el mariscal se había quedado a pasar la noche en una taberna al borde del camino, porque en su estado ya no podía llegar a la ciudad. A raíz de que se dieran a conocer tales detalles vergonzosos, Biron se ganó primero la antipatía de la juventud noble; pues esta ya no bebía en exceso, era solo una costumbre de generaciones anteriores. Los jóvenes hacían como Henri: en sus dos comidas, se tomaban el último trago más grande. Cuando Henri visitaba una casa de labranza, se servía la taza directamente del barril con sus propias manos; pero no lo hacía simplemente por sed, sino por su cercanía al pueblo. La gente pobre nunca lo veía aturdido por el vino, y deducían de ello que aguantaba

más que ellos, aunque se pasaran todo el día pensando solo en beber. Por eso le perdonaron más fácilmente que una de sus hijas se quedara embarazada.

La juventud noble tendía a la lujuria desde que había pasado de moda la borrachera, y creía así dedicarse a placeres más nobles que los de la bebida. Decían que, aunque ambos se llamaran vicios, en uno de ellos participaba también el espíritu, requería inteligencia y exigía valor. La borrachera sería el más vil de los vicios, sería por completo solo carnal, terrenal; la razón se desmoronaría con ella y también otras facultades dejarían de funcionar. Biron solo condena en el gobernador aquello que él mismo ya no es capaz de hacer. ¡Pero aquello en lo que se destaca, eso lo cuentan como un honor, a lo sumo, sus jinetes alemanes!

Biron, con su tablilla, tomaba nota de tales discursos y respondía en los castillos que su centuria habría sido tan casta como él, que él mismo habría contraído matrimonio con pureza; y, aunque fuera después de la comida, reforzaba su discurso caminando sobre las manos alrededor de la mesa. Quien mirara de cerca, se daría cuenta incluso de que no usaba las manos, sino solo sus dos pulgares. Pero no se basaba únicamente en su fuerza bien conservada, sino más aún en las palabras de Platón. Pues este sabio griego prohibió el vino a los niños menores de dieciocho años, y antes de los cuarenta nadie debe emborracharse. Después lo perdonaba y opinaba que Dios Dioniso devolvía a los hombres que envejecían la alegría y la dulzura de antaño, de modo que se atrevían de nuevo a bailar. De hecho, el mariscal Biron invitó a la ama de casa a bailar, lo que no le impidió abandonar el castillo poco después en medio de terribles arrebatos de ira.

Henri, que se enteró de todo, habría sentido en realidad compasión por aquel hombre singular. Para él era natural pensar en el enemigo hasta rozar el amor. Pero esa no era la opinión del enemigo. El mariscal no respondió a los intentos de amabilidad del gobernador con rudeza, sino con insinuaciones. Para ganarse al anciano, si era posible, Henri le envió hermosos libros que él mismo había mandado imprimir. Su impresor, Louis Rabier, conocía las últimas mejoras del arte. En contra de la voluntad de la ciudad de Montauban, a la que Rabier estaba obligado, el gobernador lo había puesto a su servicio, le había dado una casa y quinientas libras; a cambio, el maestro le imprimió a Plutarco, que es el antiguo manual de los caracteres fortificados. A la mariscal, Enrique le envió los discursos de Cicerón: un gran y magnífico volumen, con el escudo de Navarra estampado en oro sobre el cuero.

El mariscal no creía que algo tan raro y precioso le estuviera destinado como regalo; o fingió no creerlo. Más bien, mandó devolver el libro con un cortés agradecimiento. Cuando Henri lo abrió, encontró un pasaje subrayado: solo uno. Está traducido de Platón y dice: «Difficillimum autem est, in omni conquisitione rationis, exordium», lo que simplemente significa: «Todo comienzo es difícil». Pero viniendo de un enemigo que no era precisamente un novato, también podía significar: «¡Maldito novato!».

Henri, que no es perezoso, hace que le envuelvan otro de sus hermosos libros, un tratado sobre cirugía; también en este hay algo subrayado, una cita del poeta Lucrecio. En versos latinos se dice:

«Inaperciblemente disminuyen las fuerzas,
deben agotarse nuestros jugos,
siempre vamos cuesta abajo».

Leído esto, Biron pierde de inmediato tanto el juicio como la cordura. Con el siguiente, le envía al gobernador algo del poeta Marcial sobre el vello corporal. Él mismo tenía la piel desnuda y amarillenta de un enfermo de bilis: ¿a quién quería, pues, ofender con la mención de las extremidades ásperas? Henri comprendió que no había nada que hacer con el enemigo: había que luchar. A través de otro libro le hizo llegar otro mensaje, cuyo autor era el poeta Juvenal: Nec facilis victoria de madidis …

«Aunque se hundieran en el vino
Y solo balbucearan o se tambalearan,
¡No creas que los has vencido!»

Seguía siendo un homenaje y, en realidad, un último intento de llegar a un acuerdo con el representante. Si ellos, uno como el otro, hablaban en serio, le hizo saber el gobernador, entonces tendrían que demostrarlo mediante la unidad con la que ambos servían aquí, en la provincia de Guyena, al rey de Francia. Como respuesta, el mariscal Biron se encerró en Burdeos y la fortificó. Hizo correr la voz de que quería capturar al rey de Navarra a la primera oportunidad y enviarlo a París, pues allí lo esperaban con urgencia, ¡pero sobre todo Madame Catherine se consumía por su querido yerno! Esto es algo que Biron debería haberse guardado para sí mismo. Enrique calificó a su enemigo de glorioso y nada más, pero, aun así, hizo que persiguieran a sus mensajeros por todo el país; por los caminos más recónditos, ninguno habría logrado pasar.

Varios fueron interceptados sucesivamente. Uno no llevaba consigo más que el informe sobre el concurso de poetas latinos que había tenido lugar; este se presentaba como un delito de Estado felizmente descubierto. Los versos iban dirigidos, sin duda, contra el

mariscal, por su lealtad al rey de Francia; se afirmaba, sin embargo, que admitían una doble interpretación. «Siempre vamos cuesta abajo», se refería según esto tanto a la corte como al rey y su casa.

Al mensajero, que solo debía transmitir la interpretación crítica, le siguió, con varias horas de diferencia, un segundo: su encargo era ya más claro. Ya no se hablaba allí de errores de estilo, sino de atracos en la carretera, violaciones, incendios y asesinatos, todo lo cual, según el mensaje, iba a cargo del rey de Navarra. Este arruinaba toda una provincia del reino para poder apropiarse mejor de ella. Así escribía Biron, quien en realidad cometía él mismo todos los actos de violencia; y cuando Enrique lo leyó, también consideró las propias intenciones de su representante en Guyena de manera decididamente diferente a como lo había hecho antes. Miró al hombre con ojos más severos. Ya no es momento de bromear. Hay que actuar, golpear de tal manera que el representante salga con un susto saludable. Quizás eso lo mantenga tranquilo por un tiempo. «Cuando haya pasado, volveremos a reír».

A estas palabras de su señor, Agrippa d'Aubigné respondió: «¿Y por qué no incluso durante la ejecución? En mí se agita un pensamiento aún inefable», dijo en voz baja. Enrique pensó para sí mismo que el enemigo no sería lo suficientemente cómico mientras tramara emboscadas desde una fortaleza bien defendida. Precisamente ese mismo día interceptó a otro mensajero del mariscal, y ese fue el decisivo. Este mensaje prometía verdaderamente a la reina madre la captura del rey de Navarra. A cambio de su entrega, el mariscal Biron exigía como precio y posesión personal toda una serie de ciudades, tanto en la provincia de Guyenne como en el país de Béarn.

Enrique estaba bastante asustado. Estaba sentado al borde de una zanja, el cielo se había ensombrecido, la zona y su refugio natal ya no ofrecían ninguna seguridad, su enemigo iba muy en serio. No es grave tener un enemigo y conocerlo: uno cabalga hacia él y lo derrota, el miedo inicial pronto se supera. Lo malo es descubrir sus secretos y encontrarse de repente, cara a cara, con el aliento de un abismo que no se había intuido. Ahora la grieta expulsa las malas vapores. Uno se las traga y siente ganas de vaciarse por la garganta. «Biron saquea mis ciudades», repitió el joven rey al borde de la zanja.

Al levantar la vista, Henri se encontró con la mirada del mensajero cautivo: este estaba ante él con los pies atados. «Tú eres hugonote», dijo Henri. El hombre respondió: «El mariscal Biron no me considera como tal».

Henri lo observó con atención; al fin, le dio la mano, con la palma hacia arriba, como quien no tiene otra opción. «Estás dispuesto y dispuesto a traicionar a tu señor por mí en nombre de la religión. Debes llevarle un mensaje, y él debe creer que regresas de París. En realidad, hasta el día en que pudieras regresar, yacerás en el calabozo de mi castillo de Nérac, donde te irá mal».

Esto no desanimó en absoluto al muchacho; incluso soportó los insultos que le siguieron. El gobernador determinó cuánto valdría su traición en dinero. Después, la cámara de cuentas de Pau debía pagar la suma. Entonces Henri se marchó a caballo; se había olvidado de la mazmorra, el muchacho era libre. Pero a partir de ese momento permaneció bajo vigilancia: adónde iba, con quién hablaba. Se escondió y guardó silencio, hasta que por fin se pudo

confiar en él. Con las manos vacías y una sola frase que pronunciar, el mensajero se presentó ante el señor que lo había enviado.

En consecuencia, el mariscal Biron se dirigió efectivamente a una casa solitaria, llamada Casteras, dejó a su pequeña comitiva junto al matorral más cercano y cabalgó completamente solo por el páramo. Este yacía pálido bajo una nube negra que se desplazaba a toda velocidad. Por culpa del viento, que le encantaba, el mariscal no llevaba sombrero, ni tampoco abrigo, ya que el vino le mantenía caliente. Sobre su caballo, tan huesudo como él mismo, se balanceaba de un lado a otro, pero nunca se caía. Todo el mundo lo sabía. Quien lo observaba reconocía el cráneo amarillento, la mirada dura, un esqueleto con bisagras que traqueteaba. Tormenta, desolación… y la muerte a caballo: allí no se ríe nadie del pueblo que el gobernador ha escondido por todas partes cerca de la casa. El mariscal ha caído en una trampa, tal y como se lo merecía. Ya de nada le serviría dar media vuelta con el caballo e intentar huir al galope. Se encuentra a solo cien pasos de la casa, que se alza desnuda y despojada, con un estrecho balcón bajo el tejado.

Algo aparece en el balcón. El mariscal Biron se detiene de inmediato, porque la escena le resulta inquietante. Sin embargo, sus presentimientos resultan ahora fundados. La figura de allí arriba no ha salido de la casa, ha aparecido demasiado de repente. Sería como si hubiera surgido del suelo, lo cual, sin embargo, no cabe suponer de una personalidad como Madame Catherine. Biron ve con toda claridad; los vapores del vino nunca le nublan la vista. Conoce bien a la anciana reina, ese rostro grande y pesado bajo la cofia de viuda. También oye su voz, difícil de confundir. No en vano Agrippa ha estudiado durante cuatro años su tono de voz, a la vez acogedor

y siniestro; lo imita a la perfección. «¡Canalla!», grita hacia el brezal, dirigiéndose al jinete solitario. «Canalla, quédate donde estás. ¿Qué travesuras estás haciendo: emborrachándote y recitando versos en latín? Por eso querrías arrasar ciudades enteras y robar el reino. El rey de Navarra, mi querido yerno... ¡Ojalá te esperara hasta que me lo trajeras! Prefiero ir yo mismo y reconciliarme con él, lo cual es una bagatela, en cuanto traiga conmigo a unas mujeres guapas. ¿Qué pasó entonces en el molino? ¿Dónde te metiste en aquel momento? En lugar de atraparlo, ¡estabas borracho en la taberna!».

El mariscal escuchó hasta el final aquel extraño discurso. Cuando terminó, ya sabía lo suficiente: sacó una pistola del cinturón y disparó. La falsa Madame Catherine se había escondido a tiempo; solo la pared de arriba quedó con un agujero. Biron espoleó a su corcel, pero en ese momento dobló la esquina de la casa otro jinete, el gobernador o el llamado rey, un pájaro que quiere burlarse de mariscales merecedores. El anciano tiene una mirada de acero, no abre la boca, pero levanta inconscientemente la pistola. «Menos mal que se le ha atascado», exclama Henri desafiante. «Usted exterminaría a la casa real. Debo informar a la reina madre de que ha apuntado a ella, señor de Biron».

Este, cegado por la ira, no consigue articular palabra. Por fin lo suelta.

«Me han puesto un muñeco, con las mejillas caídas y la nariz gorda de cera, la figura rellena de trapos. Pero aunque hubiera sido la verdadera Madame Catherine, por mi alma, no me habría arrepentido del disparo».

«¡Valiente héroe!», le anima Henri. «El mismísimo dios Marte me

habla».

«¡Las ciudades son mías!», grita el mariscal Biron. «¡Toda la provincia debe ser mía! Un rey de Navarra o de Francia… me da igual, ¡tengo horcas para todos!». Así grita. Porque es posible que esté bien sujeto a caballo y mire con seguridad a lo lejos; sin embargo, eso no le impide perder el equilibrio y la lucidez.

«Canalla, te has delatado», dice sobre él la conocida voz grave: en el balcón está de nuevo Madame. Catherine también le señala con el dedo. Biron se estremece de repente de arriba abajo, da media vuelta con su caballo y huye. Entonces, unos hombres armados se interponen en su camino, lo detienen e impiden que sus pocos acompañantes se acerquen. Pero la refriega se ve interrumpida por la orden del gobernador: «¡Dejadlo ir! Ahora lo conocemos».

Salida de Biron. Agrippa, en el papel de una anciana viuda, comienza a bailar en su balcón y abajo todos aplauden, el pueblo que ha irrumpido en la plaza, y se une al baile. Mañana todo el país se contará la historia, el país se reirá como nosotros. La risa también es buena contra un enemigo. Biron se esconderá —por un buen tiempo— y, mientras tanto, en la corte se sabrá lo que sea útil: nada más. Guardaremos silencio sobre el balcón.

Un ataque de su enfermedad impidió al mariscal enviar mensajeros a París. Vomitaba bilis a causa de las humillaciones sufridas ante la provincia y todo el reino, al que creía oír reír incluso desde su lecho. Aunque Enrique lo pasó por alto en sus informes, en la corte se supo muy bien que el mariscal Biron habría disparado contra la figura simulada de la reina madre. El rey de Francia, a quien había querido ahorcar, estaba decidido a citarlo ante su Parlamento y juzgarlo. Pero Madame Catherine convenció a su hijo de que dos de sus enemigos, que además se enemistaban entre sí, debían quedarse donde estaban. Así que no se emprendió nada contra el suplente del gobernador; Enrique solo recibió palabras amables.

En cambio, él vengó muchas de las fechorías de Biron, mientras este se encontraba desanimado y enfermo. Por desgracia, también tuvo que permitir los actos de venganza más terribles, ante la furia de sus soldados por las atrocidades cometidas por los otros. Sin embargo, tanto él como sus hombres fueron considerados igualmente crueles por las ciudades que, por casualidad, eran leales a su adjunto. En ambos bandos, un simple rumor provocaba una represalia muy real, y esta acarreaba castigos aún más severos. Se trataban como se creían unos a otros, se volvían aún peores y no se cansaban de cometer atrocidades.

Una vez, de camino de Montauban a Lectoure, Henri recibió la noticia de una inminente emboscada; envió de inmediato a los señores de Rosny y de Meilles con veinticinco caballos para despejar el peligroso desfiladero. Una vez hecho esto, trescientos de los enemigos huyeron a una gran iglesia de muros sólidos: primero

hubo que socavarla, lo que llevó dos días y dos noches. Cuando los sitiados se rindieron, el rey de Navarra quiso ahorcar a seis de ellos y dejar en libertad a todos los demás. Sin embargo, no pudo mostrarse clemente, pues de repente se supo que esos mismos católicos se habían comportado de manera atroz en la ciudad de Montauban. No contentos con violar a seis jóvenes protestantes, algunos furiosos habían «llenado de pólvora el vientre de las desdichadas», le habían prendido fuego y seis muchachas hermosas y piadosas habían quedado destrozadas. Por eso, trescientos prisioneros fueron ahora masacrados sin piedad.

Henri se alejó cabalgando durante la matanza, como si huyera. Estaba desesperado por su reputación, que se veía mancillada por actos sangrientos, solo porque su adjunto no se detenía ante nada. Biron se encargó de que las ciudades mantuvieran sus puertas cerradas ante el gobernador por puro miedo. La justicia y la disciplina estricta, que al principio se le habían atribuido al gobernador, debían convertirse en dureza, según la intención del lugarteniente; es más, este iba por buen camino para hacer que el nombre de Henri fuera tan odiado como el suyo propio. Henri lo comprendió y, al huir de la masacre de los trescientos, decidió actuar en lo sucesivo de forma diferente a como le dictaba el vicegobernador.

Eauze era una de esas pequeñas ciudades malvadas que no le dejaban entrar y no querían saber nada de sumisión. A decir verdad, solo eran los concejales y algunos ciudadanos los que poseían más tierras que el resto, y los más pobres trabajaban para ellos. El pueblo llano apoyaba al rey de Navarra, que entraba en las casas de los pobres y amaba a sus hijas. A cambio, también se ganaba su

amor. Los pobres le habrían abierto sin duda la puerta; no pudieron hacerlo, debido a la guarnición, y porque esta estaba al servicio de los ricos. Pero la resistencia de los pobres sembró la desconfianza entre los acomodados. Cada uno se preparaba de antemano excusas, por si acaso se producía la rendición. Un boticario le dijo a su vecino, el guarnicionero: «¡En confianza, vecino! ¿Sabes quién le suministra las mermeladas al rey de Navarra? Su boticario de Nérac, llamado Lalanne; pero yo le vendí la receta».

«Vecino», respondió el guarnicionero, «es como con el estuche de cuero para la copa real. Había que arreglar el estuche, pero nadie debía saberlo, porque una copa que ya no está sellada podría envenenarse muy fácilmente. Me trajeron el estuche desde la corte», susurró el guarnicionero.

Al mismo tiempo, cada uno se percató de las imprudentes revelaciones del otro, por si el mariscal Biron llegaba antes que el rey de Navarra. Entonces todos, excepto él mismo, quedarían a merced del castigo. Una mujer soñó con un ángel que le anunciaba al mariscal, y lo contó gritando en el mercado. Por eso su marido estaba especialmente amenazado, en caso de que el gobernador llegara antes. Era un carretero y había aceptado como pago un pagaré del señor d'Aubigné de un posadero del campo. Allí había comido el rey de Navarra: esa era, en el peor de los casos, la garantía del carretero.

Se abrió la puerta de la ciudad a un pequeño número de forasteros; por eso, Enrique estaba al tanto tanto de la desunión de los ciudadanos como de su temor. La guarnición era insignificante y, por lo demás, se consideraba insegura a raíz de los fracasos de Biron. El gobernador se llevó consigo a quince nobles selectos, que

llevaban chaquetas de cazador sobre sus armaduras: así podrían entrar sin ser vistos. Pero apenas había entrado él mismo, un soldado gritó: «¡El rey de Navarra!», y cortó la cuerda de la reja levadiza. Quedaron atrapados cinco: el propio Enrique con Mornay, así como los señores de Batz, de Rosny y de Béthune. Inmediatamente sonó la alarma, la población acudió a las armas y amenazó a los cinco audaces compañeros.

La vanguardia de los ciudadanos contaba con cincuenta hombres, hacia los cuales se dirigió directamente el rey de Navarra, pistola en la mano, mientras daba inicio a un discurso dirigido a sus cuatro nobles: «¡Adelante, amigos y compañeros!». Se refería menos a ellos que a la buena gente de Eauze, a la que quería detener e intimidar. «¡Adelante! Aquí debéis demostrar vuestro valor y firmeza, pues de ello depende nuestra salvación. Seguidme todos y haced como yo. ¡No disparéis!», gritó con especial fuerza. «¡Dejad la pistola donde está!», como si se dirigiera a sus cuatro. En realidad, los ciudadanos armados escuchaban boquiabiertos el bien pronunciado discurso de un rey tan amenazado y no se movían. Sin embargo, unos tres gritaron: «¡Disparad al de la casaca roja! Es el rey de Navarra». Pero antes de que nadie se decidiera a actuar, Enrique se abalanzó con toda su fuerza contra la multitud. Presa del susto, esta se dispersó y retrocedió.

Desde allí se dispararon varios fusiles y pistolas. Al instante se armó un tumulto en el callejón, porque el pobre pueblo, que amaba al rey, se abalanzó sobre los tiradores. A ellos mismos les resultaba muy inquietante; incluso durante la refriega se enzarzaron entre sí, ya que ninguno quería realmente haber disparado su arma. Henri solo tuvo que esperar tranquilamente: al poco rato, los concejales o

cónsules se postraron a sus pies y le dijeron en tono de letanía: «¡Señor! Somos sus súbditos y sus más devotos servidores. ¡Señor! Somos sus...»

«Pero habéis apuntado a mi chaqueta escarlata», respondió Henri.

«¡Señor! Somos sus...»

«¿Quién me ha disparado?».

«¡Señor!», suplicó un ciudadano con un delantal de piel. «Me han dado la funda de cuero de su copa para que la repare. Yo no le disparo a ningún cliente».

«Si es que hay que ahorcar a alguien», aconsejó uno, en tono confidencial por miedo: «Señor, ahorque solo a gente pobre: hay demasiada en estos tiempos».

Enrique decidió en voz muy alta: «No quiero que saqueen la ciudad, aunque sea costumbre y tradición, y os lo merecierais. Pero cada uno debe dar diez libras a los pobres. ¡Traed inmediatamente a vuestro sacerdote y pagadle el dinero!».

A continuación, trajeron a rastras a un anciano clérigo, pero intentaron echarle toda la culpa de la desgracia. Era él quien le había metido en la cabeza a la mujer del carretero que un ángel del cielo había anunciado al señor mariscal Biron, pero no al señor rey de Navarra, y solo por eso, lamentablemente, habían cerrado la puerta. Recomendaron encarecidamente que se hiciera expiar al anciano por la ciudad. Si no eran ellos mismos ni siquiera los pobres, alguien tenía que ser ahorcado: en Eauze no podían desprenderse de esa idea. Enrique tuvo que ordenar expresamente: «Nadie será ahorcado. Tampoco habrá saqueos. Pero quiero comer y beber».

Un posadero aprovechó inmediatamente la ocasión y puso mesas en la plaza del mercado para el rey, sus señores, los cónsules y los acaudalados. Enrique pidió sillas también para los pobres. «Tenéis dinero suficiente, así que debéis dárselo». Los pobres no se lo hicieron repetir dos veces, pero el propio Enrique no había podido llegar hasta su sitio hasta ese momento, debido a la multitud de personas que se arrodillaban ante él, cada una de las cuales quería que se le asegurara personalmente la vida y sus bienes. Que los demás se salven, ¿pero yo? ¿Y yo? Era un lamento desesperado de seres que no comprenden lo que les está sucediendo y no quieren creerlo, aunque sea su salvación. Lo que están acostumbrados a ver, en cambio, vuelve una y otra vez a ocupar su lugar en sus mentes confusas. Por eso, uno puede perder lo que necesita para vivir: el equilibrio interior.

El carretero, cuya mujer había visto al ángel, deambulaba desorientado y preguntaba a todo el mundo: «¿Qué es esto?». Cada vez con más urgencia, quejándose en voz alta, pero con los ojos cerrados, como si un ejército de ángeles se acercara y lo deslumbrara, el carretero preguntaba: «¿Qué es esto, qué está pasando?». Por fin le respondió un señorcito con chaqueta verde de cazador.

«Es la humanidad. La gran novedad a la que asistimos es la humanidad».

El carretero abrió los ojos de par en par, pues reconoció al señor cuyo pagaré había aceptado como pago de un posadero. Sacó el pagaré y preguntó: «¿Lo va a cobrar el señor?». Agrippa se sintió avergonzado por ello y le dio la espalda al acreedor. El carretero se alejó en dirección contraria, agitó las manos sobre la cabeza y repitió

varias veces la nueva palabra que había oído y que no comprendía. Le hizo dudar del mundo conocido de los pagarés y las represalias; es más, la palabra lo sumió en una profunda melancolía. Se ahorcó de una viga de su pajar.

En el mercado, sin embargo, se celebraba un banquete. Las muchachas, que habían dejado al descubierto sus brazos y hombros de forma agradable, servían la comida y el vino, y recibían muchas muestras de agradecimiento de los comensales, que no habían creído otra cosa que todo eso se había acabado para ellos. En sus conversaciones mencionaban la nueva palabra que había llegado a sus oídos, en voz baja, como un secreto. Pero, llenos de convicción, brindaron por el joven rey, que les dejaba vivir sin que lo merecieran, que también había respetado sus propiedades y que aún almorzaba con ellos. Así que decidieron permanecerle fieles para siempre y lo juraron con vehemencia.

Henri se dio cuenta de que había servido bien a su causa. También observó a la gente. Como ya no tenía que ganárselos, engañarlos ni someterlos, por primera vez pudo ver con claridad los rostros de aquellos pobres hombres —antes deformados por la ira y el miedo, ahora rebosantes de alegría—. Henri hizo una señal con la mano a su Agrippa, pues sabía que este tenía su canción preparada y lista. Agrippa se puso de pie. «¡Silencio!», se gritó, hasta que todos lo oyeron. Cantó —cada estrofa dos veces— y, a la segunda, todos se unieron a él, al tono alegre y al ritmo rápido de los salmos:

«Así que junta las manos,
Oh, Cristo, cubre tu cabeza,
Ahora todo ha llegado a su fin contigo,

Ya que has creído precipitadamente en la amabilidad
Aquí, en este lugar, en este tiempo

Apuñalan y golpean,
porque nadie confía en nadie,
luego se arrepienten y se lamentan,
pues las horcas están erigidas:
¡que cuelgue solo el vecino!
¡Olvídame en la refriega!

Entonces el gran príncipe del país,
con la ayuda del entendimiento humano,
une a los buenos con los malos.
¡Hosanna! ¡Ya estáis liberados!
¡La humanidad más sincera
tiene el poder misericordioso de redimiros!»

Ilustres invitados

Índice

El suceso de Eauze tuvo además la particularidad de que enfureció al mariscal Biron más incluso que su derrota en la solitaria casa de Casteras. El rey de Navarra recurría a medios ilícitos para aumentar su influencia, algo que el vicario había desaprobado desde el principio, sin contar con que, en opinión del anciano, al intruso no le correspondía ninguna influencia en absoluto. Este sentía una amarga envidia. Sus cartas a París se quejaban desde hacía tiempo de la popularidad del joven y de su falta de moral. Pero desde el día de Eauze sonaban perturbadas. Según ellas, Enrique despreciaba las leyes de la guerra, ya que no ahorcaba ni saqueaba; es más, socavaba la convivencia humana, ¡comía en la misma mesa con ricos y pobres!

Mientras en la provincia solo reinaba el desorden, a la reina madre no le había importado. Ahora se enteraba por informes especiales, si no por Biron, de que las ciudades, una tras otra, se sometían al gobernador. Eso no le gustaba. Decidió acudir allí en persona para que no ocurriera más desgracia.

Madame Catherine comprendió que, como mínimo, debía llevarle a su yerno a su esposa. Las dos reinas viajaron del 2 al 18 de agosto, y entonces se encontraban en Burdeos, bajo la protección del mariscal Biron. Llevaban consigo un ejército de nobles, secretarios, soldados, sin olvidar a las habituales damiselas y bellas mujeres de la corte, entre ellas Charlotte de Sauves. Esta había sido invitada en contra de la voluntad de la reina de Navarra, pero por orden de su madre.

El desplazamiento de la variopinta comitiva se llevó a cabo, como siempre, con una grandiosidad que se veía interrumpida por todo tipo de sustos. En el sur, cerca del océano, se temían emboscadas de los hugonotes; en varias ocasiones se detuvo todo en campo abierto: los carruajes, los jinetes y la infantería. Los hombres armados rodeaban las carrozas de las reinas. Una vez superada la falsa alarma, se reanudaba la marcha a trompicones. A cambio, en cada parada importante se deleitaban en su propio esplendor. En la ciudad de Cognac, Margot tuvo uno de los triunfos de su vida: las mujeres respetables se maravillaban ante la magnificencia de sus vestidos, consternadas y atónitas. Una estrella se alzó sobre aquella lejana provincia, en detrimento de la corte de París, que había quedado huérfana de belleza y ahora carecía de sol: así se deshacía en elogios uno de los compañeros de viaje, un tal señor de Brantôme. Para él mismo habría sido mejor tener miembros altos y bien formados, como los señores Guise, Bussy o La Mole. Margot daba más importancia a eso que al entusiasmo. Ella misma sabía hablar; en la entrada en Burdeos, que fue un triunfo, respondió con majestad y gracia a todos los que la habían saludado. Esto se aplicaba especialmente a Biron.

Además de sus otros cargos, el mariscal ocupaba el de alcalde de Burdeos, capital de la provincia; y precisamente ella no había recibido hasta entonces al gobernador. Henri se negaba sencillamente a salir al encuentro de las reinas allí. Hubo que negociar, lo que duró casi siete semanas. Finalmente, Enrique logró que las partes se reunieran en la solitaria casa de Casteras, la misma donde Biron había sido derrotado, y toda la zona aún estaba llena de recuerdos de aquello. El mariscal no se atrevió a aparecer por allí.

Enrique se presentó con ciento cincuenta nobles a caballo; su aspecto despertó en la anciana reina tanta inquietud como admiración. Con tanto más cariño le aseguró a su yerno que sus sentimientos eran pacíficos. Llegó incluso a llamarlo heredero del trono —después de su hijo d'Alençon, por supuesto—; pero tanto ella como él sabían qué pensar de eso.

Luego subieron al mismo carruaje, el prisionero fugado, la asesina de su madre y de sus amigos. No dejaron de desbordarse de amor hasta su llegada a la localidad de La Réole, donde por fin pudieron callar y separarse. Henri se dirigió a otra casa con Margot. No volvió a hablar, solo se quedó mirando fijamente la luz de las velas, emitiendo sonidos inarticulados y olvidando por completo que, a sus espaldas, una de las mujeres más bellas se estaba desnudando. De repente, percibió un sollozo ahogado, volvió la cabeza y vio que las cortinas de la cama estaban corridas. Dio un paso hacia allí, lo retiró de inmediato y pasó la noche en un sillón. Solo se sintió más tranquilo cuando ya había superado el encuentro con Biron.

El mariscal no se hizo esperar. Apenas las reinas habían dejado lo suficientemente atrás la desdichada casa de Casteras, ya se había presentado en su siguiente parada. Henri ni siquiera le permitió terminar sus saludos y ya le reprendió. En la habitación se encontraban las reinas, así como el cardenal de Borbón, tío de Henri y traído expresamente para que le animara a hablar con franqueza. Todos se quedaron paralizados ante la actuación del joven; nadie reaccionó con la suficiente rapidez para detener su arrebato. Con la primera palabra llamó al mariscal Biron traidor, cuya cabeza merecía caer en la plaza de la Grève. Luego siguieron sus acusaciones, y no

las presentó como un celoso, en verdad que no, sino que habló en nombre del reino que defendía, ya desde el trono: la anciana reina palideció al verlo.

Cuando Biron quiso responder, se le trabó la lengua. Las venas de sus sienes parecían a punto de estallar. Hizo crujir los dedos. Su mirada errante se posó por casualidad en el viejo cardenal. Inmediatamente, Enrique exclamó: «Se sabe que es usted irascible, señor mariscal. La ira es una buena excusa. Sin embargo, si se le ocurre tirar por la ventana a mi tío, el cardenal, prepárese para algo. No. Más vale que dé unas vueltas alrededor de la mesa: eso le calmará». Ya no era el lenguaje del trono, sino solo el conocido pícaro haciendo gala de su ingenio. Acto seguido, Henri tomó a su Margot de la mano, la elevó a la altura de los ojos y, con paso elegante, abandonaron juntos la habitación.

Se besaron detrás de una puerta como niños. Margot dijo: «Ahora sé lo que querías decir, mi querido señor, y por fin vuelvo a ser una mujer feliz». En los días siguientes se hizo evidente que ella había necesitado mucho ese reencuentro. «Una mujer sola, querido Henricus, ¿qué es eso? Contigo se había escapado la mitad de mi cordura del Palacio del Louvre. Me he lanzado a empresas insensatas y he sido profundamente humillada». Él sabía a qué se refería: su desafortunado viaje a Flandes, la ira de su hermano el rey, su cautiverio. «Sí, mi orgullo ha sufrido. Cuando las ciudades de tu hermoso sur me acogieron como a un ser superior, me costó no considerarme una comediante ambulante».

Ella fue demasiado lejos. Su dolor era tan desconsiderado que esta vez dejó que las lágrimas le corrieran por las mejillas maquilladas: Henri tuvo que secárselas con cuidado con los labios.

Sus conversaciones, sus caricias y sus emociones compartidas se sucedieron en una serie de ciudades. La colorida comitiva de las reinas visitó aún muchos lugares; Henri no la acompañó, solo se unió a ella entre dos cacerías. De este modo evitó más de una conversación incómoda con su suegra sobre la reunión de los diputados reformados. La libertad de culto le importaba mucho, como ella misma decía. Madame Catherine había viajado hasta allí con el único propósito de consultar con los líderes hugonotes sobre la aplicación del último decreto real sobre la libertad de culto. Pero Henri sabía que tales decretos nunca entrarían realmente en vigor y que, antes de que terminara la conferencia, ya habría comenzado la siguiente guerra de religiones. Varios de sus amigos pensaban de otra manera, especialmente Mornay. Por eso, Henri accedió a participar en la elección del lugar de la conferencia. Sin embargo, su elección difería siempre de la de su querida suegra. Solo por la tarde se reunía con los viajeros, allí donde estos hacían parada; se retiraba enseguida con la reina de Navarra y, como él la complacía, ella le contaba muchas cosas. Eso la aliviaba, pero a él le venía bien saberlo.

Ella se horrorizaba ante la violencia que reinaba en el reino. Aquí abajo habría paz... ¡si tan solo pudiera volver atrás! El reino se hundía en la violencia, lo que significa un dominio usurpado. Ya solo la Liga mandaba en lugar del rey. «Mi hermano real me odia, pero sigue siendo mi hermano; yo soy la princesa de Valois —y no lo olvide—, por mucho que él mismo no se preocupe por ser rey. Los Guise nos derrocarán», articuló con los dientes apretados, pálida y con el aspecto de Medea. Su esposo habría jurado que nunca

volvería a acostarse con el duque de Guise —o solo para que ella, como Dalila a Sansón, pudiera cortarle la barba amarilla.

Sus dedos jugaban con la barba de su amado señor. Elogió su rostro, ahora más serio. Lo contempló durante un buen rato, dudando, reflexionando, antes de pronunciar lo siguiente: «Llevas una vida insignificante en esta provincia. Quiero compartirla contigo, mi señor y amo, y seré feliz. Pero algún día recordarás que estás destinado a un destino más grandioso, y salvarás mi casa», concluyó ella para su gran sorpresa. Hasta ahora, su madre y sus hermanos lo consideraban su enemigo, que quería apartarla del poder incluso antes de que él heredara. La unión de los cuerpos había enseñado a la princesa de Valois más rápido que cualquier otra forma en que un ser humano pone a prueba a otro. Confió en él mientras estuvo con él; después, ya no. ¿Cómo podría? Le correspondía vengar la extinción de su casa sobre su heredero y traicionar de nuevo a Enrique, antes de que finalmente quedara sola de toda su estirpe. Se quedó sin hijos, como sus hermanos. La última princesa de Valois se esforzó durante toda su vida por alcanzar la serenidad de los afortunados y los seguros. En realidad, nada de lo que vendría después le importaba: por eso estaba profundamente inquieta. Con ella debía acabar algo más que ella misma; en vano buscaba la serenidad.

En la ciudad de Auch, el idilio conyugal se vio interrumpido una vez de forma tempestuosa. No en vano, Madame Catherine se llevaba consigo a sus damas de compañía. Un hugonote mayor, lleno de heridas —incluso tenía algunas en la boca, por lo que apenas podía hablar—, se enamoró de una de ellas y, por una muchacha, entregó su puesto fijo a los católicos. Henri hizo saber primero a su

querida suegra, con palabras respetuosas, lo que pensaba de sus pequeñas malicias. Se consideraba a sí mismo entre los servidores del rey, y a la vieja malhechora, más bien, entre quienes le hacían daño. Decirlo en voz alta fue una satisfacción. Pero como la anciana se hizo la tonta, como si fuera la primera vez que oía hablar de la traición del comandante, Henri se despidió cortésmente, se marchó a caballo y tomó otra pequeña ciudad como prenda. Así se burlaron el uno del otro hasta que finalmente llegaron a un acuerdo: el consejo de los reformados se reuniría en Nérac.

Entretanto había llegado diciembre, las hojas volaban con el viento: ya no era la estación adecuada para bellas entradas. La reina Margarita de Navarra cabalgaba, sin embargo, un caballo blanco, que es el caballo habitual de las princesas de cuento. A su derecha y a su izquierda bailaban un caballo dorado y uno castaño, con la joven Catalina de Borbón y su hermano Enrique, que se había ataviado con gran pompa en honor de su esposa. La anciana señora Catalina no estaba hecha para ser vista de cerca por el pueblo, sobre todo bajo aquel cielo luminoso; observaba desde detrás de una ventana. La incomparable Margot, radiante de calma y seguridad, escuchaba a tres jóvenes recitar algo. Representaban a las musas y, en honor a la reina, mantenían una conversación que el poeta Du Bartas les había puesto en boca. La primera hablaba en el dialecto de la región, la segunda en la lengua escrita, la tercera utilizaba el lenguaje de las antiguas. Margot entendía el latín y el francés, pero se le escapaban algunas cosas del gascón. Sin embargo, intuía lo que el pueblo reunido esperaba de ella: se desató el lazo ricamente bordado del cuello y se lo regaló a la musa local. Ya se había ganado los corazones, y el suyo también latía más fuerte.

Madame Catherine observaba todo con agudeza en esta capital rural. Su viejo rey de los matorrales se esforzaba al máximo, la recibió a ella y a su séquito en la medida de sus posibilidades y les sirvió todo lo que pudo. Al menos demostró que se alegraba. Juzgó con aún más desdén a los diputados en la sesión, cuando esta finalmente se reunió. A Madame Catherine le parecían todos pastores o ciertos pájaros a los que no nombró aquí. Se negociaba, en apariencia, sobre tribunales mixtos con asesores reformados y sobre el perdón de los desórdenes cometidos. El verdadero tema era, como siempre, las plazas fortificadas de los hugonotes. Estos exigían un número desmesurado de ellas, pero la anciana reina hubiera preferido quitárselas todas. Ensayó ante sus damas un discurso repleto de citas bíblicas y pensó engañar a la buena gente en el lenguaje que les resultaba familiar. Sin embargo, su propio aspecto y su reputación refutaban todo lo que decía: esto, sorprendentemente, se le escapó.

No le creyeron ni una palabra en todas las sesiones y mantuvieron el ceño fruncido hasta que ella les amenazó con la horca. La reina Margarita tuvo que llorar; su íntimo deseo de ser amada se vio amenazado por su terrible madre, a quien muchos también encontraban cómica —y esto solía ocurrir cuando salía por la puerta al campo. En la sala de reuniones ocupaba un trono elevado, lo cual aún se podía soportar. Fuera se convertía en una pequeña mancha en la zona clara, caminaba encorvada con su bastón, las mejillas amarillentas se le movían; y quien recordara la Noche de San Bartolomé —quizá no se había reído desde entonces —, se reía ahora por el contraste. En el fondo, sus damas de honor también la desfiguraban. Aquí no es el Palacio del Louvre, el sol

brilla casi siempre sin velos sobre ambas orillas del Baïse y el parque de La Garenne. Aquí se libra la guerra y se ama de forma abierta e inofensiva. La anciana, sin embargo, cuenta con los abismos secretos del género humano. La vejez entra en una falsa alianza con el vicio y se convierte en objeto de burla.

Los hugonotes más estrictos en materia de costumbres no le guardaron rencor a Henri por haberse involucrado con varias de las damiselas complacientes. Su Margot no lo sufrió mucho en ese momento, estaba absorta en su nuevo papel: madre de la patria y ser superior. Lo principal era que el propio Enrique simplemente aceptaba lo que se le ofrecía, pero les daba la espalda a las bellezas cuando intentaban atraerlo a la corte de Francia. En eso consistía el viaje, la reunión y la visita de los altos invitados: solo en eso, él lo había intuido desde el principio. Al final, su suegra tuvo que presentarle personalmente sus razones. Le reprochó que su hijo, el rey, se encontrara ahora completamente solo en su Louvre. Su hermano d'Alençon se rebelaba contra él, los Guise y su Liga socavaban su trono. Pero no menos temible era un príncipe de sangre real que se alejara de la corte y se hiciera poco a poco demasiado poderoso en su provincia. ¿Acaso Enrique no pensaba en que podría ser asesinado? Este fue el último as de su querida suegra: le amenazó con asesinos.

Sin embargo, no se dejó caer en sus brazos maternales, sino que respondió que en la corte aún no se le había cumplido ninguna promesa. Como gobernador, pensaba seguir difundiendo desde allí la paz en el reino, cuyo servicio era lo único que tenía en mente. A continuación, se despidieron pronto el uno del otro, y ello con el mismo amor, a menudo desbordante, que al comienzo de la visita.

Pero él se había quedado todo el invierno hasta el hermoso mes de mayo. Sus dos hijos acompañaron a la buena madre un trecho, hasta que ella prosiguió sola —por caminos en mal estado, a través de tierras montañosas, en una zona con una población poco fiable—. En un lugar, la anciana reina fue recibida por muchachas que esparcían rosas; de otro tuvo que huir apresuradamente ante el rechazo general. Simplemente se cubrió el rostro con su sombrero de fieltro negro; ella también era valiente, todos son valientes; imperturbable, se bajó del caballo y se subió a su carro, y entre sacudidas y tropiezos no predicó más que paz: pero ¿a qué paz se refería la madre de los hijos moribundos?

Cuando ya hacía tiempo que no lo esperaba, de repente su querido yerno volvió a aparecer por la esquina. Tenía que verla por última vez y ofrecerle un mechón de pelo. Son mechones gruesos, como los que los protestantes se enrollan alrededor de cada oreja. El de la derecha se lo había cedido a su querida suegra desde el principio; al final, ella también pudo cortarle el de la izquierda. Esto ocurre en un cementerio rural, y en un ambiente acogedor, Madame Catherine desea entrar allí. «Hay pocos cementerios por aquí». Niega con la cabeza. «¿La gente llega a ser tan mayor?». Se detiene ante varias tumbas. Murmura: «¡Qué bien están cuidados!». Bajo tierra, las personas le resultan más queridas. Entonces hay paz, también en su alma.

Más tarde, ya como rey de Francia, Enrique descenderá a la cripta de Catalina de Médicis, Madame Catherine en vida; contemplará su ataúd y, volviéndose hacia su séquito, dirá —con una sonrisa enigmática que nadie entiende del todo—: «¡Qué bien está guardada!».

Moraleja

Índice

Ha elegido luchar: ¿se ha preguntado bien qué significa luchar? Es sobre todo soportar, sin menospreciarlas, múltiples penurias, muy a menudo merecidas o de escaso alcance. No se empieza en la vida librando grandes batallas decisivas. Ya nos conformamos con mantenernos, con el sudor de nuestra frente, a lo largo de una lucha oscura que hay que recomenzar cada día. Al conquistar, piedra a piedra, pequeñas ciudades rebeldes y una provincia que se resiste, este futuro rey tiene toda la apariencia de un trabajador, aunque su trabajo sea de un tipo especial. Primero tiene que ganarse la vida, y, como es pobre, paga con su trabajo. Es decir, aprende a conocer la realidad como un hombre corriente. He aquí una novedad considerable: el jefe de un gran reino, que sin él se desintegraría, comienza soportando las miserias comunes. Tiene enemigos y amores que no siempre son dignos de él, ni unos ni otros, y que sin duda no tendría si se mostrara altivo.

Esto bien podría endurecerlo y volverlo cruel, como suele ocurrir con quienes provienen de abajo. Pero precisamente él no viene de abajo. Solo pasa por la condición de los humildes. Eso es lo que le permite ser generoso y reivindicar todo lo que de humano puede haber en el hombre. Por otra parte, la educación recibida durante sus años de cautiverio lo había preparado para ser *humanista*. El conocimiento del interior del hombre es, sin duda, el saber más caro adquirido de una época de la que él será el príncipe. Atención: se trata de un momento único en la historia de esta parte del mundo, que tomará un rumbo moral, incluso durante varios siglos. Este príncipe de los Pirineos, que está a punto de conquistar el reino de

Francia, podría escuchar los consejos de un Maquiavelo: entonces, sin duda, no lo lograría. Pero es el virtuoso Mornay quien lo guía e incluso lo somete a pruebas que otro no toleraría. Los secretos vergonzosos de la persona más venerada: ved cómo Enrique es partícipe de ellos y sufre en silencio; así tendréis la medida de lo que podrá hacer por los hombres.

El camino hacia el trono

Índice

Pero las cosas no se quedan así

Índice

Al principio, no todo iba bien. Los esposos reales, Enrique y Margarita, hicieron una entrada solemne en su capital, Pau, lo que pronto resultó ser un error. Margot sufrió grandes afrentas por parte de los celosos hugonotes debido a su culto papista. Decidió de una vez por todas no volver a pisar Pau. Además, el rey de Navarra se enamoró allí de una de sus doncellas, lo que le resultó más embarazoso que si se tratara únicamente de las damas de honor de su madre. Todo se resolvió cuando Enrique volvió a sufrir su habitual debilidad, una fiebre inexplicable. Los dolores de cabeza no cesaban, ni de día ni de noche; había que cambiarle de cama constantemente y necesitaba sin cesar refrescarse y recibir palabras de ánimo.

Se es valiente, todos lo son. Muchos soportan que les corten las piernas estando plenamente conscientes. Un oficial, cuyo pie ha quedado inutilizado, pedirá que se lo amputen para poder volver a servir al rey de Navarra apoyándose en un bastón atado al cuerpo. Todo eso es posible. Lo insoportable es solo el tambaleo del interior espiritual, el fracaso de la seguridad natural, el miedo, el miedo.

Eso fue en Eauze, la misma ciudad donde Henri se había enfrentado con rápida determinación a un peligro mortal y donde se había atrevido, como una audaz innovación, a ser humano. Justo allí yacía desde hacía diecisiete días y se creía, como ser humano, derrotado, rechazado, descartado, incapaz de llevar a cabo las tareas y esfuerzos a los que por lo demás se consideraba a la altura. Se consideraba capaz de ellas en tal grado que añadía un exceso de

placeres y no rehuía las pasiones agotadoras. Por eso, la naturaleza rica yace a veces allí como un derrotado, se ha rendido, y otra persona debe creer en ella en su lugar, si es que eso aún es posible. Aquí fue su Margot, su esposa verdaderamente fiel, por muchos amantes que aún fuera a tener. Durante toda su enfermedad no se quitó la ropa de encima, veló a su lado, le habló y lo sacó de sus angustias. Después, ya recuperado, dijo algo que nunca antes se le había oído: «Está escrito allá arriba». ¿Qué? Eso lo sabían él y su mujer: les había quedado muy claro desde las noches de Eauze.

Aquella estancia tan intensa los había convertido a ambos en los mejores amigos. De vuelta en Nérac, la reina de Navarra pudo organizar su corte a su antojo e incluso educar a su señor para que se convirtiera en un caballero refinado —lo que llegó a ser en varias ocasiones a lo largo de su vida, cuando era necesario. Esta vez lo fue durante nueve meses; por aquel entonces vestía los trajes más caros, todos de Holanda o España, todo terciopelo y seda, púrpura y oro. Solo para su reina le compró diez abanicos, uno más resplandeciente que el otro. La provió de aguas de perfume, de los vestidos más lujosos e incluso de guantes de flores. Le proporcionó enanos, pajes negros y pájaros «de las islas». Ella tenía su capilla en el parque de La Garenne, asistía a misa; y luego había recepción bajo las copas ondulantes, había música, había versos, había baile y cortejo a las damas —todo de una sencillez transfigurada en el aire del parque. En la corte de Nérac, durante algún tiempo bajo las copas ondulantes, se suspiraba con ingenio y se soñaba con locura. El cielo era muy claro, su luz plateada, y las tardes eran tan suaves.

Los espíritus se suavizaron, aunque las armas se oxidaran. Enrique escribió de su puño y letra una traducción completa de los

comentarios de César sobre la campaña de la Galia, así como sobre la guerra civil. Las plumas las traía de Holanda, la tinta de París, y el papel se lo doraba su ayuda de cámara. Le encantaban las magníficas encuadernaciones de los libros; pero ya las había mandado adornar cuando él mismo aún vestía un jubón raído. Para el espíritu, se preocupaba constantemente por la forma y se convirtió, en cartas, decretos, incluso en cantos que más tarde haría entonar durante sus batallas, en un escritor tanto mejor cuanto más aprendía a actuar: una cosa por la otra, y porque la expresión clara surge del mismo alma que la acción auténtica.

Se comportaba aquí, y seguramente se sintió durante esos pocos meses como un hombre hecho y derecho, un heredero de posesiones aseguradas, de paz y felicidad —nada de lo cual existía realmente—, y el alegre juego onírico terminó justo allí donde el parque de La Garenne se funde con el campo. ¡Cuánto le alegraba, a pesar de todo, poder dejar que su Margot reinara por un tiempo sobre una corte y sobre un rey galante, que era él mismo, pues en su honor olía bien y sus dientes estaban recubiertos de oro! También encargó para ella, desde el castillo de Pau, los muebles más hermosos y la vajilla de plata. Ella misma había descubierto allí, durante su visita, viejas arpas: otras damas quizá habían aliviado antaño su corazón con ellas, como ahora lo hacía Marguerite de Valois, que nunca había conocido la serenidad en su vida inquieta, y solo aquí la encontraba.

A veces se acariciaba la frente. ¿Ni un solo envenenamiento hasta ahora? ¿Ningún asesino tras una puerta? Nadie me golpea, e incluso mis sentidos están en paz. No tengo que bajar a mi hermano d'Alençon por la cuerda desde la ventana ni salir yo misma en busca

de aventuras. Las humillaciones, las farsas, el horror a mi alrededor, en mi interior la agonizante necesidad: ¿todo ha pasado? De verdad, aquí estoy. Su maravillosa mano se había posado sobre su frente: esta ya estaba de nuevo serena, y la reina de esta corte se dirigía al baile con nobles y damiselas educados que se comportaban con corrección. Música suave, las llamas de las velas se balanceaban ligeramente con la brisa de la ventana abierta; tan suaves como el sonido, la luz y la brisa eran los rostros y los corazones. Bailar y ser encantadora, pasar la larga noche en un ligero enamoramiento, totalmente indefinido. Margot podría besar a cualquiera, pero no besa a nadie, solo a su señor.

Así son todos en la corte de Navarra, incluso la hermana del rey, una protestante tan estricta. Aunque un poco molesta por uno de sus pies, la joven Catherine le enseña un nuevo baile al joven Rosny, y todos le envidian ese honor. Ella incluso pasa por alto el amor de su vida por un momento, se olvida del primo en su bosque, se libera de los remordimientos de conciencia y permite que el frívolo Turenne le corteje, como si no tuviera importancia. También su hermano Henri vive y ama como si no significara nada. Esto no puede seguir así.

El primero

Índice

Una vez recuperado de su ataque de enfermedad hepática, el mariscal Biron se volvió más malicioso que nunca; creía que el gobernador había sido eliminado. Hizo todo lo posible por difamarlo ante el rey de Francia. La cancillería de Navarra y Philipp Mornay tenían las manos ocupadas tratando de contrarrestar sus informes. Era previsible que la disputa ya no pudiera resolverse por la vía escrita por mucho más tiempo. La reina de Navarra provocaba otro tipo de malestar. Una mujer que por primera vez en su vida es feliz, y cuyo amado señor tiene enemigos acérrimos: ¿cómo puede ella acudir en su ayuda? Le transmite lo que averigua; se hace indispensable.

Margot conocía las palabras de desprecio que, según se decía, el rey de Francia había proferido en la intimidad de su habitación sobre su cuñado de Navarra; y cuando carecía de noticias, se inventaba algo. Odiaba a su hermano real, que no había hecho más que maltratarla; por eso, Henri también debía estar indignado contra él. Ella misma se sentía herida por las afrentas que sufría su señor. El duque de Guisa se había burlado de él, incluso su querido hermano Alençon se había sumado a las burlas, y eso ante la señora de Sauves, su antigua amiga. Margot veía en su mente la sonrisa astuta de la mujer, y por eso no quería repetir con su propia boca las palabras pronunciadas: y menos aún a la cara de su señor.

Pero entre sus damas de compañía tenía a una muy joven, casi una niña, que le era totalmente devota: Françoise, de la casa de Montmorency-Fosseux. La llamaban Fosseuse. Henri le decía: «Hijita»; y por complacerlo, Margot también llamaba a la pequeña

«Hijita», aunque sabía que Henri no sentía por Fosseuse un afecto exclusivamente paternal. La joven damisela le contaba a su venerada señora todo, o si no todo, de sus tribulaciones, pero sí, con mayor razón, de su resistencia. Aquella criatura tímida le enviaba a Margot los mensajes más crueles: pronunciados por labios infantiles, debían irritarlo aún más. Basta decir que en el castillo del Louvre se burlaban de él porque aún no había tomado posesión de la dote de su esposa: entre otras cosas, varias ciudades de su propia provincia, Guyena. Biron se la mantenía oculta.

«Mi querido señor», dijo la tímida jovencita, arrodillándose ante Enrique y alzando las manos en señal de súplica. «¡Reclame la dote de la reina de Navarra! ¡Castigue, por favor, al malvado mariscal!».

Eso era lo que tenía pensado, pero se guardó mucho de confesárselo a las mujeres. Cuando su ejército ya se había reunido y estaba listo, no se delató con ninguna palabra, sino que pasó la última noche en el dormitorio de su reina. Luego partió a caballo, con la rosa entre los dientes, como si se dirigiera a una feria o a una alegre competición. Si su plan salía mal, al menos Margot no tendría que responder de nada y se salvaría. Todos sus nobles estaban tan animados como él mismo; era mayo otra vez, y toda la tropa estaba enamorada: incluso llamaban a la campaña a la que partían «la guerra de los enamorados». D'Aubigne e incluso el sobrio Rosny creían en serio que la ciudad de Cahors debía ser tomada solo por caballerosidad hacia las damas. Henri no se abría a nadie que no lo adivinara por sí mismo: ese era únicamente Mornay. Lo importante es querer lo mismo por todos los caminos, permanecer fiel a la ley interior en medio de las vacilaciones de las personas y las cosas: pero eso no es presuntuoso; va más allá, tiene un gran alcance. Dios

contempla siglos cuando lo mira. De ello se vuelve Henri inquebrantable —e inescrutable, pues nada hace que un hombre parezca más incierto y misterioso que una profunda firmeza.

Hacía mucho calor; a la vista de la ciudad que iba a asaltar, el ejército bebió primero de un manantial a la sombra de los nogales. Luego se puso manos a la obra, lo cual no fue fácil. Por tres lados, la ciudad de Cahors estaba protegida por las aguas del río Lot, y la guarnición también la defendía principalmente por allí; pues el cuarto acceso disuadía por sí solo: tantos obstáculos se habían amontonado ya en el camino, incluso antes de que nadie llegara a la puerta de la ciudad. Pero esta había sido inspeccionada en secreto por dos oficiales del rey de Navarra, expertos especialmente en explosivos. Pequeños morteros de hierro fundido, llenos de pólvora, se apoyaban contra un obstáculo y se encendían con una mecha. A las once de la noche, bajo un cielo oscuro y tormentoso, el ejército cruzó sin ser visto el puente fortificado, al que nadie prestaba atención: al frente iban los dos capitanes con sus artefactos explosivos. Con ellos despejaron del puente las trampas y los cierres, sin que los que estaban en la ciudad oyeran el estruendo, pues en ese momento tronaba. A cierta distancia, debido a los escombros que volaban, les seguían cincuenta arcabuceros, luego Roquelaure con cuarenta nobles y sesenta guardias, y detrás iba el rey de Navarra al frente de la fuerza principal, doscientos nobles y mil doscientos tiradores.

Debido a la novedad de la situación, la voladura de la puerta solo tuvo un éxito parcial. Los primeros se arrastraron por debajo y luego ampliaron la abertura a hachazos, lo que despertó por fin a los habitantes de la ciudad, que llamaron a sus defensores. Toda la

ciudad en armas, con el repique de campanas, y en la oscuridad llovían sobre las cabezas de los invasores muchos proyectiles como ladrillos, piedras, antorchas y trozos de madera. Se oía el crujir, el chisporroteo y el romperse de las armas; «Matadlos», se gritaba, pero con gargantas ahogadas y jadeantes. En el estrecho espacio, los adversarios se abrazan mortalmente. Tras un cuarto de hora de refriega, los atacantes habrían perdido, pero Turenne intervino, trajo otros cincuenta nobles y trescientos tiradores, y con su ayuda el rey de Navarra llegó hasta el centro de la ciudad.

No se pudo avanzar más. Un gran edificio, en el que se encontraban todos los defensores, mantenía al ejército a una distancia prudencial. Además, amaneció y el ejército se atrincheró en las casas. A los soldados no se les permitió saquear; el rey de Navarra amenazó con fusilarlos por ello y, de hecho, varios fueron fusilados. La noche siguiente seguían sin haber comido nada en condiciones, y tuvieron que dormir de pie; junto a ellos, sobre los escaparates de las tiendas, descansaban sus armas y armaduras. Una nueva mañana, y un nuevo trabajo duro esperaba a los soldados: irrumpir en las casas, hasta diez pasos de la fortaleza. Tampoco esta vez se pudo avanzar más, y ya volvía a caer la noche.

Pero el tercer día iba a ser el más peligroso: los defensores recibieron refuerzos, y había que interceptar y aniquilar a la tropa en el exterior. Un día más para preparar el asalto a la fortaleza, y el quinto, cuando por fin cayó entre estruendo y humo, hubo que tomar catorce barricadas una a una en la ciudad.

Esta es la toma de Cahors, una tarea sumamente ardua. Se había complicado sin sentido ni utilidad por culpa de los tenaces habitantes, solo por odio partidista, para que el rey de Navarra no

ganara más importancia. Precisamente por eso, su hazaña le reportó mucha más fama de la que realmente merecía. No fue derrotada la guarnición de una ciudad, sino el mariscal Biron junto con todos los demás enemigos, y esto a pesar de los reveses, que no se hicieron esperar. Cuando Enrique atacó al propio mariscal, este estaba demasiado débil, tuvo que huir hasta Nérac, fue tiroteado, escapó con su caballo por la hermosa escalera de su castillo y se escabulló en medio de las tropas que querían capturarlo.

Tenía los pies desgarrados y sangrando. En Nérac, Margot tuvo que cambiar las sábanas después de que él solo hubiera estado acostado con ella un cuarto de hora: tal era el estado de su cuerpo. Su espíritu no siente molestias, es ligero y rápido como siempre. Por eso, Enrique conduce su ejército —o quizá ya solo deban llamarse bandas— desde sus propios territorios hacia el norte, donde los protestantes acogen con alegría su nueva fama y le esperan a él mismo para levantarse. La corte de París se entera de ello y, sin demora, destituye a Biron.

Eso habría funcionado. Inmediatamente, d'Alençon, ahora d'Anjou, se ofreció al cuñado triunfador; se apresuró hacia el sur, hizo las paces y se alió con él. Condé, el que fuera su buen primo, se mantuvo irreconciliable. Pero es difícil de soportar convertirse inexorablemente en el segundo en la vida, aunque uno haya hecho lo que le correspondía: luchar tan bien como el otro, e incluso en plena sintonía con el partido que, por su parte, alberga una desconfianza justificada debido al celo religioso del otro. Es realmente un gran arte no conocer siquiera la envidia: para ello hay que comprender muchas cosas, sobre todo hay que haber asimilado por completo la doctrina de la elección por gracia. También el orgullo

por el propio destino, al estilo de los antiguos, puede ayudar. De Mornay cabría esperar ambas cosas; tiene la virtud, y también le llega el conocimiento.

Condé es un hombre pobre: buena voluntad, impulsos iniciales decentes que no se mantienen. Su odio hacia Enrique comienza, en el fondo, ya en una batalla de hace mucho tiempo, Jarnac, donde su propio padre fue sacrificado: el joven Navarra se convierte precisamente por ello en primer príncipe de sangre. Como prisionero junto a él en el Louvre, ha sufrido lo mismo que él, solo que de forma más mediocre. Ha huido, pero muestra en todo menos sentido por lo popular y lo lícito, por lo que debe ser. Se alía con príncipes extranjeros, mientras que su primo Navarra sabe afianzarse y expandirse en su tierra natal, hay que admitir, con la ayuda de muchos papistas.

Por ello, el primo se aferró aún más a la pureza del espíritu de partido, y su amigo era quien lo poseía o lo fingía. Tenía en mayor estima a su Juan Casimiro de Baviera que a Enrique de Navarra; el enano príncipe alemán odiaba los vicios. La vida disoluta en la corte de Navarra le repugnaba tanto que, con solo mencionarla, escupía al suelo; pero el príncipe de Condé se lo permitía. También se prestó a una conspiración contra su primo. Le enviaron a alguien para que Enrique dirigiera sus tropas en ayuda del arzobispo de Colonia. Este se había convertido al protestantismo, y se presentaba la mejor oportunidad para asestar un golpe a la Casa de Austria.

Ahora bien, la Casa de Austria era el enemigo, pero un enemigo para más adelante, el mayor, el que viene al final. Marchar ahora a Alemania significaría renunciar a lo ganado, interrumpir el ascenso iniciado y quién sabe si no perder el reino. De hecho, no pretendían

otra cosa cuando obligaron a Enrique a abandonar el país por motivos religiosos. Sabían que no podía hacerlo. No obstante, así lograron que los protestantes, que no todos confiaban en él, lo odiaran; y con la noticia de que, a pesar de todo, partía, sembraron el temor en la corte de Francia y una sombría resolución en la mente de Felipe de España.

Don Felipe se sienta y teje planes para su imperio mundial. ¿Qué tiene eso que ver con el asunto de unos herejes rebeldes, un ridículo Casimiro, un arzobispo loco y un primo envidioso? Don Felipe, desde lo alto de las montañas, intuye sin embargo: un enemigo crece contra él y su imperio mundial; oh, aún es pequeño. Se abre paso con gran esfuerzo a través de obstáculos insignificantes, pero lo que cuenta no es la palmo de tierra que se adjudica, sino la fama y el nombre que se forja. No se puede esperar a que la Fama toque la trompeta y comience a volar. En Francia, en el futuro, solo reinará uno: Felipe. La casa de Valois se extinguirá, y antes de eso la Liga del vanidoso Guise hará estallar el reino gracias a las pistolas de oro que se balancean sobre las mulas al descender por las montañas. Navarra molesta, Navarra debe desaparecer. Esa es la conclusión en la mente de Felipe y, con su envidioso primo, no puede ser otra.

Enrique lo sabe. Tiene a sus espaldas el Louvre, conoce el infierno. De Montaigne ha aprendido que la bondad es lo más popular. Mornay le enseña el poder que tiene la virtud. Su naturaleza permanece serena y mesurada ante sus propios abismos. Pero él sabe: hay un tipo de personas que no quieren esto, y precisamente a ellas se enfrentará por todas partes, hasta el final. No son protestantes, católicos, españoles ni franceses. Es un tipo de persona: la que quiere la violencia sombría, la pesadez terrenal, y

ama los excesos en lo macabro y en el éxtasis impuro. Esos serán sus eternos adversarios, pero él es, de una vez por todas, el enviado de la razón y de la felicidad humana. Ahora intenta ordenar una provincia según el sentido común, más tarde un reino, pero finalmente el continente: mediante una alianza de paz entre príncipes y países para acabar con la Casa de Habsburgo. Entonces llegará el momento para la especie humana que odia la vida: tras treinta años de fracasos en sus planes asesinos, será hora de que apunten bien con la daga. Siete o setenta puñaladas y disparos habían fallado a lo largo de las décadas, pero Henri se adelantó a todos, como aquí al primero.

El rey de Navarra esperaba entonces refuerzos. Al oficial que se los traía, le ordenó que se alojara en un lugar llamado Gontaud. Todos pudieron oírle decir que al día siguiente cabalgaría hasta allí. Pero le habían advertido de que había un asesino en la tropa: precisamente por eso hablaba de su propósito en voz alta y aparentemente sin cuidado. Salió el sol; al rey de Navarra le acompañaban tres de sus nobles: d'Harambure, Frontenac y d'Aubigné. A mitad de camino se encontraron con un jinete solitario, al que reconocieron como un noble de la región de Burdeos. Mientras los tres acompañantes encajaban el caballo del desconocido entre los suyos, al rey de Navarra le invadió un miedo punzante, más inquietante que en cualquier combate abierto, donde un propósito audaz vence al miedo. El rey de Navarra hubiera preferido huir, pero preguntó con bastante alegría si era un buen caballo y, ante la respuesta: «sí», se acercó a caballo y lo palpó, y pidió comprarlo. Gavarret, así se llamaba el hombre, palideció y no sabía qué pensar; de mal en peor, desmontó. El rey de Navarra se

subió y buscó de inmediato las pistolas: encontró una con el gatillo amartillado.

—Gavarret —dijo—, sé que quieres matarme. Ahora yo mismo puedo matarte, si quiero. —Y disparó al aire.

«¡Señor!», respondió el asesino. «Su generosidad es bien conocida, no me quitará mi caballo, vale seiscientos táleros».

Al rey de Navarra ya le habían informado de ello, y también de que el asesino lo había recibido como regalo para que lo matara. Por lo tanto, dio media vuelta con el caballo y cabalgó al galope hacia la localidad de Gontaud, donde lo entregó. Ordenó a su oficial que se deshiciera de aquel tipo de la forma más discreta posible, y así se hizo. El hombre volvió entonces a la religión católica. Cuando quiso matar al rey de Navarra por un buen caballo, pertenecía a la reforma, pero no era ni esto ni aquello. Sino que era de una clase de personas que odian a Enrique; él ya lo siente aquí y poco a poco encontrará la venganza totalmente inútil. Los asesinos siempre reaparecen.

Este fue solo el primero.

El segundo no se hizo esperar, y era español: no había que romperse la cabeza pensando de dónde venía. Era bizco, tenía las fosas nasales dilatadas y la frente completamente hinchada; no era un hombre apuesto. Este Loro, como se hacía llamar, quería delatar una fortaleza fronteriza española al rey de Navarra, o al menos eso fingía, para acercarse a él, pero fracasó. Los mismos nobles que habían protegido al rey de Navarra de Gavarret colocaron al español en un pasillo abierto: el que rodea el castillo de Nérac. Allí, cada uno apoyó una de sus piernas contra la pared, y por encima de esas barreras vivientes debía Loro hablar con el rey. Como no tenía nada que decir, salvo palabrería engañosa, y tampoco al día siguiente, fue fusilado. No es fácil lidiar con alguien a quien el destino está elevando, y que ya deja entrever fugazmente su rostro. Los dos intentos de asesinato delataban, más que nada, que Enrique comenzaba a convertirse en un poder.

Se limitó y permaneció en su propio terreno, pero lo labró con las pezuñas de su caballo hasta que cada terrón fue suyo y le dio fruto. Las ciudades se ganaron y se abrieron una a una, la gente se conquistó desde la base —no con violencia; hay que asaltar murallas, no a las personas. Estas son receptivas a los ejemplos amables, aunque en su lugar también se las pudiera colgar. Entonces les llega la llamada a ser sensatos y humanos, lo cual, por cierto, es la intención de la religión. Al principio preferían ahorcarse ellos mismos, pero al final muchos comprendieron su verdadero bien, aunque solo fuera por un tiempo y durante unas pocas generaciones.

El nuevo adjunto del gobernador de Guyena no era su enemigo; ya no se lo habría podido permitir. Damville, gobernador de la vecina provincia de Languedoc, era su amigo. La fortaleza de La Rochelle se alzaba inquebrantable frente al océano, en el centro de la larga costa. Desde ella, la línea discurría en diagonal hacia el sur: por debajo de ella, el rey de Navarra contaba con una mayoría a su favor; esta esperaba de él las cosas más diversas, pero era un gran número de esperanzados.

La gente común lo llamaba simplemente «lou noust Henric», y con ello expresaban mucho: sus esfuerzos y labores diarios ante sus ojos desde hacía muchos años; el dinero que gastaba, las armas que empuñaba —y su figura, el jinete con el jubón de terciopelo acanalado, las mejillas bronceadas como las suyas, la mirada suave y firme, y la barba corta y joven. Cuando pasaba por allí, sus vidas en peligro se sentían más seguras; la paz del país, siempre inestable, se mantenía esta vez firmemente en equilibrio. Los demás, eruditos o simplemente sensatos, comentaban entre ellos qué pensar ahora, en un sentido más intelectual, del rey de Navarra. Empezaron entonces a decir que su espíritu era vivaz, su comportamiento sencillamente incomparable y muy valiente la forma en que se imponía. De esa pasta han surgido los más grandes príncipes, se aseguraban unos a otros, y realmente se habían convencido de ello —aunque no sin la intervención de la cancillería de Navarra.

Mornay los dirigía, y afirmaba en los informes que hacía circular sobre la posición de su príncipe que todos los buenos franceses comenzaban a fijarse en él. Muchos lo hacían realmente por eso: incluso los extranjeros; pues Mornay envió su folleto promocional a

Inglaterra. De él, Isabel y su corte extrajeron, sin duda, lo suficiente de favorable sobre Enrique de Navarra. Quedaba poco que esperar al escuchar a Mornay hablar del actual rey de Francia, ni tampoco de su hermano, que seguía cortejando a la reina y se encontraba precisamente de visita con ella. Mornay se desplazó incluso él mismo hasta allí, superó personalmente la actividad de su partido e impidió el matrimonio inglés del hombre de las dos narices: pero esto solo mediante una correcta identificación del embaucador. La diplomacia no debe dar lugar a confusiones. Si es buena, se ciñe a la verdad.

Se dio a conocer otra opinión: primero en la zona de donde procedía, y luego se fue difundiendo de boca en boca. Se dice que el nuevo alcalde de Burdeos la habría expresado ante otro humanista. «Resulta evidente que todas estas guerras de religión no son más que empresas destinadas a desgarrar a Francia».

Atrás quedaron los tiempos en que el señor Michel de Montaigne se ponía de acuerdo sobre esto en el mayor secreto con Enrique de Navarra. Ahora lo confesaba en voz alta, y no solo en la biblioteca de su pequeño castillo o en el ayuntamiento de la ciudad de Burdeos, que lo había elegido como su jefe con la ayuda activa del gobernador. También lo habría escrito. De la habitación de la torre de su pequeño castillo había salido un libro; todos los demás humanistas de todo el reino lo leían, se dejaban animar por él a la moderación y a la duda. Ambas cosas les convenían, y sin embargo habrían sido totalmente perniciosas, si los humanistas hubieran aprendido solo a pensar, pero no también a cabalgar y a golpear. No era así. Incluso Montaigne había sido soldado; a pesar de sus manos torpes, había ejercido este oficio necesario —necesario porque, de lo contrario, quedaría reservado únicamente a los descerebrados—.

Hay que saber esto: quien piensa, debe actuar, y solo él. Por el contrario, existe lo moralmente atroz fuera de los límites de la razón. Eso es cosa de los ignorantes, que se vuelven violentos por su desenfrenada estupidez. Su tentación y su oportunidad es la violencia. ¡Mirad el estado del reino! Se está deteriorando, se está convirtiendo en un lodazal de sangre y mentira, y ninguna estirpe recta y sana podría crecer ya en un terreno así, si no fuera porque nosotros, los humanistas, también cabalgamos y golpeamos. Nosotros nos encargaremos de ello. ¡Confiad en que cabalgaremos y daremos el golpe! A la cabeza de nuestra comitiva, en lo más bajo de las nubes, nos acompañan por el país tanto Jesús de Nazaret como varias deidades de Grecia.

El señor Michel de Montaigne, consciente de su valía, envió por mensajero al rey de Navarra su libro —en cuero y con el escudo del noble grabado en oro, aunque solo al revés—. En la portada lucía el escudo de Navarra; y tal disposición tenía sentido, significaba: «La fama nos ha igualado por un instante». Sire, le cedo el paso.

El orgulloso envío decía aún más. Este libro ha sido impreso en Burdeos, desde donde los barcos viajan, entre tormentas y calma, hasta las islas lejanas. Puede ser que este libro viaje finalmente aún más lejos que ellos y, a través de los siglos, hasta la inmortalidad. Lo cierto es, señor, que su nombre le precederá. Deseo una cosa tan sinceramente como la otra, ya que soy su compañero y, al igual que usted, defiendo el derecho con el que nací, como hombre individual, a través de la lucha y el mérito. Señor, usted y yo, como pocos, dependemos de la Fama. Quien quiera escribir obras perdurables o satisfacer el gusto de la gente con sus actos no debe tomarse la fama a la ligera.

Una frase del libro estaba especialmente marcada a mano.

«Todos los días que se salen de los límites habituales están sujetos a las peores interpretaciones, pues nuestro gusto se rebela contra lo extravagante, y también nos resistimos a lo vulgar por nuestro gusto».

Adiós a Margot

Índice

Comenzaba su época más dolorosa y, sin embargo, Margot no escatimó esfuerzos para detener la desgracia cuando la vio venir. Durante mucho tiempo no se dio cuenta: se había acostumbrado a la felicidad en Nérac y ya no contaba con ningún cambio. Al principio no quiso creerlo cuando Rebours le comunicó que, efectivamente, había sucedido algo entre Henri y Fosseuse. Esta era, al fin y al cabo, la «hijita» tanto de Margot como de Henri, un ser pequeño y tímido, la devoción personificada. Rebours, por el contrario, se consumía de envidia hacia cualquier otra mujer que llamara la atención de Henri; pues a ella misma, a Rebours, le había gustado al principio, pero como enfermó, el momento propicio se le escapó.

Ahora se vengaba y sustraía las facturas del boticario Lalanne para mostrárselas a su señora. Allí figuraba: «Para el rey, cuando se encontraba en la habitación de las doncellas de la reina, dos cajas de mazapán. Después del baile, vasos de agua azucarada y cajas de mazapán para las doncellas de la reina». Eso concernía a todos, lo siguiente solo a Fosseuse. «Para la señorita Fosseuse, una libra de dulces, cuarenta groschen. Para la misma: caramelos y bombones de rosa, conservas, zumos de frutas, mazapán» —solo para Fosseuse—. «Se va a estropear el estómago», dijo Margot en tono de preocupación; para que la envidiosa Rebours no pudiera afirmar que había notado celos en la reina. Rebours, sin embargo, se había guardado lo peor para el final. La última factura dice: «Para el rey, llevado a la habitación de la señorita Fosseuse, una libra y tres cuartos de mazapán con cuatro onzas de zumo de frutas, dos táleros y tres libras».

A partir de estos datos precisos del boticario, la pobre Margot comprendió lo que realmente había sucedido. Su rostro, entrenado para disimular, no delató su horror ante la envidiosa Rebours, y con la culpable Fosseuse se mostró aún más confiada, solicitando, como hasta entonces, sus buenos servicios ante el rey. «Fosseuse, mi pequeña, ¡llama a mi amado señor! Dile que tengo noticias que contarle sobre mi hermano real de Francia. Seguramente querrás saberlo. Mi hermano ha tenido una pesadilla, mi madre me la ha descrito. Ha soñado con bestias feroces, leones y tigres que se lo devoraban, y se ha despertado empapado en sudor. Entonces ordenó que mataran a todas las bestias de su jaula. Ve, cuéntaselo a nuestro señor, y que yo sé mucho más».

Margot dijo a propósito: «a nuestro señor»; Fosseuse debía creer que ella no sospechaba nada, que no sentía amargura alguna y que le concedía de buen grado el lugar que le correspondía como hijita. Pero Fosseuse no regresó de aquel camino, sino que se quedó con Henri; y como no le transmitió el mensaje, él no fue a ver a Margot aquel día. Esa fue la confesión de la muchacha, y a partir de entonces evitó a la reina, se volvió obstinada, descarada y se ganó al rey en su contra. Margot, por su parte, pensando en los años felices que no debían terminar, se guardó mucho de hacer algo irrevocable. Esperaba que su querido señor también se cansara de Fosseuse algún día, como de cualquier otra. Mientras tanto, ella lo entretenía y lo intrigaba con sus noticias del Louvre. Él mismo recibía algunas a través de su Rosny, que tenía dos hermanos en la corte de Francia. Los cónyuges se reunían para comparar e intercambiar información: esa era ahora su comunión más segura.

«El rey de Francia impone siempre nuevos impuestos para sus favoritos», comenzó uno. El otro aseguró: «Entre el pueblo ya solo se le llama el tirano». A lo que ambos respondieron al unísono: «Esto no puede seguir así mucho tiempo. El favorito, que ahora se llama Joyeuse, ha recibido una hermana de la reina y un ducado; la nobleza no se lo perdona al rey. El pueblo, por su parte, nunca olvida que una persona de esa clase y origen pudiera vestirse como el propio rey en su boda, que todos pagan con sus impuestos. En Francia nunca se había visto un despliegue tan grande. Diecisiete banquetes, todo pagado con los impuestos; mascaradas, torneos, y en el Sena navegaban barcos dorados con paganos desnudos —una visión inapropiada para el pueblo, al que debemos recordar lo menos posible sus cargas».

«Más bien debemos quitárselas», dijo Henri. «No cuesta mucho sacar vino del barril: menos que la sangre de las personas».

La mimada princesa de Valois, antaño famosa y cantada por su comportamiento casi presuntuoso en las procesiones, bajó modestamente la frente. Toda su ambición era seguir siendo la princesa rural de siempre. Para su querido señor quería más, hacía tiempo que estaba de acuerdo con él en cuanto a su vocación, solo que le hubiera gustado posponerla. Su hermano real, a quien no amaba, podía tener un heredero: entonces su casa no se extinguiría. A menudo Margot se identificaba con su hermano, no con Enrique; por eso comprendía por qué él concedía favores a sus favoritos, que no eran más que pequeños aventureros dañinos, como si fueran sus propios hijos. Quería considerarlos como tales y convertirlos en tales, para no estar completamente solo entre las bestias voraces de su sueño. Margot lo entendía a veces: eso ocurría cada vez que se

sentaba sola y reflexionaba. Ahora también ha elevado a duque al hermano de ese Joyeuse y le ha dado a la segunda hermana de la reina. Ya ni siquiera paga a sus soldados; dice: «Cuando todos mis hijos estén casados, entraré en razón».« Margot reflexionaba: «¡Sus hijos!». Suspiró largamente, se sumió en la luz de las velas y no se dio cuenta de que las páginas de su libro se pasaban con la brisa.

Un día, muy alterada por las noticias, pidió ver a Henri de inmediato, pero él había salido a cabalgar. En su lugar apareció Fosseuse, que tenía mal aspecto, pálida, con el rostro alargado y de mal humor. "Pronto se acabará entre él y ella", pensó Margot fugazmente; pero su necesidad de desahogarse era abrumadora, aunque fuera con la muchacha que había descansado en su pecho como ella. «¡Fosseuse!», exclamó la pobre Margot y la abrazó conmovida; ya no era una erudita, ya no era una princesa, sino una mujer que buscaba ayuda.

«Fosseuse, es extraño, aunque también terrible: quieren encerrar a mi hermano, el rey de Francia, en un monasterio porque su matrimonio sigue siendo infructuoso. Pero él ya se viste por sí mismo como un monje, se ha quitado una vez más sus lazos y plumas, ha despedido a sus favoritos y ha hecho una peregrinación con la reina para que ella sea fértil y le dé un delfín. Después tenía los pies llenos de ampollas, pero la reina sigue siendo estéril. ¿No es para reírse? Sí, claro, es ridículo no ser capaz de hacer algo tan sencillo como dar a luz. Se ofrece un espectáculo a toda la corte, que juzga con burla el vientre de la reina. Pero ven al rey bostezar por sus vanos esfuerzos por ser padre, y todos bostezan con él. ¡Una corte muy divertida, ja, ja!«

Mientras intentaba reír débilmente, sus manos se deslizaron hacia Fosseuse: así descubrió Margot, mediante un tacto fortuito, lo que habría reconocido antes si hubiera querido saberlo. «La otra, la extraña, va a tener un hijo de Henri. Yo no, yo no he sido capaz de hacer algo tan sencillo como dar a luz. En lugar de burlarme del rey y de la reina, me burlo de mi propio destino». Le palpó el vientre a la desconocida hasta que la muchacha se enfadó. «¿Qué se cree, señora?», espetó Fosseuse. «Se lo diré al rey, que se está metiendo conmigo».

«Hijita, sé buena, ¡cómo podría yo hacerle daño a su hijo!».

«¡Madame, ahora también insultos!».

La que antes era tan apacible se ahogaba de ira, se le ponía el cuello azul. «Si no se hubiera ido a cabalgar, ahora mismo me daría fe de que se me sospecha injustamente. Señora, voy a desmentir todas esas mentiras. Señora, usted no me quiere y quiere hundirme», gritó Fosseuse, una vez que recuperó el aliento. Margot habló aún más en voz baja.

«No hace falta que nos oiga todo el mundo. Hija mía, confía en mí. Te quiero como una madre. Las dos podemos irnos juntas, yo misma te apoyaré y te ayudaré».

«Señora, usted quiere que me maten. Lo que se imagina no es cierto».

«Solo escúchame. Usaremos la peste como pretexto para nuestro viaje, pues realmente ha aparecido en una casa cercana a esta, que pertenece al rey».

«¡El rey!», chilló la furiosa, al oír el ruido de cascos; salió corriendo de la habitación, tropezó y estuvo a punto de caer. Margot

la sujetó para que no se cayera, por el bien de su hijo. Pero poco después él mismo entró y se mostró enfurecido contra la pobre Margot. No le creyó, por mucho que ella se esforzara en explicárselo todo con detalle. Creyó a la tonta y mentirosa. Fue entonces cuando Margot se dio cuenta por primera vez claramente de que su felicidad había llegado a su fin. Perdió la confianza en sí misma que había sido su orgullo durante todo el tiempo que había pasado en la corte de Navarra. Al ver que su futuro estaba asegurado, pronto abandonó también su compostura y dejó que su naturaleza se desatara como nunca antes en el castillo del Louvre.

Su querido hermano d'Anjou, antes d'Alençon, llegó poco después para las negociaciones, y con él su apuesto mayordomo mayor. Apenas lo vio, este noble cautivó a la pobre Margot y se convirtió en el dueño de sus pensamientos. Ante su hermano no se disimuló. Si hubiera sido un hombre y feo como él, se habría convertido más o menos en lo mismo, en un espectro, y habría desperdiciado toda su vida, en lugar de solo parte de ella. «¡Champvallon es el hombre más bello desde la Antigüedad!», afirmó Margot.

«Córtale la cabeza», le sugirió su hermano. «Embalsámalo, incrústale piedras preciosas y llévalo contigo por montes y valles: es lo más seguro, como bien sabes por experiencia, querida hermana».

«¡Es el único sol de mi alma! ¡Mi hermoso corazón, mi todo, mi Narciso!».

«Le transmitiré cada palabra», prometió su hermano, y lo hizo de buen grado. «Será una lección para tu cornudo de Navarra. Me ha hecho perder el interés por la inglesa, y eso que ella misma me traía el chocolate cada mañana. Me llamaba su italianito y siempre quería

palpar si no tenía algún bulto secreto. ¡Ja, ja!». Tenía la misma risa que su hermana, de formas armoniosas: suave como el trazo de un violín oscuro. Por desgracia, aquel hermoso sonido resultaba inquietante, al provenir de un cuerpo tan pequeño.

«Me parece que pronto volveré a ver en París a cierta reina que está harta de su corte», dijo más tarde al despedirse y se marchó junto con la incomparable Antique, que le servía de mayordomo mayor. Margot, sin embargo, se fue a unos baños, acompañada solo por sus doncellas y la nobleza, pero no por Henri. Él llevó a Fosseuse a otros baños. Antes se había esforzado mucho para que ambas mujeres acudieran a los mismos. Esperaba que el amor que le profesaban las reconciliara —error que ambas le echaron en cara, aunque es el error más común. En realidad, Henri cometió ese error debido a su corazón compasivo, al ver llorar tanto a la pobre Margot. Ahora lloraba sin duda porque Fosseuse iba a tener un hijo y ella no, lloraba por sí misma, que había perdido su felicidad a causa de su esterilidad, y lamentaba la inquietud en la que había vuelto a caer y las nuevas aventuras que se habían desatado. Pero también derramaba lágrimas por la aventura, la bella Antigüedad; y le consolaba que, al menos, ese dolor fuera obra suya y no una humillación infligida por otros.

«¡Si lo supieras!», pensó en su atormentado corazón, porque Henri la presionaba para que fuera con él y con Fosseuse al mismo balneario. «¡Te odio y solo amo a mi Narciso!». No era así; Margot aún no odiaba a Henri en absoluto; pero los esfuerzos que al principio uno mismo no se toma en serio pueden acabar convirtiéndose en realidad. Como Henri tenía que elegir, se decantó por su amante en lugar de por su mejor amiga y la llevó a las

montañas, más arriba de Pau, a un lugar llamado Eaux-Chaudes. Era un lugar solitario y de difícil acceso. Antes de llegar a los baños había que atravesar uno de los tramos más peligrosos de los Pirineos, llamado «el agujero», y eso con una mujer en las circunstancias de Fosseuse.

Fue entonces cuando la envidiosa Rebours se enteró: hasta entonces había creído que se trataba de un malestar estomacal, consecuencia de haber comido demasiados dulces. Se guardó la información para sí misma y solo la utilizó para asustar a la odiada amante cada vez que se quedaban a solas. La pobre Margot no podía desear nada mejor. Precisamente por eso había enviado a Rebours con el viajero; su espíritu se deleitaba al menos con esta única venganza cuando se bañaba, sola y abandonada en Bagnères. La pequeña ciudad se encuentra en laderas más llanas, en la región de Bigorre, no en el Bearn hugonota, al que Margot se había jurado no volver desde que la habían ofendido en Pau a causa de la misa.

La pobre Margot abandonó a su séquito, vagó por los bosques y, como llevaba consigo una daga para protegerse, grabó palabras en las rocas. Primero fue el nombre de su antiguo amor perdido, su Narciso; sí, incluso añadió el contorno de sus rasgos físicos. Mientras lo hacía, derramó todas las lágrimas de su cuerpo, hasta que ya no veía lo que hacía. Cuando se secó los ojos, leyó las últimas letras escritas, y estas formaban: Henri. La pobre Margot se enfureció y puso una cruz detrás. Entonces lloró con más fuerza aún.

Mientras tanto, en Eaux-Chaudes, todos disfrutaban con entusiasmo de la naturaleza y de sus maravillosos poderes. Una mujer en particular, que se sumerge en la fuente termal, tiene la seguridad de dar a luz felizmente. Por otra parte, esta agua es eficaz

para la curación de todas las heridas y contra los dolores causados por pasar muchas noches al aire libre sobre el suelo frío, así como por todas las demás penurias de la guerra. Tanto Fosseuse como Henri disfrutaron del baño durante muchas horas. Unas pérgolas de hojas lo rodeaban, y estas se habían construido expresamente para la estancia y se pagaron a los trabajadores con seis libras. Bajo cada pérgola se bañaba un oficial enfermo o algún otro huésped, a quien Henri reembolsaba todos sus gastos, para que se hablara en el mundo de las fuentes de los Pirineos. Poetas como Du Bartas compusieron versos sobre ellas y recibieron igualmente la recompensa. Por eso, mucha gente recorría el camino de subida con todos sus peligros: el rey de Navarra estaba siempre rodeado. Su hermana, que durante su ausencia administraba el país desde Pau, le enviaba mensajeros a lomos de mulas. También subían por los empinados senderos mulas con odres llenos de vino. La actividad y el entusiasmo social animaban las altas montañas.

Margot, allá abajo, habitaba una cómoda ciudad, Bagnères, con termas bien conservadas: ya las damas y los señores de la Antigüedad se bañaban allí y bebían el agua termal. Las mejores casas estaban todas ocupadas por el séquito de la reina de Navarra; a su alrededor se arremolinaban, perfumaban y hablaban bien en su honor. Ella, sin embargo, no dejaba de pensar en todo lo que su amado señor gastaba allá arriba en esfuerzos, atenciones y paciencia —por Fosseuse, que llevaba a su hijo en el seno—. La estéril Margot se había quedado sola. Comprueba tú misma si estas aguas te hacen finalmente fértil. ¡Mientras tanto, tu amado y odiado señor permanece con la otra, que ya lleva al niño en su vientre!

Cuando bebía del manantial caliente y se sumergía en él, le parecía que bebía la nada, que yacía en la celda de piedra como una difunta. Rápidamente debían entonarse conversaciones alegres y animadas a través de las puertas abiertas de los baños, a lo largo del pasillo encalado. Quería oír versos y su propia voz melodiosa. Lo que, además, escuchaba y devoraba a diario, con más fervor que el agua curativa, era la Santa Misa, las palabras de aliento del sacerdote y la oración por el niño. «Será así: lo siento, está prometido. Llevaré a su hijo en mi vientre: entonces él no me repudiará ni se llevará a Fosseuse. No tendré que odiarlo. Él será rey de Francia, yo su reina, el delfín nacerá de mi vientre. La felicidad se ha alcanzado, ha llegado la paz. No fue en vano nuestro gran amor, la culpa de sangre que tanto nos atormentó a ambos. ¡Paz, paz y felicidad!‹

Cuando la pobre Margot regresó a Nérac, creía firmemente que estaba preparada. Pero una mañana, su amado señor corrió la cortina de su cama; con miedo y vergüenza, le pidió su apoyo para Fosseuse. Que le perdonara por haberle ocultado hasta entonces lo que había sucedido. A lo que ella respondió: «Por mucho que él le haya contado...», y no pudo seguir hablando. Pero se dirigió a la habitación de la comadrona, tras haber despedido a todos, pues hasta el final Fosseuse había engañado a los demás, y allí Margot, que había alcanzado la humildad, ayudó a dar a luz a una niña. No era un hijo, el peligro había pasado, Fosseuse nunca la desplazaría. Henri incluso permitió que Margot se llevara a la abdicada a la corte de Francia cuando partió hacia allí. Para Henri fue un final conveniente y le alivió.

Para Margot fue más. Viajó, en primer lugar, por su dignidad; pues si bien no era la hermana del rey de Francia, que se había rebajado a Henri antes de que ella aprendiera incluso la humildad por él, no dejaba de ser una mujer. Es cierto que sigue siendo estéril, ya no espera tener un hijo, ni tampoco paz. En el fondo, se aleja para que no estalle la lucha entre ella y su amado señor mientras aún están juntos, y para que no surja el odio mientras aún yacen en camas contiguas. Al principio no la movía otra cosa; pero, naturalmente, Margot fue utilizada para los planes habituales de atraer al rey de Navarra a la corte de Francia —como si los peligros de esa corte le fueran menos conocidos a ella que a él. Sin embargo, lo negaba todo y describía en sus cartas a sus enemigos como personas totalmente decaídas, a Guise envejecido, a su hermano Mayenne espantosamente gordo. ¿Por qué lo hacía la pobre Margot?

Ella escribió: «Si usted estuviera aquí, todos se le ofrecerían. En ocho días conseguiría más amigos que en toda su vida allá abajo». Y eso lo escribió porque así lo deseaba, orgullosa como estaba de su señor. Incluso podía ser la verdad, o una parte de la verdad. La otra, en cambio, era que su señor odiaba a los Guise y no gozaba de la simpatía de su hermano el rey. Puesto que Carlos IX no había podido detener la Noche de San Bartolomé, ¿qué podría impedir su sucesor? Este era tan débil y desequilibrado, tan acosado y abandonado, que ningún rey lo había sido jamás. Los señores de Lorena tenían, en realidad, un aspecto diferente al que Margot describía. La ciudad estaba llena de su caballería: ellos nombraban, recaudaban impuestos y mandaban, pero no el rey. Si Enrique se hubiera entregado en la guarida de asesinos que él conocía, el rey de Francia tal vez lo habría acogido como su salvador, pero ¿los Guise?

Navarra, el único que aún se interponía en sus planes, tal y como comunicaron expresamente al rey de España, ¿qué habrían hecho con Navarra? Ya no se mata con las propias manos, aunque se haya alcanzado el trono. Eso era en tiempos del almirante Coligny. Ahora, los Guise y su Liga organizaban, cuando querían, un levantamiento popular: en él habría perecido, como por casualidad, Navarra.

En Nérac no había ninguna duda al respecto; el Consejo Privado lo deliberó, Mornay lo llevó a cabo. Cuando Enrique leyó las cartas de la pobre Margot, las consideró una traición, no podía pensar de otra manera —y, en parte, también lo eran. Aparte de eso, sus sinceros deseos del corazón hablaban a favor de la grandeza de su señor. Pero como las cosas han llegado a este punto, la propia Margot confunde y menosprecia sus méritos, y Henri ya no los reconoce.

Respondió a sus invitaciones ambiguas con un desaire abierto. Exigió que no despidiera a Fosseuse, sino que la mantuviera siempre a su lado: con ello puso fin deliberadamente a la relación amistosa. Por cierto, en aquel momento ya no pensaba en Fosseuse. Entretanto, una nueva mujer le había hecho feliz y le había cautivado. Esta vez no se trataba de una simple ternura y menos aún de una pasión, oscura como el destino o como la sangre. Cuando Henri conoció más de cerca a esta dama de Burdeos, le gustó el nombre que ella misma había elegido, Corisande, que la convertía en un ser exquisito, como salido de los poemas románticos. Le sorprendió su atuendo fantástico: un pequeño bufón, un moro alto, loros, monos y otras cosas más, con las que se rodeaba para ir a misa. La condesa de Gramont era inteligente, elocuente y, sobre todo, rica. A diferencia de otras bellezas, tenía

una piel muy blanca. Como era amiga de su hermana desde la infancia, Henri ya la había visto antes. Ahora, de repente, un gran amor, o lo que él creía que era.

Sin duda, desde el primer día, la dama lo amó más a él que él a ella. Incluso había soñado con él sin conocerlo, y todo su atuendo estaba pensado para llamarle la atención. Él rondaba sus noches desde que la fama proclamó su nombre, y ella se había propuesto ser su musa. La musa de un gran príncipe y soldado le formará regimientos con su dinero; tras las batallas y las victorias, le abrirá sus blancos brazos. En especial, le hará escribir cartas sin fin; junto a ella, él será el escritor incomparable. Esto durará todos los años, hasta que el ambicioso se haya agotado. Entonces terminará también por eso, porque el rostro de la musa ya no es deslumbrante, sino que está manchado de rojo. Esta, como cualquier otra, estará decepcionada y amargada, olvidadiza de la tarea cumplida, que fue elegida por ella misma como el nombre de Corisanda.

Todo y cada cosa es diferente con Margot. Él no le escribe cartas hermosas y magistrales. Ella está ahí cuando su cuerpo está ahí. No es insustituible, no es eso; pero ella ha moldeado su juventud de principio a fin, con encanto y con maldición: ambos se llevan la vida, a diferencia de lo que ocurre con las musas nobles. No formará regimientos para su único y amado señor, sino que más bien enviará las tropas contra él. Porque ella es la última, la estéril, y tratará en vano de detenerlo en su camino hacia el trono. Incluso con la liga de los Guise y del mismo diablo se aliará al final contra su propia casa, solo por odio hacia su amado señor. Cuando su hermano Irrwisch muere, ella deambula perturbada en su lugar, como se comporta

uno ante el derrumbe de la casa; y acosada por el odio de su hermano el rey, finalmente desaparece como una mujer sola —ni siquiera podría ya hacer daño, tan sola—, y desaparece. ¡Margot!

Aún está en el Louvre y quiere atraer a Henri allí con las descripciones de las fiestas. Por supuesto, sabe que él tiene una nueva amante: guarda silencio al respecto, pero se venga. Por desgracia, el incomparable Narciso se casa; ella lo sustituye pronto y con creces. Su hermano real le arroja a la cara, en un baile de corte a cielo abierto, todos los nombres de sus amantes. Al día siguiente debe marcharse, deshonrada, abandonada; es más, incluso en su viaje de regreso al sur es detenida de repente por oficiales del rey y registrada como una ladrona. Pero ¿quién cabalga a su encuentro y la lleva consigo a su castillo, se asoma con ella a la ventana? ¿Quién es bueno con Margot, la abraza en silencio para que sepa que alguien sufre con ella, que también se avergüenza con ella?

Por la noche se sentó junto a Henri, quien fingía entretenerse con sus nobles: solo para no tener que hablar mucho, sobre todo con Margot. A ella se le habría ahogado la voz; se la veía llorar en silencio. Eran lágrimas de alegría, porque él era bueno. A ellas se mezclaban lágrimas de amargura por su propia impotencia. «¡Él ama, y esta vez en serio! Estoy en medio de todo, de su amada con ese nombre ridículo, que aún me envenenará, y por eso, de él mismo. De qué sirve ser buena. Ya no estoy aquí».

Justo en ese instante, él buscó su mano bajo la mesa y la apretó. Al principio ella se sobresaltó. Atrapada en sus miedos, ya pensó: «¡Adiós a Margot!». Luego se sobresaltó de nuevo, pero de alegría, porque aún no había llegado ese momento y lo peor se había pospuesto. La sangre le subió al corazón; rápida y secretamente se

inclina sobre su mano y la besa. Después, por el contrario, se mantiene muy erguida, ya no llora, no mira a nadie; ha comenzado a alejarse de aquí por adelantado, lo siente, quiere volver sobre sí misma, pero no encuentra el camino de vuelta. ¡Margot! ¿Nunca más? ¡Vuélvete hacia mí, si puedes! ¿No puedes? ¿Debes desvanecerte, debes desaparecer? ¡Margot!

El funeral

Índice

Al último rey de la casa de Valois le encantaba bailar, y lo hacía solo, de una manera infantil, pero siempre con el rostro ensombrecido, algo que no podía evitar. De repente se le ocurrió dejar a un lado el acta cuidadosamente redactada y quitarse la capa de piel. Con un jubón de seda blanca y caderas estrechas, una figura de muchacho tardío, se movía de un lado a otro ante un espejo que sus sirvientes habían colocado expresamente para él. Una música lejana sonaba para tal fin, y el rey, en la habitación silenciosa, daba pasos selectos, se entregaba a posturas y figuras cuya gracia era desmesurada. Con los párpados bajos, se veía a sí mismo en el cristal brillante como a un extraño. Ese no era él. Por desgracia, no se sentía como un bailarín alegre, ni dotado por el cielo, ligero y sin recuerdos. Estos le seguían a cada paso: solo la ansiada figura del espejo carecía de ellos —ni siquiera tenía cabeza, pues el marco la cortaba por la mitad—. Su cabeza, rodeada de fantasmas negruzcos, meditaba sobre el final.

Su hermano Francisco estaba gravemente enfermo; la sangre se le escapaba, como antaño a su otro hermano Carlos. En Flandes había malgastado el resto de sus fuerzas, en vano como todas las anteriores, y ahora yacía agonizando. El rey no tenía hijos y ya no esperaba un delfín, pues nada había servido: ni los baños de la reina, ni la gran peregrinación con los pies llenos de ampollas, ni una procesión suplicante de toda la corte por la iglesia de Notre-Dame. Todo estaba hecho; el miedo, la inquietud y los tormentos de la incertidumbre deberían haber quedado, en cierta medida, atrás para quien se encamina solo hacia el final. Sin embargo, no se acepta de

una vez y definitivamente la esterilidad decidida y el veredicto superior de extinguirse —al menos, Valois no puede hacerlo. Doscientos años de reinado de su linaje han transcurrido, y él debe ponerles fin. Solo temporalmente le parece que ya ha hecho el sacrificio; imperturbable y sin engañarse, mantiene la mente fija en el final y se ejercita en el estremecimiento diario del fin, hasta que quizá también eso se desgaste y la muerte ya no le cause ningún terror. Al fin y al cabo, la muerte no sería más terrible para el símbolo de épocas enteras y de una casa real en extinción que para un solo ser humano en su debilidad.

Para lograrlo, si fuera posible, el rey bailaba solo, o pasaba horas recogiendo una bolita en un cuenco, o se ataba una cinta azul al cuello de la que colgaba una cesta con cachorros. Estos se arrastraban y gemían: vivían, se ocupaban de él, él no tenía que mover un dedo. Cuando le comunicaron la muerte de su último hermano, él permaneció inmóvil como un muerto; ni siquiera se despertó, ni respondió. Los intrusos se callaron ante ello, sintieron la tentación de darle un codazo.

La corte esperaba que volviera a hacer de monje, que cantara en el coro con los demás hermanos, entre candelabros dorados y incensarios que él mismo había diseñado por el anhelo de crear algo. No, organizó unas exequias tan hermosas como una boda. El pueblo tenía que participar en ellas; por cierto, las pagaba tan bien y tan caro como las bodas de los favoritos reales. Todo el clero se había movilizado para el cortejo fúnebre, entre ellos los mismos sacerdotes que predicaban desde el púlpito contra el rey. Les seguía el ataúd, llevado por los nobles del difunto, y detrás de él el rey: de su casa, que yacía en ataúdes, solo quedaba él. La gente se preguntaba: el

Valois actuaba como si quisiera mostrar especialmente lo solo que estaba, ahora y siempre. Calles cubiertas de negro, y en el cortejo iba solo, sin su estéril reina, a distancia de todos los demás, todos ellos extraños. Delante de él, el ataúd de su último hermano estaba envuelto en paños de bandera de las campañas militares que el difunto había dirigido con dudosos honores, y algunas contra su hermano real. Este le había deseado la muerte, y ahora que el deseo se había cumplido, caminaba solo en el cortejo, entre el ataúd y los desconocidos.

A la cabeza de su séquito iban los favoritos Joyeuse y Epernon; él los había dotado de ducados y les había entregado a las dos hermanas de la reina. A continuación venían ya sus enemigos, los Guise, que pensaban heredarlo en contra de su voluntad.

Se mostraban más imponentes incluso que el propio rey; su séquito era más numeroso y los caballos que llevaban de las riendas eran mucho más nobles. Ellos mismos eran figuras de una fuerza y un poder desbordantes. El duque de Guise había adquirido entretanto rasgos severos. Ya no irradiaba como antaño sobre el pueblo y la gente honrada, el héroe de ensueño de sus mujeres. Ya no lo necesitaba: ni seducir ni obsequiar. Ahora se mandaba. No se pedía el voto ni a los ciudadanos ni a los campesinos, sino que quien no se uniera a la Liga y jurara obediencia ciega al líder, estaba perdido. ¡Realiza servicios de trabajo y cumple con tu servicio militar! ¡Págale tributos, mantente en pie durante días a pesar de tus varices, en todos los mítines del partido, cada vez que convoque a sus masas! Si no lo haces, perderás trabajo y ventas, serás proscrito; solo al espía y al traidor que te delate le recompensarás el esfuerzo. Quien encuentre después tu cadáver, se apartará de ti.

Una sociedad secreta asesina, que crece imparable, se impone sobre el Estado y lo absorbe, mientras que la legalidad parece casi impotente, como este rey bajo su dosel en el funeral de su último hermano. Hoy, la mitad del cortejo fúnebre —el clero, el ejército y la corte, la gente honorable y el pueblo— todos discuten hoy sobre su sucesión, como si lo estuvieran enterrando a él mismo. Mañana sus propios favoritos se pasarán al bando de los Guise, la Liga lo expulsará vivo de la tierra, lo acorralará en un último rincón, hasta que alguien lo mate. En el fondo, él sabe mucho de antemano; se obliga a caminar erguido bajo su dosel de oro tejido y oye lo que no le está destinado: cómo se reparten entre ellos sus provincias, cómo reclaman los cargos, las finanzas y el poder bélico. En realidad no lo oye, la distancia entre él y todos ellos sería demasiado grande: lo siente. Su interior tiembla de presentimientos que se asemejan a ruidos. Cierra los ojos y cree vagar de noche por un bosque peligroso. ¿Quién lo defiende? Entonces se sobresalta: un tumulto. En los escalones de esta iglesia grita una multitud: «¡Valois, muérete!», lo cual no le es nuevo. Es algo encargado y pagado, y él sabe por quién. Interviene la guardia, los gritones huyen, se forma un tumulto, la comitiva se tambalea. El dosel se hunde, se dobla lentamente sobre el rey, que se inclina, flexiona una rodilla, luego ambas, pero finalmente incluso apoya la frente sobre las piedras.

Cuando se endereza y vuelve en sí, los Guise lo han rodeado para protegerlo. Lo ocultan al pueblo, que solo los ve a ellos y les grita. El cardenal de Lorena muestra sin vergüenza un magnífico rostro de criminal. El segundo, Mayenne, hace alarde de más corpulencia de la que pueden tener los hombres traicioneros: eso está probado y es sabido. El duque —«¡Gran hombre!», exclama su

coro a sueldo. «¡Salve!», grita su sociedad secreta asesina, a la que quiere totalmente unida al país. Todo este pueblo es una sociedad secreta asesina, eso es lo que él cree que va a conseguir; solo hay un pequeño obstáculo, según él. El duque —«¡Gran hombre! ¡Salve!»— ya no se hace el bondadoso, sino el severo. Su máscara está abultada por músculos duros que proclaman la determinación. Es cierto que repartirá el reino entre doce de sus villanos más altos tras haber arrinconado al rey en el último rincón, y todos los villanos de rango inferior podrán robar y matar. Siempre y cuando se mantengan firmemente sometidos; de lo contrario, ellos mismos se estirarán y quedarán rígidos en lugar de firmes. Así está decidido, mirad los haces de músculos alrededor de la boca del líder. Matar y ser asesinado, una Noche de San Bartolomé sin fin será el reino del líder, ¡salve!

Como lo rodeaban estrechamente y se le había quitado la distancia, al rey olvidado se le escapó todo su saber, por mucho que de otro modo sintiera y oyera acercarse. Tomó a uno de los muchachos de Guise —el duque tenía hijos, no era estéril, no era estéril—, lo tomó y lo atrajo hacia sí, como si fuera suyo. Así asistió a la ceremonia eclesiástica, y también hizo el camino de vuelta a su castillo en medio de sus asesinos y de los asesinos de su país —que al menos esta vez aún lo protegían—. La comitiva se engrosó con sus nobles y mercenarios, que se unían a él por todas partes. Lo que la comitiva llevaba ahora ante sus ojos ya no era el duelo por un Valois, sino el poder naciente de los Guise. El último Valois rodeaba con el brazo a uno de sus hijos, caminaba al compás del tambor que tocaban sus tropas —para ellas, no para él—. Lo único que le quedaba, bajo el amplio y duro cielo de este reino, era una pobre y

estridente campana fúnebre: cuya resonancia se alejaba cada vez más.

La Liga, en su fervor por la Iglesia romana, por Guise, más o menos conscientemente, pero solo por la disolución del reino y por España —la Liga Santa tenía aún una preocupación, aunque insignificante. Era el rey de Navarra, quien, en realidad, no podía detenerla. Cuando un movimiento tan magnífico recorre a un pueblo despierto, sin duda debe conducir a su meta. Absolutamente todo habla a su favor, sobre todo el honor de la nación, que ya no quiere seguir soportando una vergüenza reconocida, en este caso la herejía. En tales casos también resulta que la «vergüenza» tiene poco dinero, mientras que el «honor», por el contrario, tiene mucho. Lo mismo ocurre, en consecuencia, con los soldados. Casi todos están del lado del «honor»; no se conoce otra cosa.

No se puede descuidar nada, y el rey de Navarra dio más que hablar de lo que convenía. La Liga decidió que eso debía acabar. Mandó vigilar al rey de Navarra y recibió noticias de que se dirigía sin cesar a la condesa Diana Gramont, a uno de los castillos de esta rica dama. Pero estos se encontraban en Guyena; allí era más fácil capturar al rey de Navarra. La Liga desplegó a la caballería por todos los lugares por donde él pudiera pasar. Por desgracia, él nunca se dejaba ver precisamente allí, pues sabía que lo iban a atrapar y evitaba a los cazadores. Estaba aún mejor informado que la Liga, y precisamente por la propia condesa Gramont. Dadas las circunstancias, ya que a su amigo le resultaba difícil visitarla, ella se convirtió en el centro de su servicio de exploración. Cuando ella tenía que desaconsejarle que fuera, él escribía —y adquirió su estilo más enérgico al mismo tiempo que partía hacia su meta más

ambiciosa. Un día, mientras ella estaba en Burdeos, él escribió a su musa.

«¡Alma mía!», escribió. «El criado que detuvieron en el molino en mi lugar volvió ayer a verme. Le preguntaron si llevaba cartas consigo y él les respondió: "Sí, una". Se la entregó, la abrieron y se la devolvieron. Era una carta suya, mi amor».

Al decir esto, el estilista se rió para sus adentros. Pensó en lo bueno que puede ser escribir cartas de amor, en ellas late el pulso de la naturaleza. Seguramente se avergüenzan de su burda sospecha mientras le devuelven el papel al criado y lo despiden. En consecuencia, siguen sin darse cuenta de que mi alma equipa con su dinero a soldados gascones: hasta ahora doce mil, pero eso no es todo. Me debe el doble, y se lo haré pagar. La mujer es ambiciosa. Ama a un rey sin dinero, sin tierras y sin soldados. Es la primera amante que no me cuesta nada, sino que me reporta ganancias. Que no se arrepienta. Al escribir esto, la sangre le bullía; por un instante se olvidó de los soldados, del dinero, y rápidamente añadió: «Mañana al mediodía partiremos —yo también—, y quiero devorar tus manos con besos. Buenos días, tú, mi mayor tesoro. ¡Cuida bien de tu pequeño!».

Así fue. Su pequeño le escribió a su protectora y musa. Solo mencionó sus manos, nada más de su cuerpo, mientras la sangre le bullía. Ella le había enseñado el respeto y una refinada forma de expresar los sentimientos, hasta entonces desconocida, que, por lo demás, seguían siendo los mismos. Al mediodía siguiente cabalgó hacia Burdeos como estaba previsto: ansioso por saber qué diría ella de la ridícula escaramuza que acababa de librar contra algunos hombres del rey de Francia. Dos muertos son la pérdida, el botín

consiste en cinco caballos; ella le regañará, porque eso es indigno de él. Sin embargo, también se trata de la vida, nunca de menos. ¡Cuida bien de tu pequeño!

Entonces tira de las riendas. Un bosque azul tras amplios prados, el río Garona los baña. Ante el borde del bosquecillo aparece una amazona. Va sentada de lado sobre el espacioso lomo del caballo, su vestido blanco cuelga hasta abajo, el sol lo hace brillar. Se inclina hacia delante, baja un poco la frente para reconocer a Henri. El movimiento carece de pesadez, la apariencia es sobrenatural; desciende del cielo con promesas de gloria y grandeza. «¡Un hada!», exclama él, deslizándose de la silla de montar y arrodillándose. Ella, sin embargo, le hace una señal con la mano; la luz hace brillar las piedras. Inmediatamente él se apresura; ella ya insinúa que va a abrir los brazos. Se inclina ligeramente para recibirlo y, dichosa, vuelve el rostro hacia arriba. Él cubre su mano de besos; ella presiona sus labios contra la coronilla de él.

La escena era digna de ellos, y ambos se deleitaron en ella — Henri principalmente por piadosa complacencia hacia la mujer y su nombre, Corisande. Este le obligaba a representar los sentimientos elevados. Se sentaron a orillas del río, bajo los álamos. Él no estaba exento de preocupación por los dos caballos, que, sin embargo, pastaban tranquilamente. «Mi gran amiga», exclamó embelesado. Ella dijo, suplicante y a la vez cortés: «¡Señor!». Sus ojos, muy abiertos y llenos de una felicidad incrédula, recorrían el paisaje silencioso, los árboles que solo susurraban, las aguas murmurantes. «Usted y yo solos. No sabemos nada de la guerra, los horrores de la peste nunca han llegado a nuestros oídos. Eso debe de estar en el

mundo, aquí no llega. Los atentados traicioneros nos buscan en vano, tan lejos de toda gente».

Se movió un poco el hombro, hacia el arbusto tras el cual había dejado a sus acompañantes. Los de ella esperaban en el bosquecillo; distinguió a varios. Todos saldrían cuando se hubiera disfrutado hasta el final de este idilio. Henri se volvió elocuente y le describió a su amada la isla donde querían vivir. La había descubierto hacía poco. Un canal rodeaba la encantadora isla de jardines, por los que se deslizaba en barcazas, y cantaban pájaros de todas las especies. «Toma, alma mía, coge estas plumas. Hubiera preferido traerte pescado. Es espantoso la cantidad de pescado que hay allí, y de regalo, una carpa grande por tres groschen, cinco por un lucio». Sin quererlo, pasó de los sentimientos a los hechos. Por eso ella también dijo que le había enviado un pastel excelente. En cuanto a los jabalíes domesticados, estaban guardados en el parque de su castillo de Hagetmau, y no se le ocurría nada más bonito que un animal feroz con tantas púas. «Señor, acierta infaliblemente en los gustos de su sierva. Tendré que darle las gracias hasta el final de mis días». La dama dijo esto, por un lado, con ironía, y esta era maternal. Como no podía ser de otra manera. De su misma edad, en realidad más madura que él, la mujer de treinta y dos años observaba con superioridad cómo sus manos se perdían en su cuerpo. Como si no fuera ella misma, los rasgos de su rostro permanecían completamente blancos, los ojos serenos y tiernos. Sabía lo que quería y creía poder manejarlo. En ese momento, se mostró indulgente con su amor propio real, por lo que mencionó sus regalos y su gratitud, aunque con burlona indulgencia. Solo entonces pasó a

sus propios favores: estos eran mucho mayores y lo ponían en deuda con ella, para siempre, como ella esperaba.

La dama aplaudió y, de entre los matorrales, surgieron dos jinetes: oficiales extranjeros. Solo cuando desmontaron, Henri reconoció que llevaban sus colores en las bandoleras. Agitaron sus sombreros de plumas sobre el suelo y pidieron permiso a la condesa de Gramont para presentar su nuevo regimiento al rey de Navarra. Ella asintió con la mano. De nuevo los sombreros sobre el suelo y se alejaron al galope: Henri apenas había tenido tiempo de recomponerse. Nadie tenía el don de sorprenderlo y transportarlo a un reino de maravillas como Corisande.

«¡Señor! Soy egoísta», dijo ella, para evitar cualquier agradecimiento. «Quiero verle grande».

Él dijo: «Quizá pierda su dinero conmigo. Ni siquiera como rey de Francia tendría lo suficiente para recompensarle debidamente por lo que ahora hace».

El entusiasmo por su «gran amiga» se apoderó de él. Las lágrimas brotaron de sus ojos; quisiera o no, tenía que rendirle homenaje. Las mujeres son la medida: ya sea que lo entusiasmen o él las menosprecie. Son la vida misma y su valor cambia con él. La condesa Diana alcanzó hoy el más alto nivel, y ella lo comprendió. Fue meritorio que no quisiera dejarle decir lo que luego tendría que lamentar, y muy inteligente que lo detuviera.

«¡No hable, señor! Cuando un día entre en la capital de su reino, alzará la vista hacia un balcón. Eso es todo y es suficiente».

«Usted debe entrar conmigo, señora».

«¿Cómo sería eso posible?», preguntó ella con angustiosa expectación; y, por desgracia, la sensatez se olvida cuando el corazón late con fuerza.

«Porque usted será mi reina». Al decir esto, se levantó solemnemente y miró a su alrededor como en busca de testigos, como si hubiera muchos cerca. Efectivamente, de entre los matorrales salieron sus hombres, mientras que los de ella se asomaron al otro lado. Entonces sucedió que de repente se ensombreció, pisoteó el suelo y adoptó un tono cortante para decir: «¿Quién me delató para que mis enemigos me encontraran, pero solo han capturado al sirviente? Lo sé. ¡La difunta reina de Navarra!».

Tanto odiaba a Margot que la dio por muerta. Ella lo había abandonado, se había atrincherado en la ciudad de Agen y trabajaba por su ruina. Él desea la de ella. La mujer que tenía frente se asustó: un elemento se alzaba ante ella. ¿Qué soy yo al lado de eso? Una extraña. ¿Qué quedará de mí? Sus cartas, puras palabras, y las dirige a sí mismo. Solo quien está solo habla con una musa. Durante ese instante se dio cuenta de ello. Anticipó las infinitas amarguras de muchos años, siempre engañada, nunca casada, y al final él incluso se avergonzará, ya que su figura se deteriora y su piel ya no es impecable. El instante pasó, y ella ya no supo nada más. En su lugar, un redoble de tambores, y el regimiento desfiló.

A paso ligero, ágil y alegre, rozó los bosquecillos a ambos lados; en la amplia pradera se reunió y cerró filas. Los dos oficiales comunicaron a la condesa de Gramont que su regimiento estaba en su puesto. Ella, en señal de invitación, flexionó ligeramente la rodilla ante el rey de Navarra, recogiendo su largo vestido. Él le tomó las

yemas de los dedos, la levantó y condujo a la dama hasta el frente de la tropa. Allí se inclinó de nuevo, esta vez profundamente; luego gritó con voz resonante, por encima de más de dos mil cabezas: «Pertenecéis al rey de Navarra».

El rey de Navarra besó la mano de la condesa de Gramont. Ordenó al abanderado que se adelantara y le pidió que bendijera la bandera. Ella lo hizo y se llevó el pesado paño bordado a su hermoso rostro. A continuación, el rey de Navarra recorrió solo la formación, agarró por el jubón a uno u otro soldado de la primera fila, porque lo conocía, y de repente abrazó a uno, pues este ya le había servido. Todos habrían querido oír lo que le decía a cada uno, pero al final llegó su discurso dirigido a todos.

«Yo y vosotros», proclamó, «ahora estamos relucientes y como recién nacidos, pero no lo estaremos por mucho tiempo. Nuestra condición exige que seamos todo plomo y pólvora. Salirá ileso quien me sirva bien y nunca se aleje de mí, ni siquiera lo que mide una alabarda. Siempre he acabado con esos holgazanes de allí. Estrecho es el camino recto hacia la salvación, pero Dios nos lleva de la mano».

Así habló el rey de Navarra ante sus dos mil soldados recién llegados, que creían cada una de sus palabras. Inmediatamente sonó un redoble de tambores, se agitó la bandera y el rey de Navarra montó a caballo. Ya no le quedó tiempo para sostener la mano de la condesa de Gramont bajo el estribo para que se subiera a la silla. Ella se había subido por sí misma, y, precedida de sus damas y caballeros, se alejó al galope.

Henri no la miró; tenía a su regimiento.

Con las riendas tiradas

Índice

Apenas había llegado con su regimiento a la carretera cuando una enorme nube de polvo se alzó en el horizonte; ¿qué podía traer consigo, si no era un enemigo? También se oía ya el trote de los caballos. Henri hizo que sus hombres se metieran en la zanja y los escondió en el bosque hasta que se supiera a quién debía atacar. Mientras tanto, los primeros jinetes salen disparados de las nubes amarillas; en un momento estarán aquí. ¡A por ellos! El propio Henri y sus nobles colocan a sus monturas en traverso y agarran las riendas de los que los persiguen. Uno cae del caballo con el impacto, pero aún entre las patas grita, con un tono horrorizado por la gran urgencia: «¡El rey de Francia!».

En ese instante, el polvo revela lo que ocultaba: el carruaje de seis caballos, los escoltas, los acompañantes y la comitiva, todos galopando con las riendas tiradas. Henri ya no tiene tiempo de despejar el camino; de repente, el carruaje se detiene y se tambalea. Los animales, tirados hacia atrás, tiemblan; su cochero maldice; los jinetes se levantan sobre los estribos; algunos blanden el arma.

«Muy bien, amigos, señores», gritó Henri. Les señaló la zanja y el bosque. «He traído un regimiento de soldados para proteger al rey».

«¡El muy diablo, nos estaba esperando!». Se miraron entre sí, consternados, y le hicieron sitio. «Venimos en caravana desde París, nadie puede habernos adelantado, a menos que haya volado».

Henri se bajó del caballo, se acercó a la ventanilla del carruaje y se descubrió la cabeza. La ventanilla estaba cegada por el polvo y tampoco se abrió. A ninguno de los sirvientes que estaban allí se le

ocurrió abrir la ventanilla al rey de Navarra. Pero, como cundió el asombro, todo quedó en silencio a su alrededor. El propio Enrique contuvo la respiración. Fue el único, en medio de aquel silencio absoluto, que percibió lo que ocurría tras el cristal cegado. Oyó los sollozos del rey.

Muchas cosas le pasaron por la mente, muchas cosas. Pero no dejó traslucir ninguna emoción, montó a caballo y levantó la mano. Todo se puso en marcha: el carruaje con su tiro de seis caballos, los escoltas, los acompañantes, la retaguardia… y también el regimiento de Navarra al paso rápido, ligero y alegre. Venía a pie, pues la comitiva real ya no cabalgaba. Parecía una huida, como si el rey de Francia hubiera huido de su capital sin detenerse hasta su provincia más lejana. Así había sucedido: Enrique lo comprendió, por muy sorprendido que estuviera. «¿Ha venido a buscarme? ¿Ha llegado ya el punto de que se salve acudiendo a mí? Pero yo haré que nunca te arrepientas, Enrique de Valois», pensó Enrique de Navarra, pues en aquel camino tenía el corazón elevado y conmovido.

Era de noche cuando llegaron a la ciudad. La guardia de la puerta no supo quién iba en el carruaje, y los habitantes que miraban por las ventanas apenas distinguían nada en la oscuridad. La comitiva avanzaba sin luces; pero cuando una farola colgaba sobre la calle, el rey de Navarra enviaba a alguien a apagarla. Dio la señal de detenerse junto al ayuntamiento. Cuando desmontó del caballo, ya se había abierto la puerta del carruaje. El rey salió: de inmediato abrazó a su primo y cuñado sin decir palabra, y tampoco dijo nada después. Anhelaba, más de lo que él mismo sabía, tener entre sus brazos a una persona de su linaje, aunque fuera en vigésimo primer grado.

En ese momento, al rey le inquietó lo que le rodeaba, tanto el edificio como la tropa que cubría la plaza y la calle. Trajeron una lámpara de la casa, por lo que Enrique percibió en el rostro del rey el susto y la desconfianza que se apoderaba de él. «Quiero ver al mariscal de Matignon», dijo el rey. Volvió a recordar que debía jugar con su suplente contra el gobernador. ¡No hay que desviarse del guion!

«¡Señor! No está en Burdeos, y la guarnición de su fortaleza seguramente no nos dejará entrar sin más. En cambio, yo gozo de buena reputación en el ayuntamiento. Su Majestad será bien recibida aquí y estará a salvo».

Ante estas palabras frívolas de su cuñado y primo, el rey se ensombreció aún más. Intuyó una intención y una premeditación, y tenía razón; pues durante el trayecto, ni siquiera su corazón noble y conmovido había impedido a Henri reflexionar sobre cómo y dónde podría hacerse mejor con el poder sobre el Valois. Eso fue en el ayuntamiento, donde gobernaba su amigo Montaigne. Este siguió la mirada del rey y dijo: «Mi único objetivo es proteger a Su Majestad».

El rey respondió con altivez: «Yo mismo tengo regimientos».

«Vuestros jinetes, señor, están con el mariscal de Matignon, recorriendo montes y valles para enfrentarse a los míos».

El rey se estremeció. En aquel instante tuvo por cosa cierta que había caído en una trampa. A la vista de tal espectáculo, Henri se sintió sobrecogido de compasión; se inclinó presto hacia el oído del rey y le susurró con apremio: «Henri de Valois, ¿a qué has venido? ¡Confía en mí!»

De hecho, se percibió cierto alivio en aquel pobre rostro. «¡Retira tus tropas!», exigió el rey en voz igualmente baja. Henri lo ordenó de inmediato; pero, dirigiéndose solo a sus oficiales, añadió que el regimiento debía permanecer dentro de las murallas, aislar la fortaleza y estar alerta ante posibles ataques. Valois, no estamos a salvo ni unos de otros. Afortunadamente, pudo anunciar:

«¡Señor! ¡El alcalde con varios señores del Consejo!».

Cuatro hombres vestidos de negro se arrodillaron ante el rey. El que llevaba la cadena de oro lo saludó en un latín cuya especial pureza el rey reconoció sin duda, y a continuación en francés: esto le pareció aún más meritorio, pues la expresión clásica resulta difícil en el lenguaje coloquial, sobre todo para alguien del sur. El rey sintió placer y, por un momento, casi olvidó el peligro. Hizo que los hombres se levantaran y, finalmente, entró en el ayuntamiento. Algunos dijeron después que solo el arte de Michel de Montaigne le había capacitado para ello.

En primer lugar, el alcalde condujo al rey al salón más grande. Este no había podido iluminarse con la suficiente rapidez desde la llegada inesperada de Su Majestad. Las sombras lejanas inquietaban al rey, quien pidió una habitación pequeña y luminosa, por lo que le abrieron la biblioteca del alcalde. El rey de Navarra ordenó a sus nobles que se dividieran con los del rey de Francia para montar guardia. Este se volvió en el umbral y exigió en voz alta: «¡Aquí, delante de la puerta, solo los míos!». Enrique respondió con igual firmeza: «¡Los míos ocuparán la salida!».

Así asegurados, ambos cruzaron el umbral. Montaigne quería quedarse atrás como todos los demás; el rey, sin embargo, le ordenó que lo acompañara. Esbozó una sonrisa sombría para decir: «Señor de Montaigne, usted es un noble de mi cámara. Aquí hay poco espacio. Si irrumpen los asesinos, los tres caeremos en la refriega. ¿Podrá avisarme a tiempo de un peligro?».

Montaigne también frunció el ceño, tal vez con ironía, sin duda con resignación. Respondió: «Omnium rerum voluptas: todas las cosas nos dan placer precisamente por el peligro que debería hacernos perder el gusto por ellas».

«Tiene muchos libros», respondió entonces el rey, miró hacia las paredes y suspiró. Pensó en sus escritos, en la cómoda capa de piel, en la túnica de monje con la que se hacía pasar por alguien que había renunciado al mundo. Aquí había que luchar.

«¿Conseguiremos algo bueno aquí?», preguntó; no sonaba esperanzador. Su primo y cuñado le respondió: «Por mi parte, no faltará», y comenzó a doblar la rodilla. El rey lo agarró, lo levantó y

dijo: «Dejemos las formalidades: me refiero a las ceremonias. Di lo que quieras».

«¡Señor! No pido más que sus órdenes».

«¡Bah, empieza!».

El rey había escudriñado las paredes con la mirada, por si alguna de las estanterías se podía mover de sus bisagras. Al no encontrar la puerta secreta que temía, se acercó él mismo una silla y la colocó justo en el centro. Nadie habría podido acudir tan rápido: tenía algunos de los movimientos de un muchacho.

«Señor, ¿no debería ser más bien usted quien esperara algo de mí?», preguntó Henri. «Estaré encantado de discutirlo todo con mis amigos».

«Eso ya se ha discutido muchas veces. Solo usted tiene que decidirse», explicó el rey, de repente formal, incluso solemne. Henri sabía desde hacía tiempo a qué se refería: su conversión a la Iglesia católica. Esta vez pasó por alto el tema; más bien se enfureció a propósito para quejarse con vehemencia contra su representante en Guyena. Según él, el mariscal Matignon no era mejor que el antiguo Biron. Henri llegó incluso a involucrar al propio rey. «Usted, que debería actuar conmigo como un padre, me hace la guerra como un lobo». El rey le reprochó que no le obedeciera. Henri replicó: «Por mi parte, puede dormir tranquilo. Pero, gracias a sus persecuciones, hace dieciocho meses que no duermo en mi cama».

«¿Qué ha hecho que informen sus diplomáticos a Inglaterra?», preguntó el rey; ante lo cual Enrique tuvo que apartar la mirada. Todos los buenos franceses ponían sus ojos en él, así lo había escrito, en efecto, su Mornay; pues bajo el actual Gobierno se

sentían mal, y del duque de Anjou no esperaban nada en el futuro, ya había dado muestras de ello. Sí, y ahora está muerto y era el último hermano del pobre rey.

«Pido perdón a Su Majestad», dijo Henri y volvió a inclinarse. Pero como no le detuvieron, se quedó así. El rey creyó que podía mantenerse severo tras la ventaja obtenida.

«¿De verdad quiere seguir siendo la causa de toda esta miseria y llevar al reino a la ruina?».

«Aquí, donde yo mando, nada está corrompido», respondió Henri con sencillez. El rey volvió al tema principal.

«Conoces mi condición y tu deber. ¿No temes mi ira?».

La conversión, solo la conversión: Enrique entendió al rey al pie de la letra. Por lo demás, el reino podía estar sumido en el caos, siempre y cuando el heredero de la corona se convirtiera al catolicismo.

«¡Señor!», dijo Henri con firmeza. «Eso no refleja su verdadero pensamiento. Usted es más sabio que sus palabras».

«Es insoportable», se quejó el rey irritado, «que en un momento se siente en el borde de la mesa y al siguiente vaya al otro extremo de la habitación a sacar un libro de la estantería. Odio ese movimiento, rompe la armonía».

Henri respondió con un verso de Horacio: «Vitam que subdio — ¡Que no tenga más techo que el cielo, y que viva en eterna inquietud!». Al tiempo que miraba al señor de Montaigne, quien se inclinó ante ambos reyes sin distinción. Luego volvió a situarse junto a la puerta, como un guardia.

El rey de Francia volvió a tomar la palabra. «¿Toda esa obstinación por una vida tan hermosa?».

«¿Acaso es usted más feliz en su castillo del Louvre?», preguntó Henri a su vez. «¡Señor!», enfatizó con vehemencia. «Quiero expresar lo que ya debe de saber: que, a pesar de todas las injusticias que he sufrido, no le odio, pues en manos de otros usted era como cera. Odio a los demás, pero usted es mi señor y mi amo. Su trono siempre ha sido ocupado por el heredero legítimo, ningún profano lo ha ocupado, y así ha sido durante setecientos cincuenta años, desde Carlomagno».

Henri pronunció el discurso a propósito; mientras tanto, el rey debía decidirse a dar la explicación por la que lo habían convocado. A pesar de los Guise, quiere nombrar a su primo Henri heredero de la corona. ¿Qué otra cosa puede tener en mente tras la muerte de su hermano y desde el terrible desarrollo del funeral, tal y como me lo ha relatado el jinete? «¡Valois, sea yo católico o turco, debes hacerlo!». Así pensaba el primo Henri, mientras veía cambiar el rostro del rey y observaba en él la rigidez forzada, el espasmo involuntario y, finalmente, el arrebato imparable. Esta se desencadenó de manera llamativa con la mención de Carlomagno. El rey, que hasta hacía un momento estaba pálido, se sonrojó de repente, como Carlos IX en su época de esplendor y vigor. Se levantó de un salto del sillón, se puso de pie y luchó por controlar su voz. Por fin, esta le obedeció.

«¡Esos sinvergüenzas!». Volvió a pronunciar, esta vez con mayor claridad: «¡El sinvergüenza de Guise! Ahora afirma descender de Carlomagno. Eso era lo que faltaba, eso era lo que quedaba. Lo hace escribir y difundir entre mi pueblo. Dice ser el único descendiente

legítimo, que todos los Capetingios que ocuparon este trono no eran más que falsos descendientes. ¡Esto es insoportable, Navarra! ¡Un impostor de más allá de la frontera y de origen muy humilde comparado con el nuestro se atreve a llamarnos bastardos, mientras que a sí mismo se proclama el verdadero heredero de la corona de Francia!».

«Se ha llegado a esto porque usted ha sido demasiado dócil durante demasiado tiempo», intervino Henri, utilizando el tono de quien llama a alguien al sentido común. El rey estaba demasiado alejado de ella. Su lengua se apresuraba furiosa, se le atascaban las palabras.

«Me he sustraído a su control y he huido con las riendas sueltas. Pero allí he dejado a mis mariscales Joyeuse y Epernon». —«Mariscales de veinticinco años», pensó Henri, «y cómo lo han conseguido».

«Harán lo que consideren oportuno para salvarme de ese Guise. Cuando regrese, quizá él ya no viva».

Aquí, sin embargo, el desdichado Valois se dio cuenta de que había hablado demasiado —ante su primo Navarra y en presencia de otro, con esos ojos demasiado astutos: un traidor. ¡Dónde está mi puñal! Ese pensamiento se lee en el rostro del pobre rey: se vuelve tan feo, tan sombrío. El miedo, junto con la prisa por matar, solo para que uno desaparezca; la sangre de su madre, la larga educación en el Louvre, todo ello transforma esta vez el rostro del último Valois hasta el nivel más bajo. El señor Michel de Montaigne, aunque no exento de temor ante la daga, compadece profundamente al rey, pues nada deja a un hombre tan indefenso como la pérdida de la razón. Por lo demás, solo un modesto noble

de la cámara real, aquí entra en juego su superioridad, incluso frente al rey: pues él mismo no pierde en absoluto la capacidad de pensar, ni siquiera mientras duerme. Se permitió dar un paso al frente y hablar.

«¡Señor! Nunca debemos levantar la mano contra nuestros siervos mientras estemos enfadados. Ese era un principio de Platón. En consecuencia, un lacedemonio llamado Charillos le dijo a un ilota que se había vuelto insolente: "Por los dioses, si ahora no estuviera enfadado, te mataría"».

El señor Michel de Montaigne sabía perfectamente por qué citaba precisamente este ejemplo. Recordaba al rey la enorme distancia que lo separaba de todos los hombres, ya fuera un simple noble o el duque de Guisa. Héroe y siervo: uno no puede ofender al otro, y este no puede vengarse. Si bien el ejemplo mencionado era halagador, apenas atentaba contra la verdad y favorecía la moderación; por eso se mencionó. Por cierto, tuvo más éxito del que el humanista deseaba. El rey giró el torso hacia un lado, apoyó la frente contra el alto respaldo de su sillón y se notaba en sus hombros que lloraba. Su dolor era silencioso esta vez; no era solo dolor, sino ya su desmoronamiento, era resignación y alivio. Por eso le dio la espalda a los dos que, sin embargo, podían matarlo, para derramar sus lágrimas en silencio. No temía a nadie.

Cuando regresó de su actitud de soledad, tenía los ojos enrojecidos y la expresión de un niño ansioso. «Primo Navarra, ¿sabes? Hace diez años que no nos veíamos».

«¿Desde que se me escaparon de las manos? ¿De verdad diez años?», preguntó Henri rápidamente, y, al igual que su primo,

recuperó el rostro de la inocencia.

«Diez años como un día», dijo el primo Valois. «Ya no sé en qué se me han pasado. ¿Y a ti?».

«¿Con las penurias de la vida?», fue la respuesta, que sonó a modo de duda. Henri negó con la cabeza.

El primo Valois le tomó la mano, se la apretó con insistencia y le susurró: «Todo fue solo un error. ¿Lo entiendes? Un error, un engaño, una desafortunada casualidad». Porque así es como se justifica una vida fallida, y este es el momento del asombro.

«¡Primo Navarra! ¿Era necesario? Piensa solo en esto: a ella… a ella no se le habría ocurrido la Noche de San Bartolomé».

Henri, también asombrado, recordó: «Ella misma sabía que los Guise solo podrían volverse peligrosos después de la Noche de San Bartolomé. Venderán el reino a España: así me lo predijo. Pero tuvo que actuar en contra de su mejor juicio». Lo cual es la verdadera estupidez, añadió en silencio. «Te lo confieso», le dijo al oído a su primo, «ya que la odiaba profundamente, tanto por mi propia desgracia como por los grandes e inútiles obstáculos que solía interponer contra la felicidad de este país».

«¡En qué me había convertido!», murmuró el primo Valois. «La despreciaba mucho por eso».

Aquí se detuvieron ambos, al darse cuenta de que hablaban de Madame Catherine como si fuera una muerta. Mientras tanto, la desgracia que había provocado esa falsa viviente seguía su curso por sí sola. Los primos volvieron a enfrentarse al hecho de que eran adversarios y de que se les aconsejaba de manera hostil.

Inmediatamente después de su armonioso susurro, se lo echaron en cara el uno al otro.

«No quiero nada más que tu cambio de bando, Navarra, para poder declararte heredero de la corona».

«Por mi parte, te ofrecería una alianza si supiera que te mantienes firme, Enrique de Valois».

«Pero tú, ¿de dónde sacas esa gran firmeza, Enrique de Navarra? No de tu fe: entonces, ¿de dónde?, eso es lo que quiero saber». Así insistía Valois, con gran inquietud, preguntándose cómo diablos se podría resistir y seguir el camino recto.

«¡Señor!», comenzó Enrique, cambiando de tono. «Me comprometo a que se le preste la obediencia que se le debe; actuaré contra todos los que conspiren contra usted, y todo lo que soy y poseo servirá para cumplir sus órdenes. Nada me importa tanto como la conservación de la corona. Después de usted, señor, soy el más cercano a ella».

Así solo habla la verdad. Cuando Henri se arrodilló, nadie lo detuvo ni lo hizo por mera apariencia. Se levantó cuando el rey se puso de pie. Presentía que ahora se pronunciaría la gran palabra: debía escucharla de pie. El rey habló como ante una asamblea:

«Hoy reconozco al rey de Navarra como mi único y exclusivo heredero».

Al terminar, se llevó la mano al corazón y dio un paso atrás, casi tambaleándose. Había nombrado a un protestante como su sucesor en este reino católico. Había provocado el odio de la Liga contra su persona hasta el punto del asesinato. Había realizado el acto más valiente de su vida.

El rey se dirigió entonces al alcalde de Burdeos para recomendarle que guardara bien lo oído, por si le sobreviniera alguna desgracia antes de que pudiera reiterar su decisión ante su corte y su Parlamento.

El señor Michel de Montaigne dijo: «Sí. Lo prometo», y esta vez no citó a los antiguos. Se había olvidado por completo de ellos ante todo lo que aquella hora con el rey y su heredero le había enseñado de nuevo. Más bien, se le había confirmado el conocimiento que ya poseía de tal manera que se había renovado.

Una tentación

Índice

En París, unos días más tarde, el rey estaba sentado frente a la chimenea, mirando las llamas y sin parecer escuchar lo que hablaban los señores. Sus favoritos, Joyeuse y Epernon, no estaban presentes. En lugar de matar a Guise, habían llegado a un acuerdo con él mientras el rey estuviera de viaje. Estaba presente el corpulento Mayenne, llamado duque de Maine, hermano del duque de Guise. Ya desde por la mañana, el rey luchaba por reunir fuerzas para expresar en voz alta ante un lorenés lo que había decidido y proclamado en Burdeos. El último plazo había expirado; solo quedaba una hora para que sus propios mensajeros pudieran llevar la noticia a Guise. Los nobles presentes en la sala mencionaron el nombre del hermano del rey, describieron su enfermedad y la extraña forma de morir que ya se había observado por tercera vez, tanto en él como en sus dos hermanos anteriores. Los señores se comportaban así, aunque podían sospechar que al propio rey le esperaba el mismo final. Pero para algunos ya no estaba allí, a pesar de su presencia visible. Los otros mantenían deliberadamente esta conversación, debido a su necesidad de cortejar al duque de Maine. De repente, el rey volvió la cabeza, apartándola de la luz del fuego. Se atrevió a hacer uno de sus gestos infantiles, lo cual sucedió por miedo, y con una ligereza que debía servirle de excusa, dijo: «Os ocupáis de los muertos».

Los miró a todos, solo evitó al gordo, por muy prominente que fuera su barriga. «Yo pienso en los vivos. Hoy reconozco al rey de Navarra como mi único y exclusivo heredero. Es un príncipe de buen carácter, al que yo, por naturaleza...» Todo en un mismo suspiro, y

sin detenerse en absoluto: para que aquella frase peligrosa, la del heredero, fuera atenuada o incluso pasada por alto. Pero no fue así en absoluto. Se oyeron murmullos. Un vientre de brillo sedoso se restregó contra el rey. Este charlaba con aire aún más despreocupado. «Por naturaleza siempre me ha caído bien, y sé que él también me aprecia. Se ofende con facilidad. Le gusta hacer bromas, pero en el fondo vale algo. Me he asegurado de que tenemos un temperamento afín y nos llevaremos bien».

«Es protestante», comentó Mayenne en voz alta.

«Deseo retirarme a mi estudio», dijo el rey y se levantó. Le hicieron sitio. La puerta por la que salió permaneció abierta, se le veía continuamente de espaldas, y entonces Mayenne alzó la voz. «Un hugonote como heredero, eso te va a salir mal, Valois. ¡Que alguien no tenga ya nada que perder y aún quiera regalar coronas!».

El rey lo oyó todo mientras caminaba lentamente por la habitación contigua para no parecer que huía. Precisamente por eso no cerraron la puerta. Algunos se asomaron para enterarse antes que los demás de qué peligrooso acto estaba cometiendo. Los más precavidos corrieron tras él. Mayenne vociferó: «¡Hay que llamar al Papa!».

«¡Excomulguemos a Valois!», silbó por la fisura. En contraposición a esto, silbó: «Le haremos la tonsura y lo encerraremos en un monasterio».

Se inclinaban ante el Gordo más profundamente de lo habitual y lo llamaban «Señor de la Fe», título que el Gordo se había otorgado a sí mismo para tener ventaja sobre su hermano Guise ante el pueblo y la gente honorable. Los señores de Lorena, sin embargo, se

mantuvieron unidos mientras no hubieran vencido. Después, cada uno esperaba privar al otro de los frutos. Mayenne no consultó con su hermano, que por cierto no estaba en la ciudad, sino con la duquesa de Montpensier, su hermana, y enseguida la Liga envió al pueblo a la calle. Allí fue manipulado por oradores, leyó carteles y escribió él mismo sus impresiones exaltadas en las paredes de las casas. El Valois ha perdido, haga lo que haga. Si no acepta la ayuda de Navarra, está perdido. Si la acepta, con más razón: pues decimos que él mismo es un hugonote. Que se haga monje, nunca ha sido otra cosa. Eso escribían en las paredes y se lo gritaban unos a otros a la cara.

Todo esto sucedió mientras el duque de Guisa estaba de caza. Había abandonado la ciudad a propósito. Durante el camino de vuelta se enteró de lo primero, pero no pudo cabalgar lo suficientemente rápido como para impedir que su hermana pronunciara discursos desde el balcón de su palacio y provocara a los estudiantes. Cuando llegó, ella ya había terminado una de sus apasionadas intervenciones y estaba en medio de la siguiente, esta con el rey.

La duquesa de Montpensier, en su litera, con sus largos y robustos miembros, llegó al Louvre como si su reino ya estuviera a punto de comenzar. Los guardias se dispersaron al verla: el pelo cayéndole sobre la nariz autoritaria, ojos crueles y un látigo de caza —pero gemas por todas partes, incluso en el látigo—. Llamó al rey y, como sus sirvientes habían huido ante ella, él salió por fin solo de su habitación. «Madame, podría mandarla arrojar a la Bastilla». Antes de que ella lo esperara, él le arrebató el látigo, que salió volando hacia un rincón.

«Aún me quedan las tijeras», chilló la furia y se las mostró. Las tijeras eran de oro y colgaban de su cinturón. «¡Tienen su destino!», le dijo con mirada asesina.

Él sabía cuál era su destino: cortarle la tonsura. Dijo: «La señora Liga es una dama aún más malvada que usted, señora. Tampoco ella me cortará la tonsura».

Ella se rió como una loca. «¡Señor! No puede satisfacer a ninguna mujer. Francia nunca le ha pertenecido, ni a Madame Liga ni a mí». Como ella le agitaba las tijeras delante de la nariz, él se abalanzó de repente y, con la misma rapidez, sujetó entre sus dedos un mechón cortado de su hermosa y salvaje cabellera. Mientras ella permanecía en silencio por el susto, él dijo: «Madame, me quedo con su mechón como recuerdo de su visita».

«¿De dónde saca ese valor?», preguntó la duquesa, que empezaba a recuperar la compostura y a ver al rey. Hasta entonces, a pesar de su presencia física, había soñado descabelladamente con él. «¿Qué le ha pasado?», preguntó ella.

El rey no le respondió. Ya se encogía de hombros, dispuesto a volver a su habitación. Pero como todas las puertas habían quedado abiertas, vio a través de la más lejana al duque de Guise que se abalanzaba hacia él. El rey se sintió indispuesto; sin embargo, no huyó, sino que pisoteó el suelo y llamó a la guardia con toda la fuerza de que era capaz. La gente se abalanzaba por todos lados; por fin apareció también el mariscal Joyeuse. En cuanto a Guise, estaba sin aliento e intentaba jurar su lealtad. Había ordenado a sus soldados que golpearan al pueblo, así lo afirmaba con descaro. Se hacía pasar por el gran servidor. El rey intervino:

«Llegan al río una cantidad llamativa de barriles. ¿Acaso se quiere que el pueblo esté siempre tan alegre como hoy? ¡Y con barriles vacíos se construyen barricadas!». Valois hablaba con tono amenazador; nadie reconocía al hombre débil de siempre. Sin embargo, los barriles podían servir para construir barricadas; Guise lo sabía mejor que nadie, pero, al mirar a Valois, el momento le parecía menos propicio que nunca. Por supuesto, el duque se mostraba más sereno que su hermana, y también más astuto que el cardenal de Lorena, quien, como príncipe de la Iglesia, reclamaba para sí el privilegio de esquivar al rey. Su hermana, que a raíz de la mención de los barriles ya volvía a blandir sus tijeras, fue reprendida severamente por el duque. Por cierto, su gesto, repetido con demasiada frecuencia, empezaba a resultar simplemente ridículo, sobre todo ante la actitud del rey, que era verdaderamente majestuosa.

—Señora —exclamó el duque—, su celo por la Santa Iglesia la confunde. Somos siervos del rey, que marchará contra los protestantes: ya está recaudando impuestos, eso es lo primero. Ahora nos amenaza la incursión de los alemanes en el reino; los hugonotes los han llamado una vez más». Dirigiéndose al rey: «¡Señor! Le ofrezco mi espada y le garantizo la ruina de todos sus enemigos».

Enfatizó esto último, repitiéndolo especialmente: todos. «¡Todos sus enemigos, señor!». Con ello, Guise obligó a su Valois a escuchar por fin a quién le juraba la derrota. «Del rey de Navarra», dijo expresamente y observó el efecto en aquel rostro odiado. Este fue un destello en la frente y una boca firmemente cerrada. Guise ya

sabía a qué atenerse. Se despidió y se llevó a su hermana de la mano. «¡No te pongas furiosa!», le susurró con malicia al oído.

Henri Valois los miró alejarse con la mirada perdida. «Henri Guise, cómo te admiraba en otros tiempos. Yo, tu prisionero, y tú irrumpías en mi habitación con el látigo de la caza. Una tentación algo malsana, lo admito, pero ya la dejé muy atrás. ¡Cuídate de mí, Henri Guise! Tengo un amigo». Miró la espalda del enemigo que se alejaba y pensó en su amigo con admiración, como si una mujer lo hubiera llamado para que volviera. «Navarra, ¿fui lo suficientemente firme en esa escena? ¿Tuve tu firmeza?».

La espalda del enemigo seguía alejándose. El pobre rey volvió de repente a su propia naturaleza, después de haber intentado durante tanto tiempo imitar la de su nuevo amigo. «¡Joyeuse!», siseó. «¡Libérame de ese tipo!». Ante lo cual el joven mariscal palideció y se volvió en silencio hacia la pared. El rey aún no había tenido pruebas de la traición de su favorito: una traición a medias, más repugnante que la total, que ahora se revelaba. El rey se marchó y, en su habitación, se derrumbó, porque había sentido mucho y con vehemencia: demasiada vehemencia para su naturaleza, demasiada para una hora de la tarde.

Al oír que el tirano estaba enfermo, todos lo dieron por muerto, y en las calles se bailaba de alegría. Pronto se acabaría con los cometas, la peste y los demás males que provoca un mal gobernante, sobre todo los impuestos. El pueblo y la gente honrada tenían que pagar una fortuna para que la Liga Santa acabara de una vez por todas con los hugonotes. La impopularidad derivada de los gastos de la guerra recayó sobre el Valois. El pobre se defendió como pudo. En primer lugar, volvió a negociar con Navarra su

conversión, tras lo cual habrían acabado juntos con la furiosa Liga. De este modo, Navarra también habría sufrido algunos daños, y el rey habría sido por fin el único señor del reino.

En el fondo, Valois no entendía por qué su amigo se resistía a la sencilla cortesía de cambiar de fe. Como deseaba algo con todas sus fuerzas, no se dio cuenta de lo que eso le habría costado a los demás: su autoestima, la confianza de sus fieles seguidores. El traidor a su partido no habría sido bien recibido por el otro bando al que se unía; es más, el propio Valois lo habría tratado de inmediato como a un degradado. Ya le ofrecía principalmente dinero por su conversión, lo cual no es nada inusual, ya que las convicciones tienen su precio. En cambio, la virtud, cuya sede es el conocimiento, no se vende. Esta prevaleció en el consejo de Nérac. «Si nos armamos, el rey nos respetará. Si nos respeta, nos llamará. Unidos a él, aplastaremos las cabezas de nuestros enemigos».

«¡Me apunto!», exclamó Henri.

Por última vez, Valois le envió a su segundo favorito, Epernon, de quien aún esperaba ser atendido, incluso amado. Joyeuse ya no significaba nada para él, a quien había llamado su hijo y a quien había concedido un ducado junto con una hermana de la reina. Hay personas débiles que no se aferran: al contrario, se retiran rápida e irrevocablemente. Aunque quisiera, el pecador no puede reparar su falta. Ya lo han sacrificado, mientras él aún no sospecha nada. Joyeuse deambula alegre y resplandeciente, lleno de orgullo por el magnífico ejército que crece cada día, con más nombres nobles, escudos famosos, caballos caros y armaduras de plata auténtica que jamás haya habido en un ejército real, pero quien lo debe dirigir es el joven de veinticinco años, un elegido de la fortuna.

El rey le sonrió y pensó: «Alégrate, al menos por ahora. Navarra es más fuerte que vosotros: lo sé de primera mano, pues su buena esposa, mi hermana, me lo confiesa de buen grado. Debo ayudarla con dinero y soldados contra su querido señor, a quien odia con un odio que solo yo puedo comprender. Somos de la misma sangre. Hago bien en mantener a Navarra en vilo, pero también a la Liga. Por turnos envío mis tropas contra ambos, incluso a los mismos mariscales, una vez a Matignon, otra a Mayenne. Preferiría enviar a Guise para que Navarra le derrotara; pero, por desgracia, es astuto. Prefiere irse y expulsar a los alemanes; que se lo lleve el diablo. Al menos no puede hacer daño a Navarra: no quiero que le pase nada a mi amigo Navarra. Pero tampoco quiero que destruya mi ejército. Las cosas se me complican: la culpa es suya, no mía».

Así pensaba el pobre rey y enviaba a sus mariscales alternativamente contra la Liga y contra su primo Navarra. Hubiera preferido apoyarlo antes que enfrentarse a él, pero precisamente en esta confusa situación tuvo que permitir que Navarra fuera excomulgado. Extraño suceso para un protestante; Enrique respondió a los carteles pegados en las paredes de Roma, la ciudad del Papa, quien lo admiraba por ello, y la cristiandad hablaba de él. Por el contrario, el pobre rey habría querido debilitar a la Liga más que fortalecerla, pero con ella, sin saber muy bien cómo, firmó un nuevo tratado. Cuando Enrique se enteró de ello en su Nérac, se quedó despierto toda la noche, completamente solo.

Reflexionó profundamente sobre lo que ahora se avecinaba y era tan seguro como la llegada de la mañana. Era la guerra, la verdadera guerra por la existencia, ya no acciones alegres y provisionales, sino la última, con toda su seriedad. Con la cabeza

apoyada en la mano, a la luz de las velas que se consumían, contempló de nuevo el conjunto, dejó pasar sus pequeñas y alegres victorias, las derrotas pronto olvidadas, las largas cabalgadas, las ciudades hostiles, la gente reacia y lo que a menudo lo había dejado cansado y demacrado: diez años de trabajo y esfuerzo.

Eso había sido y se desvanecía: Enrique percibió la decisión ante sí en forma de un enjambre que cubría la tierra. ¡Mátalo o cree en ello tú mismo! Solo a ti te tienen en la mira, de lo contrario podrían ocuparse de sus asuntos entre ellos, solo tú los perturbas. No heredarás la corona en paz, primero deben yacer allí diez mil cadáveres: ¡yo mismo cubriré con ellos mi propio reino!

«El primo Valois no ha cumplido su palabra, pero ¿qué esperaba yo? Se rinde ante la Liga antes de que esta lo mate. Tras su victoria, lo harían con mayor seguridad. Primo Valois, confías en que yo te derrote a ti y a la Liga. Esa es tu salvación, como lo es la mía. Tu infidelidad fortalece nuestra alianza; ojalá pudiera pedirle al Señor, mi Dios, que me librara de esta prueba, o ya habría terminado y yo mismo cubriría con mi cuerpo el suelo del reino».

Esta tentación se le presentó al hombre de treinta y cuatro años hacia el final de una noche de finales de verano, en la hora de mayor agotamiento tras una vigilia como aquella. Todas las velas se habían apagado. Inmediatamente después, la luz del amanecer se filtró por la ventana, y pudo ver que la mitad de su bigote se había vuelto blanca.

El día alegre

Índice

Uno no es un personaje trágico, por lo que no se encuentra, a la vista de todos, en el centro de los acontecimientos. Otros actúan y se dan al menos tanta importancia. Ahí está Guise, que quiere salir victorioso frente a un ejército alemán que viene de Suiza en ayuda de los hugonotes; hasta ahora le faltan batallas ganadas para su gloria. También Joyeuse, el joven mariscal, espera como un niño derrotar al rey de Navarra con su selecta caballería. Solo se detiene un rato en alguna de las ciudades que conquista por el camino y, tras la vida opulenta en la corte, se somete a una cura para purificar su interior. El comandante debe cabalgar hacia la batalla ligero y despejado.

No solo este nuevo adversario espera a Enrique: su viejo Biron, el mismo al que había tenido como enemigo acérrimo durante su pequeña escaramuza en su propio país, también se presentó puntualmente aquí fuera. Enri había cambiado entonces la provincia de Guyena por la de Saintonge, pues su salvación residía en el ataque: llevar la guerra fuera, trasladarla al norte, amenazar París —con la fama siempre volando por delante y haciendo sonar la trompeta. A su viejo Biron se le ocurrió atacar una cierta isla: Marans, cerca del océano; Enri se la había descrito de antemano de forma sumamente encantadora a su amiga Corisande. La franja de agua que rodeaba esta encantadora isla de jardines no era, por desgracia, más que pantanos ganados a la naturaleza, y en ellos se empantanó el ejército del enemigo. Tuvo que levantar el asedio, resultó herido él mismo y, además, se agotó el dinero de la corte. ¿Cómo iba un rey, que siempre había malgastado los tributos de su

pueblo en sus favoritos —sin contar lo que se llevaban los ladrones o la Liga Santa—, a pagar de repente tres o cuatro ejércitos? El dinero para Biron no llegó en un primer momento. Enrique se hizo con algo: solo unos pocos miles de táleros, pero eso decidió el colapso del mariscal, cuyas tropas desertaron.

Con ello, Enrique no solo se había deshecho de Biron, sino también de su primo Condé, debido al llamativo contraste con los fracasos que este rival sufrió por esas mismas fechas. La victoria de Enrique en la isla le ganó el apoyo de los intransigentes protestantes de La Rochelle, que de otro modo habrían preferido de buen grado al buen partidista y mediocre líder Condé. Ahora las numerosas torpezas de su correligionario se ponían aún más de manifiesto. A posteriori, en las casas más estrictas se sacudían la cabeza ante él. Primero se habían reído a su costa en el castillo de Nérac, y el primo no se lo perdonó.

Le tocó el turno a Joyeuse cuando por fin se sintió aliviado y cabalgó al campo de batalla. Es entonces cuando Enrique se convierte en una figura trágica: en el encuentro con el mayor y más rico de los ejércitos reales, en campo abierto, el día de la decisión. Y aún más: Enrique se convierte aquí en un héroe de la fe a imagen de la Biblia. Las dudas sobre él se desvanecen. Ya no lucha por el dinero y los bienes, ni por la corona: más bien, la ofrece por la gloria de Dios. Se pone del lado de los débiles, de los perseguidos, inquebrantable, bendecido por el Señor de los cielos. Tiene los ojos puros como un luchador por la religión. No es cierto lo que tanto tiempo se ha dicho de sus amores, sus locas travesuras y su tibieza. Nuestro héroe y guerrero, nuestro bendito, corremos hacia ti.

Así se unieron a él desde muchos lados —y, animados de antemano por su fama, todas estas personas se sintieron dichosas al ver con sus propios ojos cómo era: sencillo y bueno. Con sus propias manos sacaba tierra de las trincheras, comía de pie, dormía armado... y reía. Por su risa se quedaban con él, hubiera dinero o no, se comiera o se ayunara. Incluso alegraba a sus capellanes, pero por la noche despertaba a su capitán Turenne, a su capitán Roquelaure, y se vigilaban las mechas preparadas.

«¡Señor! ¿De qué sirve, sin embargo, que velemos y no dejemos que el enemigo nos sorprenda? Durante el día, usted se expone como si de usted no dependiera todo, vadea pantanos abiertos, y el agua le salpica por las balas que impactan a su alrededor».

«Y quizá caiga mañana», les respondió Enrique. «Por eso mi causa sigue siendo justa, pues es la causa de Dios».

Esto lo dijo bajo las estrellas, y así lo creía —con razón, como debe creerse—, pues su confianza carecía por completo de fundamento y, en realidad, con él habría caído inmediatamente también la causa. Pero si Dios quería salvar este reino, entonces debía, de buena o mala gana, preservar a Henri.

Inevitablemente llegan momentos de cansancio. Catorce días sin acostarse, toda la preocupación por la propia tropa —y por el enemigo, al que hay que atraer adonde se le necesita. Cuando por fin se encontraron, el duque de Joyeuse y el rey de Navarra, este se vio acorralado entre dos ríos y separado de su artillería. Lo que le permitió salir adelante fueron su rapidez, su agilidad y su buena suerte. A esto se sumaba que el enemigo era aún más torpe y lento. Los hugonotes habían cantado los salmos ante sus tiendas aún al

amanecer, y el enemigo tardó en formarse. Enseguida se dedicaron a burlarse de él y a insultarlo: los señores afeminados de la corte, los glotones, los ladrones de los impuestos y del sudor de los pobres.

«¿Ya ha tenido suficiente, señor duque? Si no, estamos aquí, y el miedo hace más que las armas. Ninguno de ustedes, señores, puede digerir lo que ha tragado en prebendas y pensiones, por eso no se mueven del sitio. Pero todo el campo de batalla apesta a sus perfumes. ¡Cuando terminen el trabajo, oirán de otra manera!».

Las amenazas siniestras se propagan a lo lejos con voces claras. Al otro lado, el astro naciente hacía brillar y relucir al ejército plateado. Ese era el ejército de los ricos: mucho metal noble, dagas de oro, yelmos de oro, piedras preciosas incrustadas en las armas, las bolsas llenas de dinero, las frentes llenas de cuentas y posesiones; bajo cada armadura plateada no late solo el corazón: el poder, el poder late en vosotros y es el poder de los recaudadores de impuestos y los recaudadores que se enriquecen a costa de viudas y huérfanos. «¡Canalla!», gritó desde lejos un anciano rudo, pero de mirada aguda: «Date la vuelta, te he reconocido, fuiste tú quien incendió mi castillo con tus mercenarios. Eres uno de la Liga».

Ese nombre avivó la ira del ejército protestante. El enemigo odiado no habrían sido los reales: las bandas asesinas de la Liga Santa también estaban al otro lado. Habían destruido capillas, quemado a pastores, llenado de pólvora a la naturaleza femenina. Sois vosotros quienes nos prohibís la patria junto con la fe, y no debéis ser ni pensar para qué nos ha creado nuestro Creador. ¡Pero Él quiere que muráis hoy! Así les aseguraban los pastores, que deambulaban entre sus filas, incluso con jubón y cota de malla, para

que la verdadera palabra fuera escuchada al menos por última vez. Antes de que el pastor terminara, el capitán dispuso a su compañía en orden de batalla.

El rey de Navarra se veía por todas partes, aunque solo vestía de cuero gris y armadura; a él no se le escapaba nada, especialmente ningún movimiento del duque de Joyeuse. Ambos se dieron tiempo antes de que la cosa se pusiera del todo seria. Al final, uno de los dos deberá presentarse ante Dios, mientras que el otro se hará con el campo. Cada uno de los destinos es grandioso; por eso se respetan mutuamente y se conceden la ventaja que aún queda por ganar antes de que la cosa se ponga del todo seria. Joyeuse realiza maniobras difíciles con su caballería demasiado brillante, sin que nadie le moleste. Mientras tanto, Navarra puede traer rápidamente sus últimos cañones de campo al otro lado del río. También se dirigió a sus dos primos para recordarles su misma sangre. Se trataba de Condé y de Bourbon-Soissons, el amante de su hermana Catalina.

Cuando Enrique ya creía estar preparado, se le acercó Philippe Mornay con dos pastores. Sin andarse con rodeos, ya que la batalla y tal vez el sacrificio de la vida le esperaban, Mornay reprochó a su señor que hubiera tenido otra vez un amorío en La Rochelle, y que esto pesara en el último momento sobre la virtud de los hugonotes. Enrique admitió su error ante los pastores. Dijo: «Ante Dios nunca uno se humilla lo suficiente, y a los hombres nunca se les desafía lo suficiente». Tras lo cual se alejó a galope, pues divisó a un desertor, un líder que se movía indeciso con su tropa entre las colinas, a una distancia provisional de ambos ejércitos. «¡Fervaques!», gritó Enrique ya desde lejos. «¡Si vencemos, únase a nosotros!».

Inmediatamente dio media vuelta, sin esperar a ver qué sucedía tras su llamada. Pero los hombres de aquel soldado recto y sencillo le instaron a decidirse, pues seguían al rey de Navarra. Enrique vio por la posición del sol que eran las nueve, y hacía dos horas que los dos ejércitos maniobraban, cada uno ante la mirada del otro. En octubre no es una hora avanzada; la luz caía oblicuamente desde las nubes, que se desplazaban bajas y lentamente sobre la llanura, de modo que se podía observar claramente: incluso los grandes ejércitos, junto con sus comandantes, se hacen pequeños, se vuelven muy insignificantes bajo las enormes nubes; y detrás de estas hay un cielo —quizá ni siquiera quiera conocernos.

Henri se irguió sobre su montura y gritó a las profundas filas de los suyos, justo antes de lanzarse con ellos al ataque contra el enemigo: «Compañeros, ¡se trata de la gloria de Dios!». Así gritó precisamente a causa del cielo bajo. «Nuestro honor exige que ganemos, o al menos debemos salvar la vida eterna. El camino está ante nosotros. Adelante, en nombre de Dios, por quien luchamos». Mientras gritaba esto a las filas, reflexionaba para sí mismo sobre las órdenes que debían seguir de inmediato. Pero sucedió otra cosa, y el ejército protestante, sin orden ni acuerdo, se arrodilló y rezó: todo el ejército. Rezaba en voz alta como un estruendo, un trueno o campanas a las que se tira, Salmo 118: «Dad gracias al Señor, porque es bondadoso, y su misericordia perdura para siempre».

Entonces el corazón de Enrique se elevó por el alegre sobresalto, y reconoció de nuevo lo que una vez le había sido anunciado en la orilla del mar: todo un ejército se arrodilla y, en lugar de atacar, reza. Tan convencido está de su destino de vencer. También él, con la frente erguida y las manos cruzadas sobre el pecho, se unió a la

oración: «Todos los paganos me rodean; pero en el nombre del Señor los derrotaré. Este es el día que hace el Señor; ¡alegrémonos y regocijémonos en él!».

En verdad, Henri estaba alegre, estaba más alegre que nunca. El día que hace el Señor es aquel en el que cabalgamos y luchamos, sin preocupaciones ni dudas. El bigote a medias no se volverá blanco hoy por la traición, la incertidumbre o el dolor. El día que hace el Señor está libre de dudas, pues allí se encuentra el enemigo. Hoy somos fuertes en la fe, pues no tenemos otra opción y debemos vencer. Ese es el día alegre.

El duque de Joyeuse vio lo extraño que ocurría al otro lado y exclamó: «¡El rey de Navarra tiene miedo!». Jean de Montalembert le respondió: «Señor, usted y sus cortesanos aún no se han arrodillado ante los hugonotes. Si allí ponen esas caras, es que algo se avecina». Ante lo cual algunos ricos con armaduras de plata se divirtieron aún más. Porque no habían investigado nada, no habían comprendido nada.

Aquello de allí es el ejército de los pobres. Aquello de allí es el ejército de los perseguidos por causa de la justicia. Es el ejército en el que a veces se da la virtud y, en ocasiones, el saber. Su rey tiene las mejillas hundidas desde esta campaña, lleva solo el yelmo gris y la coraza como todos, y su única camisa aún está húmeda en su cuerpo por el lavado. Había dedicado todo lo que él y su pequeño país poseían a este ejército; así también cada uno de los suyos se ha reunido con lo que le quedaba y toda su suerte. Si pierden esta batalla, todo habrá terminado para ellos, tendrán que emigrar a tierras extranjeras. Allí yacen, en este momento aún con las rodillas sobre el suelo de su patria, clamando al cielo, tirando de las cuerdas

que cuelgan de las campanas de las nubes: «En nombre del Señor, voy a destrozar a los paganos. Este es su día de alegría».

Y sucedió que, en el primer choque, los caballeros penetraron profundamente en las filas de los arcabuceros hugonotes. Incluso persiguieron a una parte de la caballería de Navarra hasta la ciudad de Coutras, donde ya se había empezado a saquear el equipaje. «¡Victoria!», se gritó, y Joyeuse no consideró prematuro enviar también a su infantería. Entonces se produjo la sorpresa. Los protestantes disparaban con ferocidad desde posiciones cubiertas contra los flancos del ejército real, que apenas acertaba a apuntar, pues sus cañones estaban situados demasiado bajos. La infantería huye, la caballería es arrollada. Se produce una refriega, el rey de Navarra abraza en medio de ella a un noble enemigo. «¡Ríndete, filisteo!». Entonces él mismo es como Sansón, pero habría sido mejor que hubiera derribado al filisteo de su caballo, pues casi pierde la vida por su nobleza.

Cuando el duque de Joyeuse vio que su causa estaba perdida, cabalgó con su joven hermano, el señor de Saint-Sauveur, hacia la densa refriega y allí pereció, tal y como había deseado. No había sido más que un favorito, y seguramente no había comenzado de forma honorable. Su orgullo, al haber llegado tan alto, le enseñó a caer con honor.

Apenas había exhalado su último aliento, cuando su ejército ya se dispersaba. Los hugonotes lo persiguieron durante dos o tres millas: cada uno tras su apuesto caballero, al que quería vaciarle los bolsillos, capturarlo y entregarlo solo a cambio de un buen rescate. En el campo de batalla quedaron dos mil muertos, casi todos católicos; por lo demás, estaba vacío. Los muertos yacían entre sus

caballos y sus armas, todo amontonado en montículos por sí solo, sin intervención humana, al igual que los demás montículos, formados por arena y hierba. Entre la arena, la hierba y los muertos se movía una sola figura encorvada: escudriña los rostros, se tambalea por el dolor de encontrar y reconocer, escudriña encorvada en el atardecer que cae, bajo las nubes bajas.

En el «Caballo Blanco» de Coutras se celebraba un banquete arriba, pero abajo la mesa sostenía los cadáveres del duque de Joyeuse y de su hermano. El rey de Navarra regresó, no se sabía de dónde; en la confusión de la victoria nadie lo había echado en falta. Encontró su propia habitación llena de prisioneros heridos, se dirigió a la posada: allí algunos notaron que tenía los ojos enrojecidos. Al principio aún se arrodilló ante los dos vencidos; luego, por decisión propia, se transformó y subió apresuradamente para celebrar la gran victoria con los que reían y comían. Nunca antes habían obtenido los de la religión una victoria tan grande, ciertamente no en tiempos del señor almirante, como también admitieron sus antiguos compañeros de armas. Cuando entró el rey de Navarra, todos se levantaron de los bancos, dieron una fuerte palmada y luego contuvieron la respiración para que reinara el silencio absoluto.

Enrique se metió entre ellos riendo y exclamó: «Aún no la vida eterna, eso todavía no lo hemos ganado, pero sí esta». Agarró la jarra más grande y la chocó contra todas las demás que le ofrecían sus valientes capitanes. Devoraron lo que contenían las enormes fuentes; Enrique tanto como cualquiera. Sus voces sonoras narraban sus hazañas en aquella batalla, y Enrique las suyas, claras como una trompeta. En la larga sala, el aire se había espesado con el humo de las antorchas, el vapor del asador y los vapores calientes de los

soldados. Todos sus trajes de cuero tienen manchas oscuras; ¿cuáles son de su sangre y cuáles de la sangre de los enemigos muertos? «Os veo, pero vosotros no veis que he llorado.

Ya he llorado lo suficiente por mis compatriotas, a quienes yo mismo he tenido que matar, y que sin embargo me habrían servido fielmente más tarde. Allí cuelgan del techo sus estandartes, los que quedan de ellos. Bien y en orden, pero no quiero coger el estandarte del rey de Francia, y él mismo no debe yacer abajo sobre la mesa mientras yo banqueteo arriba. Eso no, lo juro», se dijo a sí mismo, pero se lo comunicó alegremente a sus comensales.

Valois se encuentra a orillas del Loira con su último ejército y defiende su reino. «No te haré nada, Valois, y lucharé por tu reino. Aún tenemos que acabar con Guise, eso lo sabemos los dos. Ahora él puede hacer retroceder a los mercenarios alemanes hacia Suiza, pero tú, en su lugar, entrarás victorioso en tu capital, mi Valois. Porque no te haré nada, nos entendemos».

Dicho y hecho, y al día siguiente Enrique montó a caballo para cabalgar a través de toda Guyena hasta Béarn; llevaba consigo una tropa a caballo y veintidós estandartes capturados, que llevó a la condesa de Gramont. Actuó de forma romántica, como todos vieron. En lugar de aprovechar su victoria y derrotar al rey, se dejó llevar por sus sentimientos y llevó las coloridas banderas conquistadas hasta los pies de su amada. Esto provocó una gran decepción entre los vencedores de ayer; sí, Henri es acusado de traición por protestantes extranjeros, a quienes les resulta fácil hablar cuanto más lejos se encuentran de este reino.

Llegó y allí, en la escalera de su castillo, vestida de blanco y cubierta de perlas, estaba la hada Corisande, tan celestial como solo

la había soñado. Todas las banderas se ondearon y se bajaron ante ella; luego, como si fuera ya lo suficientemente digno, Henri se acercó a ella y la condujo al interior tomándola de la mano levantada. Ella no podía expresar lo feliz que era. Tan feliz estaba su musa que olvidó todo lo que no fuera su victoria y su gran camino. Ni un pensamiento de amargura o de pretensiones propias: confiaba en él con dulzura. Con maternal compasión lamentaba sus esfuerzos, se alegraba de que hubieran sido recompensados; pero, en verdad, habría deseado que duraran mucho tiempo, como así sucedió. Mientras la felicidad permanece en el aire, aún es el momento de la musa: pero este es su día feliz.

Moraleja

Índice

Avanza imperceptiblemente. Todo le favorece: tanto sus esfuerzos como los de los demás por reprimirlo o matarlo. Un día nos damos cuenta de que es famoso y de que la suerte le sonríe. Sin embargo, su verdadera suerte es su firmeza natural. Sabe lo que quiere: en eso se distingue de los indecisos. Sobre todo, sabe lo que es bueno y lo que será aceptado por la conciencia de sus semejantes. Esto lo sitúa claramente al margen. Nadie, entre quienes se agitan en este ambiente turbio, está tan seguro como él de las leyes morales. No hay que buscar más lejos los orígenes de su fama, que nunca más se verá empañada. Los contemporáneos, de entonces y de algunas otras épocas, tienen por costumbre inclinarse ante cualquier éxito, incluso infame, aunque sea a costa de recusarse a sí mismos tan pronto como atraviesan ese pasaje por donde soplaba un viento de locura. En cambio, los éxitos de Enrique no estaban destinados a humillar a los hombres, algo que la mayoría de los jefes afortunados apenas evitan. Más bien debían realzarlos en su propia estima. No se suele ver al heredero de una corona, a quien el partido dominante repudia abiertamente, ganarse para su causa, mediante procedimientos de una honestidad patética, al propio rey contra el que se ve obligado a luchar. Cuánto desearía ayudar a ese rey, en lugar de tener que menospreciarlo a él y a su reino. Ha tenido sus momentos de debilidad y la tentación de acabar con todo no le ha sido ajena. Eso es asunto suyo. A medida que se acercaba al trono, ha hecho comprender al mundo que se puede ser fuerte sin dejar de ser humano, y que se defienden los reinos sin dejar de defender el sentido común.

Los muertos al borde del camino

Índice

¿Quién se atreve?

Índice

El 9 de mayo de 1588, el duque de Guise se cuela en París en secreto y con escasa escolta. El rey le ha pedido, le ha suplicado con temor, que no venga. Valois sabe que la mera presencia del otro marcará su fin, o que decidirá el fin del otro. ¿Cuál de los dos se atreve, y quién lo hace primero? Guise había aniquilado entonces al ejército extranjero de los hugonotes; el ejército real al mando de Joyeuse, por el contrario, había sido derrotado por Navarra. A pesar de ello, el pobre rey ha intentado hacerse pasar por vencedor; el pueblo y la gente honrada lo desprecian unánimemente. Sus parlamentarios, los grandes jueces del país, son casi los únicos que aún se muestran leales al rey: son experimentados en el pensamiento. En esta situación confusa no se debe apartarse de la ley, pero la ley es el rey. ¿A quién pueden decírselo y hacérselo comprender? Ni a los ricos, a quienes Guise, y no el moribundo Valois, garantiza su dinero, ni a la gente exaltada de la calle, que grita «hambruna». Ya se ha pasado hambre muchas veces: no hay motivo para suponer que pronto se vaya a tener que sobrepasar la medida habitual del ayuno. Sin embargo, una multitud que ha votado mal una vez sigue cometiendo tonterías. Están a favor de Guise, un aventurero y estafador de masas a sueldo del enemigo. Su partidismo antinatural les provoca ira y miedo: es la resistencia de su conciencia, pero no lo comprenden. Debido a su ánimo perturbado, París se rinde a su hambruna imaginaria.

Guise, con sus cinco o seis jinetes, llega a una calle muy concurrida, aún sin ser reconocido, con el rostro oculto bajo el

sombrero y el abrigo. La ciudad, especialmente los numerosos conventos, está llena de sus tropas; puede llamarlas dondequiera que se encuentre. Pero se hace el intrépido y el misterioso, para lograr efectos sorpresa. A punto de cumplir cuarenta años y padre de muchos hijos, conserva aún la fuerza teatral de los medios con los que alguien tan inapropiado se pone en escena. Su propio joven, entrenado para ello, le quita el sombrero y el abrigo al misterioso jinete, el pequeño pícaro, y exclama en voz alta: «¡Noble señor, dése a conocer!».

Mientras tanto, ante el rey en su palacio del Louvre, la anciana, la muy anciana reina Madame Catherine dijo: «Guise es el bastón de mi vejez». Su hijo miró con ojos pesados a la artífice de la Noche de San Bartolomé, cuyas últimas consecuencias recaían ahora sobre él, y eso lo sabía incluso sin que se lo dijeran. Pero estas llegaron de inmediato, y con la llegada del duque de Guise se supo también enseguida su éxito. «¡Estamos salvados!», fue la primera en gritarle una dama refinada al duque, mientras se bajaba la máscara de los ojos. «¡Buen príncipe, estamos salvados!». A continuación, toda la calle se sumió en una oleada de entusiasmo. ¡Se acabó la hambruna, el líder ha ahuyentado al espectro del hambre! Fluyeron lágrimas de alegría. Las botas que cuelgan del caballo se pueden besar sin más. Se frotaron rosarios contra él para que los santificara y, por supuesto, hubo gente que resultó aplastada.

Mientras el coronel corso Ornano relataba esto, el rey no lo miraba, mantenía la mirada fija en su madre, que lo sentía, pues era pesado. Ella murmuraba entre dientes: «Guise es el bastón de mi vejez» —pero esto, para reafirmarse en toda su estupidez y protegerla incluso contra sí misma: porque podría haber tenido un

momento de lucidez. Su espíritu se había vuelto completamente del color de la tierra, tierra de cementerio, y allí parecía querer regresar cuando se marchó, golpeando el suelo de forma desigual con el bastón, arrastrando los pies, tanteando, haciendo zigzags, hundiéndose cada vez más en sí misma; al final, la cabeza le quedaba a la altura de las rodillas.

El coronel corso expuso su opinión, pues estaba seguro de que el rey no pensaba de otra manera. El duque debía ser apuñalado. Un clérigo, que también estaba presente, justificó la opinión con el versículo bíblico adecuado. Varios hombres decididos se expresaron, y el rey no contradijo: su silencio les pareció casi un asentimiento. Entre ellos discutieron qué quedaba aún en manos del poder armado del rey, y si, una vez consumado el acto, el terror del bando contrario se mantendría hasta que llegaran refuerzos. Entonces volvió a aparecer la madre del rey: con ella, efectivamente, Guise. No el apuesto Guise, ni el orgulloso héroe. De camino a la habitación del rey, sus corteses saludos no habían sido correspondidos, y el comandante de la guardia, Crillon, se había calado el sombrero con más fuerza. Por eso el duque supo lo que le esperaba. Pálido y atónito, llegó al lugar. Pero le acompañaba la anciana: el rey se abstuvo de dar la señal para las dagas porque la anciana estaba presente. En el Palacio del Louvre, de toda su casa, muerta o rebelada contra él, solo la tenía a ella, que lo había traído hasta allí. Por eso la temía como al destino. Ni se le pasó por la cabeza, en su presencia y en contra de su voluntad, hacer la señal a las dagas salvadoras. Miró brevemente al duque y le dio la espalda.

Guise se dejó caer sobre un baúl. Se le humedeció un ojo por la proximidad de la gran cicatriz; parecía estar llorando. Lo había visto

todo: el miedo del rey. «Tanto miedo como yo», pensó Guise. Pero había interpretado correctamente los rasgos contraídos del rey. La decisión de matar solo falló por esta vez. En el rincón más recóndito, la anciana reina se esforzaba por tranquilizar a su hijo: Guise se apresuró a marcharse. «¡Salvado, aún vivo, y ahí está también mi pueblo, que ha penetrado hasta el patio del Louvre para sacarme. De nuevo el héroe. ¡Salvado, y ahora se tomarán medidas drásticas!».

Eso es lo que se piensa después de dejarse sorprender. En serio, un Lorrain no quería levantar barricadas y librar una batalla contra el rey en su capital: solo había actuado de tal manera que tenía que llegar a eso. Cuando se echó atrás ante el objetivo y hubiera preferido irse a dormir, le visitó Mendoza, el enviado de don Felipe, y le habló en tono de orden. Su verdadero señor podía obligar al duque de Guisa. En el plazo de tres días, Francia debía verse envuelta en una guerra civil abierta; tal era la voluntad del dominador del mundo. A Guise no se le tuvo en cuenta, pero el que tenía más experiencia en la materia había sido informado. La Armada estaba por fin lista para zarpar hacia Inglaterra. Esta flota llevaba años preparándose y estaba provista de todo lo necesario para años enteros, aunque no se habían calculado más de catorce días para la travesía. Durante el trayecto, debía poder hacer escala en los puertos franceses con total seguridad. El dominador del mundo no quería encontrarse con ninguno de sus enemigos franceses: era, por naturaleza, meticuloso y cauteloso. Por eso, en tres días debían apilarse en París los barriles de arena. Desde su Louvre, el rey ya los había visto desde hacía tiempo remontar el río. Como, en su extrema necesidad, había dejado entrar en la ciudad a

algunos suizos y alemanes, la revuelta tuvo su último pretexto. Los extranjeros, abrumados por la gran superioridad numérica, se arrodillaron y alzaron sus rosarios. El rey tuvo que suplicar por sus soldados, tantos como quedaban con vida. Suplicó al duque de Guisa, con lo que este perdió por completo el valor para matar al rey; eso era lo que Mendoza le había exigido.

Como ahora nadie se atrevía a matar al otro, ni Valois ni Guise, se produjo una indecisión, y las calles quedaron abandonadas durante días a los monjes, que predicaban una masacre al son de las campanas de alarma. También la hermana de Guise, furia de la Liga Santa, hizo lo suyo: desde su balcón incitó al asesinato a la turba agitada de la juventud idealista. Ella decía: «Juventud, mi juventud, siempre eres idealista», lo que los futuros abogados, predicadores o pintores le creían sin más. La sangre caliente se confunde a menudo con el idealismo. En tiempos de precipitación generalizada, la sangre joven goza de gran respeto. La duquesa de Montpensier, en su furiosa exuberancia, seguía entendiendo de rostros; allí abajo, en la multitud de sus admiradores, distinguió uno, y no era la primera vez que lo veía. Quien tenía ese aspecto, servía. Mandó que subieran al joven monje.

Hizo lo demás y se preparó, se vistió con un traje de velos que ceñía su alta figura, roció su dormitorio con agua perfumada, cabello azabache ya teñido, pechos que brotaban, estrellas de plata por doquier: se miró y decidió que era suficiente, a pesar de todas las devastaciones que las pasiones habían causado en su rostro. «Treinta y seis años; con otro podría ser fácilmente demasiado tarde», pensó la gran dama. «Pero no para un monje campesino de veinte años que ve por primera vez en su vida la cama de una

duquesa». También se preguntó: «¿Qué hago y hasta dónde llego?». Da igual, respondieron sus hombros fuertes y redondeados, que se alzaban y volvían a bajar.

«Quiero algo y lo quiero hasta el final. Eso es lo que les falta a los hombres, incluso a mi adorado Guise, que pronto subirá al trono de Francia. Solo hace falta un golpe, pero él se asusta ante ello. Su hermana no. Ella acabaría asestándolo con su propia mano. Mi mano es fuerte, mis miembros no son más débiles que los de mi hermano, los hombros son anchos, yo misma podría ser la heroína de la familia, salvo por los pequeños detalles que me convierten en mujer; y con eso lo lograré».

Hizo una señal con la mano, sus sirvientes acudieron corriendo, llevaron al monje hasta allí, lo empujaron por la puerta, que se cerró de inmediato. Una diosa se quedó sola en la habitación con un ser moreno de allá abajo que apestaba terriblemente. El agua perfumada no sirvió de nada contra el olor a suciedad, y este se extendió de inmediato: pero la dama lo soportó. Se dirigió al monaguillo, que la miraba con ojitos, chasqueaba los labios gruesos, y el campesino metió las manos en las mangas remangadas: le hubiera gustado sacarlas y palpar la carne. Ni rastro de timidez, hoy todo está patas arriba, todos valen lo mismo en la Liga Sagrada. Basta con mirar en la calle, detrás de los barriles de arena: allí yacen unos encima de otros coroneles y caballeros, a los que hemos podido acabar. Sus mujeres nos pertenecen. ¡Eh! «Juventud generosa», dice ella.

«¿Cómo te llamas?», preguntó la duquesa en un tono que asustó al muchacho. «Ya lo sabe», murmuró él. «Me han llamado por mi

nombre desde arriba. "¡Jakob, ¿dónde estás?", gritaron. Pues aquí. ¿Y ahora qué?».

«¡De rodillas!», ordenó la duquesa con firmeza. «Reza el rosario». Su dominio y poder sobre él eran ilimitados, lo reconoció por sus palabras delirantes. Ella rondaba en sus sueños, ya desde las veces anteriores, cuando le había hablado desde el balcón. De rodillas, tuvo que confesarle su destino vil y libertino: el pecado carnal por el que había sido enviado desde el monasterio a París para cometer un acto. Su superior allí le inculcó: el pecado carnal solo se puede reparar con un acto. «¿Con cuál?», preguntó la duquesa. Él no lo sabía. Los monjes que lo habían educado dejaban el asunto en la oscuridad. Los monjes ejecutan constantemente a los regicidas, pero al final no utilizan a ninguno. Este es mío. «Me perteneces», ordenó ella. «Haré contigo lo que quiera. Puedo hacerte invisible. Levántate, date la vuelta hacia la pared». Se dirigió al fondo de la habitación y buscó. «Jakob, ¿dónde estás?». La oyó preguntar varias veces sin que él respondiera. «Ahora sí que soy invisible, vaya», se dijo a sí mismo; por lo demás, no pensó en nada. Su corazón no latía más rápido por eso.

«Jakob, ven y toca el dobladillo de mi vestido, así volverás a ser visible».

«No quiero volver a ser visible», refunfuñó él, «a menos que pueda tocar algo más que solo el dobladillo».

Sin embargo, se acercó arrastrando los pies con sus sandalias; pero antes de que pudiera alcanzar su vestido transparente, ella dijo en voz baja y con tono aterrador: «¡Jacob! Debes matar al rey».

Por muy entumecido que estuviera, se tambaleó, su rostro se descompuso, durante un largo rato no salió nada, solo un gemido de miedo. Durante su silencio, los horrores de la condenación, visibles como llamas, brotaron de la boca de la dama infernal. Bajo su velo, de repente distinguió la pata de cabra, ¡y con qué claridad!

«Obedéceme, Jacob, y tu suerte estará hecha. Si matas al rey, tendrás tres deseos. Puedes pedir el capelo cardenalicio. Serás rico. El tercero te lo concederé yo misma», y dijo esto mientras ofrecía sus encantos con la mano abierta. Al mismo tiempo, su voz se volvió melodiosa, lo embelesó desmesuradamente, lo vio temblar como una hoja de álamo, con la saliva chorreándole, y en ese estado el tonto supo por ella que un rey es tan humano como cualquier otro. Muere una sola vez y luego está muerto para siempre. «Pero a ti pueden buscarte, tú eres invisible. Jacob, ¿dónde estás?».

«¡Eh, contigo!», respondió él riendo de satisfacción; ahora lo había comprendido y ya no se preocupaba.

«Si has matado al rey y eres cardenal. A mí solo me puede visitar un cardenal». Esto, por el contrario, lo dijo con frialdad y condescendencia, mientras lo examinaba rápidamente. «El patán está demasiado gordo para apuñalar ágilmente al Valois. Debe ayunar, y por su iluminación se le debe echar pólvora en la comida, aunque así ya ve y oye todo lo que uno quiere. En su monasterio le harán ver demonios ardientes, por si acaso el burro alguna vez se queda con las patas traseras rígidas. Pero no lo hará, yo lo mantendré a raya». Al decir esto, tiró del timbre. «¡Fuera con ese chivato, y que se ventile!». Cuando se acercó a la ventana, semidesnuda como estaba, muchos jóvenes de altos principios se agolparon abajo al verla. Se dejó admirar tranquilamente; la ventana

llegaba hasta el suelo. Agrandada por la pasión de su orgullo, miró al cielo en su ojo solar, y no le deslumbró.

«Yo... me atrevo».

Una noche con el asesino

Índice

Cuando el último Valois huyó de su castillo del Louvre, pensó en su primo Navarra y deseó que estuviera allí. «Si lo tuviera aquí, París se quedaría bastante más pequeña, tantos serían los que decapitaríamos. Esta ciudad es demasiado grande, hay que sangrarla. Yo, el único rey que siempre la ha habitado y la ha enriquecido con su corte. La ejecución pública de Guise será una fiesta popular».

A pesar de estar acalorado y amargado, el pobre rey pudo, sin embargo, seguir el hilo de sus pensamientos con tranquilidad. Guise le había dejado abierta en secreto una vía de escape; huyó con el consentimiento de su enemigo, quien, al haberse deshecho de él, tomó el mando en la capital. Delante de la carroza del rey marchaban sus guardias; a paso lento se dirigía a su próximo destino, pero sus pensamientos nunca se alejaron del todo de su primo Navarra. «¡Si le hubiera enviado a Joyeuse y mi mejor ejército, no para que él los derrotara, sino para que, unidos, marcharan contra París y me liberaran!».

Al profundizar en sus pensamientos, se dio cuenta de la imposibilidad. «Su ejército católico no habría obedecido la orden. Por otro lado, si el primo protestante llegaba hasta París, entonces mi trono estaría perdido», decidió Valois, aunque tenía dudas. Era demasiado infeliz como para abandonar su desconfianza precisamente en ese momento. Se aferró a ella como a su única fortaleza. «También mi vida estaría perdida», afirmó por despecho.

El propio Enrique tenía un gran miedo al veneno, y eso ya desde hacía dos meses, desde la muerte de su primo Condé. El príncipe de

Condé había sido envenenado: por su propia esposa, según creía Enrique. Inmediatamente consideró que su pobre Margot era capaz de ello, desequilibrada como estaba, presa de su odio irracional. Henri, que era un gran comilón y se había invitado a sí mismo sin preocupaciones a todas partes del país, de repente se vio obligado a comer en la cocina cerrada, bajo vigilancia. El primo Condé había vomitado toda una noche. A la mañana siguiente desayunó de pie, quiso jugar al ajedrez, volvió a sentirse muy mal y murió: la piel ya se le estaba ennegreciendo. «Lo lloro por lo que debería haber sido para mí. No lo lloro por lo que fue».

Veinticuatro asesinos fueron enviados en esa época contra el rey de Navarra. Lo que el pobre Valois deseaba en secreto: que su primo acudiera en su ayuda; otros lo temían y querían evitarlo. Se le dio por muerto, como suelen hacer aquellos a quienes les conviene, y algunos incluso están en condiciones de saberlo con exactitud. El duque de Guisa preguntó con urgencia al rey de Francia si era cierto. El rey solo podía esperar que su primo de Navarra estuviera vivo; tras la muerte del príncipe de Condé, le había enviado emisarios, en particular al señor de Montmorency. Este fue realmente el último de sus intentos por lograr la conversión a la Iglesia católica del único líder protestante superviviente. A partir de entonces, Enrique era el heredero indiscutible de la corona. Nadie creía que sus protestantes pudieran apartarse de él tras la desaparición del rival por el liderazgo. Sin embargo, Enrique los conoce. También sabe que debe mantenerse en el camino recto mientras el desvío parezca una muestra de debilidad. Su firmeza interior no necesita la infidelidad y rechaza cualquier deseo prematuro. Cuando el reino se haya conquistado y reunido tras todas las penurias que aún le esperan en

la vida, canoso, con un poder y una fuerza probados: por su bien, ya no sería en absoluto necesario, entonces, por voluntad propia, acudirá a misa. Antes no. Para ser simplemente tolerado, nunca.

El valiente Enrique, sin embargo, temía el veneno y el cuchillo, porque estos no permiten defenderse como se defiende un soldado y como se defiende la conciencia. «El cuchillo es aún más terrible que el veneno, no solo amenaza a la hora de comer. En cualquier lugar entre la gente se me puede helar la espalda, porque no veo lo que alguien saca de la manga a mis espaldas. Un cuchillo pequeño se oculta fácilmente, sobre todo en la amplia manga de un monje. Pero se me acercó un noble refinado, que no conocía la lengua, ni siquiera el latín, y tenía su petición en un pergamino enrollado que sacó de su estuche: al hacerlo, la daga se le deslizó sola en la mano. ¡Tuve que actuar con asombrosa rapidez y torcerle la muñeca! En cambio, mis hombres interceptaron al capitán Sacremore. Hay pruebas, es cierto, me han puesto tras la pista. De otro modo, no lo habría creído de un oficial tan valiente. Los asesinos son cobardes, ¿pero yo debo temerlos constantemente? Por fin quiero beber vino con uno de ellos y acostumbrarme a sus modales y a su aspecto.‹

Esto ocurrió en el castillo de Nérac. Por la noche despidió a todos, hizo que trajeran al prisionero, le quitaran las ataduras y se quedó a solas con su asesino, con solo la mesa entre ambos.

«Capitán Sacremore, quiero que me cuente cómo es matar. Que me maten… quizá también tenga que experimentarlo, pero no a manos suyas. Me habla de ese cobarde asesinato como si fuera un soldado valiente. ¿Y bien?».

El hombre tenía una mirada malvada, por lo demás era apuesto, a la manera de los solitarios devastados. Se sentaba con una postura

cortés, un noble de casa italiana: la profunda ironía de sus rasgos lo habría delatado por sí sola. No respondió. Henri le pasó el vino; él le dio las gracias con educación y vació la copa. «Podría estar envenenado, capitán Sacremore».

Ante esto, el asesino se mostró cortésmente sorprendido. «¡Señor! No le faltan formas de matarme».

«¿Cuál cree usted que elegiré?».

«Señor, la más honorable, el duelo», dijo el asesino, haciendo pasar su astucia por imprudencia.

«Señor Charles de Birague, no bromeo. Ha llegado a este país con el antiguo canciller, que estranguló en prisión a nuestros terratenientes para que la anciana reina pudiera heredar. Le han prometido, si me mata, muchas pistolas de oro de acuñación española. Se ha ganado el nombre de Sacremore en el campo de batalla como mercenario, pero sigue siendo un Birague».

—Señor, usted quiere insultarme. Yo, en cambio, le propongo que nos batamos en duelo. Yo, como su asesino, me he igualado a usted; por eso se sienta conmigo aquí, en esta noche de silencio sepulcral.

«Lo sé», dijo Henri. «En este momento, usted es mi igual. Por cierto, ¿qué habría hecho si lo hubiera conseguido?».

«Habría seguido al servicio del rey de Francia, y fue él quien me despidió».

«Miente; mentiría incluso si el oro de sus bolsillos no fuera español».

«Bien», admitió Birague. «Pero en este reino me habría quedado de verdad, pues es el más débil, el mejor para los de mi calaña. Los

habitantes deben estar en conflicto con todo el mundo y entre ellos mismos; entonces son mis congéneres y me dan de comer. Señor, sé que usted cambiará eso si sigue con vida. Por eso me he atrevido con usted; lo habría hecho incluso sin recompensa». Entonces Enrique vio en la villanía el camino recto y la firmeza; no lo habría creído. «Sacremore, su nombre de guerra es merecido, o casi». Dicho esto, dejó su daga en medio de la mesa. «¡Quien la agarre antes, Sacremore!».

Apenas lo hubo dicho, la mano del asesino se lanzó rápidamente, pero chocó con la otra. Ambas manos enemigas se retiraron hasta más allá del borde de la mesa. Solo los ojos se miraban fijamente, vigilándose mutuamente, listos para saltar, temblando y con gran deleite. Henri, sin embargo, ideó una sorpresa. «Sacremore, no espere más dinero de España. He hecho saber allí que ha traicionado y que en adelante trabajará para mí».

Al oír esto, el asesino mostró los dientes; en su odio ya no era un hombre apuesto. Su cara desfigurada y ardiente inspiraba sin duda terror; tal vez se llamaba así precisamente por ella; y así ganó tiempo para hacerse con la daga. A Henri solo le quedaba volcar la mesa, y eso fue lo que hizo. La mesa era pesada; para que no lo aplastara, el asesino utilizó ambas manos, con lo que perdió la daga. Cuando se levantó del suelo, salió disparado por la puerta y huyó por el pasillo abierto, ligero como una muchacha.

«¡Sacremore! Quédese. Conmigo puede ganar dinero».

Pif, paf, y una caída por las escaleras. El centinela del patio ha disparado: ya no hay Sacremore.

Una lástima. Un tipo valiente, y yo lo habría enderezado. ¡Morir por casualidad, después de una noche así! Henri se olvidó por completo de que él mismo había superado la noche y la prueba. Tampoco hay que temer al asesino.

La reputación

Índice

Valois se codeaba por igual con los asesinos de su reino y con los suyos propios: se sentaba a la mesa con ellos y vivía en el horror. Por aquel entonces celebraba la Asamblea de los Estados en Blois. El rey se había refugiado allí; enseguida le siguió Guise, y también se pusieron en marcha los jefes de la Liga, los dieciséis que comandaban cada uno un barrio de París. Sí, se lleva allí a la plebe de la capital, como amenaza para los sensatos diputados de las provincias, con los que Valois podría contar en el mejor de los casos. La sensatez está mal vista y se disuade. Una banda de hermanos de la flagelación asalta al rey; él debe recibirlos de buen grado, pues ya ha participado en sus representaciones por su afición a disfrazarse. Un hermano de su difunto favorito, Joyeuse, representa al Crucificado; toda una Pasión desenfrenada irrumpe en el refugio del pobre rey, Cristo sangra de verdad, los soldados romanos hacen sonar sus armas oxidadas y, de improviso, se lanzan entre la multitud exaltada. Las santas mujeres son en realidad capuchinas, lo que les permite aullar, lamentarse y postrarse aún mejor. Entonces, bajo los golpes de los azotes, también el Hijo del Hombre se derrumba. ¡Levántalo, Valois! Si te niegas, traicionas a la religión. Si no, te tenemos en la refriega, y solo haría falta un cuchillo. Sin embargo, en el fondo temían a sí mismos y a su blasfemo éxtasis.

¿Qué debía pensar de todo esto un jurista erudito y miembro del Parlamento Real, pues también estos señores se vieron arrastrados a la locura? La erudición es difícil de olvidar, y una mente lúcida no se confunde por orden. En ese caso, el cambio se ve facilitado por el hecho de que alguien se una al movimiento de masas: en él se

hunde hasta el cuello; y quien de otro modo hubiera pensado demasiado, aprende, a partir de la conmoción colectiva y la solidaridad popular, a gemir «como un ternero». El presidente de Neuilly llegó tan lejos en esto que incluso el tirano Valois se conmovió, y precisamente contra él debía incitar al pueblo ofendido con sus lágrimas, mientras que un predicador como Boucher logra lo mismo cuando echa espuma por la boca. Cada uno a su manera; el duque de Guise, por su parte, lo hizo estrechando muchas manos sucias, lo que le repugnaba profundamente.

Al duque de Guisa todo empezaba a repugnarle: su papel de héroe popular, su fervor en la amistad con España, sus relaciones. Rodeado de pájaros de horca españoles que lo vigilaban, tuvo que entregar descaradamente a su propio príncipe al altísimo embajador de don Felipe. Tuvo que decir: «El rey, su señor, vendrá en nuestra ayuda si nuestro príncipe recurre a los hugonotes». Guisa hubiera preferido convertirse él mismo en hugonote antes que repetir esto una y otra vez.

La vanidad y su complacencia ante la veneración que se le profesaba inmerecidamente, en el fondo puras debilidades, lo habían arrojado a su errónea trayectoria. Era de demasiado buen linaje como para no saberlo. Solo la gente muy pequeña se cree grande cuando un movimiento de masas falso y demencial la lleva a cimas a las que no pertenece. ¡Salve, mi líder! oye un duque de Guise y desea esconderse o, mejor aún, mandar a toda la sociedad de vuelta a sus tiendas de baratijas. Reconciliarse con el rey es su deseo más íntimo. El rey debería nombrarlo su representante para todo el reino, pero antes de que la Armada regrese victoriosa de Inglaterra y los españoles alcancen el colmo de la insolencia. Guisa quiere

enfrentarse a ellos antes. Para ello es necesario algo, y la Asamblea de los Estados en Blois se reúne precisamente con ese único propósito.

El rey ha tenido que prometerles que exterminará a los herejes; ahora debe declarar al rey de Navarra desposeído de sus derechos como heredero de la corona. El rey intenta dar evasivas. La propia Navarra dirige un memorándum a la Asamblea; esta, sin embargo, declara solemnemente caducado su derecho de sucesión. Se le niegan los derechos de un príncipe de sangre de primer orden.

Apenas se enteró de esto, Enrique olvidó a sus asesinos, a su musa y, con el romanticismo, el miedo. Partió a la guerra. ¿Cómo? El rey y la Liga, todos desatados contra él solo, y con desfiles y alaridos cometen una desfachatez del espíritu que él, por su naturaleza, despreciaba como a ningún Sacremore. La vida quiere hacer el mal y matar; pero no quiere que por eso se finja y se descarte la razón. Partió a la guerra hacia Bretaña, atravesando el reino, cuyos representantes entretanto lo destituyeron y expulsaron solemnemente. Se enfrentó a las tropas reales y a las de la Liga, lo que esta vez le pareció lo mismo, pues estaba enfurecido. En camino directo hacia el trono… y tuvo que volver a pasar a la clandestinidad, como al principio, como un desconocido. La gran victoria de Coutras… ahora de nuevo pantanos, pequeñas ciudades y emboscadas, cae un noble pobre, cien enemigos se dejan capturar, granizo, tormenta, tomamos un castillo costero. ¡Ojalá nuestro cañón hubiera llegado antes! ¡Qué tontería tener que lidiar con el mar y los vientos!

En el fragor de la batalla, sin embargo, olvidó su hastío y su ira; se alegró de estar allí, de respirar, aunque no se lo permitieran, y de

ganar terreno, aunque fuera imperceptiblemente. Un mediodía, solo bajo un árbol, sin aliento por el movimiento violento, recién escapado de la muerte, se dispone a comer; algo perdido, mira a su alrededor. El país es vasto, se pierde hasta el cielo, calla y se deja acallar por el mar. No lo quiere, ni siquiera lo conoce, y si no fuera por su profundo y buen ánimo, podría temer que para él todo volviera a empezar una y otra vez como aquí. Las mismas imágenes vuelven una y otra vez: pantanos y emboscadas, cien prisioneros, un pobre noble cae de bruces, hay tormenta, graniza, y «¡tengo que conseguir el castillo del mar, si tan solo nuestro cañón estuviera ya allí!». Sobre su mano, ennegrecida por la pólvora, yace su comida: una corteza de pan y una manzana.

Tiene hambre y no deja que nada le desanime. Ha llegado hasta aquí en el viaje de la vida; antaño las montañas estaban bañadas por el sol, él reía y caminaba por arroyos felices. Aún joven entró en la escuela de la desgracia, aprendió a pensar, hasta que ante los giros del espíritu su boca comenzó a torcerse, o al menos a veces. De regreso a casa, emprendió todas las penurias habituales de la vida, como cualquiera con órganos hambrientos y una piel fácil de perforar. Al principio, las penurias eran pequeñas: dedícate por completo a ellas y su naturaleza se hará mayor. Ahora es famoso, odiado, anhelado, temido; y también experimenta cómo las penurias de la vida pueden retroceder a etapas anteriores; y bajo un árbol, de pie, consume su comida.

A la misma hora, el rey de Francia recibió al embajador Mendoza. Este tenía noticias de la victoria de la Armada y las hizo difundir inmediatamente por medio de la imprenta. Luego partió de París hacia Chartres; lo primero que hizo fue dar gracias en la venerable

catedral de la Santísima Virgen. Después se dirigió al rey, ¡que en aquel momento residía precisamente en el palacio episcopal! «¡Victoria!», exclamó el embajador con solemnidad en cuanto vio a alguien; entró en presencia del rey y le mostró su carta. Entonces el rey le mostró otra más reciente: los ingleses habían bombardeado a la Armada, habían hundido quince de los barcos y matado a cinco mil hombres. Ya no cabía pensar en un desembarco en Inglaterra.

Mendoza intentó negarlo todo, y lo que fuera cierto no debía impedirle mantener su altivez. Quince barcos hundidos, pero la Armada contaba con ciento cincuenta, todos gigantes, todas torres de madera. Cinco mil muertos, por lo que el ejército de desembarco apenas se había debilitado, por no hablar de los refuerzos que se acercaban.

Solo que estos, en realidad, no se acercaban, sino que estaban bloqueados en Holanda. El rey de Francia admiraba cortésmente las torres flotantes que don Felipe había mandado construir con la mayor prudencia. Por desgracia, su altura traía consigo la desventaja de que sus cañones solo podían apuntar a lo lejos, y aún más lamentable fue que el almirante Drake hubiera detectado rápidamente el punto débil de la magnífica flota. Había avanzado desde el puerto de Plymouth con sus barcazas hasta situarse bajo los cascos de los gigantes y los había acribillado. Qué injusticia, el propio cielo se puso del bando equivocado; las tormentas siguen, incluso ahora mientras hablamos, dispersando a los barcos españoles, algunos hasta el Mar Ártico, donde naufragan.

Un español no se reía; de lo contrario, el embajador habría tenido que reírse de los infantiles ataques de las tormentas o de Inglaterra contra la potencia mundial. Guardó silencio y mostró su

desdén. El rey no lo interrumpió; permanecían uno frente al otro en la sala de piedra, cada uno con el sombrero en la cabeza. Los primeros en atreverse fueron un par de caballeros de la corte. «¡La reina de Inglaterra triunfa!», dijo Crillon en voz lo suficientemente alta. Otro añadió: «Isabel se ha mostrado ante su pueblo a lomos de un caballo blanco».

«Un gran pueblo», dijo el coronel Ornano con firmeza.

«Un pueblo feliz, salvado, libre y que ama a su radiante reina. Cuarenta y cinco años no pueden contra la belleza de una reina que ha vencido».

Biron, el viejo enemigo de Enrique de Navarra, dijo en ese momento: «Un pueblo unido. Deberíamos estar unidos». Inmediatamente se produjo un revuelo entre la asamblea y se pasó un nombre, al principio aún en secreto.

El rey abandonó la sala, seguido por el enviado. El rey atravesó los pasillos abovedados: su porte era majestuoso, como solo un Valois podía hacerlo. Se detuvo junto a una ventana trasera y miró hacia el patio. El enviado reconoció a unos trescientos convictos turcos, que los barcos españoles llevaban como esclavos de remo. Preguntó de dónde procedían. «De un barco naufragado de la Armada», respondió el rey. El embajador exigió su entrega. En lugar de responder, el rey se colocó de pie bajo la ventana, mostrando toda su figura. Los esclavos cayeron de rodillas y clamaron hacia arriba: «¡Misericordia!». El rey los observó y se dio la vuelta. «Hay que deliberar sobre ello».

Los señores de su corte se atrevieron a decir: «Ya se ha deliberado. En Francia no hay esclavitud. Quien pisa suelo francés es

libre. Nuestro rey devolverá a esas personas a su aliado, el sultán».

El rey hizo como si no lo oyera y, con especial distinción, acompañó al embajador hasta la escalera; este, sin embargo, tuvo que tragarse aún más en todo su orgullo. Por delante y por detrás de él se mencionaba a los prisioneros de muchas naciones a quienes España había obligado a remar en su flota: también los franceses habían caído bajo el yugo general. «¡Soldados y compatriotas nuestros! Todos nosotros, ¿qué quiere hacer España con nosotros? Lo mismo que con los pueblos de la tierra: esclavos». La primera vez que tales palabras se oyeron en la corte de Francia fue el día en que se dio a conocer la noticia de la derrota de la Armada.

El embajador ya se había marchado, pero el rey no se retiró; parecía estar esperando, nadie sabía qué, muchos creían que se había sumido en su antiguo vacío. Por eso se permitieron aún más libertad y repitieron con más vehemencia que todos en este reino debían defender unánimemente su libertad siguiendo el ejemplo de Inglaterra. Este país había escapado al destino más terrible: todos los instrumentos de tortura de la Inquisición viajaban a bordo de los barcos españoles. La corte católica de Francia también contaba con protestantes, tanto declarados como ocultos, y quién sabe a cuál de ellos se le ocurrió decir: «La libertad de pensamiento, de ella depende todo: ella garantiza nuestro derecho y nuestra unidad». En lugar de silenciarlo, se pasaron entre ellos un nombre, el mismo de antes, solo que ahora más audaz; y Biron, de nuevo Biron, dirigió la palabra al rey.

«¡Señor! El rey de Navarra: es mejor de lo que pensaba. Es muy raro que un hombre reconozca su error. Por mi parte, lo reconozco».

En ese momento llegó Guise: Mendoza lo había enviado para que obligara al rey a someterse. Estaba dispuesto a ello, y amenazó de inmediato con los treinta mil españoles que se encontraban en Flandes. Una voz: «¿Y dónde está el rey de Navarra?». Guise esperó en vano a que Valois interviniera. Al menos él mismo debería haberlo hecho, pero el desánimo sigue al hartazgo acumulado, y uno cede. Una voz: «¡Señor! ¡Llame al rey de Navarra!».

Ninguna objeción, ningún castigo. Guise y su Liga entregarán próximamente una fortaleza en la frontera de Flandes a los españoles, seguirán sirviendo al enemigo y acosando a su rey. Hoy es para el duque de Guise el día en que la derrota de la Armada le hace tomar conciencia de sí mismo. Una voz: «¡El rey de Navarra!».

Alejado de su ejército, Enrique se encuentra bajo el árbol. El campo es vasto, se extiende hasta el cielo, calla, ahogado por el rugido del mar. Enrique oye que le llaman por su nombre.

Está distraído y atento. Su quehacer diario continúa, pero está a punto de recibir un encargo mucho más importante. Se ocupa de sus asuntos, con los pies plantados en la tierra pesada de siempre. Al mismo tiempo, espera el encargo, transportado y sostenido en su interior. En ese intervalo ambiguo, Henri se encontraba allí donde libraba la guerra, pero también ya en otro lugar: sí, más cerca de Dios. Digo como David: Dios, que hasta ahora me ha concedido la victoria sobre mis enemigos, me sigue ayudando. Así habló, y añadió incluso: Soy mejor de lo que creéis —palabras nuevas en su boca.

En La Rochelle, una asamblea eclesiástica se ocupó de sus pecados; él se mostró paciente, escuchó a los pastores con contrición y no respondió en absoluto como habría podido: «Gente buena, almas pequeñas, ¿quién ha resistido en la escuela de la desgracia, en los molinos de la vida, y ha sobrevivido a las tentaciones espirituales, a todas ellas? ¡Solo vuestras revelaciones sobre mi querida madre habrían bastado para quitarle el valor a su hijo, pero yo he conservado el color innato de la determinación! No dijo esto a los pastores en La Rochelle, ni se jactó de ello ante su amiga, la condesa de Gramont. Lo que le contó a ella fueron hechos consumados, sus victorias sobre el ejército del rey de Francia —y luego, que el rey había matado, al fin y al cabo, al duque de Guisa.

Henri ya lo había previsto hacía tiempo; sus noticias de la corte eran precisas, y aún más clara su visión de las personas. Veía a los Valois en su Asamblea de los Estados: casi todos partidarios de la Liga como consecuencia del terror más atroz durante las elecciones; todos poseídos por un odio descarado y desenfrenado y sin saber ya

qué hacer con él. Con un simple gesto de su esbelta mano, suprimen todos los impuestos que este rey ha decretado en los catorce años de su gobierno; le quitan el resto del poder, pero con ello también al reino y a sí mismos. Ese es el resultado de catorce años de incitación y de un falso movimiento popular. Al final, todo llega a su destino, solo hay que inculcarlo con suficiente firmeza en las mentes: entonces la realidad se adapta, se transforma en un auténtico disparate, y la mentira predicada durante el tiempo suficiente derrama sangre de verdad. Y sin embargo, se trata de burgueses mezquinos, ciegos por la ignorancia sobre la religión, sobre el Estado, sobre todo lo humano. Para ellos, el bienintencionado Valois es un tirano, su Estado civilizado debe ser vergonzoso. Su alianza para saquear y entregar el reino, juran que «trae y significa libertad». Solo les falta abolir los impuestos para que el programa se lleve a cabo, tal y como se ha gritado por todo el país durante catorce años.

Las mujeres de estos drogueros y hojalateros elegidos y despiertos bailan desnudas por las calles de París. La idea es de la duquesa de Montpensier, hermana de Guise, furia de la Liga, cuyas procesiones deben ganar en atractivo gracias a la locura desnuda. Esto va demasiado lejos; los pequeños burgueses son numerosos, y no todos quieren correr hacia su perdición con la cabeza en llamas, ni dejar que sus mujeres se sumerjan en ella de forma desenfrenada. Principalmente, no quieren pagar; por lo demás, están llenos de contradicciones cotidianas. De ahí una revuelta fugaz contra la banda de aventureros codiciosos a la que París debe su situación. A raíz de ello, la reflexión forzada de Guise: debe actuar

de tal manera que nadie pueda dar marcha atrás, lo definitivo debe suceder, el rey debe morir.

El rey era entonces tan pobre como ni siquiera Enrique de Navarra había sido jamás. Su corte se había disuelto, sus últimos cuarenta y cinco nobles buscaban señores que les pagaran. Valois no tenía nada que comer, se entera Enrique. En su cocina se ha apagado el fuego. «¿No lo apagué yo mismo cuando destruí su mejor ejército en Coutras? Debo acudir en su ayuda. Ahora le pide ayuda a Guise. Este intercede por él ante la Liga. No hay nada que hacer con los burgueses mezquinos, son los más estúpidos del país, en ellos puede confiar un líder sin conciencia. Pero que no lo lleve demasiado lejos. Él cree que el rey ya no es un hombre; pero Guise no es un rey, no nos conoce. Si los enviados informan de que estamos acabados, entonces nos llegará aún la antigua fuerza de los siglos. Quiero ayudar a Valois».

Guise se vuelve completamente descarado, según se entera Enrique. Empieza a olvidar la prudencia: reside él mismo en el castillo del rey, en Blois, para tenerlo bien a su merced. ¿Y por qué no Valois a él? Guise tiene todas las llaves; sin embargo, ya no se entera de nada, pues el rey desconfía ya de su madre, ha destituido a sus confidentes y ella no puede, como antes era su vida, espiar y delatar. Buena suerte, mi Valois, con tus preparativos secretos. Estás muy solo para tomar decisiones tan especiales. Guise no quiere saber nada; a pesar de todas las advertencias, cinco en un solo día, no cede: hay varias razones, y Enrique las reconoce. En primer lugar, Guise es altivo. Se rodea, como siempre, de un séquito grandioso; sin embargo, se niega a pensar en el peligro. Por lo tanto, llegan momentos en los que está desprotegido, y un momento basta. Su

altivez lo llevará a la ruina, no solo porque lo vuelve imprudente. También se cree demasiado superior para el papel que desempeña: Enrique conoce bien a su antiguo compañero de juegos. «Mi Guise está francamente mal de soberbia, ya no soporta el aliento de su propia gente. Yo, si fuera Guise y un sinvergüenza, también sería capaz de olerlos: ajo, vino y sus pies. Pero no soporto el olor de España, así que no podría. Además, Guise es raro».

En sus reflexiones, junto a la hoguera nocturna o bajo un árbol, solo consigo mismo, Henri llegó a ese momento de alegría. Guise paga por ello. No quiere aburrirse, ha recuperado la corte, agasaja y entretiene a toda la bella sociedad, incluido el Valois, en lugar de asesinarlo. Tiene mujeres; más de las que le convienen, y conocemos ese placer, hemos experimentado nosotros mismos que favorece la duda y multiplica el hastío. Eso cansa, sobre todo a un Goliat como él, precisamente a ellos les pasa. Quién sabe, por cierto, quizá no quiera otra cosa que cansarse. Soberbia, hastío, placer, todo ello junto sería al final el pretexto para cerrar los ojos y esperar la traición. Nosotros mismos escapamos hace poco de la tentación. El bigote se vuelve medio blanco con eso.

Cuando llegó el jinete: el duque de Guisa ha sido asesinado en la habitación del rey, el rey lo ha presenciado desde detrás de la cortina de su lecho —Enrique no se sorprendió y se mostró satisfecho. Los detalles del suceso, cada puñalada asestada por un asesino diferente, todos furiosos y tan descabellados como si no creyeran en su propio acto: Enrique lo escuchó con calma. Lloraba en los campos de batalla: aquí no. Se habían colgado de las piernas del moribundo, pero él los había arrastrado por la habitación hasta delante de la cama del Valois, que temblaba, se enfurecía, se

regocijaba de forma espeluznante —y al caído le había pisoteado verdaderamente la cara, como Guise hiciera antaño con el almirante Coligny muerto. Dios no les olvida nada, eso lo vio Enrique. Aunque se hubieran infringido todas las leyes, la suya sigue vigente.

Guise había pasado la última noche con Sauves: y así, el propio Enrique yacía junto a la misma mujer poco antes de su huida. A él, a quien ella no amaba, solo le alivió entonces de su gran soledad. A su único señor y amo tuvo que debilitarlo hasta el final, de modo que por la mañana aún temblaba de frío en su seda gris, hasta que otros lo enfriaron por completo. Adiós, Guise, y saludos a Sauves. El rey triunfa. Ha mandado estrangular al cardenal de Lorena en la cárcel; al tercer hermano, Mayenne, aún lo busca, ¡que lo encuentre! Danza de la muerte, todo este año ochenta y ocho, y a los más distinguidos les toca un día antes de Navidad. ¡Cuélgalos en París, mi Valois! Desde hace veinticuatro horas cuelgan el presidente de Neuilly, que lloraba «como un ternero», y el jefe de los comerciantes. Un noble, protegido por Guise, ha traficado con carne humana. ¡Cuélgalos, Valois! La danza de la muerte comenzó con nuestro primo envenenado, Condé, y a nosotros dos también nos persiguen los asesinos, a mí como a ti. Nosotros no hemos traficado con carne humana. ¡Cuélgalos, Valois!

Esto lo dice alguien que ha dejado en libertad a muchos de sus propios «asesinos» e incluso ha querido acostumbrarse a pasar la noche con ellos. Algún día también terminará la resignación ante la maldad de la naturaleza humana. Ella tiene su bondad y es consciente de ello: eso hace que su maldad sea inexcusable. Desde el principio de la humanidad, sus ejemplos benévolos de la razón y la paz han librado su ingrata lucha. Eauze o humanidad: era

sumamente ridículo; una palabra como «luchadores del espíritu» suena divertida, si es que son groseros y estúpidos y quieren seguir siéndolo. Pero aquí hay un rey, llamado Enrique, que puede torturar y ahorcar todo lo que queráis; además, lo habéis enfurecido con burlas demasiado crueles hacia su sana razón. En realidad, todo lo que le habéis dado a cambio de su buena voluntad a lo largo de su vida han sido fechorías de la locura. ¡Que continúe la danza de la muerte! Al año le queda aún la semana. Solo espero la hora en que oiga decir que han estrangulado a la dichosa reina de Navarra. Eso, y además la muerte de su madre, entonces entonaré el canto de acción de gracias de Simeón: «Señor, ahora dejas que tu siervo se vaya en paz».

Así habló y escribió, tal era su estado de ánimo tras la matanza de Blois. Esperaba que Valois acabara además con su buena hermana Margot y, mejor aún, con su madre, Madame Catherine. Esta murió entretanto de verdad —sin intervención ajena, solo por la conmoción que sufrió su delicado ser ante el fallecimiento de Guise, y porque nadie le creyó cuando afirmaba que ella no estaba detrás de los asesinatos—. Ser acusada de lo que ya no puede hacer es duro para una vieja asesina. Solo le quedaba abandonar este mundo. ¿De verdad muerta? La noticia sacó a Enrique de su estado de ánimo. Había profetizado demasiado bien y, sin embargo, no le gustaba matar. Empezó a temer por su Margot de antaño. ¡Danza de la muerte, detente!

Se acercan el uno al otro

Índice

Ya hace tiempo que no hay quien lo detenga. Henri, en su pequeña guerra, cabalga bajo una fuerte helada, entumecido en su armadura; tiene que desmontar y moverse enérgicamente para entrar en calor. Poco después, tras la comida, le invadió un frío extraordinario y extraño. Se dio cuenta claramente de que le había llegado el turno de verse arrastrado a la danza. Efectivamente, le diagnosticaron una neumonía. Esto ocurrió en un pequeño pueblo, y la enfermedad era tan grave que tuvieron que dejarlo allí, en la casa solariega. La escarcha crujía contra los cristales, su fiebre subía hasta que ya no parecía quedar ninguna esperanza de vida: solo él la conservaba. Se dijo a sí mismo: «Quiero lograrlo. No todo habrá sido en vano». Creía hablar en voz alta, pero solo susurró: «¡Hágase tu voluntad!». La voluntad del Señor confiaba en que Henri luchara y lo lograra; ojalá hoy lo envolvieran con su mortaja como a Lázaro; y la crisis que aún podía salvarlo era cuestión de horas.

Mientras veía varias veces el cielo abierto, en el reino sucedían cosas verdaderamente espantosas, como si, ante el amanecer de siglos más puros, se repitiera una vez más, a grandes rasgos, todo un pasado horrible: la danza de la muerte, la danza de San Vito y la cruzada de los niños, la peste, el reino milenario junto con ojos en blanco, que a veces se quedaban ciegos por mera imaginación. Así estaban las cosas. «¡Eh!», dijo la generosa juventud al estilo de Jacob, «¿dónde estás?». Por fin se puede jugar con la gente. Aquí no hay nada de qué reírse. A quien haya estado alegre el martes de Carnaval, que se le pase la risa. Cuidaos de no alejaros de la iglesia. Pero que el predicador te nombre significa: no volverás vivo a casa.

Denunciar, delatar, entregar, llevar a la horca, ¡eh! Como recompensa por la acusación de otro, se ocupa su cargo o negocio: así hay que ser ahora por lo general. Por eso, la gente honrada son, por esta vez, sinvergüenzas. En otros tiempos serán sumamente decentes, no será culpa suya. Son lo que hay que ser en este momento: sinvergüenzas abandonados. De ninguna manera lo tienen en sí mismos ni en su propio centro. Cabe preguntarse dónde está ese centro.

El pensamiento ordenado es sumamente odiado por una masa de ojos en blanco. Un estudiante sin doctorado, pero que tiene las opiniones exigidas, irrumpe en el aula del profesor, le da una patada en ambos pies, lo encarcela y es nombrado en su lugar. El joven médico elimina al mayor que se interpone en su camino: no saludó correctamente, el profesor a la lavandera. De igual modo actúa un funcionario de rango inferior: se atreve, por muy humilde que fuera antes, a enfrentarse a los altos jueces del Parlamento Real. Deben acompañarlo y dictar sentencia en nombre del pueblo total, ya que un pueblo solo puede llegar a ser verdaderamente total tras la abolición del pensamiento. ¿Cómo podría ser de otra manera? En consecuencia, sus mujeres bailan en camisón por las calles.

El presidente del tribunal de Toulouse fue asesinado por el pueblo. Primero barricadas, después una horca para el juez muerto, en lo alto ya colgaba el muñeco del rey. El juez se había opuesto a la destitución del rey, por lo que los colgaron uno tras otro. El último Valois había sido un hombre pobre y débil, arrastrado también a la criminalidad. Sin embargo, al final de sus días le fue concedido el gran honor de ser odiado no por lo malo, sino por la hostilidad de las

masas embrutecidas contra la razón y la dignidad humana —como su símbolo, por muy insuficiente que fuera.

Se movía como un fantasma con su chaqueta violeta, el color del luto, que llevaba por su hermano y su madre. Pero en realidad parecía llevarla por Guise, a quien él mismo había matado. No estaba a la altura del difunto. Solo su acto, su único acto, lo había desarmado por completo. A cualquier otro que no fuera el último, sin duda lo habría impulsado hacia adelante. «Ahora lo más extremo, ahora sembrar el terror, para que él no se apodere de mí. ¡Qué valor, qué reflexión, no tengo elección! Que vengan los soldados, y antes de que pase el primer aturdimiento de mis enemigos, deben ser abatidos. ¡Ven, Navarra!».

Valois, con su chaqueta violeta, pálido y taciturno, no pensaba en ningún nombre con tanta frecuencia. Deambulaba como un fantasma por su castillo de Blois, solo y abandonado, destronado por la propia Iglesia, sin juramento de lealtad que aún lo uniera a su pueblo. Los diputados de la Asamblea de los Estados viajaban a las ciudades del reino. Su capital no le habría dejado entrar; más bien le habrían capturado y matado allí; pero esto, como él bien sabía, era consecuencia de un estado de ánimo de la gente que, en realidad, era debilidad. Debilidad furiosa. Valois, por su propia naturaleza, sabía distinguirla de la energía sana. Esa se encontraba en otro bando. «Navarra», pensó tras su rostro impasible; no gritó, no se atrevió a gritar. ¡Los hugonotes contra su capital católica, él mismo, el hombre de la Noche de San Bartolomé! Navarra lo habría llevado de vuelta al Louvre, pero a cambio se habría enfrentado a la potencia mundial, que seguía siendo tan temible como siempre.

Cuando la Armada se hundió, solo un relámpago había rasgado el cielo oscuro del último Valois. Ya no tendrá tiempo de darse cuenta de que la propia potencia mundial ha recibido un golpe mortal. Eso es asunto de sus herederos. El heredero de su corona se encontrará al principio de su reino sin tierras, sin dinero, casi sin ejército; pero solo tendrá que vencer en una única batalla insignificante a los mercenarios y siervos de España: ¿qué ocurre? Un suspiro de alivio recorre todos los pueblos.

Para Valois todo sigue en la oscuridad, cada sonido se ahoga. Ya no hay nadie a su alrededor que llame a Navarra. Afuera, nadie tiembla ante la llegada de Navarra: ¿cómo se habrían atrevido, de otro modo, a privar al pobre rey de sus últimos ingresos, y eso tras su única y colosal hazaña? En la habitación hacía frío, el rey se metió en la cama. Tenía dolores, dolores ridículos, de hemorroides; los pocos nobles que le quedaban se rieron de él porque lloraba.

«¡Navarra! ¡Ven! No, no vengas. No lloro por mi trasero, sino porque mi única hazaña fue inútil. Ahora te tocaría a ti demostrar lo que vales. Tampoco será así. Sí. Sé que eres el hombre al que quiero rendirme. Te reconozco como heredero de la corona, y aunque lo hubiera renegado diez veces. El reino solo te tiene a ti: he pagado por saberlo. Mírame, Navarra, en mi miseria. Nunca fue tan grande y profunda como desde mi vano intento de liberarme. Tras mi hazaña grité: «¡El rey de París ha muerto, por fin soy rey de Francia!». No me llames así, no lo soy. Llámame Lazare cuando te acerques, Navarra. No, no vengas. Sí. Ven».

Ambos, separados por la mayor parte del reino, se encontraban en mal estado. Enrique, sin embargo, superó la crisis y pronto se recuperó; tampoco volvió a sucumbir jamás a las ideas asesinas que

su grave enfermedad había presagiado. Habló con cautela del fin de los señores de Guise: «Había previsto desde el principio que los señores de Guise no podrían llevar a cabo tal empresa, ni salir airosos de ella sin poner en peligro sus vidas». Ese fue su obituario, y su comportamiento coincidía con él: se volvió aún más prudente, a algunos les pareció demasiado modesto. ¿Acaso ya no quiere dar el gran paso y sacar a los Valois de entre sus enemigos, que, sin embargo, se interponen entre ambos a lo largo de todo el camino? Sus amigos lo habían conocido como un temerario, y eso en las cosas pequeñas. ¿Tan mesurado, Sire, ante esta gran cuestión?

Intuyó la desaprobación de sus viejos amigos. Los hugonotes más veteranos, acostumbrados de padres a hijos a morir por la religión: los mismos que se arrodillaron a rezar en Coutras, y precisamente por eso cayó después Joyeuse, ahora murmuraban, sin saber aún muy bien por qué. Querían acudir en ayuda del rey católico, aunque difícilmente lo hubieran creído ni admitido. Enrique consideraba que la gente debía madurar por completo, y entonces también se presentaría la oportunidad. En Valois no era diferente, según le habían informado. El triste último había abandonado su anterior refugio y había sido acogido por la ciudad de Tours, situada entre campos de cereales a ambas orillas del Loira, el centro especialmente mesurado de su tempestuoso reino. Valois esperaba resistir allí hasta que un número suficiente de sus nobles se hubiera reconciliado con él. Su favorito superviviente, Epernon, reunía mientras tanto tropa de infantería para él. No obstante, podría suceder que sus enemigos lo sorprendieran y capturaran antes. Solo Navarra sería segura: ¿dónde está él? «Yo, el rey católico» —piensa

Valois, a quien le cuesta mucho reclutar una tropa—; «¿no se dispersaría mi ejército si llamara a los hugonotes?».

Enrique pensó: «Me llamará cuando sus hombres estén dispuestos a ello, y antes sería demasiado pronto. Me empuja hacia ti desde lo más profundo de mi ser, Valois». Lo mantuvo en secreto, pero solo por eso hizo venir a su Mornay ese primer día de marzo. Fue en una pequeña ciudad que no tuvo que conquistar, sino que se le había abierto. Se movían de un lado a otro por un pasillo abierto bajo el sol primaveral, y nunca antes este les había iluminado con tanta novedad y esperanza.

Enrique dijo: «Algo ha cambiado, ahora me llaman por todas partes. Las ciudades se disputan quién podrá entregarse a mí antes. ¿Se han vuelto locos estos buenos hombres, o es por la primavera?».

«Señor, también podría ser que quisieran que perdiera el tiempo».

«¿Para qué la necesito con tanta prisa?», preguntó Henri, y su corazón latía más rápido: pero esto era porque sabía muy bien qué asunto había que hacer con urgencia y, en el último momento, se echó atrás. Había trabajado durante mucho tiempo, se había acercado paso a paso y con el sudor de su frente a la meta. Está a la vista, podría lanzarse: pero vacila, no da el último paso, de repente ya no encuentra la seguridad de todos los anteriores. La felicidad resulta menos evidente de lo que se pensaba, pues aún estaba lejos y uno estaba profundamente enredado en las dificultades. Príncipe de sangre noble, pero con los pies pesados de tierra. Que hable

otro, decida usted, señor Du Plessis-Mornay, ¿para qué sería él virtuoso y prudente?

«Señor, no tiene más de dos meses que perder con bonitos detalles. Ahora salve a Francia, o se hundirá. Debe avanzar hacia el Loira con todas las fuerzas que pueda reunir».

«Allí está el rey», dijo Henri, con el corazón en un puño.

«Precisamente por eso».

«¿Debo atacarlo, Mornay?».

«Señor, usted es su amigo; él será el suyo, después de que diez de sus ejércitos no hayan podido aniquilarlo».

«¿Fueron diez, Mornay? ¿Tanto esfuerzo y trabajo? En verdad, y ahora Valois no tiene ni uno solo, la Liga lo devorará vivo. ¿Dice usted, señor Du Plessis, que debo acudir en su ayuda? Podría gustarme. Lo pensaré».

El resultado de la conversación fue que quiso comprar una ciudad en el camino para atravesar el reino con algo menos de lucha: él, que había arriesgado su vida cien veces cuando había poco que ganar con ello. Ahora se podía ganar el reino. Sin embargo: derribar murallas, reducir a cenizas casas y dejar cadáveres en las calles, el rey que será tiene ya demasiado de eso a sus espaldas, con mucho gusto se abstendría de ello. En lugar de eso, compra las ciudades que no se rinden por sí solas, más adelante incluso comprará las provincias, pero primero debe ganar más batallas y envejecer en la armadura, lo quiera o no. De lo contrario, ni siquiera con dinero se puede hacer que su reino sea sensato, próspero y fuerte.

Tales tristes verdades se agitaban en el interior del alegre Enrique de Navarra; ya fuera que fuera consciente de ellas o solo las

intuyera. Era quizá demasiado joven para ellas, pero estaba a fondo preparado para ellas. ¡Qué suerte tener a su lado a Mornay, un hombre santo! Este es, con toda seriedad, un hombre que permanece fiel en toda su propia sabiduría y a pesar de la maldad de muchos con quienes se encuentra. Él cree en el poder de la palabra que viene de Dios. Solo debemos conservarla tal y como surgió de él en un principio, clara y verdadera: entonces será infalible. Por eso, Mornay redactó en nombre de su príncipe un llamamiento a todos los habitantes del reino. Los franceses debían estar en armonía y unidos.

Preguntó: ¿Qué se ha conseguido con todas esas guerras lamentables, los actos de violencia, el millón de personas que perdieron la vida y con tanto oro malgastado, más de lo que produce toda una mina? Respondió, pero en realidad dejó que respondieran sus lectores: Se ha conseguido el empobrecimiento del pueblo. Que el Estado yace moribundo en la fiebre. Desgracia sin fin. Preguntó: «¿Y cómo será si esto sigue así?». Preguntó primero a la nobleza y a los burgueses, y les dio de inmediato las respuestas que su propio interés les dictaba. Entonces alzó el tono, se dirigió al pueblo, lo llamó el granero del reino, el campo fértil del Estado; su trabajo alimenta a los príncipes, su sudor sacia su sed. ¿A quién recurrirás, pueblo, cuando la nobleza te pisotee?

Mornay dijo, y Enrique a través de él: «Pisoteará». De los burgueses de las ciudades afirmó que exprimían al pueblo. No se puede confiar en estos dos estamentos: el pueblo solo tiene al rey, la paz y la seguridad residen únicamente en el rey —se intuía en cuál—. El rey de los perseguidos y los pobres, el vencedor de los caballeros de plata y los recaudadores de impuestos. Pero como el

llamamiento se había hecho precisamente en su nombre, Mornay no dejó de hacer que se le jurara al rey de Francia que sería leal. Si Enrique de Navarra hubiera llevado a cabo su plan algún día con la bendición de Dios, entonces él habría mostrado obediencia al rey. Su propia recompensa sería su buena conciencia. Se conformaría con la libertad de los bienintencionados.

Así era la convocatoria, que pasaba con cautela por alto a la única clase de la población, en un esfuerzo por no irritarla, pero sin mucha esperanza de reconciliarla. Con el clero no había nada que hacer, y la fuerza ciega del odio, aquí llamada Liga, no puede detenerse de golpe, ni siquiera mediante la verdad. Sin embargo, esta se reconocía ampliamente en las palabras de Navarra. La fe de su Mornay se vio plenamente justificada. La verdad difundió un resplandor inesperado: apenas se podía creer. ¿Entonces podemos estar en armonía y unidad? Eso nunca antes se había permitido. ¿Qué ha sucedido? Incluso los dos reyes se sorprendieron, por mucho que se acercaran el uno al otro. Los obstáculos no se han eliminado; Navarra no piensa en cambiar de religión solo para heredar un reino. Valois, como siempre, está en negociaciones con la Liga. Sin embargo, le hizo saber a Mornay que estaría dispuesto, y envió a Navarra a su hermana natural, Madame Diana.

Se firmó una tregua de un año entre los dos reyes, pero ambos tenían la intención de que fuera para siempre. Mientras tanto, Enrique se había puesto en marcha con su ejército y, como las ciudades le dejaban entrar de buen grado por el camino, avanzó rápidamente hacia Tours. El rey había reunido allí a su Parlamento. Estos juristas eran sensatos, y cuanto más se acercaba Navarra, más valientes se mostraban; finalmente, incorporaron el tratado a las

leyes del reino. Esto ocurrió el veintinueve de abril. El treinta apareció Navarra con su ejército.

Era un domingo luminoso y despejado. Al pobre Valois le pareció que resucitaba de entre los muertos. Por primera vez le abandonó el temor de que la Liga lo capturara y se lo llevara. Por el otro lado se acercaba su hermano Navarra. El rey estaba en misa cuando ambos ejércitos se encontraron a orillas de un arroyo a tres millas de la ciudad: los nobles del rey de Francia, con sus tropas, y al otro lado los viejos hugonotes. No se detuvieron, eso no habría sido bueno, sino que mezclaron de inmediato sus filas, desensillaron juntos sus animales y los abrevaron en las mismas aguas. Estas ocupaciones les impidieron hablar en vano y mirarse ociosamente a la cara. Habrían visto rostros envejecidos, cuerpos llenos de cicatrices; habrían reconocido toda clase de miserias tanto en el otro como en sí mismos, y habrían recordado sus casas quemadas, sus familias asesinadas, veinte años de guerra civil. Era imposible que, durante su primer reencuentro pacífico, olvidaran la Noche de San Bartolomé; ni los verdugos ni las víctimas podían hacerlo. Se les ocurrió desatar las riendas y llevar los caballos al arroyo. El rey de Navarra esperaba allí atrás y los dejó hacer; al frente envió al coronel general de su infantería.

Al frente, junto al agua, dijeron: «Señor de Châtillon», y no querían creerlo. Sin embargo, era un domingo luminoso y claro; el hijo del almirante Coliginy se dirigió solo hacia el mariscal d'Aumont y lo abrazó. Se abrió un espacio libre alrededor de estos señores, y se descubrieron las cabezas. Una vez hecho esto y asimilado en el corazón, ambos ejércitos se fraternizaron.

Los reyes siguieron su ejemplo. No habría sido bueno simular la reconciliación ante los ejércitos. Más bien, los ejércitos debían ir por delante y aún sorprenderse de lo que se permitían. En el castillo de Du Plessis, al otro lado del río, el rey de Francia esperaba al de Navarra, y le hizo pasar a este lado. De esta imposición se desprendía que Valois aún no había aprendido lo suficiente de la desgracia, a menos que se le hubieran atribuido malas intenciones. En el castillo de Du Plessis confluyen el Loira y el Cher. Quien cruza aquí queda al descubierto; el disparo traicionero puede caer desde todos los lados, pero en la lengua de tierra quedará indefenso a merced de Valois. Varios de los suyos desaconsejaron encarecidamente a Enrique; él no se dejó disuadir, subió a la barca con algunos nobles y guardias personales, e incluso conservó su plumero blanco y su capota roja. Todos veían desde lejos quién era.

Llegó sano y salvo, porque Dios así lo quiso, y también por el anhelo que Valois sentía por él; lo reconoció en el suyo propio, y por eso estaba seguro de ello. Al otro lado, los caballeros del rey lo condujeron al castillo; el rey, entretanto, lo esperaba en el parque —había llegado una hora antes, estaba inquieto por dentro, pero por fuera parecía dormido y no se atrevía a preguntar—. ¿Dónde está? ¿No le habrá ocurrido algún percance? Rodeado de cortesanos que regresaban, no preguntó a nadie lo que le inquietaba. Pero oyó decir que Navarra estaba en el castillo; entonces se olvidó de sí mismo y echó a correr. Valois corrió unos pasos antes de acordarse de su majestad y mostrarla públicamente. El parque estaba lleno de gente, la corte y el pueblo que se había colado. El rey de Francia recorrió la mitad del camino, la otra mitad la recorrió el de Navarra.

Bajó los escalones del castillo hacia el parque. Se le veía vestido de soldado, con el jubón muy desgastado por la armadura en los hombros y a los lados. Los pantalones ajustados eran de terciopelo, del color de las hojas marchitas; el manto, escarlata; en el sombrero gris, el gran penacho blanco y una medalla muy hermosa. Todo eso lo vieron con detalle la corte y el pueblo. Además, varios notaron, aunque con menos entusiasmo, que su barba ya se había vuelto gris. Si a Henri se le subieron las lágrimas, pasó desapercibido, por muy fácil que le resultara, como aún podían recordar viejos conocidos. Pero incluso para ellos era difícil reconocer aquel rostro demacrado, más delgado que todos los que conocían. Así parece aún más grande la nariz profundamente hundida; en su raíz se traza un pliegue redondeado; las cejas están levantadas con esfuerzo. El rostro no era sencillo: solo su determinación lo convertía en un rostro de soldado. Nadie debía pensar en el enfermo prisionero del Louvre. Este Navarra se dirigía con paso firme hacia el rey.

A mitad de camino, ambos quedan separados por una oleada de gente. Los dos se detienen, se buscan entre los huecos de la multitud, se saludan, se tienden los brazos el uno al otro. Están pálidos y muy serios. En este instante aún se tienden el uno al otro: en el siguiente, todo será nuevo. ¡Paz! ¡Paz! —y por fin el momento solemne de lo justo y lo bueno.

«¡A un lado! ¡El rey!», gritaron los guardias; la multitud se apartó y, cuando el rey de Navarra se presentó ante Su Majestad, se inclinó y el rey lo abrazó.

Segundo libro de Samuel, capítulo I, versículos 19 y 25

Índice

Una hermosa mañana, Mayenne, el hermano superviviente de Guise, llegó con su caballería con la intención de capturar al rey. Por supuesto, los traidores, que nunca le faltaban, llevaron al rey precisamente al lugar donde habría estado perdido. Un molinero reconoció la casaca violeta y dijo: «¡Señor! ¿Adónde va? ¡Ahí están los frontistas!». Mayenne ya había lanzado el ataque. El valiente Crillon no pudo defender el suburbio y regresó a la ciudad con tan pocos hombres que tuvo que cerrar la puerta él mismo. El rey de Navarra se había retirado, pero aún no estaba lejos: se le envió a buscar. Mil quinientos arcabuceros hugonotes salvaron al rey. Los de la Liga pensaron detener el ataque con astucia; gritaron: «Valientes hugonotes, no tenemos nada contra vosotros, solo contra el rey, y él os traiciona». La respuesta fue una descarga.

Esos pocos guerreros tuvieron que retirarse finalmente: lo hicieron lentamente, a pequeños pasos, sin dejar de disparar, y un tercio de ellos cayó. Crillon, el soldado del rey, confesó desde entonces su «pasión por los hugonotes». Una nueva valentía y perseverancia se extendieron ante los amigos que se habían unido al rey, de tal manera que el propio Valois se lanzó al fuego. La Liga, sin embargo, abandonó el lugar sin otra razón que el miedo. Enrique se sintió muy feliz de no tener que luchar ya contra el rey, sino solo contra los enemigos del rey. Eso satisfizo su espíritu, y eso es más que muchas fortalezas conquistadas. Presentó sus tropas al rey, cruzó un puente con mil doscientos jinetes y cuatro mil arcabuceros, y cuando llegaron junto a él, el rey preguntó: «Todos están frescos y alegres, ¿acaso no hay guerra?». Enrique respondió: «¡Señor!

Aunque estamos a caballo día y noche, esta es una guerra benigna». Valois lo entendió; se rió por primera vez desde lo más profundo de su ser, como Enrique.

El rey, con su renovado ánimo, reunió hasta el verano a quince mil suizos, y eso sin dinero. Con sus propias tropas y las de Navarra contaba con cuarenta y cinco mil soldados, un ejército poderoso: debía reconquistar la capital de su reino —y lo habría conseguido—. Mayenne, mientras tanto, se desmoronó; al final le quedaron cinco mil hombres, y no aparecieron ni españoles ni alemanes: porque un movimiento de masas falso y vergonzoso se desmorona ante cada nueva ráfaga de viento de ánimo renovado, y de repente ya no tiene masas. Incluso en el París sitiado se empezó a hablar abiertamente de repente. Las túnicas marrones solo podían mostrarse ya armadas. ¿Dónde está ahora la Liga? ¿Dónde el partido dominante? El monstruo total consiste, en el fondo, como mucho en una décima parte de furiosos y una décima parte de cobardes. Entre estos dos tipos de personas, nada.

Los antiguos comandantes del rey no sabían muy bien si realmente debía emprenderse el asedio de París. Podría prolongarse mucho tiempo; el ejército de la Liga sin duda volvería a crecer si el asedio no conducía a nada. Pero el rey de Navarra insistía en ello, poniendo en juego todo su prestigio. «Se trata del reino. Solo debemos saber que hemos venido a besar esta hermosa ciudad, pero no a actuar con violencia contra ella». Dijo aún más cosas que hacían que la empresa pareciera más gloriosa que cualquier otra. A los audaces se les cree, y eso constituía su fuerza. Por eso, el ejército real tomó el 30 de julio Saint-Cloud, ciudad y puente. El rey

permaneció en ese punto de los alrededores, mientras Navarra ocupaba otro.

Dos días después, él y su buena tropa cabalgaban erguidos. Se les acercó al galope un noble, le susurró unas pocas palabras al oído: inmediatamente, Navarra dio media vuelta. Se llevó consigo a veinticinco nobles a Saint-Cloud. «Señor, ¿por qué al rey?».

«Amigos, porque le han dado una puñalada en el vientre». Ante esto, callaron consternados y, más tarde, solo hablaban entre ellos y en voz baja. En este asunto se reconocería a toda la liga, pensaban. Este partido y este movimiento no estaban hechos para la lucha, sino para el asesinato. Los monjes de París habían predicado un milagro, y bien sabían cuál. El milagro, sin embargo, había ocurrido, en forma de asesinato. También habían acudido tres jóvenes a nuestro señor, habían jurado hacerlo como Judit, y solo de su mano debía morir el nuevo Holofernes. Sí: pero él sabe cómo lidiar con sus asesinos. El pobre Valois no. ¿Quién lo habrá apuñalado?

Mira, un monaguillo de veinte años, labios gruesos, sin duda hasta hace poco un auténtico ejemplo de juventud generosa; ahora los nobles del rey de Navarra que acababan de llegar encontraron sus restos tirados en el patio, como un bulto marrón aplastado. Curiosamente, tras el hecho no había huido: se había colocado de cara a la pared y había susurrado: «¡Jacques, ¿dónde estás?». Así se llamaba él mismo, Jacques Clément.

El heredero de la corona se encontraba en la habitación junto al moribundo, quien, sin embargo, al principio no parecía haber recibido una herida mortal. No obstante, Valois sucumbió, mientras su heredero se encontraba en otro lugar. Cuando este regresó, aún sin haber sido informado, la guardia escocesa del difunto rey fue la

primera en postrarse a sus pies. Gritaron: «¡Ja! Señor, ahora sois nuestro rey y señor».

En un primer momento, Enrique no los comprendió —él, con toda su fe en su misión—. Se alarmó profundamente; su sensación fue: «Durante tanto tiempo he librado mi propia batalla, pero ahora ocupo el lugar de un vencido que yace allí arriba asesinado, ¿y cómo yaceré yo?». Con la frente inclinada, subió por esa escalera, entró en la habitación del moribundo y contempló al difunto. Ahora, mientras aún estamos aquí, contemplamos a muchos muertos; con los ojos del espíritu, incomparablemente más muertos que vivos; y quien toma conciencia de ello, cree habitar el mismo mundo que ellos, les habla. Enrique de Navarra se dirigió al inmortalizado Enrique de Valois: «Los más nobles de Israel han sido abatidos en tu altura. ¡Cómo han caído los héroes! ¡Cómo han caído los héroes en la batalla! Jonatán ha sido abatido en tus alturas».

Mientras tanto, dos monjes rezaban junto al cadáver, y un señor d'Etrangues le sostenía la barbilla. El nuevo rey aún tendría mucho que ver con este señor: al igual que con todos los demás, que de repente se agolparon en la sala como si se hubieran puesto de acuerdo. Se ajustaron los sombreros en lugar de quitárselos ante el nuevo rey, o los arrojaron al suelo y conspiraron en voz alta: ¡Preferimos morir mil veces, preferimos rendirnos a cualquier enemigo, antes que soportar a un rey hugonote! Eso debía sonar a fe y convicción, pero sonaba falso, sobre todo porque algunos de esos mismos señores habían jurado lealtad al heredero inmediatamente después del asesinato. En aquel entonces estaban preocupados por lo que sería de ellos; aún no habían acordado traicionar al reino y unirse a la Liga. Tras deliberar juntos, eso les

parecía lo más seguro. Felipe de España seguía poseyendo la mayor parte del oro del mundo.

Para no ser descubiertos, habrían tenido que buscar a otro: Enrique no los consideró ni por un momento fervientes en la fe. Mandó confeccionar su traje de luto con la chaqueta violeta del difunto; tenía prisa y no tenía dinero para tela. La túnica violeta se había reducido de tamaño, pero aun así se le reconocía, y se daban codazos entre ellos, con desprecio por la pobreza del rey, del que no había nada que sacar. Sin perder tiempo, enviaron una delegación a la residencia del rey: debía convertirse, y de inmediato. Los signos distintivos de los reyes de Francia serían la unción con la ampolla sagrada y la coronación de manos de la Iglesia. Palideció de ira. Ellos se imaginaron que era de miedo; pues en ese momento parecía estar en sus manos, y no podían saber que él se había entrenado bien para enfrentarse a asesinos.

Con una majestad que no habían previsto, se opuso a su pretensión de que desnudara su alma y su corazón a las puertas de la realeza. A continuación, recorrió con la mirada su asamblea. Había grandes señores allí: pero ¿a quién enviaron al frente y dejaron que tomara la palabra? D'O, nada más que O, y así lo parecía, un muchacho barrigudo, convertido en holgazán y ladrón gracias al favor del rey anterior: uno de los que se habían repartido entre ellos el país y sus rentas, ¿para qué, pues, un rey? Este deshonroso se atrevió a recomendarle a un hombre que había luchado la actitud correcta y a hablarle de la comunidad popular, como es costumbre entre los deshonrosos. Henri lo miró fijamente a los ojos, cosa que el muchacho no soportó, y dijo con especial claridad: «Entre los católicos tengo a todos mis verdaderos compatriotas y a todo

hombre de honor». Ante este insulto abierto se hizo el silencio, en primer lugar porque lo pronunciaba aquel rostro firme y también por su veracidad.

Pero a gente como esta se la convence aún mejor cuando las armas repiquetean tras la puerta. Esta se abre de golpe, un soldado, Givry, irrumpe pisando fuerte y grita: «¡Señor! Usted es el rey si tiene agallas. Solo el cobarde se acobarda». A lo que todos a quienes se refería se acobardaron. Entonces llegó Biron para asegurar a Enrique que al menos los suizos le permanecerían fieles. Solo los suizos, no era mucho y no habría bastado. «Pero aquí está Biron, un hombre huesudo y duro, que, ya entrado en años, puede dar la vuelta a la mesa con el pulgar, fue mi enemigo, es lo suficientemente grande como para reconocer el error. Venid conmigo, pues es en mi caso donde peor pintan las cosas». —«¡Biron! A mi corazón. Con gente como vosotros debo vencer».

Durante los cinco días siguientes, el nuevo rey vio cómo su ejército se desmoronaba, al igual que antes lo había hecho el de la Liga. El mariscal Epernon, hasta hacía poco uno de los pilares del reino, se enfrentó deliberadamente a Biron para poder decir que un hombre como él no libraría la guerra como un ladronzuelo bajo el mando de un rey así. Dicho esto, partió hacia su reino, la Provenza. Cada uno tiene su pequeño reino, que se ha arrancado de las provincias del grande: allí se retiró, llevándose consigo a sus nobles y a todas las tropas. El nuevo rey no tenía medios para detenerlo. ¿Convertirse? Esas mismas personas lo habrían abandonado con mayor seguridad aún. Solo habría ganado el desprecio de sus propios compañeros, correligionarios y amigos extranjeros. No habría más dinero ni soldados de Inglaterra o Alemania.

Junto con su Mornay, redactó durante esos días desesperados una declaración en la que se garantizaba a cada una de las dos religiones su existencia hasta entonces. Se reservó el derecho de pasarse a la confesión que, al fin y al cabo, compartía la mayoría de sus compatriotas. No dijo con toda claridad cuándo; pero él lo sabía. Cuando el reino, junto con la capital rebelde, estuviera firmemente en sus manos, solo entonces y solo por su libre voluntad. Como señor indiscutible del reino, quería conceder a sus antiguos correligionarios plena libertad de conciencia; tal era su propósito: ya fuera por ellos o por respeto a sí mismo, para no traicionar todo lo que había sido. Es el rey que promulgará el Edicto de Nantes y defenderá la libertad con todo su poder. Así lo decide y lo prevé

durante los cinco días en los que la mayoría huye de él, y otro habría ido tras ellos.

La capital, por su parte, a la que él seguía sitiando, se abandonó al estado más extremo de su razón trastornada. Llegó a tal punto que los pocos sensatos echaban de menos al líder que se había marchado. Su legado superaba todo lo que había logrado en vida. En comparación con su hermana Montpensier, Guise había sido un sabio. Ella se desbocó de júbilo y se abalanzó sobre el mensajero que traía la noticia de la muerte del «tirano». Su único dolor era que el moribundo Valois quizá ya no hubiera llegado a saber quién había enviado al Pardo. ¡Guise ha extendido su mano desde la tumba y te ha alcanzado!

La duquesa hizo que su madre, la madre de los dos Guise asesinados, se dirigiera al pueblo desde un altar, y esta realmente se desquició con sus gritos. Porque a través de la anciana gritaba toda la casa de Lorena, su maldad, su desmesura y la locura oculta que la impulsaba a todas sus acciones. La duquesa quería proclamar rey a su hermano Mayenne sin demora, pero entonces se topó con el embajador de España. Su señor, don Felipe, consideraba a Francia definitivamente una provincia española; sus tropas ocuparon París. Con el señor a sus espaldas, la Liga pudo entregarse a sus excesos. La madre del «¿Dónde estás, Jacob?» fue sacada de su pueblo y venerada como una santa virgen. La réplica del muchacho moreno fue expuesta en un altar, junto con los dos Guise, ante el fervor popular. Pocas veces en su historia habían disfrutado el pueblo, la gente honrada y, sobre todo, la generosa juventud de días como aquellos, en los que se les permitía perder la cabeza de la manera más gloriosa. Menos mal que, a pesar de todo el abuso de la

religión, no tenían una fe sincera y seria: entonces nada de esto sería posible, ni la locura ni el éxtasis —tan poco como son admisibles si se reflexiona.

Eran los mismos días en que, ante las puertas cerradas, Enrique, de quien todos huían, se mantenía firme en su resolución de salvar la razón y defender la libertad. En primer lugar, el reino debe liberarse de las garras del dominador del mundo. Enrique no retrocederá hasta Gascuña ni huirá más allá de la frontera de Alemania. Conoce voces que le aconsejan una u otra cosa; suenan como las del sentido común, en una situación que parece sin salida. Solo él conoce una salida, que se llama: mantenerse firme. La audacia gana confianza, la confianza da fuerza, esta es la madre de las victorias, con ellas aseguramos nuestro reino y nuestra vida.

El 8 de agosto levantó el campamento. Acompañó el féretro del difunto rey solo un trecho: las circunstancias aún no permitían darle sepultura solemne. A continuación, dividió su ejército. De los cuarenta y cinco mil soldados quedaban diez u once mil. Envió al mariscal d'Aumont y a su protestante La Noue, con tres o cuatro mil hombres cada uno, a distintos tramos de la frontera oriental, para que protegieran el reino contra una nueva incursión de las tropas españolas. Él mismo, con sus tres mil quinientos arcabuceros y setecientos jinetes, decidió atraer sobre sí todo el poder del enemigo, por mucho que ya se encontrara en el país, hacia donde él determinara.

Pero tomó el camino hacia el norte, en dirección al canal, con la esperanza de encontrar a la reina, que había sido la primera en enfrentarse al dominador del mundo. Si la ayuda de Isabel no hubiera sido siempre posible, Enrique no habría podido contar con

que la ciudad de Dieppe se rindiera ante él. El día veintiséis se encontraba ante Dieppe, que le abrió sus puertas de inmediato. Esa rapidez fue fruto de la preocupación. Aquí se presenta, llegado de una lejanía sospechosa, el capitán de una banda de ladrones, ¿qué es él sino eso? Se hace llamar rey y no tiene país; general y no tiene soldados. Incluso su mujer se le ha escapado. Mientras tanto, nadie sabe cuándo llegará el ejército regular del magnífico Mayenne ni qué más puede suceder. Desde el mar, tal vez los barcos ingleses bombardeen la pobre ciudad; por tierra, los hugonotes ya la acosan. Se entrega a una desgracia que, esperemos, sea la menor, y abre las puertas. Las grandes llaves en manos de los concejales arrodillados, también sal y pan, junto con la copa, que en caso de necesidad podría estar envenenada: no falta nada. Pero el rey de los bandidos levanta del suelo a un anciano corpulento, como si pesara una pluma, y se dirige a todos: «Queridos amigos, ¡nada de alboroto! Me basta con que seamos amables. ¡Buen pan, buen vino y rostros amables!».

No bebió de la copa, algo que ellos pasaron por alto en su asombro, al encontrarlo despreocupado y alegre. Eran normandos de sangre más pesada que la suya. Su ciudad estaba en una situación peligrosa, y estos ciudadanos afrontaban frecuentes adversidades con valor inquebrantable. ¿Pero además estar de buen humor? Quitarle la rosa de las manos a una joven, bromear y prometer algo a cada uno. ¿Qué tiene él realmente que ofrecer? Cuentan su escaso séquito, los pocos caballeros, la pobre infantería. Piensan y se preguntan unos a otros: «¿No es posible que quiera conquistar el ducado de Normandía con eso?». La situación era tal que él quería conquistar «con eso» el reino por completo. La gente ni siquiera lo

oía cuando lo proclamaba en voz alta: la contradicción era demasiado evidente para mentes sin imaginación.

Al igual que la gente de Dieppe, se comportaba la gran mayoría del reino: en la medida en que no preveían nada, ni siquiera la realidad de la hora siguiente, a pesar de que todos querían considerarse personas de la realidad. No se dieron cuenta hasta el final de que su estructura mental era un sueño descabellado en lugar de la verdad. La Liga, por muy poderosa que pareciera, no hacía más que actuar como un espectro nocturno, presente ante el sol para desvanecerse. Curiosamente, eso se les escapó; más bien recibieron la verdad naciente, que era su nuevo rey, con ceños fruncidos. Lo cierto es que sentían mucho más desconfianza que odio, no solo los de Dieppe, sino toda la gente. Seguramente también se apoderó de ellos el miedo, un presentimiento que les carcomía en secreto: podría ser la propia conciencia. ¿Cómo? ¿«Con eso» quiere conquistar el ducado de Normandía? Imposible. Cuando haya vencido —solo una única batalla ganada— y de repente lo saben: él tendrá el reino. Saben hasta el otro extremo del reino que ha llegado un día largamente esperado.

«¡Qué Dieppe!», exclamó Agrippa d'Aubigné, y estuvo a punto de componer un poema. «No estamos en absoluto solo ante Dieppe, en esta llanura brumosa entre colinas boscosas y el río Béthune, donde levantamos trincheras, y me he quitado los zapatos durante el arduo trabajo. Esta es, sin duda, nuestra presencia física. Nosotros, gusanos de tierra, desnudos, nos abrimos paso a través del barro, levantamos dos trincheras, una tras otra, para resistir cuando el malvado enemigo se acerque por delante a través de la llanura. Pretendemos cubrirnos con todo el arte humano y aferrarnos a este

pedazo de tierra. A nuestras espaldas tenemos el pueblo de Arques y, sobre él, el castillo. Más atrás aún, la ciudad de Dieppe nos dará refugio si tuviéramos que retroceder, e incluso ponemos nuestra esperanza en los barcos ingleses».

«¿En qué piensas, Agrippa?», dijo Rosny. «No vamos a retroceder».

Du Bartas intervino: «Quizá ya no podamos hacerlo, porque nuestros pies yacen inmóviles en este campo».

«¡Señores!». Era Roquelaure quien los reprendía. Agrippa, sin embargo, seguía absorto en sus pensamientos o en su poema. «Nuestra presencia física se encuentra, en efecto, en este campo de Arques, a la izquierda el río, a la derecha colinas cubiertas de matorrales, grises por la niebla, y en ellas, enclavada, la aldea de Martinglise».

«Con una taberna y buen vino. Tengo sed», anunció Roquelaure.

«Porque nuestros pies yacen quietos en este campo», repitió Du Bartas para sí mismo y contó las sílabas.

Agrippa: «Pero ¿dónde estamos en espíritu? Ni en una taberna ni muertos entre otros muertos. En espíritu ya estamos tras la batalla, tras la victoria. ¡Quién no sabe que vamos a vencer! Incluso el enemigo lo sabe. Mayenne y su superioridad numérica se acercan, avanzan apresuradamente y no quieren otra cosa que ser derrotados por nosotros».

«¡Eso sería!», opinó Rosny, frío y sensato. «Con tal propósito, Mayenne no se esfuerza por venir hacia nosotros, sino por capturar al rey: él mismo lo ha dicho; cree además que tiene gran poder y mucha astucia».

Agrippa: «Sin embargo, en lo más profundo de su corazón desea lo mismo que anhela todo el mundo, no solo Dieppe y el reino en crisis. Debemos salvarlos de España y de ellos mismos. Somos el antídoto contra el dominador del mundo. No luchamos contra ellos».

«Sino contra su ceguera y su maldad», añadió Du Bartas.

Agrippa, en tono elevado: «¡Amigos! El mundo humano espera nuestra victoria; hasta en las tierras más lejanas nos miran todos los que sufren persecución. Son nuestras las oraciones de los oprimidos, de los despreciados, y también la conciencia de los pensadores habla a nuestro favor».

Rosny lo confirmó: «Estamos de acuerdo con los humanistas de todo el continente. Eso no significaría nada si los humanistas solo hubieran aprendido a pensar, pero no a cabalgar y a golpear».

«Pueden hacerlo», aseguraron Roquelaure y Du Bartas.

Rosny continuó: «Mornay ha dado a conocer en todos los reinos y repúblicas que somos nosotros quienes debemos derribar al dominador del mundo. Envía a Fama a volar y a proclamar por todas las tierras que luchamos por la justicia y la libertad: estas son nuestras santas causas. Que actuamos en nombre de la virtud, la razón y la moderación, que son nuestros ángeles».

Roquelaure preguntó desafiante: «¿No lo cree usted, señor de Rosny?». Este respondió: «Quiero creer esto y aún más. Solo desearía tener unos cuantos miles de libras del equipaje del gordo Mayenne».

Du Bartas comenzó a hablar con la seguridad del que sabe, en un tono curioso: el de un huésped que trae noticias de otros lugares y que pronto deberá partir de nuevo hacia allí. «Mis pies aún no

descansarán en este campo. Está garantizado. Todos nosotros contemplaremos, desde esta niebla terrenal, un recodo del cielo. Una vez derrotada por nosotros la fuerza diez veces superior, oigo suspirar de alivio a los pueblos, y los enviados de las repúblicas se ponen en marcha para rendir homenaje a nuestro rey y sellar alianzas con él.

Rosny habría objetado: eso es ir demasiado lejos. Una pequeña victoria, cuatro mil soldados que apenas se mantienen en el extremo más alejado del continente y de este reino: según el juicio humano, no podrían decidir nada. «¿Mi rey sería entonces más que un rey sin tierra? ¿Los enviados se pondrían en marcha hacia él? ¿Qué más da? ¡Pero la fama!», pensó él mismo en contra de ello. «¡Pero la expectación complaciente del mundo! ¡Pero este rey!». Su mirada se cruzó con la del señor de Roquelaure, quien le hizo un gesto de asentimiento, sin palabras, seguro de la cosa. Para todos ellos, gusanos de tierra, como se habían llamado a sí mismos, trabajadores en obras de tierra en las que se aferraban con los pies descalzos, la verdad se había hecho visible, por muy opaco que fuera el aire a su alrededor. Como primera y gran excepción, conocían la hora próxima de la realidad.

Agrippa solo tenía que decir lo que se le había ocurrido entretanto: estaban preparados.

«¡Aparece! Entre nosotros y el rostro de Dios
La nube se aleja. Su armadura es la luz.
El nuevo cielo resuena con el oleaje de los cánticos,
El aire resplandece de blanco: es una multitud de ángeles».

Llegados aquí, el narrador se interrumpió, pues, en verdad, la niebla se partió sobre sus cabezas, un trozo del cielo se abrió en

forma de huevo, rebosante de luz, y con sus propios ojos vieron —nadie confesó después qué—. Pero eran los santos y los ángeles cuyos nombres habían mencionado antes. Todos estaban de pie en el huevo de luz. Por su rostro, vestimenta y armamento, se asemejaban a las deidades más bellas y valientes de la Antigüedad. Pero de entre ellos salió, sin ropaje alguno, el Señor Jesucristo como el propio ser humano.

Salmo LXVIII

Índice

Ante Arques, en la trinchera, Enrique le recrimina a su mariscal Biron que ya llevan una semana esperando el ataque del enemigo. Mayenne se encuentra al otro lado, detrás del bosque, y ninguna escaramuza lo atrae hacia fuera: no quiere luchar en esta niebla. Pero la niebla sería una ventaja para el ejército más pequeño. Enrique quiere forzar la batalla. El anciano se lo desaconseja. «¡Señor! Me ha hecho caso y no se ha encerrado en la plaza de Dieppe. Es una plaza pequeña y mala». —«Y está plagada de traidores», dijo Enrique. El mariscal: «Usted conoce a la gente, como yo mismo he comprobado. Pero yo sé más que usted de los campos de batalla. No abandone por ninguna niebla este amplio cuadrilátero, protegido por todas partes. Aquí está seguro de resistir. Tiene a su favor todas las circunstancias naturales: el castillo a sus espaldas, a su izquierda el río con sus orillas pantanosas, inaccesibles para la caballería del enemigo, y más aún para sus cañones. Desde lejos, en la niebla, no puede apuntar con los cañones».

«Pero los nuestros...» —murmuró Henri—. «¿Dónde están? Ese es el secreto. Esa será la sorpresa».

Biron miró a su alrededor; durante un momento no hablaron. Luego, el mariscal se encogió de hombros. «Mayenne tampoco puede atacar por la derecha; las colinas están cubiertas de matorrales y son estrechas y sinuosas. Solo le queda venir desde el bosque a través del campo abierto. ¡Señor! Lo espera entre sus dos buenas fortificaciones: en la delantera hay quinientos de sus viejos hugonotes, con los que yo mismo me he codeado en el pasado. Pero

también ha dejado espacio para que pueda enviar al frente a cincuenta caballos».

«Lo ha pensado todo, Biron, y las tropas también lo saben. Mis tropas son lo suficientemente escasas como para que cada soldado vea y juzgue por sí mismo. Su ardor en la lucha está lleno de sensatez. Ahí radica nuestra ventaja, en que no somos demasiados».

«¡Señor! Una densa neblina que se extiende sobre su rostro me impide ver si está sonriendo».

Henri le susurró al oído: «La niebla ocultará al enemigo lo pocos que somos. Y lo bien que estamos distribuidos», concluyó, desplazando la mano extendida de un punto a otro del amplio paisaje: seis puntos, los conocía todos y los localizaba en la niebla.

Ni Henri ni Biron habían mencionado lo que se daba por sentado: la niebla protegía, pero también ponía en peligro a unos y a otros. Durante todo el día, los exploradores se movían sigilosamente de un lado a otro, invisibles. En el gigantesco ejército de la Liga se desataba a menudo un pánico sin motivo. Entre los reales, se ponía la oreja en el suelo y se escuchaba. A la mañana siguiente, Mayenne renunció a esperar a que se despejara el aire: atacó. Mayenne era hábil, hizo algo sorprendente, o al menos pudo hacer creer que era inesperado. Al principio no cruzó la llanura, sino que envió a una parte de la infantería, solo trescientos mercenarios alemanes, lateralmente a través de las colinas. Si la información era correcta, el rey se encontraba en persona a la derecha de la segunda trinchera. Rodear su posición tras los matorrales, en la niebla, y capturarlo: con eso pensó Mayenne ganar de inmediato. Una vez capturado el rey, los alemanes se lanzarían de inmediato contra la segunda trinchera y asaltarían la primera por la retaguardia, donde ya se

habrían infiltrado las caballerías de la Liga. Una vez tomadas todas las fortificaciones, lo que quedara de las tropas reales serían dos o tres grupos desanimados en campo abierto. Así era la batalla que el enemigo pensaba librar. Pero se le deparó una muy diferente.

Junto a la primera trinchera se encontraba Biron, al igual que Henri junto a la segunda. Se apoyaba en una capilla, que pretendía defender con toda su obstinación. El anciano solo contaba con sesenta jinetes, pero tenía ojos que distinguían a través de la niebla cómo un soldado de la Liga se escabullía entre los arbustos. Envió a un jinete al rey. Cuando los trescientos alemanes, jadeando tras el sigiloso avance, llegaron a la posición, ya los esperaban, y bien hicieron en levantar inmediatamente las manos con rostros piadosos. Afirmaron que, en realidad, eran leales al rey, por lo que se les ayudó a cruzar la zanja, se les permitió conservar las armas y el rey les tocó las manos. Sin embargo, no lo decían en serio. Esto quedó claro cuando la caballería y la infantería de la Liga irrumpieron con superioridad numérica contra los defensores de la primera línea. Pero estos eran los quinientos arcabuceros de la religión, que no dejaban pasar fácilmente a nadie que quisiera arrodillarse ante ellos. La caballería ligera del enemigo se adentró en el campo cerrado entre las dos fortificaciones. Allí estaban veintiséis nobles a caballo del rey, que los atacaron desde la niebla, eran imposibles de contar en la niebla y persiguieron a los jinetes enemigos hacia la capilla: allí se toparon también con Biron y sus sesenta.

Los mercenarios de la segunda trinchera se mostraban cada minuto menos leales al rey. Se dieron cuenta de que las tropas de la Liga habían penetrado en el campo cerrado. Lo que sucedió a continuación se les escapó, o lo comprendieron demasiado tarde: en

cualquier caso, de repente se volvieron enemigos. Con ello provocaron, sin embargo, una gran confusión. Biron, que acudió apresuradamente, fue derribado de su caballo. El mismo alemán que había derribado al mariscal le puso la pica en el pecho al propio rey y le dijo que se rindiera. Eso habría supuesto una pensión vitalicia para el buen hombre. Pero, por desgracia, llegó demasiado tarde; su grupo ya había sido derribado en campo cerrado: no había prestado atención, cegado por el celo. De repente, se ve rodeado de jinetes a punto de acabar con él. Su rostro se vuelve más tonto que nunca, el rey se ríe y ordena que lo dejen ir.

Aquí Biron se enfureció. Entumecido por la caída, se subió a su caballo: nunca antes nadie lo había visto caerse. Ahora el propio rey había sido testigo de ello, pero no le dio importancia, sino que se rió. Era asunto suyo si quería tener la lanza del alemán clavada en el pecho.

«¡Señor! No me jacto ni de mi mansedumbre ni de mi fortaleza de espíritu. ¡Entrégueme a ese hombre!».

Era huesudo como su joroba, y también tenía esa mirada de hierro; por esa mirada, Enrique lo reconocía de la época de su enemistad. El viejo enemigo se balanceaba allí arriba, alto y delgado; todo el estruendo y el tumulto de la batalla no lo apartaban de sus pensamientos de justicia y venganza. «Biron, así eres tú. Pues bien, y así es el soldado. Pero yo debo convivir con mucha gente». El rey lo dijo con calma, ya medio de espaldas. Estaba a pie en la zanja bajo la trinchera; el jinete, desde su altura, lo veía pequeño, con toda su armadura gris y el gran penacho blanco del yelmo. De repente sintió con mayor intensidad la distancia, sí, más que una simple distancia de rango. La esencia y el poder de las

profundidades querían conmoverlo de forma inquietante desde allí abajo, a él, a quien llamaban la muerte a caballo. ¿Un bufón, ese de ahí? ¿Un jugador que se lo juega todo y un niño llorón? Respeto, Biron, ese es el rey, aún no lo sabíamos tan bien. Ante él, yo, el mariscal Biron, soy igual que el soldado alemán. Se dice: «Es bueno».

Se ve: es alegre. Puede ser. Así vuelan las aves claras sobre un fondo oscuro. Todo está bien: la dulzura, la fuerza del alma —y, sobre todo, aunque solo nos lo dejemos decir, el justo desprecio por los hombres.

Con eso, Biron dio media vuelta y se dirigió a toda prisa hacia su capilla; en torno a ella giraba la batalla, que él quería defender con más obstinación que nunca —por un rey así.

El gran ejército de la Liga no había logrado nada contra el campamento atrincherado en el centro. A través de las colinas de la derecha se dejó perseguir hasta la aldea. Biron defendió la capilla, y mientras la batalla se prolongaba, el enemigo se adentró por sí solo en el terreno pantanoso de la izquierda. Allí se infiltraron en sus unidades más reales de los que jamás pensó conocer. A nadie se le ocurrió que pudieran ser siempre los mismos. Una tropa del rey, conducida al galope por él mismo a lo largo de todo el campo de batalla, aniquiló a compañías enteras junto con su líder; pero enseguida se desvaneció en la niebla. El enemigo que avanzaba perdió el rumbo. ¿Hacia dónde? ¿Contra quién? Buscaba al rey; este hacía tiempo que había volado a otro lugar en ayuda. Sobre el enemigo se abalanzaban nuevas tropas, pero en realidad seguían siendo las mismas de antes. Sus grandes masas fueron agotadas una a una, antes de que llegaran a recordar que eran un ejército

superior. Entonces, sin embargo, la mayor parte de este ejército pisó al unísono el suelo blando, de modo que este cedió bajo el peso. Retirada, confusión, muchos se atascaron en el pantano. Los que iban al frente se topaban con los suizos.

En el camino encajonado tras los setos, a lo largo del río, se encontraban los suizos del rey, bloqueando el pueblo de Arques; habrían mordido la hierba uno a uno antes de que ni un solo enemigo del rey lograra atravesarlo. Eran, solos y aislados en un lugar de tierra extranjera, hombres de Solothurn y Glarus con su propio coronel, Gallaty. Extendieron sus lanzas; ese era su lugar, donde plantaban sus anchos pies; no cedieron ante la presión de la superioridad numérica, todos habrían permanecido allí. En un momento dado vieron entre la niebla un penacho blanco en el yelmo, que solo llevaba el rey. Les dijo: «¡Mis suizos! Esta vez me cubrís. La próxima vez os sacaré de aquí». Lo entendieron, aunque hablaba de forma diferente a ellos, y tampoco era el francés que conocían. Los llamó «souisses». Era su amigo y le había prometido a su coronel Gallaty que, una vez que fuera señor de su reino, debía ayuda a la Suiza libre contra sus opresores. Eso era una palabra de honor para él y para ellos. Después, solo quiso ser el aliado de los pueblos libres. Eran del tipo de confederados que, el día de la muerte del almirante Coligny, aún habían defendido su escalera mientras quedara uno de ellos con vida.

Los suizos defendían el desfiladero. Los jinetes del rey, cincuenta en primera línea, salían una y otra vez de las trincheras; su infantería se defendía a muerte en seis puntos; Biron se aferraba a la capilla; y todos ellos permanecían absolutamente igual, mientras sus adversarios recuperaban el aliento y se relevaban entre sí. Cruce

de espadas, disparos de pistola a quemarropa, tan cerca que apenas se distinguía el color de la faja. La lanza deslizada bajo el asiento del jinete, fuera de la silla con él, al suelo con él. Un gran señor de la Liga, desde el suelo, aún insultaba al joven protestante, su vencedor: «¡Que te den, muchacho!», y ya se había roto el cuello. Junto a la capilla cayó, sin embargo, un La Rochefoucauld, Josías, con su nombre bíblico. Rosny y Biron perdieron sus caballos. Por desgracia, había caballos más que de sobra, pues sus jinetes yacían entre las pezuñas con un gemido que solo la tierra acogía. Sobre los moribundos rugía, como siempre, la vida, y sonaba como una batalla.

El rey y su pluma de yelmo fueron vistos junto a la capilla, en el desfiladero junto al río, en las trincheras, en el campo desnudo, por todas partes, por cada uno y por todos a la vez. Les gritó, en la niebla y en la angustia, para que aguantaran y lo hicieran bien. Llamó a los grandes nombres, cuyos portadores se habían unido a su destino, y si un nombre no era grande hasta entonces, lo se hacía gracias a él. Pasó cabalgando junto al joven coronel general de su caballería ligera, hijo de Carlos IX y de una madre del pueblo. «¡Valois! Te conozco y no te olvido, a ti y a tu casa. Estaréis conmigo para siempre. Ya había terminado. ¡Montgomery, Richelieu! Tengo una sorpresa. ¡Rosny, La Force! Cuando la necesidad es mayor, Dios está más cerca. ¡Biron! ¿No ves cómo se levanta la niebla? Se levantará, debe levantarse, tan cierto como que Dios nos ayuda y debemos vencer. La Rochefoucauld, para ti es mi sorpresa; pronto la oirás estallar con un trueno».

Desde el caballo, le agarró por el hombro y el hombre cayó, no como cae un vivo. Habían apoyado a un muerto con su armadura,

en posición erguida, contra la capilla.

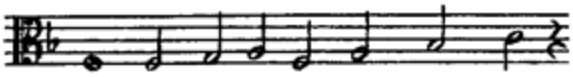
«¿Josias? ¿Tú?», pregunta Henri para sí mismo, sin querer creer lo que pregunta. «Habrá un trueno, pero este ya no oirá nada más. Que nos salven los cañones de la fortaleza de Arques, en cuanto se levante la niebla y puedan apuntar. Tengo detrás de la trinchera a un pirata normando que me dirá al minuto cuándo se levanta la niebla. ¡Que esto sea lo último que oigas, mi Josias!».

La Rochefoucauld yace sin vida junto al camino, como en su día otro de su mismo nombre, en el castillo del Louvre, al final de la noche del asesinato. Así yacen los muertos junto al camino. El rey se ha ido y sigue adelante.

Está con los suizos. ¡Que se mantengan firmes esta última vez! Imposible, serán arrollados. El camino hondo junto al río, ahora abandonado, y con él, finalmente, la capilla. Los restos del ejército real solo defienden la cabeza de puente, ya pensando en la retirada hacia Arques y Dieppe. «Padrino», llama el rey al coronel suizo. «Padrino, aquí estoy, dispuesto a morir con vosotros o a ganar gloria con vosotros». Habla, y ve, como todos los espectadores están a la espera, cómo las profundas filas del enemigo se empujan unas a otras con gran fuerza, para tumbarse y cerrarse como una lápida sobre él y su reino. Se ha estremecido. «¡Adelante, adelante, lo último no es lo menos importante: mis hugonotes!». Entonces los llama, a los defensores que se han mantenido firmes en la primera trinchera, a sus viejos de Jarnac y Montcontour, compañeros del señor almirante, supervivientes de dos décadas de luchas por la conciencia. ¡La de la religión! Oyen su llamada, divisan el penacho de su yelmo y abandonan la trinchera, la delanterá, que defienden con férrea determinación desde la mañana. Eran quinientos y se

presentan como si aún lo fueran. Junto a ellos marchan los muertos. A la cabeza va su pastor Damours. Se llama Damours.

«Señor pastor, entone el salmo», dice el rey, y cantan. Atacar al enemigo cuando brilla y se jacta en su apogeo, así era en las antiguas batallas, y también en Coutras. A ningún enemigo le ha sentado bien: incluso este poderoso se asusta al oír el salmo; se detiene, se enreda.



Oh Dios, mándalos,
Y de pronto no quedará ni rastro
Del enemigo.
Si abandona su campamento,
Desaparecerán ante tu presencia
Todos los que nos odian.

Ordena, oh Dios, que todos huyan,
pues tú también disipas el humo
que se arrastraba por el campo.
La cera no resiste al fuego,
a los malvados la mano de Dios
les quebrará todas sus fuerzas.

Aquí se disipa la niebla: de inmediato retumban desde el castillo de Arques los disparos de los cañones. Las balas destrozan y desorganizan al enemigo, cuanto más se atrevía a acercarse. Esa es la victoria y ella garantiza el reino. Ahora Dios no da nada, o da con generosidad de lo que es suyo: el reino, la fuerza y la gloria. También esto lo experimenta hoy Enrique, conmovido por el temor de Dios. Coligny, el hijo del almirante, llega junto a él desde Dieppe,

de donde ya no hay nada que temer, con setecientos hombres, que se suman a los antiguos arcabuceros de la religión, otros setecientos.

«¡Dios te envía, Coligny!».

Enrique no se ha quejado ni ha rezado mientras la situación era mala y, en realidad, desesperada. Clama a Dios en la felicidad, y para inclinarse ante la felicidad. Durante largas y peligrosas horas ha surcado este campo de batalla con sus cascos, ha intervenido en todas partes, cada una de sus pequeñas tropas creía que él estaba siempre presente. Aquí se detiene. Ha gritado nombres en medio de la niebla y la incertidumbre y ha engrandecido esos nombres. Ha fortalecido en valor y confianza a sus pequeñas tropas allá donde aparecía la pluma de su yelmo. A los suizos les ha brindado su lealtad a cambio de la de ellos. Ha hablado con los muertos en el camino. Le ha enseñado al mariscal Biron quién es él. Ha tenido suerte. Su día ya es largo, pero tras disiparse la niebla, su día también amanece resplandeciente. Pronto cumplirá treinta y seis años; esto no ha sido más que la juventud. Por su rostro, transfigurado más por las batallas libradas y los sufrimientos soportados que por la alegría, corren las lágrimas junto con el sudor.

A ambos lados, sus viejos guerreros, guerreros de la libertad, guerreros de la conciencia, acorralan al enemigo: toda la fuerza del enemigo está quebrantada, pero ellos cantan. Júbilo áspero, campanas de tormenta del cielo, de cuyas cuerdas invisibles tira la piadosa multitud.



Mientras tanto, la piadosa multitud
ofrece al Señor su alabanza y su canto,
pueden permitirse el placer:
ante la gran alegría, al ver
que los malvados se marchan rápidamente de allí,
saltan con todas sus fuerzas.

Así cantad al Señor en su gran honor
Y salmodiad, alabadlo aún más,
¡Su gloria no conoce fin!
Puesto que está sobre una nube
Y en nombre de su gran majestad
Se llama a sí mismo el Eterno.

Moraleja

Índice

El triunfo final no se conseguirá solo con sus propios sacrificios: Enrique es testigo del sacrificio de seres a los que habría querido conservar. Ya había tenido que despedirse de su compañera de los años difíciles. Aún debe partir el Valois, su predecesor, y sin embargo Enrique, habiéndolo salvado de las manos de sus enemigos, le tenía un cariño muy personal. *Su espíritu se sentía más a gusto allí*, prefiriendo reconciliarse con el pasado antes que renegarlo. Con el sentido de la vida, uno se pliega a muchas necesidades. La menos aceptable, para un espíritu bien formado, es la de ver cómo se acumulan los desastres. Demasiados personajes que se han entremezclado en su existencia acaban de ser arrastrados por las catástrofes, y la muerte ha querido despejarle demasiado bien el camino. En el campo de batalla de Arques, el rey Enrique, sudando por haber luchado tanto, llora mientras resuena el canto de la victoria. Sus lágrimas: algunas son de alegría. Otras las derrama por sus muertos, y por todo lo que acaba con ellos. Es su juventud la que, aquel día, llegó a su fin.